

LA TÚNICA SAGRADA

LLOYD C. DOUGLAS



Lectulandia

Cuentan los Evangelios que los soldados romanos, tras haber crucificado a Jesús, echaron a la suerte para ver quién de ellos se quedaba con el manto que aquél había llevado. ¿En manos de quién cayó la vestimenta tejida por los hábiles artesanos de Galilea? ¿Cuál fue su destino? ¿En qué escenas de vida estuvo presente? A través de esta novela se evoca la historia de la prenda cuyo destino va extrañamente unido al de un Tribuno Romano. Por las tierras de Roma —eterna e imperial—, por los polvorientos caminos de la vieja Galilea, por las deslumbrantes villas de Capri y las históricas calles de Atenas, pasean los personajes de este libro sus figuras, torturadas o serenas, generosas o malignas. El Amor alcanza a florecer en un suelo en que la semilla más fructífera es el Odio, y si la novela está llena de abnegación y sacrificio, no menos llena está del desenfreno y la maldad de una Corte degenerada.

Lectulandia

Lloyd C. Douglas

La túnica sagrada

Historia de la túnica de Cristo

ePub r1.0

Titivillus 11.02.17

Título original: *The Robe*
Lloyd C. Douglas, 1942
Traducción: Desconocido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UNO

Porque tenía nada más de quince años y se ocupaba sólo de crecer, los periodos de reflexión de Lucía eran breves y poco frecuentes. Pero aquella mañana sentíase llena de responsabilidad.

La Noche anterior su madre, quien rara vez conversaba con ella sobre cosas más importantes que las ventajas de unas manos limpias y un corazón puro, había comentado reservadamente las posibles consecuencias de los comentarios algo audaces que su padre había hecho la víspera en el Senado; y Lucía, halagada por esta confianza, había opinado sesudamente que el príncipe Cayo no estaba en condiciones de hacer nada al respecto.

Pero que después que se hubo ido a la cama, Lucía comenzó a inquietarse. Desde luego, Cayo podía pasar por alto las vehementes censuras de su padre a las extravagancias y a la mala administración del gobierno, si no hubiera tenido previamente otro motivo de queja contra la familia de los Galiones. Esa causa, sin embargo, existía, y no era conocida por nadie, excepto ella misma y Diana. En lo sucesivo deberían proceder con cautela, de lo contrario podrían tener serios inconvenientes.

Los pájaros la habían despertado temprano. Aún no estaba acostumbrada a sus revoloteos y trinos, pues esta vez habían regresado antes que otros años. La primavera había llegado y abierto sus dones antes que febrero terminara. Lucía despertó a la conciencia de la inquietud que había llevado consigo al lecho. Aún estaba en ella como un dolor persistente.

Se vistió sin ruido para no incomodar a Tercia, profundamente dormida en la alcoba y que se alarmaría si al despertar encontrase vacía la cama de su ama. Deslizó suavemente sus sandalias sobre los primorosos mosaicos que a través de su sala de recibo conducían desde el dormitorio al largo corredor, descendiendo por la ancha escalera al espacioso vestíbulo, y penetró en el vasto peristilo, donde se retuvo resguardando sus ojos del sol.

Hacía un año o tal vez más que Lucía tenía plena conciencia de su crecimiento y rápido desarrollo como mujer; pero aquí en medio de este derroche de mosaicos, se había sentido siempre muy insignificante. En el inmenso peristilo todo la empequeñecía: las altas columnas de mármol que sostenían los abovedados techos, las estatuas imponentes en su silenciosa dignidad sobre el terreno cubierto de césped que rodeaba la galería, el alto chorro de plata de la fuente. Cualquiera fuese la edad que alcanzara, siempre sería allí una chiquilla.

Tampoco contribuyó a que se sintiera algo mayor, el pasar a lo largo del precioso pavimento marmóreo, frente a Servio, cuyo rostro era ya muy bronceado y con hondas arrugas cuando Lucía apenas gateaba. Al reconocerlo sonrió y movió la mano, respondiendo así al solemne saludo del viejo esclavo, mientras éste llevaba el mango de su lanza a su arrugada frente. Se encaminó allí, con los brazos cruzados

descansando sobre la balaustrada de mármol que dominaba los jardines, los árboles, la piscina de azulejos, y ofrecía una vista maravillosa de la ciudad y del río, Lucía trató de decidir si se lo contaría a Marcelo. Por supuesto, conseguiría sería empeorar las cosas; pero... alguno de la familia debía, estar enterado de la opinión en que Cayo los tenía, antes que corrieran mayores riesgos.

Pensó que era una lástima no tener oportunidad de hablar a solas con su hermano hasta las últimas horas del día; Marcelo había estado fuera de casa probablemente toda la noche en el banquete de los Tribunales militares, y no se levantaría hasta el atardecer; pero ella tenía que tomar una decisión de una vez por todas. Ahora lamentaba no habérselo contado todo a Marcelo el verano anterior, cuando aquello había ocurrido...

Ahogados rumores de sandalias la hicieron darse vuelta. Décimo, el mayordomo, se aproximaba seguido por las mellizas macedonias con sendas bandejas de plata sobre sus palmas extendidas en alto.

—¿Desearía mi ama —inquirió Décimo con una profunda reverencia que le fuera servido el desayuno aquí?

—¿Por qué no? —contestó maquinalmente Lucía.

Décimo gruñó algo a las mellizas, que se apresuraron a preparar la mesa, Lucía observaba ahora sus movimientos con divertida curiosidad, como si estuviera contemplando las cabriolas de dos cachorros jugueteros. Eran bonitas, un poco mayores que ella, aunque no tan altas, y ágiles, bien formadas, parecidas, ya que hacía sólo una semana que las había comprado. Según la apariencias. Décimo a cuyo cargo estuvo el aprendizaje, las creía ya preparadas para realizar sus tareas. Sería interesante ver cómo se desempeñaban, pues el dueño decía que habían sido criadas en hogar distinguido; probablemente por primera vez hacían la experiencia de servir una mesa. Ambas estaban muy blancas, observó Lucía, indudablemente a raíz de su cautiverio en alguna galera.

Una de las manías del padre, y su principal extravagancia, era la posesión de valiosos esclavos. La familia de los Galiones no tenía muchos, porque su jefe consideraba una vanidad arriesgada y un gasto ruinoso tener enjambres de ellos; con poco o nada que hacer, comen, murmuran y conspiran.

Seleccionaba así sus esclavos con el mismo cuidado minucioso que empleaba para comprar hermosas estatuas y otros objetos de arte. No tenía interés en las subastas públicas. En cuanto regresaba una expedición militar de alguna comarca civilizada, los oficiales de mando notificaban a unas pocas de sus buenas relaciones que un limitado número de cautivos de alta alcurnia estaba disponible. Entonces el padre bajaba a las cárceles, el día antes de la venta; los observaba, escuchaba sus historias y, si encontraba alguno que le parecía indicado, presentaba su oferta. A nadie de la familia dijo jamás cuanto había pagado por sus esclavos, pero en el sentir general jamás, al adquirirlos, practicaba economías.

La mayor parte de los patricios se hallaban en constante conflicto con sus

esclavos: comprando, vendiendo y permutando. Él, en cambio, no se deshacía fácilmente de los suyos: en las pocas ocasiones que lo hizo fue porque el esclavo había maltratado a otro sobre el cual tenía alguna autoridad. De este modo era como había perdido hacía cerca de un año una excelente cocinera, Mina, que se comportara dura y hasta cruelmente con el personal de cocina, reprendiéndolo de mala manera y pegándole. Se le había advertido por ello unas cuantas veces. Por último, un día le dio una bofetada a Tercia.

Lucía se preguntó brevemente dónde estaría Mina ahora. Por cierto, ella sabía cómo se hacían las tortas de miel...

Había que reconocerle esto a su padre: sabía juzgar muy bien a la gente. Por supuesto que los esclavos no eran «gente»; pero algunos de ellos eran casi gente. Ahí estaba Demetrio, por ejemplo, que en ese momento se dirigía hacia el peristilo con largos y medidos pasos. El dueño de casa lo había comprado seis años atrás, para regalárselo a Marcelo cuando éste cumplió los diecisiete. ¡Qué hermoso día aquél, con todos sus buenos amigos reunidos en el Foro para verlo! Rasurado por primera vez en su vida, marchó a recibir su toga blanca. Lucía se había sentido tan orgullosa y feliz, que el corazón le golpeaba en el pecho y su garganta estaba oprimida. Entonces ella tenía sólo nueve años y no podía conocer mucho de lo que significaba la ceremonia, excepto que desde ese momento se esperaba que Marcelo actuara como un hombre —aunque algunas veces lo olvidaba, cuando Demetrio no estaba con él.

Lucía frunció los labios en una graciosa mueca al pensar en las relaciones que mediaban entre ellos. Demetrio, dos años mayor que Marcelo, siempre tan serio y respetuoso, sin abandonar ni por un instante su posición de esclavo; Marcelo, digno y austero, pero olvidando a veces que era el amo y rebajándose al absurdo papel de amigo íntimo. En algunas ocasiones aquello resultaba divertido: a Lucía le gustaba sorprenderlos juntos entonces. Claro está que ella mantenía con Tercia la misma relación; pero eso le parecía diferente.

Demetrio había venido de Corinto, donde su padre, un rico naviero, tuviera una muy conspicua actuación en la política antiromana. Y de golpe la familia se vino abajo. El padre fue ejecutado y los dos hermanos mayores entregados al nuevo legado de Acaya; la madre, una patricia, se había suicidado, y Demetrio, alto, buen mozo, atlético, había sido traído a Roma bajo la vigilancia de rudos guardianes, porque no sólo era valioso, sino violento. Lucía recordaba cómo, una semana antes del cumpleaños de Marcelo, había oído referirle a su madre la compra de aquel esclavo corintio efectuada una hora antes. Se había ella impresionado mucho, y asustado un poco también.

—Requerirá un tratamiento suave durante cierto tiempo —había dicho el padre—. Soportó un tratamiento algo rudo. Su cuidador me dijo que haría bien yo en dormir con un puñal bajo la almohada, hasta que al corintio se le entibiara el ánimo. Al parecer, golpeó malamente a un guardia. De ordinario le hubieran pegado fuerte sin más trámite, pero tenían orden de entregarlo sin que hubiera sufrido daño alguno.

Quedaron muy aliviados al deshacerse de él.

—¿Pero no es peligroso? —había inquirido la dueña de casa con cierta ansiedad—. ¡Qué no podrá hacerle a nuestro hijo!

—Eso será cuestión de Marcelo. Deberá ganarse la lealtad del muchacho, y creo que podrá hacerlo. Todo lo que Demetrio necesita es la seguridad de un juego limpio. No espera ser mimado. Es un esclavo, lo sabe y lo detesta, pero responderá a una disciplina razonable. —Y el padre había continuado diciendo que, una vez firmados los documentos de compra, había sacado él mismo a Demetrio de su angosta celda, y cuando ambos estuvieron en la plaza abierta había quitado sus cadenas con verdadero cuidado, pues tenía las muñecas en carne viva y sangrantes.

—Entonces caminé delante de él, sin darme vuelta a mirar si me seguía. Aulo me había conducido hasta allá y estaba esperándome con el carruaje en la Puerta Apia, a unos pocos metros de distancia. Había planeado traer al corintio conmigo, pero cuando nos acercamos a la carroza decidí darle algunas instrucciones para que pudiera venir solo a pie a nuestra villa.

—¿Solo? —había exclamado la madre—, ¿No era muy arriesgado?

—Sí. Pero no tan arriesgado como si lo hubiera traído en calidad de esclavo encadenado. Estaba en libertad de huir, y quería ponerlo en situación de decidirse por nosotros o por largarse a la aventura. Pude ver que mi gesto de confianza lo había sorprendido y ablandado un poco. En un griego perfecto, pues había sido bien educado, me preguntó: «¿Qué deberé hacer, señor, cuando llegue a tu mansión?». Le dije que preguntara por Marcipor, quien lo informaría de todo. Asintió y permaneció allí manoseando las cadenas que yo había quitado de sus manos. «Arrójalas por ahí», le dije. Entonces subí al carruaje y me vine a casa.

—Me pregunto si volverás a verlo alguna vez —había observado mi esposa; pero como contestando a su pregunta apareció Marcipor por la puerta.

—Un joven corintio está ahí afuera —anunció Marcipor, quien era corintio también—. Dice que nos pertenece.

—¡Es cierto! —contestó el padre, contento con la noticia—. Lo compré esta mañana... Servirá a mi hijo, aunque Marcelo aún no lo sabe. Aliméntalo bien y proporciónale un baño y ropas limpias. Ha estado encadenado mucho tiempo.

—El griego ya se ha bañado, señor.

—Muy bien —aprobo el dueño—. Tuviste una idea genial.

—No fue mía —admitió Marcipor—. Yo estaba en el jardín de abajo inspeccionando la construcción de la nueva glorieta de rosas, cuando apareció él. Tras haberme dicho su nombre y que era de aquí, advirtió el estanque...

—¿Quieres decir —reconvino la madre— que se atrevió a usar nuestra piscina?

—Lo siento mucho —contestó apenado el esclavo—. Todo pasó tan rápidamente que me fue imposible evitarlo. Corrió, y echando a un lado sus vestiduras, se zambulló. Lamento lo ocurrido. El estanque será desaguado de inmediato y se le practicará una escrupulosa limpieza.

—Está bien, Marcipor —dijo el padre—. No lo amonestes por eso. Pero deberías advertirle que no lo vuelva a hacer. Cuando Marcipor hubo salido de la habitación se echó a reír.

La dueña objetó: —El muchacho debería saber estas cosas.

—Sin duda las sabe —había respondido el padre—, pero no puedo culparlo. Debe haber estado terriblemente sediento y la vista de tanta agua le habrá hecho enloquecer por un instante.

«Lo que no cabe duda —reflexionó Lucía— es que Marcipor no debió tratar a Demetrio con mucha dureza, pues desde aquel día se portó con él como si fuera su hijo». En realidad estaban estrechamente unidos, tanto, que los esclavos adquiridos hace poco se preguntaban a menudo si Demetrio y Marcipor no tenían algún verdadero parentesco.

* * * * *

Demetrio había reaparecido, viniendo de la casa, y avanzaba por el pavimento de mosaicos hacia la pérgola. Lucía se preguntaba qué recado le traería. Ahora lo tenía delante de ella, en espera de una señal para hablar.

—¿Sí, Demetrio? —preguntó lánguidamente.

—El tribuno —anunció el esclavo con dignidad— presenta sus buenos deseos por la salud de su hermana y pregunta si le será permitido acompañarla en el desayuno.

Lucía se alegró durante un instante, luego, ya grave, contestó:

—Informa a tu amo que su hermana se sentirá encantada. Dile —añadió adoptando un tono menos formal— que el desayuno será servido aquí, en la pérgola.

Demetrio saludó con una profunda reverencia. La joven se adelantó caminando algunos metros a lo largo del pavimento. Él la siguió a distancia. Pero cuando estuvieron lejos del alcance de oídos indiscretos, Lucía se detuvo y lo enfrentó:

—¿Qué ha sucedido para que se haya levantado tan temprano? —preguntó en un tono que no era perpendicular ni oblicuo, sino francamente horizontal—. ¿No fue acaso al banquete?

—El tribuno asistió al banquete —respondió Demetrio con deferencia—. Es posible que quiera conversar de eso.

—¡Ahora no me digas que se ha visto envuelto en algún enredo! —Ella trató de penetrar sus ojos, pero el puente estaba levantado.

—Si así fuera —respondió él prudentemente—, el tribuno puede querer contarle sin la presencia de su esclavo. ¿Puedo retirarme ahora?

—Pero tú estabas allí acompañando a mi hermano —prosiguió Lucía; Demetrio asintió—. ¿Estaba el príncipe Cayo? —inquirió la joven—. Demetrio volvió a asentir, y ella continuó con cierta vacilación: —Estaba... ¿tuviste oportunidad de notar si el príncipe estaba de buen humor?

—Sí. Hasta que se fue a dormir.

—¿Ebrio? —Lucía frunció la nariz.

—Es posible —vaciló Demetrio—, pero no es cosa mía decirlo.

—¿Se mostró el príncipe amistoso hacia mi hermano? —insistió la joven.

—No más que siempre —Demetrio se dio vuelta y echó una mirada hacia la casa. Lucía suspiró significativamente, sacudió sus negros rizos y refunfuñó.

—A veces sueles ser bastante hermético, Demetrio.

—Lo sé —admitió él con pesar—. ¿Puedo irme ahora, señora?

—¡Sin duda! —estalló Lucía—. ¡Y de prisa!

Se dio vuelta y avanzó a pasos rápidos hacia la pérgola. Algo debía haber ido mal la noche anterior, de lo contrario Demetrio no hubiera adoptado aquella actitud tan glacial.

Décimo, a quien el instinto advirtió del descontento de su ama, permaneció a una prudente distancia. Las mellizas, que habían acabado ya de poner la mesa, se hallaban una al lado de otra esperando órdenes. Lucía se aproximó.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó con un tono en el que aún se advirtiera el disgusto.

—Yo soy Elena —respondió con cierta nerviosidad una de ellas—. Mi hermana se llama Nesta.

—¿No sabe ella hablar?

—¡Perdónala, señora, está asustada!

Sus ojos bordeados por largas pestañas se dilataron con temor al aproximarse Lucía, pero sostuvieron aquella mirada. La joven suavemente las tomó por la barbilla y al levantar sus rostros hacia el suyo, sonrió ligeramente.

—No temáis, no os voy a hacer nada malo.

Como sí acariciase a una muñeca, jugueteó con los rizos cortos y apretados que escapaban del gorrito de Helena. Volviéndose hacia Nesta, le aflojó y arregló esmeradamente el ancho cinturón. Los ojos de ambas estaban anegados. Nesta detuvo un lagrimón con el revés de la mano.

—¡Bien, bien! —concluyó Lucía—. ¡No lloréis! Nadie os hará daño aquí. —Y abandonando de pronto el tono de arrullo se irguió orgullosamente—: ¡Perteneceís al Senador Marco Luciano Galión! Ha pagado alto precio por vosotras, porque lo valéis y porque sois valiosas no seréis maltratadas. ¡Décimo! —llamó Lucía girando la cabeza sobre su hombro— preocúpate porque estas lindas criaturas tengan túnicas nuevas, blancas, con adornos de coral. —Luego examinó concienzudamente las manos de las dos niñas—. Limpias —dijo—, y lindas también. Eso me gusta. —Mirando a Décimo, agregó—: Puedes irte; lleva a las chicas y hazles traer el desayuno. Mi hermano lo tomará aquí, conmigo. No necesitas volver.

A Lucía nunca le había agradado mucho Décimo. No era que tuviese él algún defecto en particular; como servidor era perfecto, tal vez demasiado, con un frío respecto al que le faltaba poco para ser ceñudo. Ella había observado que los esclavos extranjeros se adaptaban mejor, y era más cómodo convivir con ellos que con los

lugares. Décimo había nacido en Roma y pertenecía a la familia de los Galiones desde que Lucía podía recordar. Tenía un cargo de responsabilidad, pues efectuaba todas las compras de comestibles y artículos para el servicio de comedor, trataba personalmente con los vendedores, visitaba los mercados, iba al encuentro de las caravanas extranjeras que traían especies y objetos exóticos desde lejanos lugares; era además muy competente, siempre dispuesto para sus tareas, reservado y digno.

Pero resultaba un extraño. No se podía sentir por Décimo el mismo afecto que por el buen viejo Marcipor, siempre tan apacible, y tan de confianza también. Marcipor manejaba la hacienda de la familia desde hacía tanto tiempo, que probablemente sabía más sobre su estado que el mismo padre.

Décimo se inclinó profundamente en cuanto Lucía lo despidió, y tomó el camino de la casa; su espalda rígida mostraba la desaprobación por aquel episodio que quebraba la disciplina de la cual él era partidario y que observaba firmemente. Las macedonias, mostrando sus pequeños y uniformes dientes centelleando en una sonrisa extática, se escabullían, tomadas de la mano, sin esperar el permiso formal. Lucía las detuvo en su camino con un fuerte grito.

—¡Volved aquí! —llamó severamente. Las mellizas obedecieron con paso menos vivo y se detuvieron delante de ella, abatidas—. ¡Tened cuidado! —reconvino Lucía—, No debéis distraeros cuando estéis de servicio. A Décimo no le gusta.

Ambas miraron tímidamente por debajo de sus largas pestañas, y los labios de Lucía se curvaron en una simpática sonrisa que volvió a iluminar los ojos de las esclavitas.

—Podéis iros ahora —concluyó, asumiendo bruscamente un tono autoritario. Y tendiéndose sobre el largo banco de mármol próximo a la mesa, observó a las mellizas que se alejaban unos cuantos pasos detrás de Décimo, con sus torsos envarados y rectos como flechas, acentuando cada vez que apoyaban los pies, los movimientos de cabeza hacia uno y otro lado, en una imitación verdaderamente real del severo mayordomo.

—¡Las bribonzuelas! —musitó Lucía, ahogando la risa—. ¡Deberían ser castigadas por esto! —Luego, instantáneamente serenada, se sentó meditando, ceñuda, al ritmo de la reflexión de su pie calzado con sandalias. Marcelo estaría allí dentro de un momento. ¿Cuánto, si es que algo decía, contaría a su querido hermano sobre su malhadado lance con Cayo? Pero ante todo, por supuesto, debía descubrir qué terrible cosa había ocurrido la noche anterior en el banquete de los tribunus.

* * * * *

—¡Buenos días, querida hermanita! —Marcelo palmeó en la cabeza a su hermana, le dio un sonoro beso entre los ojos y le arremolinó el cabello, mientras Bambo, su perro ovejero grande y negro, olfateaba con el hocico estirado y meneaba alegremente la cola.

—¡Quietos ambos! —suplicó Lucía—, ¡Estás extraordinariamente lúcido esta mañana, tribuno Marcelo Lucano Galión! Creía que habías estado de fiesta...

¡Ah, sí, mi inocente hermanita! Pero, ¡qué fiesta! —Marcelo cuidadosamente se tocó en sus partes doloridas la cabeza finamente moldeada, de cabello recortado y rizado, y exclamó:

—Puedes alegrarte de no ser —y no poder ser nunca— tribuno. Fue ciertamente una larga, tormentosa noche.

¡Bastante húmeda por cierto, a juzgar por tus ojos hinchados! Cuéntame todo lo que puedas recordar. —Con el pie, Lucía apartó a Bambo del banco de mármol, y el joven se acomodó en el asiento. Rió luego con amargura, como evocando lo pasado.

—Temo haber puesto en desgracia a la familia... Sólo los dioses saben cuáles serán las consecuencias. El príncipe se encontraba muy ebrio para darse cuenta, pero puedo estar seguro de que no faltará quien se lo cuente antes que termine el día.

Lucía se inclinó hacia él ansiosamente, le puso una mano sobre la rodilla y escudriñó sus nublados ojos.

—¿Cayó? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué ocurrió, Marcelo?

—Un poema —rezongó él—, una oda. Una larga, aburrida, estúpida oda, escrita para esa ocasión por el anciano senador Tusco, quien ha alcanzado esa cumbre de senectud en la que el tiempo y la eternidad se confunden.

—Eso suena como si tú hubieras llegado allí también —interrumpió Lucía—. ¿No puedes contarme un peco más de prisa lo que pasó?

—No me apures, ¡juventud impaciente! —suspiró Marcelo—. Estoy muy débil. Como te iba diciendo, esa interminable oda, concebida por el anciano Tusco para mejorar su posición, fue leída por su hijo Antonio, quien también necesita del favor imperial; era un grandilocuente panegírico a nuestro glorioso príncipe.

—Deben haberle encantado las lisonjas —observó Lucía—. Me imagino que todos aplaudieron. Tú y Tulio especialmente.

—Me iba a referir a eso precisamente —dijo Marcelo con cierto recelo—. Durante horas hubo una sucesión de suntuosos manjares y vinos exquisitos, con intervalos amenizados por música entremezclada con coros griegos, muy buenos. También una exhibición de magia, muy mala, y algunos discursos de circunstancias con bellas palabras y poca consistencia. Una sección de lucha también, creo. La noche estaba muy avanzada. Bastante antes que Antonio comenzara, hermanita, si cualquiera de nosotros hubiese podido libremente realizar su deseo, todos nos hubiéramos tendido en nuestros confortables triclinios y dormido. El galante Tulio, sobre cuya buena salud tú estás siempre incontablemente solícita, sentado frente a mí dormía profundamente como un chiquillo.

—Y entonces vino la oda... —apuró Lucía.

—Sí, ¡entonces llegó la oda! Y cuando Antonio empezó a zumbar una y otra vez, parecía alejarse más y más allá; sus facciones se hacían cada vez más pequeñas, y su vez sonaba cada vez más apagada, al mismo tiempo que mis torturados ojos se ponían

cada vez más ardientes y pesados.

—¡Marcelo! —exclamó la joven—. ¡En nombre de los dioses inmorales, acaba de una vez!

—Calma, impetuosa criatura. No logro pensar con agilidad hoy. Creo que quedé cansado para toda la vida... Esa oda me produjo algo... Bien, entretanto eso había ido avanzando palmo a palmo por leguas y décadas. De repente desperté, me compuse y contemplé por todos lados a la distinguida concurrencia. Casi todos se habían dormido apaciblemente, excepto unos cuantos de la mesa principal, cuyas heladas sonrisas estaban sostenidas por los dientes como remaches, y Quinto, el insufrible hermano menor de Antonio, que estaba rojo de ira. No puedo tolerar a ese cachorro arrogante, y él sabe que lo desprecio.

—¡Marcelo! —gritó Lucía en la cara de su hermano, tan salvajemente que Bambo le gruñó—. ¡Quiero saber qué hiciste para ofender a Cayo!

Marcelo rió hasta llorar, hasta sentirse mal, y luego se deshizo en carcajadas histéricas.

—Si el Único Glorioso hubiera estado simplemente dormido, apaciblemente, decentemente, con su gruesa barbilla sobre el pecho, así como sus devotos súbditos, tu infortunado hermano hubiera podido aguantarlo. Pero nuestro príncipe había dejado su cabeza ladeada hacia atrás. Su boca, nada bella por cierto, estaba abierta, la lengua le colgaba feamente y las fosas nasales resonaban con estrépito cada vez que respiraba. Reinaba un silencio mortal, menos para Antonio y Cayo, quienes se repartían, por así decirlo, el salón.

—¡Odioso! —murmuró Lucía.

—Una palabra muy suave, hermanita... Debes tener más cuidado con tu lenguaje. Bien, en ese funesto momento Antonio había llegado a la culminación de la oda de su padre con un apostrofe a nuestro príncipe que debe haber causado una tormenta en el monte Parnaso: Cayo era una fuente de conocimientos; los ojos de Cayo brillaban con una luz divina. Cuando los labios de Cayo se movían, la sabiduría fluía, y la justicia sonreía... ¡Querida niña!... —siguió Marcelo tomándole la mano—, sentí que mi trágico contratiempo se acercaba bajo la forma de un insuperable estornudo. De pronto rompí a reír. No, no quiero significar que sonreí furtivamente, tapándome la boca con la mano. ¡Eché hacia atrás la cabeza y rugí, bramé! ¡Largos, fuertes gritos de risa insana! —reviviendo el incidente Marcelo se abandonó de nuevo a una desatada alegría—. Créeme: ¡desperté a todos menos a Cayo!

—¡Marcelo!

Sosegado por el tono de alarma que vibraba en la voz de su hermana miró él su pálido y serio semblante.

—¿Qué pasa. Lucia? —inquirió—. ¿Te sientes mal?

—¡Tengo miedo! —musitó ella.

Él la rodeó con sus brazos y ella apretó la frente contra su hombro.

—¡Vaya, vaya! —la consoló—. No tenemos nada que temer; fue una locura mía

haberte inquietado; pensé que te divertirías. Cayo se enojará, desde luego, mas no querrá aventurarse a castigar al hijo de Marco Lucano Galion.

—Pero... es que... —tartamudeó Lucía—, fue ayer mismo cuando nuestro padre lo criticó públicamente en el Senado. ¿Lo has sabido?

—Por cierto. Pero es lo suficiente fuerte como para cuidar de sí mismo —declaró Marcelo, con demasiada confianza para ser convincente. Hubo una larga pausa antes que Lucía hablara. Él notó que su cuerpo temblaba.

—Si hubiera sólo una causa —observó ella lentamente—, tal vez pudiera ser pasada por alto. Tero tú lo has ofendido... y desde hace tiempo él está enojado conmigo.

—¡Contigo! —Marcelo la tomó por los hombros y clavó la mirada en sus ojos angustiados—. ¿Y por qué tiene Cayo que estar enojado contigo?

—¿Recuerdas el verano pasado, cuando Diana, su madre y yo fuimos huéspedes del Palacio de Capri y Cayo fue a visitar al Emperador?

—¡Bien, prosigue! —ordenó Marcelo—. ¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

¿Qué hizo?

—Trató de seducirme.

—¡Esa bestia repugnante! —rugió Marcelo poniéndose en pie de un salto—. ¡Le arrancaré su cochina lengua! ¡Y le sacaré los ojos con mis pulgares! ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Tú has dado las razones —contestó Lucía con aflicción—. Tenía miedo de que le arrancases la lengua y le sacases los ojos. De haber sido mi hermano un tímido hombrecito, podría habérselo contado en seguida. ¡Pero mi hermano es fuerte y bravo... y temerario! Ahora que se lo he contado, matará a Cayo y este hermano a quien amo tiernamente será condenado a muerte, y mi padre también, supongo y mi madre deportada o apresada y...

—¿Qué dijo nuestra madre de esto? —interrumpió Marcelo.

—No se lo conté.

—¿Por qué no? Debiste hacerlo al momento.

—Entonces se lo hubiera contado a nuestro padre. Ello hubiera sido tan peligroso como enterar a mi hermano.

—¡Debiste habérselo dicho al Emperador! —masculló Marcelo—. Tiberio no es un monumento a la virtud, pero respecto a esto hubiera tenido que hacer algo. A él no le gusta mucho Cayo.

—¡No seas tonto! ¿A ese viejo medio loco? Probablemente hubiera tenido uno de sus violentos berrinches e increpado a Cayo en presencia de todos; luego se hubiera calmado y olvidado el asunto, ¡pero el príncipe no lo hubiera olvidado nunca! No, yo decidí callarme. Nadie lo sabe excepto Diana.

—¡Diana! Si tú pensabas que era menester guardar un secreto tan peligroso, ¿cómo se te ocurrió contárselo a Diana, esa muchachita traviesa?

—Porque ella también le temía y comprendió las razones que yo tenía para evitar

que me dejaran a solas con él. Pero Diana no es una niña, Marcelo. Tiene casi dieciséis años. ¡Ah, y perdóname que te lo diga! ¡Pienso que podrías dejar de desarreglarle el cabello y darle palmaditas en la barbilla cuando viene a visitarme, como si ella tuviera cinco años y tú cien!

—Lo lamento. No se me había ocurrido que pudieran molestarle mis bromas. Nunca he pensado en ella sino como en una criatura como tú.

—Bien, es tiempo que te des cuenta que Diana no es una niña. Si a ella le desagradan tus caricias no es porque sean caricias, sino porque son en broma.

Lucía titubeó y prosiguió lentamente:

—Hasta podrían gustarle tus cariños si significaran algo. Pienso que le haces daño, Marcelo, cuando en son de broma la llamas novia...

—No se me había ocurrido que Diana fuera tan sensible —murmuró el joven—. Ciertamente es bastante violenta cuando algo la desagrada. Fue bastante audaz también en pedir que le cambiaran el nombre.

—Detestaba llamarse Asinia —observó con firmeza Lucía—. Diana es más bonito, ¿no te parece?

—Tal vez —Marcelo se encogió de hombros—. El nombre de una cándida diosa... El linaje Asinio es noble. Significaba algo.

—No seas pesado, Marcelo —cortó Lucía—... . Diana se alegraría probablemente si la llamasen novia, si...

Marcelo que había estado dando vueltas impacientemente de un lado a otro como una pantera, se acercó, observando a su hermana con repentino interés.

—¿Estás tratando de decirme que esa jovencita supone estar enamorada de mí?...

—¡Claro! Pienso que eres un buen tonto por no haberlo notado. Ven y siéntate, y arréglate un poco; nuestro desayuno está en camino.

Marcelo miró en dirección a la casa, luego clavó la vista, se restregó los ojos con los puños y los fijó de nuevo.

Los labios de Lucía se plegaron en una mueca burlona.

—Verdaderamente, hermanita —gimió—, estoy en peores condiciones de lo que creía.

—No, estás bien, tribuno —dijo Lucía lentamente—. Son, efectivamente, dos.

—Gracias. Me has vuelto la paz. Y dime, ¿son tan inteligentes como hermosas? —preguntó, mientras las mellizas se acercaban.

Aún no puedo decírtelo. Hoy es su primer día de trabajo. No las atemorices, Marcelo, que ya están bastante amedrentadas y medio fuera de quicio. Nunca habían trabajado antes... ¡No! ¡No! ¡Bambo, ven acá!

Sonrojadas, turbadas, las macedonias descargaron sus bandejas de plata, procurando aparentar que no se daban cuenta que eran observadas.

—¡Qué cositas más graciosas! ¿No te parece? —comentó Marcelo—. ¿Dónde las recogió nuestro padre?

—No hables así —musitó Lucía. Se levantó y se dirigió hacia la balaustrada; su

hermano la siguió perezosamente. Volvieron sus rostros hacia la ciudad.

—¿Qué pensó Tulio de lo que hiciste? —preguntó ella con cierta impertinencia.

—Oye —observó Marcelo como si no hubiese oído su pregunta—. ¿Hay algo peculiar en estas dos esclavas que te haga ser tan extraordinariamente considerada?

Lucía sacudió la cabeza sin mirarlo y suspiró.

—Estaba pensando en este momento —dijo después de una pausa—, cómo me sentiría si estuviera en su lugar. —Sus ojos afligidos se levantaron para encontrar la interrogante mirada de él— No es imposible, Marcelo, que pueda encontrarme pronto en esas condiciones. No te gustaría eso... ¿Verdad?

—¡Tonterías! —gruñó el joven dientes afuera—. ¡Estás haciendo una tragedia demasiado grande de esto! Nada va a suceder. Me preocupare de ello.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

—Bien... ¿Qué piensas tú qué debo hacer?... ¿Algo así como ir a ver a ese reptil asqueroso con una disculpa?

Lucía se animó un poco y puso su mano sobre el hombro de él.

—¡Hazlo! —imploró—. ¡Hoy mismo! Haz las paces con él, Marcelo. Dile que estabas ebrio;... porque lo estabas... lo estabas... ¿Verdad?

—¡Bien merecería ser azotado en la plaza del mercado!

—Sí, lo sé, y puede ser que lo seas; ¡Cayo es peligroso!

—¡Bah! ¿Qué podría hacer? Tiberio no permitiría a su poco ingenioso hijastro que castigara a un miembro de la familia Galión. Nadie ignora que el anciano lo desprecia.

—Sí, pero consintió en su regencia porque Julia se lo pidió... Y no puede descartarse su influencia. Si se llega a una decisión en la cual ese anciano decrépito deba ponerse de parte de nuestra familia, contra Cayo, con su rezongona mujer zumbándole los oídos, dudo que quisiera complicarse la vida. Julia lo reprimiría por nada.

—¡Vieja vengativa! —Marcelo se detuvo en el filo de una palabra más gruesa.

—Piénsalo con calma. —El tono de Lucía se iba animando al sentir que sus razonamientos ganaban terreno.

—¡Ven! Tomemos nuestro desayuno. Luego irás a ver a Cayo y arreglarás las cosas. ¡Alábalo! ¡Adúlalo! No puede resistirse al menor halago. ¡Dile que es hermoso! ¡Que no hay nadie en todo el Imperio tan sabio como él! ¡Dile que es divino! Pero cuida de mantener tu cara seria; Cayo ya sabe que tienes un agudo sentido del humor.

* * * * *

Decidido a realizar el consejo de su hermana, Marcelo estaba ahora ansioso de llevar a cabo su desagradable gestión y terminal de una vez. La prudencia le sugirió que solicitara una entrevista pasando por todas las formalidades y, esperando la

autorización del príncipe, pero, cada vez más impresionado por lo grave de su posición, resolvió omitir los procedimientos cortesanos de rutina y buscar la oportunidad de ver a Cayo sin haber concertado una cita. Apareciendo en el palacio un rato antes de mediodía, podría considerarse dichoso si tenía unos pocos minutos a solas con el príncipe antes que alguien lo hubiera informado sobre el suceso de la noche anterior.

A las diez, rejuvenecido por un baño caliente, un vigoroso masaje dado por Demetrio y una zambullida en la piscina, el tribuno retornó a sus habitaciones, se vistió con esmero y bajó sin prisa. Observando que la puerta de la biblioteca estaba entreabierta, se detuvo a saludar a su padre a quien no había visto desde el día anterior. El apuesto y canoso senador estaba sentado detrás de su mesa, escribiendo. Levantó la vista e invitó a Marcelo a entrar.

—Si estás libre hoy, hijo mío, me gustaría que vinieras conmigo a ver un tronco de mulas de Hispania.

—Me agradecería sin duda, señor, ¿pero no sería lo mismo mañana? Tengo una diligencia importante que hacer; algo que no puede ser postergado.

Había una nota de ansiedad en la voz del tribuno que hizo entrecerrar los sabios ojos del viejo.

—Nada serio, supongo.

Galión señaló un asiento vacío.

—Espero que no, señor.

Marcelo se sentó lentamente en el ancho brazo del sillón, mientras se preguntaba si debía optar por una discreta reserva o una franca y completa explicación.

—Tu aspecto —observó el anciano sutilmente— sugiere que estás preocupado. No tengo la intención de meterme en tus enredos privados, pero..., ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—Temo que no, señor. Gracias. —Al cabo de un momento de indecisión, Marcelo lentamente se arrellanó en el asiento y miró serenamente a su padre.

—Si dispones de tiempo, te contaré lo que me ocurre.

Galión asintió. Dejó su pluma, y con aire alentador se apoyó sobre sus brazos doblados. Era realmente una larga historia. Marcelo no guardó nada para sí. En una ocasión estuvo medio inclinado a mencionar el problema de Lucía, relacionándolo con el suyo propio, pero decidió no hacerlo, sintiendo que su padre ya había tenido bastante para una sola sesión. Concluyó, después de una pausa, con la declaración de que iría en seguida a disculparse y a halagar a Cayo. El senador, quien había escuchado con atención, pero sin hacer ningún comentario, sacudió entonces su leonina cabeza y gritó:

—¡No! —Y enderezándola y agitándola gritó aún más fuerte—: ¡No! ¡No! ¡No!

Sorprendido por el arranque de su padre, pues había anticipado su entera aprobación, Marcelo preguntó:

—¿Por qué no, señor?

—El más peligroso recurso que un hombre puede usar para reparar una relación perjudicada es una servil apología. —Galión echando hacia atrás su enorme silla, se puso de pie, irguiéndose y como preparándose para pronunciar una arenga.

—Hasta en las más favorables circunstancias, tales como al aplacar a un amigo injuriado, una humillante defensa puede hacer mucho daño. Si el amigo se ha contentado con eso, seguramente no merecía más, y su amistad no valía la pena de ser conservada. En el caso de Cayo, una disculpa resultaría fatal, porque no estarías tratando con un caballero, sino con un bribón congénito. Tu disculpa implicaría esperar que Cayo sea generoso; pues bien, la generosidad en su opinión es un signo de debilidad. Por no haberle imputado esto, le habrías hecho una ofensa. Cayo tiene motivos para desconfiar de su poder. Nunca te pongas a la defensiva con un hombre que está temblando por su propia inseguridad. Aquí se presenta, al menos, una oportunidad para demostrar tu fuerza.

—Tal vez tienes razón, señor —concedió Marcelo.

—¿Tal vez? ¡Sin duda que tengo razón! —El senador fue hasta la puerta, la cerró despacio y volvió a su asiento—. Y esto no es todo —prosiguió—. Déjame aclararte el entendimiento sobre las peculiares relaciones que existen en la familia imperial; ellas te explicarán por qué Cayo es un hombre para ser temido y observado. Ahí tienes al viejo Tiberio, alternativamente rabiando y flaqueando en su fastuosa mansión de cincuenta habitaciones, en Capri: una patética y desagradable figura, que cree en la influencia de la luna y reza a sus dioses... Hijo mío —se interrumpió—, siempre existe algo fundamentalmente erróneo cuando un hombre rico o un rey pretenden ser religiosos. Dejar a los pobres desvalidos invocar a los dioses; para eso están ellos para distraer la atención de los débiles de sus, de otra manera, intolerables miserias. Pero cuando un Emperador hace mucha alharaca sobre religión, es un mentecato o un deshonesto. Tiberio es honesto. Si es un mentecato, la causa no es muy difícil de advertir. Durante una veintena de años ha alimentado un amargo rencor contra su madre, por haberle pedido que se divorciara de Vipsania, la única criatura que él amó.

—Yo creo que a Diana la quiere —interrumpió Marcelo.

—Es verdad. Pero, ¿por qué? Él quiere a la niña porque es la nieta de Vipsania. Recordemos que no era un mal gobernante en sus años juveniles. Roma no había conocido tal prosperidad ni aun bajo el reinado de Julio. Como sabes, cuando Vipsania se alejó de su vida, Tiberio quedó destrozado; perdió todo interés en el Imperio, se rodeó de adivinos, juglares, sacerdotes y astrólogos. Al presente, su entendimiento está tan trastornado por esas tonterías que consintió en casarse con Julia, a quien ha despreciado desde la infancia. —El senador rió entre dientes, pero no con alegría, y prosiguió—: Tal vez ello se debió a que deseaba ser relevado de todas las tareas administrativas. Comprendió que odiar a Julia tan intensamente como ella merecía ser odiada, le ocuparía toda la vida. Y así aceptó a la astuta mujer con la detestable prole que había parido antes de casarse con él... No solamente odia a Julia,

sino que está mortalmente aterrorizado por ella, y con buenas razones, pues ella tiene la mentalidad mórbida de un asesino, y el coraje también.

—Lucía dice que el anciano nunca toma vino en la mesa hasta que la Emperatriz ha probado el suyo —observó Marcelo—, pero creyó que era sólo una broma familiar.

—No vamos a perturbar a tu joven hermana con cualquier otra interpretación —advirtió el senador—, pero no es broma, ni está Tiberio simplemente tratando de ser juguetón cuando pone una guardia de una docena de gladiadores nómadas en las puertas y ventanas de su dormitorio... Sospecho que ninguno de estos hechos se le escapa a la observación de Cayo. Él sabe muy bien que el Emperador está medio loco y que su madre vive precariamente; si le pasara cualquier cosa, a ella, su regencia no duraría más que lo que tarda una galera en zarpar hacia Creta conduciendo a bordo un príncipe derrocado.

—¿Podría ocurrir eso? —interrumpió Marcelo—. ¿Quién sucedería a Cayo?

Galión recibió la pregunta con un encogimiento de hombros.

—No ocurrirá. Si alguien muere en este asunto, no será Julia.

—¡Puedes estar seguro de eso!

—Pero hagamos la suposición —insistió Marcelo—, Si por cualquier circunstancia, accidente, enfermedad o crimen, Julia fuera eliminada, y Cayo también, ¿crees en consecuencia, que Tiberio podría poner a Asinio Galo en el trono?

—Es posible —contestó el senador—. El Emperador se figuraría estar haciendo una tardía reparación a Vipsania honrando a su hijo. Y Galo sería elegido sin duda. Ningún romano ha mandado con más rectitud que Polión, su docto padre. Galo tendría pues el apoyo unánime de nuestras legiones; de las de aquí y de las que están en el extranjero... De cualquier modo —añadió como para sí— un bravo soldado no es forzosamente un sabio monarca... Tu comandante militar tiene sólo un enemigo, y al exterior, con quien luchar; todo lo que se requiere es táctica y bravura. Un Emperador en cambio está eternamente en guerra con una corte envidiosa, un Senado turbulento y un enjambre de avaros latifundistas. Lo que necesita es un agudo olfato para la conspiración, una mente lo bastante despierta como para descubrir en tiempo la traición, un natural talento para advertir el engaño, y la piel de un caimán.

—¡Lo bastante gruesa como para doblar la punta de un estilete! —corroboró Marcelo.

—Es una peligrosa ocupación —comentó su padre—. Pero, volviendo al tema, no creo que nuestro excelente amigo Galión se halle expuesto alguna vez a estos peligros.

—Me pregunto si le gustaría a Diana ser princesa —observó Marcelo distraídamente. Levantó la mirada y halló los ojos de su padre que brillaban de curiosidad.

—Me parece que estábamos muy lejos de discutir sobre Diana —observó Galión con aire socarrón—. ¿Estás acaso interesado por ella?

—No más que Lucía —replicó Marcelo afectando indiferencia—. Ellas son, como sabes, inseparables. Naturalmente, veo a Diana casi todos los días.

—Una bella y vivaz criatura —opinó el senador.

—Bella y vivaz —acordó Marcelo—, Pero no tan criatura; Diana está próxima a los dieciséis años.

—En edad de poder casarse. ¿Es eso lo que quieres decir? Difícilmente podías hacer algo mejor, si puede ser conquistada. Diana tiene sangre fina. Dieciséis, ¿eh? Es una suerte que Cayo no lo haya sabido. Él podía haberse favorecido mucho en la estima del Emperador, y ciertamente lo necesita, si hubiera ganado el favor de Diana.

—¡Si ella lo detesta!

—¿De veras? Entonces, ¿ha conversado contigo sobre el particular?

—No, señor. Fue Lucía quien me lo contó.

Hubo un largo intervalo de silencio antes que Galión hablara nuevamente. Despacio, midiendo sus palabras, continuó:

—En tus actuales relaciones algo tirantes con Cayo, creo hijo mío, que demostrarás discreción al emplear el mayor recato posible en tus atenciones con Diana...

—No la veo en ninguna parte más que aquí, señor.

—Aun así, trátala con mucho tacto. Cayo tiene espías en todas partes.

—¿Aquí? ¿En nuestra casa? —Marcelo frunció el entrecejo en un gesto de incredulidad.

—¿Por qué no? ¿Piensas que el hijo de Agripa, que nunca tuvo un pensamiento honesto en toda su vida, y Julia, que ha nacido con las orejas como agujeros de cerradura, sentirían escrúpulos para ello?

El senador enrolló hábilmente el pergamino que yacía en un rincón, indicando que estaba listo para comenzar su trabajo del día.

—Hemos discutido mucho, me parece. Por lo que ocurrió ayer, los amigos del príncipe pueden advertirle que deje el asunto pendiente. La mejor actitud que puedes adoptar es no hacer nada, no decir nada, y esperar los acontecimientos.

Se levantó y estiró los pliegues de su toga.

—¡Ven! Cabalguemos hasta el campamento de Ismael y veamos a las hispanias. Te gustarán; son blancas como la leche, muy fogosas, inteligentes, e indudablemente caras. Ismael, el viejo bribón, sabe que me interesan, desgraciadamente, para mi bolsa.

Marcelo respondió con vehemencia al elevado espíritu de su padre. Era casi como si el sagaz Marco Lucano Galión hubiera arreglado firmemente el malhadado entredicho con Cayo. Se adelantó y abrió la puerta para que pasara su padre. En el atrio, apoyado contra una columna, descansaba Demetrio. Irguiéndose prontamente, saludó con su lanza y siguió, unos pasos atrás, a los dos hombres mientras caminaban a través de las vastas habitaciones y salían por el espacioso pórtico del oeste.

—Es poco corriente que Demetrio ande por el atrio —advirtió Marcelo en voz

baja y con prevención.

—Tal vez estaba allí —sugirió algo sombrío Galión—, para ahuyentar a algún otro que quisiera holgazanear tras de la puerta.

—¿Crees, señor, que haya tenido una razón especial para tomar tal precaución?

—Es posible. Estuvo contigo en el banquete, sabe que has ofendido a Cayo y deduce que estás en desgracia; piensa, por eso, que es prudente estar alerta.

—¿Le preguntó si sospecha que hay espías en la casa? —interrogó Marcelo.

Galión movió la cabeza negativamente.

—Si observa algo anormal te lo contará, hijo mío.

—Me pregunto quién es el que viene. —Marcelo aludió a un uniforme de caballero que acababa de doblar desde la Vía Aurelia, y agregó con disgusto—: Es Quinto, el menor de los Tuscos, el príncipe lo ha estado viendo a menudo últimamente, según he oído.

El joven tribuno, seguido por un bien montado ayudante, se dirigió resueltamente hacia ellos, y saludando con negligencia sacó un pergamino dorado del cinturón de su túnica.

—Su Alteza, el príncipe Cayo, me ha ordenado que deje este mensaje en manos del tribuno Marcelo Lucano Galión —vociferó con arrogancia. El ayudante, que se había apeado del caballo, subió los escalones y entregó el pergamino.

—Su Alteza haría bien en emplear mensajero con mejores modales —pronunció Marcelo con calma—. ¿Esperas contestación?

—¡Las órdenes imperiales requieren obediencia, no respuestas! —gritó Quinto. Y tirando de las riendas con furia, clavó las espuelas y partió, seguido por el asistente.

—Cayo está preparado —comentó el senador. Su rostro reflejaba satisfacción cuando observó las manos firmes de su lujo y la fría resolución con que sacó su daga y traspasó la cera con la punta. Desenrollando el ostentoso documento, el joven lo tomó por una esquina para que su padre pudiera enterarse del contenido. Galión lo leyó en voz baja con un tono creciente de irritación:

«El príncipe Cayo Druso Agripa al tribuno Marcelo Lucano Galión.

»¡Salud!

»El valor de un tribuno militar no debe ser derrochado en salas de banquete. Debe servir al Imperio en lugares donde la audacia temeraria resulte honorable y valiosa. Tribuno Marcelo Lucano Galión: se te ordena presentarte antes de la puesta del sol en el Pretorio del legado principal Cornelio Capitón y recibir sus órdenes».

Marcelo enrolló el pergamino, se lo alcanzó con indiferencia a Demetrio, que lo guardó entre los pliegues de la túnica; luego, volviéndose a su padre:

—Tenemos tiempo de sobra —dijo tranquilamente— para ir a ver los caballos de Ismael.

El senador se irguió. Orgullosamente tieso descendió los escalones de mármol, mientras su hijo le hacía una respetuosa reverencia, y tomando las bridas montó en el brioso corcel. Marcelo hizo una señal a Demetrio.

—¿Has oído el mensaje? —inquirió.

—Si era privado, no, señor —contestó con sorna el esclavo.

—¡Sé un poco menos malicioso —observó Marcelo—. El príncipe, evidentemente, desea deshacerse de mí.

—Sí, señor —asintió Demetrio.

—Bien, esto me lo busqué yo mismo... Así es que no te ordenaré que arriesgues tu vida; estás en libertad de decidir si...

—Iré contigo, señor.

—¡Muy bien!... Revisa mi equipo, y procúrate el tuyo. También Marcelo comenzó a bajar la escalinata y se volvió para decir, con serena firmeza:

—Vas hacia la muerte, ya lo sabes.

—Sí, señor —contestó Demetrio—. Necesitaras varios pares de sandalias gruesas. ¿Puedo comprarlos?

—Sí, y compra alguno para ti también. Pídele el dinero a Marcipor.

Tras una lucha con el bayo, que estaba impaciente por alcanzar a su compañero de cuadra, Marcelo consiguió montar y se acercó al senador; aparejando sus caballos al trote.

—Me demore para decir unas palabras a Demetrio. Lo llevaré conmigo.

—Desde luego.

—Le dije que lo decidiera él mismo.

—Fue muy honesto.

—Le dije que tal vez no regresara nunca...

—Es probable que no —dijo el senador con súbita aspereza—. Puedes empero estar seguro que él nunca regresará solo.

—Demetrio es un muchacho muy bueno, para no ser más que esclavo.

El senador no replicó de inmediato. Sin embargo, su firme semblante y sus mandíbulas apretadas indicaban que sus reflexiones eran de peso.

—Hijo mío —dijo luego, mirando fija y pensativamente el camino—, necesitaríamos unos cuantos hombres en el Senado Romano con el cerebro y la bravura de tu esclavo Demetrio. —Sofrenó su caballo para que fuera al paso—, Es un muchacho muy bueno para no ser más que esclavo, ¿verdad? Su condición hace que no signifique nada lo que piensa y lo que dice; y lo que hace carece de importancia. Pues bien un día u otro los esclavos van a apoderarse de este gobierno podrido. Podrían hacerlo mañana mismo si estuvieran organizados. Es lógico suponer que su común deseo de libertad los uniría, pero no es suficiente. Todos los hombres quieren más libertad de la que tienen. Lo que los esclavos de Roma necesitan es un caudillo. A su tiempo lo tendrán. ¡Tú verás!

El senador hizo una pausa tan larga después de esta extraña declaración, que Marcelo sintió que se imponía una respuesta.

—Nunca te oí expresar semejante opinión, señor. ¿Crees que habrá una insurrección entre los esclavos?

—Necesitan formarse —replicó Galión—. Necesitan cohesión. Pero algún día tendrán una dirección, serán unificados, surgirá un conductor, un estandarte y una causa comunes, un grito de combate. Tres cuartas partes de los habitantes de nuestras ciudades son o han sido esclavos. Diariamente nuestras fuerzas expedicionarias llegan con nuevos buques cargados de ellos. Se necesitaría un gobierno sagaz y poderoso para mantener subyugada una población tres veces mayor en número y en fuerza. ¡Pero, mira nuestro gobierno! ¡Una mera cáscara vacía! ¡No hay fibra moral! ¡Se conforman con su lujuria, su indolencia y su libertinaje, y con la extravagante pompa en honor de sus estúpidos dioses; un gobierno regido por un anciano chocho y un ebrio incapaz!... Así es, hijo mío. ¡Roma está sentenciada a muerte! No puedo aventurarme en predecir cuándo o cómo Némesis, la diosa de la venganza, llegará; pero está ya en camino. Grave y doloroso es decirlo: ¡El Imperio Romano es demasiado débil y perverso para sobrevivir!

DOS

CORNELIO Capitón estaba en el pretorio cuando Marcelo, a las tres, llamó para saber qué era lo que Cayo había planeado para él. Esto era sorprendente y un poco de mal agüero también. La evidente ausencia del legado principal y la delegación del asunto en persona de menor cuantía significaban claramente que Capitón no tenía valor para una desagradable entrevista con el hijo de su antiguo amigo.

Los Galiones habían ido al paso de sus caballos las últimas dos millas, al regreso del campamento de Ismael, donde el senador rehusó comprar las mulas de Hispania ante el exorbitante precio pedido por el viejo sirio, y también, se veía claramente, porque los acontecimiento del día habían apagado su interés en la operación.

Su mente estaba ahora totalmente ocupada con especulaciones sobre Cornelio. Si alguien en Roma podía aminorar la punitiva asignación que Cayo habría señalado para su hijo, ése sería el Comandante de la Guardia Pretoriana y legado principal, quien tenía un enorme poder en la asignación de los nombramientos.

A favor de un humor marcadamente pesimista, el jefe de los Galiones había narrado la deplorable historia, funesta y épica, de la Guardia Pretoriana, que ambos sabían de memoria. Marcelo mismo la había traído a colación. Como si su hijo no la hubiera oído nunca, el senador comenzó retrocediendo en el tiempo, desde el momento en que Julio César creara esta organización para su propia seguridad. La formaban hombres escogidos, con notables antecedentes en su foja de servicio. Con el correr de los años, las tradiciones de la Guardia Pretoriana se enriquecieron. Se edificó un magnífico arsenal para guardar los trofeos de las batallas, y en su espacioso atrio fueron erigidas, en bronce y mármol lápidas certificando las memorables carreras y sus héroes.

Ser miembro de la Guardia Pretoriana en aquellos gloriosos días —ya tan remotos—, en que el coraje y la integridad constituían aún valioso atributo, era el más alto honor que el Imperio podía otorgar.

—Entonces —continuó el senador con cierta melancolía— Augusto, cuya vanidad se había henchido en monstruoso y repugnante crecimiento, comenzó a designar miembros honorarios entre sus favoritos; entre senadores, cuyo servilismo aprobaba sus errores y que se inclinaban, ablandando las sandalias imperiales con su saliva; entre ciertos hombres adinerados que habían prosperado especulando con el producto de su pillaje en tierra extranjera; entre prósperos traficantes de esclavos y negociantes de esculturas robadas: entre recaudadores de rentas públicas en las provincias; entre todos los que pudieran halagar el morboso egoísmo de Augusto o verter unguento sobre el escozor de su avaricia. Así es como había terminado la gloria y distinción de la Guardia Pretoriana. Sus plazas, estaban en venta.

Durante un corto lapso, Tiberio había intentado detener aquel acelerado descenso hacia el abismo. Entonces fue cuando Cornelio Capitón, quien a menudo había conducido sus legiones en correrías suicidas que habían dado origen a una leyenda

sobre él (porque, ¿acaso no eran los dioses quienes lo dirigían, ya que su vida era tan frágilmente sostenida y tan milagrosamente preservada?), fue llamado a Roma para que se hiciese cargo del mando de la Guardia Pretoriana.

El viejo militar no hubiera deseado esa tarea, pero acató la orden. Con la misma temeridad que le había proporcionado honores en tantos campos de batalla, comenzó a depurar la desacreditada institución. Pero no pasó mucho tiempo sin que una fuerte presión ejercida sobre Tiberio consiguiera que el Emperador amonestara al inflexible guerrero por su celo excesivo: no debería ir demasiado lejos en su empeño de depurar la Guardia Pretoriana.

—Fue entonces —subrayó el senador— cuando el bravo anciano descubrió, para su disgusto, por qué Tiberio lo había nombrado comandante: ¡simplemente para usar su nombre como un elemento depurador!

Marcelo había comprendido, a esta altura de las claras reflexiones de su padre, que la recordación de esa historia resultaría algo embarazosa, puesto que concernía a los tribunos militares.

—¡Si Augusto se hubiera contentado con la destrucción de la Guardia Pretoriana! —el senador estaba procediendo de acuerdo con un plan—. Tal vez si él hubiera previsto el resultado de su política en este asunto, ni siquiera su rapaz voracidad lo habría inducido a hacer el mismo trabajo con la clase de los tribunos. Pero tú sabes lo que ocurrió, hijo mío.

Sí, Marcelo lo sabía.

También el cargo de tribuno había sirio honorable. El que quisiera lucir su insignia tenía que serlo de hecho y de verdad. Lo mismo que la Guardia Pretoriana, se los alejó espléndidamente. Los tribunos con licencia en su hogar, vengando injurias o esperando órdenes, aprovecharon las ventajas de la biblioteca, los baños y el legado que el Imperio había provisto para ellos. Luego Augusto había decidido dar más amplitud a la clase, para incluir en ella a los hijos de los senadores y de los contribuyentes de influencia.

—No necesitabas siquiera haber dado una orden o pasado una noche en una tienda de campaña: ¡si tu padre tenía suficiente dinero e influencia política, podías llevar el uniforme y recibir los honores correspondientes!

A Marcelo le causaba alivio pensar que su caso no era tan poco defendible como el de la mayoría. Él no había sido un mero muchachito divertido. En la Academia se había dedicado con entusiasmo al estudio de las campañas militares, la estrategia y la táctica. Era un atleta completo, experto en el lanzamiento de la jabalina, ganador de varios premios de puntería con el arco. Había llevado a cabo un torneo a espada con la maestría de un gladiador profesional.

Sus diversiones no eran inútiles. La juventud aristocrática, elegible por su jerarquía para las tareas públicas, desdeñaba en general cualquier práctica de las bellas artes. Afectaban ser críticos y conocedores de pintura y escultura, pero se hubieran visto en una situación muy embarazosa con el cincel o un pincel en la mano.

Por su parte, Marcelo había tomado un serio interés en la escultura influido en ello por el deleite de su padre, quien, habiendo observado aquella natural disposición, le había provisto de competentes maestros.

Con todo, el joven, a veces se había sentido francamente entristecido por su posición como tribuno militar, cuando, como sucedía raramente, algún verdadero tribuno se había mostrado en el fastuoso Casino, bronceado, contuso y vendado después de agotadores meses de servicio activo.

—Sin embargo —se decía Marcelo— no era cierto que él no tuviera aptitudes para las tareas militares.

Estaba muy dispuesto para aceptar un encargo si se lo requerían. Más de una vez hasta había deseado que se presentara una oportunidad para entrar en servicio. Nunca se le había encomendado. Y en Roma un hombre se comportaría ciegamente como un loco si solicitara una misión militar. La guerra a la sazón era una sucia ocupación deseada por matones, que gustaban pavonearse con medallas, vociferar obscenidades a sus inferiores y estar semanas sin bañarse. Él hubiera podido hacer todo esto si realmente hubiera tenido que hacerlo. Pero no tuvo ocasión para hacerlo; por eso nunca sintió un verdadero orgullo de su título. Algunas veces, cuando Décimo se dirigía a él llamándole «tribuno», lo hacía con malicia, como cuando le servía tarde en la cama él desayuno. Marcelo se sentía entonces tentado a abofetearlo; y lo hubiera hecho de ser distinta la ocasión.

Habían cabalgado en silencio un corto rato, después que el senador había sacado a relucir sus acostumbrados motivos de queja.

—Cierta vez —continuó meditativamente— el rudo Capitón, como el engegucido Sansón del mito hebreo, se animó a seguir sus propios impulsos... Tengo pues la esperanza de que pueda intervenir en tu favor, hijo mío. Si se trata de un puesto honorable, no lo lamentaremos aun cuando entrañe riesgo. ¡Estoy dispuesto a entregarte al peligro pero no a la ignominia! No puedo creer que mi sincero amigo deje de hacer hoy cuanto pueda por ti. Te ruego que te presentes a él con esta esperanza.

Se había mostrado tan seguro de este resultado, que el resto de la cabalgata había sido casi divertido. Seguro de que el rudo pero leal guerrero, que le había ayudado a ponerse su primera toga blanca, se preocuparía de que ninguna indignidad fuera cometida con él por el petulante y vengativo príncipe, Marcelo se dirigió con el corazón sereno a los impotentes cuarteles del legado principal.

Acompañado por Demetrio, que hacía una llamativa figura en la silla de montar, cabalgó a través de las calles, cada vez más populosas, en camino hacia la inmensa plaza circular, cuya mitad estaba rodeada por los imponentes edificios de mármol donde tenían asiento la Guardia Pretoriana y los oficiales de alta graduación del ejército. A la izquierda se encontraba un vasto campo para desfiles militares, a la sazón, atestado de caravanas de camellos y de tasadores de fardos.

Una expedición se estaba movilizand, lista para partir para un largo viaje a la

Galia, La plaza aparecía como un ruidoso escenario. Los jóvenes oficiales brillaban en sus uniformes de campaña. Los legionarios animados, fogosos, estaban aparentemente satisfechos de su destino. «Es posible que experiencias de esta clase sean estimulantes», pensó Marcelo.

Incapaces de seguir cabalgando a causa de la congestión, los dos jinetes se apearon; Marcelo entregó las riendas a Demetrio y se dirigió por la angosta acera hacia el Pretorio. Por los corredores se veían numerosos centuriones en espera de órdenes; a muchos de ellos Marcelo los conocía, y al verle sonrieron y saludaron. Tal vez pensaban que estaba allí por algún asunto semejante al de ellos, y eso le hizo experimentar un grato sentimiento de orgullo. Podría pensarse lo que se quisiera acerca de la brutalidad y el horror de la guerra, pero no era un pequeño honor el ser soldado romano, cualquiera fuese el grado que se tuviera. Detuvo sus pasos en la puerta abierta que conducía al despacho de Capitón.

—El Comandante no está —le dijo con voz algo áspera un secretario sobrecargado de trabajo—. Me ordenó entregarle esta misión.

Marcelo tomó el rollo, cerrado con grandes sellos, titubeó un momento, medio indeciso a preguntar si el jefe era esperado pronto. Pero cambió en seguida de idea. Se dio vuelta, salió, bajando los anchos escalones y cruzando de prisa la plaza. Demetrio, al verlo venir, condujo las cabalgaduras hacia él y entregó a su amo las riendas del bayo. Sus ojos se encontraron. «Después de todo, pensó Marcelo, Demetrio tiene derecho a saber dónde vamos a parar con este asunto».

—Todavía no lo he abierto —dijo mostrando el pergamino—. ¡Vamos a casa!

* * * * *

El senador lo estaba esperando en la biblioteca.

—Bien, ¿qué era lo que nuestro amigo Capitón tenía para ti? —preguntó sin disimular cierta ansiedad.

—No estaba: me atendió un secretario —Marcelo dejó el pergamino sobre su escritorio y se sentó a esperar, mientras su padre atravesaba con un cuchillo los ostentosos sellos. En un lapso que pareció muy largo, los ojos entrecerrados, Galión recorrió el texto del pomposo documento. Luego aclaró su garganta y enfrentó a su hijo con afligida expresión en el rostro.

—Te ordenan tomar el mando de la guarnición de Minoa —musitó.

—¿Dónde queda Minoa?

—Es un pueblecito costero, ruinoso y sucio, en el sur de Palestina.

—Nunca oí hablar de él —dijo meditativo Marcelo—. Sé de nuestros fuertes en Cesárea y Jope, ¿pero qué tenemos en Minoa?

—Es el punto de partida de la antigua vía que conduce al Mar Muerto. La mayor parte de nuestra sal proviene de allí, como tú probablemente ya sabes. El deber de la otra guarnición de Minoa es mantener expedito el camino para las caravanas.

—¡No parece una tarea muy interesante! —comentó Marcelo—. Yo había previsto algo peligroso.

—Bien, no tendrás de qué quejarte; el asunto, en realidad, es bastante peligroso. Los beduinos que amenazan el tráfico de la sal son notoriamente brutales y salvajes. Pero a causa de que constituyen cuadrillas independientes de bandidos, con escondrijos en la región rocosa y desierta, nunca hemos llevado una campaña para exterminarlos. Hubiera requerido cinco legiones.

El senador hablaba como si estuviera bien informado sobre Minoa, y Marcelo lo escuchaba con toda atención.

—¿Quieres decir que estos bandidos del desierto roban la sal de nuestras caravanas?

—No, ¡la sal no! Despojan a las caravanas en el camino, porque ellas tienen que acarrear provisiones y dinero para los trabajadores de los depósitos de sal. No se ha vuelto a saber nunca nada de muchas caravanas que tomaron esa ruta, Pero esto no es todo... Jamás se ha dispuesto de muy buenos hombres en el fuerte de Minoa. La guarnición la compone un lote de bribones. Más de la mitad de ellos fueron oficiales caídos en desgracia por insubordinación a un superior u otras irregularidades. La otra mitad está constituida por un variado surtido de pendencieros, cuya política sembró el descontento en el Imperio.

—¡Pensaba que el gobierno tenía un medio más rápido y menos costoso para tratar a tan censurables sujetos!

—Hay casos —explicó el senador— en los cuales un juicio público o un asesinato privado podrían levantar protestas. En estas ocasiones es más efectivo y práctico mandar a los delincuentes a Minoa.

—¡Entonces es equivalente a un destierro, señor!

Marcelo se levantó, En un grado de repentina excitación se dirigió al escritorio y apoyando todo su peso en los blancos nudillos de sus puños preguntó:

—¿Sabes algo más sobre ese horrible lugar?

Galión lentamente inclinó la cabeza, afirmativo.

—Lo conozco todo, hijo mío. Durante varios años, uno de mis deberes especiales en el Senado, junto con cuatro de mis colegas, ha sido la supervisión de aquel fuerte. —Se detuvo y comenzó despaciosamente a ponerse en pie. Su rostro profundamente delineado estaba lívido de ira—. Creo que ésta es la razón que indujo a Cayo Druso Agripa —el senador recalcó ferozmente el odiado nombre— a planear esto para mi hijo, ¡porque sabía... que yo no ignoraba... dónde él iba a parar!

Levantando los brazos en alto, y apretando los puños con furor, Galión espetó:

—¡Ahora quisiera haber sido religioso! ¡Imploraría a algún Dios por el castigo de su alma!

Cornelia Vipsania, la madre de Marcelo, siempre acentuaba ligeramente su segundo nombre, aunque era solamente una hijastra de la esposa divorciada del Emperador Tiberio. De haber hecho el esfuerzo necesario, podría haber sido

socialmente muy importante.

Si hubiera existido el menor deseo por parte de Cornelia, podía haber inducido a su marido a congraciarse con la Corona. Marco Lucano Galión habría entonces pertenecido al círculo íntimo de la corte y cualquier favor que hubiera deseado para sí o su familia habría sido otorgado; o si Cornelia misma se hubiese prestado a halagar y adular a la vieja Julia, su familia hubiera alcanzado la misma elevada situación por esta ruta más corta. Pero Cornelia carecía de la energía necesaria.

Criatura exquisita a pesar de sus cuarenta años, era una persona de considerable cultura, graciosa anfitriona, cariñosa esposa y madre indulgente, y, probablemente, la mujer más perezosa del Imperio Romano. Al respecto se decía que algunos esclavos habían servido en la casa de los Galiones durante meses antes de darse cuenta de que su ama no era inválida.

Cornelia tomaba su desayuno en la cama a mediodía, permanecía ociosa en sus habitaciones o en el solarío toda la tarde, adormeciéndose sobre los clásicos o deslizando sus delicados dedos sobre las cuerdas de su bandola; era servida en todo, de pies a cabeza, por todos los de la casa. La querían porque era muy amable y fácil de complacer. Además, nunca daba órdenes, excepto para su comodidad personal. Los esclavos, bajo la competente y leal supervisión de Marcipor, y la diligente si bien estricta dictadura de Décimo en la cocina, manejaban la casa ayudados por su consejo y no molestados por sus críticas. Era optimista por naturaleza, probablemente porque temer era trabajoso. En raras ocasiones resultaba temporariamente contrariada por infelices acontecimientos: en esos momentos sollozaba quietamente y acababa por calmarse.

El día anterior, algo había turbado seriamente su natural tranquilidad. El senador había pronunciado un discurso. Paula Gala la había visitado al atardecer y le había contado todo. Paula había estado considerablemente agitada y Cornelia no se había extrañado por la noticia de que su famoso esposo era pesimista al observar la presente administración del imperio romano, porque él acostumbraba a pasear por su dormitorio exponiendo opiniones de esta naturaleza. Con todo la mujer había quedado sorprendida al saber que Marco había expresado ante el Senado sus acumulados descontentos.

Cornelia no tuvo necesidad de preguntar a Paula cómo hallábase tan enterada, pues ésta no deseaba que el senador se malquistara con la Corte.

En primer lugar sería delicado para Diana continuar su íntima amistad con Lucía si el eminente padre de la última persistía en luchar contra el príncipe. Además, ¿no existía acaso un antiguo acuerdo entre Paula y Cornelia para propiciar una alianza de sus familias, si alguna vez Marcelo y Diana se declaraban románticamente el uno por el otro?

Paula no aludió a estas consideraciones cuando enteró a Cornelia de que el senador estaba cortando una imponente figura en una delgada capa de hielo. Pero fue lo suficientemente lejos como para recordarle a su vieja amiga que Cayo,

notablemente torpe para cualquier cosa era sorprendentemente listo e ingenioso cuando se trataba de idear represalias contra sus críticos.

—¿Pero qué puedo hacer en esto? —inquirió Cornelia lánguidamente—. De fijo no esperarás que se lo reproche. A mi marido no le gusta que la gente le diga lo que debe hacer en el Senado.

—¿Ni siquiera su esposa? —Y Paula arqueó sus cejas patricias.

—¡Especialmente su esposa —recalcó Cornelia—. Tenemos hecho un tácito acuerdo: Marco está para atender su trabajo sin mi ayuda. Mi responsabilidad es manejar su casa.

Paula sonrió burlona y secamente. Casi en seguida se despidió, dejando tras sí un angustioso dilema. Cornelia deseaba que el senador fuera un poco menos cándido. ¡Era un hombre tan afable cuando quería serlo! Claro está que Cayo era un disipado y un loco, pero» después de todo, era el Príncipe Regente, y no era imprescindible que le aplicaran censuras en una asamblea pública.

Lo primero que haría, no cabía duda, sería poner a todos en la lista de los proscriptos. Paula Gala era excesivamente prudente como para dejar que Diana se viera envuelta en los enredos de la familia Galión. Si la situación empeoraba, no habría más visitas de Diana, lo cual causaría un gran pesar a Lucía. Y podría afectar el futuro de Marcelo también. Este había prestado muy poca atención a la fogosa jovencita, pero Cornelia aún alentaba esperanzas. Algunas veces lograba preocuparse un momento o dos por Marcelo. Uno de sus sueños más dichosos colocaba a su hijo sobre un hermoso caballo blanco, mandando un victorioso ejército a través de las calles y acogiendo dignamente los aplausos de una multitud que ningún hombre podría contar. Claro está que no se puede encabezar un desfile así sin haber corrido ciertos peligros, pero Marcelo no había sido nunca cobarde. Todo lo que necesitaba era una oportunidad para demostrar de qué pasta estaba hecho. Probablemente nunca obtendría esa oportunidad ahora. Cornelia lloraba con amargura; y como no había nadie para conversar de esto, abrió su corazón a Lucía. La joven sorprendida por el desacostumbrado arrebatado de emoción de su madre, trató de consolarla; pero Cornelia se veía ya completamente libre de su ansiedad, no porque las causas no subsistieran, sino porque era temperamentalmente incapaz de concentrarse por mucho tiempo en algo, ni siquiera bajo la inminente amenaza de una tragedia.

* * * * *

Alrededor de las cuatro (Cornelia estaba en su lujosa sala de descanso, acariciando suavemente un lanudo cachorro). Galión entró y sin hablar se sentó con pesadez en una silla, sombríamente torvo.

—¿Cansado? —preguntó Cornelia con su acostumbrada ternura—. ¡Claro que estás cansado! Esa larga cabalgata... 'Y sin duda, estarás descontento con los caballos hispanos. ¿Verdad? ¿Qué pasó con ellos?

—Ordenaron a Marcelo tomar servicio —gruñó bruscamente el senador.

Cornelia apartó el perro de su regazo y se inclinó, llena de interés.

—Pero eso es como debe ser, ¿no te parece?; hemos esperado que esto sucediera algún día. Tal vez debiéramos estar contentos. ¿Lo llevarán lejos?

—Sí —asintió él—, ¡Lejos! Tiene orden de mandar el fuerte de Minoa.

—¡Mandar! ¡Qué alegría para él! ¡Minoa! ¡Nuestro hijo será el comandante del fuerte romano de Minoa! ¡Debemos estar orgullosos!

—¡No! —Galión sacudió su cabeza blanca—. ¡No! ¡No estaremos orgullosos! Minoa, mi querida, es el sitio donde enviamos a los hombres de los que queremos desembarazarnos. Allí tienen poco que hacer y mucho que pelear. Son una turba de sediciosos y asesinos. Frecuentemente tenemos que nombrar un nuevo comandante. —Calló durante un largo rato—. Esta vez la Comisión del Senado para los asuntos de Minoa no ha sido consultada. La orden emana directamente de Cayo.

Esto era demasiado, aun para la bien equilibrada Cornelia. Rompió en una tormenta de lágrimas, llorando ruidosa e histéricamente; sus dedos se hundían frenéticos en su lustroso cabello negro, que había caído sobre sus torneados hombros, y gemía dolorida con incoherentes reproches que gradualmente se hacían inteligibles.

Agobiada por la congoja, entre sollozos, Cornelia asombró a su esposo y se asombró a sí misma gritando:

—¿Por qué lo hiciste, Marco? ¡Oh! ¿Por qué tuviste que traer esta tragedia sobre nuestro hijo? ¿Era tan importante que denunciaras a Cayo, con tales consecuencias para Marcelo y todos nosotros? ¡Desearía haber estado muerta antes de este día! —Galión oprimió la cabeza entre las manos y no se esforzó por compartir la culpa con Marcelo. Su hijo tenía demasiados disgustos sin el agregado de un reproche por parte de su sobreexcitada madre.

—¿Dónde está? —preguntó ella débilmente, procurando reponerse—. ¡Debo verle!

—Empacando sus avíos, creo —murmuró él—, Tiene orden de partir en seguida. Una galera lo llevará hasta Ostia, de donde mañana sale un barco.

—¿Un barco? ¿Qué barco? Puesto que él debe ir, ¿por qué no puede viajar de una manera acorde con su rango? Seguramente podrá alquilar o comprar un velero y navegar con la comodidad que corresponde a un tribuno.

—No hay tiempo para ello, querida; deben partir esta noche.

—¿Deben? ¿Marcelo y quién más?

—Demetrio.

—Bien... ¡Loados sean los dioses, por ello! —Cornelia rompió otra vez en tempestuoso llanto—. ¿Por qué no viene Marcelo a verme? —siguió sollozando.

—Vendrá dentro de un momento —contestó el senador—. Me pidió que te enterara antes. Y espero que saldrás a su encuentro con el espíritu de una valerosa matrona romana.

El tono era casi severo.

—Nuestro hijo ha recibido varias noticias muy malas. Las está soportando varonilmente, con calma, de acuerdo con nuestras mejores tradiciones. Pero no creo que pueda sobrellevar la vista de su madre destrozándose en su presencia.

—¿Destronándome? —Cornelia aturdida por sus palabras lo enfrentó con angustiados ojos—. Sabes que nunca haría una cosa semejante, pasare lo que pasare.

—¡No se necesita beber veneno, o abrazarse a un puñal, querida mía, para suicidarse! Uno puede matarse y permanecer vivo físicamente —Galión se levantó, tomó a su esposa de la mano y la hizo ponerse en pie—. ¡Seca tus lágrimas, mi amor! —elijo cariñosamente—. Cuando venga Marcelo, deja que continúe orgulloso de ti. Puede haber duros días de prueba para nuestro hijo. Tal vez el recuerdo de una madre intrépida lo reanime cuando su ánimo esté decaído.

—Lo intentaré, Marco.

Y Cornelia se acercó a él, ansiosamente. Hacía mucho tiempo que no se habían necesitado uno a otro con tanta urgencia.

* * * * *

Después que Marcelo hubo pasado una media hora a solas con su madre, su próxima cita era con su hermana. El padre había informado a Lucía y ella le mandó el recado por Tercia, diciéndole que lo estaría esperando en la pérgola.

Pero Marcelo debió retornar primero a sus habitaciones, llevando el almohadón de seda que su madre insistiera en darle. Sería una carga más que Demetrio tendría que agregar a la fastidiosa impedimenta, pero le pareció duro rehusar el presente, especialmente en vista de la gran fortaleza con que ella había aceptado aquel común infortunio. Se había mostrado llorosa, pero no había habido excesos en su expansión emocional.

Encontró el equipaje listo para el viaje. Pero a Demetrio no se le encontraba en parte alguna. Alarcipor, quien había aparecido en la puerta para ver si debía prestar servicios, al ser requerido replicó con alguna reticencia y obvia perplejidad que había visto a Demetrio a caballo, galopando furiosamente en dirección a la carretera, hacía ya una hora Marcelo aceptó esta información sin sorpresa. Era muy posible que el corintio hubiera descubierto tardíamente la necesidad de algún adminículo imprescindible para el viaje, y hubiese salido por él sin el permiso para hacerlo. Pero resultaba inconcebible que Demetrio quisiese aprovechar esa oportunidad para un intento de recuperar así su libertad. No, él no lo haría. Pero el incidente necesitaba otra explicación, porque sí Demetrio hubiera salido por objetos adicionales, no hubiera dejado listo el equipaje antes de su regreso.

Inclinada contra la balaustrada, Lucía fijaba su mirada en el Tíber, donde pequeñas velas reflejaban los últimos destellos del sol poniente, y las galeras se movían tan perezosamente que hubieran parecido no estar en movimiento, a no ser por el rítmico chapoteo de los remos. Una trirreme un poco mayor que las otras había

enderezado hacia un muelle. Lucía juntó las manos sobre sus ojos, tan interesada por el siniestro casco negro, que no se apercibió de la llegada de Marcelo. Se acercó y sin palabras rodeó tiernamente su cintura de niña; ella apoyó su brazo sobre él, pero no volvió la cabeza.

—¿Podría ser esa tu galera? —preguntó—. Tiene tres filas de remos, creo, y una proa muy alta. ¿No es ésta la clase de barcos que van hacia Ostia?

—Ésa es la clase —asintió Marcelo, contento porque la conversación prometía bien—. Tal vez ese mismo sea el barco.

Lucía, lentamente, se dio vuelta en los brazos de él y golpeó sus mejillas con las blancas palmas de sus manos. Lo miró sonriendo abiertamente, pero sus labios temblaban un poco; con todo se estaba portando muy bien, pensó su hermano, y quiso que sus ojos le aseguraran a ella su aprobación.

—Estoy muy contenta porque llevas a Demetrio —dijo ella con firmeza—. ¿Él quiso ir?

—Sí —replicó Marcelo, añadiendo después de una pequeña pausa—: Sí, verdaderamente quiso ir.

Permanecieron en silencio un momento, mientras ella con sus dedos jugaba con la cuerda de seda anudada al cuello de su túnica.

—¿Todo listo? —Lucía por cierto estaba haciendo un buen papel; ambos lo sentían. Su voz la tenía ella enteramente bajo su dominio.

—¡Sí! —Marcelo asintió con una sonrisa que significaba que todo estaba ocurriendo normalmente, tal como si partiera para una excursión de caza—. Sí, querida, todo listo para partir. —Hubo otro largo lapso de silencio.

—Naturalmente, no sabes aún —dijo Lucía— cuándo volverás a casa.

—No. —Y después de un momentáneo titubeo añadió—: Aún no.

De repente la joven lanzó un largo, agónico ¡Oh!, y echando sus brazos alrededor del cuello de Marcelo sepultó la cabeza en su pecho, y rompió en apagados sollozos. El tribuno apretó su trémulo cuerpo con gran cariño.

—¡No, no! —musitó—. ¡Continuemos siendo fuertes, querida niña! No es fácil, pero, bueno... Debemos comportarnos como romanos, ¿sabes?

Lucía se detuvo, echó hacia atrás su cabeza y lo enfrentó con los ojos anegados, inflamados de ira.

—¡Como romanos! —repitió—. ¡Comportarnos como romanos! ¿Y qué consigue un romano con ser bravo? ¡Pretendiendo que es bueno y noble, lo entrega todo y se imagina que eso es glorioso... glorioso para sufrir... y morir... por Roma! ¡Por Roma! ¡Odio a Roma! ¡Mira lo que Roma te ha hecho a ti y a todos nosotros! ¿Por qué no podemos vivir en paz? ¡El Imperio Romano! Bah ¿Qué es el Imperio Romano? ¡Un gran enjambre de esclavos!... No aludo a los esclavos como Tercia y Demetrio; ¡me refiero a esclavos como tú y yo! Toda nuestra vida inclinándonos, luchando y temiendo; nuestras legiones asqueando y matando. ¿Y para qué? Para hacer de Roma la capital del mundo!, dicen ellos. Pero, ¿por qué ha de ser regido

todo el mundo por un viejo lunático como Tiberio y un matón borracho como Cayo? ¡Odio a Roma! ¡Odio a todos ellos!

Marcelo no hizo ningún esfuerzo por contener aquel torrente; pensaba más práctico dejar que su hermana se desahogara. Ella pendía lánguidamente de sus brazos, con el corazón que le latía pesadamente.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con cariño, después de un momento.

Ella asintió con ademán lento, contra su pecho. Mirando instintivamente alrededor, Marcelo vio a Demetrio en píe, a unos pocos metros, con el rostro dirigido hacia ellos.

—Debo ver qué desea —murmuró, soltando los brazos. Lucía se deslizó por ellos y miró otra vez hacia el río, no queriendo dejarse ver tan turbada por el imperturbable griego.

—La hija del legado Galo está aquí, señor —anunció Demetrio.

—No puedo ver a Diana ahora, Marcelo —dijo Lucía débilmente—. Bajaré a los jardines y tú conversarás con ella. —Luego levantó un poco la voz—. ¡Conduce a Diana a la pérgola, Demetrio!

Sin esperar la aprobación de su hermano, se encaminó rápidamente hacia la escalinata circular de mármol que conducía a la arboleda y a la piscina. Deduciendo que el silencio de su amo confirmaba la orden, Demetrio se fue a cumplir el encargo. Marcelo lo llamó con voz apagada y le hizo volver sobre sus pasos.

—¿Te parece que ella lo sabe? —preguntó algo sombrío.

—Sí, señor.

—¿Qué te hace pensar así?

—La hija del legado Galo aparenta haber estado llorando, señor.

Marcelo retrocedió y movió la cabeza.

—Difícilmente sabré qué decirle —confesó casi para sí mismo. Era un dilema que Demetrio no intentó resolver.

—Pero... —suspiró Marcelo—. Supongo que debo verla.

—Sí, señor —y el esclavo partió a cumplir su cometido.

Vuelto hacia la balaustrada, Marcelo observó la figura de su hermana, moviéndose lentamente entre los árboles, y su corazón se inundó de pena. Nunca había visto a Lucía tan triste y desesperada. No era muy sorprendente que no tuviera ganas de ver a Diana en su actual estado de postración. Algo le decía que para él esta inminente entrevista con la amiga probablemente se iba a tornar dificultosa. No había estado a solas con ella, sino raras veces, y durante momentos. Esta vez iban a estar a solas, y además en circunstancias extremadamente difíciles. ¿Qué actitud tomar con ella?

Diana ya llegaba, a través del peristilo, caminando con su gracia natural, pero carente de animación. No acostumbraba Demetrio enviar un visitante a la pérgola sin acompañarlo, aun cuando estuviera bien enterado de que, como en el caso de Diana, conocía el camino. ¡Atolondrado Demetrio! Se comportaba muy extrañamente

aquella tarde. Saludar a Diana podía haber sido mucho más natural y suave estando él presente. Marcelo se movió para salirle al paso. Era cierto, como Lucía había dicho, que Diana estaba creciendo, y aun aparecía más hermosa en esa melancolía nada común en ella. Tal vez las malas noticias habían eliminado en ella toda adolescencia. Pero, sea cual fuere la causa, Diana había alcanzado la juventud como por arte de magia. El corazón de Marcelo apresuró sus latidos. La sonrisa de hermano mayor que había preparado para recibirla le pareció inapropiada y también falsa; y cuando Diana se le aproximó sus ojos no estaban menos graves que los de ella.

A su silenciosa invitación, Diana le tendió ambas manos, y lo miró por debajo de sus largas pestañas, conteniendo las lágrimas, y tratando de sonreír. Marcelo nunca la había enfrentado de ese modo, y aquel íntimo contacto lo turbó. Mientras se miraba pro fundamente en sus ojos oscuros, era como si la estuviera descubriendo; como si se enterara por vez primera de sus formas de mujer, de su rostro hermosamente modelado, de su firme pero graciosa barbilla y de sus labios llenos, ahora entreabiertos con dolo rosa ansiedad, descubriendo los blancos dientes apretados con fuerza.

—Me alegro de que hayas venido, Diana.

Marcelo había deseado que esto sonara con acento fraternal, pero no lo consiguió. Intentó añadir «Lucía querrá verte en seguida», pero no lo dijo; tampoco dejó que ella soltara sus manos. (Le dejaba perplejo el que Diana pudiera permanecer en silencio durante tan largo rato).

—¿Realmente te vas esta noche? —preguntó ella con un débil murmullo.

Marcelo observó fijamente aquellos ojos que le miraban, maravillándose que la tempestuosa, graciosa y sorprendente Diana se hubiese vuelto tan atractiva.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó—. ¿Quién pudo habértelo contado tan pronto? Yo mismo lo supe hace tres horas.

—¿Importa eso? —Vaciló, como si estuviera dudando de lo que iba a decir en seguida—. ¡Tenía que venir, Marcelo! —prosiguió valerosamente—. Sabía que no tendrías tiempo de ir a decirme adiós.

—Eres muy... —se detuvo en el filo de «amable», que le pareció muy frío e indiferente, y vio los ojos de Diana llenos de ¡lágrimas—. Es muy cariñoso de tu parte —añadió con ternura. Marcelo apretó sus manos con más firmeza y la atrajo hacia sí. Ella respondió después de una momentánea resistencia.

—No lo habría hecho, desde luego, si el tiempo no hubiera sido tan corto —observó Diana, algo deliberadamente. Luego, un poco insegura, preguntó—: ¿Sabré de ti, Marcelo? —Y cuando él no había hallado aún las palabras para expresar su feliz sorpresa, ella movió la cabeza y murmuró—: Creo que no debía haber dicho eso... Tendrás demasiado que hacer. Podemos saber uno del otro por Lucía.

—Pero yo deseo escribirte, querida —declaró el joven—. Y tú me escribirás a menudo, espero. ¡Prométemelo!

Diana sonrió vagamente. Marcelo observó sus hoyuelos ahondarse y desaparecer.

El corazón le golpeó cuando ella susurró:

—¿Me escribirás esta noche? ¡Y manda tu carta de vuelta en la galera!

—¡Sí, Diana!

—¿Dónde está Lucía? —preguntó, como si despertara, soltando sus manos.

—Abajo, en la arboleda.

Antes que realizara su intención, Diana se había escapado corriendo. Se detuvo en lo alto de la escalinata para saludarlo. Marcelo estuvo a punto de llamarla, para que esperara un momento, pues tenía algo más que decirle; pero la total incertidumbre de su situación futura le hizo guardar silencio.

«¿Qué más», se preguntó, «quería decirle a Diana? ¿Qué promesa podría hacerle o tomar de ella?».

No. Era mejor dejar así la despedida. Le envió un beso, y ella descendió por las escaleras. Era muy posible, muy probable por cierto, que no volviese a ver a Diana nunca más.

Pensativo, se encaminó hacia la casa; luego, bruscamente, volvió a la pérgola. Las jóvenes se habían encontrado y entraban del brazo en la glorieta de rosas. Tal vez estaba él mirando también por última vez a su adorable hermana. No había ninguna razón para que diera a Lucía la pena adicional de otra despedida.

Se sorprendió al ver a Demetrio subir por la escalera. Marcelo se preguntaba qué encargo podía haberlo llevado abajo, a los jardines. Tal vez lo explicaría sin que fuera requerido. El leal corintio no estaba actuando hoy normalmente. Pronto apareció en lo alto de la escalinata y se aproximó con su largo paso militar, que Marcelo encontraba a menudo dificultoso de seguir, cuando iban de caza. Demetrio parecía muy contento por algo; más aún que contento: ¡estaba radiante! Marcelo no había visto nunca tal expresión en el rostro del esclavo.

—¿Puedo ya acarrear el equipaje hacia la galera, señor? —preguntó con una voz que denunciaba, reciente excitación.

—Sí, si está listo. —Marcelo procuraba formular una pregunta, pero la encontró difícil y decidió no hacerla—. Puedes esperar en el muelle —añadió.

—¿Desearías cenar, señor?

Marcelo asintió. Luego, repentinamente, cambió de idea. Se había despedido de sus familiares, uno por uno. Todos se habían comportado muy bien. Era mucho pedir de ellos y de sí mismo una repetición de su tristeza, haciéndose nuevamente presente.

—No —dijo resuelto—. Cenaré en la galera. Puedes ocuparte de ello.

—Sí, señor.

El tono de Demetrio indicaba que había aprobado de pleno aquella decisión. Marcelo se dirigió a pasos lentos hacia la casa. Había una cantidad de cosas que hubiera querido hacer si le hubiesen dado un día más. Por ejemplo, despedirse de Tulio. Le dejaría una nota.

* * * * *

Al encontrarse en la glorieta, Lucía y Diana lloraron, casi sin palabras. Luego habían conversado con frases entrecortadas sobre las posibilidades del regreso de Marcelo; la hermana temiendo lo peor, Diana preguntando si sobre Cayo, podría ejercerse alguna presión.

—¿Quieres decir —inquirió Lucía— que tal vez mi padre pudiera...?

—No. —Diana movió la cabeza con decisión—. Tu padre no. Deberá ser de otra manera. —Y sus ojos se entrecerraron, pensativos.

—Tal vez tu padre podría hacer algo —sugirió Lucía.

—No sé. Quizá lo podría, si estuviera aquí. Pero su misión en Marsella puede detenerlo hasta el próximo invierno.

—¿Dijiste adiós a Marcelo? —preguntó Lucía después que hubieron andado un corto trecho en silencio. Interrogó los ojos de Diana y sonrió, al observar el subido color de sus mejillas.

Diana asintió. Tomó a Lucía de los brazos, cariñosamente, pero no dio ninguna respuesta.

—¿Cómo hizo Demetrio para llegar aquí tan pronto? —preguntó de súbito—. Vino en mi busca, ¿sabes? Para decirme que Marcelo estaba a punto de partir y quería verme. Acabo de pasar a su lado. No me niegues que ese esclavo se estaba despidiendo de ti como un igual.

—Es bastante extraño —admitió Lucía—. Demetrio no me había hablado jamás como no sea para recibir una orden. A duras penas puedo darme cuenta de lo que hizo, Diana. Vino aquí, saludó con su acostumbrada seriedad, y declamó un corto discurso que sonaba como si lo hubiera ensayado cuidadosamente. Dijo: «Me voy con el Tribuno. Puede ser que nunca retorne. Deseo despedirme de la hermana de mi amo y agradecerle por haber sido muy amable con el esclavo de su hermano. Recordaré su bondad». Entonces sacó este anillo de su bolsa de cuero.

—¿Anillo? —exclamó Diana incrédula—, ¿Lo conservas todavía? Déjame verlo.

Lucía levantó la mano, con los dedos extendidos para una atenta inspección a la pálida luz del atardecer.

—Hermoso, ¿no? —comentó Diana—. ¿Qué dibujo es ése, un barco?

Demetrio dijo: «Me gustaría dejar esto a la hermana de mi amo. Si regreso, ella podrá devolvérmelo. Si no vuelvo, será del ella. Mi padre se lo regaló a mi madre. Es el único bien que he podido salvar».

—Pero, ¡qué extraño! —murmuró Diana—. ¿Qué le dijiste?

—Bueno, ¿qué podía decirle? —el tono de Lucía era defensivo—. Después de todo, se va con mi hermano a riesgo de su propia vida. Es humano, ¿no te parece?

—Sí, es humano —asintió Diana impaciente—. Prosigue, ¿qué le dijiste?

—Le di las gracias —contestó Lucía con exasperante lentitud—. Y le dije que pensaba que era maravilloso de su parte (y realmente lo pensaba, Diana) dejarme en custodia su precioso anillo. Y... y le dije que esperaba que Marcelo y él regresaran salvos... y le prometí tener mucho cuidado con su regalo.

—Eso era correcto, supongo —asintió Diana con tono de juez—. ¿Y luego, qué? —Se habían detenido en el camino de mosaicos, y Lucía parecía un poco confusa.

—Bueno —musitó—. Él estaba aún de pie allí... ¡y le di la mano!

—¡No puede ser! —exclamó Diana—. ¿A un esclavo?

—Para saludarle, ¿sabes? —se defendió Lucía—. ¿Por qué no podría desear estrechar la mano de Demetrio? Es tan limpio como nosotros; ciertamente muchísimo más limpio que Bambo, que siempre anda poniéndose las patas encima.

—Ése no es el caso, Lucía. Si las manos de Demetrio son o no más limpias que las patas de Bambo, tú lo sabes. Él es un esclavo, y debemos ser muy cuidadosas — el tono de Diana era claramente austero. Pero la curiosidad sobrepasó su indignación —. ¿Y entonces? —añadió un poco más amablemente—. ¿Él estrechó tus manos?

—No, fue mucho peor que eso. —Lucía sonrió al encontrar los ojos sorprendidos de Diana—, Demetrio tomó mi mano y puso el anillo en mi dedo... y luego, besó mi mano... Bueno, después de todo... él se va con Marcelo... ¡y tal vez a morir por él! ¿Qué debía yo haber hecho? ¿Abofetearlo?

Diana puso las manos sobre los hombros de Lucía, y la miró directamente en los ojos.

—Y entonces, después de eso, ¿qué pasó?

—¿No es bastante? —la detuvo la joven, un poco acobardada por la insistente indagación de Diana.

—¡Demasiado! —Después de una pausa agregó—: No pensarás llevar ese anillo, ¿verdad, Lucía?

—No. No hay razón para que lo lleve. Podría perderlo y... no quiero disgustar a Tertia.

—¡Tertia está enamorada de Demetrio!

—Está loca por él. Le hice prometer que le diría adiós a ella.

—Lucía, ¿se te ha ocurrido alguna vez que Demetrio haya estado secretamente enamorado de ti tal vez desde hace tiempo?

—Nunca me ha dado motivo para pensar así —replicó ella, algo vagamente.

—Hasta hoy, quieres decir —insistió Diana.

—Diana —dijo serenamente—, Demetrio es un esclavo. Es verdad. Ése es su infortunio. Fue criado con esmero en un hogar distinguido, ¡y le trajeron aquí encadenado bellacos que serían indignos de atar sus sandalias! —Su voz tembló de ira—. ¡Desde luego —prosiguió con amarga ironía— el hecho de ser romanos es toda la diferencia! ¡Si eres un romano no necesitas saber nada... más que de pillaje y matanza! ¿No comprendes, Diana, que, después de reflexionar, cualquier persona decente ve que todo lo que hay de valor hoy en el Imperio Romano fue robado de Grecia? ¡Dime! ¿A qué se debe que hablemos el griego con preferencia al latín? Es porque los griegos están intelectualmente a la cabeza de nosotros. Hay sólo una cosa, que hacemos mejor que ellos: ¡somos mejores carniceros!

Diana frunció el entrecejo, preocupada. Con los labios junto al oído de Lucía,

observó muy bajito:

—¡Estás loca al decir tales cosas, aunque fuera a mí! Es muy peligroso. ¿No está tu familia en bastantes dificultades? ¿Quieres vernos a todos desterrados o en prisión?

* * * * *

Marcelo permaneció solo, apoyado en la baranda de la cubierta. No había llegado al desembarcadero sino antes de la partida y había ido al incómodo y sofocante camarote para asegurarse de que su pesado equipaje había sido acarreado sin desperfectos. No se había dado cuenta en absoluto de que estaban río afuera hasta que bajó y miró a su alrededor. Ya el gran depósito y los muelles se habían refugiado en la bruma y las voces sonaban lejanas.

En lo alto de una colina que le era muy familiar, titilaban dos puntitos de luz. Los identificó como los braseros de la esquina oriental de la pérgola. Tal vez su padre estaba allí apoyado en la balaustrada.

Luego el barco dobló y las luces desaparecieron. Era como si el primer capítulo de su vida hubiera sido escrito, leído y sellado. La llama rosada que era Roma había palidecido y las estrellas brillaban. Marcelo las observó con extraño interés. Semejaban un gran número de espectadores indiferentes; no tan inexpresivos y patéticos como la Esfinge, pero calmosamente vigilantes, parpadeando a cada instante para quebrar el esfuerzo y aclarar la visión. Se preguntó si sentirían simpatía o admiración, o al menos si les importaría algo.

Al cabo de un rato se dio cuenta del inexorable sonar de sesenta remos oscilando metódicamente al compás de los golpes metálicos que daba el martillo del contraemaestre, como si éste midiera su esclavitud en su intenso martillar... ¡Clic! ¡Clac! ¡Clic! ¡Clac!

Hogar... Vida... Amor... hicieron un último y perentorio esfuerzo en su espíritu. Hubiera deseado haber dedicado una hora a Tulio, su íntimo amigo. Tulio no sabía aún lo que había ocurrido. Hubiera deseado haber vuelto a ver a su madre, una vez más. Hubiera deseado haber besado a Diana, y no haber sido testigo de la angustiada pena de su hermana... ¡Clic! ¡Clac! ¡Clic! ¡Clac!

Se volvió. Vio a Demetrio de pie, en las sombras, cerca de la escalera que conducía a los camarotes. Le confortó sentir la presencia de su leal esclavo. Decidió trabar conversación con él porque el rítmico martilleo, allá abajo, en el casco de la galera, estaba empezando a golpear fuertemente en sus sienas. Le hizo señas de que se aproximara. Demetrio se acercó y permaneció en actitud de espera. Marcelo hizo un impaciente gesto con ambas manos y un movimiento de cabeza, que por antigua costumbre habían llegado a significar: «Ponte cómodo. ¡Sé un amigo!». Demetrio abandonó su rígida postura y se deslizó hacia la baranda, cerca de Marcelo, donde esperó silenciosamente y sin manifiesta curiosidad el deseo de su amo.

—Demetrio. —Marcelo recorrió el cielo con la mirada y con el brazo—. ¿Crees

aún en los dioses?

—Si es el deseo de mi amo, sí —contestó Demetrio superficialmente.

—¡No, no! —dijo Marcelo con fastidio—. Sé honesto. No importa lo que yo crea. Dime qué piensas de los dioses. ¿Los imploras?

—Cuando era niño, señor —contemporizó Demetrio—, mi madre nos enseñó a invocar a los dioses. Era muy religiosa. Había una preciosa estatua de Príapo en nuestro florido jardín, Aún puedo recordar a mi madre arrodillándose allí, en un espléndido día de primavera, con un pequeño desplantador en una mano y un cesto de plantas en la otra. Ella creía que Príapo las haría crecer... Y rogaba a Atenea todas las mañanas cuando mis hermanos y yo seguíamos al maestro al entrar al cuarto de estudio. —Quedó un rato silencioso—. Mi padre ofrecía libaciones a los dioses en sus días de fiesta, pero creo que era para agradecer a mi madre.

—Esto es de lo más interesante... y también conmovedor. Pero no has contestado con precisión a mi pregunta, Demetrio. ¿Crees tú hoy en los dioses?

—No, señor.

—¿Significa eso que no crees que presten ningún servicio a los hombres? ¿O dudas que los dioses existan?

—Creo que es mejor para la mente, señor, no creer en su existencia. La última vez que oré... fue el día que nuestro hogar fue deshecho. Cuando mi padre fue llevado aherrojado, me arrodillé con mi madre y rogué a Zeus, padre de los dioses y de los hombres, para que protegiera su vicia. Pero Zeus no nos escuchó... O escuchándonos no tuvo poder para ayudarnos... O teniendo poder rehusó hacerlo... Es mejor, pienso, creer que no nos oyó a creer que era incapaz o que no quiso prestarnos su ayuda. Aquella tarde mi madre murió... por sus propias manos, porque ya no podía soportar más penas... No he rogado a los dioses desde entonces, señor. Los he execrado y denigrado en ocasiones, pero con muy poca esperanza de que pudieran ofenderse con mis blasfemias... Creo que vilipendiar a los dioses es tonto e inútil.

Marcelo rió entre dientes. Aquella espléndida cualidad de desprecio por los dioses sobrepasaba cualquier profanación que hubiera jamás escuchado. Demetrio había hablado sin vehemencia. ¡Tenía tan poco interés en los dioses, que hasta le parecía tonto execrarlos!

—¿No crees que hay una cierta clase de inteligencia sobrenatural que dirige el Universo? —requirió Marcelo, mirando fijamente al cielo.

—No tenga ideas claras al respecto, señor —replicó Demetrio—. Es difícil concebir el mundo sin pensar en un Creador, pero no quiero pensar que los actos de los hombres sean inspirados por seres sobrehumanos. Siento que es mejor creer que los hombres han cometido sus brutales hechos sin la asistencia divina.

—Me inclino a concordar contigo, Demetrio. Sería muy confortante; me parece, si, especialmente en una hora de azoramiento, uno pudiera alimentar una razonable esperanza de que un poder benevolente exista en algún lado y puede ser invocado.

—Sí, señor —concedió Demetrio, mirando a lo alto—. Las estrellas siguen un

plan ordenado. Creo que son honestas y sensibles. Creo en el Tíber, y en las montañas, y en las ovejas y vacas y caballos. Si existen dioses en el Monte Olimpo, dirigiendo los asuntos humanos, ellos son viciosos y locos.

En apariencia, sintiendo que había hablado demasiado. Demetrio se irguió y dio las acostumbradas evidencias de que se estaba preparando a volver a su retracción. Pero Marcelo no se hallaba muy dispuesto a dejarlo.

—Tal vez piensas —insistió— eme toda la humanidad está trastornada.

—No lo sé, señor —replicó Demetrio muy formalmente, pretendiendo no haber observado la mueca irónica de su amo.

—¡Bueno! —siguió en tono desafiante Marcelo—. Reduzcámosla al Imperio Romano. ¿Piensas tú que el Imperio Romano es una cosa sin sentido?

—Tu esclavo, señor —contestó Demetrio con ceremonia—, cree en todo lo que su amo piensa sobre eso.

Resultó claro para Marcelo que aquella filosófica había terminado. Sabía por experiencia que una vez resuelto Demetrio a volver a su posición de esclavo, no había quién lo sacara de ella. Ambos permanecieron silenciosos, mirando el agua oscura arremolinándose alrededor de la popa.

«El griego tiene razón», pensaba Marcelo. «Eso es lo que le pasa al Imperio Romano. Eso es lo que les pasa a los hombres del mundo entero: ¡Están locos! Si existe algún poder supremo: está loco. Las estrellas son honestas y sensibles, ¡pero la humanidad está trastornada!»... ¡Clic! ¡Clac! ¡Clic! ¡Clac!

TRES

DESPUÉS que el vacilante barquichuelo se hubo bamboleado bastante al pasar las islas de Lípari en la peor época del año, y una vez salvado el peligroso estrecho de Mesina, un mar tranquilo y una brisa favorable aliviaron tanto la vigilancia del capitán Manio que lo dispusieron para una despreocupada conversación.

—Cuéntame algo sobre Minoa —urgió Marcelo después que el marinero se hubo explayado sobre sus numerosos viajes a Palermo, a Creta, a Alejandría, a Jope.

Manio rió para su adentro.

—Encontrarás, señor, que no existe otro lugar como Minoa, —Y cuando la mirada de Marcelo le invitó a una explicación, el atezado navegante dio a su pasajero una lección de historia, algo de la cual ya conocía.

Hacía cincuenta años las legiones de Augusto habían puesto sitio a la antigua ciudad de Gaza y subyugado después de una campaña tan larga y amarga que había costado más de lo que la conquista valía.

—Podía haber salido aquello más barato —observó Manio— de haber pagado el alto precio que pidieron por transitar el camino de la sal.

—¿Qué hay de los beduinos?

—Sí... El Emperador pudo haber puesto también tuera de combate a los beduinos por menos de lo que costó la guerra. ¡Perdimos veintitrés mil hombres en la toma de Gaza!

Manio prosiguió con la historia. El anciano Augusto había estado fuera de sí, enfurecido por la inquebrantable resistencia de la defensa, compuesta por un conglomerado de egipcios, sirios y judíos, ninguno de los cuales se asustaba a la vista de la sangre. Nunca tomaban prisioneros y eran notoriamente ingeniosos en el arte de la tortura. Esa actitud le llevó a la determinación de que la defensa del Imperio demandaba que el pestilente charco milenar de Gaza fuera completamente «desinfectado». De aquí en adelante, declaró Augusto, será conocida como la ciudad romana de Minoa, y habrá de esperarse que sus habitantes, regocijados por los beneficios que les han sido conferidos por un estado civilizado, olviden haber sido siempre un centro tan pobre, insalubre, pendenciero y del todo sucio como Gaza. Pero Gaza había sido Gaza durante diecisiete centurias y se iba a necesitar algo más que un edicto de Augusto para cambiar su nombre.

—O sus costumbres. Ambos, diría yo —comentó Marcelo.

—¡O su olor! —añadió Manio—. Ya sabes, señor, que la blanca playa del viejo Mar Muerto es como un salegar próximo a un charco de agua en la selva, donde animales de todas las razas y tamaños se congregan y pelean. Algunas veces se había mostrado un animal mayor que los otros y había alejado a los demás. Otras, en cambio habían vencido ellos al gran compañero y lo habían echado, después de lo cual los pequeños habían continuado peleando entre sí. Bien eso es Gaza para ti.

—Pero el salegar —hizo notar Marcelo— no está en Gaza sino en el Mar Muerto.

—¡Muy cierto! —asintió Manio—. Pero tú no recibirás del Mar Muerto ni una pizca de sal, a menos que Gaza te lo permita. Durante mucho tiempo el León de Judá mantuvo alejados a todos los otros animales, después de haber ahuyentado a las hienas filisteas. Luego el gran elefante egipcio atemorizó al León. Entonces Alejandro, el Tigre, se abalanzó sobre el Elefante. Siempre después de estas batallas, los pequeños habían vuelto husmeando y se habían desgarrado el pellejo unos a otros, mientras los grandes se lamían sus heridas.

—¿Y qué animal vino después del tigre? —insistió divertido Marcelo, aunque ya conocía la respuesta.

—El águila romana —replicó Manio—. Bandadas y enjambre de águilas romanas, pensando arreglar el asunto; pero hubo gran cantidad de sobrevivientes que no estaban dispuestos a que sus asuntos fueran arreglados. Así —se interrumpió para recalcar— ¡fue como perdimos veintitrés mil romanos para tomar posesión del viejo salgar!

—Una historia de lo más interesante —meditó Marcelo, quién nunca la había oído relatar de ese modo.

—Si —aseveró Manio—. Una interesante historia; pero la parte más curiosa de ella es el efecto que esas largas batallas han ejercido sobre la antigua ciudad de Gaza. Después de cada invasión quedaba un remanente de los ejércitos extranjeros: desertores y hombres maltrechos como para viajar de regreso. Se quedaba así en Gaza un conjunto de diferente ralea para continuar sus contiendas. —El capitán movió la cabeza e hizo un gesto—. Muchos te hablarán del constante saqueo y de las luchas en ciudades portuarias tales como Rodas y Alejandría, donde existe una población variada de todos los tintes y lenguas conocidos. Algunos dicen que el peor infierno sobre la costa de nuestro mar es Jope. Pero yo creo que Gaza es el último lugar del mundo donde un hombre sano quisiera vivir.

—Tal vez Roma limpie de nuevo Gaza —insinuó Marcelo.

—¡Del todo imposible! Y lo que es cierto para la antigua Gaza es igualmente verdadero para toda la región, aun para Damasco. El Emperador podría enviar todas las legiones que Roma tiene en armas y llevar una campaña de matanzas como el mundo no ha: visto jamás, pero no sería una victoria permanente. Tú no puedes derrotar a un sirio. Y en lo que respecta a los judíos, puedes matar a un judío y enterrarlo, ¡Volverá a presentarse vivo! —Notando la diversión de Marcelo, Manio sonrió afectada y burlescamente.

—Pero —preguntó el tribuno, ansioso de saber más sobre su futura tarea—, ¿nuestro fuerte de Minoa, o Gaza, más bien, logra poner orden en la ciudad?

—En absoluto; no tiene nada que ver con la ciudad. No tiene asiento en ella, sino más allá, hacia el este, en la más desolada franja del desierto de arena, de rocas y espinosa vegetación. Encontrarás solamente alrededor de quinientos oficiales y soldados, aunque a la guarnición se la llama legión. Están allá para hacer más cautelosos a los beduinos y disminuir sus pillajes. Destacamentos armados del fuerte

acompañan a las caravanas; así los bandidos no las molestan. ¡Oh! Sólo de vez en cuando, —Manio bostezó abiertamente—, no muy a menudo, parte una caravana que nunca regresa.

—¿Cada cuánto? —preguntó el tribuno esperando que su pregunta sonara como si estuviera solamente conversando.

—Bien... Veamos —murmuró Manio, entrecerrando un ojo y contando con sus dedos—. Yo he sabido solamente de cuatro, el año pasado.

—¡Solamente cuatro! —repitió Marcelo pensativo—. Supongo que en esas ocasiones el destacamento del fuerte también es capturado.

—Desde luego —refunfuñó Manio.

—¿Y tal vez sometido a esclavitud?

—No; no precisamente. Los beduinos no necesitan esclavos. Se sentirían incómodos con ellos. El beduino, señor, es un hombre salvaje; se acerca por detrás y clava, vilmente, como un chacal, el puñal entre los omoplatos.

—Pero... ¿La guarnición no venga estos crímenes?

Manio negó con la cabeza, y torció la boca en una mueca de indiferencia.

—A la guarnición, señor, perdonando la expresión, no le importa un bledo. Ninguno de ellos se preocupa de eso. Están deficientemente disciplinados y deficientemente comandados; ni tienen el menor interés en el fuerte. A menudo hay motines entre ellos y alguno resulta muerto. ¡No se puede esperar mucho de un fuerte que derrocha la mayor parte de su sangre en el campo de maniobras!

* * * * *

Por la noche Marcelo pensó que había de confiar aquella información a Demetrio. En voz baja, puesto que yacía en la tarima, a su lado, hizo al corintio un cuadro de las condiciones en que se encontraban, descubriéndole sus pensamientos tan libremente como si el esclavo fuera, junto con él, responsable de su conducta futura.

Demetrio había escuchado en silencio. Cuando Marcelo hubo concluido, se aventuró a expresar lacónicamente:

—Mi amo debe comandar el fuerte.

—Eso es obvio. Estoy comisionado para hacerlo. A la verdad... ¿para qué otra cosa? —Y como no obtuviera una respuesta inmediata de la otra litera, añadió con impaciencia—: ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, que sí la guarnición es indisciplinada y está desorganizada, mi amo exigirá estricta obediencia. No incumbe a su esclavo sugerirle cómo deberá conseguirla; pero será más seguro para mí amo si asume pleno mando del fuerte instantánea y firmemente.

Marcelo se incorporó sobre un codo y buscó los ojos del griego en la penumbra del sofocante camarote.

—Ya veo cuál es tu idea, Demetrio. Ahora que conocemos las características de

ese lugar, piensas que el nuevo legado no debe molestarse en hacerse agradable, sino en fanfarronear y hacer rodar por el sucio varias cabezas, ¡sin esperar una presentación oficial!

—Algo así —aprobó Demetrio.

—Darles alguna medicina fuerte, ¿eh? ¿Es ésa tu idea?

—Cuando uno agarra una ortiga, señor, no lo hace con delicadeza. Tal vez a esos ociosos les gustará obedecer a un comandante tan bien favorecido e intrépido como mi amo.

—Tus palabras son muy amables, Demetrio.

—Casi ningún hombre, señor, aprecia la justicia y el coraje. Mi amo es justo... y mi amo es también temerario.

—¡Así es como tu amo se vio envuelto en este enredo, Demetrio, por haber sido temerario! —y Marcelo rió irónicamente entre dientes.

En apariencia no deseaba conversar sobre aquella desgraciada circunstancia. Pero queriendo recalcar lo antedicho, Demetrio afirmó:

—¡Sí, señor! —con tanta tranquilidad que Marcelo rompió a reír. Después hubo una pausa tan larga, que lo más probable era que el corintio se hubiese quedado dormido, pues el perezoso balanceo del barquichuelo resultaba un poderoso soporífero. Marcelo permaneció despierto, durante una hora, consolidando el plan sugerido por su astuto y leal griego. «Demetrio —pensaba— tiene razón. Puesto que después de todo mi misión es comandar ese fuerte, tengo que imponerme desde el momento de mi llegada. Si me matan, ¡mi muerte cuando menos será honorable!».

* * * * *

Era ya bastante pasada la media tarde del octavo día de marzo cuando el capitán Manio maniobró su poco obediente barco a través de la rada de Gaza, y atracó en una parte libre del muelle. Sus obligaciones del momento eran imperiosas, pero encontró tiempo para despedirse del joven tribuno con algo de la sombría solicitud con que se dice adiós a un pariente cercano moribundo.

Demetrio había sido de los primeros en bajar. Al cabo de un rato, regresó con cinco forzudos sirios, a quienes ordenó que acarrearan los bultos. No se veían uniformes en el mísero muelle, pero eso no contrarió a Marcelo. No había esperado que fueran a recibirlo. La guarnición no estaba enterada de su llegada. Se veía así obligado a presentarse al fuerte sin escolta.

Transcurrió una hora íntegra antes que se encontraran suficientes mozos de cordel para llevar el equipaje. Algún tiempo más se tardó en cargarlo. Otra hora empleó avanzando a paso de tortuga por las calles angostas, sucias y erizadas de guijarros, a menudo bloqueadas por una multitud que chillaba reclamando el derecho a transitar.

Los sirios habían adivinado el destino del tribuno al ver su uniforme, y le prestaron una obediencia nada comedida.

Al fin llegaron a una polvorienta carretera; Marcelo encabezaba la comitiva, sentado en un viejo camello medio pelón, conducido por el ennegrecido sirio con quien Demetrio había tratado el precio de la expedición. Este regateo había divertido a Marcelo, pues Demetrio, habitualmente tranquilo y reservado, había gritado y gesticulado como el mejor de ellos. Sin saber nada sobre el dinero de Gaza, o el precio que por el servicio se había exigido, el corintio había objetado vivamente las primeras tres propuestas del sirio; al fin se habían arreglado con salvajes gruñidos y ademanes. Era difícil reconocer a Demetrio en este nuevo papel.

A lo lejos, a través de ondulantes nubes de polvo amarillo, apareció un imponente y horrible recinto cuadrado de casi cinco hectáreas, rodeado por un alto muro de ladrillos, en cuyas esquinas se destacaban altas torres. Al acercarse, identificaron una insignia romana, colgando de un asta. Un desaliñado centinela, que se destacaba entre un grupo de desgredados legionarios, tumbados con indolencia en el suelo, se inclinó sin dar la voz de alerta al destacamento. «¡Tal vez —pensó airado Marcelo— el zafio haragán nos haya confundido con una caravana que viene a pedir escolta!»! Después que hubieron pasado en fila india al árido patio resquebrajado por el sol, otro centinela bajó los escalones del pretorio y permaneció esperando que el camello del tribuno hubiera doblado entre gruñidos sus chirriantes articulaciones. Demetrio, el último de la reata, se apeó de su burro y fue a colocarse al lado de Su amo. El centinela, cuya curiosidad había sido aguzada por la vista de la insignia del tribuno, saludó no sin grosería con una espada que tenía en la sucia mano.

—¡Soy el tribuno Marcelo Galio! —las palabras se deslizaron con rapidez y acritud—. Estoy comisionado para asumir el mando de este fuerte. ¡Condúceme al jefe del mismo!

—El centurión Paulo no está aquí, señor.

—¿Dónde está?

—En la ciudad, señor.

—Y cuando el centurión Paulo va a la ciudad, ¿no queda nadie al frente del fuerte?

—El centurión Sexto, señor. Pero está descansando y ha dado órdenes de no ser molestado.

Marcelo avanzó un paso y clavó la mirada en aquellos ojos malhumorados.

—¡No estoy acostumbrado a esperar que mis hombres terminen sus siestas! —gruñó—, ¡Obedece... en el acto! ¡Y lávate esa cara sucia antes que te vea otra vez! ¿Qué es esto, un fuerte romano o un chiquero?

Pestañeando un poco, el centinela retrocedió unos pocos pasos y volviéndose desapareció tras las pesadas puertas. Marcelo, a largos y pesados pasos iba y venía por delante de la entrada: Su impaciencia aumentaba a cada instante. Después de haber esperado unos minutos, marchó hacia arriba, seguido muy de cerca por Demetrio, oyéndose su taconear a lo largo del oscuro vestíbulo. Otro centinela apareció.

—¿Por orden de quién? —preguntó el soldado con aspereza.

—¡Por orden del tribuno Marcelo Galión, que ha tomado el mando de este fuerte! ¡Vete y hazlo rápidamente!

En ese momento, junto a la puerta abierta emergió una corpulenta y barbuda figura dentro de un deteriorado uniforme. Un águila negra se destacaba en la manga de túnica roja. Marcelo lanzó una ojeada al centinela que se encontraba a un lado, confrontando a ambos.

—¿Eres el centurión Sexto? —preguntó; y una vez que éste hubo asentido torpemente, prosiguió—: Tengo órdenes del príncipe Cayo de hacerme cargo del mando de este fuerte. ¡Haz que tus hombres entren mi equipaje!

—Bien. ¡No tanto apuro, no tanto apuro! —dijo Sexto arrastrando las palabras—. Déjame echarle un vistazo a tu nombramiento.

—Perfectamente. —Marcelo le largó el pergamino; y Sexto, desenrollándolo con lentitud lo aproximó al rostro para leerlo a la pálida luz del anochecer.

—Te sugiero, centurión Sexto —dijo Marcelo recalcando las palabras—, que vayamos a las oficinas del legado para examinar el pergamino. En el país del cual soy ciudadano existe cierta cortesía.

Sexto sonrió burlona y desagradablemente a tiempo que se encogía de hombros.

—Estás en Gaza, ahora —advirtió con cierto desdén—. En Gaza encontrarás que procuramos hacer las cosas de la manera más fácil posible. Y somos más pacientes que nuestros más encumbrados iguales en Roma. Da el caso —agregó secamente, mientras se dirigía hacia el vestíbulo— que yo también soy un ciudadano romano.

—¿Cuánto tiempo hace que el centurión Paulo manda aquí? —preguntó Marcelo, mientras echaba una mirada a la gran habitación en la cual Sexto le había hecho entrar.

—Desde diciembre. Tomó posesión temporalmente, después de la muerte del enviado Vitelio.

—¿De qué murió Vitelio?

—No sé, señor.

—No de heridas —conjeturó Marcelo.

—No, señor; estaba enfermo. Fue una fiebre.

—Es muy extraño que tú no estés enfermo —observó Marcelo con desagrado, sacudiendo el polvo de sus manos. Y volviéndose hacia Demetrio le dijo que saliera y cuidase del equipaje hasta que fuera llamado.

Sexto dio algunas instrucciones al centinela, que salió rápidamente.

—Te mostraré los cuartos que puedes ocupar hasta que regrese el comandante Paulo —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Marcelo lo siguió. El aposento que ahora le mostraba contenía una litera, una mesa y dos sillas. En otras palabras, estaba tan pelado y horrible como una celda. Una puerta daba a un pequeño y desprovisto cuarto privado.

—Manda poner un lecho más en esta perrera —gruñó Marcelo—. Mi esclavo

dormirá aquí.

—Los esclavos no duermen en las habitaciones de los oficiales, señor —replicó Sexto con firmeza.

—¡Mi esclavo lo hará!

—Pero es contra las órdenes, señor.

—¡En este fuerte no hay más órdenes que las mías! —rebató ásperamente el tribuno.

Sexto asintió con la cabeza; pero una sonrisa sarcástica y despectiva le torcía los abultados labios cuando salió de la habitación.

* * * * *

Esa noche quedó como memorable en la historia del fuerte. Durante muchos años fue contada hasta que tomó el sabor de una leyenda.

Marcelo, acompañado por su ordenanza, había entrado en el gran comedor donde se hallaban los jóvenes oficiales. Nadie se levantó, pero no había evidencias de hostilidad en las inquisitivas miradas que enviaron en su dirección mientras él se acercaba a la mesa redonda situada en el centro de la habitación. Una ojeada a las otras mesas informó a Marcelo que era el más joven de los presentes. Demetrio fue directamente a la cocina para vigilar el servicio de su amo.

Al cabo de un rato llegó el centurión Paulo seguido por Sexto quien, en apariencia había estado esperando a su jefe para darle cuenta de los recientes acontecimientos. Hubo cierta excitación cuando cruzaron a grandes pasos el comedor hacia la mesa central. Sexto masculló una poco amable presentación, Marcelo se levantó y se dispuso a ofrecer su mano, pero Paulo no vio el gesto; saludó simplemente con una inclinación, separó su silla y se sentó. No estaba Ebrio, pero era evidente que había estado bebiendo. Su cara descarnada mostraba una barba de tres días y era de un rojo enfermizo; sus manos, cuando comenzó a engullir la comida, temblaban, Estaba también sucio. Con todo, a pesar de su aspecto general, Paulo daba muestras de un lejano refinamiento. «Este hombre debe haber sido algo, hace mucho tiempo», pensó Marcelo.

—El nuevo legado, ¿eh? —exclamó Paulo con la boca llena—. No teníamos noticias de tu nombramiento. Pero —movió negligentemente su mano, y se sirvió otra buena porción de carne guisada de la fuente—, dejemos eso para más adelante. Mañana tal vez. Como un lobo tragó durante algunos minutos su ración, ayudándose con ruidosos sorbos del fuerte vino del país.

Cuando hubo terminado, Paulo cruzó sus velludos brazos sobre la mesa y clavó con insolencia sus ojos en la cara del joven intruso. Marcelo le hizo frente con firme mirada. Cada uno sabía que el otro le estaba midiendo, no sólo en cuanto a estatura y peso —en cuyas dimensiones eran aproximadamente iguales, Paulo un poco más pesado, quizás, y también unos pocos años mayor— sino, y en especial, apreciándose

mutuamente los respectivos temperamento y cualidades. Paulo hizo una mueca de desagrado.

—Galion, un nombre importante —dijo con burlona deferencia—. ¿Alguna relación con el rico senador?

—Mi, padre —contestó Marcelo secamente.

—¡Oh! ¡Oh! —cacareó Paulo—. Entonces has de ser uno de esos tribunos de Academia...

Miró a su alrededor; las conversaciones en las mesas vecinas se habían ahogado.

—Uno pensaría que el príncipe Cayo pudo haber encontrado un destino más atractivo para el hijo del senador Galion. —Había levantado la voz para regocijar a los oficiales—. ¡Por Jove! ¡Ya lo tengo! —gritó alegremente, palmeándole a Sexto en el hombro—. El hijo de Marco Lucano Galion se ha portado como un chico malo. —Se volvió hacia Marcelo—. ¡Apuesto a que es tu primer mando, tribuno!

—Lo es —contestó Marcelo. El comedor estaba ahora como muerto.

—Nunca diste una orden en tu vida, ¿eh? —agregó el otro con desprecio.

Marcelo echó hacia atrás su silla y se puso de pie, consciente de que treinta pares de ojos llenos de interés estaban estudiando su serio rostro.

—¡Estoy a punto de dar una orden ahora! —dijo con gran energía—. Centurión Paulo: ¡te levantarás y te excusarás por tu conducta, indigna de un oficial!

Paulo rodeó el respaldo de la silla con un brazo y sonrió sarcásticamente.

—Has dado la orden equivocada, muchacho —gruñó.

Entonces, al ver que Marcelo deliberadamente desenvainaba su espada, apartó la silla, y se puso en pie.

—¿Con que sacando tu espada? —murmuró—. ¡Más te valdría envainarla, jovencito!

—¡Despejen el cuarto! —ordenó Marcelo.

Ahora no cabía duda alguna en nadie acerca de las intenciones del tribuno. Él y Paulo habían ido demasiado lejos como para retroceder. Prontamente las mesas fueron colocadas contra la pared y las sillas radiadas del camino. El combate comenzó.

Al principio pareció que Paulo había decidido que el encuentro fuese breve y decisivo. Su autoridad se sostenía débilmente, el temperamento variable y los hábitos disolutos. Era obvio que había resuelto dar una lección objetiva a su estado mayor con una rápida victoria. En cuanto a las consecuencias, Paulo tenía poco que perder. Las comunicaciones con Roma eran lentas. El cargo de comandante era inestable y breve. Y en Roma a nadie le preocupaba mucho lo que pasaba en el fuerte de Minoa.

Por cierto era arriesgado matar al hijo de un senador; pero el estado mayor daría fe de que el tribuno había desenvainado primero.

Paulo forzó enseguida la lucha descargando golpes, uno cualquiera de los cuales hubiera partido a su joven adversario en dos de haber caído en otro lugar que en los quites de la espada de Marcelo.

Dispuesto a mantenerse en la defensiva durante un rato, el tribuno se permitió retroceder hasta que llegaron casi al fondo del largo salón comedor. Las caras de los oficiales reunidos contra la pared estaban tensas. Demetrio permanecía con los puños cerrados y los ojos ansiosos al ver que su amo era acorralado hacia un rincón.

Paso a paso, Paulo avanzó sobre su antagonista que retrocedía, asestando golpe tras golpe sobre la espada de éste y envalentonándose cada vez más por el éxito, al ver que su rival era llevado a una posición, algo desesperada. Seguro ya de la victoria, rió, al mismo tiempo que decrecía el número de sus arremetidas. Pero a Marcelo le pareció que había una nota de ansiedad en aquella risa gutural; pensó también que la decreciente furia de las estocadas no se debía a la firme seguridad de su contrincante... sino a una causa mucho más seria: Paulo se estaba cansando. Había una expresión de tensa nerviosidad en su cara cuando levantaba la espada con el brazo. Probablemente empezaba éste a dolerle. Fuera de forma, la vida en Minoa había hecho pesado a Paulo; y en Gaza se tomaban las cosas demasiado a la ligera...

Ya cerca de la esquina crítica, el centurión levantó el brazo con cierta torpeza como para asestar otro potente golpe. Pero esta vez Marcelo no esperó que bajara sino que cortó con su espada lateralmente, tan cerca de la garganta de Paulo que éste por instinto echó la cabeza hacia atrás y su propio golpe dio en el vacío. En ese instante Marcelo cambió de súbito la situación. Era Paulo quien se defendía ahora en dirección al rincón, Marcelo no abrumó a su adversario; fatigado por su falta de ejercicio, respiraba éste con dificultad y su boca torcida delataba una creciente alarma. Había dejado ya de atacar y, cambiando su táctica, parecía estar recordando su lejano aprendizaje. «No es un espadachín mediano», pensaba Marcelo; al menos había habido una época sin duda, en la que Paulo podía haber dado buena cuenta de él en la arena.

Marcelo pudo ver a Demetrio de nuevo. Notó que en la cara de su esclavo se había relajado la tensión; estaba tranquilo.

Ahora los dos contrincantes se hallaban en terreno conocido, luchando con destreza más bien que con brutal vigor. Esto era mucho mejor. Hasta aquel momento, Marcelo jamás se había visto comprometido en un duelo en que su adversario hubiera tratado de henderlo con su arma en la mano, como si estuviera manejando un hacha. Paulo luchaba ahora como un centurión romano, no como un vulgar carnicero abriendo una res.

Durante un corto rato, mientras sus espadas sonaban con golpes breves y fuertes, Marcelo fue gradualmente. En cierto momento, Paulo lanzó una mirada a su alrededor para ver cuánto espacio tenía a su espalda. Marcelo, condescendiente, retrocedió unos pasos; resultaba claro para todos que le había dado voluntariamente una mejor oportunidad para defenderse. Hubo una breve exclamación: El gesto del nuevo legado podía no estar de acuerdo con el bajo espíritu de Minoa, pero suscitaba el recuerdo de las maneras que usaban en Roma los hombres bravos para entenderse. Los ojos de Demetrio brillaron con orgullo: ¡su amo era realmente un

bien nacido!

—¡Eugenés! —exclamó.

Pero Paulo no estaba como para aceptar favores. Se adelantó rápidamente, con más audacia, cual hubiera conquistado él aquella más cómoda posición, y se esforzó en hacer retroceder de nuevo a Marcelo. En aquel punto el combate se había equilibrado. El centurión hizo todo lo que pudo para recordar, agachándose y ensayando pintas; pero su fatiga era cada vez mayor. Ya su guardia se estaba volviendo pesada y de más en más vulnerable. En dos ocasiones los espectadores notaron que hubiera sido bastante sencillo para el tribuno haber puesto fin al encuentro. Ahora, con suma habilidad, Marcelo conducía el compromiso a un dramático final. Estudiando su oportunidad, tiró con la punta de su espadón hacia la empuñadura del arma de Paulo, arrancándosela de las manos. El acero cayó tintineando sobre el duro suelo.

Hubo un momento de silencio absoluto. Paulo quedó esperando. Todos pensaron que su actitud le acreditaba, pues, aunque su cara denotaba el choque de su pasmosa sorpresa, no era el suyo el rostro de un cobarde. Se hallaba decididamente derrotado, pero poseía más fibra de lo que cualquiera de ellos podía pensar.

El tribuno se detuvo y recobró el caído espadón por la punta. Echó hacia atrás el brazo y apuntando lentamente, con cuidadosa precisión, lo envió derecho y de punta, a través del comedor, hacia la maciza, puerta de madera, donde se clavó profundamente, por la fuerza que llevaba, con un resonante golpe.

Luego dio vuelta a su propia espada en la mano, y apuntando nuevamente con cuidado, envió la pesada arma rasgando él, aire hacía el mismo blanco, donde se hundió sonoramente, cereal de la espada de Paulo.

Los dos hombres se enfrentaron en silencio. Primero habló Marcelo, con firmeza, pero sin arrogancia.

—¡Centurión Paulo! ¡Ahora te disculparás por tu conducta, indigna de un oficial!

Paulo se irguió y respiró profundamente; se dio vuelta a medias para observar el apretado conjunto de espectadores; luego se puso en tensión e hizo una mueca de desprecio, desafiante, cruzando los brazos.

Marcelo, deliberadamente, sacó la daga de su cinturón y dio unos pasos hacia él. Paulo no se movió.

—Es mejor que te defiendas, ¡centurión! —advirtió—. ¿Tienes una daga, no? Te aconsejo que la saques —avanzó otro paso—, ¡porque si no obedeces mi orden estoy decidido a matarte!

No fue fácil para Paulo excusarse. Pero se las arregló para hacerlo de un modo adecuado.

Más tarde Demetrio observó que se había visto claro que el centurión Paulo no era un hábil orador, lo que pareció a Marcelo un comentario muy gracioso.

Después que Paulo hubo murmurado su torpe e improvisado discurso, Marcelo contestó:

—Tu excusa es aceptada, centurión. Ahora tal vez; hay algo más que podrías pensar y que es hora ya de decir a tus compañeros oficiales. Aún no les he sido presentado. Como comandante saliente, creo que te corresponde esta cortesía.

Paulo esta vez encontró por completo su voz, y su anuncio fue hecho con tono firme.

—¡Quiero presentaros al tribuno Marcelo Galio, legado en esta región y comandante del fuerte!

Como al unísono sonaron las espadas levantadas en saludo, todas menos las del viejo barrigón Sexto, que pretendía estar ajustando su equipo.

—¡Centurión Sexto! —llamó Marcelo— ¡Tráeme mi espada!

Todos los ojos miraron a Sexto afanarse embarazosamente sobre la enorme puerta y arrancar la espada de la gruesa entabladura.

—¡Trae la espada del centurión Paulo también!

Sexto sacó el otro espadón de la madera, retornando pesadamente y con aire hosco. Marcelo agarró las armas, entregó a Paulo la suya y esperó recibir el saludo de Sexto. La insinuación fue comprendida sin demora. Paulo también saludó antes de envainar su espada.

—Ahora terminaremos nuestra comida —dijo Marcelo fríamente—. Poned las mesas en su lugar. El desayuno será servido a la oficialidad a las cinco de la mañana. Todos los oficiales estarán cuidadosamente afeitados. Habrá una inspección en el campo de ejercicios a las seis, realizada por el oficial comandante Paulo. Eso es todo.

Con el debido respeto Paulo pidió ser excusado de volver a la mesa, y permiso para retirarse. Sexto le siguió sin pedir la venia; y al serle preguntado lacónicamente si no se olvidaba de algo, masculló que ya había terminado de comer.

—Entonces tendrás tiempo —continuó Marcelo— de desocupar las habitaciones del comandante; así podré ocupar esos cuartos esta noche.

Sexto recibió la orden sin cejar y se dirigió torpemente hacia la puerta. El apetito ya no se hacía sentir, pero el estado mayor hizo como que iba a terminar su comida. Marcelo quedó en su mesa. Después, cuando se puso en pie, todos permanecieron en sus asientos. Saludó inclinándose y salió seguido por Demetrio. Cuando pasó por la puerta de las habitaciones del comandante, en su camino hacia las que le habían sido asignadas anteriormente, observó que una docena de esclavos estaban trabajando para dejar el lugar listo. Al cabo de unos minutos, los hombres transportaron los equipos a los cuartos del comandante. Cuando quedaron solos, Marcelo y Demetrio, aquél se sentó detrás del gran escritorio. Demetrio permaneció atento, delante de él.

—Bien, Demetrio. —Marcelo levantó las cejas inquisitivamente—. ¿Qué piensas?

El esclavo se cuadró, llevando hacia la frente el asta de su lanza.

—¡Deseo decir, señor, que me siento muy honrado al ser esclavo del comandante de Minoa!

—¡Gracias, Demetrio! —Marcelo sonrió con aire cansado—. Tenemos que

esperar a ver quién manda en Minoa. Esta es una penosa habilitación. La escaramuza preliminar fue satisfactoria, pero... hacer la paz es siempre más difícil que hacer la guerra.

Durante los primeros días subsiguientes los nervios de la legión estuvieron tensos. El nuevo legado había mostrado su determinación de ser la máxima autoridad pero de ningún modo se había aclarado si esa autoridad iba a ser mantenida por otro medio que una implacable mano de hierro.

Paulo había sufrido una considerable mengua en su prestigio, pero su influencia aún subsistía. Obedecía las órdenes con señales de respeto, pero tan taciturno era su ceño que no se adivinaba cuáles eran sus pensamientos. Podía ser que todavía no estuviera del todo curado de los golpes asestados a su orgullo o que madurase algún plan de venganza. Marcelo aún no se había formado una opinión sobre esto; así que Demetrio todas las noches ponía su catre pegado a la puerta del tribuno y dormía con su daga en la mano.

Al cabo de una semana, sin embargo, la tensión comenzó, a relajarse un poco, pues la guarnición se iba acostumbrando a la nueva disciplina. Marcelo ordenaba con energía. E insistía en la obediencia absoluta no con la tardía complacencia que habría sido suficiente para Gaza, sino en una acción rápida y vigorosa que los obligaba a andar con pasos rápidos y a no demorarse haciendo preguntas tontas o presentando excusas incomprensibles.

Había parecido prudente al nuevo comandante dejar que sus relaciones personales con la plana mayor se desarrollaran naturalmente, sin tratar de cultivarlas demasiado. Lejos de favoritismos, preservaba su dignidad de superior y en su trato con los compañeros oficiales no derrochaba palabras. Era justo, considerado y tratable, pero muy firme. Al presente, toda la organización estaba sintiendo el efecto de las nuevas disposiciones, pero sin aparente resentimiento. Los hombres marchaban con renovado vigor y parecía que hacían cuestión de orgullo al conservar sus avíos en orden. Aun la apariencia y la moral de los oficiales habían mejorado, bastante.

Todas las mañanas Paulo, ahora seguro en el mando, iba a la oficina de Marcelo a recibir instrucciones. Ni una palabra relativa a la dramática presentación se había cruzado entre ellos.

Sus conversaciones eran presididas por una formalidad de hielo y más estirada cortesía oficial. Paulo, esmeradamente vestido, se presentaba en la puerta y pedía ver al comandante. El centinela llevaba la respuesta: el comandante le había ordenado que hiciese pasar al centurión. Paulo entraba y permanecía derecho como una saeta delante del escritorio del jefe. Cambiaban los saludos reglamentarios.

—Es necesario reemplazar seis camellos, señor.

—¿Por qué? —La pregunta vibraba como cuerda de arco.

—Uno está inválido, dos enfermos, tres son demasiado viejos para el servicio.

—Reemplázalos.

—Sí, señor.

Luego Paulo saludaba y salía. Algunas veces Marcelo se preguntaba si estas duras relaciones iban a continuar siempre. Esperaba que no. Se estaba sintiendo muy solo en aquella remota latitud, a la que había ascendido con el objeto de mantener la disciplina. Paulo era, se daba perfectamente cuenta de ello, un excelente camarada, amargado por el destierro, y moralmente desintegrado por el fastidio y la futilidad de la vida en el desierto. Marcelo tenía resuelto que si Paulo mostraba la más ligera inclinación a que fuesen amigos, él haría el camino restante. En cuanto a Sexto, Marcelo no tenía casi contacto directo con él, porque aquél recibía órdenes por intermedio de Paulo. El viejo gruñón había sido exacto en el cumplimiento de sus órdenes, pero muy displicente. En el comedor no tenía nada que decir; comía sus raciones en una escudilla y pedía pronto permiso para retirarse.

Una tarde —habían pasado diez días— Marcelo notó que la silla de Sexto estaba vacía.

—¿Dónde está? —preguntó señalando el asiento.

—Se quebró una pierna, señor —contestó Paulo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, señor.

—¿Cómo?

—La puerta de la empalizada cayó sobre él, señor.

Marcelo se levantó inmediatamente y dejó la mesa. Al cabo de un instante Paulo lo siguió y lo alcanzó en el camino. Apretaron el paso y caminaron uno al lado del otro con largas zancadas.

—¿Mala fractura?

—Es una fractura limpia. En la parte superior de la pierna. No está muy destrozada.

Sexto se hallaba extendido de espaldas y perlas de sudor bañaban su frente. Miró hacia arriba e hizo un dificultoso ademán de saludo.

—¿Duele mucho? —inquirió Marcelo.

—No, señor —Sexto apretó los dientes.

—¡Valiente mentiroso! —espetó el tribuno—. ¡Típica mentiría romana! No habrías admitido estar dolorido aunque te hubieran machacado como para hacer pasteles. Este catre es malo y combado en el medio. Encontraremos uno mejor. ¿Has comido ya?

Sexto negó con la cabeza; dijo que no deseaba tornar nada.

—Bien, ya veremos respecto a eso —Marcelo hablaba con autoridad.

En la hora de inspección, a la mañana siguiente, la novedad se había extendido por los campamentos de tiendas pardas. El nuevo comandante, que los tenía a todos en un salto y se pavoneaba por el campo con sus largas piernas y sombrío ánimo, había ido a la cocina de los oficiales y ordenado un caldo nutritivo para el viejo Sexto. Había trasladado a éste a unos cuartos aireados y dispuesto la confección de una cama especial para él.

Aquel día Marcelo se convirtió de verdad en comandante del fuerte de Minoa. Y aquella noche Demetrio no empuñó su daga al ir a acostarse; ni siquiera cerró la puerta.

A la mañana siguiente, Paulo echó a un lado al centinela de las habitaciones del comandante y entró sin más ceremonia que un saludo natural.

Marcelo le señaló una silla, que Paulo aceptó.

—Hoy está el día caluroso, centurión Paulo —observó Marcelo.

—Gaza no cree en el buen tiempo, señor. El clima se adapta al temperamento del pueblo. Es ya frío o caliente. —Paulo ladeó su silla y puso los pulgares en su cinturón—. Los judíos tienen una importante festividad, señor. La observan durante una semana cuando hay luna llena en el mes. Y ellos la llaman Nisán; tal vez la conoces.

—No... nunca oí nada sobre eso. ¿Es algo que nos concierne?

—Es su anual semana de Pascua —explicó Paulo—. Celebran su éxodo del Egipto.

—¿Qué les pasó en Egipto? —preguntó Marcelo con indiferencia.

—Nada... recientemente. —Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Paulo—. Eso ocurrió hace como quince centurias.

—¡Oh!... ¡Tanto! ¿Y todavía lo recuerdan?

—Los judíos nunca olvidan nada, señor. Cada año, en esta época, todos los que están en condiciones de hacerlo van a Jerusalén a «comer su Pascua», como dicen ellos. Pero la mayoría se interesa más en reuniones de familia, juegos, ejercicios físicos, subastas y toda clase de representaciones. Caravanas de mercachifles tienen de lejos para comerciar con sus productos. Cientos de ellos inundan la ciudad y el campo y los cerros que la rodean. ¡Es un espectáculo de vida, señor!

—Has estado allí, al parecer.

—Cada uno de los once años que he pasado en este fuerte, señor. El procurador de Jerusalén (creo que sabes que su autoridad sobrepasa la de todos los otros establecimientos palestinos), espera destacamentos de los fuertes de Cafarnaún, Cesárea, Jope y Minoa, para que ayuden a mantener el orden.

—¿Una multitud indisciplinada, entonces? —aventuró Marcelo.

—No mucho, señor. Pero siempre cuando tantos judíos se reúnen se habla demasiado de revolución. Se lamentan con tristes salmos y platican sobre su pérdida heredad. Que yo sepa, estas inquietudes no han pasado de algunos alborotos callejeros. Pero el procurador cree que es necesario que en estas ocasiones haya un visible derroche de uniformes romanos, y un poco de ejercicios militares en la vecindad de los templos. —Paulo rió entre dientes como recordando algo.

—¿Necesitamos una orden expresa?

—No, señor. El procurador no se molestará en mandar un correo. Tiene por seguro que se presentará un destacamento de Minoa.

—Muy bien, Paulo. ¿Cuántos hombres hemos de enviar y cuándo deben partir?

—Una compañía, señor; una centuria. Es un viaje de tres días. Podríamos partir

pasado mañana.

—Entonces haz los aprestos para eso, Paulo. ¿Quieres mandar el destacamento o ya has tenido bastante de eso?

—¿Bastante? ¡De ninguna manera señor! ¡Esta expedición es el único acontecimiento brillante del año! Y si me permites una sugestión, tribuno, tú mismo podrías encontrar esto como una nueva diversión.

—Ya que me lo recomiendas, iré. ¿Cuál es la naturaleza de los avíos?

—No muy molestos, señor. Como es una ocasión de gala, llevamos nuestros mejores uniformes. Creo que te sentirás orgulloso de tu tropa, porque es un premio al mérito, aquí, ser elegido para esta tarea, y los hombres se vuelven diligentes y pulen sus armas. Empacamos nada más que los equipos para levantar las tiendas, y provisiones para el camino. En Jerusalén estaremos alojados en cómoda barracas y la comida, provista por hombres ricos de la ciudad, es de una calidad poco común.

—¿Qué? —Marcelo mostró su rostro sorprendido—. ¿No están resentidos en Jerusalén por la disciplina romana?

Paulo rió irónicamente.

—Es la gente del pueblo la que siente el peso del yugo romano, señor. En cuanto a los ricos, muchos de ellos recolectan el tributo para Tiberio y se guardan un cuarto para ellos mismos. Están muy satisfechos. ¡Oh!... En público los ricachones tienen que hacer la comedia de lamentar el reino perdido; ¡pero estos obesos y viejos comerciantes estarían muy inquietos si comenzara una verdadera revolución! Encontrarás que los senadores de la ciudad y el procurador son gordos como cerdos, aunque pretenden que están disgustados.

—¡Pero esto es sorprendente, Paulo! Yo había supuesto siempre que los judíos eran apasionadamente patriotas, y coaligados en un amargo odio contra el Imperio.

—Eso es cierto para el pueblo, realmente muy fervoroso. Siempre sigue esperanzado en su antigua independencia... Sin duda habrás oído hablar de su antiguo mito sobre el Mesías.

—No... ¿Qué es el Mesías?

—Es su liberador, señor. De acuerdo con sus profetas aparecerá un día y organizará al pueblo para reconquistar su libertad.

—Nunca oí hablar de él —observó Marcelo con indiferencia—. Pero no te sorprenda mucho. Nunca he tenido mayor interés en supersticiones religiosas.

—Yo tampoco —protestó Paulo—. Pero uno oye tantas cosas sobre este Mesías durante la semana de Pascua. —Rió al recordar—. Porque señor... tú los verás. Tipos zalameros y rechonchos, envueltos desde las barbas a las sandalias en voluminosos sayales negros, caminando a lo largo de las calles con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, golpeándose el pecho y balando sobre su reino perdido y rugiendo por su Mesías. ¡Y si supieran que existe la más ligera probabilidad de una revolución contra la dominación romana, serían ellos los primeros en delatarla!

—¡Deben ser un inmundo conjunto de hipócritas! —comentó Marcelo.

—Sí, señor. ¡Pero sirven una buena mesa!

Durante un corto lapso el tribuno permaneció silencioso moviendo su cabeza con disgusto.

—Sé que el mundo está lleno de bellaquería, Paulo, ¡pero esto sobrepasa todo lo que conocía!

—Es bastante penoso, señor —concedió el centurión—. El cuadro que siempre me hace desear hundir un cuchillo bajo uno de esos piadosos brazos, cruzados en plegaria, es la larga procesión de pobres, enfermos, ciegos e inválidos siguiendo a uno de esos viejos timadores, bajo la impresión de que su sagrada causa está en buenas manos.

Se interrumpió, reclinándose en el brazo de un sillón para tener una vista mejor de la entrada, y vio a Demetrio, en pie en el vestíbulo, al alcance de sus voces. Los ojos de Marcelo siguieron su mirada.

—Mi esclavo griego no se mete en lo que no le importa, centurión Paulo —dijo en tono confidencial—. No debes temer que traicione ninguna conversación privada.

—Lo que iba a decir, señor —continuó Paulo bajando la voz—, es que esta situación política en Jerusalén, así como suena, tan repugnante, no es rara. —Se inclinó hacia el escritorio y prosiguió en un cauteloso murmullo—. ¡Eso es lo que mantiene unido al Imperio, comandante! Si no fuera por los hombres ricos de las provincias subyugadas, hombres cuya avaricia es mayor que su patriotismo, ¡el Imperio Romano ya se habría desplomado!

—Prudencia, ¡Paulo! —advirtió Marcelo—. Es una peligrosa teoría para ser expuesta a quienquiera. ¡Puedes crearte dificultades diciendo tales cosas!

Paulo se irguió con repentina cólera.

—¡Dificultades! —masculló amargamente—. ¡Me vi en dificultades, señor, de esa manera! Fui lo bastante tonto como para ser honesto en presencia de Germánico. ¡Así —añadió a media voz—, fue como yo, un legado, conseguí mi pasaje a Minoa para convertirme en un centurión! ¡Pero, por los dioses, lo que dije era verdad! ¡El Imperio Romano fue consolidado y ahora es sostenido por una cáfila de provincianos ricos, dispuestos a vender hasta a su propio pueblo! Esta táctica no es original nuestra, ¡desde luego! Roma aprendió la artimaña de Alejandro. Él la aprendió de los persas, que a su vez la habían conocido en Egipto. Compra los hombres importantes de una pequeña comarca y ¡puf!, ¡puedes tener el resto por nada!

El rostro de Paulo estaba inflamado de ira. Se sentó con los puños cerrados, flexionando los músculos de su mandíbula. Luego enfrentó directamente a Marcelo y murmuró:

—Valor de Roma... ¡Bah! ¡Escupo en el valor de Roma! ¡Valor de traición! ¡Valor de dinero! ¡Valor de echar a los pobres unos contra otros en el campo de batalla, mientras los personajes importantes están en un rincón vendiéndolos! ¡El grande y orgulloso Imperio Romano! —Paulo golpeó con su puño en el escritorio—. ¡Escupo en el Imperio Romano!

—Eres muy indiscreto, Paulo —le respondió Marcelo seriamente—. Por afirmaciones de esta clase, puedes perder el pellejo. Supongo que no te dejarás llevar a menudo como ahora.

Paulo se acomodó el ancho cinturón y se levantó:

—No tengo temor de explayarme contigo, señor.

—¿Qué te hace pensar que no te entregaré?

—El que tú —replicó Paulo confidencialmente—, tienes fe era el verdadero valor, en ese valor que demanda coraje.

Marcelo sonrió agradecido.

—Es algo raro, Paulo, —dijo pensativamente— que el populacho no tome las cosas en sus propias manos.

—¡Puf! ¿Qué podrían hacer? —se burló el otro, con un encogimiento de hombros—. No son sino ovejas sin pastor. Mira estos judíos, por ejemplo. De vez en cuando algún camarada vehemente se pone a aullar encolerizado por la cruda injusticia, se sube a un carro y deja escapar unos cuantos gritos. ¡Pero se deshacen de él rápidamente!

—¿Y quiénes lo hacen callar? ¿Los hombres ricos? —Bueno... no directamente. Siempre somos nosotros los llamados a hacer el trabajo sucio. Es obvio que Roma no puede permitir tales insurrecciones; ¡pero son los ricos y señores de las provincias los que se encargan de cortar las revoluciones por el brote!

—¡Condenados bribones!

—Sí, señor —asintió Paulo, pasada ya su racha borrascosa—, pero encontrarás que estos bribones de Jerusalén conocen el buen vino cuando lo ven, y no tienen inconveniente en compartirlo con las legiones romanas. ¡Eso —agregó burlón— es para animarlos a estar a la pesca de cualquier temerario patriota que chilla sobre el reino perdido!

CUATRO

LOS primeros días del viaje de Gaza a Ascalón resultaron muy tediosos; la carretera, hendida de profundos surcos, estaba atiborrada de lentas y sucias caravanas que se arrastraban entre el polvo.

—Será mucho mejor mañana —prometió Melas, divertido por la grotesca apariencia de Demetrio, quien había envuelto el turbante alrededor de su rostro de modo que sólo sus ojos eran visibles.

—¡Esperemos eso! —gruñó el corintio, tirando de las riendas del burro que se había adelantado hacia un grupo de abrojos—. Pero ¿cómo podrá hacerse mejor? Estas tortugas se están arrastrando hacia Jerusalén, ¿verdad?

—Sí, nosotros dejaremos la carretera en Ascalón —explicó Melas—, Y tomaremos un camino más corto a través de las montañas. Las caravanas no viajan por él; temen a los beduinos.

—¿Y nosotros no?

—Somos demasiados para ellos. No se arriesgarían.

Melas, un esclavo, rechoncho, de piernas arqueadas y roja cabeza tracia, se estaba deleitando a sí mismo. No tenía ocasión de informar a sus superiores; y observando que la posición de Demetrio era envidiable comparada con la suya, se había vuelto muy expansivo y estaba en los mejores términos de amistad con el bien hablado esclavo del nuevo legado.

—No son los camellos los que levantan el polvo —advirtió—. El camello, lo ves, levanta sus grandes y mullidas pezuñas y las vuelve a apoyar sobre la blanda tierra. Los burros son los que escarban con sus patas. ¡Pero yo odio los camellos!

—No entiendo mucho de camellos —admitió Demetrio, deseando demostrar algún interés.

—Nadie los conoce —declaró Melas—; puedes vivir con un camello durante años enteros y tratarlo como si fuera tu hermano, pero nunca puedes estar seguro de él. ¿Ves esto? —se tocó la nariz terriblemente desfigurada—. Me gané esto en las Galias, hace doce años. Las moscas y las pulgas estaban volviendo loco al viejo Menefta, el camello de mi amo. Durante dos días estuve untando con aceite de oliva su sarnoso pellejo. Y él permanecía quieto como una roca y ronroneaba como mi gato, porque le gustaba. Cuando terminé, se dio vuelta y me dio una coz en la cara.

Demetrio rió, y preguntó qué clase de venganza Melas había considerado apropiada, pregunta que lo deleitó porque la historia aún continuaba.

—Fui tan ciego y loco —continuó Melas— que le hice lo mismo... sólo que Menefta lo vio venir y agarró mi pie. ¿Alguna vez te Ira mordido un camello? Bien, un asno —explicó— o un perro te hubieran lanzado una dentellada, o coceado o mordido, pero te habrías dado cuenta que lo iban a hacer. ¡Tu camello nunca te lo hará notar! Cuando va a pegar, nadie sabe lo que pasa por su cabeza, excepto él mismo. Estuve tendido durante dos semanas cuando Menefta mordió mi pie... No me

gustan los camellos.

«Con bastante razón», pensó su amigo.

—No pueden ser del todo responsables por querer vengarse —observó Demetrio—. Llevan una vida muy dura, supongo.

Melas parecía estar pesando este conciliador comentario en su no muy sensible entendimiento mientras avanzaba con trabajo y con el rabillo del ojo echó a Demetrio una larga mirada. Su labio se curvó en una mueca de descontento. Por fin se aventuro a echar al vuelo sus pensamientos, teniendo cuidado, empero, de no exponerse del todo.

—La venganza no favorece mucho a quien trata de tomarla. Tomó como ejemplo un esclavo; él podría hacer lo mismo. Camellos, asnos y esclavos están mejor en manos de su amo.

Y como Demetrio no hiciera ningún comentario, Melas añadió, envalentonado:

—¿Acaso no piensas lo mismo?

Demetrio asintió, sin interés. No tenía deseos de discutir ese asunto.

—Si tienes que servir a otro hombre, después de todo —observó con indiferencia—, es simplemente de buen sentido hacerlo bien.

—Eso es lo que digo yo siempre —aprobó Melas, con tan exagerado candor que Demetrio se preguntó si el individuo no estaba haciendo la comedia de una pura e inocente lealtad o jugando atrevidamente con un poco de cruda ironía. Se dijo que sería interesante saberlo.

—Desde luego, la esclavitud es un poco diferente al empleo de hombres libres —aventuró Demetrio—. Si un hombre libre encuentra desagradable su trabajo puede dejarlo, lo que es mucho mejor que continuar en él... y estar eludiéndolo. Los esclavos no podemos elegir.

Melas rió un poco entre dientes.

—Algunos esclavos —aseveró— son como los asnos. Enojan a sus amos y son castigados por ello, se empacan y se rebelan, y sólo consiguen azotes y puntapiés: no tiene sentido el portarse de este modo. Hay también otros que se comportan como camellos, siguiendo su camino, aguantando, cualquiera sea el uso que se haga de ellos —el tono de la voz de Melas se estaba volviendo notablemente metálico, para acentuar su expresión ceñuda—. Y un día cuando el amo está borracho, tal vez... la pobre bestia se las cobra todas.

—Y entonces, ¿qué? —inquirió Demetrio.

Melas se encogió de hombros, malhumorado.

—Entonces lo mejor que puede hacer es huir —concluyó; y luego se le ocurrió y lo expresó como un lejano murmullo—: No hay muchas oportunidades para un camello. De vez en cuando algún esclavo logra huir... Hace tres años —Melas bajó la voz, aunque no había necesidad de semejante precaución porque estaban lejos, en la cola de la reata, y la nota furtiva en el tono del tracio daba a la confidencia una sensación de conspiración—, fue en este mismo viaje, hace tres años. El esclavo del

comandante Vitelio, tan cuidadoso y obediente como jamás has podido conocer otro. Se llamaba Seveno. Se ingenió para perderse el día antes de regresar de Jerusalén. Nadie sabe qué fue de él. —Melas se acercó más y murmuró—. Nadie excepto yo. Seveno no partió para Damasco. Me pidió que fuera con él... A veces he lamentado no haberle hecho caso... Es muy sencillo. Estamos más o menos libres en Jerusalén. Los oficiales se divierten. No quieren esclavos a su alrededor. No conviene la disciplina. —Melas hizo un guiño significativo—: A los centuriones les gusta jugar un poco.

Demetrio escuchaba con atención sin hacer comentarios; y Melas, un poco ansioso, sondeaba sus ojos para advertir hasta dónde podía llegar sin exponerse.

—Desde luego, no es un secreto —proclamó, desprendiéndose de su aire de misterio—. Todos en Minoa conocen el hecho, menos lo que acabo de contarte.

Demetrio sabía que estaba cometiendo un error cuando preguntó, implicando un interés personal en el asunto:

—¿Qué hizo pensar a Seveno que tendría la oportunidad de ser libre en Damasco? —pero la narración había despertado su curiosidad.

Los ojos de Melas brillaron.

—Damasco es Siria. ¡La gente de allí odia a Roma como al veneno! Dicen que la vieja ciudad está llena de esclavos romanos que viven bien, abiertamente, sin hacer el menor intento de ocultarse. Una vez que llegas allí estás a salvo, como un piojo en la oreja de un burro.

* * * * *

A la mañana siguiente, temprano, la caravana levantó campamento y marchó sobre los desnudos cerros, ya a través de un camino lleno de vueltas que estrechaba con frecuencia en largas hondonadas y profundos cauces de torrentes, ya en un simple camino de herraduras, que deshilaba el compacto grupo en una sola hebra. Era una comarca yerma, casi deshabitada. Aquí y allá pequeñas manadas de cabras salvajes, que casi no se distinguían de las dentadas rocas pardas esparcidas sobre los cerros sin vegetación, se agrupaban para hacer frente, en una ridícula defensa, a cualquier intento de invadir sus dominios. En los valles, las lluvias de primavera habían hecho creer a un solitario grupito de vegetación que tenía posibilidades de sobrevivir. Junto a un charquito de agua una mata de violetas se reclinaba sedienta.

Demetrio encontraba agradable esta etapa del viaje. El paisaje no era cautivador, pero su espíritu se vivificaba al hallarse en campo abierto, a una respetable distancia del extraño Melas, cuyo tópico favorito se había vuelto inquietante. Cabía poca duda sobre los designios del tracio: o estaba fraguando una proposición de fuga o urdiendo un plan más siniestro, para embarcarlo en una conspiración y luego delatarlo. Desde luego, estas sospechas podrían ser muy injustas, pero hubiera sido peligroso correr algún riesgo. No importaba lo que le hubiera dicho a Melas sobre este delicado

asunto; cualquier cosa podría convertirse fácilmente en un arma peligrosa en manos del gárrulo tracio, en el caso de que éste se amoscara por algo, o sintiera envidia de los raros privilegios acordados al afortunado esclavo del comandante. Demetrio había resuelto ser en extremo prudente en cualquier conversación con Melas y, en lo posible, evitar estar a solas con él. Además quería pensar sobre la discusión de la noche anterior entre Marcelo y Paulo: un entretenido estudio de los dioses, realizado por dos hombres que no eran en absoluto creyentes. En momentos había resultado chocante, irreverente, pero sin duda llena de interés.

El día anterior, al atardecer, cuando la compañía había hecho alto cerca de un manantial, a una milla al noroeste de Ascalón, Demetrio se había sentido feliz al recibir orden de atender a su amo, porque había comenzado a sentirse solitario y le parecía también que un poco disminuido. Se sorprendió ante la nueva apariencia del campamento. Casi por ensalmo las tiendas pardas se habían levantado en cuatro precisas hileras, el comisario había desempacado y colocado los equipos de campaña; sillas, mesas, y catres habían sido desenvueltos y colocados en orden. Los estandartes flameaban. Los centinelas estaban apostados. El representante romano local, un viejo andrajoso de mal aspecto, con la nariz roja y brillante del bebedor consuetudinario, había llegado en compañía de tres obsequiosos mercaderes judíos, que venían a leer y presentar un inspirado pergamino, asegurando que sería un honor para Ascalón que la famosa legión de Minoa se dignara aceptar su hospitalidad, pobre pero alegre. Habían traído con ellos cuatro toneles con, el mejor de los productos nativos, y fueron invitados a quedarse para la cena, después que el comandante hubo contestado, con la plana mayor alineada a sus espaldas, que Minoa estaba tan satisfecha de estar en Ascalón como Ascalón de agasajar a Minoa, cosa que su esclavo consideró deliciosamente ingeniosa.

Dispuesta la comida para la noche y cumplidos otros deberes perentorios, Demetrio se tendió en el suelo, al amparo de la tienda del comandante, una tienda realmente imponente, mayor que las demás, guarnecida con adornos rojos, cortinas de seda roja a la entrada y un dosel sobre el umbral de la puerta soportado por astas de lanzas inclinadas. Con los dedos entrelazados, Demetrio contemplaba las estrellas, maravillándose de su brillo inusitado y escuchando sin esforzarse las voces apagadas de su amo y de Paulo, que reposaban en sillas de campaña bajo el llamativo dosel.

Al parecer, la visita de los dignatarios locales, quienes habían partido ya para sus hogares, provocó la conversación de aquella noche. Paulo la estaba sosteniendo, con la deliberada lentitud de un filósofo aficionado: benigno, tolerante y un poco hermético: Demetrio aguzó el oído. Por lo general, en tales circunstancias un hombre expresa sin mucho cuidado y con sinceridad sus convicciones sobre algo; y si Paulo tenía convicciones sería interesante saber cuáles eran.

—Los judíos —decía— son un pueblo muy extraño. Admiten y realmente se jactan de que no existe otro pueblo igual en el mundo. Por algo se hallan bajo una protección divina especial. Su dios, Jehová (tienen uno solo, como sabes) no está

interesado en nadie más que en los judíos. Es natural que no haya nada positivamente inmoral en estas creencias, si no fuera por el hecho de que su Jehová creó el mundo y todos sus habitantes, pero no tiene utilidad para ninguna otra gente; dicen que los judíos son sus criaturas.

Es de presumir que para ellos el resto del mundo tiene que cuidarse de por sí mismo, si admiten que Jehová es únicamente una especie de deidad local.

—Nosotros hacemos la misma cosa, ¿no es así? —replicó Marcelo—. ¿Acaso Júpiter no sería un superintendente del universo con jurisdicción ilimitada?

—No del todo, no del todo, señor —protestó Paulo, con lentitud—. Júpiter no tiene ningún interés en los egipcios, pero dice que los ha hecho tales como son, y los ha despreciado por no ser mejores. Y nunca ha dicho que los sirios son un lote de miserables por no encender fuegos en sus días de fiesta. Y Júpiter no ha dicho nunca que se iba a preocupar porque los romanos fueran siempre mejores.

—¿Jehová dice esto a los judíos?

Demetrio rió para sus adentros. Había sospechado ya que Marcelo no estaba bien informado respecto a las distintas religiones, pero la completa ignorancia de su amo sobre tal materia era risible.

—¡Es claro! —Paulo seguía perorando—. Tuvieron su comienzo en un jardín donde había crecido una fruta que les estaba prohibido comer. Por supuesto, la comieron, no para satisfacer su apetito sino su curiosidad.

—Uno podría pensar que Jehová debía haberse alegrado por semejante curiosidad —interrumpió Marcelo—, viendo que todas las cosas buenas que tenemos fueron descubiertas a través de alguna curiosidad.

—Sí. Pero eso en cambio enojó a Jehová, y así fue como los echó al desierto y los dejó caer en la trampa de la esclavitud. Luego les dijo cómo escapar y los dejó en una tierra yerma. Entonces les prometió una comarca de la cual serían ¡os amos.

—¡Y es ésta! —rió Marcelo—. ¡Qué hermosa tierra de promisión!

—¡No existe una franja de tierra más inútil en todo el mundo!

—Y ahora los judíos han perdido su dominio. ¿Tú crees que después de mil quinientos años de duros golpes, miserias y esclavitud, estas criaturas especialmente favorecidas por Jehová podrían empezar a preguntarse si no estarían mejor sin tanta protección divina?

—A lo mejor esto corresponde a los asuntos del Mesías, del que me hablaste el otro día. Tal vez ya no tienen la esperanza de que Jehová cuide de ellos, y piensan que el Mesías aumentará su fortuna cuando llegue. ¿No te parece que es esto lo que creen? Y no es del todo ilógico. Me animaría a decir que explica porque nosotros y los griegos acumulamos tantos dioses, Paulo. Cuando un dios se encuentra fatigado e impotente, otro dios más fresco lo reemplaza. ¿Acaso el viejo Zeus no renunció una vez en favor de su hijo Apolo?

—¡No durante mucho tiempo! —recordó Paulo—. Al parecer la época no había sido muy buena, y entonces el joven Apolo decidió que él manejaría el sol, y corrió

furiosamente con el astro por el firmamento. El anciano Zeus tuvo luego que poner orden en los enredos del mancebo. Ahora bien, en una religión así hay sentido, tribuno. Nuestros dioses se comportan como nosotros; y es evidente, porque los liemos hecho a nuestra semejanza. Todos llegan a cansarse del anciano dictador y, al fin, él se cansa también; decide así dejar a su hijo el manejo de los asuntos, ya para cultivar calabazas o guiar los astros. Pero nunca pensó que el joven era competente, de modo que sigue interviniendo en los asuntos del Cosmos hasta que se produce una batahola. ¡Por esto nuestra religión es tan confortante para nosotros! —continuó Paulo con ironía forzada.

—Temo que no seas un espíritu muy religioso —comentó Marcelo—. Si los dioses oyen lo que estás diciendo, no les va a gustar. Pueden pensar que dudas de su existencia.

—No es así, señor, justamente hombres como yo son los que creen en su existencia. Realmente existen los dioses: algunos de ellos quieren la guerra, otros desean la paz, otros ni saben lo que desean... excepto un día de fiesta por año, y un gran desfile. Alguno se da al descanso y al sueño. Unos esperan que los admires, otros que los odies, y ninguno de ellos vive feliz si no te está asustando y no se asegura de que le temes... Esto es comprensible. ¡Así es la vida...! Pero estos judíos siempre andan con un solo dios, que siempre tiene razón, y es bueno, sabio y amable. Naturalmente, es porfiado, porque ellos son porfiados; no aprueba el placer porque ellos nunca supieron del deleite; nunca comete faltas porque «los judíos nunca yerran», tribuno; Jehová no puede menos que ser pesimista, ¡Y los judíos son gente pesimista!

—Tal vez Jehová piensa que es bueno para sus criaturas soportar penas. Endurecer sus fibras, arrancar su exceso de gordura, conservarlos bien preparados para la lucha. Creo que es una buena idea, Paulo. A veces he pensado que Roma sería mejor si nosotros, los patricios,uviésemos que ganarnos la vida y robáramos menos a los vecinos.

En este punto de la extraña discusión hubo una pausa considerable. Demetrio se preguntó si se habría agotado el tema. Pero no era así.

—Roma resolverá el problema por sí misma un día de éstos —murmuró Paulo—. El cetro ha dado muchas vueltas, comandante. Egipto tuvo su día de esplendor. Darío lo pisoteó, haciendo temer a todo el mundo durante un par de horas. Luego Alejandro solloza porque no queda ya nadie para subyugar. Los Césares conducen sus carruajes sobre el mando de Alejandro, tan ebrios de poder que ni siquiera quieren dejar a estos pobres hebreos unas pocas hectáreas llenas de abrojos y de culebras... ¡Oh!

Demetrio había bostezado también y deseaba que ellos se fueran a dormir.

—Pero ya llegará el turno de algún otro... Y pronto —concluyó Paulo.

—¿Cuándo? —preguntó Marcelo, exactamente como Demetrio pensó que lo haría.

—Pues bien... si la justicia cumple con el viejo loco Tiberio y su odioso hijastro,

creo que podría ser mañana el turno del próximo, o más tardar a fines de la próxima semana... ¿Qué te parece un poco más de vino, tribuno? —Demetrio se levantó, presto para el encargo. Fue al instante y se presentó.

—Llena la copa del centurión Paulo —ordenó Marcelo—. ¡No, para mí, no!

La conversación habíase reiniciado y tomaba ahora un giro más extraño que antes.

—Paulo, ¿crees que los dioses son creados por los hombres? Si no es una pregunta impertinente: ¿has tratado alguna vez de crearte alguno?

Demetrio caminando ahora lentamente a lo largo de una angosta hondonada, casi sin darse cuenta de la larga procesión alineada delante de él, rió al escuchar la extraordinaria pregunta, y la absurda respuesta.

—No. Pero aún no es demasiado tarde —había replicado Paulo—. ¿Quieres que te haga uno para ti?

—¡Ojalá! —contestó ahogadamente Marcelo—. Presumo que cuando lo hayas terminado, será en todo igual a ti.

—Bueno... no muy parecido, porque este dios que voy a inventar es bueno. No «pretende ser bueno». Es realmente bueno. Deposita su confianza en unos cuantos hombres inteligentes —no necesariamente romanos o griegos o galos— siempre que sean honestos e inteligentes, y les confía importantes tareas. Le enseñar; a un hombre cómo curar la lepra, y a otros cómo devolver la vista al ciego y el oído al sordo. Confiará a ellos los secretos del fuego y la luz; cómo conservar el calor del verano para usarlo en invierno; cómo capturar la luz del día y conservarla para iluminar la noche; cómo formar lagos en la tierra árida. —Paulo se había detenido, probablemente para tomar otro trago.

—Muy bien, ¡centurión! Si puedes encontrar ese dios en algún lado y hacerle producir esos efectos, ¡puede contar él con mi devoción!

—Tal vez podría gustarte asistir a su creación, señor —sugirió Paulo cordialmente.

Demetrio no había esperado un discurso tan serio como el que siguió. En cuanto comenzó, se incorporó sobre un codo y escuchó con redoblada atención.

—Se me ocurre, Paulo, que este dios tuyo, que parece por cierto un espléndido individuo, bien podría considerar una revisión del actual plan para renovar a los hombres del mundo. Lo que nos ocurre es algo así: un hombre se pasa su vida entera esforzándose por cumplir unas pocas y habituales tareas, llega por fin a la cumbre de sus poderes, honrado, diremos, y como un buen ejemplo; para la comunidad. Luego comienza a declinar, pierde sus dientes y su cabello, sus pasos se hacen lentos, sus ojos se oscurecen, su oído se endurece. Esta desintegración lo asusta, y se vuelve hosco e irascible, como un perro viejo. Entonces se retira a un rincón soleado del jardín, con un gorro de lana y una manta alrededor de sus piernas, y se sienta allí, en el camino de todos, hasta que le llega la hora de ir a la cama con molestos achaques y dolores que lo retuercen en posturas antiestéticas. Cuando ya no le queda dignidad, ni

le es reservado nada, abre su hundida boca y gime durante unos días, sin darse cuenta de su deslucido final. Por eso, creí que tu nuevo dios debería hacer algo respecto a esto.

—Lo haremos junto con él, señor —prometió Paulo bromeando—. ¿Cómo te gustaría resolver la cuestión?

Al parecer, esto requería concentrarse un poco, puesto que la contestación se demoró un rato. Cuando llegó, el tono de Marcelo había abandonado toda traza de ironía y era profundamente sincero.

—Cuando un romano de nuestra clase llega a la mayoría de edad, Paulo, hay una impresionante ceremonia, por la cual entramos en la categoría de hombres. Seguramente sentiste como yo que ése era uno de los grandes momentos de tu vida. Recuerdo muy bien. Aún perdura en mi la emoción; todos nuestros parientes y amigos se reunieron aquel día en el majestuoso Foro de Julio. Mi padre hizo una invocación dándome la bienvenida a la ciudadanía romana. Fue como si no hubiera vivido hasta aquella hora. Estaba tan profundamente emocionado que mis ojos se hallaban inundados de lágrimas. Luego el buen Cornelio Capitón pronunció un discurso, uno muy serio, sobre el derecho que Roma tiene a mi lealtad, mi valor y mi fuerza. Yo sabía todo aquello, aunque el viejo Capitón hacían bien al hablar de tales cosas, y me sentía orgulloso de que estuviera allí. Me hicieron una seña y avancé hacia ellos. Capitón y mi padre me pusieron la toga blanca... ¡y la vida comenzó para mí!

Hubo un intervalo de silencio. Demetrio, conmovido por aquel monólogo, se esforzó por escuchar a pesar de los acentuados latidos de su corazón, porque la recordación había sido hecha en un tono tan bajo que era casi como si Marcelo estuviera hablándose a sí mismo.

—Ahora... pienso que tu dios debería ordenar esto: en el momento de la coronación de la carrera de un hombre maduro, en la cumbre, cuando su fuerza haya alcanzado el cenit, cuando su mejor contribución haya sido dada, que tu dios ordene otra asamblea, donde estén presentes todos los que conocen y veneran a este hombre benemérito ¿Y quién de nosotros no trataría de ser digno teniendo en perspectiva semejante acto? ¡Que haya una gran asamblea del pueblo! ¡Que hagan un recuento de los hechos de ese hombre! Y si ha merecido un excelso panegírico, ¡que sea dicho con elocuencia!

—¿Y después? —preguntó Paulo— ¿Por ventura un discurso de despedida?

—¡No! —decidió Marcelo, después de una pausa—: Que el hombre permanezca en silencio; no necesitará explicar sus hechos, si son dignos de ser emulados. Se levantará, y sus iguales le quitarán la toga, que será conservada como un tesoro, tal vez para ser confiada a algún otro por una acción valerosa. Sería una gran responsabilidad llevar tal ornamento, Paulo.

Hubo otra larga pausa.

—Creo que el dios debería prescribir que tal acontecimiento ocurra en el

crepúsculo de un dorado atardecer de primavera. Habría un hermoso coro cantando una oda elegíaca. Y mientras la triunfante música atraviesa el aire, y la vasta asamblea se pone en pie reverente, marcharía erguido el hombre honorable, desde la tribuna, a enfrentar con paso firme la puesta del sol. Luego... ¡que se desvanezca y no vuelva jamás!

Después que se hubo ido a la cama, y el campamento quedó en silencio, con excepción de las pisadas y el sonido discordante de las espadas de los centinelas, Demetrio reflexionó larga y profundamente sobre esa extraña concepción: la creación de un dios mejor que todos los conocidos.

Por la mañana, mientras marchaba a través de los áridos cerros, conduciendo una hilera de burros estúpidos que sin embargo tenían mucho mayor albedrío sobre su destino que él sobre el suyo, Demetrio se preguntaba qué hubiera podido decir si le hubiesen invitado a añadir algún atributo a la imaginaria deidad. Ciertamente, el mundo sería un lugar mucho más cómodo para vivir en él sí, como Paulo había sugerido, se llegase a algún piar para una mejor distribución del calor y la luz.

Y tal vez la vida del hombre tendría una conclusión más dramática si, como su amo había entrevisto tan bellamente, la vida humana pudiera apagarse con música y pompa en lugar de ese tedioso descenso de la impotente senilidad; aunque, tal como estaban las cosas, la carencia de honores para un hombre al término de su vida parecería muy compatible con su absurda situación al comienzo de la vida. Si Marcelo quería añadir dignidad a la partida del mundo de un hombre, bien hubiera podido también rogar por una llegada más digna... No: tales vanas especulaciones serían un mero derroche de oportunidad si uno tuviera la ocasión de enmendar al mundo. Había otras necesidades de mucha mayor importancia. Seguramente, esta sorprendente deidad honesta que Marcelo y Paulo habían invocado querría hacer algo respecto a la cruel injusticia de los hombres en sus tratos los unos con los otros. Con ardiente indignación, Demetrio reconstruyó la penosa escena de aquel día en que los perversos romanos forzaron las puertas de su hogar e hicieron a un lado a su hermosa madre, mientras penetraban en la biblioteca de su padre para amarrarlo y llevarlo a la muerte... Ese dios noble, si hubiese tenido algún interés en la justicia, hubiera aparecido en tan trágico momento, y declarado duramente: «*¡No podéis hacer eso!*».

Demetrio repitió estas palabras en voz alta, una y otra vez cada vez más fuerte, hasta que la profunda hondonada creyó en ellas y repitió: «*¡No podéis hacer eso!*» tan fuerte, que Melas, que estaba lejos de él, se dio vuelta mirando inquisitivamente en su derredor.

* * * * *

Ya habían llegado casi al final del viaje. La última hora la caravana estuvo ascendiendo una árida colina. Desde su cumbre admiraron el grandioso espectáculo. Contemplaban allá abajo a Jerusalén, cuyas cúpulas y torrecillas fulguraban al fuego

sin llama del crepúsculo.

—¡Magnífico! —murmuró Marcelo.

Todo el día Demetrio había marchado al lado del alto camello de su amo, encantado de haber sido relevado de sus desagradables tareas en la retaguardia. Por la tarde habían llegado a la unión del solitario camino del valle con la carretera que corría desde Hebrón. A lo largo del camino real había campamentos de caravanas que no daban señales de prepararse para viajar.

—Paulo, ¿no es extraño esto? —había preguntado Marcelo—. ¿Por qué no están en camino?

—Hoy, día de Saturno, es el día Sábado, para ellos —respondió Paulo—, Los judíos no pueden viajar el último día de la semana. Eso va contra su ley.

—¿No pueden trasladarse a ninguna parte?

—Prácticamente no. Pueden trasladarse un pequeño trecho, lo que llaman «la jornada del Sábado», como doscientos codos.

Mira, señor —Paulo señaló hacia el camino—. Doscientos de sus codos los conducen hacia aquel grupo de olivos. Eso es lo más lejos que un judío puede recorrer desde su residencia en un día como éste.

—Bastante molesto —observó Marcelo despreocupadamente.

—Para la gente pobre, ¡si! —rió Paulo—. Los ricos, como de costumbre, tienen sus medios para burlar la ley.

—¿Cómo es eso?

—En la interpretación que hacen de este precepto, cualquier lugar donde un hombre tenga algo de su posesión puede ser considerado como su residencia. Sí un hombre rico quiere visitar a otro, a diez millas de distancia, el día de Sábado, envía un siervo delante un día antes, y éste va depositando a lo largo del camino, a intervalos de doscientos codos, cosas tan insignificantes como una vieja sandalia, una vasija rota, un felpudo raído, un carretel de cinta. Esto prepara el camino a su señor, tan respetuoso de la ley.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Así lo hacen. Te diré, señor: estos judíos ricos se preocupan de las apariencias de su religión más que cualquier otro pueblo en el mundo, y por cierto que lo hacen con la cara seria. Es un gran error reírse de ellos por esto. Hace tanto que se vienen engañando a sí mismos, que ya realmente creen que son honestos. Desde luego —agregó fríamente—, los judíos opulentos no tienen el monopolio de engañarse a sí mismos. Todos los hombres ricos e influyentes, cualquiera sea su raza o país, están sujetos a esta desgraciada enfermedad. ¡Debe ser una situación trágica tener grandes riquezas y una conciencia sensible! Nunca he pensado mucho en esto hasta ahora —continuó como divagando—, pero no dudo que los sofistas podrían demostrar que el engaño de sí mismo es algo que llega a mayor altura que las virtudes fundamentales. Nadie, salvo los nobles, se hubiera echado encima tanta falsía y vergüenza en defensa de la virtud.

—Paulo, ¡eres un cínico! Y un cínico excepcionalmente amargo —gruñó Marcelo—. Entre paréntesis, ¿qué pensará esa gente que se ve a lo largo del camino de nuestra falta de respeto a su fiesta del día Sábado?

—¡Puf! Ellos no esperan nada mejor de nosotros. Y no estoy seguro de si les gustaría que los encerráramos durante el día en honor a sus creencias. En su opinión, podríamos profanar más su religión reconociéndola que ignorándola. No quieren nada de nosotros, ni siquiera nuestro respeto... No se les puede censurar; por supuesto. A ningún hombre se le puede pedir que piense bien de un amo que le ha despojado de su libertad.

Demetrio se dio vuelta, cuando el discurso llegó a este punto, pretendiendo estar interesado en las tiendas de una caravana que había acampado sobre una loma vecina. Hubiera deseado saber si su amo creía que este juicio del centurión era imprudente; habría deseado saber si le hubiera gustado que su esclavo no hubiese.

* * * * *

A la mañana siguiente, la milicia de Minoa levantó el campamento y se preparó a completar la jornada hacia la ciudad. Demetrio se había alegrado al ver la salida del sol. Desde que era esclavo de Marcelo, había sido aquélla la primera noche que durmiera más lejos de lo que podía alcanzar la voz de su amo.

El día anterior, al atardecer, el legado y cuatro oficiales del estado mayor habían decidido cabalgar hasta Jerusalén. No habían llevado consigo ningún esclavo, excepto a los muchachos sirios con los camellos. Demetrio, que se había quedado para cuidar los avíos de Marcelo, había dormido solo en la tienda del comandante.

Se levanto al amanecer y apartó las cortinas; se sorprendió al ver la marea de tránsito de la carretera: procesiones de camellos pesadamente cargados, alzando rítmicamente, a cada paso, sus arrogantes narices; largas sucesiones de asnos, recargados con incómodos bultos; hombres, mujeres, niños, esclavos, todos llevando Envoltorios, canastos y cajas de toda clase y tamaño. El polvo pestilente lo envolvía todo.

Con la velocidad y destreza que confiere la experiencia, el contingente de Minoa levantó el campamento y se puso en camino. La compañía marchaba carretera abajo y los peregrinos se escurrían presurosos en los resguardos de piedras ante las estridentes órdenes de las trompetas. Pero la reata con el bagaje no viajaba tan bien. Los asnos cargados en Minoa, como no llevaban estandartes, ni hacían sonar las trompetas, ni lucían uniformes romanos, eran considerados por los viajeros no más importantes que los grupos similares de asnos de carga que llegaban de cualquier parte.

Melas, siempre ansioso de exhibir gran sabiduría ante el recién llegado, parecía muy divertido por los esfuerzos que realizaba Demetrio para sostener en sus manos las cuerdas de los burros. Era muy visible que al imprudente tracio le causaba placer

el dilema del corintio. Debido a las circunstancias desventajosas de Demetrio, la balanza se inclinaba ahora en su favor. No era tan educado él como el esclavo del legado; pero cuando se presentaba la oportunidad de manejar asnos cargados entre una densa multitud de viajeros descorteses, Melas estaba en condiciones de dar más que consejos. Miró hacia atrás y sonrió.

¡Era aquélla una extraña multitud! En un día de tiesta, en Roma, había muchísimos empujones y todas clases de rudeza y groserías. A los arrogantes conductores de carruajes nada les importaba guiar las anchas ruedas de hierro hasta sobre los descubiertos piececitos de las mismas criaturas. Los peatones se trataban los unos a los otros con una descortesía casi increíble. Uno de los métodos favoritos para abrirse paso entre la multitud era sumergirse en ella con las manos llenas de barro y porquerías recogidas en la calle. Pocos se animaban a discutir el derecho de tránsito con una persona que poseía tales armas... No. Roma no hubiera ganado premios por la educación de la multitud en sus días de gala. Pero en compensación a su popular brutalidad, Roma, en tales ocasiones, era alegre. Sus multitudes cantaban, gritaban, reían. ¡Eran dañinas, despiadadas, vulgares, pero alegres!

En cambio no había risa en esta muchedumbre de peregrinos que llenaba hoy la ancha calzada. Era una tensa, impávida, fanática multitud; su voz era un murmullo gutural como si cada hombre rumiara sus propias desgracias, indiferente a los anhelos susurrados por los vecinos. Sobre sus caras había una expresión casi terrible de seriedad y una especie de fervor religioso que parecía próximo a terminar en un ataque de histerismo. Eran rostros que fascinaban a Demetrio por la fealdad de sus contorsiones. ¡Ni por todo el oro del mundo habría él expuesto sus penas y lamentos a la mirada fría del público! Pero, al parecer, a los judíos no les importaba quién supiera sus pensamientos. Todo esto, pensó el corintio, era lo que la vista de la ciudad en un día de fiesta había aportado a sus emociones.

Repentinamente, sin una razón que Demetrio hubiera podido advertir, hubo una ola de excitación que se deslizó sobre la inmóvil y henchida corriente de judíos como una cortante brisa. Todos los hombres a una se desprendían de sus familias, ponían las bultos sobre los brazos de los chicos que no tenían carga y corrían hacia alguna irremisible atracción. Lejos, hacia adelante, los gritos eran cada vez más fuertes, desembocando en un único y reiterado clamor; una simple palabra mágica había envuelto a la multitud en un frenesí.

Incapaz de seguir caminando ante la arremetida de aquel alud, Demetrio se arrastró y puso sus testarudos asnos al costado del camino, donde Melas estaba golpeando salvajemente con su pedido garrote las cabezas de los burros soliviantados.

—¡Pégale en el hocico! —vociferó Melas.

—No tengo cachiporra. ¡Pégale tú!

Melas, encantado de que hubiera apelado a su competencia, blandió la abrazadera de plomo sobre el otro grupo de asnos y comenzó a suministrarles la disciplina con

mano práctica. Mientras cumplía tal compromiso, Demetrio siguió tras la impaciente multitud, forzando su camino entre los demás, hasta que la congestión fue demasiado grande para hacer más progresos. Apretado fuertemente contra su brazo, estaba otro griego de más edad que él, pero de menos estatura, un esclavo fácilmente reconocible como tal por la ranura que tenía en el lóbulo de la oreja. Sin ningún reparo, el pequeño individuo maloliente se estiró para echar un vistazo a la oreja de Demetrio; habiéndose asegurado de su igualdad social, rió fraternalmente.

—Ateniense —anunció a modo de presentación.

—Corintio —dijo por su parte Demetrio, con cierta dureza—, ¿sabes qué es lo que está pasando?

—Están vociferando algo sobre un rey. Es todo lo que puedo entender.

—¿Comprendes su lenguaje?

—Un poco... Soto lo que he podido captar en estos viajes. Venimos todos los años con un cargamento de especias.

—¿Crees que encontraron a alguien que quiere ser su dios? ¿Es esto?

—Así parece. Continúan gritando otra palabra que no conozco: *Mesías*, ¡eso es! Probablemente es el nombre del personaje a quien aclaman.

Demetrio impulsivamente se volvió, introdujo un hombro en la densa multitud, y comenzó a empujar con gran tuerza por un costado del camino, seguido de cerca, para su desagrado, por su diminuto compatriota. A lo largo de toda la concurrencia, los hombres, sin hacer caso de las protestas de los propietarios, habían trepado a las cumbres de las palmeras que bordeaban la avenida residencial. Avanzando rápidamente entre aquel gentío medio enloquecido, los dos griegos llegaron pronto al frente de la procesión y se detuvieron allí.

Irguiéndose por un instante de puntillas entre la conmovida multitud, Demetrio tuvo la visión fugaz del indudable centro de ese extraordinario interés: un judío de cabello castaño, descubierto, bien parecido. Un apretado y pequeño círculo se había abierto delante de él por el lento avance del asno blanco en el que cabalgaba. A Demetrio se le ocurrió de inmediato la idea que aquel proyecto de coronación era un asunto repentino, para el cual no se había hecho ninguna preparación. Por cierto que no se había adornado al pretendiente con ningún atributo real. Aparecía envuelto en un simple manto color castaño, sin adornos de ninguna clase, y el puñado de hombres, sin duda sus amigos íntimos, que trataban de aliviarlo de la presión de la multitud, pertenecían a la clase más humilde: campesinos, en apariencia.

Los vítores de la multitud se fueron haciendo ensordecedores. Era evidente que esos apasionados creyentes iban a volverse completamente locos. Paulo había hecho una exacta pintura de las costumbres de los judíos, en estas ocasiones conmemorativas de su antiguo éxodo del cautiverio.

Demetrio, recuperando el equilibrio perdido, se estiró cuanto pudo para mirar con mayor atención al hombre que de tal manera había excitado aquella turbulenta muchedumbre. Era difícil creer que fuera de la clase de personas capaces de inflamar

al populacho para alguna acción audaz.

Más aún. en vez de acoger los aplausos con aire de triunfo, o por lo menos de satisfacción, parecía entristecido por todo aquello. Miraba como si hubiera preferido no ser objeto de aquella demostración entusiasta.

—¿Puedes verlo? —preguntó el pequeño ateniense, quien había logrado colocarse a un brazo de distancia del enardecido grupo.

Demetrio asintió sin volver la cabeza.

—¿Anciano?

—No, no mucho —contestó el otro como abstraído.

—¿Qué parece? —exclamó el ateniense con impaciencia.

Demetrio movió la cabeza, y también las manos para significar que no quería ser molestado, en especial con preguntas tan difíciles de contestar como aquéllas.

—¿Tiene el aspecto de un rey? —vociferó el pequeño griego, riéndose ruidosamente. Demetrio no contestó. Tirando de sus vestiduras, empujó hacia adelante pero el populacho embravecido, haciendo presión desde atrás, lo arrastró hasta llevarlo casi al centro mismo de la procesión que avanzaba paso a paso, ajustando su marcha a la del burro blanco.

En el círculo interior, como si constituyeran el séquito del misterioso personaje, había una docena de hombres o más, que parecían atónitos ante ese acontecimiento que visiblemente los había tomado de sorpresa. Ellos también gritaban en forma irregular; pero sus caras tenían una expresión de perplejidad y parecían ansiosos de que su tan aclamado amigo se mostrara más altivo, más a tono con lo que exigía esa gran ocasión.

Resultaba muy claro ahora para Demetrio que el incidente era casual, y muy comprensible a la luz de los irreverentes comentarios de Paulo sobre los festejos del día sábado. Todos aquellos peregrinos orgullosos, marcados por la miseria, subyugados, pujando por volver a su antiguo altar, estarían alerta para cualquier movimiento que oliera a revolución contra el enemigo. Necesitaban sólo el grito «¡Mesías!» y hubieran entrado en acción sin detenerse a formular preguntas. Eso explicaba toda aquella agitación, pensó Demetrio. De todas maneras, de cualquier forma que hubiera empezado aquel pandemonio, era visible que le faltaba la aprobación del héroe.

El rostro del enigmático judío parecía agobiado por una carga de ansiedad casi insoportable. Sus ojos, entrecerrados, como aceptando resignadamente alguna catástrofe inevitable, miraban directamente hacia Jerusalén. Tal vez el hombre, atento a grandes responsabilidades, muy alejado de esa lamentable y falsa coronación, ni siquiera oía la algarabía de la muchedumbre.

Demetrio estaba tan profundamente abstraído en el estudio de la cara del joven judío, que también él empezaba a olvidar el clamor y la confusión general.

Fue avanzando paso a paso, inclinando el cuerpo contra la multitud que empujaba, tan cerca ahora del preocupado jinete que con un solo paso largo hubiera

podido tocarlo. Fue entonces cuando apareció un obstáculo temporario en el camino; la turbulenta procesión se detuvo. El hombre del asno blanco se irguió, como si despertara de un sueño, echó una profunda mirada y lentamente volvió la cabeza. Demetrio lo observaba con los labios entreabiertos y el corazón latiéndole fuertemente.

Los ojos pensativos, recorriendo la excitada multitud, parecían encerrar una especie de anhelante compasión por aquejas desvalidas víctimas de una opresión para la cual pensaban sin duda que él tendría algún remedio eficaz. Todos gritaban, todos menos el esclavo corintio, cuya garganta estaba tan seca que no hubiera podido articular ni una palabra. Pero él no quería gritar; habría antes bien deseado que todo estuviera en silencio. No era el momento ni el lugar para algazara. «¡Silencio!», hubiera dicho. Este hombre no era de aquellos a los que se grita o por los que se grita.

¡Silencio! Eso era lo que pedía el momento. ¡Silencio!

Aquellos ojos acariciadores vagaron sobre la multitud hasta que se detuvieron en el semblante tenso y atónito de Demetrio. Tal vez, pensó el corintio, la mirada del hombre se había detenido allí porque sólo él, en toda aquella explosión de histerismo, se había abstenido de gritar. Pero aquellas pupilas con gran calma tomaron posesión de Demetrio en un lazo tan firme que era casi similar a una atracción física. El mensaje que le comunicaron era algo más vital que lo que concierne a la amistad; era una especie de superior poder estabilizador que barría de repente con todas las negaciones tales como la esclavitud, la miseria y toda otra circunstancia afligen te. Demetrio sentíase inundado por la luz de aquel misterioso vínculo. Cegado por repentinas lágrimas dobló de súbito entre la multitud y ganó el costado del camino. El tosco ateniense, ardiendo de curiosidad, lo acosó de preguntas importunas.

—¿Qué tal es? ¿Lo, viste de cerca?

Demetrio asintió; y dándose vuelta, comenzó a dirigir sus pasos hacia la tarea abandonada.

—¿Loco? —insistió el ateniense, siguiéndolo trabajosamente en su camino.

—¡No!

—¿Rey?

—No —musitó el otro serenamente—. No es un rey.

—Entonces, ¿qué es? —instó, el hombrecillo resentido por el alejamiento del corintio.

—No lo sé —murmuró Demetrio con extraña voz—. No lo se... Pero es algo más importante que un rey.

CINCO

DESPUÉS que el campamento se hubo instalado en el barrio suburbano de Betania, Marcelo y la plana mayor continuaron la marcha por el cerro hacia la ciudad. Había muy poco tránsito en las calles, puesto que las gentes respetaban el Sábado. Paulo no había exagerado al referirse a las disposiciones adoptadas en Jerusalén para recibir a los representantes del Emperador; pero el joven legado de Minoa no estaba preparado para aquella primera visión de la majestuosa residencia del procurador romano.

Cuando detuvieron sus cansados camellos delante de la imponente fachada, Marcelo permaneció en muda admiración. Nadie necesitaba informar al forastero que aquella maciza estructura era de origen extranjero, porque decía a las claras que no tenía relación con la pobreza del medio ambiente.

Evidentemente los arquitectos, escultores y proyectistas habían tenido presente que el costo debía ser el último de sus problemas. Siendo los judíos quienes cargarían con los gastos, explicó Paulo, el Emperador no se había mostrado parsimonioso. Y cuando Herodes, el primer procurador, expuso su ambición de «reedificar en mármol la ciudad de ladrillos», Augusto le dijo que tenía para ello carta blanca.

—Ya ves que lo hizo —añadió Paulo con un gesto de orgullo como si él mismo lo hubiera hecho.

A decir verdad, Jerusalén no era toda de mármol. La mayor parte de ella era decididamente miserable, sucia, y necesitaba reconstrucciones. Pero Herodes el Grande reedificó el templo con gran magnificencia y luego erigió esta residencia en una elevación, bastante alejada de los ruidosos distritos, para evitar una desagradable competencia.

Se trataba de una inmensa fortificación, de planta cuadrada, que dominaba el propio corazón de Jerusalén. Tres espaciosos pisos, con pavimentos de finos mosaicos, unidos por escalones de mármol y balaustradas cuyos pedestales coronaban bustos exquisitamente tallados de romanos eminentes; había terrazas desde la avenida hasta el imponente portal con columnas del Pretorio. A ambos costados del patio embaldosado se extendía un exótico jardín de flores y arbustos ornamentales, regados desde depósitos de mármol en los que se agotaban pródigas fuentes.

—Estas fuentes —dijo Paulo en un tono discreto— fueron producto de un pensamiento posterior. Se instalaron hace sólo siete años, cuando vino Pilatos. Y ello causó una insurrección que necesitó todas las tropas disponibles para socorro del nuevo procurador.

—¿Tú también estuviste cuando esto sucedió? —preguntó Marcelo.

—Sí, por cierto. Todos estábamos allí, y fue una época divertida. El judío tiene sus pequeños defectos, pero no es cobarde. Se queja cuando trafica, pero no gime en la batalla. Odia la guerra y hará cualquier trato para preservar la paz; pero, y esto es algo que Poncio Pilatos no sabía, cuando se llega a un punto crítico es mejor detenerse antes que imponerse a un judío.

—Bueno, sigue con lo de las fuentes —urgió Marcelo, quien a la vista del agua se impacientaba por tomar un baño.

—La mujer de Pilatos fue la responsable. Habían estado mucho tiempo en Creta, donde Pondo fue antes prefecto y donde puedes cultivar lo que quieras. Pero aquí es otra cosa. Y la señora estaba consternada de hallarse en una comarca tan árida como Judea. Imploraba jardines. Y los jardines necesitan agua. Para tener agua en abundancia hace falta un acueducto y los acueductos son caros... No existían partidas votadas para cubrir este gasto. El nuevo procurador echó mano de algunos fondos del tesoro del templo y...

—¡Y la batalla comenzó!

—Lo has dicho, señor —declaró Paulo solemnemente—. Y prosiguió durante siete meses de continua excitación. Pilatos estuvo a punto de perder su puesto. Murieron dos mil judíos y casi la mitad de romanos. Hubiera sido mejor, supongo, que Tiberio hubiese transferido a Pilatos a otro lugar, puesto que los judíos no lo respetarán nunca; así se quede mil años. Hace él cuanto puede para tenerlos contentos, no olvidando lo que podrían hacerle si quisieran. Está aquí para mantener la paz. Y sabe que, a la próxima revuelta, el término de su servicio habrá definitivamente llegado.

—Es algo raro que los judíos no hayan levantado un clamor general para su remoción —observó Marcelo.

—¡Es que no desean que sea removido! —contestó riendo Paulo—. Estos viejos mercaderes, ricos y astutos, que son los que pagan la mayor parte de los impuestos y ejercen un alto grado de influencia, saben que Pilatos no está en situación de dictarles, términos rigurosos. Lo odian, por supuesto, pero no quisieran verlo marcharse... Apostaría a que si el Emperador nombrara a otro para el cargo de procurador, el Sanhedrín protestaría.

—¿Qué es el Sanhedrín? —preguntó Marcelo.

—El cuerpo legislativo judío. Se supone que no trata de ninguna materia que no sea religión, pero... bueno, cuando el Sanhedrín gruñe, Poncio Pilatos para las orejas. —Paulo llamó a los espoliques de los camellos, y las apáticas bestias apuraron el paso—. Pero no quisiera sugerirte la idea, señor, —continuó el centurión— de que Pilatos es un nadie. En realidad, se encuentra aquí en una situación muy desafortunada... Creo que te gustará. Es un individuo cordial y merece una prefectura más cómoda.

Doblando, la esquina, se fueron hacia la sección de las vastas barracas asignadas a la guarnición de Minoa. Tres lados del enorme cuadrilátero habían sido equipados para acomodar a las tropas; el local destinado a la guardia ocupaba menos de un tercio. A la sazón el edificio estaba casi completamente lleno. En el inmenso patio de ejercicios, franqueado por los estandartes de las legiones llegadas de los fuertes de la Palestina, los lábaros de Cesárea, Jope y Cafarnaún, encabezados por la insignia imperial, añadían brillante colorido al lugar lleno de soldados.

Marcelo, al ver el departamento que le había sido asignado, lo comparó favorablemente con las comodidades que se gozaban en el casino de los tribunales de Roma. Era la primera vez que se sentía enteramente a sus anchas, desde la noche que había dejado su hogar.

Al cabo de un rato, Paulo fue a ver si su joven comandante tenía todo lo que necesitaba.

—Estuve escribiendo unas cartas —dijo—. El «Vestris» llegará a Jope mañana o pasado, y probablemente zarpará para Italia antes de fin de semana. ¿Recuerdas, señor? Estaba entrando en el puerto de Gaza cuando pasamos por allí.

—¡Gracias, Paulo! Es una buena sugerencia.

* * * * *

No había escrito a Diana desde la noche de su partida en la galera, rumbo a Ostia. Había sido una carta difícil de redactar porque se hallaba profundamente deprimido. Después de varios intentos poco satisfactorios para contarle cómo estaba de triste por haberla dejado y con qué impaciencia anhelaba el próximo encuentro (a pesar de que le embargaba una gran duda: «¿Quién sabe si la volvería a ver alguna vez!»), su carta había tornado a ser una cariñosa misiva de despedida, que no contenía fatuas promesas ni desagradables presagios. Muchas veces, durante el largo viaje hacia Gaza, había comenzado cartas que nunca terminó. ¡Tenía tan poco que decir! Quería esperar hasta que, de acuerdo con su criterio, encontrara algo, si no divertido, siquiera interesante para narrarle. Un día, antes de entrar en el puerto, redactó una misiva a su familia, seca como la corredera del barquichuelo, prometiendo hacerlo mejor la próxima vez.

Los primeros días en Minoa habían estado llenos de acontecimientos, suficientes como para servir de material para una carta, mas sus nuevas obligaciones lo habían tenido muy ocupado. Pero esa noche escribiría a Diana. Podría contarle honestamente que las cosas eran mucho mejores de lo que había esperado. Le explicaría la causa de su ida a Jerusalén. Le diría que estaba regimamente instalado y describiría el mobiliario de la residencia. No necesitaría exagerar nada. La dignidad de Marcelo, amargamente herida por aquel nombramiento punitivo, había sido inmensamente restaurada. Ahora estaba casi orgulloso de su ciudadanía romana, y con cierta confianza en sí mismo. Podría escribir a Diana.

A la luz de tres grandes lámparas de piedra incrustadas en la pared, detrás de su escritorio, repasó los acontecimientos importantes de su vida en Minoa. No diría cuán árido, cuán desolado, cuán poco atractivo era el viejo fuerte y sus alrededores; ni tampoco agotaría los detalles de su primer día de experiencia allí.

«El comandante interino —escribió— era un poco propenso a ser insolente y no pecó de hospitalario cuando llegué; pero poco más tarde decidió cooperar, y ahora somos excelentes amigos. Me gusta realmente este centurión Paulo. A decir verdad,

difícilmente sabría qué hacer sin él, puesto que conoce todas las tradiciones del fuerte, las cosas que deben hacerse y el momento y modo correcto de hacerlas».

Marcelo empezaba a sentir agrado por lo que escribía. Le invadía una ola de placer al informar a Diana de estas cosas que habían rehabilitado su vida. Era casi como si se pertenecieran el uno al otro, casi como si un esposo ausente le escribiera a su mujer.

Cuando pegara las hojas de papiro por sus extremos, el rollo sería bastante voluminoso. Antes que hubiera ocupado los márgenes, debería finalizar dejando hablar a su corazón. Esto no era muy fácil. Por mucho tiempo estuvo meditando sobre cuál sería la actitud más digna. ¿Obedecería a sus sentimientos y contaría a Diana sin reservas lo mucho que estaba ella presente en sus pensamientos, cuánto la quería, cuán ardientemente deseaba que se terminara aquella separación? ¿Sería justo? ¡Diana era tan joven, tan llena de vida! ¿Era correcto animarla en la esperanza de que volviera algún día a Roma e iría a buscarla? ¿Era correcto dejar que Diana creyera que él mismo abrigaba esa esperanza? ¿No sería más honesto decirle francamente que no tenía esperanza de retornar en mucho tiempo, en varios años quizá? Desde luego, la joven conocía bien las circunstancias. Y él había mencionado casualmente que Paulo, enviado a Minoa hacía once años, no había vuelto al hogar desde su nombramiento... Ella misma podía sacar sus propias desoladoras conclusiones.

Por fin, Marcelo terminó la carta casi a su satisfacción:

Ya sabes, Diana, las cosas que te diría si estuviéramos juntos. A través de la enorme distancia que nos separa —¡quién sabe por cuánto tiempo aún!— quiero decirte que tu felicidad será siempre la mía. Cualquier cosa que te aflija, niña querida, me afligirá a mí también. Un barco, «Vestris», llegará a Jope, según se dice. Tocó en Gaza. Estoy impaciente por volver al fuerte porque puedo encontrar una carta tuya allí. La espero ansiosamente. Demetrio llegará mañana por la mañana y entregará este pergamino al correo imperial, que lo llevará al «Vestris».

* * * * *

Demetrio no había estado nunca tan ansioso. Desde luego, cada vez que se había detenido a contemplar su dura situación en el panorama de las cosas, su vida no alimentaba esperanza. Pero gradualmente se había acostumbrado a su sino de esclavo. Y nada podía hacer respecto a eso. Comparándose con un hombre libre, su suerte era desdichada, ciertamente; pero cuando comparaba las condiciones de su esclavitud con las a veces muy crueles impuestas a la mayoría de la gente en cautiverio se consideraba afortunado.

En la familia Galión había sido tratado con toda la consideración debida a un servidor. Y su vida había llegado a estar tan íntimamente relacionada con la de Marcelo, que su libertad, aunque se la hubieran ofrecido, podría haberle costado el

sacrificio de un compañerismo que valía más que la libertad de acción. En cuanto a su profundo afecto por Lucía, era, bien lo sabía, totalmente sin esperanzas. Jamás hubiera podido casarse con la joven patricia, aunque hubiera sido tan libre como una gaviota. Tales atinadas reflexiones habían salvado su entendimiento y le habían reconciliado con su destino.

Pero ahora su suave filosofía dejaba de confortarlo.

No solamente su pequeño mundo estaba en dificultades, sino que la entera institución de la existencia humana había llegado a parecerle totalmente fútil, insensata, vacía: una mera burla de algo que había tenido posibilidades sublimes, tal vez, pero que quedaba irreparablemente perdido. Trataba de hallar la razón de aquella profunda depresión. Por una cosa estaba triste: Marcelo por supuesto no lo había alejado de sí desde su llegada a Jerusalén, pero era evidente que los esclavos no eran bien mirados en las habitaciones de los oficiales, excepto cuando tenían algo que hacer allí. Cumplidas sus tareas debían irse y Demetrio no estaba acostumbrado a semejante trato. Había sido la sombra de su amo durante tanto tiempo que esa nueva actitud de indiferencia le era tan penosa como un dolor físico. Una y otra vez se repetía que probablemente Marcelo se sentía triste también él y quizá deploraba la necesidad, de excluirlo de su trato familiar. Cuanto a él se refería le pesaba su esclavitud como nunca la había sentido antes, ni siquiera el día en que fue vendido al senador Galión.

Pero existía otra causa. Le obsesionaba el recuerdo de los suplicantes ojos en los que había clavado su mirada durante un momento, en el camino a la ciudad. Había permanecido luego, durante horas, sumido como en un arrobamiento, tratando de definir aquellos ojos, y había llegado a la conclusión de que se distinguían principalmente por una misteriosa melancolía. Era muy claro que el pequeño grupo de hombres, que había tratado de evitar que la multitud se cerrara demasiado estaba contrariado. Cualquiera fuese la acción que los turbulentos fanáticos pretendían hacerle cometer, aquella presión era algo que estaba mal. Podía uno darse cuenta de ello de buenas a primeras. Era algo extraño, que ellos mismos no hubieran notado. Todos lo habían instado a dirigir una causa en la cual, ¡era tan obvio!, no tenía él interés alguno... Era un hombre extrañamente melancólico. Sus ojos iban buscando un amigo que lo comprendiera.

Y la melancolía de aquel hombre misterioso se había comunicado por alguna razón inexplicable con la de Demetrio. Era una melancolía que decía sencillamente: «Todos podrían hacer algo por este mundo desdichado si quisieran, pero no quieren».

Habían pasado ya tres días, singularmente iguales en su programa. Melas habíase mostrado casi demasiado atento en su carácter de guía no invitado, para las visitas a la ciudad. Era inevitable que cayeran en la compañía uno del otro. Sus tareas eran allí livianas y las cumplían rápidamente. Como Melas previera, había que atender al amo a la hora de las comidas, pulir su equipo militar, ayudarle a ponérselo por la mañana y a sacárselo por la noche. El resto del tiempo era de uno. Al alba se servía el

desayuno, después del cual las tropas salían al campo de ejercicios para la inspección de rutina. Luego un pequeño destacamento de cada contingente retornaba a su respectivo cuartel y allí quedaba, pronto para acudir a cualquier llamado, mientras los cuerpos principales, mandados por jóvenes oficiales y precedidos por la legión del procurador, más numerosa pero no mejor equipada, desfilaban gallardamente por las calles.

Era aquél un espectáculo excitante. Demetrio, ya cumplidas sus tareas matutinas, gustaba de ver el imponente desfile, cuando, de cuatro en fondo, los soldados vistosamente uniformados doblaban la esquina, se cuadraban rígidos como estatuas mientras se agitaban las banderas delante de los soberbios portales del Pretorio, y continuaban por la avenida hacia el templo, pasando en su camino por la residencia de mármol de Caifás, el Sumo Sacerdote. Caifás no imponía un saludo; tampoco lo exigía el Templo.

En dos ocasiones, Demetrio acompañado por Melas como comentarista voluntario, marchó detrás de los soldados. En Roma, en una ocasión semejante, centenares de personas hubieran seguido tal desfile, pero aquí no. Tal vez el pueblo fuera muy reacio, tal vez odiara demasiado a Roma. Tal vez careciera de la vitalidad necesaria para alzar los pies y ajustar su marcha a los largos pasos de los soldados.

Demetrio había visto en su vida a muchos andrajosos, ciegos y tullidos incurables, pero nunca en tan gran número ni en tan horrenda miseria. Su propia Corinto tenía una zona miserable, pero esta desgracia sólo se extendía en la zona del puerto. En Atenas, donde había estado una vez con su padre y sus hermanos cuando tenía doce años, había mucha miseria, pero existían también bellos jardines y exquisitas obras de arte. En cambio esta Jerusalén, a la que llamaban Ciudad Sagrada, era simplemente horrible: sus calles estaban colmadas de enfermos, de contrahechos y de verminosos mendigos. Otras ciudades tenían sus defectos, algunos por cierto detestables. ¡Pero Jerusalén! No era extraño que aquel singular hombre del asno blanco se mostrase tan triste.

El retorno de las tropas a la residencia se hacía por un camino que atravesaba por el medio el distrito del mercado, donde los vendedores ambulantes y sus clientes alzaban de prisa sus cosas para dejar el paso libre a los legionarios que llegaban marchando arrogantemente por la angosta calle, dando a entender con su actitud que el Emperador Tiberio no debía ser detenido, ni aun a costa de algunos pies pisoteados. Si un camello, indiferente a la dignidad del Imperio, permanecía recostado en medio del camino. Roma no discutía el derecho de paso, sino que los soldados abrían la formación y hacían de cuenta que la hosca bestia era una isla. Ocasionalmente un burro de carga que obstruía el paso era también tolerado por las fuerzas armadas de Tiberio. Pero los seres inteligentes buscaban la próspera protección de callejuelas y portadas.

Este recorrido serpenteante incluía los edificios de la administración romana, y un grupo no muy importante de residentes oficiales, donde se hacían breves pausas para

saludar a las armas imperiales más bien que a los representantes imperiales de Samaria, de la Decapolis y de Galilea.

—Obsérvalos —dijo Melas— cuando se detengan a saludar ante la casa de Herodes. ¡Es realmente gracioso!

Y era gracioso de verdad. Herodes, quien manejaba los asuntos diplomáticos de Roma con Galilea —asuntos que se estimaban como triviales y esporádicos— se había acomodado en una buena posición, pero el homenaje que se le rendía era suficientemente superficial como para ser considerado un insulto público.

—Les he oído decir —explicó Melas—, que este Herodes quisiera ser el procurador. ¡Por esto las legiones de Pilatos comienzan el saludo llevándose el pulgar a la nariz! A lo mejor son órdenes... No lo sé.

De vuelta al campo de ejercicios, las compañías eran licenciadas por el resto del día. En grupos de dos o tres los soldados se divertían en la congestionada zona comercial, aprobando los privilegios de sus resplandecientes vestiduras y relucientes armas, regocijándose igualmente ya con la tímida admiración de las muchachas de tez cetrina o el sincero odio de los negociantes, cuyas mercaderías manoseaban y hurtaban sin reparos.

Por la tarde, la mayor parte de las tropas paseaban hasta la pequeña liza, al sur de la ciudad, y contemplaban los juegos, carreras pedestres, lanzamiento del disco, de la jabalina, lucha, deportes muy simples, pero siempre mejor diversión que nada.

En efecto, los combates entre gladiadores no eran permitidos, así como ningún otro juego sangriento. Inmediatamente fuera de la arena, pero en el interior del recinto que la comprendía, prosperaban todas las clases concebibles de imposturas. Muchos de los saltimbanquis eran de lejanas comarcas. Había magos de la India, pigmeos de África, adivinos sirios. Tramposas ruedas de la suerte y otros juegos de azar defraudaban a muchos el dinero penosamente ganado. En innumerables casillas se expendían bebidas tibias, empalagosas y de dudoso origen, higos agusanados y sucias confituras.

Para los romanos, acostumbrados a acontecimientos más excitantes en sus días festivos, la liza y sus accesorios tenían muy poco atractivo. Para la gente del país en cambio resultaban un espectáculo estupendo, en especial para los jóvenes. Casi todos sus familiares estaban sumamente ocupados con la venía de cachorros, alfombrillas, chales, variadas telas de manufactura casera, sandalias, montaras, brazaletes, ajorcas y baratijas de adorno de cuero, madera y plata.

En cuanto a Marcelo, su estado mayor y los oficiales de graduación de otras guarniciones, tenían como principal diversión, aparte del reposo en los baños, el juego. Después del primer día, dedicado a ceremoniosos saludos al procurador y demás autoridades, los miembros del estado mayor se encontraban ociosos en su suntuoso alojamiento.

Parecía haber allí una ilimitada provisión de vino, y era patente que se estaba haciendo abundante uso de él. En dos ocasiones el centurión Paulo no había

aparecido para cenar, y algunos otros lugares estuvieron vacantes en las bien provistas mesas del adornado comedor. Demetrio se había alegrado al notar que su amo tenía más discreción que otros, pero era evidente que también él mataba su tedio en la única forma posible... Era de dudar que la semana no llegara a su fin sin alguna pelea. Los materiales para las riñas estaban a mano: el vino, los dados, la ociosidad. Marcelo nunca había necesitado beber mucho para perder la calma. Paulo, por su parte, cuando estaba ebrio era hosco, quisquilloso. Por eso Demetrio había empezado a contar las horas que faltaban para el regreso: Minoa tenía sus desventajas, pero era un lugar más seguro y sin duda más divertido que Jerusalén.

Le roía la curiosidad por averiguar qué había sido del hombre que no quería ser rey de esta tierra. Un día mencionó el asunto al tracio, pero Melas, que lo sabía todo, no conocía nada al respecto; había olvidado por completo el breve frenesí de la colina.

—Probablemente la policía lo obligó a retirarse al interior del país —concluyó.

—Tal vez lo hayan encarcelado... —aventuró Demetrio.

—¡En ese caso podría llamarse afortunado! —Y Melas rió—. Esta semana los hombres que reúnen grandes auditorios a su alrededor están más seguros en la cárcel que afuera.

—¿No sabes dónde queda la prisión? —preguntó al corintio, repentinamente inspirado por una idea.

El otro le echó una mirada burlona. No, él no sabía dónde estaba la prisión, ni quería saberlo. ¡Las cárceles eran espléndidos lugares para estar lejos de ellos! Ningún hombre era tan loco como para visitar a un amigo preso. Lo primero que le hacían era ponerlo con el otro. No, señor. ¡Melas estaba harto de prisiones para todo el resto de su vida!

Una tarde, era su cuarto día de estada en Jerusalén, Demetrio marchó solo por el camino por el que había entrado en la ciudad y siguió hasta el cerro donde había visto al hombre melancólico de ojos suplicantes. Preconoció fácilmente el paraje: había aún ramas de palmera, polvorientas y rotas, desparramadas al borde del camino, pobres restos de una gloria efímera y dudosa.

Volvió sobre sus pasos lentamente, dobló hacia un lado y entró en un parque público cuyos senderos bien delineados conducían a un bosquecillo de viejos olivos, nudosos y retorcidos como si hubieran compartido con los infortunados judíos una larga e inquebrantable persecución. Se sentó allí, a la sombra, durante una hora, mirando en dirección a Jerusalén. Era de esperar que una ciudad de treinta y cinco siglos de existencia tuviera algo más que mostrar que su experiencia. En cuanto a esto, el mundo entero parecía incapaz de enseñar algo útil.

Jerusalén quería su libertad. ¿Qué haría empero con la libertad si la tuviera de nuevo? Todos en el mundo deseaban más libertad... Pero, ¿libertad para hacer y ser qué?

Supóngase —es inconcebible— pero supóngase que los judíos consiguieran echar

a los romanos. ¿Entonces qué? ¿Dejarían de pelear entre ellos mismos, y olvidarían las viejas diferencias partidarias, y trabajarían juntos por el bienestar de su país? ¿Ayudarían al pobre los ricos latifundistas y comerciantes? Si se deshicieran de los romanos, ¿terminaría el hambre, curarían las enfermedades y limpiarían las calles? ¿Por qué no podrían hacer todo eso ahora, si quisieran? Los romanos por cierto no se lo impedirían. Más aún: se alegrarían de ver tales mejoras, porque algunos de ellos tenían que vivir allí también. ¿Cuál era, pues, la naturaleza de aquella esclavitud por la que Jerusalén se sentía tan resentida? Aquel bullicioso conjunto de fanáticos, que el otro día había encontrado en el camino, ¿creería acaso, que sus dificultades emanaban del gobierno romano? Si pudieran hallar un caudillo suficientemente fuerte como para liberarlos de Roma, instalarían su propio reino. Eso, parecían pensar, arreglaría todas las cosas. Pero, ¿las arreglaría de verdad? ¿Cómo ayudaría una revolución a la masa del pueblo?

En cuanto el nuevo Gobierno empezase a actuar, un pequeño grupo de hombres codiciosos se impondría rápidamente al pueblo. Tal vez aquel hombre melancólico del asno blanco lo sabía. Aquella multitud zaparrastrosa pedía a gritos que fuera su rey; le pedía que fuera a vivir a la majestuosa residencia del procurador en lugar de Pilatos. Luego, los pocos que lo hubieran ayudado a alcanzar el poder, comenzarían a encumbrarse. Pero Jerusalén continuaría siendo lo que era ahora. Un cambio de amos no ayudaría al pueblo...

Demetrio se levantó y se encaminó lentamente hacia la vía principal sorprendiéndose de encontrar allí tan pocos transeúntes. Quedaban aún dos horas de crepúsculo. Algo importante debía estar ocurriendo para que no hubiera tránsito por la carretera; también la ciudad parecía extrañamente tranquila.

Bajó lentamente por el cerro, sumido en sus hondas meditaciones. ¿Qué clase de gobierno resolvería los problemas del mundo? Tal como estaban dispuestas las cosas, todos los gobernantes eran codiciosos. En todas partes el pueblo soportaba a sus dictadores hasta que acumulaba fuerza suficiente para derribarlos y formar una nueva tiranía. El verdadero problema no estaba en la capital, sino en las proximidades: en la tribu, en la familia, en uno mismo. Demetrio lamentó no haber conversado con el melancólico hombre del país para, saber qué pensaba él de los gobiernos, cómo a su juicio podía alcanzarse una libertad mejor.

Súbitamente se le ocurrió que quizá el pequeño y descarado ateniense podía saber algo del hombre que no quería ser rey. Aceleró sus pasos, resuelto a preguntar por una caravana que vendía especias.

Abajo, en la ciudad, había cesado casi toda actividad. ¿Qué había sido de toda la gente?

Hasta en el distrito del mercado se encontraban muy pocos vendedores. Dirigiéndose a un viejo y barbudo griego que estaba envolviendo trabajosamente un atado de alfombrillas, Demetrio preguntó qué pasaba y dónde estaba la gente.

El anciano se encogió de hombros e hizo una mueca sin contestar. Era evidente

que pensaba que aquel jovenzuelo se estaba haciendo el gracioso.

—¿Ha ocurrido algo? —insistió Demetrio seriamente.

El anciano lió su paquete y se sentó sobre él, jadeante. Luego miró al joven compatriota con mayor interés.

—¿Quieres decir —exclamó—, que realmente no sabes nada de lo que está pasando? Muchacho, ¡es ésta la noche de la «Pascua» judía! Todos los hebreos están ahora en sus casas. Y los que no tienen hogar han pedido en alguno que les den albergue.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta mañana. Mañana saldrán temprano, porque es el último día de la semana de Pascua, y habrá mucho tráfico. Pero, ¿dónde has estado que no lo sabías?

—Nunca había estado antes aquí —contestó divertido ante el asombro del anciano—. Ignoro las costumbres judías. Las últimas dos horas estuve en el cerro; hay allí un bosquecillo de olivos.

—Lo sé —asintió el viejo—. Lo llaman el Jardín de Getsemaní. No hay mucho que ver allí. ¿Has estado acaso en el cerro de Marte, en Atenas?

—Sí. ¡Es precioso!

—Aquí, nada. Esta gente no puede hacer estatuas. Eso es contrario a su religión. No pueden esculpir nada.

—Hay unas cuantas esculturas en el templo —precisó Demetrio.

—Sí, pero no las hicieron ellos. —El anciano se incorporó y se acomodó el paquete sobre sus hombros.

—¿Me podrías decir dónde se halla una caravana de Atenas que vende especias? —preguntó el corintio.

—¡Oh, sí! ¿Te refieres a Popigos? Está cerca de la vieja torre. Pasaste por allí al venir del cerro. ¡Popigos! Mejor es que tengas la mano en tu bolsa.

—¿Sería capaz de robarle a un compatriota?

—¡Popigos es capaz de robarle a su abuela!

Demetrio sonrió y se despidió, dirigiéndose hacia los cuarteles.

Era muy tarde para volver a buscar la caravana de vendedores de especias. La encontraría al día siguiente.

Y siguió razonando. La gente es muy parecida dondequiera que uno la encuentre... Los judíos odiaban a su gobierno. Los griegos también. Pero un cambio de gobierno no los ayudaría. Ahí no estriba el mal. La dificultad estaba en que la gente no podía cambiarse una a otra o a sí misma. El comerciante de alfombrillas desacreditó al comerciante de especias. Popígos robaría a su abuela. ¡Pero de eso no tenía la culpa Tiberio César! Sin duda, Tiberio era un mal emperador; pero bajo ningún otro gobierno la abuela de Popigos estaría más segura de lo que estaba ahora... El melancólico hombre probablemente sabía todo esto. Por eso no había querido ser rey. Quienquiera fuese el rey, lo mejor es tener la mano en la bolsa... El mundo necesitaba seriamente algo; pero a todas luces era algo que ningún rey podría

proporcionarle.

* * * * *

La mañana siguiente. Demetrio no esperó la hora de la inspección. Tan pronto como hubo servido el desayuno a su amo, se fue solo. Ya las calles estaban atestadas de gente. Tenía que seguir con atención su camino hacia el distrito del mercado para no atropellar a algún temerario vendedor ambulante sentado con las piernas cruzadas sobre la angosta acera y rodeado por su mísero surtido de mercancías; unos cuantos cacharros de barro, tal vez.

Vio un montón informe de harapos, el cual resultó ser una vieja que exhibía para la venta tres huevos y un melón. La calle estaba llena de animales de carga que se aligeraban en los pequeños bazares. Por todas partes se extendían brazos pidiendo una moneda. Se descubrían y exponían horribles llagas, acompañando alternativamente el espectáculo con halagos, gemidos, siseos y algún anatema. Un anciano de tórax medio hundido, con las órbitas vacías infectadas de moscas, resoplaba patéticamente un lastimero graznido en un caramillo.

Ahora la calle se angostaba dentro de una caverna oscura y pestilente que descendía por una serie de anchos escalones de piedra, resbaladizas, cubiertas de inmundicias, en las que había un enjambre de mendigos y perros sarnosos medio muertos de hambre. Demetrio se tapó la nariz y apuró el paso, cuidándose de no atropellarlos.

No le resultó difícil hallar la caravana. Cerca de la vieja torre, dominando el torrente Cedrón, había una plaza de donde salía el camino hacia el este. Un aroma penetrante, altamente vivificador después del cruce del mercado, guió a Demetrio a su destino. Un grito de bienvenida lo orientó.

—¡Oh, *adelfós!* —exclamó el pequeño ateniense charlatán.

Demetrio se alegraba sinceramente de verlo, aunque en otro momento o lugar no le hubiera gustado ser saludado como un hermano por aquel intruso. Se estrecharon las manos.

—¡Esperaba volver a verte! Me llamo Zenos; no creo habértelo dicho.

—Yo soy Demetrio. Por lo visto tienes una buena ubicación aquí.

—¡Cierto! Tenemos mucho lugar y lo vemos todo. Debiste haber estado aquí la otra noche. ¡Hubo mucha agitación! Arrestaron al Nazareno, ¿sabes? Lo encontraron allá en el viejo parque.

—¿Nazareno? No lo he oído nombrar. ¿Qué hizo? —Preguntó Demetrio sin interés.

—¡Pero si lo conoces! ¡El hombre que vimos el otro día en el asno blanco! Se llama Jesús.

Demetrio se animó de inmediato e hizo una multitud de preguntas. Zenos estaba encantado de tener tanta información para dar. Las tropas habían estado vigilando a

aquel Jesús desde el sábado al mediodía. La víspera por la noche lo habían arrestado y llevado junto con su pequeño grupo de amigos a la ciudad.

—¿Pero qué hizo? —requirió Demetrio, con evidente impaciencia.

—Dicen que lo han procesado por sublevar al pueblo y pretender ser rey. Popigos sostiene que si lo acusan de traición le irá muy mal.

—¿Traición?... ¡Pero eso es una tontería! —exclamó el corintio ardientemente—, ¡Ese hombre de fijo no deseaba derrocar al gobierno! ¡No deseaba tener nada que ver con el gobierno, ni con este gobierno, ni con cualquier otro!... ¿Traición? ¡Están locos!

—No, no están locos —objetó Zenos—. La gente que frecuenta el templo debía deshacerse de él de algún modo o arruinaría sus negocios. ¿No te enteraste de lo que hizo allí el mismo día que lo vimos?

—No, sé nada. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? ¡Demasiado! Fíjate: el templo es el lugar donde los judíos hacen sacrificios, compran animales y los queman. Es un, revoltijo asqueroso y mal oliente, pero se ve que a su dios le gusta la idea. Así es que la logia, o como se llame, está llenísima de animales en venta. La gente trae su dinero, ¡y los cambistas lo convierten en dinero del templo, en cuanto traspasan la puerta! —Zenos rió ruidosamente—. Y todos dicen que estos banqueros sacan con ello buenas ganancias.

—¿Quieres decir que venden animales dentro de esa hermosa construcción sagrada? —preguntó Demetrio, incrédulo.

—En un atrio con arcadas de mármol —declaró Zenos, asintiendo solemnemente con la cabeza—. En mi atrio con un magnífico pavimento de mosaicos, paredes y techos llenos de los azulejos más hermosos que he visto jamás; no hay nada, más bello en Atenas. Y lo tienen lleno de vacas, ovejas y palomas. Ya puedes imaginarte lo que parece, pero no puedes imaginarte cómo huele. ¡Tienes que ir allí y oler! Pues bien, ese Jesús llegó del interior, de algún paraje de Galilea, y fue al templo, y no le gustó; dijo que aquél no era lugar para vender animales. Y debe haberse dado cuenta de los robos también, porque liquidó pronto a los cambistas.

—¿Qué?

Zenos rió con deleite al ver el azoramiento de su amigo.

—¡Sí, señor! ¡Parece increíble! No parecía un hombre capaz de arriesgarse ese Jesús; en cambio levantó una cuerda y comenzó a zurrarlos. ¡Y los echó a todos! Tal como si el establecimiento entero le perteneciera.

Zenos imitaba una imaginaria paliza repitiendo una decena de veces, en rápida sucesión: ¡Paf! ¡Crack! ¡Zip! ¡Lasch! ¡Crash!

—¡Era maravilloso! Afuera corrían las vacas, las ovejas y los banqueros, y por el aire volaban palomas y plumas. Y Jesús tumbo las mesas con dinero. Tiró afuera, en el suelo, dracmas y denarios dinero grande y dinero chico, dinero bueno y dinero malo; enjambres de peregrinos luchaban por él. ¡Qué espectáculo emocionante! ¡No hubiera querido perderlo! —Zenos miró de reojo y murmuró—: Aquí viene el viejo.

Hoy está disgustado. Sus mejores clientes están ocupados en atender a ese Jesús...

La cortina de la mayor de las tiendas se alzó y un hombre viejo y panzón, de cabello y barba canosos, salió para dirigirse hacia ellos. Demetrio no había visto a nadie tan bárbaramente adornado con joyas: pesadas cadenas de plata rodeaban su cuello y pendían hasta su cintura. Tenía anillos en los dedos, anillos en las orejas, brazaletes y ajorcas. Se detuvo a observar a Demetrio con una mirada torva e inquisidora.

—Es de Corinto, señor —Zenos lo señaló con el pulgar—. Nos conocimos en el camino.

—Veo que lleva una túnica romana —observó Popigos con enfado.

—Mi amo —explicó Demetrio respetuosamente—, manda el fuerte de Minoa.

—¡Estaría bien —estalló el viejo mercader—, si la guardia romana dejara hoy a los judíos arreglar sus propias pependencias! ¡Cualquiera en Jerusalén, basta que tenga dos denarios para frotar uno con otro, está atolondrado con el caso de ese hombre de Nazaret! Ahora que el gobierno ha tomado cartas en el asunto, esto se prolongará todo el día. Y mañana es el gran sábado de los judíos.

—Y no pueden hacer negocios ese día —observó Demetrio, por decir algo.

Popigos acarició sus barbas pensativo.

—Hice este viaje veintitrés veces, y nunca he vendido tan poco como ahora. Esto va de mal en peor. ¡Sólo faltaba una riña peliaguda en la semana de Pascua para impedir que mis mejores clientes vinieran por su canela y su clavo! —Dio vuelta a un cesto de cañas y se sentó—. Puedo recordar una época —prosiguió lentamente—, en que no eran tan plañideros, fíjate ahora en lo que pasó el sábado dentro del templo. Mace algunos años eran completamente pacíficos. La gente del campo venía a cumplir con Pascua y a traficar con algo. Siempre traían una paloma enjaulada, si eran muy pobres, o una oveja o un chivo, sí podían comprarlos. Eso era para el templo... Los sacerdotes quemaban la ofrenda o decían que la quemaban. Debían hacerlo, a juzgar por la humareda. Luego esta gente del templo aguzó su ingenio. Un hombre del campo traía una oveja, los sacerdotes la examinaban y si le encontraban alguna verruga en el vientre o algún otro defectillo, decían que no servía. Entonces podían cambiar la oveja inservible por una buena, pagando una pequeña diferencia. Luego la defectuosa era utilizada para hacer el trueque al peregrino siguiente.

—¡Un comercio bastante sucio! —comentó Demetrio—. No me sorprende mucho que el Nazareno haya protestado.

—Pues no hizo ningún bien —gruñó Popigos—. Al menos no se hizo ningún bien a sí mismo.

—¿Qué le harán ahora? —preguntó Demetrio—. ¿Lo pondrán en la prisión?

—¡No lo creo! Entiendo que lo llevaron la otra noche a casa del Sumo Sacerdote y lo acusaron de promover disturbios en el templo. «Profanación del templo», creo, es de lo que le culparon —Popigos rió amargamente—. ¡Como si alguien pudiese profanar un templo antes convertido en un establo! Dado que tiene mucha gente de su

parte como para poder condenarlo, se dirigieron todos a la residencia muy temprano y sacaron a Pilatos de la cama para exponerle el caso. Este les dijo que podrían arreglarlo mejor entre ellos, si se trataba tan sólo de un disturbio más en el templo. Pero los hombres ricos no iban a dejar que el procurador eludiera el caso tan fácilmente. Dijeron que Jesús intentaba hacerse rey. Pilatos no le dio ninguna importancia a esto, desde luego. Así es que sugirió que lo azotaran y lo dejaran ir.

—¿Y le pegaron? —preguntó Demetrio ansiosamente.

—¡Vayan si lo hicieron! Y muy duramente por cierto. Entonces alguien entre la multitud empezó a gritar: «¡Matad al galileo!». Pilatos aguzó el oído. «Si el hombre es de Galilea —dijo—, llevadlo ante Herodes. Él maneja todos los asuntos de Galilea».

—¿Lo llevaron allá?

—Sí, lo llevaron. Y Herodes se entretuvo atormentándolo, pensando que así agradaría a la muchedumbre del templo y a los cambistas. Dejó que los soldados golpearan a Jesús nuevamente; luego le pusieron una vieja insignia escarlata, pretendiendo que así le rendían homenaje. Un patán borracho enrolló una rama espinosa y se la puso como una corona. Pero los cambistas no estaban satisfechos con la comedia. Querían que Jesús fuera condenado a muerte.

—¡A muerte! —repitió Demetrio aterrado.

—Sí. Y sabía que el único que podía dar la orden era Pilatos. Entonces, volvieron al Pretorio.

—¿Y qué pasó?

Popigos movió la cabeza y se encogió de hombros.

—¡Eso es cuanto sé! —contestó—. Díofanos, el orfebre que estuvo allí y me contó esto tenía que volver a su bazar.

—Tal vez el juicio se esté siguiendo todavía —observó Demetrio con impaciencia.

—Es mejor que no te metas en eso —advirtió Popigos—. No se saca nada bueno mezclándose en semejantes asuntos.

—Mí amo puede necesitarme —objetó Demetrio—; debo irme. Espero que tengas un feliz viaje de retorno, señor. ¡Adiós, Zenos!

* * * * *

Cuando aún estaba lejos, Demetrio que había apresurado tanto el paso que casi corría, vio una compacta muchedumbre reunida en la imponente entrada del Pretorio. Corrió el último trecho y se situó a un costado de la audiencia, recibiendo, en cuanto apareció junto a ellos, sombrías miradas de los bien vestidos judíos. Allí no había gente pobre.

El procurador estaba apoyado en la columnata, rodeado por un destacamento de la guardia palaciega. En la parte más alta de la terraza una compañía de tropas, de

cuatro en fondo, permanecía firme y atenta. Frente a él de pie, solo, estaba el reo. Las preguntas eran formuladas y contestadas en un lenguaje que Demetrio no podía entender. Dedujo que sería arameo, pues ése era el idioma hablado por la tempestuosa multitud del camino. Abandonó su lugar y fue bordeando hasta que estuvo en el extremo derecho. Desde allí podía ver el perfil del hombre melancólico. Sí, llevaba la corona de espinas de la que había hablado Popigos. La sangre había corrido por todo su rostro, que estaba veteado por ella. Tenía las manos atadas. Le habían despojado de su vestiduras, y sus hombros desnudos mostraban las huellas lívidas y rojizas de los azotes; algunas sangraban. Él parecía no tener conciencia de sus dolores. Las preguntas del procurador proseguían sin enfado; el prisionero, con la cara levantada, las contestaba con serenidad, en un tono respetuoso, como si hablara consigo mismo. A veces un murmullo de disidencia corría por la hosca multitud, que permanecía con los ojos fijos y boquiabierta escuchando el interrogatorio. Tan intensamente había estado Demetrio observando la cara de la víctima, que no había mirado a su alrededor. De pronto, pensó que podría estar allí Marcelo y lo buscó con atención. En la primera fila estaba la plana mayor del Pretorio, compuesta por oficiales que representaban los distintos fuertes. Paulo se hallaba entre ellos, erguido, pero oscilando rítmicamente. Detrás había una sola fila de tropas de Minoa. A Marcelo no se le veía.

Ahora el procurador estaba hablando en voz más alta. En cierto momento el auditorio de civiles rompió en un concertado mugido de rabia y Demetrio buscó una posición desde la cual pudiera tener una mejor vista del juez. Logró encontrar a Marcelo, junto con otros legados, a la izquierda del procurador. Se preguntó si su amo sabía realmente lo que estaba pasando... A menos que alguien estuviera a mano para actuar como intérprete, Marcelo probablemente no tendría noción de lo que significaba todo aquello.

Demetrio se guiaba por la ligera expresión que reflejaba la cara de su amo. Por el momento denotaba cierta cantidad de asombro y más o menos la misma de aburrimiento. Era evidente que Marcelo hubiera deseado estar en cualquier otro lado. Pilatos en cambio parecía completamente confuso. La actitud hostil del influyente auditorio lo había atolondrado. Se volvió y dio una orden a uno de los guardias, que se retiró por la ancha puerta. Volvió con una enorme vasija de plata. Pilatos sumergió las manos y al cabo de un momento se sacudió el agua de los dedos. La muchedumbre volvió a rugir, pero esta vez era un grito de triunfo y venganza. Era claro que se había tomado una decisión: igualmente era visible que la decisión había satisfecho al auditorio. Entonces Demetrio comprendió cuál era el significado de la pantomima de la vasija en aquel asunto. ¡Pilatos se lavaba las manos! Aquella gente podía tomar el rumbo que quisiera, pero tenía que considerarse responsable de la sentencia. En cuanto al procurador, no le importaba mancharse las manos con la sangre del prisionero. Demetrio tuvo la seguridad de que su amo había comprendido. Aun no estando enterado del caso, se veía que Pilatos había tomado una decisión en

contra de sus propias inclinaciones. Ahora se había vuelto hacia Marcelo, que se había aproximado saludando. Hubo un breve coloquio. El tribuno saludó con una reverencia, como acatando la orden, volvió a saludar, y descendiendo los escalones se aproximó a Paulo, a quien dio instrucciones. Guiado por Paulo el contingente de Minoa avanzó, formó en dos filas, y ejecutó una rápida vuelta a retaguardia. Conducidas por Marcelo, a quien inmediatamente seguía Paulo, las tropas desfilaron entre la multitud que les abría paso. Un soldado del último par se detuvo y asió las cuerdas colgantes que sujetaban las manos del condenado, mientras los legionarios marchaban a largos pasos.

Nadie de entre el gentío siguió a la tropa. La mayoría se dispersó en pequeños grupos murmuradores, acariciándose la barba en señal de satisfacción. Demetrio se preguntó cuál sería la suerte de Jesús. Había él recibido la sentencia de muerte —lo único capaz de calmar a la gente— sin hacer ninguna pregunta. Probablemente sería llevado al patio de alguna prisión para enfrentar un destacamento de arqueros. Al otro lado de la calle, un pequeño grupo de hombres del interior, pálidos, pobremente vestidos y terriblemente asustados, parecían dudar entre seguirle o no.

Al cabo de un rato unos cuantos lo hicieron, pero sin prisa. Aquella gente era, a no dudarlo, amiga de Jesús. Era lamentable, pensó Demetrio, que se hubieran mostrado tan pusilánimes. Ese hombre seguramente merecía un apoyo más leal.

Indeciso entre seguir a la tropa o esperar en los cuarteles el regreso de su amo. Demetrio permaneció un rato sin resolverse. En aquel momento se le unió Melas, con una débil sonrisa sobre los labios.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Demetrio sin mucha firmeza.

—¡Crucificarlo!

—¿Crucificarlo? —la voz de Demetrio era ronca—. ¡Pero, si no ha hedió nada para que le sea reservada una muerte así!

—Tal vez —consintió Melas—. Pero ésa es la orden. Mi idea es que el Procurador no quiere encargarse de eso y piensa que su inhibición puede acarrearle alguna dificultad. Por eso encomendó la tarea a Minoa: no quiere que sus legiones se mezclen en esto. Minoa está muy lejos, y se trata de una faena difícil. —Melas rió entre dientes—. ¡Se alegran si les toca una tarea difícil ¡A Minoa no le importa un poco de brutalidad!

—¿Vas a ir hacia allá?

Melas hizo un gesto de desagrado y negó con la cabeza.

—No. No tengo nada que hacer allí. ¿Has pensado tú en ir? No es un asunto muy agradable. ¡Puedo decírtelo! Lo vi hacer una vez, en las Galias. Un soldado apuñaló a su centurión. Lo clavaron por eso. Duró aquello todo el día... ¡Podía oírlo gritar desde media legua! Los cuervos vinieron antes que muriera y...

Demetrio profirió una protesta, tragó saliva y sacudió la cabeza. El otro hizo una mueca y escupió groseramente. Luego se volvió y tomó el camino hacia los cuarteles, dejando a Demetrio debatiéndose sin saber qué hacer. Al cabo de un momento

marchó torpemente en pos de Melas. Penetrando en los cuartos silenciosos y vacíos se sentó y trató de serenarse. Su corazón latía tan fuertemente que le causaba dolor de cabeza. Salió y fue a tomar un poco de agua. Se le ocurrió que Marcelo también podría desear un trago antes de llevar a cabo su horrible tarea. Llenó un jarrito y partió. Caminaba lentamente, porque en realidad no quería ir. Desde que había mirado los ojos de Jesús, había pensado en él como en el hombre melancólico a quien nadie comprendía. Ni siquiera sus más íntimos amigos.

Y hoy estaría por cierto tan melancólico...

SEIS

UNA de las diez compañías de la residencia había estado ausente durante la inspección. Marcelo notó la disminución de las fuerzas de la legión del procurador, pero no le llamó la atención. Cualquiera que fuera la naturaleza del asunto que había llamado a esa tropa tan temprano, no concernía a Minoa. Pero cuando Julián, el comandante de Cafarnaúm, que estaba cumpliendo su turno como oficial de guardia, anunció malhumorado que el desfile habitual había sido suspendido y que todos dos legionarios deberían retornar a los cuarteles para esperar ulteriores órdenes, se despertó en Marcelo la curiosidad. Al volver a sus habitaciones, mandó buscar a Paulo, confiando en que aquella fuente de información, siempre al día, podría explicarle el misterio.

Después de una considerable tardanza, el centurión entró con paso no muy firme, las mejillas algo coloradas y los ojos enrojecidos. El comandante lo observó con mal disimulado disgusto y le señaló una silla, en la que el aturdido y desaliñado Paulo se acomodó con tiento.

—¿Sabes qué pasa? —inquirió Marcelo.

—El procurador —murmuró Paulo— ha tenido una mala noche.

—También tú, por lo que parece —observó Marcelo fríamente—. ¿Qué ocurre, si no es un secreto?

—Pilatos está en apuros —su lengua estaba torpe y rumiaba las palabras lentamente—. Está en dificultades con todo el mundo. Aun con el buen viejo Julián, que dice que si el hombre es galileo, se debía haber señalado a la policía que el juicio fuera en el tribunal de Herodes.

—¿Quieres tener la gentileza de explicarnos de qué me estás hablando? —preguntó Marcelo ásperamente—. ¿Qué hombre? ¿Qué juicio?... Empieza por el principio, y ten en cuenta que no se absolutamente nada.

Paulo bostezó, restregó con trémulos dedos sus ojos húmedos y comenzó a hilar un cuento largo y enredado sobre los acontecimientos de la noche anterior. Un carpintero imprudente de algún lugar de Galilea había tratado de perturbar la paz e incitar al pueblo a la revolución. Focos días antes se había comportado violentamente: en el templo, echando a la calle a los animales destinados al sacrificio, azotando a los cambistas increpándoles por haber considerado al sagrado lugar como una guarida de ladrones.

—Una afirmación indiscutible —concluyó Paulo—, pero no muy cortés.

—El tipo debe estar loco —observó Marcelo.

Paulo frunció sus hinchados labios como juzgando, y movió la cabeza.

—Hay algo peculiar en ese hombre —murmuró—. Lo arrestaron ayer. Lo llevaron ante el anciano Anás, que había sido Gran Sacerdote, y Caifás, que lo es ahora, y Pilatos y Herodes y...

—Parece que estás muy bien enterado del asunto —interrumpió Marcelo.

Paulo sonrió tímidamente.

—Algunos de nosotros íbamos visitando la ciudad sagrada a la luz de la luna — confesó—. Poco después de medianoche nos mezclamos con el populacho. Era el único entretenimiento que podíamos tener. Estábamos un poco borrachos, señor, créeme.

—Lo creo —dijo Marcelo—. Prosigue, por favor, con todo lo que puedas recordar.

—Bueno, fuimos a los juicios. Como te dije, no nos hallábamos en condiciones de entender lo que estaba pasando, y la mayor parte de los testimonios eran chillados en arameo. Pero resultaba bastante claro que la muchedumbre del templo y los mercaderes estaban tratando de que aquel hombre fuera condenado a muerte.

—¿Por lo que ocurrió en el templo?

—Sí. Por eso y por andar por la comarca reuniendo grandes multitudes para que lo oyeran hablar.

—¿De qué?

—De una nueva religión. Estuve conversando con uno de los legionarios de Pilatos que comprende el arameo. Me dijo que ese Jesús estaba convenciendo al pueblo para que adoptase una religión que no tenía mucho que ver ¿con el templo. Algunas de las declaraciones daban asco. Un individuo juró que el galileo había dicho que sí derribaban el templo él podría levantarlo en tres días. ¡Qué cosa tan baladí! Por supuesto, lo que quieren es una prueba. Cualquier clase de prueba es buena.

—¿En qué acabó el asunto?

—Me cansé de estar en el tribunal de Herodes y volví antes que amaneciera; tenía los pies muy cansados. Acababan de decidir que por la mañana harían otro juicio ante Pilatos. Probablemente estén ahora en el Pretorio. Pilatos les concederá lo que desean y... —Paulo titubeó y continuó con dureza—: lo que ellos desean es la crucifixión. Los oí hablar de eso.

—Vamos para allá —dijo Marcelo.

—Ya he tenido bastante, señor, sí me disculpas.

Paulo se levantó haciendo un esfuerzo y caminó con poca seguridad a través del cuarto. En la puerta se encontró con un centinela, vestido con el uniforme del Pretorio, que saludó con rigidez.

—Un recado del procurador —vociferó con voz metálica—. Los oficiales superiores y un destacamento de veinte hombres de la legión de Minoa se presentarán inmediatamente en el tribunal del procurador.

Con otro ceremonioso saludo salió y se fue por el corredor sin esperar respuesta.

—Me pregunto qué es lo que Pilatos querrá de nosotros —reflexionó Marcelo con cierta inquietud, sondeando los ojos aprensivos del centurión.

—Creo figurármelo —gruñó Paulo—. Pilatos no confiere honores a Minoa. Va a destacarnos para hacer algo que sería demasiado sucio y peligroso para las tropas

locales; no quiere ver a sus preciosas legiones mezcladas en eso. El contingente de Minoa parte mañana. Si se presenta alguna dificultad, estaremos fuera de peligro.

Tiró de su cinturón y salió del cuarto. Marcelo, irresoluto por un momento, lo siguió, intentando pedir a Paulo que mandara salir el destacamento. A través de la puerta entreabierta de las habitaciones del centurión lo vio echarse al colete el contenido de una enorme copa. Entro en el cuarto con ira.

—¡Paulo, si yo fuera tú —dijo duramente—, no bebería más por ahora! ¡Ya tienes bastante, demasiado vino en el cuerpo:

—Sí yo fuera tú —replicó Paulo temerariamente— ¡tomaría tanto de esto como pudiera soportar! —Dio unos cuantos pasos inseguros hacia Marcelo y lo enfrentó con descarada audacia—. ¡Hoy vas a crucificar a un hombre! —exclamó—. ¿Lo has visto hacer alguna vez?

—No. Ni siquiera sé cómo se hace. Tendrás que decírmelo.

Paulo se encaminó hacia la mesa donde estaba la botella de vino de grotesca forma. Llenó el enorme vaso y se lo tendió al comandante.

—Te enseñaré cuando estemos allí —dijo roncamente—. ¡Rebelo todo! ¡Todo! Si no lo haces desearás haberlo hecho. Lo que vamos a hacer no es un trabajo para hombres serenos.

Marcelo sin protestar tomó la copa y bebió.

—No sólo la cosa es terriblemente cruel —continuó Paulo. Es que hay algo extraño en ese hombre... Quisiera no tener nada que ver con todo esto.

—¿Tienes miedo de que te obsesione? —Marcelo se detuvo en la mitad del vaso y comenzó una mueca burlona y poco convincente.

—Pues bien, espera, ¡y me dirás luego lo que piensas! —murmuró Paulo moviendo la cabeza misteriosamente—. Los testigos decían que había actuado en el templo como si fuera su propiedad personal. Esto no suena tan tonto como podrías pensar, señor... En la casa del anciano Anás actuó como si el lugar le perteneciera... En el palacio de Caifás todo el mundo estaba a prueba, menos el tal Jesús... Era el único hombre tranquilo entre la muchedumbre del Pretorio. ¡También éste le pertenecía! Pilatos lo comprendió, creo. Uno de los espectadores testimonió que Jesús había expresado que era un rey. Pilatos se le aproximó, lo miró frente a frente y dijo: «¿Lo eres?». Fíjate, señor. Pilatos no le preguntó: «¿Dijiste que eras un rey?»; sino dijo: «¿Lo eres?». Y entonces no se le ocurrió ser sarcástico.

—¡Pero eso es tonto, Paulo! ¡Tu imaginación agrandada por el vino te está haciendo jugarretas! —Marcelo con todo cruzó la habitación hasta la mesa y se sirvió otra copa—. ¡Tú sacarás las tropas! —ordenó resueltamente—. Espero que en el Pretorio seas capaz de mantenerte derecho. Estás decididamente borracho, ¿lo sabes? —Tomó otro largo trago y se limpió la boca con el revés de la mano—. ¿Y qué dijo el galileo cuando Pilatos le preguntó si era un rey?

—Le dijo que tenía un reino, pero no en la tierra —murmuró Paulo con un gesto vago, como si dibujara espirales en el aire.

—¡Estás peor que borracho! —acusó Marcelo con disgusto—. ¡Estás perdiendo el sentido de la realidad! Pienso que es mejor que te acuestes; diré que estás enfermo.

—No. ¡No te voy a abandonar en la partida, Marcelo!

Era la primera vez que Paulo se dirigía al comandante llamándolo por su nombre.

—Eres un buen camarada, Paulo —declaró el tribuno dándole la mano.

Volvió sus pasos hacia la botella. Paulo lo siguió y le quitó la copa de la mano.

—Has tomado ya la cantidad necesaria, señor —advirtió—. Te sugiero que vayas. A Pilatos no le gustará que lleguemos tarde. Él ha soportado ya toda la molestia posible, como dosis para la mañana. Ordenaré la salida del destacamento y le encontraré por allá.

* * * * *

Partió con premeditado retardo, y como tuvo mucha dificultad en hallar el camino hacia el lugar de la ejecución —un terreno distante donde se quemaba la basura de la ciudad—, Demetrio no esperaba llegar a tiempo para presenciar la fase inicial de la crucifixión.

A pesar de lo retrasado que estaba, marchó con pasos desganados y espíritu abatido; sentía el peso de una depresión que no había conocido desde el día de su cautiverio. Los años habían borrado de sus muñecas las huellas de las cadenas; el buen tratamiento de los Galiones había ayudado mucho a la cura de su corazón; pero ahora le parecía que el mundo era totalmente inadecuado para que lo habitara un hombre civilizado. Todas las instituciones humanas estaban plagadas de mentiras. Los tribunales corrompidos La justicia no existía. Todos los gobiernos, grandes y pequeños eran sobornables. Hasta en los templos reinaba la impostura. Podría haberse pasado lista a todas las supuestas personas honorables que pretendían merecer el respeto y la veneración del pueblo, y no habría habido una sola que no se hubiera hecho acreedora al amargo desprecio de los hombres decentes.

Aunque estaba acostumbrado a caminar a largas zancadas y a paso rápido, Demetrio iba a lo largo de las sucias calles con el andar vacilante de un vagabundo desesperanzado y falto de fe. En ciertos momentos su pensamiento de desprecio se materializaba en palabras y comenzaba a despotricar apasionadamente contra todos los tribunales y todas las coronas y congresos del mundo entero. ¡Tan grande y tan perverso!... ¡Patriotismo!... ¡Cómo les gustaba a los poetas y a los adivinos charlatanear sobre el alto honor de derramar la propia sangre! Quizá también ellos habían sido sobornados. El viejo Horacio, quizá Augusto le había enviado una túnica nueva y un casco de vino cuando se inspiró para escribir: «¡Que dulce y glorioso es morir por la patria! ¡Tonterías! Porque ningún hombre sano iba a pensar que era noble y hermoso dar su vida» para salvar al mundo. No era agradable vivir en él... ¡mucho menos morir por él! Y nunca iba a ser mejor. Ahí estaba ese temerario hombre de Galilea, tan enteramente encolerizado por la profanación de un sitio

sagrado, que impulsivamente había hecho un gesto de protesta tan poco efectivo. Por cierto diecinueve de cada veinte hombres de aquella tierra árida, vencida, miserable, hubieran aplaudido el coraje temerario de aquel pobre hombre; pero cuando llegó la prueba, aquellas nulidades, oprimidas, pobremente vestidas, dejaron a Jesús de pie, solo, sin un amigo, ante los representantes oficiales de un templo y de un Imperio pervertidos.

¿Lealtad? ¿Por qué habría de molestarse ningún hombre en ser leal? ¿Dejadlo seguir su camino, y protegerse lo mejor que pueda! ¿Por qué habría uno de pasar su vida atado a los talones de un amo romano, que alternativamente se confía en ti y te humilla? ¿Perdería acaso su propio respeto por abandonar a aquel aristócrata? No era difícil hacer solo el camino de Damasco...

Aquél resultaba un día sombrío para Demetrio. Hasta el cielo estaba cubierto de nubes plomizas y tétricas. Al alba, el sol había brillado radiante. Desde hacía más de media hora una casi siniestra oscuridad se había venido espesando sobre la ciudad. A medida que se acercaba al deshonroso terreno, identificable por el humo fétido proveniente de las hogueras de basura, encontró a varios hombres que con paso rápido retornaban hacia la ciudad. La mayoría de ellos parecían bien alimentados, bien vestidos, pomposos, preocupados; hombres de mediana edad o mayores, pavoneándose a lo largo de una fila simple como si cada uno hubiera venido solo. «Esta gente, razonó Demetrio, es responsable del crimen del día». Le aliviaba pensar que lo peor de todo había terminado. Ellos habían visto llegar el asesinato público a feliz término; ahora estaban libres y regresaban a sus bancos o bazares. Algunos, sin duda, irían al Templo a hacer sus plegarias.

Pasado el último grupo disperso de chozas de barro, apareció un terreno de aspecto repugnante, lleno de basuras desparramadas. Se sorprendió al ver cuánta porquería había sido llevada a aquel lugar, pues las calles de la ciudad no parecían haber perdido tanta inmundicia. Un angosto sendero, prolijamente limpiado, conducía hasta la cima de una loma que parecía haber sido protegida. Demetrio se detuvo, y miró. Sobre la loma verde había tres altas cruces alineadas. Tal vez habían decidido, posteriormente, ejecutar a un par de amigos del galileo. ¿Sería posible que dos de ellos, enloquecidos por las torturas que amenazaban a su adalid, hubieran intentado defenderlo? No era probable: ni los que había visto el día anterior en el camino ni los que había encontrado por la mañana tenían carácter para eso.

Forzando el paso avanzó lentamente, acercándose a la horrible escena. Los dos hombres no identificados se retorcían en sus cruces. El hombre melancólico, en cambio, en la cruz central, estaba inmóvil como una estatua. Su cabeza se hallaba inclinada sobre el hombro. Tal vez estaba muerto, o al menos se hallaba en estado de inconsciencia.

Demetrio deseaba esto último. Durante largo rato permaneció contemplando la trágica visión. La ira que casi lo había sofocado poco antes habíase enfriado considerablemente... El hombre melancólico había dado su vida. No había nada que

valiera su coraje audaz. El templo continuaría engañando a la gente del campo que venía a ofrendarle una oveja. Herodes continuaría azotando e intimidando al pobre, si eso convenía al rico... Caifás continuaría condenando las blasfemias de los hombres que no quisieron ver los dioses llevados al mercado para la venta... Pilatos decidiría aún. injusticias, y se lavaría luego las manos sucias en una vasija de plata... Este hombre melancólico había pagado un alto precio por su breve y poco fructífera guerra contra la maldad. Sí. Había hablado; había actuado. Mañana nadie se acordaría de que lo había arriesgado todo y perdido la vida por la causa de la honestidad. Pero, tal vez era mejor estar muerto que vivir en un mundo en donde pasaban tales cosas. Demetrio también se sentía muy melancólico.

No encontró una muchedumbre tan numerosa como esperaba ver. No se producían allí desórdenes, probablemente porque los legionarios estaban mezclados con la gente. Era visible, por las posturas negligentes de los soldados que se apoyaban en las picas, que no había habido ningún disturbio ni se esperaba que lo hubiera.

Demetrio se acercó, orillando el grupo de espectadores. No estaba presente ninguno de los acomodados que se habían distinguido en el Pretorio. La mayoría de los civiles se mostraban pobremente vestidos. Algunos de ellos lloraban; también había un grupo de mujeres con pesados velos, en actitud de silenciosa y desesperada pena. Delante de las cruces había quedado sin ocupar un gran círculo.

Bordeando lentamente el grupo, de cuando en cuando se ponía de puntillas para buscar a su amo. Al fin se detuvo al lado de un legionario, quien, reconociéndolo con un breve asentimiento, contestó a la pregunta que le hizo en voz baja. El comandante y algunos oficiales se hallaban al otro lado de la loma, detrás de las cruces.

—Le traje un poco de agua —explico Demetrio levantando el jarro.

El soldado rió mostrando su boca desdentada.

—¡Está bien! ¡Podrá lavarse las manos! Hoy no beben agua. El procurador les ha enviado un odre de vino.

—Dime. ¿está muerto el hombre?

—No; dijo algo hace un rato.

—¿Qué dijo? ¿Lo oíste?

—Que tenía sed.

—¿Le dieron agua?

—No, empañaron una esponja en vinagre que tenía una especie de bálsamo y la llevaron a su boca; pero no la quiso. No sé exactamente por qué está allá arriba. Pero no es un cobarde.

El legionario cambió de posición, señaló el cielo que se iba oscureciendo, y afirmó que iba a haber una tormenta, encaminándose hacia la muchedumbre.

Demetrio no volvió a mirar al crucificado. Siguió su camino flanqueando la cima en un amplio rodeo hasta el otro lado de la loma. Marcelo, Paulo, y cuatro o cinco más descansaban en un pequeño círculo sobre la hierba. Un cubilete de cuero, agitado

negligentemente, pasaba de mano en mano. Al verlo, Demetrio se indignó. No acostumbraba Marcelo a ser tan brutalmente insensible. Un hombre decente debía estar muy borracho, por cierto, para mostrar tanta indiferencia en aquellas circunstancias. Pensó que debiera preguntar si había algo que pudiera hacer por su asno. Lentamente se aproximó al grupo de oficiales y se hizo notar. Marcelo lo miró estúpidamente y le hizo señas. Los otros le echaron una mirada de indiferencia y prosiguieron el juego.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó el tribuno pesadamente.

—Te traje un poco de agua, señor.

—Muy bien. Déjala ahí... Tomaré un trago dentro de un momento.

Era su turno para jugar. Tomó el cubilete con desgano y tiró los dados.

—¡Es tu día de suerte hoy! —gruñó Paulo—. Esto termina conmigo!

Estiró sus largos brazos y enlazó los dedos detrás de su cabeza.

—¡Demetrio! —llamó, mirando hacia una vestidura color castaño que yacía cerca de la cruz central—. Alcánzame esa túnica. Quiero verla.

El corintio tomó la vestidura y se la dio. Paulo la examinó con fútil interés.

—No es un género del todo despreciable —observó alzándolo en toda su longitud.

—Tejido en el campo... Teñido con jugo de nogal... Él no lo necesitará más... Creo que será mío. ¿Qué te parece, tribuno?

—¿Por qué habrá de ser tuyo? —preguntó Marcelo con indiferencia—. Si tiene algún valor, vamos a jugarlo—. Y alcanzo el cubilete a Paulo.

—El número más alto gana. Te toca a ti.

Hubo un grave murmullo de trueno por el norte, y una lengua de fuego cruzó con ímpetu a través de una nube. Paulo tiró un par de tres y miró aprensivamente al cielo.

—No es difícil ganarte —dijo Vitinio, que estaba sentado a su lado. Tomó el cubilete y sacó un cinco y un cuatro. El juego recorrió el círculo sin mejorar, hasta que llegó a Marcelo.

—¡Doble seis! —gritó éste—. Demetrio, hazte cargo de la túnica. —Paulo le alcanzó la vestidura.

—¿Te espero, señor? —preguntó Demetrio.

—No, no tienes nada que hacer. Vuelve a los cuarteles. Comienza a empacar. Partiremos mañana temprano.

Marcelo miró hacia el cielo.

—Paulo, vete a dar una vuelta a ver qué están haciendo. Se avecina una fuerte tormenta.

Lenta y pesadamente se puso de pie y permaneció tambaleante. Demetrio deseaba tomarlo del brazo y ayudarlo, pero sintió que le ofendería cualquier solicitud. Su indignación se había calmado. Era evidente que Marcelo había estado bebiendo porque no hubiera soportado aquella vergonzosa faena en su sano juicio. Estalló de pronto un trueno ensordecedor, sorprendente, que conmovió el suelo donde se

hallaban. Marcelo estiró el brazo y se apoyó en la cruz central. Había sangre en su mano cuando recuperó el equilibrio. Se la limpió en la toga.

Un hombre gordo, ricamente vestido con un manto negro, se destacó de la muchedumbre y enfrentó a Marcelo con atrevida arrogancia.

—¡Llama al orden a esta gente! —gritó con enojo—. ¡Están diciendo que la tormenta es una sentencia para nosotros!

Otro trueno gigantesco estalló.

—¡Puede que lo sea! —exclamó el tribuno sin trabarse.

El hombre gordo agitó un puño amenazador.

—¡Tu deber es mantener el orden aquí! —chilló.

—¿Me pides acaso que detenga la tormenta?

—¡Detén las blasfemias! ¡La gente está gritando que ese galileo es el Hijo de Dios!

—¡Tal vez lo sea!... ¿Qué sabéis de él vosotros?

Estaba jugando con la empuñadura de su espada. El hombre gordo retrocedió murmurando que el procurador tendría noticias de aquello.

Rodeando la loma, Demetrio se detuvo para mirar por última vez al hombre melancólico de la cruz central. Ahora había levantado el rostro ensangrentado y estaba como mirando fijo el negro cielo. Repentinamente rompió en un resonante grito, como si implorara ayuda a un amigo distante.

Un hombre de mediana edad, pobremente vestido, barbudo, tal vez uno de los campesinos amigos del galileo, se apartó de la multitud, corriendo por la cuesta, sollozando fuertemente y abandonándose a su pena. Demetrio se acercó, asiéndolo por la manga.

—¿Qué dijo?

El hombre en vez de contestar, consiguió zafarse y corrió gritando sus lamentaciones ininteligibles.

El agonizante galileo fue reparando en la muchedumbre reunida a su alrededor. Sus ojos abarcaban al pueblo con la misma compasión que habían expresado aquel día, en el camino, cuando lo aclamaban como a su rey. Hubo otro estruendoso estampido de trueno, al paso que se acentuaba la obscuridad.

Demetrio enrolló la vestidura y la guardó entre su túnica, apretándola fuertemente bajo el brazo. El contacto íntimo con aquel género parecía aliviar su sentimiento de desolación. Se preguntaba si Marcelo le dejaría conservarlo. Resultaría de verdad fortificante poseer algo que había usado aquel valeroso hombre. Él lo estimaría como un patrimonio inapreciable. Más aún, hubiera sido una magnífica experiencia haberle conocido: haber vislumbrado la naturaleza de su pensamiento. Ahora que ya no habría oportunidad de ganar su amistad sería un consuelo poseer su túnica.

Con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, empezó a descender el cerro. La obscuridad aumentaba tanto que no se podía ni distinguir el angosto sendero. Echó una mirada hacia atrás, pero la bruma que descendía de lo alto se había tragado la

loma. Al alcanzar las calles de la ciudad, la noche había caído sobre Jerusalén, aunque era todavía media tarde. Las luces se encendían en las ventanas. Los peatones transitaban con lentitud, llevando antorchas y llamándose unos a otros con voces asustadas. Demetrio no podía entender lo que decían, pero su tono era de aprensión, como si estuvieran perplejos respecto a la extraña oscuridad. También él se preguntaba qué significaba aquello; con todo no experimentaba alarma o depresión. La sensación de estar solo y de ser indeseable en un mundo inamistoso lo había abandonado. No sentíase melancólico ahora. Oprimía aquella vestidura contra su costado, como si poseyera algún inexplicable remedio para la angustia.

Cuando llegó a los cuarteles halló a Melas en el corredor, frente a la puerta de Paulo; Demetrio no estaba de humor para hablar, y pasó de largo hacia las habitaciones de su amo. Pero Melas lo siguió con su antorcha.

—¿De modo que fuiste allá, eh? —observó el tracio con fuerza—, ¿Qué te pareció?

Entraron en el cuarto y Melas aplicó la antorcha a las grandes lámparas de piedra. Al no recibir respuesta a su áspera pregunta, inquirió:

—¿Qué piensas que es esto? ¿Un eclipse?

—No sé —replicó Demetrio—. Nunca supe de un eclipse que durara tanto.

—¡Tal vez es el fin del mundo! —reforzó el otro, con una extraña risa.

—A mi no me importaría.

—¿Te parece que ese Jesús tiene algo que ver con este asunto? —preguntó Melas medio en serio.

—No... No puedo creer en eso.

Melas se acercó y tomó a Demetrio por el brazo.

—¿Pensaste algo sobre Damasco? —susurró.

El corintio hizo un ademán negativo, con indiferencia.

—¿Y tú?

—Me voy esta misma noche. El procurador suele siempre dar una cena a los oficiales el último día. Cuando se termine y haya yo acostado al centurión, que estará borracho como una cuba, me largaré. ¡Mejor que vengas conmigo! ¡Tendrás que esperar mucho tiempo una ocasión así!

—No, ¡yo no voy! —objetó Demetrio, muy resuelto.

—Pero no dirás nada de mí, ¿verdad?

—No, ¡por supuesto!

—Si cambiaras de idea, hazme un guiño en el banquete.

Melas se dirigió hacia la puerta. Demetrio, creyendo que se había ido, sacó la túnica y la desenvolvió lentamente bajo la luz.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Melas desde el umbral.

—Su sayo —contestó el corintio, sin darse vuelta.

Melas se acercó y observó con silencioso interés el género manchado de sangre.

—¿Cómo es que está en tu poder?

—Pertenece al legado. Los oficiales lo jugaron y él lo ganó.

—¡No creo que lo quiera! Estoy seguro que no. Probablemente le traerá mala suerte.

—¿Por qué mala suerte? ¡Si perteneció a un hombre valeroso!

* * * * *

Marcelo entró aturdido, borracho y completamente exhausto.

Desabrochándose el cinturón de la espada, se lo alcanzó a Demetrio y se sentó en una silla, rendido.

—Dame un poco de vino —ordenó roncamente.

El esclavo obedeció; luego, inclinado sobre una rodilla, desató las sandalias polvorientas de su amo mientras éste bebía.

—Te sentirás mejor después de un baño frío, señor —le dijo.

Dilatando sus pesados ojos en un esfuerzo por ver, miró a Demetrio con curiosidad.

—¿Estuviste allá? —preguntó de pronto—. Oh, sí, ¡ya recuerdo! Estuviste allí... Llevaste un vaso de agua.

—Y traje «su» túnica.

El tribuno se pasó la mano por la frente y trató de apartar el recuerdo estremeciéndose con un encogimiento de hombros.

—¿Irás a la cena, señor? —preguntó Demetrio.

—¡Tengo que ir! —gruñó Marcelo—. Los oficiales no tienen que reírse de nosotros... En Minoa somos duros. ¡Los oficiales no deben comentar que la vista de la sangre sienta mal al legado de Minoa!

—¡Muy cierto, señor! Una ducha y un masaje te pondrán bien. He sacado ropa limpia para ti.

—Muy bien —Marcelo hablaba trabajosamente—. El comandante de Minoa nunca se había ensuciado antes. ¿Qué es... esto? —pasó los dedos por una mancha oscura que tenía en la falda de la toga—. ¡Sangre! —murmuró—. ¡El gran Imperio Romano ha llevado a cabo... una acción muy valerosa! ¡Ganó una sangrienta batalla!

El monólogo del ebrio prosiguió con palabras incoherentes. Su cabeza se deslizaba cada vez más abajo sobre el pecho. Demetrio aflojó la toga, empapó una toalla en agua fría y la aplicó vigorosamente sobre la cara hinchada de su amo y la garganta que latía.

—¡Reacciona, señor! —ordenó levantando al tribuno—. Hay otra dura batalla que ganar, señor. Luego podrás dormir.

Marcelo lentamente volvió en sí y apoyó las dos manos sobre los hombros del esclavo, mientras éste le desembarazaba de sus ropas manchadas.

—Estoy sucio —decía—. Estoy sucio... por fuera y por dentro... Estoy sucio y avergonzado. ¿C-Comprendes, Demetrio? Estoy sucio y... avergonzado.

—Obedecías órdenes, señor.

—¿Estuviste allá? —Marcelo trató de enfocarle los ojos.

—Sí, señor. Un asunto muy penoso.

—¿Qué piensas del hombre?

—Muy valeroso. Es lamentable que tú tuvieras que hacerlo, señor.

—¡No lo haría otra vez! —exclamó Marcelo con ímpetu repentino—. ¡No me importaría quién lo ordenara!... ¿Estabas allá cuando pidió a su dios que nos perdonara?

—No... Pero no hubiera podido entender su lenguaje.

—Ni yo... Me lo contaron. Y me miró directamente después de haberlo dicho. ¡Temo que voy a pasarlo mal hasta que olvide aquella mirada!

Demetrio ciñó con sus brazos a Marcelo para sostenerlo. Era aquélla la primera vez que había visto lágrimas en los ojos de su amo.

* * * * *

El hermoso salón de banquetes del Pretorio había sido decorado para esa ocasión con profusión de insignias, estandartes, y enormes jarrones con flores. Una orquesta oculta en una habitación contigua tocaba entusiastas marchas militares. Grandes lámparas de piedra sobre pilares de mármol alumbraban esplendorosamente el espacioso aposento. En la mesa principal, un poco más alta que las demás, el procurador tenía a Marcelo y Julián a cada lado y los comandantes de Cesárea y Jope flanqueándolos, Todos sabían por qué Marcelo y Julián ocupaban lugar de honor. Minoa había llevado a cabo una tarea difícil y por otra parte Cafarnaúm tenía un motivo de queja. Pero Pilatos estaba malhumorado, irritable y distraído.

El personal del Pretorio servía la opípara cena. Los ordenanzas de los oficiales permanecían alineados contra la pared, dispuestos a ayudar a sus amos, pues los huéspedes del procurador, de acuerdo con una antigua costumbre, habían ido allí a embriagarse, y muchos de ellos no se encontraban lejos de estarlo ya.

Los representantes de Minoa se mostraban mucho más ruidosos y temerarios que los demás; con todo se admitía que el exceso de libertad debía ser tolerado porque habían tenido ellos un día muy duro.

Paulo llegó tarde. Melas había hecho todo lo posible por serenarlo, pero el centurión estaba embotado, aturdido y áspera. La alegría de sus compañeros de mesa le molestaba. Durante un rato permaneció sentado y malhumorado también él, observando a los demás con disgusto, y saliendo en ocasiones de su letargo con un penoso hipo. Los compañeros lo agarraron por su cuenta, acosándolo con un vino particularmente espirituoso que produjo en aquel ánimo desgastado el efecto de un latigazo. Procuró entonces mostrarse alegre, cantó y gritó, pero ninguno pudo entender lo que decía. Al cabo de un momento, levantó en alto su copa de vino y rió estrepitosamente. Estaba del todo borracho.

A Demetrio le agració observar que Marcelo se estaba comportando con dignidad. Conversaba poco, pero la actitud taciturna de Pilatos explicaba esto con claridad. El anciano Julián, completamente sereno, comía con fruición, no haciendo esfuerzo alguno por distraer al procurador. En las otras mesas aumentaban el ruido y el desorden a medida que avanzaba la noche. La risa era grosera; se practicaban juegos rudos, y a ratos se producían riñas inexplicables.

Las enormes bandejas de plata, con carnes asadas y frutas exóticas, iban y venían; frascos de plata exquisitamente labrados vertían vinos raros en enormes copas del precioso metal. De vez en cuando un centurión atorado se levantaba del triclinio en que yacía mientras su esclavo cruzaba rápidamente el piso de mármol para asistirlo. No tardaba empero en regresar y recuperar lo perdido.

Demetrio permanecía atento, contra la pared, detrás del triclinio de su amo. Marcelo estaba comiendo con harta frugalidad, lo que denotaba que todavía hallábase en su juicio. Hubiera sido conveniente que el comandante mostrara mayor interés por la fiesta. Sería una lástima que alguien supusiera que estaba cavilarlo sobre los acontecimientos del día.

Al cabo de un rato, el procurador se incorporó y se inclinó hacia Marcelo, quien había vuelto su cara como para preguntar algo. Demetrio dio un paso adelante y prestó atención.

—No has probado la cena, legado —observó Pilatos—. Tal vez haya otra cosa que prefieras.

—No, señor, gracias —replicó Marcelo—. No tengo apetito.

—Quizá tu tarea de esta tarde afectó tu apetito —sugirió Pilatos insidiosamente.

Marcelo hizo un gesto de disgusto.

—¡Sería sin duda una buena razón, señor, para estar inapetente!

—Una penosa labor, estoy seguro... No me agradó verme en la necesidad de ordenarla.

—¿Necesidad? —Marcelo se incorporó y enfrentó a su anfitrión con frío descaro—. ¡Ese hombre no era culpable de ningún crimen, como el procurador mismo ha admitido!

Pilatos frunció el ceño ante esa impertinencia.

—¿Debo entender que el legado de Minoa pone en duda la justicia del fallo de la Corte?

—¡Por supuesto! —espetó Marcelo—, ¿justicia? ¡Nadie sabe mejor que el procurador que ese galileo fue injustamente tratado!

—Estás perdiendo tu dominio, legado —advirtió Pilatos con dureza.

—Yo no inicié esta conversación —replicó Marcelo—. Pero sí mi sinceridad te molesta, podemos hablar de otra cosa.

Pilatos lo miró un poco más sereno.

—Tienes derecho a dar tus propias opiniones, legado Marcelo Galión —concedió—. Aunque por cierto sabes que no se acostumbra criticar al superior con tanta

libertad como lo has hecho.

—Lo sé, señor —asintió Marcelo, respetuosamente—. Está fuera de lo común criticar a un superior. Pero éste es un caso fuera de lo común. —Se detuvo y miró a Pilatos directamente en los ojos—. Fue un juicio fuera de lo común; una decisión fuera de lo común: una pena fuera de lo común... ¡y el convicto, era un hombre fuera de lo común!

—Una extraña persona, sin duda —asintió Pilatos—. ¿Qué piensas de él? —preguntó bajando la voz, confidencialmente. Marcelo agachó la cabeza.

—¡No sé, señor! —contestó después de un intervalo.

—¡Era un fanático!

—Ciertamente. Así era Sócrates. Así era Platón.

Pilatos se encogió de hombros.

—¡No querrás atribuir a este galileo la misma fibra de Sócrates y de Platón!

La conversación fue interrumpida antes que Marcelo tuviera oportunidad de contestar. Paulo se había levantado borracho y le estaba gritando incoherencias. El procurador hizo un gesto de disgusto, como si aquello resultara algo excesivo, hasta para una fiesta que había perdido todo respeto a la dignidad del Pretorio. Marcelo meneó la cabeza e indicó a Paulo con un ademán que lo que hacía estaba completamente fuera de lugar. Impertérrito, el centurión se dirigió hacia la mesa principal y, apoyándose inestablemente sobre un codo, murmuró algo que Demetrio no pudo oír. Marcelo procuraba disuadirlo, pero él se obstinaba tomando un aire pendenciero. Visiblemente muy perplejo, el comandante se volvió e hizo señas a Demetrio.

—El centurión Paulo quiere ver la túnica —murmuró—. Tráela aquí.

Demetrio titubeó tanto que Pilatos lo miró con agria sorpresa.

—¡Ve en el acto y tráela! —rugió Marcelo con enojo.

Dándose cuenta que había avergonzado a su amo en presencia del procurador, Demetrio trató de enmendar su falta de prontitud, yendo con rapidez. El corazón le latía fuertemente mientras corría a lo largo del corredor hacia el departamento del legado. No había que extrañarse de que un hombre tan ebrio como Paulo tuviera un capricho. Podía esperarse cualquier cosa... y había que complacerlo.

Sosteniendo en un brazo la vestidura manchada de sangre y algo desgarrada por las espinas, Demetrio retornó al salón del banquete. Se sentía como un traidor, como el que asiste indiferente a la burla de un amigo querido. Aquel Jesús merecía de fijo un destino mejor que ser abandonado, aun muerto, a las bromas de un soldado borracho. Hubo un momento en que el corintio se detuvo en su camino y se preguntó si debía obedecer, o seguir la advertencia de Melas y huir.

Marcelo miró muy de soslayo la túnica, pero no la tocó.

—¡Llévala al centurión Paulo! —ordenó.

Paulo, que había vuelto a su triclinio, se puso de pie con poca seguridad y, tomando la vestidura por los hombros, se dirigió lentamente hacia la mesa principal.

El salón quedó sumido en súbito silencio cuando él se detuvo ante Pilatos.

—¡Trofeo! —gritó con voz ronca.

El procurador esbozó una sonrisa de reproche y miró hacia Marcelo, como insinuando que el legado de Minoa bien podría advertir a su centurión que no se excediera.

—¡Trofeo! —repitió Paulo—. ¡Minoa presenta el trofeo al Pretorio! —Hizo con el brazo un movimiento, abarcando los estandartes que pendían sobre la mesa del procurador.

Pilatos movió la cabeza con enfado, negando todo interés en esa farsa del borracho, con un gesto de disgusto. Impávido ante aquel desaire, Paulo fue bordeando la mesa, dirigiéndose hacia Marcelo.

—El Pretorio no quiere el trofeo —balbuceó como un idiota—. ¡Muy bien!... ¡Minoa guardará el trofeo...: ¡El legado Marcelo llevará el trofeo a Minoa!... ¡Póntelo, legado!

—Por favor, ¡Paulo! —rogó Marcelo—. ¡Basta ya!

—¡Póntelo! —insistió el otro—. Aquí, Demetrio, ¡sostén este manto para el legado! —Y lo puso en manos de Demetrio.

Alguien gritó:

—¡Póntelo! —Y todos corearon el grito, golpeando en las mesas con los vasos.

—¡Póntelo!

Comprendiendo que la forma más expeditiva para salir del paso era complacer a aquel conjunto de ebrios, el tribuno se puso de pie y extendió la mano hacia la túnica. Demetrio siguió apretándola en sus brazos, como incapaz de dejarla. Marcelo se puso pálido de ira.

—¡Dámela! —ordenó severamente.

Todos los ojos estaban atentos a la escena, al paso que reinaba ahora un profundo silencio. Demetrio se irguió con la vestidura en sus brazos recogidos. Marcelo levantó el brazo y con la mano abierta dio a Demetrio en pleno rostro. Era aquélla la primera vez que se había aventurado a castigarlo.

El corintio inclinó la cabeza y alcanzó la túnica a su amo; luego permaneció con los hombros hundidos mientras éste se lo ponía sobre su misma túnica. Se levantó una algazara de risas satisfechas, y sonaron tumultuosos aplausos. Pero Marcelo no sonreía: su rostro estaba desencajado y ojeroso. Como si estuviera en un sueño, manoseaba torpemente el cuello de la vestidura, tratando de sacársela por encima de los hombros. Sus manos temblaban.

—¿Te ayudo, señor? —preguntó Demetrio, con ansia.

Marcelo asintió; y cuando Demetrio lo hubo libertado, se dejó caer en su asiento como si las rodillas se le hubieran doblado de improviso.

—¡Llévala al patio! —ordenó en un murmullo—. ¡Y quémala!

Demetrio saludó y cruzó rápidamente el salón. Melas estaba de pie cerca de la puerta. Se aproximó a Demetrio cuando éste pasó.

—¡Espérame a medianoche en la Puerta de las Ovejas! —susurró.

—Allí estaré —aseguró Demetrio como si le apremiara.

—Pareces muy agitado... —El tono de Pilatos era fríamente burlón—. Tal vez eres supersticioso.

Marcelo no respondió. Fue como si no hubiera oído el comentario sarcástico. Levantó la copa de vino con mano trémula y bebió. En las otras mesas, ahora que el pequeño e inesperado drama había concluido, continuaban la algarabía y las risotadas.

—Supongo que has tenido suficiente tarea para un día —añadió el procurador con mayor consideración—. Si deseas irte, serás disculpado.

—¡Gracias, señor! —replicó Marcelo, evasivo. Se incorporó a medias, pero encontrando que sus rodillas estaban todavía débiles, se recostó de nuevo. Había estado demasiado enfocada la atención sobre él; no correría, pues, el riesgo de una salida infortunada. Sin duda aquel repentino afiebra miento pasaría pronto trató de analizar esa curiosa enervación. Había bebido demasiado y estaba bajo el efecto de un terrible esfuerzo emocional. Pero aún en su presente estado de confusión mental, podía pensar con bastante serenidad como para saber que aquello era debido al amargo licor de la trágica tarea del día... Aquella inexplicable inercia había hecho presa de él al introducir sus brazos en las mangas de la túnica... Pilatos le había hablado de superstición... Nada podía estar más lejos de la verdad; él no era supersticioso. A nadie podían interesarle menos las creencias en personas o poderes sobrenaturales. Esto le aseguraba que él no se había puesto la vestidura del condenado temiendo alguna magia.

Se dio cuenta de que el procurador lo estaba observando con desdeñosa curiosidad. Su situación se tornaba muy embarazosa: tarde o temprano se vería obligado a levantarse. Se preguntaba si podría hacerlo.

Un guardia del palacio avanzó cruzando el salón en dirección a la mesa principal. Se detuvo al enfrentar al procurador, saludó tiesamente y anunció que el capitán del «Vestris» había llegado y deseaba entregar una carta al legado Marcelo Lucano Galión.

—¡Tráela aquí!

—El capitán Fluvio desea entregarla en propias manos, señor —precisó el soldado.

—¡Tonterías! —replicó Pilatos—. Dile que te la dé a ti. Cuida de que el capitán disponga de su cena con abundante vino. Tendré unas palabras con él por la mañana.

—La carta, señor —elijo el guardia con lentitud respetuosa— es de Su Majestad el Emperador.

Marcelo, que había estado escuchando con escaso interés, se inclinó ahora hacia el procurador y lo miró inquisitivamente.

—Muy bien —asintió Pilatos—. Dile que venga.

Los pocos momentos de espera parecieron a los dos muy largos. ¡Una carta del

Emperador! ¿Qué clase de mensaje podría llegar del viejo loco Tiberio? Pronto el bronceado y barbudo marino avanzó balanceándose por el salón, a remolque del guardia. Pilatos lo saludó fríamente, indicándole que entregara el rollo a Marcelo. El capitán esperó mientras el procurador observaba con el rabillo del ojo.

Marcelo, vacilante, introdujo una daga en la densa cera; lentamente desenrolló el pergamino, le dio una rápida lectura y se dirigió impasible al capitán.

—¿Cuándo partirás? —No había nada en la voz de Marcelo que indicara si la misiva del Emperador Tiberio traía buenas o malas noticias. Cualquiera que fuese el mensaje, no lo había sacado de su extraña apatía.

—Mañana por la noche, señor. Tan pronto como llegemos a Jope.

—Muy bien —Marcelo hablaba con indiferencia—. Estaré listo.

—Saldremos una hora antes del amanecer —precisó el capitán—. Ya he hecho los aprestos para tu viaje hasta el puerto. El barco tocará en Gaza para recoger todo lo que quieras llevar a Roma.

—¿Cómo es que entregas esta carta al legado Marcelo Galión en Jerusalén? —preguntó Pilatos con sorna.

—Fui al fuerte de Minoa, señor, y me dijeron que estaba aquí.

El capitán se sacudió en una torpe despedida, y siguió al guardia por el salón. Pilatos, incapaz de soportar su curiosidad por más tiempo, se dirigió a Marcelo con mirada muy elocuente.

—Sí las felicitaciones están en regla —dijo casi con deferencia—, ¿puedo ser el primero en ofrecerlas?

—Gracias —contestó Marcelo evasivamente—. Si te place, señor, me voy a retirar.

—¿Cómo no! —aprobó con rigidez el procurador—. Tal vez necesites un poco de ayuda —añadió al observar el esfuerzo que hacía Marcelo para levantarse—. ¿Envío por tu sirviente?

Tomando la mesa como punto de apoyo, el tribuno se ingenió para ponerse de pie. Por un momento, mientras se apoyaba, dudó de que sus piernas le soportaran hasta que hubiese cruzado el salón. Apretando los puños, concentró su voluntad en el esfuerzo necesario para caminar. Con pasos cortos e inseguros comenzó el largo trayecto hasta la puerta, y tan atento estaba en ello que no concedió a su distinguido anfitrión más que una mirada de despedida. Se sintió intensamente aliviado cuando, traspuesta la puerta y entrado en el ancho corredor, pudo apoyar finalmente una mano contra la pared. Después de avanzar un trecho hacia el vestíbulo, llegó a un arqueado portal que se abría sobre un enorme patio. Sintiéndose del todo incapaz de ir más lejos, siguió por allí con la cautela de un anciano, bajando los escalones. En el último se sentó pesadamente, en la oscuridad que envolvía el desierto campo de ejercicios, preguntándose si llegaría pronto a recuperar sus fuerzas.

A ratos, durante la hora siguiente, hizo y reiteró inútiles tentativas para levantarse. Le afectaba en especial el hecho de no alegrarse mayormente por su nueva condición.

Sin duda aquel letargo, que lo había atacado físicamente, había como destruido su personalidad, su conciencia.

El hecho de que su destierro, planeado para arruinar su vida, había ya terminado, no levantaba su espíritu. Una y otra vez se decía: «¡Marcelo, despierta! ¡Eres libre! ¡Irás a tu hogar! ¡Vuelves a tu familia! ¡Vuelves a Diana! ¡El barco está esperando! ¡Navegarás mañana!... ¿Qué te preocupa, Marcelo?».

Una vez llamó brevemente su atención la figura de un hombre que, cargando un bulto enorme, se aproximaba al oscuro portal. El individuo se mantenía cerca de la pared, avanzando cautelosamente. Era el esclavo de Paulo. Tenía el aire furtivo de un fugitivo. Cuando pasó frente a Marcelo tuvo un repentino sobresalto al verlo sentado allí; volviendo sobre sus talones desapareció como un antílope asustado. Marcelo consideró aquello ligeramente divertido, pero no se sonrió. ¿Así que Melas huía? Bien, ¿y qué hay?... La pregunta llegó y partió con no más significado que el que tenían las lucecitas vacilantes en la masa de arbustos exóticos, allá en el patio, donde iban a jugar las luciérnagas.

Al cabo de un rato, que le pareció enormemente largo, le llegó el sonido de sandalias golpeando sobre el corredor de mármol y el de voces cansadas y gruesas. El banquete había terminado. Marcelo se preguntó tontamente si haría notar su presencia cuando ellos pasaran; pero se sentía aún sin fuerzas para llegar a una decisión. Pronto, pasos y voces sonaron más y más lejos por el pasillo. Después, la noche le rodeó más oscura. Pero Marcelo no sentía desolación. Su mente estaba inerte. Arrastrándose recorrió el trecho hasta el pilar de mármol, a la derecha de la arcada, y reclinándose sobre él se hundió en un sopor sin sueño.

* * * * *

Demetrio había pasado una hora muy ocupada en el departamento del legado, guardando la ropa de su amo y otros atavíos para el viaje que harían a la mañana siguiente, de vuelta a Minoa. No es que tuviera muchos escrúpulos en abandonar su esclavitud, pero el hábito de velar por Marcelo no era tan fácil de dejar.

Cumpliría este último servicio, y se pondría en el camino de su liberación. Podría ser capturado o experimentar muchas dificultades; ¡pero sería libre! Cuando Marcelo se serenara, probablemente lamentaría el incidente del salón de banquetes; hasta podría juzgar que a su esclavo le asistía una razón justa...

No había aún llevado a cabo su liberación, pero comenzaba a tener la sensación de que estaba libre. Atado el voluminoso equipaje, volvió a su cuchitril situado en el último extremo de los cuarteles, ocupado por el contingente de Minoa. Reunió sus pocas pertenencias, acomodándolas en una valija, envolvió cuidadosamente la túnica del galileo y la guardó en último término, después de haber empaquetado todo.

Era, lo admitía, algo muy irracional; pero la suavidad de aquella tela casera poseía una curiosa cualidad: en su contacto se percibía un efecto extrañamente sedante,

como si infundiera una nueva confianza.

Recordó una leyenda de su niñez, referente a un anillo que tenía grabada la insignia de un príncipe. El príncipe lo había, donado a un pobre legionario quien le salvara de una flecha. Años después, encontrándose en la miseria, el soldado había recurrido al anillo para conseguir una audiencia con el príncipe y hacerse ayudar. Demetrio no recordaba todos los detalles de la historia, pero aquel manto parecía tener las mismas propiedades que, el anillo del príncipe. Infundía algo así como una protección.

Largo era el trayecto hasta la Puerta de las Ovejas. Ya la había visitado una vez, en una de sus excursiones solitarias, inducido por la información de Melas de que era frecuentada raramente, casi sólo por personas que venían a la ciudad de los pueblos del norte. Si un hombre se dirigía al camino de Damasco y deseaba evitar el «quién vive», la Puerta de las Ovejas le ofrecía la mejor garantía. Demetrio estaba lleno de curiosidad por verla: no tenía ya intención de escapar, pero pensaba que sería interesante vislumbrar el camino de la libertad. Melas decía que era fácil...

La puerta, completamente desierta, no estaba vigilada. Melas no había llegado todavía; pero su tardanza no preocupó al corintio. Tal vez era algo temprano. Se tendió sobre el césped reseco, a la sombra del ruinoso bastión de piedra caliza, y esperó. Por fin oyó el rítmico golpeteo de las sandalias y marchó hacia el camino.

—¿Alguien te vio salir? —preguntó Melas, resoplando al poner en el suelo su bulto, para descansar un instante.

—No. Todo estaba tranquilo. ¿Y a ti?

—El legado me vio salir —Melas rió entre dientes—. ¡Me dio un susto! Me estaba deslizando contra la pared de la barraca, en el patio, y ¡de pronto me vi ante él!

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Demetrio intrigado.

—¡Nada! Simplemente se había sentado allí en el portal.

—¿Te reconoció?

—Sí. Estoy seguro que sí; pero no hablé... Ven. ¡No permanezcamos más tiempo aquí! Debemos ver cuánto podemos viajar antes del alba.

Melas inició la marcha a través de la arruinada puerta.

—¿El legado parecía estar borracho? —preguntó Demetrio.

—No muy borracho —contestó el tracio, dudando—. Dejé el salón antes que todos los demás: parecía aturdido y medio fuera de sí. Pensaba yo alcanzar a meter a mi despreciable borracho en la cama, pero estuvieron allí tanto tiempo que decidí huir antes. Probablemente ni siquiera me eche de menos. ¡Nunca había visto al centurión tan borracho!

Se sumergieron en la obscuridad, siguiendo el camino con cierta dificultad. Melas tropezó con una piedra y blasfemó en voz alta.

—¿Dices que parecía haber perdido la razón? —inquirió Demetrio con evidente ansia.

—Sí. Estaba aturdido, como si algo lo hubiera golpeado. Y allí afuera, en la

arcada, tenía una especie de mirada vacía, sin expresión. ¡Tal vez ni sabía siquiera dónde se encontraba!

Los pasos de Demetrio se hicieron más lentos hasta que al fin se detuvo.

—¡Melas! —llamó roncamente—. ¡Melas!... Lo siento... ¡Vuelvo con él!

—Pero, ¡tú... —El tracio buscaba un epíteto suficientemente fuerte—. ¡Siempre pensé que eras blando! ¡Temeroso de huir de un individuo que te pega en la cara delante de un grupo de oficiales, sólo para demostrar lo bravo que es!... ¡Muy bien! Vuelve con él y sé su esclavo por siempre... ¡Él será rudo! Ha perdido la razón.

Demetrio se había vuelto y emprendía el regreso.

—¡Buena suerte, Melas! —dijo serenamente.

—¡Será mejor que te libres de ese sayo! —aconsejó Melas en voz alta. Su voz chillaba con rabia—, ¡Eso es lo que hizo perder la razón a tu joven y listo Marcelo!... ¡Empezó a volverse loco al minuto de habérselo puesto! ¡Déjalo estar! ¡Está maldito! ¡El galileo se ha vengado!

Demetrio dio un traspié en la oscuridad. Las furiosas imprecaciones de Melas lo siguieron hasta la vieja puerta.

—¡Maldito! ¡Maldito!

SIETE

AUNQUE el invierno era generalmente breve en la isla de Capri, alcanzaba para hartar, según decía Tiberio César, que lo detestaba. El cielo plúmbeo deprimía su espíritu. La humedad le hacía doler sus chirriantes coyunturas. Era el paraje más triste del Imperio Romano, según él lo declaraba. La diversión favorita del anciano, desde que había encomendado la mayor parte de sus responsabilidades administrativas al príncipe Cayo, era estudiar la arquitectura de las residencias. Estaba siempre edificando villas enormes y suntuosas sobre el altísimo cerro de Capri, con propósitos que ni siquiera los dioses conocían.

Durante el día, en primavera, verano y otoño, se sentaba al sol, o bajo un toldo si hacía demasiado calor, y observaba cómo trabajaban sus albañiles en otra villa. Los constructores también sentían respeto por estas construcciones, pues el Emperador habíase vuelto un arquitecto de reconocida capacidad.

No dejaba que su gusto estético se apartara del sentido común. Las grandes cisternas de la cima de la montaña, requeridas para la conservación del agua, estaban planeadas con el sentido práctico de un experimentado constructor de cañerías y concebidas con el arte de un escultor. Había ya nueve de estas exquisitas villas, alineadas en una imponente hilera sobre el terreno más alto y aisladas entre sí por espaciosos jardines. Sus formas arquitectónicas decían claramente que eran producto de la mentalidad y la bolsa del cansado, nervioso e irascible viejo César que vivía en la Villa de Jove, la que dominaba a todas, iluminada por los faros de las torres que se elevaban majestuosamente en el centro de su vasto atrio.

Tiberio odiaba el invierno porque no podía sentarse al sol y observar cómo sus esmeradas fantasías iban tomando forma y consistencia. No le quedaba mucho de vida y le enfurecía ver que los pocos días restantes se deslizaban entre sus huesudos dedos como la fina arena en una clepsidra.

Cuando los primeros vientos y lluvias se desataban a través de la bahía de Nápoles, sacudiendo las puertas y golpeando las ventanas de aquel palacio de cincuenta habitaciones, el Emperador caía en una completa y amarga reclusión.

No se recibían huéspedes. Los parientes eran alejados de su suntuoso departamento. Tampoco se admitía ninguna delegación de Roma; ni se trataba asunto alguno de Estado.

Al príncipe Cayo, a quien Tiberio despreciaba, le gustaba enormemente aquel mal tiempo, porque mientras el Emperador estaba invernando, se sentía él libre para ejercer todos los poderes delegados y algunas veces un poco más. Tiberio, que sabía esto, se encolerizaba y resoplaba, pero había llegado a ese estado de senectud en que carecía de la energía necesaria para sostener los variados motivos de queja. Sus desplantes de indignación eran de un carácter explosivo, pero tan fugaces como el fuego fatuo.

Durante el corto invierno nadie podía ver al decadente monarca, salvo su personal

de servicio y un cuerpo de médicos aburridos que sumergían aquella vieja carcasa en fomentos calientes de vinagre con especias y soportaban obsequiosamente sus indecentes insultos y caprichos. Pero el primer rayo de un sol verdaderamente primaveral, siempre hacía de él otro hombre. Cuando aquel brillo nuevo se esparcía sobre su cama y deslumbraba sus facciones de hombre reumático, Tiberio rechazaba fomentos y doctores, clamaba por su túnica, su toga, sus sandalias, su gorro, su bastón, su flautista, su jardinero principal y salía al peristilo. Empezaba a dar órdenes, dura, fuerte y rápidamente; y las cosas en la isla comenzaban a agitarse.

El emperador no había sido dotado de paciencia; y nadie esperaba que esta cualidad se desarrollara en él milagrosamente a los setenta y cuatro años. Ahora que la primavera había sido anunciada oficialmente con chillidos terroríficos y fuertes golpes de bastón, la villa de Jove volvía a la vida con una prontitud que hubiera chocado al viejo dios conservador cuyo nombre llevaba el lugar. Los músicos macedonios, los magos indios, los trovadores jonios, los astrólogos rodios y las bailarinas egipcias, eran sacudidos violentamente de su confortable modorra invernal para alinearse ante el acalorado Emperador y explicarle por qué habían estado viviendo en tal desagradable indolencia, a expensas de un imperio sobrecargado de impuestos, pobre y maldito.

Para salvar las apariencias, un siervo era despachado luego a la Villa de Dionisio, el palacio de su antigua esposa —escogido como una fina ironía— para preguntar por la salud de la Emperatriz, que constituía la última de las preocupaciones del anciano. No lo habría trastornado mucho el que Julia no estuviera tan bien. Por cierto que Tiberio había arreglado una vez el asesinato de la anciana, acontecimiento que falló sólo porque la Emperatriz, avisada en tiempo de la confabulación planeada contra ella, se había prevenido adecuadamente.

Esta vez la primavera había llegado más temprano que de costumbre, y de una ráfaga había hecho florecer todo en un día. Llenó el cielo de pájaros, los jardines de flores, las flores de abejas, y a Tiberio de gozo. Deseaba tener alguien cerca para compartirlo con él; alguien suficientemente joven como para responder con efusión a toda aquella belleza... ¿Quién podía ser sino Diana?

Así fue cómo, aquella misma tarde, un correo cruzó en una embarcación a Nápoles, montó sobre un veloz caballo, seguido una hora después por el carruaje real más cómodo, forrado con almohadas de plumón, a modo de insinuación de que el viaje de Roma a Capri, aunque difícil de emprender, sería hecho en seguida, pues el distinguido anfitrión no era de los que esperan. Su carta, dirigida a Paula Gala era breve y urgente. Tiberio no preguntaba si sería conveniente para ella traer a Diana a Capri, y en ese caso, mandar a buscarlas. Avisaba simplemente que el carruaje estaba en camino a todo galope y que estuviesen preparadas para tomarlo a su llegada.

* * * * *

Al crepúsculo del tercer día de un viaje asaz molesto, Paula y Diana habían bajado de la barca imperial en el muelle de Capri. Acomodándose en las lujosas literas que las esperaban, habían sido llevadas rápidamente por el escarpado sendero que subía a la villa de Jove. Allí el anciano las había recibido con un anhelo conmovedor y les había sugerido compasivamente que podían retirarse en seguida a sus baños y lechos, añadiendo que descansarían sin ser molestadas hasta el siguiente mediodía... Paula recibió este anuncio con casi llorosa gratitud y se dio prisa para gozar de sus beneficios.

Diana, cuyos recursos físicos no habían sido tan afectados, quiso en cambio quedarse, ante el contento del anciano; deslizó su mano por el brazo de éste y se dejó conducir al salón íntimo. Una vez que él se hubo hundido en un comfortable sillón ella arrimó un taburete, en el que se sentó, cruzando sus bien formados brazos sobre las débiles y delgadas rodillas del Emperador y mirándole el rostro profundamente marcado, con un afecto tan tierno, que hizo que aquél aclarara su garganta y se restregara la nariz aguileña.

¡Había sido tan bueno y amable de su parte, —decía ella—, desear que viniera! ¡Y qué bien le encontraba! ¡Qué contento debía estar ante la vuelta de la primavera! Ahora podría quedarse al sol todos los días, probablemente supervisando la construcción de algún nuevo edificio... ¿Qué iba a traer esta estación: otra villa quizá?... Diana le sonrió en los ojos.

—¡Sí! —contestó cariñoso—. Otra villa... Una mansión verdaderamente hermosa. —Hizo una pausa, entrecerrando pensativamente sus ojos desviados—. ¡La más bella de todas, espero! —Tiberio le dirigió una sonrisa enigmática—, Esta será para la dulce y encantadora Diana. —No añadió que aquella idea se le acababa de ocurrir. Lo dijo como si le estuviese confiando un plan largamente madurado en secreto.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas y centellearon. Acarició tiernamente la vieja mano morena. Con voz emocionada murmuró que era el abuelo más querido que alguien pudiera jamás tener.

—¡Y tú vas a ayudarme a planear la villa! —dijo Tiberio, siempre cariñosamente.

—¿Es por eso que me mandaste a buscar?

El anciano frunció los labios en una sonrisa socarrona y mintió benévola-mente con lentas afirmaciones de su cabeza, blanca e hirsuta.

—Conversaremos mañana sobre ello.

—¡Entonces tengo que ir a dormir en seguida! —decidió ella, saltando sobre sus pies—. ¿Puedo tornar el desayuno contigo mañana?

Tiberio, sonrió amablemente.

—Eso es mucho pedir de ti, ¡querida! —protestó—. Debes estar muy cansada, y yo tomo el desayuno al amanecer.

—¡Te acompañaré! —insistió Diana, acariciándole las canas. Luego lo saludó—:

¡Buenas noches, Majestad! —Dejándose caer sobre una rodilla, hizo una reverencia ceremoniosa y, levantándose, retrocedió mirándole a la cara hasta que alcanzó la puerta, donde se detuvo, frunció los labios sonrientes y le envió un beso.

El anciano Emperador se hallaba extraordinariamente contento.

* * * * *

Hacía tiempo que Tiberio no gozaba de un día tan brillante. Aquella muchachita fogosa había renovado su interés por la vida. Sin duda ella había madurado desde la última vez que la viera, y él respondía a su radiante vitalidad con ansias casi adolescentes. Si Diana hubiera insinuado que le gustaría poseer la isla de Capri, Tiberio se la habría entregado sin detenerse en pensarlo.

Después del desayuno habían caminado hasta el rincón más alejado de la soberbia alameda; Diana parecía embelesada, y el Emperador la seguía con pasos cortos y más corto aliento, raspando el pavimento de mosaicos con los tacones de sus sandalias.

—¡Sí! —dijo al fin, jadeante—. Hay mucho lugar al final de la hilera para una villa magnífica. ¡Nada podrá jamás obstruir esta espléndida vista!

Se detuvo tomando a la joven de un brazo, como apoyo, y señaló hacia el noroeste con su bastón vacilante. Siempre estaría allí el viejo Vesubio, saludando por las mañanas. ¿Y no se vería el sol centelleando sobre los blancos techos de Pompeya y Herculano? Y frente a esto, al alcance de la mano, estaría descansando el pequeño Sorrento. Sentándose ante la ventana podía verse lo que pasaba allí.

Observando que las piernas del anciano vacilaban, Diana sugirió que se desviarán y descansaran en la glorieta que marcaba el límite de la nueva, y aún no ocupada. Villa de Quirino. El Emperador se desplomó pesadamente en una silla rústica y se secó la frente sudorosa con su delgada y veteada mano, que temblaba como si fuera parálitica.

Permanecieron por un rato en silencio, mientras el anciano se reponía. Su rostro inclinado estaba contraído y su mandíbula temblaba convulsivamente.

—¡Te estás convirtiendo en una hermosa mujer, Diana! —observó con un débil falsete, después de pasar revista a sus encantos, suavemente, con los ojos privilegiados de un anciano que ha pasado los setenta años—. Probablemente te casarás uno de estos días.

La brillante sonrisa de Diana se borró como por ensalmo y sus pesados párpados se cerraron. Negó con su cabeza de rizos negro-azulados y exhaló lo que parecía un pequeño y penoso sollozo, a través de sus dientes apretados. Tiberio resopló impaciente y golpeó el sucio con el bastón.

—Veamos... ¿Cuál es el inconveniente? —preguntó—. ¿Acaso enamorada de quien no debes?

—Sí... —el rostro de Diana estaba sereno y su respuesta fue sólo un susurro—. No me importa decírtelo, abuelo —prosiguió con ojos anegados—. Estoy enamorada

de Marcelo Lucano Galión.

—Y bien, ¿por qué no? ¿Qué pasa con Marcelo? —El anciano se inclinó hacia ella para observar sus angustiados ojos—. Sería la alianza más excelente. No hay un hombre más honorable que el tuyo en el Imperio. ¡Y tú quieres a Lucía! ¡Cásate con Marcelo, sin duda!... ¿Cuál es, pues, el obstáculo?

—Marcelo —murmuró Diana casi sin esperanza—, fue enviado muy lejos, tal vez por muchos años. Fue nombrado comandante del fuerte de Minoa.

—¡Minoa! —gritó Tiberio irguiendo su combada columna vertebral con un indignado respingo—. ¡Minoa! ¿Ese viejo charco de ratas, sucio, seco y pestilente?... ¿Quién le ordenó eso? ¡Me gustaría saberlo!

—El príncipe Cayo —explotó Diana, sollozando con ira repentina.

—¡Cayo! —el Emperador se incorporó. Apoyándose en los codos y poniéndose en pie, cortó el aire con su bastón. Sus viejos ojos hervían casi fuera de sus órbitas—. ¡Cayo! —gritó—, ¡Ese bastardo, borracho y loco peligroso. ¿Y qué le hizo creer que podría hacerle eso tú hijo de Marco Lucano Galión? ¡Y a Minoa para colmo!... ¡Bien! ¡Ya lo veremos! —oprimió con su mano el brazo de Diana—. ¡Ven!... ¡Volvamos a la villa! ¡Cayo oírás algo de su Emperador!

Inclinándose pesadamente sobre ella, y agotando su decadente fuerza en chillidos de rabia. Tiberio arrastró los pies hasta la Villa de Jove, deteniéndose en ocasiones para lanzar largos vituperios compuestos de tan ingeniosos sacrilegios y obscenidades que Diana estaba más sorprendida que turbada. Más de una vez ella había presenciado las cóleras del anciano cuando estaba molesto. Pero aquélla era la primera vez que lo veía en una de sus famosas rabietas. Por lo general se creía que el Emperador, cuando hallábase del todo excitado, se volvía temporalmente loco. Circulaba un rumor, probablemente calumnioso, según el cual le habían visto ladrando y mordiendo como un perro.

Sordo a la súplica de Diana de que descansara un momento antes de dictar el mensaje para Cayo, el anciano comenzó a llamar con alaridos a su escribano principal, cuando aún iba trabajosamente a lo largo del peristilo. Una docena de esclavos ceremoniosos llegaron de todas direcciones, haciendo como si estuvieran de servicio, pero conservándose a una discreta distancia. Finalmente, Diana consiguió llevar al exaltado Emperador hasta el atrio, donde lo abandonó en un canapé y en las manos solícitas del chambelán; luego se escapó hacia su dormitorio, donde se dejó caer sobre la cama, con el rostro hundido en la almohada, y rió histéricamente hasta que rompió a llorar.

Al cabo de un rato, compuso su semblante ante el espejo, y deslizándose por el corredor, golpeó en la puerta de la habitación de su madre. Abriéndola, miró a hurtadillas; Paula Gala se despertó y abrió un ojo, medio dormida.

—¡Madre! —Diana cruzó el cuarto y se sentó en el borde de la cama—. ¿Qué te parece? —susurró con énfasis—. ¡Hará volver a Marcelo!

—Bien —observó Paula, mostrando poco interés—. Eso es lo que habías

planeado, ¿no es así?

—Sí... ¿Pero no es maravilloso? —insistió Diana.

—Lo será, cuando lo haga —pronunció lentamente la matrona—. Lo mejor que podrías hacer sería estar sobre él y tratar de que no se olvide del todo.

—¡Oh! ¡No lo olvidará! ¡Esta vez no! Nunca estuvo nadie tan enojado. Madre, ¡debías haberlo visto! ¡Era terrible!

—Lo sé —bostezó Paula—. Lo he visto otras veces.

—Pues bien, a despecho de todo ¡pienso que es un viejo adorable!

—¡Es un viejo lunático! —masculló la madre.

La joven oprimió su mejilla contra el pecho de Paula.

—¡Marcelo volverá! —murmuró como arrebatada—. Cayo se pondrá furioso al ver sus órdenes rebatidas, pero no estará en condiciones de hacer nada, ¿verdad? —Y como Paula no contestara en seguida, repitió ansiosamente—: ¿Verdad que no, madre?

—Por ahora no. No —el tono de Paula llevaba una insinuación de advertencia—. Pero debemos tener presente que Tiberio es un hombre muy viejo, querida. Grita, babosea, patalea y olvida en una o dos horas lo que lo ha excitado. Además, se morirá el día menos pensado.

—¿Y entonces Cayo será el Emperador? —La voz de Diana estaba llena de temor.

—Nadie lo sabe, querida.

—Pero él odia al príncipe. ¡Si lo hubieras oído!

—Sí, pero eso no es poder imperial; es sólo la rabieta de un anciano fastidiado... Julia y su pequeña corte nombrarán el próximo emperador. Puede que no sea Cayo... Riñen con frecuencia.

—A menudo pienso si Tiberio no apoyaría a mi padre; sé que lo estima.

—¡No hay ni una posibilidad entre mil! —Paula rechazó la halagüeña insinuación con un gesto de su lánguida mano.

—¡Pero si es un gran hombre! —declaró Diana con entusiasmo.

Paula asintió pero sus labios se curvaron en una sonrisa algo sarcástica.

—Los grandes hombres no llegan a ser emperadores, Diana —observó amargamente—. Eso va contra las reglas. Tu padre no es elegible. No tiene talento para la traición. Es bravo y justo. Y además, no es un epiléptico... Ahora, lo mejor es que vayas corriendo a ocuparte de que la carta tome su camino sin novedad.

Diana dio unos cuantos pasos, y volviendo lentamente, se sentó de nuevo en la cama, sonriendo con aire misterioso.

—Dilo sin temor —la animó Paula—. ¿Parece ser un secreto, no?

—Madre, ¡él va a edificar una hermosa villa para mí!

Paula sonrió burlescamente.

—¡Tonterías! Al mediodía ya no recordará haber dicho tal cosa. Después de todo, prefiero sinceramente que no lo haga. ¡Imagínate tu vida aquí!

—¡Marcelo también! —exclamó la joven—. Desea que Marcelo viva aquí, creo.

—¿Y qué hará?

—No hemos hablado de eso.

Paula corrió sus dedos cariñosamente sobre la mano de su hija.

—Bien, no abordes tú el tema. Deja que hable él... Prométele cualquier cosa. Ya se olvidará. Tú no quieres vivir en una mansión, en Capri. No quieres que Marcelo viva aquí, en esta atmósfera detestable. ¡Con lo impetuoso que es, te quedarías viuda en una semana!... ¡Ahora, vete, criatura! ¡Hazle escribir esa carta!

Por intuición advirtió Lucía que Marcelo estaba a bordo de aquella galera. Durante una hora, después que la negra proa se hubo dirigido a las amarras y tres hileras de largos remos hubieron colocado el pesado casco directamente ante su vista, ella había permanecido allí, sola en la pérgola, inclinándose contra la balaustrada y observándolo todo con atención.

Si el «Vestris» no hubiera experimentado atrasos, podría haber llegado a Ostia tres días antes. Galión les había advertido que debían ser pacientes. «Observar la olla hace más lento el hervir». Había un largo viaje desde Jope, y el «Vestris» tenía que tocar en varios puertos en su viaje de regreso. Pero hasta el senador, a despecho de su razonable advertencia, estaba inquieto como un zorro enjaulado, lo cual podía adivinarse fácilmente por las cosas que hacía para matar el tiempo.

Como acompañando a sus moradores, toda la mansión estaba ansiosa por tener a Marcelo consigo, ya lejos del peligro. Tercia tenía buenas razones para la excitación que la aturdió: ansiosa por el retorno de Marcelo y llena de ansiedad por ver a Demetrio. (Era una pena, pensaba Lucía, que Demetrio fuera tan indiferente en su actitud hacia Tercia). Marcipor iba de un cuarto a otro, para asegurarse de que todo estaba en perfecto orden. Cornelia había ordenado nuevas y alegres cortinas para el departamento de Marcelo. Era la única persona dueña de sí misma en toda la casa. Había lagrimeado de felicidad cuando vino Diana a contar lo sucedido, pero se contentó con esperar tranquilamente.

En cuanto a Lucía, había abandonado toda pretensión de paciencia.

La tarde anterior y también ese día había esperado en la pérgola mirando hacia el río. A veces dejaba aquel punto de observación y trataba de pasearse por las glorietas de rosas, ahora en su plena gloria estival, pero a los minutos sus pies la volvían por propio acuerdo al lugar preferido, en el extremo este de la pérgola.

A medida que la galera subía aguas arriba por el río, virando hacia los muelles, la excitación de Lucía aumentaba. Tenía la certeza de que su hermano era uno de los pasajeros y de que se aprestaba ya a desembarcar. Podría alquilar un carruaje en el muelle y venir en seguida. ¿No se sorprendería su padre? Él no esperaba a Marcelo hoy; había ido más allá del Aventino a ver un nuevo caballo de carrera; sería su regalo de bienvenida. Tal vez Marcelo estaría en casa cuando Galión retornara...

Iba a ser una pena muy grande que Diana no se hallara en Roma para recibirlo... El viejo impertinente de Tiberio había enviado por ella nuevamente; y no quedaba

otro remedio que obedecerle.

—¿Seguirá molestándola de tal manera? —había preguntado Lucía.

—Ella no debe ofenderlo —había dicho el padre seriamente—. El anciano es lo bastante maligno como para poner a Marcelo otra vez en manos del príncipe, si Diana deja de complacerle. —Al cabo de un rato de amarga reflexión, había murmurado—: Temo que esta criatura se halle en una posición embarazosa, y hasta peligrosa. Aunque no somos directamente responsables de ello, su situación me preocupa.

—¡Pero el Emperador no querrá hacerle mal a Diana! —había exclamado Lucía—. ¿Ese anciano?

Galión lanzó un gruñido desde lo profundo de su garganta.

—Un César —comentó con desdén—, es capaz de cualquier flaqueza antes de exhalar su último suspiro. ¡Aunque viva mil años!

—¡Me parece que el Emperador no te gusta! —había dicho ella traviesamente, para calmarlo, en cuanto llegó a la puerta.

Se podía ver ya la parte posterior de la galera, mientras se deslizaba hacia el amarradero. Lucía había estado, tanto tiempo en tensión que se encontraba lista para salir corriendo por una nada, ¡No podía esperar allí un instante más! Los siervos podrían pensar que era extraño que fuese sola hasta la puerta de entrada, pero aquélla era una ocasión especial. Volviendo pues hacía la casa corrió, atravesándola rápidamente, hasta el imponente pórtico, bajó los escalones de mármol y salió al camino para coches, largo, sombreado y lleno de vueltas a través de las acacias, acantos y matas de arbustos floridos. Unos esclavos que terminaban su trabajo del día en los jardines principales levantaron los ojos con sorpresa. A poca distancia de las hermosas puertas de bronce. Lucía, ruborizada y nerviosa, se sentó en un banco de piedra, resuelta a ser dueña de sí misma hasta el gran momento.

Después de un rato, que le pareció interminable, un viejo y desvencijado carruaje público, tirado por dos caballos cubiertos de espuma, dio vuelta frente a la avenida. Al lado del conductor estaba Demetrio, alto, inclinado, tostado. La vio al instante, agarró el brazo del cochero, le dio una moneda y lo despidió. Bajándose, corrió hacia ella. Lucía le salió al encuentro. Su rostro, observó ella, estaba grave, aunque sus ojos se iluminaron cuando ella impulsivamente le dio sus manos.

—¡Demetrio! —gritó—. ¿Pasa algo malo?... ¿Dónde está Marcelo?

—No había carruaje en el muelle —explicó el corintio—. Vine en busca de un vehículo adecuado.

—¿No está bien mi hermano?

Apretando todavía sus manos, Lucía sondeó sus oídos con ansia visible. Él vaciló un poco ante aquella pregunta y su respuesta fue evasiva.

—No... mi amo no se encuentra bien; mi amo no tuvo un viaje agradable.

—¡Ah, era eso! —sonrió ella algo tranquilizada—. Pensé que sería mejor marino. ¿Estuvo indispuerto todo el viaje?

Demetrio asintió, más aún, evasivo. Era fácil ver que ocultaba algo. Los ojos de

Lucía se llenaron de preocupación.

—¡Dime, Demetrio! —suplicó con voz entrecortada—. ¿Qué le sucede a mi hermano?

Hubo un silencio largo y embarazoso.

—El tribuno tuvo un lance muy desagradable el día antes de su partida... — Demetrio hablaba con lentitud, como midiendo las palabras—. Es una historia demasiado larga para contártela ahora, pues mi amo está esperando en el desembarcadero... Ha sufrido una profunda depresión y todavía no está totalmente repuesto, No ha dormido bien en el barco.

—¿Tiempo tormentoso? —sugirió Lucía.

—Mar sereno —prosiguió Demetrio con suavidad—. Pero mi amo no durmió bien y comió muy poco.

—¿La comida era detestable?

—No peor de lo que lo es generalmente en los barcos... Pero mi amo no comía; y además está débil... ¿Puedo ir a buscar el carruaje grande para él?

—¡Demetrio! ¡Estás tratando de esquivarte! —Lucía imploró en una mirada toda la verdad.

—Tu hermano —explicó el griego pausadamente—, está taciturno. Prefiere no hablar; pero no le gusta que lo dejen solo.

—Sin embargo quería regresar, ¿no es cierto? —preguntó Lucía con ansiedad.

—Tu hermano —fue la melancólica respuesta—, no desea nada... —Luego miró con inquietud hacia el camino—. ¿Puedo irme ahora?

La joven asintió. Él saludó con la lanza y se volvió para irse Lucía marchó ajustando sus pasos a los de él. Demetrio, entonces aminó el paso para caminar tras ella, pero ella también acortó el paso. Él se detuvo.

—Por favor, ¡precédeme! —sugirió él gentilmente—. No está bien que un esclavo camine al lado de la hermana de su amo.

—¡Es una regla estúpida! —estalló la joven.

—¡Pero es una regla! —La impaciencia había endurecido el tono de Demetrio. De pronto comprendió que la había ofendido. Las mejillas de Lucía estaban sonrojadas y tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento... —murmuró él contristado—. Mi intención no fue herirte...

—¡Fue culpa mía! —admitió ella— y bruscamente tomó el camino con pasos largos y firmes. Después que hubieron recorrido un trecho en silencio, con los ojos fijos en el vacío, declaró con amargura: —¡Odio este asunto de la esclavitud!

—A mí no me preocupa mucho —replicó él secamente.

Era la primera vez que se sentía alegre desde hacía dos meses. Dándose vuelta repentinamente, Lucía lo sorprendió luciendo una amplia sonrisa burlona. Sus labios se curvaron en una sonrisa fugaz y reluciente. Alzando sus hombros bien formados, ella aceleró el paso y continuó la marcha. Demetrio la seguía, un poco a la zaga, animado por el ritmo de su gracioso andar.

Ella se detuvo donde el camino para coches se bifurcaba, de un lado hacia la gran casa y del otro hacía los establos. Demetrio permaneció atento.

—Dime sinceramente —rogó ella en un tono que le hizo olvidar a él su esclavitud—. ¿Está afectada la mente de Marcelo?

Demetrio aceptó aquella inesperada libertad temporal y habló sin restricciones.

—Marcelo ha sufrido un rudo choque. Tal vez se mejore ahora que ha regresado... Supongo que hará un esfuerzo para conservar su salud. Me lo ha prometido. Pero no debes asombrarte si cesa de hablar, en medio de una frase, y parece olvidarse de lo que estaba conversando... Luego, después de una larga pausa, seguramente hará una pregunta a boca de jarro, y siempre la misma. —Demetrio desvió los ojos y pareció poco dispuesto a proseguir.

—¿Cuál es la pregunta? —insistió Lucía.

—Te dirá: «¿estuviste allá?».

—Allí, ¿dónde? —preguntó ella, frunciendo el ceño desconcertada.

Demetrio movió la cabeza y retrocedió.

—No intentaré explicarte aquello... Pero cuando te haga esa pregunta le dirás con decisión: «¡No!». No le preguntes dónde. Di sólo: ¡no! Entonces él se recobrará rápidamente y parecerá aliviado. Al menos en esa forma se desarrollaban las conversaciones cuando estábamos en el «Vestris». A veces hablaba con el capitán con toda naturalidad, casi como si no le pasara nada. Luego, repentinamente, perdía el interés y se retraía. Entonces preguntaba: «¿Estuviste allá?», y el capitán Fulvio contestaba con firmeza: «¡No!». Marcelo se alegraba y decía: «Desde luego, tú no estuviste allá. Eso está bien; debes estar contento».

—¿Sabía el capitán a que se refería Marcelo? —inquirió Lucía.

Demetrio asintió; pero de mala gana, pensó ella.

—¿Por qué no me lo puedes contar? —el tono era casi una intimación.

—Es una historia muy larga —murmuró él—. Tal vez pueda contártela algún día...

Ella avanzó un paso hacia él, y bajando la voz casi hasta un susurro, preguntó:

—¿Estuviste allá?

Él asintió con desgano, evitando sus ojos. Entonces abandonado el último vestigio de reserva, habló de igual a igual:

—No le hagas preguntas, ¡Lucía! ¡Trátalo exactamente como lo has hecho siempre! Conversad de cualquier cosa, menos de Jerusalén. ¡Ten cuidado con tocar ese doloroso punto!... Probablemente se curará. No lo sé... Esa herida mental es muy profunda y penosa.

Las mejillas de la joven se habían ruborizado. Demetrio había hecho pleno uso de la libertad que le había dado; la había llamado por su nombre. Y bien, ¿por qué no? ¿Quién tenía más derecho por hacerlo? Todos estaban en deuda con aquel devoto esclavo.

—Gracias, ¡Demetrio! —contestó amablemente—. Fue muy noble de tu parte

decirme lo que tengo que hacer.

En este punto él terminó bruscamente su breve discurso y, adoptando una postura rígida y militar, la miró sin verla cuando le hizo el ceremonioso saludo. Dándose vuelta, se marchó. Lucía permaneció por un momento indecisa, observándolo a medida que se alejaba.

Fue difícil de buenas a primeras conciliar la conducta de Marcelo con las sabias advertencias del esclavo. Al dejar a Demetrio, Lucía había subido de prisa con las abrumadoras noticias, y antes de que hubiera terminado de desconsolar por completo a su madre, con aquellas amargas nuevas sobre el estado de su hermano, Galión había regresado.

Había poco que decir. Asustados, pasmados, era como si se hubieran enterado de la muerte de Marcelo y estuvieran esperando que su cadáver fuera traído a la casa.

Resultó una deliciosa sorpresa por lo tanto, cuando él los animó con saludos desusadamente cariñosos. La verdad es que estaba muy delgado y tenía el rostro macilento. Pero con buena comida y mucho descanso (anunció el padre confidencialmente), recuperaría pronto su peso y su vitalidad. En cuanto a las condiciones mentales, el informe de Demetrio había parecido completamente inexacto. ¿Qué había inducido al corintio a asustarlos con el anuncio de que su amo estaba melancólico y deprimido? Todo lo contrario: ¡Marcelo no habíase mostrado nunca tan animado!

Si detenerse a mudarse después de la jornada, había parecido encantador en sus ansias de conversar. Por sugestión suya se habían sentado todos muy próximos, en el saloncito privado de la madre, aunque él mismo no se había sentado. Como un animal enjaulado iba de un lado a otro, hablando rápidamente con una exuberancia casi turbulenta, deteniéndose para jugar con las chucherías de la mesa, haciendo altos para atisbar por la ventana, pero continuando la charla sobre el barco, los puertos que había tocado, la aridez de Gaza, la ruda vida de Minoa. En condiciones normales, la familia podría haber sospechado que el tribuno había bebido demasiado. No era habitual en Marcelo el hablar tan corrido o tan de prisa. Pero estaban contentos de que no fuera «la otra cosa». Se hallaba excitado por su regreso; eso era todo. Por eso reían alegremente de sus oportunas bromas y se las festejaban.

—¡Siéntate, muchacho! —le había pedido con ternura Cornelia—. Estás cansado... ¡No te prodigues así!

Marcelo se había sentado, relatando una animada historia sobre los bandidos que infestaban la vieja ruta de la sal; su voz se había vuelto menos estridente. Siguió hablando, pero más despacio, deteniéndose para buscar la palabra adecuada. Pronto su forzada alegría cedió paso a su fatiga, y dejó de hablar. Fue entonces un silencio repentino, como si lo hubieran interrumpido. Por un instante sus ojos muy abiertos y su expresión concentrada parecieron indicar que había visto u oído algo que requería su completa atención. Lo observaron todos con silencioso interés, mientras sus corazones latían fuertemente.

—¿Qué te pasa, Marcelo? —preguntó la madre, procurando mantener firme su voz—... ¿Quieres algo? ¿Un poco de agua?

Él intentó sonreír pero sin conseguirlo. Casi imperceptiblemente negó con la cabeza, en tanto se apagaba el brillo de sus ojos.

En el aposento reinó un silencio profundo.

—Tal vez harías mejor en acostarte, hijo mío —sugirió el padre, tratando con dificultad de imprimir un tono de indiferencia a sus palabras.

Marcelo pareció no haber oído. Por un momento su respiración se hizo trabajosa. Sus manos temblaban, y las enlazó lentamente hasta que los delgados nudillos se blanquearon. Luego el abatimiento pasó, dejándolo hundido y exánime. Nervioso, se pasó la palma de la mano por la cabeza. Con extrema lentitud volvió su semblante patéticamente triste hacia su padre, lo miró con fijeza, y lanzó un largo y tembloroso suspiro.

—¿Estuviste... estuviste allá, señor? —preguntó débilmente.

—¡No, hijo mío! —fue la delgada respuesta de un hombre viejo, muy viejo.

Marcelo esbozó una sonrisa de auto recriminación y negó con la cabeza, como si vituperara su propia tontería. Con una sonrisa forzada, echó una mirada a sus familiares, pidiendo vagamente con los ojos una opinión sobre aquella extraña conducta. Luego prosiguió ruidosamente:

—¡Pero, es claro! tú no estuviste —dijo disgustado consigo mismo—. Tú has estado aquí todo el tiempo. ¿No es así? —Y añadió con voz cansada—: Creo que me voy a la cama ahora, madre.

—¡Me parece muy bien! —asintió ella. Había realizado un considerable esfuerzo para no dejarle ver cuán seriamente había quedado afectada; mas a la vista de aquella cabeza gacha se llevó ambas manos a los ojos y sollozó. Marcelo miró hacia ella, suplicante, con un suspiro.

—¿Quieres llamar a Demetrio, Lucía? —pidió fatigado.

La joven se dirigió hacia la puerta, con la intención de enviar a Tercia, pero no hizo falta. Demetrio, quien evidentemente había estado esperando en el pasillo, entró en silencio y ayudó a su amo a ponerse en pie.

—Os veré... a todos... por la mañana —balbuceó Marcelo.

Se apoyó con pesadez en el esclavo y salió de la habitación. Lucía lanzó un suave gemido y huyó. El senador hundió la cabeza en sus manos, permaneciendo en silencio.

* * * * *

Marco Lucano Galión no había tomado una decisión rápida y fácil cuando resolvió tener una conversación confidencial, de hombre a hombre, con Demetrio. El senador practicaba con escrupulosidad la misma clase de justicia en el trato con sus esclavos que la que orgullosamente había observado siempre en sus relaciones con

los hombres libres, pero creía también en la necesidad de mantener una disciplina con ellos. A veces le había molestado observar un ligero gesto de cariño, casi una caricia ciertamente, en la actitud de Lucía hacia Tercia; y en un par de ocasiones (aunque esto había ocurrido hacía mucho tiempo) había recordado a su hijo que el modo de tener un buen esclavo era ayudándolo a mantenerse en su lugar.

Por otra parte Galión experimentaba un gran afecto por el leal corintio. Le hubiera confiado cualquier cosa y en cualquier parte, pero nunca se había salido de la línea que juzgaba debía existir, recta y simple, entre el amo y el esclavo. Con todo, ahora las cosas habían llegado a un estado en que debía invitar a Demetrio a cruzar este límite social. ¿De qué otra manera hubiera podido saber la entera verdad acerca de las circunstancias que habían causado tan tristes estragos en la mentalidad de su hijo?

Dos días habían pasado y Marcelo permanecía en su cuarto. Galión había subido a verlo varias veces, siempre recibido cariñosamente, pero sin animación. Existía por parte de Marcelo una reseña y una amabilidad visiblemente forzadas, un involuntario sustraerse al contacto compasivo de los demás, por miedo de que tocaran inadvertidamente alguna penosa y sensible lesión. Estos extraños retraimientos, en conmovedora combinación con el visible deseo de mostrar su afecto a todos, daban origen a una situación desconcertante. Galión no sabía cómo hablar con Marcelo de ello, temiendo cometer un desacierto... Si, Demetrio tenía la clave de todo. Debía hacer hablar a Demetrio.

A media tarde le mandó decir que fuera a la biblioteca. Demetrio envió y se mantuvo de pie, en actitud de espera, ante el escritorio del senador.

—Deseo tener una seria conversación contigo, Demetrio. Es sobre mi hijo... Estoy completamente desorientado. Me sentiré muy agradecido si me dices todo lo que le perturba —el Senador señaló una silla al otro lado del escritorio—. Puedes sentarte, si quieres. Tal vez te encuentres más cómodo.

—Gracias, señor. Estaré más cómodo de pie, si me permites, señor.

—Como quieras —contestó Galión con cierta brusquedad—. Se me ocurrió que podrías hablar más libremente, más naturalmente, si te sentaras.

—No, gracias, señor... No estoy acostumbrado a sentarme en presencia de mis superiores. Podré hablar más naturalmente de pie.

—¡Siéntate! ¡No quiero que estés más alto que yo, contestando a mis preguntas con duros monosílabos! Es un asunto éste de vida o muerte. ¡Quiero que me cuentes sin reservas todo lo que debo saber!

Demetrio depositó en el sucio el pesado pasador de metal con el escudo de cuero, apoyó la lanza contra un pilar y se sentó.

—¡Ahora habla! ¡Sé franco!... ¿Qué le sucede a mi hijo?

—Le ordenaron a mi amo llevar un destacamento de legionarios a Jerusalén. Es costumbre, durante el festival anual de los judíos, reunir las representaciones de varios fuertes palestinos en la residencia del Procurador, en apariencia para mantener

el orden, pues la ciudad se llena de una multitud heterogénea.

—Poncio Pilatos es el prefecto de Jerusalén, ¿no es cierto?

—Sí señor. Allí lo llaman procurador. Hay otro gobernador provincial que reside en Jerusalén.

—¡Ah, ya recuerdo! ¡Un sujeto ruin, Herodes! ¡Un bribón!

—Sin duda —murmuró Demetrio.

—Envidioso de Pilatos, según me han dicho...

—Nadie podría estar envidioso de Pilatos, señor. Hace lo que el templo quiere. Por lo menos, así lo hizo en el caso de que debo hablar.

—¿El que concierne a mi hijo? —Galión se inclinó sobre sus brazos cruzados y se preparó a escuchar con la mayor atención.

—¿Puedo ante todo preguntarte, señor, si alguna vez has sabido algo del Mesías?

—No... ¿Qué es eso?

—Por cientos de años los judíos han estado esperando a un gran héroe que los levantara y liberara. Él es el Mesías prometido. En estas semanas de fiesta anual los más fanáticos de ellos están alerta, pensando que puede aparecer. Más de una vez habían creído haber encontrado al hombre, pero nada de eso sucedió. —Esta vez, Demetrio se detuvo pensativo, mirando afuera por la ventana y sin ganas de terminar la frase—. Hubo un judío de la provincia de Galilea —continuó—, más o menos de mi edad, me parece, aunque era una persona tan extraordinaria que parecía casi independiente de la edad y del tiempo.

—¿Lo viste, entonces?

—Una gran muchedumbre de gente del campo trataba de persuadirlo de que era el Mesías, que era el rey que esperaban. Yo lo he visto, señor. Esto ocurrió el día que llegamos a Jerusalén.

—¿Trataban de persuadirlo, dices?

—Él no tenía absolutamente ningún interés en serlo, señor. Al parecer había predicado, principalmente en su propia provincia, a vastos grupos de gente, una simple, inocua apelación a la común honestidad y bondad para con los demás... No tenía interés en el gobierno.

—Probablemente les advirtió que el gobierno era malo —insinuó Galión.

—No lo sé, señor. Pero pienso que podría haberlo dicho sin violar la verdad.

Las arrugas de los ojos del senador se profundizaron un poco.

—¿De modo que piensas que el gobierno allí es malo, Demetrio?

—Sí, señor.

—Tal vez piensas que todos los gobiernos son malos.

—No tengo conocimiento de todos ellos, señor —se defendió el esclavo.

—Pues bien, todos son iguales.

—¡Es una lástima! —observó Demetrio serenamente.

—Entonces el joven galileo repudió el reinado y se puso en dificultades con sus admiradores, supongo.

—Y con el gobierno también. Los judíos ricos, temerosos de perder su influencia en el país, insistieron en hacerlo juzgar por traición. Pilatos, sabiendo que no tenía ninguna culpa, hizo algún esfuerzo por salvarlo. Pero ellos querían que lo condenara. Contra su deseo, Pilatos lo condenó a muerte —Demetrio titubeó—. ¡Lo condenó a ser crucificado! —prosiguió en un tono más bajo—. El comandante del fuerte de Minoa recibió la orden de dirigir la ejecución.

—¿Qué? ¿Marcelo?... ¡Es horrible!

—Sí, señor. Por fortuna estaba completamente borracho cuando lo hizo. Un centurión de la plana mayor de Minoa se preocupó oportunamente de ello. Pero tuvo la claridad suficiente como para darse cuenta de que estaba crucificando a un hombre inocente. Y, como ves, señor, aún no se ha repuesto... Lo arroja de su mente por un momento pero después todo vuelve a presentársele como una alucinante pesadilla. Él ve con claridad el hecho, ¡con tanta claridad que su pena se hace más aguda! Es cosa tan real para él, tan torturante, que piensa que todos deben saber algo al respecto. Y le pregunta azorado si también ellos estuvieron allí... Después se avergüenza de lo que ha preguntado.

Los ojos de Galión se abrieron con repentina comprensión.

—¡Ah! —exclamó—. «¿Estuviste allá?». ¡Así que es eso lo que significa!

—Eso, señor. Pero no todo —los ojos de Demetrio viajaron hasta la ventana—. Antes de contarte el resto quisiera decirte que no soy supersticioso. ¡Nunca he creído y no creo en milagros! Estoy seguro de que tú tampoco tienes fe en tales cosas; por eso encontrarás muy difícil aceptar lo que debo decirte.

—¡Dilo lo mismo, Demetrio! —instó Galión golpeando el escritorio con impaciencia.

—Este Jesús de Galilea llevó a la cruz un simple sayo de fabricación casera, color castaño. Se lo quitaron y lo tendieron en el suelo. Mientras él colgaba, agonizante, del madero infame, mi amo y unos cuantos oficiales sentados cerca de allí jugaban a los dados. Uno recogió la túnica y se la jugaron a los dados. Mi amo la ganó. Más tarde, al anochecer, hubo un banquete en el Pretorio, Todos habían bebido con exceso. Un centurión exigió a mi amo que se pusiera aquella vestidura.

—¡Qué idea más chocante! —gruñó Galión—. ¿Y, lo hizo?

—Lo hizo, muy contra su deseo. Había, tomado demasiado vino, por la tarde, pero en aquel momento estaba sereno... Creo que se hubiera podido recobrar del horror de aquella crucifixión si no hubiera sido por ese sayo. Se lo puso... ¡y no volvió a ser el mismo desde entonces!

—Crees que el género estaba embrujado, supongo —el tono de Galión era casi desdeñoso.

—Creo que algo le pasó a mi amo cuando se lo puso. Se desprendió de él rápidamente y me mandó destruirlo.

—Muy razonable. ¡Un pobre recuerdo!

—Todavía lo tengo, señor.

—¿Le has desobedecido?

Demetrio asintió.

—Mi amo no era dueño de sí mismo cuando me dio tal orden... A veces lo he desobedecido, cuando sentía que sus órdenes no eran buenas ni convenientes para él. Y ahora me alegro de haber guardado el manto... Si ésa fue la causa de su trastorno, podría convertirse en el instrumento de su cura.

—¡Absurdo! —reconvino Galión—. Te ordeno que no se lo dejes volver a ver.

Demetrio permaneció en silencio mientras el senador levantándose enojado, se ponía a pasear por la habitación. De pronto se detuvo en sus reflexiones, se acarició la barbilla y preguntó más sereno:

—¿Cómo piensas que esa túnica podría ser empleada para restablecer la mente de mi hijo?

—No lo sé, señor —confesó Demetrio—. He pensado mucho en eso; pero no se me ocurrió ningún plan. —Se levantó y su mirada encontró los ojos inquietos del senador—. He pensado que podríamos alejarnos los dos por un tiempo. Si estuviéramos solos podría presentarse alguna ocasión... Aquí está completamente a la defensiva, confuso y avergonzado de su invencible condición mental. Además, hay algo que pesa mucho ahora en su mente: La hija del legado Galo regresará pronto. Ella esperará que mi amo la llame, y él está muy preocupado con ese encuentro... No quiero ser visto por ella en su actual estado.

—Lo comprendo perfectamente. Tal vez tengas razón... ¿Dónde piensas que podría ir?

—¿No es costumbre de un joven culto pasar algún tiempo en Atenas? Si se decide a ir allá, ya sea para asistir a algunas conferencias o para practicar cualquier arte, no le harán preguntas... Tu hijo se ha interesado siempre por la escultura. Por otra parte creo que será difícil hacer algo por él mientras permanezca aquí. No debería permanecer confinado en la casa; pero él mismo sabe que no está en condiciones de ver a sus amigos. Puede llegarse a saber que algo aquí anda mal. Eso sería un trastorno para él y la familia... Si tú lo deseas, trataré de persuadirlo de que vaya a Atenas. No creo que requerirá muchos ruegos. ¡Se siente tan desgraciado!

—Sí, lo sé —murmuró Galión casi para sus adentros.

—¡Es tan desgraciado! —Demetrio bajó conmovido la voz hasta el tono de íntima confianza—. Yo temo por su vida... ¡Si permanece aquí, Diana a su vuelta podría no encontrarlo con vida!

—¿Quieres decir que Marcelo preferiría suicidarse antes que enfrentarla?

—¿Por qué no? ¡Todo esto es algo muy serio para él!

—¿Tienes alguna razón para creer que haya pensado en el suicidio?

Demetrio fue lento en las respuestas. Antes que nada, extrayendo una daga de plata de los pliegues de su túnica, pasó la afilada hoja por la palma de la mano.

El senador reconoció el amia como propiedad de Marcelo.

—Creo que ha estado acariciando la idea, señor —observó Demetrio

simplemente.

—¿Se la quitaste?

Demetrio asintió.

—El cree que la perdió en el barco.

Galión suspiró profundamente. Volviendo a sentarse a su escritorio, sacó una hoja de papiro y un punzón, y empezó a escribir rápidamente con grandes letras. Al terminar puso su sello.

—¿Lleva a mi hijo a Atenas, Demetrio! Y ayúdale a encontrarse a sí mismo... Pero ningún hombre libre puede pedir a un esclavo que acepte tal responsabilidad... —Le alcanzó con gesto rápido y solemne el documento—. Este es tu certificado de manumisión. ¡Eres de nuevo un hombre libre!

Demetrio se quedó como suspendido, mirando el escritorio en silencio. Le resultaba difícil comprender el hecho en toda su significación. ¡Libre, él! ¡Libre como Galión! ¡Tener de nuevo su propia personalidad! ¡Ahora podría hablar hasta con Lucía, como un hombre libre!... Se daba cuenta de que los ojos de Galión lo estudiaban con interés, como si trataran de leer sus pensamientos. Al cabo de un largo rato, negó lentamente con la cabeza y devolvió el documento.

—Aprecio tu generosidad, señor —dijo con voz entrecortada y vacilante—. En cualquier otra circunstancia me hubiera alegrado mucho aceptarla... La libertad significa un hermoso presente, tal vez el más hermoso, para cualquier hombre. Pero creo que cometeríamos un error al alterar ahora las relaciones entre mi amo y su esclavo.

—¿Rechazas acaso la oportunidad de ser libre —preguntó Galión con voz ronca— por salvar a mi hijo?

—Mi libertad, señor, sería despreciable, si la aceptara a riesgo de la cura de Marcelo.

—¡Es muy noble de tu parte! —El senador se levantó y cruzó el cuarto hasta un enorme arcón de bronce. Abriendo un compartimento depositó en él el certificado que relevaba a Demetrio de la esclavitud.

—En cualquier momento que lo pidas —declaró— estará aquí, esperándote.

Extendió la mano, en un gesto de amistad. Demetrio simuló no haberlo notado; recogidas sus armas, levantó rápidamente el asta de la lanza a la altura de la frente, en un saludo firme y ceremonioso.

—¿Puedo irme ya, señor? —preguntó con el acostumbrado tono servicial.

Galión no pudo contener una respetuosa reverencia, como ante un igual.

* * * * *

De toda la servidumbre el más preocupado era Marcipor, quien esperaba con impaciencia en el atrio; fue decidido al encuentro de Demetrio. Se estrecharon las manos silenciosamente y entraron juntos en una habitación.

—¿Qué pasa, Demetrio? —preguntó Marcipor en un tono reservado—. ¿Es algo que puedas contarme?

Demetrio apoyó una mano sobre el hombro del viejo corintio e hizo que se acercara.

—¡Es algo que debo comunicarte! —murmuró—. Ven a mi cuarto a medianoche. No puedo perder tiempo ahora; debo volver con él.

Cuando la casa estuvo en silencio, Demetrio se aseguró que Marcelo dormía y se retiró a su dormitorio, contiguo al del tribuno. Un momento después se sintió un suave golpe en la puerta y Marcipor entró. Acercaron sus sillas y hablaron muy quedo hasta que los pájaros comenzaron a animarse a la pálida luz cerúlea del alba que llegaba. Fue una historia larga y extraña la que Demetrio tuvo que contar. Marcipor quiso ver el sayo. Demetrio se lo alcanzó y aquél lo examinó con curiosidad.

—Pero tú no crees que hay algún poder particular en esta vestidura, ¿verdad?

—No sé —admitió Demetrio—. Si dijera «sí, lo creo», pensarías que me estoy volviendo loco. Y si así fuera, no sería una persona apta para velar por Marcelo, que indudablemente está loco y necesita mis cuidados. Por eso creo mejor decirte que no hay nada en esa túnica que no sea producto de la propia imaginación. En cuanto a mí, vi a aquel hombre, y en eso estriba toda la diferencia. No era una persona vulgar, Marcipor; se me podría persuadir fácilmente de que era divino.

—Parece extraordinario que tú digas eso, Demetrio —desaprobó el anciano estudiando con ansia el rostro de su amigo—. Eres el último hombre de quien hubiera pensado tal cosa. Se levantó y tomó la túnica, extendiéndola en toda su longitud—. ¿Te molesta que me la ponga?

—No. A «él» no le molestaría que te la pusieses —dijo Demetrio.

—¿Qué quieres decir con «a él no le molestaría?»—. —La cara de Marcipor estaba perpleja—. ¿Acaso te refieres a Marcelo?

—No. Al hombre a quien perteneció. No objetó el que yo la tuviera en mi poder; y tú eres tan sincero como yo.

—¡Por los dioses, Demetrio! —exclamó Marcipor—. Creo que estás tú también un poco afectado por todo este horrendo asunto... ¿Cómo sabes que «él» no objetó el que tuvieras su sayo? ¡Es una tonta manera de hablar!

—Pues bien, sea tonta o no, siempre que toco esta vestidura experimento netamente algo —murmuró convencido Demetrio—. Si estoy cansado, me alivia; si desganado, reanima mi espíritu; si siento rebeldía por mi esclavitud, me da serena conformidad con el destino. Supongo que es porque, cuando tomó este sayo, recuerdo «su» fuerza y «su» coraje... ¡Póntelo, si quieres, Marcipor! Déjame ayudarte.

El anciano deslizó su cabeza y sus largos brazos dentro de las mangas y se sentó.

—Es extrañamente confortable —dijo—. Sería imaginación, supongo. Me has hablado de su «relación» con el bienestar de tanta gente... y claro, es muy natural, que «su» túnica... —Las vacilaciones del esclavo eran cada vez más lentas, hasta que se detuvo e hizo a Demetrio una sonrisa perpleja.

- No soy tan loco como parezco, ¿eh? —sonrió el otro burlescamente.
- ¿Qué es esto? —preguntó Marcipor en un susurro ronco.
- Sea lo que sea, ¡el hecho es que... está allí!
- ¿Paz? —inquirió Marcipor casi para sus adentros.
- Y confianza... —añadió Demetrio.
- Y... uno no necesita preocuparse... por nada... Todo saldrá... muy bien...

OCHO

EN un dorado crepúsculo, el último día del mes que Julio. César, enmendando el calendario, había llamado con su nombre, Marcelo y Demetrio contemplaban el Partenón desde un decrepito vehículo que hubiera merecido un lugar en el Museo Ateniense de Antigüedades. Con sentimientos confusos, Demetrio renovaba sus relaciones con la tierra nativa.

Si sus asuntos en la capital de Grecia hubieran sido más urgentes, y de haber tenido su mente en estado normal, el ex legado de Minoa podía haberse incomodado e irritado por el inexcusable tedio de su viaje. Él y Demetrio se habían hecho a las velas en el barco griego «Clitia» por la única razón de que deseaban dejar Roma sin tardanza y la partida del «Clitia» era inmediata. En ninguna otra ocasión habría sido recomendable aquella embarcación. En primer lugar, se trataba de un velero de carga, construido especialmente para el transporte de trigo a la ciudad imperial. El averiado y viejo barquichuelo volvía a Grecia en lastre, llevando tan sólo pocos bultos sin importancia, con adornos y utensilios caseros para los representantes romanos en las provincias.

Tampoco había comodidades especiales para pasajeros. Todos ellos, nueve, se acomodaron en el mismo camarote. En la popa, una primitiva cocina al aire libre estaba a disposición de los que pagasen bien; debían prepararse sus propias comidas. El capitán del «Clitia» proveía los alimentos, que vendía con gran beneficio.

Demasiado cerca de la primitiva cocina había una mesa para comer, adyacente a media docena de corrales no muy limpios, que albergaban a cierto número de infelices cabras y ovejas y una gran canasta de flacas aves de corral.

En la embarcación había también unos cuantos cerdos, pero el mercader judío de Citerea los había comprado en el segundo día de viaje, y los había ofrecido con toda tranquilidad a Neptuno, con pocos cumplimientos, pues no era un buen navegante. Hacia la parte media del barco, cercano al solitario mástil del «Clitia», un pequeño espacio de la cubierta, rodeado por desvencijados bancos de madera, servía como paseo y centro de diversión. Al lado del mástil una angosta escotilla descendía empinada al camarote común, iluminado y ventilado por seis ventanucos.

Al más leve soplo de refrescante brisa estas prudentiales ventanillas se cerraban. El «Clitia» no hacía el menor intento de tratar bien a sus pasajeros. Ciertamente, era dudoso que cualquier otro barco de los que hacían el viaje entre Ostia y El Pireo estuviera equipado como para ofrecer un conjunto tan amplio de incomodidades.

Lo mejor del horrible barco era su afición a la ociosidad. Tocaba en todas partes y perdía largo tiempo en los puertos: tres días y tres noches, por ejemplo, en el sin importancia de Corfú, donde solamente tuvo que desembarcar un cargamento de pedernal y tomar un fardo de chales de pelo de camello; cuatro días completos en Argostolio, donde repuso la provisión de agua, dejó un pasajero feliz de haber terminado su viaje y compró una canasta de limones. Y aún rumbeó hacia Creta,

simplemente para dejar tres bloques de mármol de Carrara y adquirir un cargamento de astas de toro, empleadas en la fabricación de escudos.

Mientras estaban en el puerto se desprendió uno de sus viejos y sucios cables de amarra, lo que hizo que el «Clitia» embistiera a una galera que yacía a su lado. Otra semana pasó hasta arreglarse el asunto a satisfacción de todos y ordenarse el despacho de aduana para la próxima etapa del interminable crucero.

Si Marcelo hubiera estado mentalmente sano, sin duda habría encontrado insoportable estos retrasos e incomodidades. En cambio, en su estado de apático decaimiento sobrellevaba las cosas con tal fortaleza, hija de su indiferencia, que la ansiedad de Demetrio por él habíase transformado en alarma. No tenía en efecto disposición natural para soportar con calma las molestias, por triviales que fueran, por lo que el corintio se preocupaba al ver que su fogoso amo se volvía cada día más insensible en aquel tan detestable medio ambiente.

Trataba vanamente Demetrio de encender una chispa de interés en la mente ensimismada de Marcelo. El senador había provisto a su hijo de una pequeña pero selecta biblioteca, especialmente de clásicos, y Demetrio con mucho tacto, había intentado inducirlo a leer, pero, sin éxito.

La mayor parte de los días de bonanza Marcelo los había pasado mirando el agua. Inmediatamente después del desayuno hacía su acostumbrado trayecto a través del desorden que reinaba en la cubierta; y sentándose sobre un carretel de cables, en la proa, permanecía inmóvil con los codos sobre sus rodillas y la barbilla en sus manos, observando sombríamente el mar. Demetrio le daba tiempo para acomodarse, y entonces también se llegaba hasta allí con unos cuantos rollos bajo el brazo y se tendía, cuán largo era, en una escotilla cerrada con tablones. Con preferencia leía dos veces una triste frase en voz alta y preguntaba algo. En estas ocasiones, Marcelo retomaba perezosamente de una remota lejanía para dar una lacónica respuesta; pero era evidente que prefería no ser molestado. Aunque el principal interés de Demetrio era entretener la mente errante de su amo, el mismo interés le estaba proporcionando alimento para sus reflexiones. Antes nunca había tenido oportunidad de leer mucho sin interrupción. Había sido particularmente atraído por los escritos de Lucrecio. He aquí, pensaba, un hombre sabio.

—¿Leíste alguna vez a Lucrecio, señor? —preguntó una tarde, al cabo de una hora de silencio. Marcelo volvió su cabeza lentamente y meditó la pregunta—. Sí, algo leí —contestó al fin.

—Lucrecio cree que es el miedo a la muerte lo que hace miserables a los hombres, y trata de destruir ese temor.

—Una buena idea —admitió Marcelo lánguidamente. Después de una larga espera, inquirió—: ¿Qué propone para hacerlo?

—Dar por sentado que no existe una vida futura.

—Eso no lo remediaría... Convenida la suposición, todo quedaría como está.

—¿Quieres decir, señor, que esa teoría podría romper sus amarras ante un

ventarrón?

Marcelo sonrió débilmente ante la metáfora marina y asintió.

Después de un intervalo de meditación, observó:

—Para algunos hombres. Demetrio, el temor a la muerte podría ser atemperado por la creencia de que nada más espantoso podría ocurrirles que algo que les hubiera ya ocurrido. Tal vez Lucrecio no está en lo cierto al decir que todos los hombres temen a la muerte. Algunos hasta desean morir. En cuanto a mí, no tengo conocimiento de ese miedo: que venga la muerte y traiga lo que sea... Pero, ¿tiene Lucrecio algo que decir a los hombres que temen a la vida?

Demetrio sintió haber iniciado la conversación; pero se dio cuenta de que no debía abandonarla, sobre todo en aquella desagradable disyuntiva.

—Lucrecio concede que la vida es difícil, pero llega a serlo menos a medida que los hombres evolucionan desde el salvajismo a la civilización.

Demetrio había tratado de que esto sonara optimista, Marcelo río entre dientes, amargamente.

—A medida que los hombres evolucionan hacia la civilización, ¿eh? ¿Qué le hace creer a él que los hombres evolucionan hacia la civilización? —e hizo un gesto de impaciencia, rechazando la idea con un movimiento de la mano—. Lucrecio sabía muy poco de lo que estaba ocurriendo en el mundo. Vivía como un topo en su madriguera. Vivía de su gordura, como un oso durante el invierno. A los cuarenta años perdió la razón y murió... ¿Evolucionando hacia la civilización? ¡Tonterías! ¡Nada de lo que pasó alguna vez en la selva puede compararse con la bestialidad de nuestra vida actual! —la voz de Marcelo se había elevado de un monólogo murmurando al tono de una arenga—. ¡Evolucionando hacia la civilización! —gritó—. ¡Tú lo sabes muy bien! ¡Tú estuviste allí!

Demetrio asintió serenamente.

—Fue muy doloroso —comentó—, pero creo que té lo reprochas demasiado, señor... No tenías otra alternativa.

Marcelo se había retraído a su acostumbrado letargo, pero repentinamente se levantó, apretando los puños.

—¡Eso es mentira, Demetrio, y tú lo sabes! ¡Había, sí, otra alternativa!... ¡Podía yo haber puesto en libertad al galileo! ¡Me bastaban aquellos dures compañeros de Minoa para dispersar al populacho!

—Pilatos te hubiera aplicado la ley marcial, señor. ¡Podría haberte costado la vida!

—¡Mi vida! —exclamó Marcelo—, ¡Me costó la vida! ¡Cuánto mejor hubiera sido perderla honorablemente!

—¡Bien! —exclamó Demetrio con cariño—. Ahora debemos tratar de olvidar eso... En Atenas podrás entretener tu mente, señor. ¿No aguardas tus estudios con algún agrado?

No hubo respuesta. Marcelo se había dado vuelta y estaba contemplando otra vez

el mar.

Otro día, imprudentemente, según se dio cuenta después, Demetrio se aventuró a comprometer, una vez más, a su desganado amo en una conversación seria.

—Lucrecio dice aquí que nuestra creencia de que los dioses están relacionados con nuestros asuntos humanos es la fuente de toda la infelicidad humana.

—Desde luego —murmuró Marcelo—. Y fue loco en creer que los dioses existen, después de todo. —Luego que el «Clitia» se hubo inclinado a un lado y a otro, balbuceó—: Lucrecio estaba loco. Sabía demasiado sobre lo desconocido... Estaba solo y pensaba, y pensaba, hasta que perdió la razón... Es lo que me está pasando a mí, Demetrio.

* * * * *

En un estado mental menos grave, Marcelo, completamente fatigado por el largo viaje, se hubiera sentido lleno de regocijo ante la bienvenida que le dispensara su huésped ateniense, aunque la calurosa recepción no era del todo inesperada.

Cuando Marco Lucano Galión, andaba por sus tempranos veinte años, había pasado un verano en Atenas, estudiando en la famosa Academia de Hiparco y hospedándose en la original casa de Eupolis, regida por una familia durante cinco generaciones. El anciano Georgias Eupolis trataba a los parroquianos de su establecimiento como si fueran amigos personales. Era menester ser recomendado por una persona honorable para alojarse allí; pero, de haber sido bien presentado, nada era demasiado bueno para el huésped.

La fría arrogancia de la casa de Eupolis en su cautelosa actitud hacia los candidatos a pensionistas no era mera ínfula. Atenas estaba siempre llena de extranjeros.

La ciudad contaba más de cien posadas, y todas tenían mala reputación, menos una media docena. El tabernero típico era un alcahuete, un ladrón, o sea un perfecto bribón, y, en su mayor parte, sus cuentas eran del mismo pelaje. La posada ateniense que deseara mantener una reputación decente debía seleccionar sus huéspedes.

Evidentemente, el joven Galión había causado una impresión favorable, pues, cuando dejó la casa de Eupolis, el anciano Georgias había partido un dracma en dos y entregado una de las mitades a Marco, pegando la otra en una tablilla de recuerdo, que guardo cuidadosamente.

—Cuando quiera que presentes ese pedazo de dracma, hijo mío —había dicho Georgias— serás bienvenido aquí. ¡No lo pierdas, por favor!

Habiendo llegado al crepúsculo al sombreado patio de la hermosa hostería, Marcelo había entregado silenciosamente la moneda rota al rudo y rústico mozo de cordel, salido como de la sombra para preguntarle quién era y qué deseaba. Inmediatamente la conducta del esclavo se había trocado de cautelosa y desconfiada en atenta deferencia. Se había dado prisa en llevar adentro el pequeño talismán. Y

pocos momentos después el cordial amo de casa, un hombre bien vestido, de cuarenta años, había bajado por los escalones de piedra del pórtico emparrado sonriendo y alargando las manos. Marcelo había descendido del carruaje anunciando ser el hijo de Galión.

—¿Cuál es tu gracia, señor? —preguntó el posadero.

—Soy tribuno. Mi nombre es Marcelo.

—Tu padre es bien recordado aquí, tribuno Marcelo. Espero que esté sano y bien.

—Lo está, gracias, y envía saludos a todos los tuyos. Aunque estuvo aquí hace mucho tiempo mi padre espera que su mensaje de afecto para Georgias sea cálidamente recibido.

—¡Ay de mí! Mi venerable padre se ha ido hace diez años. Pero en su nombre te doy la bienvenida. Me llamo Dion. ¡La casa de Eupolis es tuya! Pasa... Veo que estás cansado.

Se volvió hacia Demetrio.

—El portero te ayudará a llevar los bultos y te mostrará dónde vas a dormir.

—Deseo que mi esclavo comparta mis habitaciones —intervino Marcelo.

—No tenemos esa costumbre, —contestó Dion, un poco fríamente.

—Yo sí. Últimamente he tenido que sobrellevar un considerable trabajo —explicó— y no estoy bien... No deseo estar solo. Demetrio se alojará conmigo.

Dion, después de un momentáneo debate consigo mismo, se encogió de hombros como consintiendo con desgano, y cortésmente indicó a Marcelo que lo precediera para entrar en la casa.

—Serás tú responsable de su conducta —observó con cierto enfado, mientras subían los escalones.

—¡Dion! —dijo Marcelo deteniéndose en la entrada del aposento—. Si este corintio disfrutase de libertad, aparecería con ventaja en cualquier buena compañía. Ha sido educado esmeradamente; es una persona culta y además valerosa. Por él la casa de Eupolis no sufrirá la menor mengua.

El salón bien arreglado, al que se entraba directamente por la puerta del frente, ofrecía el aspecto de un seguro bienestar hogareño.

—Si quieres sentarte, Marcelo... —indicó Dion, recobrando la cordialidad—. Iré a buscar a los demás miembros de mi familia. En seguida, porque estás cansado, te mostraré tus habitaciones... ¿Estarás mucho tiempo con nosotros?

Marcelo levantó una mano con un gesto de inseguridad.

—Creo que por algún tiempo. Tres meses... cuatro... seis... No lo sé. Necesito tranquilidad. Dos dormitorios, una salita privada y un estudio. Podría desear entretenerme con algunos modelados.

Dion dijo que había comprendido y estaría en condiciones de proveer un departamento conveniente.

—Y enfrentará al jardín —añadió caminando hacia la escalera—. Este año tenemos unas rosas excepcionalmente hermosas.

Demetrio entró apenas Dion hubo salido y se aproximó a la silla en que estaba sentado Marcelo.

—¿Sabes ya, señor adónde iremos? —preguntó.

—Dion nos lo dirá... Quédate aquí hasta que vuelva —dijo Marcelo con languidez.

Al momento aparecieron los huéspedes, y el tribuno se levantó para recibir a la bien parecida esposa de Dion, Febe, quien ya subía la identidad de su huésped, hacia el que si mostró sinceramente cordial, y a Ino, la hermana menor de Dion, una viuda que afirmó ver en Marcelo un gran parecido con el joven que tanto había admirado.

—Una vez pensamos —dijo Dion con una sonrisa molesta para su hermana— que algo derivaría de, ello.

—Pero nosotros, los griegos, no estamos cómodos en ninguna parte —explicó Ino, lo que hizo preguntarse a Marcelo si su amistad había sido seria.

Nadie había prestado atención a Demetrio, lo que era muy natural, pues Dion probablemente había advertido a la familia que Marcelo estaba acompañado por su esclavo.

En la primera pausa de la conversación, Ino se volvió hacia él, preguntándole si era griego. Demetrio se inclinó asintiendo respetuosamente.

—¿De dónde? —inquirió Ino.

—De Corinto.

—¿Has estado antes en Atenas?

—Una vez.

—¿Lees?

—A veces.

Ino rió un poco. Echando una mirada a su hermano, advirtió que desaprobaba aquella conversación. Lo mismo nota en Marcelo. Demetrio retrocedió un paso y se enderezó en una postura de centinela. Hubo un momentáneo malestar hasta que se reanudó la conversación.

Mientras hablaban, una muchachita alta, de notable belleza, entró perezosamente por la parte principal, al parecer venía de dar un paseo, pues llevaba una primorosa túnica rosa, tan ajustada, que acentuaba su graciosa figura. Su madre le hizo una afectuosa seña, y entonces se aproximó al círculo.

—Nuestra hija Teodosia —dijo—. Chiquilla, este joven es nuestro huésped Marcelo, el hijo de Marco Lucano Galión, de quien has oído hablar a menudo a tu padre.

Teodosia le dirigió una brillante sonrisa. Luego, sus ojos oscuros, observadores, pasaron por sobre los hombros de Marcelo y se posaron en Demetrio con interés. Él soportó aquella mirada interrogativa con lo que podía interpretarse como un gesto de desagrado. Esto aumentó la curiosidad de Teodosia. Evidentemente, se iba preguntando por que nadie se decidía a presentárselo.

Fue un momento difícil. Marcelo no quería herir a Demetrio. Sintió que sería

cruel exclamar la acostumbrada indiferencia: «Ése es mi esclavo». Después deseó de todo corazón hacerlo, en lugar de intentar inútilmente ser humano.

—Éste es Demetrio —dijo.

Teodosia dio un paso hacia Demetrio, le miró la cara y le insinuó una sonrisa, acentuada por sus ojos inocentes y por una mueca mimosa de los labios.

Demetrio se inclinó gravemente, con tiesa dignidad. Los ojos de Teodosia mostraban extrañeza. Luego, al cabo de un breve titubeo, pues no era costumbre que una mujer soltera estrechara la mano de los hombres, a menos que fuesen parientes cercanos, le ofreció la mano. Demetrio desvió la vista serenamente, pretendiendo no verla.

—¡Es un esclavo! —murmuró el padre.

—¡Oh! —dijo Teodosia—. No lo sabía.

Luego volvió a mirar en los ojos a Demetrio. Esta vez él lo hizo con evidente curiosidad.

—Lo siento —murmuró, y en seguida agregó en un tono que era casi íntimo—: No está bien... que tengamos... que... que proceder de este modo... creo... espero... que no tengamos... Quiero decir...

Se detuvo cuando Demetrio, con una sonrisa de comprensión, asintió como dando a entender que todo estaba bien y que no tenía que preocuparse por ello.

—Ahora te mostraremos tu departamento —dijo Dion bruscamente.

Marcelo se inclinó ante las mujeres y siguió a su huésped. Demetrio marchaba erguido tras él. Teodosia los observó hasta que desaparecieron. Luego lanzó un pequeño y rápido suspiro y se volvió con una sonrisa defensiva hacia su tía.

—Olvídate, ¡criatura! —murmuró Ino cariñosamente—. ¿Cómo podían saber que era un esclavo? Ciertamente, no viste como uno de ellos; no parece uno de ellos. Además, nunca tenemos esclavos aquí.

—Bien. ¡No debía haber pasado! —dijo Febe con enfado—. Tienes que usar mayor cuidado en adelante... Si intenta tomarse alguna confianza por lo que sucedió hoy, debes ponerle en su lugar, adecuadamente.

Al cabo de una semana, Demetrio, que había confiado plenamente en esta excursión a Atenas para levantar la profunda depresión de su amo, comenzó a desanimarse. Desde su llegada a la casa de Eupolis, Marcelo había sido tratado tan cariñosamente y había respondido a las amabilidades con tanto agradecimiento, que Demetrio sintió que ya se había recorrido un largo camino en la resolución del alarmante problema. El nuevo ambiente era perfecto, Sus cuartos soleados miraban hacia un jardín alegre y florido. En su pequeño peristilo de piedra, confortables sillones invitaban a la lectura tranquila. Seguramente, ningún amante de la escultura podía pretender una oportunidad mejor que la que ofrecía el estudio.

Pero era en vano. La melancolía de Marcelo era demasiado profunda como para ser desterrada en pocos días de tranquilidad absoluta. No se interesaba por las sugerencias de Demetrio de que visitaran el Acrópolis, el Cerro de Marte o alguna de

las célebres galerías.

—¿Qué tal un paseo por el ágora? —había sugerido Demetrio la segunda mañana—. Siempre es interesante ver a la gente del campo traficando con sus productos.

—¿Por qué no vas tú? —contestó Marcelo.

—No me gusta dejarte solo, señor.

—Es verdad. Me desagrada estar solo.

Ni siquiera había visto el templo de Heracles, que se hallaba casi enfrente cruzando la calle. Demetrio contaba con que desearía sin duda mostrarse cortés ante la familia de Eupolis. Dion lo había invitado dos veces, francamente asombrado de encontrar a su huésped tan preocupado y taciturno.

Una mañana Teodosia había aparecido en el extremo más alejado del jardín, y Marcelo al verla había vuelto del peristilo, aparentando evitar encontrarse con ella.

Demetrio sabía muy bien cuál era la causa que mantenía a Marcelo apartado de la familia Eupolis. No podía él prever cuándo una de aquellas misteriosas visiones se le presentaría; cuando de pronto el sudor emperlará su rostro a la par que asombrará a su interlocutor con la incomprensible pregunta: «¿*Estuviste allá?*».

No era de extrañar, pues, que aún temiera una charla amistosa con la niña Teodosia.

En la verdad, no era categóricamente necesario que Marcelo mantuviese estrechas relaciones con la familia de su hostelero. Se le servían las comidas en su departamento y los esclavos de la casa se ocupaban del arreglo de las habitaciones. Demetrio no tenía casi nada que hacer, más que atender y vigilar atenta pero no demasiado solícitamente a su amo. Era una dura prueba, y lo tenía tan fastidiado como cansado.

A la mañana del octavo día resolvió hacer algo.

—Si no estás dispuesto a hacer ningún modelado, señor —empezó—, ¿te molestaría que me entretenga yo con algunos experimentos de arcilla?

—En absoluto —murmuró Marcelo—. Me doy cuenta de que esto debe ser muy aburrido para ti... Ve pronto a buscar el barro.

Y así fue como aquella tarde Demetrio arrastró la alta y sólida mesa hasta el centro del estudio y comenzó sus infructuosos intentos de modelar una estatuilla. Al cabo de un momento Marcelo llegó, con su constante estupor, del peristilo y se sentó en un rincón a observar.

Después de un rato sonrió entre dientes. No era sino una mueca efímera de gozo; pero siempre resultaba mucho mejor que nada. Dándose cuenta de que su temprana incursión en el modelado era, después de todo, un sano entretenimiento, Demetrio persistió serenamente en la producción de un busto que hubiera hecho reír a un perro.

—Déjame que te enseñe. —Marcelo se acercó a la mesa y levantó la arcilla—. En primer lugar, está demasiado reseco —dijo con algo así como interés de crítico—. Trae un poco de agua... Ya que te pusiste a hacer esto, debes aprovechar la oportunidad. «Ahora, pensó Demetrio, ¡hemos resuelto el problema!». Se sentía tan

feliz que le costaba trabajo disimular su gozo, pues, sabía que Marcelo se resentiría ante cualquier felicitación. Pero aquella noche Marcelo cenó con apetito y se acostó temprano.

A la mañana siguiente, después del desayuno, deleitó mucho a Demetrio el ver entrar a su amo en el estudio. Pensó que debería dejarlo solo: tal vez sería mejor para él trabajar sin la menor distracción.

A la media hora, Marcelo llegó arrastrándose al peristilo y se dejó caer sobre un asiento. Estaba pálido y tenía la frente empapada en sudor. Le temblaban las manos. Demetrio se dio vuelta con un suspiro profundo. Comprendió...

Aquella noche decidió llevar a cabo lo que hacía tiempo tenía pensado, por si otro recurso fallaba. Sería sin duda un tratamiento drástico. En las condiciones mentales de Marcelo, podría resultar por cierto, la trágica jugada que lo pondría para siempre del otro lado de la frontera. Es que no podía seguir así, ¡Sería pues aquél el supremo esfuerzo!

Después que Marcelo se hubo retirado, Demetrio fue a la cocina y preguntó a Glicon, el mayordomo, si conocía algún zurcidor de primera clase; deseaba remendar, pero muy bien, una vestidura de su amo. Glicon fue rápido en la información. ¡Desde luego! ¿Un excelente zurcidor? ¿Quién mejor que el viejo Benjamín? Vivía cerca del teatro de Dionisio. Cualquiera podría indicarle su taller una vez que hubiera llegado al teatro.

—Benjamín... Me suena a judío —observó Demetrio.

—Así es —asintió Glicon—. Un excelente anciano; un erudito, dicen ellos. —Rió—. He oído decir que Benjamín no hace negocios con aquellos cuyo aspecto no le agrada.

—¿Pondrá reparo en hablar con un esclavo?

—¡Oh! ¡Eso no tiene importancia para Benjamín! ¿Por qué habría de preocuparle? ¿Acaso su pueblo no está cargado de cadenas?

* * * * *

Todo el día siguiente, hasta la media tarde, Marcelo lo pasó hundido en un gran sillón, mirando con tristeza al jardín. En el estudio adyacente, Demetrio jugaba sin interés con la blanda arcilla, atento a cualquier movimiento que se produjera en el pequeño peristilo. Dos veces había salido, simulando jovialidad, para hacer preguntas sobre sus absurdos intentos de modelados, los cuales, pensaba, podían, estimular la curiosidad de su desganado amo. Pero esta vez ni obtuvo respuesta. La situación había llegado a ser tan desesperada que Demetrio comprendió haber llegado el momento de intentar su peligroso experimento, planeado para el caso de que todo lo demás fallara. El corazón le latía tumultuosamente cuando se levantó de la mesa y fue a su aposento y sus manos temblaban mientras buscaba entre su ropa, bien doblada, la preciosa vestidura del galileo.

Hacía muchas semanas que no lo había visto. No habían tenido un camarote propio en el «Clitia», y el sayo que tan profundamente afectara la mente de Marcelo no había sido desempacado desde Roma.

Sentado en el borde de su cama, Demetrio lo desenvolvió reverentemente sobre sus rodillas. Una vez tuvo aquella sensación de tranquilidad que le había como inundado al posesionarse de la túnica en Jerusalén. Era aquélla una especie muy particular de calma del mismo espíritu. Era algo apacible, pero lleno de fuerza a la vez.

Por otra parte nunca había cabido en su mente un lugar para la superstición. Siempre había desdeñado la idea de que cualquier clase de poder pudiese residir en un objeto inanimado. La gente que creía en las mágicas cualidades de las cosas era completamente tonta, o había llevado su personalidad a un estado de fácil vibración emocional en el que no es raro ser víctima de la propia imaginación. No comulgaba en absoluto con la sensibilidad de quienes en bolsillos llevaban piedrecillas de la suerte. Le confortaba asimismo el sentir que, aunque era un siervo, su mente no estaba esclavizada.

De cualquier modo, el hecho positivo era que cuando ponía sus manos sobre el sayo del galileo, toda agitación cesaba en él. Sus nervios o su ansiedad se desvanecían. Después de las ocasiones anteriores en que había experimentado esto, se había dicho a sí mismo que aquella extraordinaria experiencia podía ser explicada en los términos más prácticos y de sentido común. Aquella vestidura había sido llevada por un hombre de inmenso coraje, pero de un coraje natural, inherente, cimentado en sí mismo. Demetrio había visto a Jesús en el juicio del Pretorio, sereno y seguro de sí mismo, al paso que todo el mundo estaba contra él, con la muerte mirándole en la cara, y sin un amigo declarado a la vista. ¿No era natural que su túnica llegara a ser un símbolo «viviente» de fortaleza?

Disponiendo de todo su tiempo durante las últimas semanas, había meditado sobre el extraño fenómeno, hasta llegar a una razonable conclusión de su actitud hacia aquella vestidura rasgada por las espinas: era un símbolo concreto de fuerza moral, así como el anillo que le dejara a él su madre era un símbolo de su tierno cariño.

¡Pero ahora!... Con el sayo en sus manos repentinamente firmes, no estaba muy seguro de la solidez de su teoría. Existía sin duda un raro poder adherido a aquel género galileo de tejido casero, al cual ningún frío argumento racional era capaz de hacer frente. Ciertamente, parecía muy atrevido intentar un análisis de sus títulos en ese estado emocional.

Doblando la túnica sobre su brazo, Demetrio se dirigió con cautela hacia la puerta abierta, Marcelo volvió la cabeza lentamente, con una expresión indiferente de interrogación. Pero de súbito sus ojos se agrandaron con terror, al paso que su rostro se tornó una máscara retorcida de sorpresa y alarma. Tragó saliva convulsivamente, y se fue recostando con lentitud, en un grado máximo de tensión, sobre el ancho brazo

de su sillón, como alejándose del objeto que había destruido su paz.

—He sabido de un buen zurcidor, señor —procuró decir Demetrio con el tono más calmo que le fue posible—. Si no tienes inconveniente, mandaré remendar este manto.

—¡Te he dicho!... —murmuró Marcelo con voz áspera, que partía de una garganta reseca como la de un moribundo—. ¡Te he ordenado... destruir... eso! —Su acento se tornó temblón y emocionado—. ¡Llévatelo!... ¡Quémalo! ¡Encierra las cenizas! —Se dirigió a un rincón del peristilo, con pasos débiles de un enfermo, y rodeando con un brazo uno de los pilares gritó—: ¡Nunca hubiera pensado esto de ti, Demetrio!... ¡Tú sabías la causa de mi angustia! ¡Y ahora llegas fríamente, enfrentándome con ese torturante recuerdo, con esa cosa embrujada!... ¡Te digo que has ido demasiado lejos con tu dura desobediencia! Siempre te había tratado como un amigo, ¡a ti, que eras mi esclavo!... ¡He terminado contigo! ¡Te venderé mañana mismo en la plaza del mercado! —Completamente exhausto por aquel arrebato se dejó caer sobre el banco de piedra—. ¡Déjame! —murmuró roncamente—. ¡No puedo aguantar más!... ¡Por favor, vete!

Lenta y silenciosamente el corintio penetró en la casa, con la cabeza gacha. ¡Su experimento había fallado! Había resultado exactamente lo contrario de lo que debía ser. ¡El trabajo fatigoso y paciente de restablecer a Marcelo estaba perdido! Por cierto, las cosas habían empeorado; ahora el tribuno estaba completamente fuera de su control.

Regresando a su pequeño dormitorio, se sentó con el sayo todavía apretado fuertemente entre sus brazos, y se preguntó qué era lo que le convenía hacer de inmediato. Caso bastante curioso: el completo derrumbe de Marcelo no lo había excitado; estaba sumamente triste, sí, pero era aún muy dueño de sí mismo. La histérica amenaza de ser vendido en el ágora en nada le había perturbado. Marcelo no haría eso; y Demetrio no iba a ofenderse por la cruel reprimenda de su amo... Además, nunca Marcelo le había necesitado tanto como ahora. Evidentemente, lo mejor que por el momento podía hacer era no hacer nada. Debía dar tiempo al enfermo para componerse. Sería insensato tratar de razonar con él en su estado actual. Resultaría igualmente fútil pedirle perdón. Mejor sería dejarlo solo por un rato...

Dejó el sayo doblado sobre la tapa de su valija, y se deslizó tranquilamente hacia afuera, y se introdujo en el bosquecillo de cipreses, en dirección a la calle.

Profundamente preocupado por lo sucedido no habíase percatado de Teodosia echada en la hamaca, hasta que estuvo demasiado cerca para retirarse sin ser visto. Ella se enderezó de su postura perezosa, colocó el cesto de costura a un lado y le hizo señas de acercarse. Demasiado melancólico para no recibir el gesto amistoso, no le agradaba sin embargo a Demetrio la idea de comprometerla. Teodosia, era, evidentemente, una niña empernada, acostumbrada a encarar las conveniencias sociales con fría indiferencia.

Con evidente desgano se encaminó hacia el columpio: al hallarse a corta distancia

se detuvo para escuchar lo que ella iba a decirle. No le alegraba la perspectiva de que ambos se pusieran en dificultades; con todo era innegable que Teodosia era un precioso cuadro, con aquel peplo blanco ceñido por un ancho cinturón de plata labrada, con una cinta escarlata sobre su cabeza, que acentuaba la blancura de su frente, y alegres sandalias con cuentas, demasiado delicadas para parecer prácticas.

—¿Por qué tu amo —preguntó con amistosa sonrisa— no se ve nunca?... ¿Lo hemos acaso ofendido? ¿No está conforme con nosotros?... Cuéntame, ¡por favor! Estoy muriéndome de curiosidad.

—Mi amo no ha estado bien últimamente —contestó Demetrio con gran serenidad.

—¡Ah, pero hay algo más que eso! —Los ojos oscuros de Teodosia se comprimieron escrutándole, mientras asentía sacudiendo lentamente su negra cabellera—. Tú estás disgustado también, ¡mi amigo! No necesitas decírmelo. Estás preocupado por algo... ¿No es así?

Era evidente que aquella joven acostumbraba a usar su propio criterio en el trato de la gente. Pero era la suya una vitalidad tan radiante, que hasta su atrevimiento podía perdonársele.

Demetrio, con gran sorpresa suya y de la joven, terminó una cándida confesión.

—Es verdad... Estoy preocupado, más de lo que puede contarse.

—¿Hay algo que podamos hacer? —Los ojos ansiosos de Teodosia estaban llenos de sincera simpatía.

—No —cortó Demetrio, sin esperanza.

—Él me sorprendió —insistió Teodosia—. Cuando llegasteis, aquella noche, Marcelo me impresionó como una persona que está tratando de escapar de algo: francamente, no quería conversar con nosotros. Tú lo sabes. Estuvo muy cortés, pero muy ansioso por evadirse. No puedo pensar que sea porque no le gustamos. Tenía el aire de alguien que quiere escapar... Es evidente que no huye de la ley; ¡pues sin duda éste no es un lugar para fugitivos!

Demetrio no contestó en seguida, aunque Teodosia se había detenido varias veces para darle oportunidad de decir algo. Había estado pensando. Mientras escuchaba las agudas reflexiones de la jovencita, se le ocurrió que tal vez ella podría ser capaz de darle algún consejo razonable, si sabía de qué asunto se trataba. Realmente, sería mejor que ella conociera los hechos antes que abrigara la sospecha de que Marcelo era un bribón. Sabía que Teodosia estaba leyendo en sus ojos perplejos una inclinación, a medias, a ser comunicativo. Ella le dirigió una sonrisa alentadora.

—Cuéntalo, ¡Demetrio! —murmuró confiadamente—. ¡Yo no diré nada!

—Es una historia muy larga —empezó él con pena—, y sería de lo más imprudente para la hija de Eupolis ser vista en larga conversación con un esclavo—. Bajó la voz. Tu padre está bastante molesto, ¿sabes?, porque has cometido el error de tratarme cordialmente.

Los preciosos labios de Teodosia se fruncieron.

—No creo que nadie nos esté observando —dijo echando una mirada cautelosa en torno—. Bueno... Si sales caminando ligero calle abajo como si estuvieras cumpliendo un encargo, y das vuelta a la derecha en la primera esquina, y nuevamente a la derecha en la próxima, llegarás a un jardín rodeado de muros muy altos, situado en la parte posterior del viejo templo que hay allí.

Demetrio meneó la cabeza con duda.

—Los sacerdotes son espías notorios —dijo—. Así lo son en Roma y ciertamente también en Corinto. Sin duda será lo mismo en Atenas... Estoy por decirte que un templo es el último lugar donde la gente iría para tener una conversación privada... Se podría sospechar que estamos tramando una confabulación.

La joven se ruborizó un poco y esbozó una sonrisa de picardía.

—No seremos sospechosos de sedición —prometió—, ¡Yo me ocuparé de ello! Dos buenos amigos llegarán al jardín... no para envenenar el potaje del Prefecto... sino, para hacerse agradables cumplidos.

El corazón de Demetrio aceleró sus latidos, pero al punto frunció el ceño.

—¿No piensas —dijo con sincero acento de prudencia— que estás acaso concediendo y arriesgando mucho al confiar tanto en la honestidad de un esclavo?

—Si —admitió Teodosia—. Pero... Ahora, ¡ve pronto! Me reuniré contigo dentro de un momento.

Profundamente animado por la anticipación de aquella entrevista privada, pero obligado a considerarla con alguna ansiedad. Demetrio obedeció. La rectitud casi varonil de Teodosia le aseguraba que la niña estaba completamente más allá de un coqueteo vulgar; pero no podía negarse del todo su simpática inclinación hacia él... Muy pronto sabría si ella estaba realmente preocupada por Marcelo o quería alegrar una tarde triste con un esbozo de aventura. Era concebible, por supuesto, que ambas cosas pudieran ser ciertas.

Al aproximarse al viejo muro, Demetrio apretó firmemente su turbante gris sobre la oreja que le negaba el derecho a hablar en términos de igualdad con una mujer libre. Eso le daba la apariencia de un liberto, lo que le pareció no sería del todo inapropiado si este encuentro concluía en una cita. Caminando lentamente, pasó la puerta abierta yendo hasta el último extremo de la arboleda para ir a sentarse en un cómodo banco de mármol.

Un hierofante rechoncho, metido dentro de una sucia túnica parda, le hizo un indiferente saludo con la cabeza mientras seguía escardando la tierra. Pero él tuvo que esperar mucho. A poco salió ella del templo para pasar al claustro, balanceándose, con la altiva cabeza erguida. Demetrio se levantó para esperarla. Le resultaba muy difícil romper un viejo hábito y su pose fue rígida y convencional.

¡Siéntate! —susurró ella con gracia burlona—. ¡Y no te pongas tan serio!

No tuvo que fingir una sonrisa para obedecerla. Ella se dejó caer a su lado, en el asiento de piedra, y le dio ambas manos. El sacerdote se apoyó sobre su azada y aprobó el encuentro con una inquisitiva mirada de soslayo. Luego pareció un tanto

asombrado. Entonces dejó el instrumento, cortó una gran rosa roja y caminó como un pato hacia ellos, animado con un interrogante sus pequeños y movedizos ojos. Con sonrisa casi siniestra presentó la rosa a la niña, quien se la agradeció graciosamente y, elevándola hasta su rostro, la olió con fruición. El hierofante volvió a su lugar sin haber satisfecho su curiosidad.

—Pon tu brazo alrededor mío —murmuró ella con su boca pegada a la rosa—. ¡Y abrázame fuertemente, como si lo sintieras!

Demetrio lo llevó a cabo tan cariñosamente y, más aún, con tanta seriedad, que el cuidador del templo meneó su cabeza canosa a un lado y otro y volvió a sus hierbas. Luego, pensando al parecer que ya había trabajado bastante, dejó caer con negligencia la azada tras él, mientras desaparecía en dirección al claustro, dejándolos en completa posesión del tranquilo jardín.

Bajando su brazo con desgano, mientras Teodosia se enderezaba, Demetrio observó con un guiño.

—¿No crees que la bestia sagrada pueda estar observándonos todavía, atisbando a través de algún agujero?

—No es probable —afirmó ella con una amable sonrisa de desaprobación.

—Tal vez no debiéramos correr más riesgos —advirtió él atrayéndola. La joven se abandonó sobre su brazo sin protestar.

—Ahora —dijo expectante—, comienza por el principio y cuéntame todo... El tribuno tiene miedo de algo; teme a alguien... ¿Qué es? ¿Quién es?

Demetrio encontraba difícil dar principio a su narración. La persuasiva cordialidad de Teodosia distraía su mente.

—Eres muy amable conmigo —observó con dulzura.

—Debería haber tenido un hermano —murmuró ella—. Imaginémonos que tú lo eres... ¿Sabes? Yo tengo esa sensación; es como si nos conociéramos desde largo tiempo.

Arrancando resueltamente, Demetrio comenzó su historia, no por el principio sino por el fin.

—Marcelo —declaró—, tiene miedo de cierto sayo. Una vestidura color castaño de tejido casero, manchada con sangre, que fue llevada por un hombre que le ordenaron a él crucificar. El hombre era inocente, y Marcelo lo sabe.

—¿Y el sayo? —preguntó Teodosia.

La historia, como Demetrio lo había previsto, fue larga de contar. Pero la narró toda, empezando por Minoa y el viaje a Jerusalén. Frecuentemente, Teodosia lo interrumpía con alguna pregunta.

—Pero, ¡Demetrio! —interrumpió, volviéndose para mirarlo en la cara—. ¿Qué había en ese Jesús para que pareciera tan gran hombre? Tú dices que aquella mañana estaba melancólico y disgustado, cuando la muchedumbre le pedía que fuese rey, pero, ¿qué hizo para conseguir que tanta gente lo admirara tanto?

—Es difícil de explicar. Tenía el presentimiento de que a él le daba lástima toda

aquella gente. Esto puede sonar muy tonto, Teodosia; eran como niños pequeños sin hogar clamando por algo y...

—¿Algo que él no podía darles? —preguntó ella, pensativa.

—¡Quizá, eso! —exclamó Demetrio—, Era algo que no podía darles... Porque ellos eran muy pequeños y faltos de experiencia para saber lo que necesitaban. Quizás esto parecerá una locura al decirlo: era como si aquel galileo hubiese venido de alguna comarca muy lejana, donde la gente fuera habitualmente honesta y amistosa y no peleara; algún lugar donde las calles estuvieran limpias, y nadie fuese codicioso, y no hubiera mendigos, ni ladrones, ni luchas, ni tribunales, ni prisioneros, ni soldados, ni malos, ni ricos, ni pobres.

—Sabes muy bien que no existe un lugar como ese —suspiró Teodosia.

—A él le preguntaron, en el juicio, si era un rey —prosiguió como para sí Demetrio—. Y dijo que tenía un reinado... Pero... que no se hallaba en este mundo.

Teodosia lo observó un poco sorprendida y estudió su cara.

—¡Ahora no me digas que crees en algo así! —murmuró desilusionada—. No pareces de los que creen en esas cosas.

—¡No lo soy! —protestó él—, Pero sé qué creer respecto a ese Jesús... Nunca he visto a nadie como él. Eso es cuanto con toda seguridad puedo decir.

—Es bastante —suspiró ella—. Temía que fueras a decirme que él era uno de los dioses.

—Me doy cuenta de que no crees en los dioses —contestó él, sonriendo burlonamente.

—¡Por supuesto que no!... Pero prosigue con tu historia. No debía haberte interrumpido.

Demetrio continuó. A veces era como si estuviera hablándose a sí mismo, cuando recordaba los trágicos acontecimientos de aquel triste día. Revivió sus extrañas emociones en aquella obscuridad caída de repente sobre Jerusalén a media tarde del viernes. Teodosia se mantenía muy tranquila, pero su corazón latía fuertemente y sus ojos estaban brumosos por la emoción.

—¿Y él no trató de defenderse de alguna manera? —interrumpió con voz ronca.

Demetrio, meneando la cabeza, siguió contándole cómo fue jugado el sayo, y lo que había ocurrido aquella noche en el banquete, cuando Marcelo fue forzado a ponérselo.

Concluida la extraña historia —el sol estaba bajo —, Teodosia se incorporó lentamente y caminaron del brazo hacia el claustro.

—¡Pobre Marcelo! —murmuró—. Por cierto, debería probarse algo muy excitante para distraer su mente.

—Y bien, he probado todo cuanto he podido imaginar —suspiró Demetrio—. Y ahora temo que haya perdido por completo su confianza en mí.

—Cree que la túnica está... embrujada.

Demetrio no contestó; y Teodosia, apretándole el brazo impulsivamente, lo

detuvo y escrutó atónita sus ojos.

—Pero... ¡tú no crees eso! ¿Verdad?

—Para mi desdichado amo, Teodosia, el sayo está embrujado. Está convencido de ello, y eso lo hace ser así.

—¿Pero... qué piensas tú? Para ti, ¿está realmente encantado?

Él eludió su mirada.

—Lo que voy a decir puede parecer cándido y simple. Cuando era un niño muy pequeño, y me caía y me lastimaba, corría a casa y buscaba a mi madre. Ella no se molestaba en preguntarme con qué me había magullado de aquella manera, ni me reñía por no haber tenido más cuidado. Me tomaba en su regazo y me abrazaba hasta que acababa con mi llanto y todo volvía a estar bien. Tal vez mi rodilla lastimada me dolía aún, pero ya podía soportarlo. —Miró tiernamente los suaves ojos de Teodosia—. Como ves, mi madre estaba siempre categóricamente de mi parte, sin importarle cómo se había producido mi desdicha.

—Continúa. Te voy siguiendo.

—He pensado a menudo —se interrumpió para intercalar—: ¡Los esclavos están muy solitarios, mi amiga! A menudo he pensado que debería haber... para las personas mayores... algún lugar donde pudieran ir... cuando están malos, doloridos... y encontrar la misma clase de seguridad que las criaturas experimentan en los brazos de su madre. Ahora... bien... esta túnica... no está embrujada, para mí... pero...

—Creo comprender, Demetrio.

Después de un breve silencio se separaron, yéndose como habían llegado. Demetrio pasó por la puerta del viejo muro. El recuerdo de la misteriosa historia había tenido un peculiar efecto sobre él. Todo le parecía ahora irreal, como si hubiera pasado una hora en un mundo de sueños.

El bullicio de la calle populosa, cuando dio vuelta a la esquina, lo sacó de su arrobamiento. Se le ocurrió y no pudo evitar una sonrisa, que había pasado largo tiempo con su brazo alrededor de la hermosa Teodosia, sin darse cuenta de su encanto físico. Y sabía que ella no se había ofendido por aquella actitud fraternal. La historia de Jesús, a pesar del torpe relato hecho por Demetrio, dada su limitada información, era de tal calidad emocional, que había eclipsado el natural interés en el afecto del uno por el otro... ¡Al parecer, la epopeya del galileo, aun imperfectamente comprendida, tenía la capacidad de llevar la amistad a elevadas regiones!

* * * * *

Era completamente claro ahora, para Marcelo, que el momento de la acción decisiva había llegado ya. La vida en aquellas condiciones humillantes no podía soportarla por más tiempo.

No había compartido para nada la prudente esperanza de su padre de que una

permanencia en Atenas, con mucho descanso y sin embarazosas responsabilidades sociales, alejaría su aflicción mental: sabía que estaba condenado a cargar para siempre con su pesar.

Era posible, desde luego, que si tiempo pudiera reducir la intensidad del cuadro que llenaba su mente. Proseguiría unos cuantos estudios para distraerse, daría a sus manos inquietas algunas ocupaciones entretenidas y trataría de reasumir el dominio de sus pensamientos.

Pero no había esperanza. ¡No tenía interés por nada!... Desde su llegada a Atenas, lejos de experimentar algún, descanso en su penosa tensión de nervios, había ido perdiendo terreno. El temor de encontrarse con la gente y tener que trabar conversación con alguno se había profundizado en una permanente obsesión.

Hasta evitaba los jardineros.

Y ahora... estaba destrozado. En un completo abandono de todo dominio emocional, había dado un triste espectáculo ante su leal esclavo. ¡No era de esperar que después de aquella escena Demetrio mantuviera su paciencia o cariño durante mucho tiempo! Había estado grosero con sus gritos y recriminaciones; por ello había quedado deshecho. Pero al día siguiente, por la mañana o por la tarde, podría nuevamente cometer algún acto de violencia. Era mejor pues terminar con este terrible asunto antes que hiciera daño a alguien más,

... Todos en su casa se apenarían cuando supieran las malas nuevas; pero el dolor era mucho más fácil de sobrellevar que la vergüenza.

Sentado allí, en el peristilo, con la cabeza entre las manos, Marcelo se despidió mentalmente de aquellos a quienes más había amado. Vio a Lucia, sentada en la sombreada pérgola, mientras leía tranquilamente, Visitó a su distinguido padre, en la biblioteca. No le preocupaba mucho cómo recibiría las malas noticias: el senador Galión no se sorprendería; se sentiría más bien aliviado al ver que el asunto había concluido. Subió a las habitaciones de su madre y se alegró de encontrarla durmiendo tranquilamente. Estaba contento de que su imaginación le hubiera evitado, al fin, la angustia de una partida llorosa... Dijo adiós a Diana: estaban juntos en la pérgola como aquella noche en que partió para Minoa. La había tomado en sus brazos, pero muy tímidamente, porque tenía la impresión de que no volvería más; y no era muy honesto hacer promesas. Esta vez abrazó y besó á Diana fuertemente.

Demetrio le había mentado, sin lugar a dudas, en el asunto del puñal comprado en Corfú. Le hizo creer que la daga con mango de plata que llevara durante años se había perdido en el «Vestris». Seguramente Demetrio, alarmado por su estado melancólico, lo había engañado quitando el arma. De todos modos, aquel robo había sido suficientemente justificado. Marcelo, no había insistido sobre el asunto; basta admitió sin protestar la teoría de que la daga se había perdido. En Corfú compró otra. Eva menos adornada que útil. Al día siguiente de dejar Corfú, también ella se perdió. Le pareció improbable que algún compañero de viaje robara una daga de valor tan insignificante... Si, Demetrio la tenía; no cabía duda sobre ello. Y buscando en la

cartera de armas de su esclavo encontraría quizás las dos.

Era posible que Demetrio las hubiese tirado por la borda; pero era tan escrupuloso en su honestidad que esto lo parecía improbable.

Demetrio pues las guardaría. Hasta llegado el día en que pensara no ser ya peligroso devolvérselas.

Afrojando el cinturón de su túnica y echándolo a un lado, Marcelo entró en el pequeño dormitorio del corintio. Vio en efecto, la cartera de arma. Estaba sobre su cama... Sus manos temblaban mientras caminaba hacia ella, pues no era asunto cualquiera estar tan cerca de la muerte.

Pero de pronto se detuvo. ¡Allí estaba otra cosa más! «¡Eso!». ¡Lentamente retrocedió y se apoyó contra la pared!... ¡Ah! ¿Así que el ingenioso Demetrio se había anticipado a su decisión? ¡Iba a defender sus dagas robadas con el sayo! Marcelo apretó los puños y rugió. ¡Terminaría de una vez con eso!

Forzando con todas las energías sus pies, que se negaban a obedecerle, se arrastró hacia el lecho y estiró una mano temblorosa. Un sudor frío corría ahora por su rostro, y sentía las piernas tan flojas, que a duras penas pedía tenerse en pie.

Bajó de repente la mano con un movimiento violento, cual si estuviera capturando un ser viviente.

Durante un rato largo permaneció como transfigurado, recorriendo con los dedos la vestidura odiada y largamente temida. Luego se sentó en el borde de la cama y con extrema lentitud atrajo la túnica hacia sí. La miró sin comprender; la elevó a la luz; la pasó suavemente contra su brazo desnudo.

No alcanzaba analizar sus peculiares sensaciones; sin embargo, algo muy extraño le estaba ocurriendo. Como por ensalmo, su permanente agitación interior había desaparecido. Levantándose como si despertara de un sueño, puso la vestidura sobre su brazo y salió al peristilo. Se sentó y la dobló sobre los anchos brazos del sillón. La acarició largamente. Experimentaba ahora una curiosa exaltación; un sentimiento indefinible de alivio: ¡alivio de todo!... ¿Sería verdad? ¡Se había librado de una pesada carga! ¡Jamás volvería a temer!

Abundantes lágrimas llenaron sus ojos y los rebasaron.

Al cabo de un rato se levantó y llevó el manto al cuarto de Demetrio, colocándolo donde lo había encontrado. No acostumbrado aún a esta nueva sensación de bienestar, hallábase indeciso, sin acertar qué hacer. Fue al estudio y rió ante la pobre estatuilla de Demetrio. Ya la casa no era suficientemente grande como para albergarlo; y poniéndose la toga salió al jardín. Fue allí donde lo halló su esclavo.

Demetrio se había aproximado a la mansión embargado por un sentimiento de horror. Conocía a Marcelo suficientemente bien como para suponer que no sería capaz de soportar mucho más aquella humillación.

Penetrando en la casa con rapidez, miró en el dormitorio de su amo y en el estudio. Luego salió al peristilo, con el corazón oprimido. Vio a Marcelo paseando lentamente por el jardín. Al salirle al encuentro, lleno de ansiedad, se dio cuenta en el

acto de que un gran cambio se había operado en él.

—¡Te sientes mejor, señor! ¿No es así? —Y escrutaba su rostro como si no creyese lo que estaba viendo.

Los labios de Marcelo se crisparon, al paso que sonreía.

—He estado alejado de ti mucho tiempo, Demetrio —dijo en tono vacilante.

—Sí, señor. ¡Y no necesito decirte cuán contento estoy de que te hayas mejorado!
¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Me dijiste que sabías de un zurcidor, uno que pudiera remendar aquel sayo.

Una luz brilló en los ojos de Demetrio.

—¡Sí, señor!

—Después que hayamos cenado, trataremos de encontrarlo.

Se encaminó lentamente hacia la casa; Demetrio lo seguía, con el corazón que no le cabía en el pecho. Cuando llegaron al peristilo no pudo mantenerse más en silencio.

—Señor, ¿puedo preguntarte qué ocurrió? ¿«Lo» tocaste?

Marcelo asintió y esbozó una sonrisa.

—¡Esperaba que lo hicieras, señor!

—¿Por qué?... ¿Habrías tenido acaso alguna experiencia extraña con él?

—Sí, señor.

—¿Qué te hizo a ti?

—No puedo definirlo del todo, señor. Hay una extraña energía adherida a él, y fluye no sé en qué forma.

—¿No crees que es una tontería pensar así?

—Sí, señor. He tratado mil veces de explicar el hecho... «Lo» he visto morir, tú lo sabes. ¡Era muy valiente! Quizás he investido a esta túnica con mi propia admiración por su coraje. Cuando la miro, me avergüenzo de mis propias dificultades y trato de comportarme con fortaleza y... —se detuvo indeciso; no sabía cómo proseguir.

—¿Y crees que eso lo explica todo? —insistió Marcelo.

—¡Sí, señor! Así supongo.

—¡Hay algo más que eso, Demetrio!... ¡Y tú lo sabes!

—Si, señor...

NOVENO

DESPERTÁNDOSE al alba, Marcelo habla permanecido gratamente sorprendido al encontrarse libre del peso que durante tanto tiempo lo había oprimido. Era la primera vez que comprendía el total significado de la libertad.

Deteniéndose ante la puerta abierta de Demetrio, notó con satisfacción que su leal esclavo, cuya ansiedad había sido tan penosa como la suya, estaba todavía profundamente dormido. Eso era bueno. Demetrio bien merecía un descanso. Y también una amplia disculpa.

Desde aquel verano en que, a los quince años, estuviera convaleciendo lentamente de una seria enfermedad, no había experimentado tan profunda intimidad con los principios elementales de la vida. La fiebre devastadora lo había entonces dejado débil y flaco; pero en aquellos días de convalecencia sus sentidos habían estado anormalmente alerta. En especial por la mañana, temprano, todos los colores le resultaban luminosos, todos los sonidos se intensificaban, todos los olores eran mucho más concentrados que habitualmente.

Hasta entonces, los pájaros gorjeaban y silbaban, cada especie lanzaba su propio grito de identificación, pero era tonto decir que cantaban. Ahora los pájaros trinaban canciones melodiosas y corales. La brisa del alba, saturada con una mezcla sutil de magnolia, trébol y algo de madreselva, jazmín y narciso, le daba la bienvenida en su retorno a la bondad y alegría de la vida. En ocasiones un penetrante olor de húmedas hojas y tierra fresca removida lo serenaba momentáneamente; pero en seguida retomaba su regocijo por haber escapado de aquel íntimo desasosiego.

En aquellos días memorables de su adolescencia, Marcelo había estado impresionado por su vinculación con todas las cosas creadas. Apaciguaba y afirmaba su espíritu el encontrarse tan íntimamente ligado con la naturaleza. Luego, al recuperando su vigor corporal, esta peculiar sensibilidad cesó gradualmente. Todavía lo alegraban los colores y perfumes de las flores, los fluidos cantos de los pájaros y el insistente zumbido, de los insectos; pero la tierna comprensión de su lenguaje se había perdido en la rutina de las clases diarias y de los juegos. No esperó volver a sentir jamás aquel temporario estado excepcional. Quizá sólo podía experimentarse cuando las fuerzas físicas desfallecían, frágiles como colibríes y heliotropos.

Esa mañana, para su feliz sorpresa, aquella gozosa intimidad había retornado, llenándolo de una mística exaltación. Sin saber cómo, había vuelto aquel indefinible éxtasis de la naturaleza.

Por la noche había llovido suavemente, y ahora las hojas de los altos sicómoros, balanceándose alegremente, reflejaban destellos de oro. El aire estaba impregnado con el aroma fragante de las rosas. Tal vez fuera en una mañana como ésta, supuso Marcelo, cuando Aristófanes había compuesto su famosa obra sobre los pájaros de Atenas.

Indudablemente, era inevitable que la extraña experiencia del día anterior le

produjera una serie de variadas reacciones. El efecto inmediato de su contacto con el sayo había sido un sentimiento de temor reverente y de sorpresa, seguido rápidamente por una hilaridad rayana en la histeria. Pero la prolongada tensión nerviosa había sido tan implacable que su repentino relajamiento le había producido una fatiga casi paralizadora. Marcelo se había acostado tempranísimo, durmiéndose en el acto como un niño.

Animado, despabilado, con un sentimiento gozoso de completa purificación y renovación, había deseado elevar sus ojos y sus manos en agradecimiento a algún espíritu superior a quien se pudiera atribuir aquel inefable regalo. Cuando se sentó allí, en la glorieta de rosas, nombró mentalmente la lista de diosas y dioses clásicos, buscando un nombre digno de homenaje. Pero no pudo pensar en ninguno que mereciera su respeto intelectual, y muchísimo menos su reverencia. Había sido singularmente bendecido; pero aquel maravilloso presente era anónimo... Por primera vez en su vida, Marcelo envidió a las almas ingenuas que creían en los dioses. En cuanto a él, era incapaz de creer en ellos.

Así y todo, la sorprendente experiencia con la túnica del galileo era algo que no podía ser desechado con un mero «no comprendo, considerémoslo como un incidente acabado».

No. Era antes bien un problema que debía ser resuelto de alguna manera.

Y se entregó a serias reflexiones. Por de pronto, el sayo simbolizaba todo aquel vergonzoso asunto de Jerusalén. El hombre que lo había llevado era inocente de todo crimen. Había sido tratado injustamente, injustamente sentenciado, y matado deshonrosamente.

Había sobrellevado su sentencia con fortaleza admirable. ¿Era «fortaleza» la exacta palabra? «No, murmuró Marcelo, el galileo tenía otra cosa además de eso. Lo más que puede significar fortaleza es la condición de soportar algo valerosamente. Aquel Jesús no solamente había soportado. Era algo así como si hubiera enfrentado su tragedia habiendo ido él mismo a su encuentro».

Luego, aquella noche en la residencia de Pilatos, a duras penas serenado después de todo un día de embriaguez, Marcelo había llegado gradualmente a la conclusión de que, frente a ese increíble valor, él había llevado a cabo su brutal cometido como si la víctima fuera un vulgar criminal. La completa perfidia de su conducta se había desencadenado sobre él, de pronto, como una tormenta, el día mismo, en el banquete de Pilatos. No le había sido suficiente haber unido sus manos a las de cobardes y bandidos para crucificar a Jesús. ¡No! Había consentido en ridiculizar al héroe, poniéndose su sayo manchado de sangre para entretenimiento de una turba de borrachos... ¡No era de extrañar que el recuerdo de su propia participación en el crimen hubiese infestado, quemado y torturado su espíritu! Sí, ese aspecto era comprensible. Y porque la túnica había sido el instrumento de su tortura, era natural, pensó, que le hubiera despertado un casi insano aborrecimiento por ella.

En cambio la víspera, al tocarlo, se había curado su mente enferma. ¿Cómo

valorar en su exacto alcance este hecho sorprendente? Quizá era más sencillo de lo que parecía.

Tal vez él lo estaba complicando demasiado. Había tenido temor de la vestidura porque simbolizaba su gran error y su gran infortunio. ¡Ahora, impelido por una circunstancia desesperada a poner sus manos sobre ella, su obsesión se había desvanecido! ¿Era este efecto puramente subjetivo o el sayo poseía un poder mágico?

¡Esta última sugestión era absurda! ¡Ridícula! ¡Eso echaba por tierra los principios por los cuales había vivido! Al admitir tal teoría, tendría que pasar por encima de todas sus sensatas creencias en un universo impersonal regido por leyes perdurables; tenía que llegar a confesarse víctima de la superstición.

¡No! ¡No lo haría y no quería hacerlo! ¡No había magia en aquel asunto! Era una mera jugarreta de su imaginación. Durante algunas semanas había simbolizado su crimen y su castigo. Ahora simbolizaba su curación. Su remordimiento se había escurrido en su imaginario total a través del reloj de arena y había llegado el tiempo en que su crimen debía quedar atrás. El roce del sayo con sus manos había marcado el momento de la expiación de su castigo mental. No iba a admitir que estuviera investido de misterioso poder.

Hoy por de pronto, buscaría a ese zurcidor y lo haría reparar. Le demostraría, por fin, honor y respeto. No era nada más que una vestidura, que merecía ser tratada con gratitud y reverencia. Sí, ¡llegaría hasta eso! Podría decir honestamente que la reverenciaba.

Demetrio se acercó a él y se disculpó por la tardanza.

—¡Me alegro de que hayas podido dormir! —Marcelo sonrió—. Has tenido demasiadas preocupaciones a causa mía. En mi desgracia, he sido rudo contigo. Fuiste comprensivo de veras. Demetrio, e inmensamente paciente. Siento mucho haberte tratado como lo hice, en especial ayer. ¡Me comporté muy mal!

—¡Por favor, señor! —rogó el corintio—, ¡Estoy tan contento de verte nuevamente bien!

—Creo que debemos tratar de encontrar a tu zurcidor hoy mismo, y ver si puede remendar el género.

—Sí, señor. ¿Pido tu desayuno?

—Dentro de un momento, Demetrio... En tu opinión, sinceramente: ¿el sayo está embrujado?

—Es muy misterioso, señor —Demetrio espaciaba las palabras deliberadamente—. Esperaba que tú pudieras arrojar un haz de luz sobre el asunto... ¿Puedo preguntar a qué conclusión has llegado?

—Cuanto más pienso en ello —dijo lentamente el tribuno— tanto más sorprendente lo hallo. —Se levantó y se encaminó hacia la casa.

—Y bien, señor —adujo Demetrio, manteniéndose a su lado—. No se trata de algo que se nos haya pedido que comprendamos... Hay muchísimas cosas que cabe pensar que no comprenderemos jamás. Ésta, puede ser una de ellas.

Cruzando la calle, desde la entrada principal del extenso teatro al aire libre, destinado al dios Dionisio, había una multitud de pequeños bazares que expendían bagatelas, tales como confituras, abanicos y cojines, para que los espectadores las compraran en su camino. Al final de la hilera se encontraba la tiendecita de Benjamín, algo apartada de sus frívolos vecinos.

En la puerta no había nada que indicara la naturaleza del negocio; solamente un nombre, grabado en una placa de ciprés, y no fácilmente legible, significaba secamente que el que no sabía que Benjamín era un zurcidor, y el más viejo y hábil de Atenas, no sería probablemente un cliente deseable.

El ambiente de la tienducha era sofocante. No había más que un cuarto espacioso, que contenía, además de dos telares —uno de ellos el más grande que Marcelo hubiera visto—, un torno para hilar, un enorme artefacto para cardar y pesadas cortinas de toscos materiales; canastos de cañas llenos de ovillos de seda, grandes balas de algodón y ovillos de lana.

La mayor parte del espacio restante estaba ocupado por la cómoda mesa de trabajo, ante la cual se hallaba sentado Benjamín, con las piernas cruzadas, profundamente absorto en el bordado que estaba haciendo alrededor de la manga vaporosa de un quitón.

Estaba completamente inclinado, encorvado, y su cabeza calva parecía demasiado grande para su frágil cuerpo. Una larga barba blanca le cubría el pecho. La túnica raída no era, visiblemente, ejemplo de su habilidad manual. Detrás de él había un gran estante contra la pared, bajo el borde de la ventana, lleno de pergaminos cuyos carretes lustrosos demostraban haber sido muy usados.

Benjamín no miró a los que entraban hasta que hubo alcanzado el fin de la hebra; luego, enderezándose con un gesto penoso, observó a sus nuevos clientes con un ademán de desgano que hizo fruncir su larga nariz y mover sus labios, a la manera de un camello sobrecargado que protestara. Excepto el intenso brillo de sus ojos, profundamente hundidos, Benjamín parecía tan viejo como Jahvé, y siempre malhumorado, si su actitud reflejaba su carácter.

Marcelo avanzó confiadamente, con Demetrio a su lado.

—Esta vestidura —comenzó presentándola— necesita arreglo.

Benjamín frunció desagradablemente su vieja boca, aspiró, lamió sus pulgares y retorció una nueva hebra para un punto difícil.

—Tengo mejores cosas que hacer —exclamó con acento gutural—, más que zurcir agujeros en ropas viejas. —Levantó la aguja hacia la luz, mirando de soslayo—. Id a ver a un fabricante de telas —añadió algo menos gruñón.

—Tal vez no debiera haberte molestado con tan pequeño asunto —admitió Marcelo con tranquilidad—. Sé que esta vestidura es de poco valor; pero es un recuerdo, y deseo que sea arreglada por alguien que sepa hacerlo.

—¿Recuerdo? —El anciano agarró el sayo y pasó sobre él sus expertos dedos—. Un recuerdo... —murmuró—. ¿Y cómo llegó a ser un recuerdo? —Miró a Marcelo con torvo ceño—. Eres romano, ¿no es así? ¡Y esta túnica es tan judía como los Diez Mandamientos!

—Es cierto —asintió Marcelo pacientemente—. Soy romano, y ésta perteneció a un judío.

—Amigo tuyo, supongo. —El tono de Benjamín era ahora irónico.

—No, exactamente un amigo no... Pero fue un judío valiente y muy estimado por todos los que lo conocieron. Esta túnica vino por último a parar a mis manos, y desearía que fuera tratada con respeto. —Marcelo se inclinó más cerca para observar, mientras con sus uñas amarillas el anciano raspaba ligeramente una mancha oscura.

—Murió peleando, tal vez —murmuró Benjamín.

—Fue una muerte muy violenta... pero no peleaba. Era un hombre de paz, acosado por sus enemigos.

—Parece que conoces bien el asunto —gruñó el tejedor—. De todas maneras, no es de mi incumbencia indagar cómo obtuviste esta prenda... Está claro que no has hecho daño a ese judío, de lo contrario no apreciarías tanto su vestidura —añadió un poco menos fríamente—. Te la remendaré. No te costará nada.

—¡Gracias! Prefiero pagar lo que sea. ¿Cuándo puedo venir a buscarla?

Benjamín ya no atendía. Con su vieja cara arrugada se había vuelto hacia la ventana y revisaba el género a la luz directa.

Sobre su delgado hombro hizo señas a Marcelo para que se aproximara.

—Haz el favor de observar. Está tejido sin una sola costura... Todo en una sola pieza. Existe un solo lugar donde hacen esto. Es en la vecindad del lago de Genezaret, en Galilea.

El anciano acarició su barba, pensativo.

—Hacía años que no veía una pieza de tejido casero de Galilea. Me parece que ésta es de los alrededores de Cafarnaún.

—¿Conoces pues esa comarca? —inquirió Marcelo.

—Sí... Mi pueblo es samaritano, un corto camino hacia el sud, casi en la frontera. —Benjamín rió entre dientes, malhumorado—. Los samaritanos y los galileos nunca tuvieron mucho en común. Los galileos son buena gente, religiosa, amante del templo; no gastan mucho tiempo en sus sinagogas y dejan que sus cosechas y rebaños se cuiden solos mientras ellos van a Jerusalén para las ceremonias. Se mantienen pobres con sus peregrinajes y sacrificios... Nosotros los samaritanos no apoyamos al Templo.

—¿Por qué eso?

Benjamín apoyó sus flacas piernas en el borde de la mesa y se acomodó preparándose a explayarse en una extensa disertación.

—Desde luego —comenzó—, has oído la historia de Elías.

Marcelo negó con un movimiento de cabeza, y Benjamín lo miró con no

disimulada compasión; luego, al parecer decidiendo no perder más tiempo, levantó sus piernas, las cruzó, se puso cómodo y reanudó su trabajo con la aguja.

—¿Era Elías uno de los dioses de Samaria? —preguntó con torpeza Marcelo.

El anciano dejó lentamente su trabajo y envolvió a su joven cliente en una mirada despectiva.

—Resulta muy difícil creer —declaró con ironía mal contenida— que hasta un romano pueda haber acumulado tantísima ignorancia. ¡Para los judíos, sean samaritanos, galileos o de los dispersados, hay un solo dios! Elías fue un gran profeta, y Elíseo, que heredó su manto, fue también un gran profeta. Vivieron en las montañas de Samaria mucho antes que vinieran los grandes templos y toda esa bulla sagrada de los sacerdotes haraganes. Nosotros, los samaritanos, siempre hemos adorado en los bosquecillos, en lo alto de las montañas.

—Me parece muy razonable —aprobó Marcelo.

—Bien —gruñó el anciano—. Ese no es un cumplido a nuestras creencias, aunque supongo que tu intención fue cortés.

Marcelo rió a carcajadas, y Benjamín, acariciando su larga nariz, le dijo secamente:

—Tienes el temperamento suave, joven.

—Eso depende de la naturaleza de la provocación, ¡señor! —corrigió Marcelo, deseando no ser superficial—. Tú eres mayor que yo en muchos, muchos años.

—¡Ah! ¿Así que crees que un viejo tiene derecho a ser grosero?

—Aparentemente compartimos la misma opinión sobre eso —dijo Marcelo con complacencia.

Benjamín se inclinó sobre su trabajo, ahogando una risita entre sus barbas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al cabo de un rato, sin mirarlo. Y cuando Marcelo le hubo contestado, inquirió—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Atenas?

La pregunta era de gran interés para Demetrio. Ahora que las condiciones habían cambiado, Marcelo podría considerar un pronto retorno a Roma. Todavía no le había indicado cuáles eran sus intenciones, o si había concedido algún pensamiento al asunto.

—No sé —contestó el tribuno—. Tal vez varias semanas. Hay muchas cosas que quiero ver.

—¿Cuánto tiempo hace que llegaste?

Marcelo se volvió y echó una mirada interrogadora a Demetrio, quien dio la información.

—¿Has estado en el Cerro de Marte? —inquirió el anciano.

—No —replicó Marcelo de mala gana.

—¿En el Acrópolis?

—Todavía no.

—¿No has estado entonces en el Partenón?

—No. Aún no.

—¡Hum! ¿Qué has estado haciendo?

—¡Descansando! He hecho dos largos viajes recientemente.

—Un joven sano como tú no necesita ningún descanso —se mofó Benjamín—. ¿Dos viajes, eh? ¡Un gran viajero! ¿Dónde estuviste?

Marcelo frunció el ceño. Parecían no tener término las preguntas del viejo.

—Venimos de Roma —contestó, esperando que bastase.

—Ése es un viaje —animó Benjamín.

—Y antes... de ése... navegamos hacia Roma desde Jope.

—¡Ah! ¡De Jope! —Benjamín continuó su minucioso interrogatorio: tenía los ojos bajos, pero su voz vibraba con repentino interés—. ¿Entonces estuviste en Jerusalén? ¿Y cuánto tiempo hace?

Marcelo calculó mentalmente y se lo dijo.

—¡En verdad! —comentó Benjamín—. Entonces estuviste durante la semana de Pascua. Me han contado que sucedieron cosas extrañas.

Demetrio se puso alerta; inquieto, cambió de lugar y observó a su amo con ansiedad. Los ojos de Benjamín lo notaron en un rápido movimiento bajo sus velludas cejas.

—Es muy posible —replicó Marcelo evasivamente—. La ciudad estaba llena de toda clase de gente... Cualquiera cosa pudo haber pasado...— Enganchó los dedos en su cinturón y retrocedió un paso—. No interrumpiré por más tiempo tu trabajo.

—Vuelve mañana. Un rato antes de la puesta del sol. El sayo estará listo... Tomaremos un vaso de vino juntos, si aceptas la hospitalidad de mi humilde morada.

Marcelo dudó un momento antes de replicar, y cambió miradas fugaces con Demetrio, quien, casi imperceptiblemente, hizo un movimiento de negación, como si estuviera diciendo que era mejor no arriesgarse a rever la tragedia.

—Eres de lo más amable —respondió Marcelo—. No estoy seguro... sobre lo que haré... mañana. Pero... si no vengo, mandaré a buscar el manto. ¿Puedo pagarte ahora? —Y buscó en los pliegues de su túnica.

Benjamín continuaba cosiendo como si no hubiese oído. Al cabo de un momento sondeó los ojos de Marcelo.

—Me parece —dijo muy despacio, acariciando suavemente el género—, me parece que no deseas hablar de ese judío...

Marcelo sentíase del todo incómodo y ansioso de encontrarse afuera.

—Es una historia triste.

—Todas las historias sobre los judíos son tristes —comentó Benjamín—. ¿Puedo esperarte mañana?

—Sí, sí —asintió Marcelo, indeciso.

—Está bien —murmuró Benjamín, y levantó su mano huesuda—. ¡Qué la paz sea contigo!

—Gracias —tartamudeó Marcelo, sin saber si él a su vez debía desear paz al viejo judío. Tal vez eso sería un error social—. Adiós —dijo al fin, sintiendo que saldría

del paso despidiéndose así.

Fuera de la tienda Marcelo y Demetrio cambiaron miradas interrogativas y cruzaron lentamente la calzada hacia el teatro.

—¡Vaya un viejo extraño! —observó Marcelo—. No creo que me gustaría volver a verlo alguna vez... ¿Te parece que está loco?

—No —precisó Demetrio—. Lejos de ello. Es un anciano muy sabio.

—Creo sin embargo que opinas que yo cometería un error volviendo mañana.

—Sí, señor. Mejor es que olvides todo aquello, ahora.

—Con todo, podría no volver a hablar de aquel horrible asunto de Jerusalén —protestó Marcelo—. Simplemente puedo decir que no deseo recordarlo. —Su tono sonaba como si estuviera recitando un discurso hecho especialmente para esa ocasión—. Y esto —concluyó— bastará para ponerlo en su lugar, según creo.

—Sí, señor. Eso debería bastar para ponerlo en su lugar —asintió Demetrio—. Pero creo que no bastará. Benjamín no será fácil de conformar.

Iban paseando por la larga avenida de césped hacia el desierto escenario del teatro.

—¿Conoces algo sobre las costumbres y maneras de los judíos, Demetrio? —preguntó Marcelo.

—Sobre sus costumbres muy poco, señor.

—Cuando el anciano Benjamín elijo: «La paz sea contigo», ¿qué debía haber contestado yo? ¿Hay alguna respuesta formal que hacer?

—Adiós es de uso correcto, según me parece, señor.

—¡Pero yo dije eso! —replicó Marcelo, como regresando de golpe de alguna lejana excursión mental.

—Sí, ¡señor! —confirmó Demetrio, haciendo votos para que no volviera a caer en aquella escabrosa reflexión.

Regresaron a la entrada del teatro.

—Me pregunto qué sabrá ese anciano sobre el galileo —musitó Marcelo.

—Te lo contará mañana.

—¡Pero yo no voy a volver mañana! No quiero volver al tema pasado. ¡Quiero arrojar de mi mente todo aquello!

—Es una decisión sabia, señor —aprobó Demetrio serenamente.

* * * * *

Dejando el teatro de Dionisio, caminaron por el ágora, donde Marcelo se detuvo ante los puestos del mercado para cambiar unas bromas con las mofletudas chicas del pueblo y deslizar unos denarios en las delgadas manos de sus hermanitos. Luego subieron al Cerro de Marte y pasaron una hora en el sagrado bosquecillo donde los grandes griegos perduraban en la piedra.

Retornaron por el sendero principal. Marcelo se sentó en un banco de mármol,

mientras Demetrio permanecía a corta distancia. Ambos se abandonaron a sus reflexiones. Al cabo de un rato. Marcelo señaló con un brazo la hilera inmóvil de bustos marmóreos, muchos de los cuales estaban mutilados.

—¡Demetrio! ¡Se me acaba de ocurrir que no hay un solo guerrero en ese conjunto! Vosotros los griegos peleáis bien cuando tenéis que hacerlo, pero los héroes que viven para siempre en vuestros parques son hombres de paz. ¿Recuerdas el Foro? Sila, Antonio. Escipión, Camilo, Julio, Augusto. ¡Todos representados con espadas y escudos! ¡Mira en cambio esta procesión de griegos subiendo el cerro! ¡Sócrates, Epicuro, Herodoto, Solón, Aristófanes, Polibío! Ni un combatiente entre ellos.

—Pues todos ellos dan la impresión de que estuvieron en la guerra, señor — bromeó Demetrio.

—¡Ah, sí! ¡Nosotros hicimos eso! —dijo Marcelo desdeñosamente—. ¡Nuestras bravas legiones romanas; nuestros bravos analfabetos!

Permaneció ceñudo por un momento; luego prosiguió con desacostumbrado acaloramiento:

—¡Demetrio! ¡Desprecio a los hombres que hacen la guerra contra los monumentos! ¡El presente puede pertenecer al Imperio Romano por la fuerza de la conquista; pero, por todos los dioses, el pasado no! ¡Sólo una nación demente, despreciable y cobarde batalla contra la historia de otra nación! ¡No se necesita mucho valor para subir aquí y destrozarse las orejas del viejo Pericles! ¡Apostaría a que el bárbaro borracho y sucio que descargó su espadón sobre la nariz de Hipócrates no sabía leer ni escribir! ¡No le queda mucha dignidad a una nación que no tiene respeto por las palabras y trabajos de los genios que han dado al mundo todo lo que él tiene de sabio y bello!

Profundamente excitado se levantó y caminó con pasos largos por el sendero hasta enfrentar el busto de Platón.

—¡Este hombre, por ejemplo, no tiene nacionalidad! ¡No tiene patria! ¡No tiene raza! ¡Ni reino en este mundo que pueda reclamarlo o destruirlo!

Bruscamente Marcelo se detuvo en medio de lo que prometía ser un apostrofe. Permaneció un momento en silencio; luego avanzó hacia Demetrio y le miró fijamente a los ojos.

—¿Sabes, Demetrio? ¡Eso es lo que dijo el galileo de sí mismo!

—Recuerdo —asintió el corintio—. Dijo que su reino no era de esta tierra. Y nadie comprendió lo que quiso expresar.

—Me pregunto —la voz de Marcelo se había vuelto soñadoras quizá... algún día... tendrá un monumento... como el de Platón... ¡Ea! ¡Vamos! Habíamos decidido estar alegres hoy; y nos dedicamos a filosofar como viejos.

Llegaron a la posada en las últimas horas de la tarde. Cuando entraron, Marcelo manifestó que convenía pasar a saludar a la familia Eupolis.

—Tenía que haberlo hecho mucho, antes... No creo haber visto a ninguno de ellos desde la noche en que llegamos.

—Se alegrarán de verte, señor. Han preguntado por ti con frecuencia.

—Me quedo aquí. Y los veré ahora mismo —decidió Marcelo, impulsivamente—. Puedes retirarte a nuestro departamento. Iré dentro de un momento.

Demetrio, contento por todo aquello, pensó que esta renovación de las relaciones, tras tan extraño aislamiento, sería de gran interés para la gente de Eupolis. Tal vez Teodosia quisiera contarle algo.

Entonces empezó a preguntarse qué pensaría ella de él a ese respecto. ¿No había estado tan alarmado en cuanto a las condiciones de su amo, al punto de confiar a ella su angustia? ¡Y he aquí que Marcelo, a quien ella suponía sumido en una desesperación incurable, corría a saludarlos, tan tranquilo como si nunca le hubiera pasado nada! ¿Pensaría Teodosia que él había urdido toda aquella historia? ¡No! ¡No podía creer eso! ¡Nadie sería capaz de inventar un cuento semejante!

Al rato vino uno de los esclavos de la cocina a anunciar que el tribuno cenaría con la familia. Demetrio sonrió, mientras se dirigía a pasos lentos hacia el peristilo. Se preguntaba qué conversarían durante la cena; en esta ocasión se requeriría un poco de tacto.

A la mañana siguiente, temprano, Marcelo se puso una túnica ordinaria y empezó a trabajar en la mesa para modelo, con el aire de un escultor profesional. Demetrio rondaba a su alrededor, esperando ser de utilidad, hasta que se hizo evidente que no se deseaba nada de él, sino tan solo su silencio, o tal vez su ausencia.

Teodosia había colocado un escudo de vivos colores cerca de la pared que rodeaba el parque y estaba tirando al blanco desde la distancia de un estadio. La joven presentaba un precioso aspecto con su túnica blanca de mangas cortas y un mechón de rizos negros escapando de su turbante escarlata. Demetrio se sorprendió al acercarse viendo que se servía de un arco de hombre y que, si bien no lo flexionaba totalmente, sus flechas se clavaban con un firme ruido metálico que indicaba una fuerza poco común en una muchacha. Por otra parte, las saetas estaban bien colocadas. Si Teodosia lo hiciera en serio, podía causar bastante daño con una de aquellas largas flechas de hueso.

Al verle ella sonrió y le preguntó si tenía alguna indicación que hacerle. Interpretó esto como una invitación a que la acompañase; pero, aunque temeroso como antes, pensando que si los veían conversando podía resultar para ambos una situación comprometedor, esta vez se apartó de su camino para unirse a ella.

—Creo que tu puntería es muy buena. Puedes dar por seguro que no necesitas lecciones.

Ella se ruborizó un poco y lanzó otra flecha al blanco que se apoyaba sobre un asiento de mármol. Demetrio advirtió que se ofendería si se iba, y sin considerar las consecuencias, avanzó lentamente hacia ella.

—¿Estás por ventura demasiado ocupado como para charlar un rato tranquilamente? —preguntó Teodosia sin mirarlo.

—Tenía la esperanza de que lo sugirieras. Pero no podemos hacerlo aquí, ya lo

sabes.

¡Sss! ¡Ping!, hizo la flecha.

—Muy bien —contestó—. Te encontraré allá.

Caminando rápidamente, Demetrio dio un rodeo hasta el jardín del templo. Al parecer los hierofantes estaban ocupados en sus asuntos sagrados o lo que fueran, porque no había ninguno a la vista. Los latidos de su corazón se aceleraban un poco cuando vio llegar a Teodosia. Era una experiencia nueva la de ser tratado en términos de igualdad, y no estaba muy seguro de cómo debía considerar tanta afabilidad. Necesitaba y deseaba la amistad de Teodosia; pero, ¿cómo interpretar la libertad con que ella se la ofrecía? ¿No tendría escrúpulos en una entrevista privada con un esclavo? Cabía la duda de si esta amistad lo honraba a él o solamente la divertía a ella.

La muchacha se sentó a su lado sin saludarlo, y lo observó serenamente, a tan corta distancia que él podía notar los pequeños puntos dorados de sus ojos oscuros.

—Háblame de la cena de anoche —dijo Demetrio, deseando saber qué había pasado.

—Muy raro, ¿verdad? —No había nada de ironía en su tono—. Está completamente curado.

Demetrio asintió.

—Temía que pudieras pensar que yo había alterado los hechos —dijo—. No hubiera podido culparte de tal sospecha.

—No; he creído cuanto me has contado. Demetrio. Y lo creo todavía. Es algo que ha ocurrido. Algo muy importante ha pasado.

—Es verdad. Marcelo encontró el sayo estando yo ausente, y su actitud hacia él cambió por completo. Una vez que lo hubo tocado, su horror desapareció de repente. Anoche durmió. Hoy ha estado como era antes. Creo que su obsesión ha sido curada... ¡No pretendo comprender!

—Naturalmente, no he pensado en otra cosa todo el día —confesó Teodosia—. Si era la túnica lo que atormentaba a Marcelo, debe haber sido el volver a verla lo que lo curó... Tal vez sea algo como esto: yo llevo un diario, Demetrio. Cada noche escribo unas pocas cosas que deseo recordar. Si alguien que no me conociera leyese una página en la que soy feliz y donde digo que la vida es buena, podría tener una impresión completamente distinta de mí, que el que leyese el otro lado del papiro, dónde soy cínica, estoica, fría o amargada. Ahora bien, Marcelo y tú teníais muy distintos pensamientos respecto a esa vestidura. Los tuyos eran más bien tristes, pero no te acusaban; Marcelo en cambio conservaba esos recuerdos que le afligían.

Se detuvo, preguntando con los ojos si aquella analogía tenía algún valor. Demetrio le indicó que siguiera.

—Me dijiste que Jesús había perdonado a todos y que a Marcelo le había conmovido mucho eso... Quizá cuando volvió a tocar el sayo, esta impresión se hizo tan fuerte que alivió sus remordimientos. ¿Lo encuentras razonable?

—Sí. ¿Pero no pensarías, Teodosia, que después de haber tenido una experiencia como ésta, una especie de visión que lo libró de todas sus fobias, Marcelo debería encontrarse en un gran estado de exaltación? En verdad, estuvo como arrobado, pero por un tiempo muy breve. Ayer se portó en la mayor parte del día como si nada le hubiera pasado.

—Mi opinión es que está ocultando sus emociones —aventuró la joven—. Tal vez siente esto más profundamente de lo que tú crees.

—No hay razón para que sea reticente conmigo. Se había exaltado tanto por su aventura, anteanoche, que estaba medio indignado porque traté de considerarla racionalmente.

Tal vez por eso no desea discutirlo más. Piensa que el problema es demasiado grande, aun para ti, y resolvió no hablar de ello... Has dicho que tuvo un momento cíc exaltación, y luego procedió como si aquello no hubiese dejado consecuencias. Pues bien, eso es natural, ¿no es así? No podemos vivir siempre en las cumbres de las montañas.

Los ojos de Teodosia tenían una mirada lejana y su voz era anhelante.

—Mi tía Ino —continuó— me dijo cierta vez, en que yo me sentía desesperadamente triste y solitaria que nuestra vida es como un viaje por la tierra: muy suave, fácil y aburrido en las grandes distancias a través de las llanuras; muy difícil y penoso en las cuestas arriba, pero al llegar a la cima de la montaña nos depara un panorama magnífico. Uno se siente allí exaltado, los ojos están llenos de lágrimas de felicidad, se desea cantar y tener alas... Con todo no se puede permanecer allí, pues debemos seguir el viaje; y se comienza a descender por el otro lado, tan ocupado uno en fijarse dónde apoyar los pies, que se olvida lo pasado en la cima.

—Tienes una hermosa imaginación, ¡Teodosia! —dijo Demetrio cariñosamente.

—Estaba hablando con la imaginación de mi tía Ino.

—Me apena que hayas estado triste y deprimida. —Sin darse cuenta se pasó suavemente los dedos sobre la pequeña marca blanca de su oreja—. No hubiera pensado nunca que alguna vez pudieras estar triste. ¿Quieres contármelo?

Los ojos de la joven le seguían la mano con franco interés.

—No todos los esclavos tienen las orejas marcadas... —observó pensativa—. Tu situación es trágica. Lo sé. Hay algo que falla por completo en el mundo cuando un hombre como tú debe pasar la vida como un esclavo. Pero... realmente... ¿hay mucho que elegir entre tu condición social y la mía? Soy la hija de un posadero. En tu caso, Demetrio, no importa que te hayas criado en una casa refinada y hayas sido dotado de una buena educación; hombres malvados te esclavizaron y allí estás... Pero, ¿dónde estoy yo? No importa que mi padre Dion sea un hombre íntegro, muy versado en los clásicos y llevando su personalidad honorablemente ante los hombres de Atenas, como lo hizo su padre Georgias. ¡Es un posadero! Tal vez hubiera sido mejor para mí si no me hubiesen enseñado a conocer y apreciar las cosas más allá de

mi condición social.

—Pero, Teodosia, ¡eso es lo que enriquece tu vida! —dijo Demetrio consolándola—. Tienes mucho para hacerla feliz: tus libros, tu música, tu extraordinaria vitalidad, tus hermosas ropas...

—No tengo dónde lucir mis lindos trajes —objetó ella amargamente—. Y tampoco qué hacer con mi vitalidad. Si la hija de un posadero desea ser feliz, debe conformarse con las tradiciones. Debería ser ruidosa, descarada, capaz de robar. Entonces podría tener amigos de su propia clase. —De pronto sus ojos se anegaron—. ¡Demetrio —dijo roncamente—, a veces pienso que no puedo soportarlo!

Él deslizó su brazo alrededor de ella, y permanecieron largo rato en silencio. De pronto, Teodosia se enderezó y lo miró serenamente.

—¿Por qué no huyes? —preguntó en un susurro—. Yo lo haría, ¡si fuera hombre!

—¿Dónde iría? —preguntó él con una sonrisa indulgente. Con un ademán vago Teodosia indicó que la pregunta era de importancia secundaria.

—¡A cualquier parte! —murmuró—. Sicilia, tal vez. Dicen que es hermosa. En Sicilia...

—Es una región de ladrones y bandidos. En las comarcas hermosas la vida es de lo más difícil, Teodosia. Los únicos lugares donde se puede vivir en paz, a mi entender, son las tierras áridas y desoladas, donde nada crece y nada es codiciable.

—¿Por qué no Damasco? Tú ya habrás pensado en eso una vez.

—Hubiera muerto de melancolía allí.

—Podrías llevarme... —Ella rió ligeramente al pronunciar estas palabras, para demostrarle que debían ser tomadas como una broma. Pero en seguida se sumieron en el silencio. Despertando de su ensueño, Teodosia se levantó, ajustó su turbante y dijo que debía irse.

Demetrio se incorporó y la observó mientras se alejaba graciosamente; luego volvió a sentarse y reanudó sus pensamientos.

Estaba empezando a querer demasiado a Teodosia, y ella era temerariamente generosa con su amistad. Tal vez sería mejor evitar cualquier conversación privada, si fuera posible hacerlo sin herir sus sentimientos... Ella era muy amable, y su ternura se estaba convirtiendo en cariño. El desenfado con que había confiado en él y el candor natural de su actitud, a veces poco menos que afectuoso, lo habían conmovido hondamente.

Hasta ahora, toda la devoción que podía ofrecer a una mujer había sido dada silenciosamente y sin esperanza, a Lucía. Al reflexionar ahora sobre sus sentimientos hacia ella, halló que Lucía se encontraba para él en una especie de altar. ¡Teodosia en cambio eran tan real!... Pero no pensaba aprovecharse de su melancolía. Nada podía hacer por ella. Ambos eran bastante desdichados ya, sin cambiar promesas ilusorias. ¡Era un esclavo, pero no uno ladrón!

Aún era temprano y el día estaba a su disposición, pues Marcelo no lo necesitaba, ya porque deseara no ser distraído mientras trabajaba con el barro para modelado, ya

porque necesitara estar solo para meditar en sus teorías sobre los fenómenos sobrenaturales.

Salió del jardín del templo y se dirigió hacia la calle, que se hacía más ruidosa y populosa al acercarse al ágora. Fue caminando lentamente, sin rumbo, a través de la vasta plaza del mercado, aspirando con deleite la mezcla de aromas del campo, melones maduros, nueces tostadas, puerros fritos, y gozando con la confusión de lenguas. Se detuvo junto a un coro reunido alrededor de un ciego tocador de laúd y de su perro; cruzó la calle colmada para escuchar cómo un adivino de barba blanca arengaba desde el pórtico de un teatro abandonado a un pequeño grupo; fue empujado a la calzada por un legionario sucio que necesitaba mucho espacio para avanzar con su gran carga de vino.

No sabía en qué podría matar el tiempo. Se le ocurrió que podía fraguar alguna excusa para conversar con Benjamín. Compró una canastilla de higos, se dirigió hacia la casa del zurcidor y entrando, se presentó ante la mesa de trabajo del anciano.

—De modo que decidió no venir, ¿eh? —observó Benjamín, echándole una agria mirada, y volviendo inmediatamente a su costura—. Pues bien, has llegado demasiado temprano. No he terminado. Como ves estoy trabajando en él ahora.

—No he venido por la prenda, señor. —Demetrio levantó su regalo—. Es un día largo y no tengo que hacer. Estuve vagando por ahí. ¿Te gustarían unos higos?

Benjamín le indicó que pusiera la canastita sobre la mesa junto a él y tomando uno de los higos lo comió lentamente; había vaciado bastante la boca como para poder articular.

—Te dijiste: «Debo llevar a ese pobre viejo judío unos cuantos de estos ricos higos. Deseo hacer a Benjamín varias preguntas y llevaré estos higos conmigo; así pensará que sólo deseo darle una prueba de amistad».

—¡Son higos muy buenos, señor! —respondió evasivo Demetrio.

—Sí, lo son —Benjamín eligió otro—. Sírvete uno —balbuceó con dificultad—. ¿Por qué no quieres que vuelva él a verme hoy? ¿Temes que lo induzca a decir algo sobre aquel pobre judío muerto? Pues bien, ¿y por qué no? Seguramente un joven romano no debe temer las preguntas de un viejo tejedor... ¡un viejo tejedor judío... en la Atenas subyugada!

—Creo que debieras dejar a mi amo hablar por sí mismo. No me ha dado instrucciones para discutir ese asunto.

—Diría que estás diciendo la verdad, aunque apenas —Benjamín sonrió burlonamente—. Nunca se te tomará por un charlatán. Pero, ¿por qué no hacemos un poco de intercambio honesto? Viniste a hacer preguntas. Muy bien, hazlas. Luego yo te interrogaré. Pondremos las preguntas sobre la mesa y luego negociaremos las respuestas. ¿No es bastante justo?

—Temo no haberlo entendido del todo —se defendió Demetrio.

—Bien; por una cosa me di ayer cuenta de que estabas sorprendido y confuso en Jerusalén, la última semana de Pascua; y creo que te gustaría preguntarme todo lo que

sé al respecto. Bueno, me alegrare de contártelo, si antes contestas a algunas preguntas mías.

Benjamín lo miró con astuta sonrisa.

—Te haré primero una muy fácil: seguramente estuviste en Jerusalén con tu amo. ¿Por casualidad has visto al galileo que crucificaron?

—Sí, señor —respondió sinceramente Demetrio.

—Muy bien. ¿Qué clase de hombre era? —Benjamín dejó su trabajo y se inclinó con ansioso interés—. Eres un individuo inteligente, para no ser más que esclavo... y pagano. ¿Había algo, algo en ese galileo? ¿Estuviste cerca de él? ¿Lo oíste hablar?

—La primera vez que lo vi fue la mañana de nuestra llegada a Jerusalén. Una gran multitud lo acompañaba a la ciudad. Como no conocía su lenguaje, no comprendí bien el acontecimiento, pero supe que aquella nutrida muchedumbre de campesinos deseaba coronarlo rey. Todos gritaban: ¡Mesías! Me contaron que aquel pueblo siempre está buscando un gran dirigente que lo libere de la esclavitud política; ¡ése sería el Mesías! Y así la multitud gritaba ¡Mesías! y agitaba palmas delante de él como si fuera un rey...

Los ojos de Benjamín estaban vigilantes. En su boca contraída y abierta le temblaban los labios.

—¡Sigue! —ordenó guturalmente cuando Demetrio se detuvo.

—Me abrí camino entre el gentío hasta que estuve tan cerca que casi pude haberlo tocado. Era un hombre impresionante, señor, aunque sencillamente vestido...

—¿Con esto?

Benjamín levantó la túnica en sus manos, que se entrechocaban, y la mostró a Demetrio. Éste asintió y prosiguió:

—Era evidente que al hombre no le agradaba aquel honor. Sus ojos estaban como tristes; llenos de pesar, llenos de melancolía.

—¡Ah! ¡Espera un momento, amigo mío! —Benjamín se volvió hacia el estante de rollos de pergamino, cogió uno que parecía muy manoseado y le dio vuelta rápidamente, hasta el pasaje que buscaba. Luego leyó con voz profunda y sonora: «... Un hombre triste; lleno de pesares...». Ésta es la profecía de Isaías. ¡Continúa, por favor! ¿Él habló?

—No lo oí hablar. Aquel día, no.

—¡Ah! ¿Así que lo viste otra vez?

—Unos días más tarde, cuando fue juzgado, en el Pretorio, por traición.

—¿Tú lo viste?

Demetrio asintió enérgicamente.

—¿Cuál fue su conducta en esa ocasión? ¿Pidió misericordia?

—No. Era completamente dueño de sí mismo. No pude entender lo que dijo, pero aceptó su sentencia sin protestar.

Benjamín, excitadísimo volvió a abrir el viejo pergamino.

—¡Escucha, mi amigo! Eso también es de la profecía de Isaías: «Él estaba

oprimido y afligido, aunque no abrió su boca».

—Habló, sí, —recordó Demetrio—. Pero con mucha calma y en voz baja. Eso resultó extraño también, por cuanto había sido cruelmente castigado, aunque era inocente.

Benjamín leyó con voz agitada:

—«Él será castigado por nuestros pecados; y por sus heridas seremos perdonados».

—¿Pecados de quiénes? —quiso saber Demetrio—. ¿De los judíos?

—Isaías era un profeta judío, amigo —replicó Benjamín—, y previo la llegada de un Mesías judío.

—¿Eso significa, entonces, que los sufrimientos del Mesías no servirán a ningún otro pueblo? —insistió Demetrio—. Si eso es verdad, ¡no creo que ese Jesús fuera el Mesías! No... Antes de morir perdonó, por cierto, a los legionarios romanos que lo habían clavado en la cruz.

Benjamín le echó una mirada cargada de estupor e inquietud.

—¿Cómo lo sabes?

—Era lo que decían todos los que estaban allí —declaró Demetrio—. Fue oído por todos.

—¡Es raro! —murmuró el anciano. Se mantuvo un rato en profunda meditación. Luego observó:

—Ahora puedes hacerme las preguntas que desees.

—Creo que tú mismo has contestado a mis preguntas, señor. Creía que podrías contarme algo más sobre el Mesías; y ya lo has hecho. De acuerdo con vuestras escrituras, él iba a llegar como el adalid del pueblo judío... El hombre que yo vi no tenía deseos de ser su campeón. Lo hicieron desgraciado cuando le pidieron que reinase sobre ellos. En el juicio dijo que tenía un reino... pero no en este mundo.

—¿Dónde entonces, si no era en el mundo? —preguntó agriamente Benjamín.

—Eres mucho más sabio que yo, señor... Si tú no lo sabes, ¡sería presuntuoso para un esclavo pagano intentar una explicación!

—Me pareces sarcástico, mi joven amigo —refunfuñó el tejedor.

—No, señor. Soy enteramente sincero, y créemela, estoy muy sorprendido. Insisto en que Jesús estaba en todo el mundo... Creo que estaba triste por todos. —Demetrio se detuvo y murmuró disculpándose—: Quizá he hablado demasiado libremente, señor.

—Tienes derecho a hablar —admitió Benjamín—, Soy un judío, pero creo que nuestro Dios es el padre de la humanidad... Tal vez el Mesías, cuando venga a reinar sobre los judíos, establezca justicia para todos.

—Desearía yo también poder estudiar esas antiguas profecías...

—Pues bien —Benjamín se encogió de hombros—, ¿y por qué no? Aquí están. Tienes un buen entendimiento. Si dispones de mucho tiempo y poco que hacer, aprende a leerlas.

—¿Cómo?

—Podría ayudarte —dijo amablemente el otro—. Sus flacas piernas colgaban ahora del borde de la mesa. Me disculparás si te interrumpo —añadió bruscamente—. Tengo que preparar mi comida.

Y sin más palabras de despedida se encaminó, lentamente hacia la puerta del fondo.

* * * * *

Según toda evidencia, Benjamín había terminado la labor del día, pues la mesa de trabajo estaba vacía. Una puerta escondida tras el telar mayor, que Marcelo no había visto en la primera visita, permanecía hospitalariamente abierta. Caminó hacia ella.

En agradable contraste con la confusión sofocante de la tienda llena de cosas, las habitaciones privadas de Benjamín estaban arregladas sencillamente, pero con gusto. La alfombra azul y anaranjada que cubría totalmente el piso era de buena calidad. Había tres cómodas sillas y banquitos, un canapé con un par de cojines de pelo de camello como almohadones, y un macizo cofre de metal. A ambos lados, y debajo de una gran ventana, profundos anaqueles de biblioteca repletos de antiguos pergaminos.

Otra puerta, opuesta a la anterior, daba a un patio sombreado, enlosado con piedras. Dándose cuenta de que el anciano esperaba que entrara, Marcelo cruzó la habitación. Benjamín, sorprendentemente alto en su largo manto negro, cubierta la cabeza con un gorro bordado, estaba poniendo la mesa en el centro del peristilo rodeado por altos muros cubiertos de vid.

—Espero no resultar un intruso...

—Nunca se es intruso al pasar por una puerta abierta, en Atenas. ¡Sé bienvenido!
—Le ofreció una de las sillas tapizadas Cerca de la mesa y puso dos copas de plata en una bandeja.

—No sabía que vivías aquí, en tu tienda —observó Marcelo por decir algo.

—Por dos razones —explicó Benjamín, dejando un viejo cuchillo al lado del oscuro pan de cebada—. Es más conveniente y prudente. No se deja una tienda sin vigilancia en esta ciudad.

—Ni en cualquier otra, por lo que yo sé —comentó Marcelo.

—¿Por ejemplo...? —Benjamín acercó su silla y se sentó.

—Bien... Roma, por ejemplo. Estamos llenos de esclavos. Son ladrones notorios, que no se fijan en el derecho de propiedad.

Benjamín rió guturalmente.

—El esclavo es una criatura rapaz, ciertamente —observó con sequedad—. Te quita tus mejores sandalias cuando la única cosa que le has robado es su libertad. —Levantó su copa y se inclinó hacia Marcelo—. ¿Brindaremos por el día en que ningún hombre sea propiedad de otro hombre?

—¡Con gusto! —Marcelo tomó el vino. Era de buena cepa—. Mi padre —afirmó

—, dice que llegará un tiempo en que Roma deberá pagar caro por esclavizar hombres.

—¿No aprueba eso? Entonces supongo que no poseerá esclavos. —Benjamín estaba intentando cortar delicadamente el pan en rebanadas. Marcelo se ruborizó un poco ante la insinuación.

—Si la esclavitud fuera abolida —dijo a la defensiva—, mi padre sería de los primeros en aplaudir. Desde luego, tal como están las cosas...

—Desde luego —repitió Benjamín como un eco—. Tu padre reconoce que está mal, pero otros hombres de su condición social la practican. En su opinión, es mejor actuar equivocadamente que aparecer como excéntrico.

—Si puedo aventurarme a hablar por mi padre —dijo Marcelo con calma—, no creo que haya elaborado una teoría sobre este tema. Es un hombre íntegro y generoso. Sus esclavos son bien tratados. Probablemente tienen mejor comida y abrigo en nuestro hogar...

—Puedo creer eso fácilmente —interrumpió Benjamín—. Tienen más que comer de lo que podrían tener si fueran libres. Por cierto, esto es también verdad para sus perros y caballos. La cuestión es: ¿los hombres y las bestias son de la misma categoría? ¿No hay diferencia esencial entre ellos respecto a la calidad de su valor? Si un asno sano y apto para duros trabajos puede ser adquirido por diez dracmas, y un hombre capaz físicamente puede comprarse por diez talentos de plata, la diferencia de sus valores es puramente cuantitativa. Es por este punto que hallo aborrecible la esclavitud. Es una ofensa a la majestad del espíritu humano: puesto que cualquier hombre merece ser tratado como si fuese de la misma calidad que una bestia de carga, ningún hombre tiene dignidad. Yo, Benjamín, creo en cambio que todos los hombres fueron creados a la imagen de Dios.

—¿Ésa es una concepción judía?

—Sí.

—Pero los judíos ricos poseen esclavos. ¿No es verdad? —Marcelo deslizó esa pregunta casualmente, como si no le preocupara mucho cómo la iba a contestar el anciano, sí es que la contestaba. Pero el cargo aguzó al instante la atención de Benjamín.

—¡Ah! ¡Ahí has encontrado una de las raíces de nuestras penalidades! —exclamó—. Los judíos profesan la creencia de que la humanidad fue creada a la imagen de Dios. También afirman que Dios es nuestro padre espiritual. Pero esto puede ser verdad solamente declarando que todos los hombres son los hijos de Dios. ¡O lo son todos o ninguno!... Yo, Benjamín, creó que lo son todos; por lo tanto, cuando esclavizo a otro hombre colocándolo al nivel del ganado, en los campos, arrojo toda mi teoría a la basura.

Marcelo partió su pan y concedió amablemente que no parecía del todo correcto que un hombre fuera propietario de otro.

—No es éste el modo de considerar a un ser humano, aun cuando se le trate

buenamente. No debería dejarse que un hombre tuviera la impresión de que es nada más que otro animal.

—¡Oh! ¡En cuanto a eso! —Benjamín rechazó la idea con un movimiento ondulatorio de su delgado brazo—. Tú no robas a tu esclavo su carácter divino cuando lo compras y lo unces al arado, entre un buey y un asno. Él no tiene opción en el asunto. No es él quien ha defraudado a la humanidad. ¡Eres tú! Él es aún libre de creer que Dios es su padre espiritual. Pero tú no lo eres... Toma, por ejemplo, el caso de tu hermoso griego, que te sigue como una sombra. La esclavitud le ha impedido ser uno de los hijos de Dios, si quiere considerarse así; pero con su esclavitud lo has hecho tú un pariente de las bestias, porque ésa es tu concepción del valor del hombre.

—No tengo mucho de filósofo —admitió Marcelo sin cuidado—. Tal vez después que haya estado en Atenas un tiempo más, descansando en el Cerro de Marte, observando el hilar de las telarañas sofistas...

—¡Tú serás capaz de atar arena con una cuerda! —prosiguió Benjamín con el mismo modo—. Pero esto de que estamos hablando es algo más que una pedantería. Es un asunto práctico. ¡He ahí a tu gran Imperio Romano, enviando en todas direcciones sus crueles ejércitos para el pillaje y la persecución de naciones débiles, trayendo en calidad de esclavos a los mejores de sus hijos, en pestíferos barcos, y dejando a los ancianos la dura, tarea de pagar inicuos tributos! Con el correr del tiempo, el Imperio Romano se derrumbará...

—Mi padre piensa lo mismo —interrumpió Marcelo—. Dice que los romanos, gracias a la labor de sus esclavos, son cada vez más blandos, más gordos y más perezosos, y que llegará el día...

—Sí... ¡El día llegará, pero no será ésa la razón! Los romanos serán derrotados, pero no porque sean demasiado gordos. ¡Será porque han creído que todos los hombres son bestias! Esclavizando a otros hombres, han denigrado su propia dignidad espiritual... No causa extrañeza que los dioses romanos sean mofa y burla en el criterio de vuestro pueblo inteligente. ¿Qué quieres de los dioses? ¿Tú no piensas que los hombres son como el ganado, para ser llevados por un dogal? ¿Por qué habrías de mirar a los dioses, cuando tu perro no lo hace?

Benjamín se detuvo en su monólogo para volver a llenar las copas. Estaba muy excitado y su mano temblaba.

—Soy un judío —prosiguió—. Pero no soy intolerante con las religiones de otras razas. Hubo un tiempo en que tus deidades romanas eran miradas con algún respeto. Jove significaba algo para tus antepasados. Luego vino la época en que Julio César llegó a ser un dios más importante que Jove. Solamente los oprimidos siguieron creyendo en las deidades clásicas, que dominaban el sol y la lluvia, que otorgaban los premios y castigos, que atemperaban el viento para los marinos y llenaban de licor las uvas. ¿Y por qué, déjame preguntarte, César hizo burla de la religión romana? ¡Ah! ¡Eso fue porque los romanos habían alcanzado un poderío militar único, suficiente para esclavizar a todas las naciones, comprando y vendiendo hombres, y

conduciéndolos en rebaños! ¡Por ese acto declararon que todos los hombres, incluso ellos mismos, desde luego, nada tenían que ver con los dioses!... Vano y pomposo, ¡César fue lo bastante dios para establecer que todos los hombres eran animales!

—No creo que ninguna persona sensata haya pensado en algún momento que Julio es un dios —protestó Marcelo.

—En el fondo de su corazón, no —convino Benjamín—, ¡Ni César mismo, me arriesgaría a decir!

—¿Crees, por lo tanto, que si el Imperio aboliese la esclavitud, los romanos pensarían más elevadamente de los antiguos dioses y que por reverenciarlos se volverían más nobles?

Benjamín sonrió irónicamente entre dientes.

—Un «sí» de gran magnitud —exclamó— hace ridículo el reto de tu pregunta.

—Pues en cuanto a mí —Marcelo estaba cansado del tema, como su tono lo delataba—, no tengo interés en los dioses, ya sean básicos o contemporáneos.

—¿Cómo explicas entonces el Universo? —preguntó Benjamín.

—No lo explico... —replicó Marcelo sorprendido—. No sabía que se esperaba esto de mí. —Admitiendo que su respuesta era más grosera que divertida, añadió rápidamente—: Estaría dispuesto a creer en un ser sobrenatural, sí se me propusiera uno que pareciese tener cualidades para ese oficio. Eso aclararía sin duda muchos enigmas... Ayer decías que tu pueblo, los samaritanos, adoraban en las cumbres de las montañas. Yo podría hacer eso también alegremente si no se pidiera personificar el alba y los árboles.

—Nosotros no personificamos objetos de la naturaleza —explicó Benjamín—. Creemos en un solo Dios, un Espíritu, creador de todas las cosas.

—En algún lado oí decir eso. —Los ojos de Marcelo estaban desviados y pensativos—. Los judíos esperan el arribo de un gran conductor, un campeón, un rey. Él los va a libertar y a establecer un gobierno permanente. ¿Los samaritanos también creen eso?

—Sí. Todos nuestros grandes profetas han vaticinado la llegada del Mesías.

—¿Cuánto tiempo hace que lo están esperando?

—Muchas centurias.

—¿Y todavía siguen esperanzados?

Benjamín, pensativo, acarició su larga barba.

—La expectación crece y decae. En los períodos de calamidad nacional ha dado mucho que hablar. En los tiempos de vida dura y de persecución, los judíos han estado alerta para descubrir entre ellos algún hombre valeroso y sabio que evidenciara poderes mesiánicos.

—¿Y nunca encontraron uno para calificarlo así?

—No. Al verdadero, no —Benjamín hizo una pausa para meditar—. Es una cosa extraña —prosiguió como para sus adentros—. En épocas de gran necesidad, cuando se ruega por el poderoso caudillo, el pueblo, confundido y excitado, oye solamente

las voces estridentes de los audaces, y rehúsa escuchar la voz de la prudencia, que siendo sabia es calmosa... Sí, hemos tenido muchos celosos pretendientes a Mesías... Han llegado empero y partido como meteoros.

—Pero, frente a todas esas desilusiones, ¿sustentas tú aún la fe en la llegada del Mesías?

—¡Vendrá! —murmuró con solemnidad Benjamín—. ¡Vendrá!... Por supuesto, cada generación piensa que sus problemas son bastante serios como para justificar su llegada. Desde la ocupación romana ha revivido el interés en las antiguas predicciones. Hasta el Templo ha pretendido desear vivamente al Mesías.

—¿Pretendido? —Marcelo enarcó las cejas.

—El Templo está más satisfecho, y con razón, con las cosas tal como están —rezongó Benjamín—. Los procuradores romanos exprimen a los pobres con vergonzosos impuestos, pero se cuidan de no imponerlos demasiado fuertes a los sacerdotes y ricos influyentes. El Templo se vería en una situación embarazosa, temo, si el Mesías pusiera eso en evidencia. Podía él muy bien desear algunos cambios...

El anciano parecía estar hablando más bien para sí mismo, pues no se molestaba en explicar lo que quería significar con sus palabras.

—¿Podría tal vez echar a los mercaderes que venden a los pobres a precios exorbitantes los animales para el sacrificio? —preguntó Marcelo con estudiada naturalidad.

Benjamín volvió de su sopor evocador y echó una mirada escrutadora al huésped pagano.

—¿Cómo sabes tú tal iniquidad? —preguntó intrigado.

—¡Oh! Lo oí discutir en Jerusalén —observó Marcelo simulando restarle importancia—. Parece que había habido una protesta.

—¿Una protesta? —Benjamín levantó irónicamente una ceja—. ¡Debe haber habido una insistente protesta para que haya llegado a oídos de un visitante romano! ¿Qué hacías allí, si me permites la pregunta?

—Estaba por asuntos del Imperio —replicó Marcelo con rigidez.

Se levantó, arreglando los pliegues de su toga.

—No debo abusar de la hospitalidad —dijo gentilmente—. Has sido muy amable conmigo. Te quedo sumamente reconocido... ¿Puedes darme ahora la túnica?

Benjamín salió, para retornar casi inmediatamente. Marcelo examinó el género a la luz.

—Está bien zurcido... Nadie podría pensar que haya estado rasgado alguna vez.

—Salvo tú —comentó Benjamín gravemente. El tribuno cambió su posición, pues sentíase incómodo, evitando los ojos del anciano—. Estas manchas —añadió Benjamín—, traté de quitarlas. No salieron... No me has contado nada de ese pobre judío. Era valiente, me has dicho, y murió a manos de sus enemigos. ¿Era un galileo, tal vez?

—Creo que sí —contestó Marcelo inquieto. Dobló la prenda sobre el brazo y

extendió la mano para despedirse.

—¿Se llamaba por ventura Jesús? —La voz de Benjamín se había tornado un mero susurro.

—Sí... ése era su nombre —admitió Marcelo con cierto desgano—. ¿Cómo lo sabes?

—Supe el incidente por un viejo amigo, Popígos, negociante en especias. Estuvo en Jerusalén durante la última semana de Pascua... Dime ahora —el tono de Benjamín era suplicante—, ¿cómo llegó a tus manos esta túnica?

—¿Te importa mucho saberlo? —respondió Marcelo, repentinamente arrogante.

El anciano se inclinó obsequiosamente, frotándose las delgadas manos.

—Debes perdonarme por ser tan curioso —murmuró—, Soy viejo, sin familia, y alejado de la tierra nativa. Mis pergaminos, la historia de mi raza, las palabras de nuestros grandes Profetas, son mi sustento, ¡joven amigo mío! Son una lámpara que guía mis pies, y una luz en mi camino. Son mi verdadero patrimonio. ¡Mi trabajo cotidiano no es nada! Hace mover mis dedos y me proporciona el alimento diario; ¡pero mi alma, mi vida, se nutre con palabras tan bellas como manzanas de oro en un cuadro de plata!

Su voz habíase puesto resonante y su cara llena de arrugas estaba transfigurada.

—Eres afortunado, señor —observó Marcelo con acento más amable—, A mí también me encantan los clásicos, legados que nos hicieron hombres de gran sabiduría: Platón, Pitágoras, Aristóteles...

El tejedor sonrió con indulgencia y se acarició la cabeza.

—¡Sí! ¡Fue a través de sus obras que te enseñaron a leer! ¡Pero no a vivir! ¡Aquellos, en cambio, que hablan la lengua hebrea comprenden las palabras de la vida!... Mira, joven amigo, ¡a través de estas profecías corre una promesa! ¡Un día, llegará un Mesías y reinará! ¡Su nombre será llamado Maravilloso! ¡Y para su reinado no habrá fin! Ninguna fecha se ha fijado para su arribo: ¡pero llegará!... ¿Piensas ahora que es una vana curiosidad la que me ha hecho preguntarte insistentemente sobre ese Jesús, en quien tantos han creído ver al Mesías?

—Me gustaría en verdad oír más sobre esas predicciones —dijo Marcelo al cabo de un rato de meditación.

—¿Por qué no? —Los ojos hundidos de Benjamín brillaron con una luz nueva—. ¡Me encanta pensar en ellas! Te las contaré con gusto... Aunque sería mejor si pudieras leerlas por ti mismo.

—¿Es difícil el hebreo? —preguntó seriamente Marcelo.

Benjamín sonrió y se encogió de hombros.

—No es más difícil que el griego que tú hablas muy bien. Naturalmente, es más difícil que el latín.

—¿Por qué naturalmente? —exclamó Marcelo frunciendo el ceño.

—¡Perdóname! —se disculpó el tejedor—. Tal vez el griego requiera más esfuerzo mental, porque los escritores griegos... —el anciano se detuvo cortésmente.

—... los escritores griegos piensan más profundamente —le ayudó Marcelo—. ¿Es como lo quieres decir? Si es eso, coincido contigo.

—No quise ofender —aseguró Benjamín—. Roma tiene sus poetas satíricos, sus panegiristas. Hay muchos pequeños ensayos de Cicerón que son interesantes, pero demasiado pueriles. ¡Recogen flores... pero no pasan la vista por el cielo!

Cogió de la mesa un gastado pergamino y lo desenrolló hábilmente, con manos prácticas. —Escucha, amigo: «Cuando considero tu cielo, el trabajo de tus dedos, la luna y las estrellas que has ordenado, ¿qué es el hombre para que tú te preocupes por él?».

—Bastante pesimista, diría yo —interrumpió Marcelo—. Aunque tal vez razonable.

¡Espera! Déjame seguir, ¡por favor! «Lo has hecho un poco inferior a los ángeles, y lo has coronado con la gloria y el honor». ¡Ah! ¡Esto es rico en sabiduría hebrea! ¡Debieras conocerlo!

—Al presente, tendré que contentarme con esos trozos selectos que tú eres y serás tan bueno como para ofrecerme de tiempo en tiempo —dijo Marcelo—. Estoy practicando algo de escultura ahora, y ello reclama toda mi atención.

Dejó sobre la mesa una bolsita de seda con dinero.

—Te ruego que aceptes esto por haber remendado el sayo.

—¡No! ¡Yo no deseo ser pagado! —objetó Benjamín firmemente.

—Entonces dáselo a los pobres —contestó Marcelo con impaciencia.

—¡Gracias! —El anciano le hizo una reverencia—. Se me acaba de ocurrir que, si deseas saber algo de esta antigua ciencia judía y estás demasiado ocupado para estudiarla, podrías permitir a tu esclavo griego aprender el lenguaje. ¡Me encantaría enseñarle! Es inteligente.

—Por cierto que Demetrio es despierto. ¿Puedo preguntar cómo lo has descubierto?

—Hoy pasó una hora conmigo.

—¿Sí? ¿A qué vino?

Benjamín se encogió de hombros, indicando que aquello no, tenía importancia.

—Estaba paseando por aquí; me ofreció una charla amigable; me trajo unos higos; me hizo algunas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Él puede contarte, si se lo pides —Benjamín hablaba secamente—. Te pertenece, ¿no es así?

—Sus pensamientos no. Quizá me imputas un talento para la crueldad más brillante del que poseo.

El anciano sonrió, casi con benevolencia. Negó con un movimiento de cabeza, y puso su delgada mano sobre el ancho hombro de Marcelo.

—No. No pienso que eres cruel, hijo mío —declaró cordialmente—. Pero eres el infortunado representante de un sistema cruel... Tal vez no puedas evitarlo.

—Quizá, cuando llegue tu Mesías —replicó Marcelo con ardor, picado por la condescendencia del anciano algunas valiosas sugerencias. Se dio vuelta para irse.

—De paso —observó Benjamín, acompañándolo hasta la puerta—. ¿Cuánto tiempo después de la crucifixión de Jesús permaneciste en Jerusalén?

—Dejé la ciudad al día siguiente, antes del amanecer.

—¡Ah! —reflexionó Benjamín, acariciando su blanca barba—. ¿Entonces no has oído nada más sobre él?

—¿Qué? más se podía saber? Ya estaba muerto...

—¿Sabes? —el anciano titubeó—. ¿Sabes eso con certeza?

—Sí —declaró Marcelo—. Estoy seguro de ello.

—¿*Estuviste allá?* —Los ojos hundidos de Benjamín reclamaban una respuesta categórica, que tardaba mil años en llegar.

—Lo vi morir —admitió Marcelo—, Le atravesaron el corazón, para mayor seguridad, antes de bajarlo.

Con su sorpresa, el rostro de Benjamín pareció iluminarse con una sonrisa que lo transfiguró.

—¡Gracias, amigo! ¡Gracias, por habérmelo contado! —exclamó con alegría muy viva.

—No había supuesto que mis tristes palabras te pondrían tan contento —comentó Marcelo en un tono de confusión—. ¡Ese Jesús fue un hombre valiente! ¡Merecía vivir! ¡Y tú en cambio pareces encantado de asegurarte que fue realmente muerto!

—Hubo muchos rumores —explicó Benjamín—, muchos cuentos; decían que los legionarios borrachos dejaron el lugar antes que muriera y que los amigos del galileo lo rescataron y lo hicieron revivir.

—Pues bien, ¡puedo decir que tales historias no son ciertas! —exclamó Marcelo firmemente—. Los ejecutores estaban bastante borrachos, pero mataron al galileo, y cuando se fueron, ¡estaba muerto!... Esto no es rumor para mí. ¡*Lo sé!*

—¡Estás diciendo palabras muy importantes, hijo mío! —La voz de Benjamín sonaba enronquecida por la emoción—... . ¡Me alegro de que hayas venido hoy! Espero volver a verte, señor. —Levantó su huesuda mano sobre la cabeza de Marcelo. Su brazo temblaba—. ¡El Señor te bendiga y proteja! —declaró reverentemente—. El Señor lleve su protección sobre ti y te dé la paz, ¡hijo mío!

Hubo un largo silencio antes de que Marcelo se animara. Del todo perplejo e inseguro respecto a lo que se esperaba de él, saludó a Benjamín con una reverencia y, sin más palabras, cruzó la tienda. Caminaba lentamente cuando salió. Era la hora del crepúsculo.

DIEZ

DE un momento a otro se esperaba el retorno de Diana de Capri; Galión sintió que era necesario buscar alguna explicación para la repentina partida de Marcelo. Sin duda, ya habría llegado a Tiberio la noticia de que el «Vestris» había traído a Marcelo como su más importante pasajero. Para Diana, ansiosa por verlo, todo debía hacerle creer que él estaría esperándola impacientemente.

Lucía era partidaria de decirle que el tribuno había vuelto en tal delicado estado de salud que pareció imperativo un cambio inmediato de clima; Diana, sin embargo, podría inquirir sobre la naturaleza de la enfermedad y se preguntaría por qué raro motivo el clima de Atenas era tan altamente estimado...

Cornelia había sugerido débilmente que tal vez contaban con mejores médicos en Atenas. Pero era una tontería. Diana podría quedar satisfecha con esto, o decir que lo estaba, pues todos sabían que la mayoría de los mejores facultativos de Atenas habían sido llevados a Roma.

—No —observó el senador con un rasgo de su tino—. Ambas estáis en un error. Cuando hay alguna seria explicación que dar, nada es tan eficaz como la verdad. Dejad que la sepa. Si Diana y mi hijo se aman, como ambas parecéis creer, ella tiene derecho a conocer la verdad, y nuestro deber es contársela... No será fácil.

Arreglado el asunto de este modo, el senador se levantó, pero su hija lo detuvo.

—Suponiendo que sea yo quien deba contárselo —preguntó Lucía—, ¿Cuánto se puede referir de la historia?

Galión restó importancia a la pregunta con un movimiento negligente de sus dedos.

—Puedes decir que se ordenó a tu hermano llevar a cabo la crucifixión de un revolucionario judío; que el hecho fue un golpe muy duro para él, pues lo sumergió en una profunda melancolía de la que todavía no se ha repuesto totalmente. Y pensamos que lo mejor para él era buscarse un entretenimiento.

—¿Entonces no decir nada —musitó Lucía—, sobre esas horribles visiones de remordimiento, y la mirada extraña, y la singular pregunta que insistía en hacer contra su deseo?

—Bueno... No —decidió el senador—. Eso no sería necesario... Bastará decir que Marcelo está triste y deprimido.

—¡Diana no se conformará con esa explicación! Quedará desilusionada, se turbará e indignará. Aparte del cariño del uno por el otro, no fue poca cosa lo que hizo por Marcelo al conseguir su regreso del destierro. ¡Y seguramente pensará que es muy extraño que un tribuno romano esté tan seriamente perturbado por la ejecución de un condenado vulgar!

—Todos coincidimos en eso —convino el senador malhumorado—. No pretendo comprenderlo... A mi hijo nunca le ha faltado coraje. ¡No es de él caer enfermo por la vista de la sangre!

—Tal vez sería mejor —interrumpió Cornelia, con una idea repentina—, omitir toda referencia a esa horrible crucifixión y decir simplemente que Marcelo estaba deseoso de practicar algo de escultura y seguir ciertas clases y...

—¡Tan urgentemente —interrumpió con cierta ironía la joven Lucía— que no pudo esperar unos cuantos días para ver a la mujer a quien quiere y a la cual debe su regreso al hogar!

Cornelia suspiró; dio otra puntada a su bordado, y murmuró que la sugestión había sido bastante tonta, idea que sus familiares aceptaron sin controversia.

—Me prometió escribirle —recordó Lucía.

—¡Bueno, no podemos contar con eso! —dijo su padre—. Podría tardar semanas. ¡Diana desearía saberlo todo ahora!... ¡Cuéntale todo, Lucía! De cualquier manera, lo sabría por otro conducto. ¡Una mujer inteligente, capaz de conseguir favores del duro y viejo Emperador, hará sus propias deducciones, no importa lo que le digas!

—Si está verdaderamente enamorada de él —arguyó Cornelia— le perdonará cualquier cosa.

—¡Por supuesto! —asintió su esposo lacónicamente, dirigiéndose hacia la puerta.

—Me parece que no conocéis bien a Diana —advirtió Lucía—. No carece de preparación para comprender esto. Su padre es un ídolo para ella, y él mata a un hombre con la misma facilidad que a un ratón. No creo que tenga experiencia en perdonar a la gente por ser débil.

—Esto no parece digno de ti, Lucía —reprobó su madre cariñosamente, cuando el senador ya no podía oírla—. ¡Casi se podría pensar que no simpatizas con tu hermano! Seguramente no crees que Marcelo sea débil. ¿No es así?

—¡Oh, no sé qué pensar! —exclamó con dolor Lucía—. ¿Qué hay que pensar? —Se llevó ambas manos a los ojos y movió la cabeza—. ¡Hemos perdido a Marcelo, madre mía! —gritó—. ¡Era tan gallardo!... ¡Lo quería tanto! ¡Esto me parte el corazón!

* * * * *

Si el problema de enterar a Diana de las malas noticias era perturbador, resultaba insignificante comparado con el dilema que se creó la tarde siguiente, cuando un imponente centurión se presentó portando un ornado pergamino oficial destinado al tribuno. Era del Emperador. El centurión explicó que le habían ordenado esperar las instrucciones, añadiendo que el carruaje real llegaría por la mañana temprano.

—Pero mi hijo no está aquí —dijo Galión—. Ha partido para Atenas.

—¿En verdad? ¡Es realmente una desgracia!

—Me doy cuenta de que estás enterado de la naturaleza del mensaje.

—Sí, señor, no es secreto. El Emperador ha nombrado al tribuno Marcelo comandante de los guardias del palacio. Estamos muy contentos, señor.

—Lamento sinceramente la ausencia de mi hijo, centurión... Tal vez mande un

mensaje por tu intermedio al Emperador. —Galión reflexionó un momento—. ¡No iré a explicarle personalmente!

—Muy bien, señor. ¿Te agradaría partir al alba?

Y partieron al alba. Aunque no fuera cultor de lo que más agrada, un rápido viaje de Roma a Nápoles era considerado por el senador como un dudoso placer. Sobre todo ahora que le resultaba penoso su cometido. No era extraño en la técnica de persuadir por la palabra; pero aquella entrevista con el Emperador sería desagradable: Tiberio no tenía paciencia ni Galión buena causa que defender.

Los caballos galopaban por caminos de profundas huellas y el gran carruaje saltaba con violentas sacudidas. Las penosas horas acarrearón al senador un fuerte dolor de cabeza. Por todo esto el viaje se hizo menos divertido aún, y al llegar a Capri, a medianoche, no le quedaba al cansado senador más que el deseo de acostarse.

El chambelán lo condujo a su suntuoso departamento, y Galión se dejó caer en una silla, completamente exhausto. Dos macedonios bien enseñados comenzaron a desempacar sus avíos, dejando afuera ropa interior limpia. Otro esclavo trajo el agua para el baño, mientras un enorme nubio, arrodillado, desataba las sandalias del senador. Un deferente tracio llegó con un copón de vino frío. Luego apareció de nuevo el chambelán.

—El Emperador desea verte, señor —explicó en un tono de disculpa.

—¿Ahora? —Galión contrajo la nariz.

—Su Majestad había dado orden de llevar a su presencia al tribuno Marcelo tan pronto llegase. Cuando le dijeron que el senador había llegado en lugar de él, observó que le daría audiencia en seguida.

—¡Muy bien! —Galión suspiró, indicando al nubio que atara sus sandalias. Cansado, se incorporó con dificultad y se dirigió al departamento lujosísimo de Tiberio.

El anciano estaba sentado en su lecho, rodeado de almohadas, con su gorro de dormir inclinado. Media docena de siervos iban y venían pretextando pequeños quehaceres.

—¡Fuera todos! —gritó al verle, mientras el senador se aproximaba al lecho imperial.

Todos salieron prontamente, excepto el chambelán.

—¡Tú también! —chilló Tiberio. El hombre se encaminó hacia la puerta en puntillas.

Fisgando en el rostro de Galión, el Emperador le esperaba con una atrevida mirada de reto.

—¿Qué significa esto? —preguntó sin demora—, ¡Conferimos un gran honor a tu hijo, quien no ha hecho nada para merecerlo, y nos enteramos que sin más autorización que la tuya abandona el país! Tú, su padre, has venido a explicar. Bien. ¡Hazlo entonces! ¡Ya es tiempo de que alguien dé una explicación!

—Majestad —comenzó Galión con profunda reverencia—. Mi hijo será muy desgraciado cuando sepa que, involuntariamente, ha ofendido a su Emperador, a quien tanto aprecia.

—¡No me importa nada de eso! —rugió Tiberio—. ¡Sigue con el asunto!... Y sé breve... Necesito descansar. ¡Son una manada de idiotas, que me despiertan por cualquier cosa! ¡Y tú eres un idiota también por seguirlos!... Deberías estar en la cama. Has tenido un viaje duro... ¡Siéntate! No estés ahí de pie, como un centinela. ¡Te he dicho que te sientes! Eres viejo, muy viejo. ¡Siéntate antes que te caigas!

Galión, agradecido, se deslizó en la lujosa silla, al lado de la cama de oro macizo, contento de que la tormenta real estuviese calmando algo.

—Como Vuestra Majestad ha dicho, es muy tarde para una detallada explicación. Mi hijo fue nombrado legado de la legión de Minoa....

—¡Sí, sí, ya conozco todo eso! —farfulló Tiberio—. Anulamos la orden de ese pícaro inservible que está en Roma, y trajimos a tu hijo de vuelta... ¿Y luego qué?

—Desde Minoa, Majestad tuvo que ir a Jerusalén para ayudar a mantener el orden durante el festival anual de los judíos. Un grupo de revolucionarios, pequeño pero turbulento, dio muestra de su actividad. Su jefe fue juzgado por traición y condenado a morir crucificado.

—¿Crucifixión?... Debe haber sido un hombre de carácter violento y peligroso.

—No lo entiendo así, Majestad. Era un joven judío sin mucho renombre; un individuo de maneras humildes, dicen, amante de la paz, que no hizo daño a nadie. Era de una de las provincias limítrofes: Galilea, creo. Parece que ofendió muchísimo a las autoridades del templo.

—¡Ah! ¿Sí? —Tiberio se inclinó con repentino interés—, ¿Qué hizo?

—Ellos tienen por costumbre, Majestad, vender en el atrio del templo animales para el sacrificio. Los sacerdotes se enriquecen pidiendo altos precios a los pobres... Este galileo se enfureció por el fraude y el sacrilegio, y a latigazo limpio echó a los sacerdotes y las bestias fuera del templo, a la calle, y...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió Tiberio tan fuertemente que el chambelán, asombrado, aplicó el oído a la puerta—. ¡Venid acá, curiosos inservibles! ¡Traed vino para el senador Galión! ¡Queremos beber! ¡Ja! ¡Ja! ¿Conque el galileo amante de la paz, de carácter humilde, azotó a los sacerdotes y los echó a la calle? ¡No me extraña que lo hayan crucificado!... ¡Era un individuo temerario, ciertamente!... ¿Pero... cuándo aparece tu hijo en la historia?

—Le ordenaron crucificar al judío... y eso lo enfermó.

Galión se detuvo para sorber el vino lentamente, mientras el anciano resoplaba y babeaba en la enorme copa que el chambelán llevaba a sus labios.

—Enfermo? —Tiberio hizo una mueca con gesto agrio—. ¿Descompuesto del estómago?

—Descompuesto de la cabeza... Si lo deseáis, Majestad, os contaré eso —precisó Galión; y prosiguió contando la depresión, la extraña conducta de Marcelo, y la

decisión de enviarlo a Atenas donde esperaban podría hallar entretenimiento para su mente.

—¡Bien! —gruñó el anciano—. Si tu sensible hijo no puede soportar el olor de la sangre caliente, no lo instaremos a tomar la protección de nuestra persona... La joven hija de Galo nos había hecho comprender que era un hombre valiente. A ella le parece muy digno de estima, y fue por complacerla que lo hemos hecho volver y lo nombramos comandante de la guardia de la Villa... ¡Es mejor para la guardia que su flaqueza se haya puesto de manifiesto antes de haber tenido la oportunidad de ocasionarle vergüenza!

Era ésta una dosis muy amarga para que Galión la tomara sin protestar.

—Vuestra Majestad me coloca en una posición difícil —declaró arriesgadamente—. Es extraordinario en mí expresar una opinión contraria, aunque el Emperador seguramente me consideraría débil y cobarde sí no aventurara una defensa de mi propia carne y mi propia sangre.

Tiberio baboseó en los bordes de su copa durante un rato que al senador le pareció muy largo. Por fin, resoplando con dificultad, objetó:

—¡Muy... hic... bien! ¡Dila! —El anciano se restregó la barbilla húmeda con el reverso de su mano manchada—. ¡Defiende a tu hijo!

—Marcelo no es débil, Majestad. ¡Es arrogante y bravo! Orgulloso de su ciudadanía romana y de su rango como tribuno. Yo no comprendo totalmente por qué quedó tan afectado por la crucifixión de ese judío... Excepto que...

—¡Prosigue! ¿Excepto qué?

—Él piensa que el galileo no era culpable de algún crimen que mereciera tan severo castigo. El procurador mismo declaró que era inocente y trató de argüir en su favor.

—¿Y luego lo condenó a muerte! ¿Qué clase de justicia administra el Imperio en Jerusalén? ¿Quién es el prefecto ahora? Ese zalamero y cínico individuo... ¿Cómo se llama? ¿Herodes?

—Lo juzgaron ante Herodes, sí. Pero fue Pondo Pilatos quien lo sentenció. Pilatos es el procurador romano.

Tiberio rió amargamente, tosió y escupió sobre la manga de su manto de seda.

—¡Pondo Pilatos! —gruñó como recordando—... ¡Ese mismo aturdido que edificó aquel condenado acueducto! Su mujer quería jardines. Necesitaban agua. Robaron al templo para edificar el acueducto. ¡Idiota! ¡Tuvo a todos los judíos alborotados! ¡Nos costó cientos de legionarios terminar con la sedición! ¡Si lo tenemos que hacer de nuevo, dejaremos a Pilatos que arregle solo sus propias cuentas con los judíos! Nunca he pensado bien del individuo que deja que su estúpida mujer lo lleve de la nariz. —El Emperador hizo una pausa para respirar—. Un nadie impotente —añadió—, un temeroso de su mujer.

Habiendo considerado ingeniosa esta observación final, Tiberio asombró a su huésped rompiendo en una aguda carcajada de borracho—. Estás en libertad de reírte

también, Galión —exclamo—. ¡Temeroso de su mujer! ¡Un nadie impotente!... ¡T... temeroso de su mujer! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El senador sonrió por obligación, pero no se degradó uniendo su risa a la ruidosa hilaridad del Emperador. Tiberio estaba borracho, pero se serenaría, y podría recordar.

—¡Y esa serpiente! ¡Herodes! —El Emperador pasó los puños por sus ojos húmedos, y comenzó débilmente—: ¡Bien sabemos de sus perfidias! Una sanguijuela asquerosa, engordando con la sangre de sus compatriotas... ¡Galión! He llevado la guerra a muchas tierras. He esclavizado muchos pueblos. He condenado a muerte a muchos de sus bravos defensores. Pero aunque ordenaba matar a los guerreros, tenía mucho respeto por su valor. ¡Ah! ¡Ese Herodes! ¡Ese buitre verminoso! ¡Ese escurridizo chacal! ¡Pretendiendo representar los intereses de los pobres conquistados, mientras lame nuestras sandalias por favores personales! ¡Qué criatura tan baja es!... Sí, sí, ya sé. Es una ventaja para el Imperio tener esos cobardes en sus puestos, por todas nuestras provincias, vendiendo a sus propios pueblos, traicionándolos... —Exhausto por el largo discurso, Tiberio lo terminó súbitamente: llenó otra copa con vino, tragó un chorro, exploró sus labios con una lengua difícil de manejar, se agitó en otra carcajada y por último exclamó:

—¡Odio a los traidores!

—A veces me he preguntado, Majestad —observó Galión pensando que se esperaba de él alguna respuesta—, si realmente es para bien del Imperio dejar a bribones traidores como Herodes administrar los asuntos de nuestras provincias subyugadas. ¿No es tal vez arriesgado? ¿Nos compensa?

Nuestros súbditos son defraudados, pero no engañados. Su odio está latente, no extinguido.

—Bueno... ¡Dejemos que nos odien, entonces! —gruñó Tiberio, aburrido del tema— ¡Que les aproveche! El Imperio Romano no pide ser amado. ¡Todo cuanto requiere es obediencia, pronta y completa! —Su voz chilló amenazadora—. ¡Dejemos que nos odien! ¡Dejemos que el mundo entero nos odie! —Juntó sus nudosos puños. El chambelán, gentilmente, le arregló la almohada para mitigar su cólera, y se agachó cuando uno de los huesudos codos apuntó inesperadamente en su dirección.

Al momento, la pesada cabeza del anciano cayó. El chambelán aventuró una mirada de súplica al senador, el cual se incorporó, indeciso sobre si tomar o no la iniciativa de retirarse.

Tiberio se irguió y tragó con dificultad, torciendo la cara.

—Nos habíamos apartado del tema, Galión —murmuró recobrándose—. Estábamos discutiendo sobre tu delicado hijo... Crucificó a un judío inofensivo y la injusticia lo postró en cama. ¿Eh? Y semanas después, todavía está deprimido. ¡Muy extraño! ¿Cómo puedes explicar esto?

—El caso está lleno de misterio. Majestad —suspiró Galión—. Hay un pequeño

asunto del cual no te he hablado. Se refiere a la túnica del judío.

—¿Eh? —Tiberio se inclinó hacia él, despabilado por la curiosidad—. ¿Manto? ¿Qué pasa con la túnica?

Galión se debatió consigo mismo durante un momento, preguntándose cuál sería la mejor manera de continuar, y un tanto arrepentido de haber aludido al incidente.

—Mi hijo estaba acompañado por su esclavo griego, un muchacho muy inteligente. Por él conozco este aspecto de la cuestión. Parece que cuando el galileo fue crucificado, el sayo que le habían quitado yacía en el suelo, y mi hijo y otros oficiales, para pasar el rato, lo jugaron a los dados. Marcelo lo ganó.

Tiberio se revolvía en sus almohadas, desilusionado por la insulsez del cuento.

—Aquella noche —continuó Galión— se sirvió un banquete en la residencia de Pilatos. Según el esclavo, mi hijo estaba lejos de sentirse feliz, pero no hubo nada de particular en su conducta durante o después de la crucifixión. Había bebido mucho, pero aparte de esto su mente estaba normal. En el banquete uno de los oficiales del estado mayor de Minoa, que se había excedido con el vino, le instó a ponerse la vestidura del judío. —Galión hizo una pausa, y el rostro del anciano mostró un renovado interés.

—¿Y? —inquirió impacientemente—. ¿Se lo puso?

—Sí; y nunca ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

—¡Ah! —exclamó el Emperador, animándose—. ¡Ahora vamos llegando a algún lado con la historia! ¿Tu hijo piensa que el judío dejó una maldición en la túnica?

—Es difícil decir lo que piensa mi hijo, Majestad. Está muy reticente.

Una luz brilló de pronto en los ojos del anciano.

—¡Ah! ¡Ya veo! ¡Por eso lo mandaste a Atenas! ¡Consultaré a los sabios, los astrólogos, los adivinos, y a los que comulgan con la muerte! Pero, ¿por qué a Atenas? Hay mejores hombres en Rodas. ¡O hubieras podido enviarlo aquí! No hay un hombre más sabio que mi rodiota Telemarco.

—No, Majestad; no enviamos a Marcelo a Atenas para consultar adivinos. Lo obligamos a irse una temporada, porque aquí podría serle dañoso el encontrarse con sus amigos en ese lamentable estado mental.

—¿Así que el sayo del judío muerto está embrujado? —Tiberio se relamió. El cuento resultaba ahora muy de su agrado—. Los judíos son un pueblo muy extraño: muy religiosos. Creen en un solo dios. Evidentemente, este galileo era un religioso fanático. Si se puso a pelear contra el templo, quizá tendría alguna nueva religión.

—¿Vuestra Majestad ha sabido algo del Mesías? —pregunto Galión.

La espalda del Emperador resbalaba lentamente y sus ojos se ensanchaban.

—Sí... —contestó con un ronco suspiro—. Está a punto de llegar. Lo están buscando siempre, dice Telemarco... Lo han estado esperando miles de años, dice Telemarco... Va a venir y levantar un reinado, dice Telemarco, un reinado que no tendrá fin; y el gobierno descansará sobre sus hombros... Telemarco dice que eso está escrito. Yo lo dejo charlar... Es un pobre viejo. Dice que el Mesías reinará, un día,

¡en Roma! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dejo charlar a Telemarco! Si fuera más joven, un siglo o dos, lo hubiera azotado por su imprudencia, Un Mesías. ¡Bah! Un reinado, ¡puf!... Bien — Tiberio se recobró de su pesado monólogo—. ¿Qué habías empezado a decir del Mesías?

—Nada, Majestad. Excepto que se había extendido la convicción entre la gente del pueblo, según el esclavo de mí hijo de que ese judío galileo era el Mesías prometido.

—¡Qué! —exclamó Tiberio—. ¡Tú no crees eso, Galión!

—No soy religioso, Majestad.

—¿Qué significa eso de que no eres religioso? Crees en los dioses, ¿verdad?

—No tengo convicciones sobre el particular, Majestad. Los dioses están muy lejos de mi campo de estudio.

Tiberio demostró su desaprobación.

—¡Tal vez el senador Galión dirá dentro de un momento que no cree que su Emperador es divino!

Galión inclinó la cabeza y meditó la respuesta.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó calurosamente el anciano—. ¿Es divino el Emperador?

—Si el Emperador piensa que es divino —replicó temerariamente Galión—, no necesita pedir a uno de sus súbditos la confirmación.

Este acto de osadía fue tan sorprendente, que Tiberio quedó a la búsqueda de las palabras apropiadas. Al cabo de un largo silencio lleno de expectativa se relamió los resecos labios.

—Eres un hombre de palabras imprudentes, Galión —exclamó—, ¡pero honesto al mismo tiempo!... Ha sido refrescante hablar contigo... Vete, ahora. Tendremos otra conversación por la mañana. Me apena que tu hijo no pueda aceptar nuestro nombramiento.

—¡Buenas noches, Majestad! —Galión retrocedió hacia la puerta. Algo de su actitud preocupada predispuso la mente madura del anciano hacia la simpatía.

—¡Detente! —exclamó—. Encontraremos una ocupación para el hijo de nuestro excelente Galión. Marcelo hará sus esculturas y se preocupará por sabias lecturas. Dejémoslo dedicarse a las artes y adormecerse sobre los filósofos... ¡Hay otras cosas necesarias en esta corte además de espiar por las cerraduras y pasearse con la espada! Tu hijo será nuestro preceptor... Nos leerá. Estamos cansados de los consejos de ancianos... Marcelo nos dará el punto de vista de la juventud sobre los misterios. Galión, ¡informa a tu hijo de nuestra orden!

—Vuestra Majestad es muy amable —murmuró el senador agradecido—. Comunicaré a mí hijo tan generosas palabras. Majestad. Tal vez este nombramiento contribuya a curar su mente.

—Y si no lo hace —el anciano guiñó significativamente sus ojos—, ¡no importa! ... Todos los filósofos están mal de la cabeza. —Hizo una mueca, se deslizó

lentamente por las almohadas y sus labios exhalaban un profundo suspiro de cansancio. El Emperador de Roma estaba por fin dormido.

A la mañana siguiente, informado por el chambelán de que su Majestad Imperial no estaba todavía despierto, el senador se desayunó en sus habitaciones y salió a dar un paseo. Hacía muchos años que no había visitado Capri, desde la inauguración oficial de la Villa de Jove, cuando el Senado entero se había ocupado de las festividades, más memorables por su costo que por su grandeza. Aunque estaba muy al tanto de las enormes y extravagantes obras realizadas en la isla, no había podido formarse una clara idea de la magnitud de estas empresas. ¡Debían ser vistas para ser creídas! Tiberio podía estar loco, pero resultaba sin lugar a dudas un arquitecto competente.

Por el ancho pavimento de mosaicos, en dirección al extremo del paseo, Galión dobló hacia una glorieta sombreada, se sentó con fruición en un sillón, y observó perezosamente el penacho de humo azul que flotaba sobre el Vesubio. Por alguna razón la siniestra y vieja montaña parecía simbolizar el Imperio Romano: su tremendo poder siempre a la espera, tenso, lanzando ocasionalmente densos humos sulfurosos y minerales derretidos. Su calor no era de los que entibian y acarician, ni su lava hacía crecer la cosecha. El Vesubio era eficaz sólo como destructor. Los que cobijaba a su sombra estaban temerosos. Lo mismo podía decirse del Imperio, reflexionaba Galión. «¡Dejemos que nos odien!», había rugido el anciano Tiberio, " ¡Dejemos que el mundo entero nos odie!" Mucho antes del advenimiento de los Césares, esta jactancia insolente había traído el desastre sobre persas, egipcios y griegos, Némesis, la diosa de la venganza, se había reído ante tal arrogancia, y uno tras otro los había sumido, mientras maldecían impotentemente, en la dura esclavitud.

Galión preguntaba si viviría para presenciar la inevitable caída del Imperio. ¿Qué planes tendría Némesis para el desmembramiento de Roma? ¿Cuál sería la forma de la nueva dinastía? ¿Quién se levantaría y lucharía para destruir lo que César había construido?... La noche anterior, el irritado y ebrio anciano se había mostrado casi atemorizado al relatar el fundamento íntimo de los profetas judíos. «Él llegará». ¡Ah, sí! ¡Tiberio veía acercarse la crisis! Tal vez el supersticioso anciano no había definido sus precisas razones para estar tan profundamente interesado en los oráculos, encantamientos y tamañas tonterías de sus miserables adivinos y astrólogos. ¡Pero era por eso! ¡Tiberio veía al Imperio aproximarse a las cataratas! «Él vendrá». Pues bien: alguien vendrá, y el gobierno se asentará sobre sus hombros. ¡Pero no será un judío! ¡Eso era imposible! ¡Ridículo!

Completamente absorto en estas especulaciones, Galión no se percató de la llegada de Diana hasta que ella se detuvo delante de él. Alta, ágil, llena de vitalidad, le sonrió graciosamente y le extendió la mano.

Era la primera vez que tenía oportunidad de conversar con ella, aparte de los breves saludos que cambiaban cuando iba a visitar a Lucía.

Hasta hacía poco tiempo Diana era sólo una chiquilla, tímida y silenciosa, pero

con fama de fogosa, casi peleadora.

En las últimas semanas, enterado del creciente cariño que unía a su hijo con la hija de Galo, había sabido un poco más de ella; pero, esta mañana, tenía la impresión de no haberla jamás visto antes. Diana había crecido. Había adquirido la gracia sutil y los contornos encantadores de una mujer. ¡Estaba hermosa! No se extrañó el anciano de que Marcelo se hubiera enamorado de ella.

Se levantó, hizo una profunda reverencia, y se confortó con el firme apretón de manos. Los serenos ojos de la joven, grandes y separados, estaban sombreados por pestañas largas y arqueadas bajo unas cejas exquisitas. El turbante de seda roja acentuaba el negro azulado de su cabello, la blancura de su frente patricia, el rosado rubor de sus mejillas. Galión miró aquellos ojos sinceros con franca admiración: eran perturbadoramente femeninos, pero intrépidos y audaces como los de un hombre. «Herencia de su padre», pensó. Galo tenía una personalidad encantadora y un porte envidiable; pero, bajo su amabilidad, estaba la fuerza sorprendente de un resorte en tensión.

La sonrisa tranquila de Diana y aquel alentador apretón de manos ganaron de inmediato el afecto del senador, mientras que como un dardo atravesaba su mente el pensamiento de que la valiente y encantadora hija de Galo estaba equipada con todos los útiles necesarios para seguir su propio camino. Si se hacía algún intento por detenerla, por cierto que exteriorizaría su carácter.

¿Puedo acompañarte, senador Galión? —Los labios llenos de Diana eran infantiles, pero su bien disciplinada voz era sorprendentemente madura.

¡Por favor, siéntate, querida! —El anciano notó la gracia fácil de su postura al sentarse en el banco de enfrente, tímida pero alerta.

—Tenía la esperanza de conversar contigo —prosiguió él, sentándose nuevamente. Diana sonrió animándolo, pero no contestó; y Galión, midiendo sus palabras, prosiguió de un modo casi estudiado:

—Marcelo regresó de su largo viaje, hace unos cuantos días, enfermo y deprimido. Estaba agradecido, y todos lo estamos, Diana, por la parte generosa que has tenido en su retorno entre nosotros. Marcelo se hallaba ansioso de expresarte su profundo agradecimiento; pero en sus condiciones no pudo reasumir sus actividades. Lo hemos enviado a Atenas con la esperanza de que un cambio de ambiente cure su mente melancólica.

Hizo una pausa. Había anticipado una involuntaria exclamación de sorpresa y dolor, pero Diana no emitió sonido alguno; sólo se quedó quieta, sentada, escuchando con gran atención, estudiando alternativamente sus ojos y sus labios.

—¡Marcelo ha recibido un severo golpe! —añadió el senador.

—Sí, lo sé —asintió ella, brevemente.

—¿Sí?... ¿Qué sabes?

—Todo lo que contaste al Emperador.

—Pero el Emperador no se ha despertado todavía.

—A él no lo he visto —precisó Diana—. Lo sé por Nevio.

—¿Nevio?

—El chambelán.

Galión se acarició pensativamente la mejilla. Ese Nevio debía ser un individuo charlatán, Diana interpretó su seca sonrisa.

—Pero tú pensabas contármelo, ¿no es así? —observó—. Nevio, por regla general, no es charlatán, señor; debo decir esto por él. Mantiene su boca cerrada. A veces —prosiguió ingenuamente—, es difícil hacer que Nevio cuente todo lo que pasa en la Villa.

Los labios del senador se frunció y sus hombres se levantaron mientras reía entre dientes. Estuvo a punto de preguntarle si alguna vez había pensado elegir la diplomacia como profesión; pero el asunto a tratar era demasiado serio como para hacer bromas. Se irguió repentinamente grave:

—Ahora que sabes todo lo referente a Marcelo, no necesito repetirme su penosa historia.

—¡Todo eso es muy extraño! —los ojos de Diana demostraban preocupación—. Según Nevio, hubo una ejecución que trastornó a Marcelo. —Sus expresivos ojos volvieron lentamente a sondear la cara serena del senador—. Debe haber sido algo más que eso, señor. Marcelo ha visto hacer cosas crueles. ¿Quién no las ha presenciado? ¿No es suficiente acaso la arena ensangrentada? ¿Por qué habría Marcelo de hundirse en la pena y la desesperación por tener que hacer morir a un hombre? ¡No importa quién! ¡No importa cómo! ¡Él ha visto morir hombres!

—¡Ésta era una crucifixión, Diana! —dijo con tranquilidad el senador.

—Y sumamente horrible, sin duda —asintió ella—. Nevio dice que conversaron mucho sobre la inocencia del hombre. Y bien... eso no era culpa de Marcelo. Él no pudo dirigir el juicio, ni elegir el modo de ejecutarlo. Puedo comprender su repugnancia en hacerlo, pero seguramente, ¡tal cantidad de dolor no va a volver a la vida a ese pobre judío!... Hay un misterio tras ello, creo. Nevio habló de un cuento sobre una prenda embrujada... y una obscuridad en la media tarde... y una mezcla confusa sobre un Mesías anunciado, o algo así... ¿Cree Marcelo que ha matado a una persona de gran importancia? ¿Es eso lo que lo atemoriza?

—Te contaré lo poco que se de ello, Diana, y sacarás tus propias conclusiones. En cuanto a mí, me ha resultado difícil llegar a alguna solución razonable del problema —Galión frunció el ceño concentrándose—. Durante centurias, los profetas judíos han anunciado la llegada de un campeón de la libertad de su pueblo. Este valeroso caudillo restaurará el reinado de los judíos. En realidad, el vaticinio tradicional (según el Emperador, versado en todas las ciencias ocultas) es de más amplio alcance, previniéndose un rey con un dominio más extenso que el simple gobierno de la pequeña y pobre Palestina.

—¿Alguien como los Cesares?

—Por lo menos —asintió Galión con una sonrisa breve y desdeñosa—. Ahora

bien, ocurrió que un número muy considerable de judíos pensó que tenían razón para creer que ese galileo, a quien las autoridades del Templo y el gobierno provincial romano juzgaron por traición y herejía, era el Mesías prometido...

—Pero... ¡seguramente —interrumpió Diana— Marcelo no cree nada de esto! ¡Es la última persona en el mundo que podría ser convencida!

—Es verdad —consintió Galión—. No es supersticioso. Pero... según Demetrio, quien estuvo presente en todo el asunto, era una ocasión extraña. La conducta del judío en el juicio fue, por lo menos, desacostumbrada. Demetrio dice que todo el mundo estaba en el juicio menos el prisionero; y afirma que el comportamiento del hombre en la cruz fue heroico... Demetrio es un muchacho de sangre fría y no tiene costumbre de decir mentiras.

—¿Qué piensas de aquella túnica? —inquirió Diana.

—No tengo ni idea... —confesó el senador—. Marcelo había pasado un día muy duro. Estaba nervioso, avergonzado, deshecho. Puede haber sido víctima de su propia imaginación. Pero... cuando se puso ese sayo... ¡le produjo algo! Puede que no nos gusten las derivaciones de este problema... pero... ¡el problema está allí, concreto! Seguramente piensas que es tonto creer que la vestidura del judío está embrujada; lo mismo creo yo. ¡Toda esa superstición idiota me resulta insoportable! No creo que exista ninguna energía oculta en una cosa inanimada... En cuanto a la leyenda del Mesías, no tengo interés en ella. Si el galileo fue injustamente acusado o no, es un incidente terminado que no me concierne. Pero... después que todas estas consideraciones se desechan, ya sea por tontas o por concluidas... Marcelo se está amargando hasta la locura. Eso por lo menos lo sabemos positivamente. El senador acarició su arrugada frente y exhaló un suspiro de desesperanza.

—Nevio dice que el Emperador desea que Marcelo venga a Capri como maestro —observó Diana, después de un breve silencio entre ellos—. No queremos que haga eso. ¿Verdad, señor?

—Encuentro difícil imaginarme a Marcelo en ese papel —admitió Galión—. Tiene muy poco respeto por la clase de enseñanzas que ocupan la mente del Emperador.

—¿Crees que consentirá?

—Y... —Galión se ayudó con un gesto—. Marcelo no tiene mucha elección en el asunto. Al presente, puede permanecer en Atenas. Pero cuando regrese tendrá que obedecer la orden del Emperador, le guste o no.

Repentinamente, Diana se inclinó hacia él, con el rostro ensombrecido por la ansiedad.

—¡Dile que no venga! —susurró—. ¡No debe venir aquí! —Galión se levantó asombrado, incorporándose y observándola con serio interés—. Debo contarte algo —prosiguió ella nerviosamente. Lo tomó por el brazo y le señaló una larga hilera de estacas, con pequeñas banderas echadas al viento—. Allí es donde el Emperador va a edificar una nueva y hermosa mansión. Ahora prepara los planos para ella. Cuando

esté terminada, será mía.

Galión la miró.

—¿Tuya? —dijo con torpeza—. ¿Quieres decir que deseas vivir aquí bajo la férula de este anciano loco y cruel?

Los ojos: de Diana se inundaron de lágrimas. Negó con la cabeza y dio vuelta la cara, sosteniendo todavía fuertemente el brazo del senador.

—¡Él lo sugirió, señor, cuando le estaba rogando que hiciese volver a Marcelo! —confió deshecha en llanto—. No era exactamente una condición impuesta por su promesa de traer a Marcelo, pero... ¡ahora me hace pensar que lo era! Creí que lo olvidaría. Siempre olvida casi todo. Pero... ¡temo que esto lo llevará a cabo! Por eso quiere a Marcelo aquí. ¡Ésa será nuestra villa!

—Y bien —exclamó Galión—. ¿Por qué no, entonces? ¿No es verdad que tú y Marcelo os queréis?

Diana asintió e inclinó la cabeza.

—Habrà muchos inconvenientes si viene a Capri —observó roncamente. Luego, secando las lágrimas de sus ojos y enfrentando a Galión directamente, continuó—: Debo contártelo todo. ¡Pero, por favor, no trates de hacer nada! Cayo ha estado aquí hace poco... Vino dos veces. Desea casarse conmigo... El Emperador no me dejará ir a casa. He escrito a mi madre y sé que la carta no fue entregada.

—¡Le diré que venga conmigo inmediatamente! —declaró Galión con calor.

—No, no... todavía no... ¡por favor! —Diana oprimió el brazo con las dos manos—. ¡Tal vez habrá algún otro modo! No debo poner en peligro a mi madre.

—Pero, Diana... no puedes quedarte aquí... ¡en semejantes condiciones!

—¡No! ¡Por favor, no hagas ni digas nada! —La joven estaba temblando.

—¿Qué temes, querida mía?

—¡Tengo miedo de Cayo! —susurró ella, con un repentino terror pintado en el rostro.

ONCE

AL amanecer del séptimo día de septiembre, un verdulero que había llegado con frutas y verduras frescas para la casa de Eupolis, refirió que el «Vestris» había sido avistado por el Pireo.

Teniendo la seguridad de que habría cartas para él en el barco, y demasiado impaciente para esperar la lenta entrega por intermedio del tetrarca, Marcelo alquiló un coche y partió en seguida, acompañado por Demetrio.

Desde hacía cierto tiempo, Demetrio y su amo usaban el arameo en todas sus conversaciones. No era una lengua fácil, y cuando la hablaban, pronunciaban cuidadosamente las palabras, observándose mutuamente los labios. Por regla general, el esclavo se sentaba con el conductor, pero esa mañana se sentaron uno al lado del otro en el último asiento del movedizo carruaje, y cualquiera que por casualidad hubiera estado observándolos no habría imaginado que uno de aquellos jóvenes era esclavo del otro. Ciertamente, Demetrio era el que llevaba la conversación, y en ocasiones criticaba el acento de su amo.

Todas las mañanas después del desayuno, durante varias semanas. Demetrio había ido a la tienda de Benjamín para instruirse, pasando allí el día hasta el atardecer. El viejo tejedor no había pedido recompensa por sus servicios como pedagogo. Dijo que aquello sería un placer para él. Pero con el correr de los días, Demetrio comenzó a ser útil en la tienda, aprendiendo rápidamente y con tino a cardar e hilar. Por la noche, compartía sus conocimientos de arameo con Marcelo, quien deseando no quedar en deuda con Benjamín le había regalado, pese a sus protestas, dos grandes balas de algodón egipcio de largas fibras y algunas canastas de lana selecta de las montañas chipriotas.

Benjamín, que no era aficionado a la adulación, se había sentido obligado a admitir, al cabo de un mes, que Demetrio estaba haciendo progresos sorprendentes. Si eso era cierto, decía Demetrio, se debía a la pericia, del maestro; a lo que Benjamín replicaba que la mejor manera de aprender algo era explicárselo a otro.

Marcelo aprendía el arameo de rebote, pero lo adelantaba rápidamente, pues Demetrio se lo enseñaba sin descanso, con una insistencia llena de tacto.

Camino del Pireo se trenzaron en una animada discusión sobre los Diez Mandamientos: Marcelo aprobándolos, Demetrio demostrando que eran injustos. En ocasiones defendía su causa con tanto entusiasmo que abandonaba el arameo y adoptaba el griego, lo que divertía mucho a su amo.

—¡Eh, tú! —exclamaba Marcelo—. ¡No hables de los Diez Mandamientos en un idioma pagano!

¡Pero, señor, son tan injustos! «No robarás». Muy bien; pero no hay un mandamiento incitando al rico a compartir sus bienes con el pobre, evitando con ello la tentación... «No codiciarás». Buena advertencia, sin duda. ¿Pero es justo decir al pobre que no debe envidiar los bienes del rico... y olvidarse de decir al rico que no

tiene derecho a ser tan egoísta?

¡Oh! Tú lo ves solamente desde el punto de vista del esclavo, —contestaba risueñamente Marcelo—. Tienes prejuicios. El único defecto que puedo encontrar en los Mandamientos es la prohibición de la escultura. Ciertamente, ese Jahvé no era partidario de las artes.

—Eso era para evitar que se hicieran ídolos —explicó Demetrio.

—Lo sé. ¿Pero qué importan los ídolos? Generalmente son muy artísticos... La gente común se siente inclinada a adorar algo. ¡Mejor que sea algo hermoso! El anciano Zeus no armó ningún escándalo cuando los escultores griegos esculpieron una multitud de dioses, de todas formas y tamaños. ¡Debe haber cuarenta sobre el Cerro de Marte! Hasta tienen uno en honor de «el dios desconocido».

—¡Me pregunto qué pensará Zeus de ése! —razonó Demetrio.

—Probablemente se rió, porque ya sabes que a veces se reía. Creo que ésta es la principal incompatibilidad con Jahvé, que no se ríe nunca.

—Tal vez piensa que el mundo no es muy gracioso.

—Pues entonces la culpa es suya —dijo negligentemente Marcelo—. Si así lo cree, ¡debió haberlo hecho un poco más divertido!

Demetrio no contestó.

—¡Creo que es la cosa más tonta que haya dicho en mi vida! —se corrigió el tribuno.

—¡Oh, no diría tanto como eso, señor! —replicó seriamente Demetrio.

Ambos rieron. Aquel estudio del arameo estaba dificultando el sostenimiento de las relaciones entre ellos como amo y esclavo.

El capitán Fulvio, gritando sus órdenes a los desganados esclavos, miró con extrañeza a Marcelo, mientras éste subía a la cubierta; luego, al reconocerlo de pronto, le tomó la mano calurosamente.

—¡Ya estás otra vez bien, señor! —exclamó—. ¡Qué alegría! Me costó trabajo reconocerte. He pensado en ti muchas veces. ¡Estabas muy enfermo!

—Debo haber puesto a prueba tu paciencia, ¡Fulvio! Ahora todo va bien, gracias.

—¡Oh! ¡Demetrio! —Fulvio le alargó la mano, ante la sorpresa de Marcelo—. No he olvidado aquel buen empujón que me diste, hijo, en el viaje desde Jope.

—No estoy enterado de nada —dijo Marcelo, dirigiendo una mirada interrogadora a su esclavo.

—No fue nada, señor —murmuró Demetrio.

—¡Nada! —exclamó Fulvio—. ¡El muchacho me salvó la vida y ahora declara que no fue nada! Demetrio: ¡deberías ser encadenado por esto! —dirigiéndose a Marcelo prosiguió—: Tú estabas demasiado enfermo para interesarte por este asunto, señor; así que decidimos no molestarte con él. Un esclavo enloquecido —el calor suele hacerse insoportable allá abajo, en las filas de bancos, señor— se las arregló para deslizarse de su brazal, una noche, estando anclados en Alejandría. Se escurrió hasta cubierta y ya tenía levantada una cabilla, lista para deshacerme la cabeza. ¡Tu

Demetrio llegó justo a tiempo!

—Me alegro de haber andado por allí, señor —dijo Demetrio.

—¡Yo también! —declaró riéndose el capitán—. Pues bien, me alegro de veros a ambos. Hay cartas para ti, legado. Le pedí al tribuno que te las llevara cuando fuera a entregarte el mensaje del Emperador, pero es un jovenzuelo muy orgulloso; dijo que no era un vulgar mandadero.

—¿Mensaje del Emperador? —preguntó Marcelo inquieto.

—¿No lo has recibido todavía, entonces? Quizá te cruzaste con el magnífico tribuno por el camino. ¿Te quedarás a comer con nosotros?

—Sería un placer, Fulvio; pero debo regresar sin demora, Este tribuno puede estar esperando.

—¡Puf! Estará esperando y echando humo; es un individuo inquieto que toma los deberes por lo trágico; un individuo muy importante, a quien siempre le gusta dar órdenes —Fulvio suspiró con pesar—. Y lo tendré conmigo durante sesenta días más, por lo menos; pues es portador de un mensaje para Poncio Pilatos, en Jerusalén, y regresa en el «Vestris».

—¿No puedes tirarlo por la borda? —sugirió Marcelo.

—Puedo... —Fulvio sonrió—. ¡Pero mi esposa me espera de vuelta en Ostia para los primeros días de diciembre!... Legado, si puedes prescindir de Demetrio por el día, ¿lo dejarás conmigo?

Marcelo iba a dar su consentimiento, pero titubeó.

—Si lo deseas, vendrá mañana. Quizá sea mejor que ahora regrese conmigo... Este mensaje del Emperador podría alterar nuestros planes.

—Gracias, capitán Fulvio —dijo Demetrio—. Volveré, si puedo.

Marcelo estaba más ansioso que los vacilantes caballos por volver a la ciudad. Pese a la afanosa marcha de aquéllos, el viaje resultó incómodo, pues la carretera, polvorienta y con profundos baches, estaba llena de carros cargados con maderas, y caravanas de camellos sobrecargados, que requerían continuos desvíos al mal acondicionado borde del camino. Por cierto que no resultaba agradable en tales circunstancias la tarea de leer una carta.

Marcelo rompió el sello del grueso rollo de su padre, y se sintió feliz al ver que contenía también mensajes de su madre y de Lucía. Se sorprendió al ver la carta de Diana fechada en Capri; hubiera sido leída en primer lugar, en circunstancias más favorables. Conservó el pergamino en la mano y decidió que luego se deleitaría con su lectura en privado.

—Evidentemente, la hija de Galo tuvo necesidad de abrir su carta antes de enviarla —recalcó más para sí mismo que para Demetrio, que estaba perezosamente sentado observando cómo su amo inspeccionaba el rollo.

—La cera de la capa superior parece de un color ligeramente distinto, señor —comentó Demetrio.

—Marcelo volvió a examinar el pergamino con más cuidado, quitando la segunda

aplicación de cera con la punta de su daga.

—¡Tienes razón! —murmuró—, ¡La carta ha sido violada!

—¡Por una mujer! —añadió Demetrio—. Aquí está la marca de su dedo.

Frunciendo el ceño con disgusto, Marcelo guardó el pergamino de Diana entre los pliegues de su túnica y comenzó a leer la carta de su padre.

Había retornado recientemente; de Capri, escribía, donde fuera para explicar la repentina partida del hijo.

«Era inevitable que fuese enteramente franco con el Emperador —decía la carta—, puesto que acababas de embarcarte cuando llegó el mensaje con tu nombramiento...».

—¡Demetrio! ¡Te pido que atiendas esto! —exclamó Marcelo—. ¡El Emperador me ha nombrado comandante de la guardia, en Capri! Sin duda éste es el contenido del mensaje que recibiré hoy... ¡Comandante de la guardia en Capri!... ¿Qué supones debe hacer el comandante de la guardia de Capri?

El tono de confianza significaba no sólo que Demetrio estaba por un rato en completa libertad, sino que probablemente, sería reprochado si no hacía entero uso del privilegio de hablar en términos de igualdad.

—Probar la sopa, supongo —aventuró—. Y dormir con el uniforme puesto... y con un ojo abierto.

—Mientras su esclavo duerme con los ojos abiertos —observó Marcelo en el mismo tono—. Me parece que tienes razón... La isla es un foco de envidia y conspiraciones. La vida de una persona puede ser comprada por unas monedas. Volviendo a la carta, leyó durante un rato con gesto de desagrado.

—No voy a recibir tal nombramiento —dijo alzando la vista—. Mi padre me advierte que el Emperador ha pensado otra cosa. Escucha: «Demostró mucho interés, en vista de lo cual me vi obligado a contarle tu desgraciado lance de Jerusalén. Y cuando le informé que el judío crucificado era considerado por algunos como el Mesías...». —Marcelo se interrumpió de pronto y miró fijamente la cara de Demetrio—. ¿Cómo supones que mi padre sabe eso? —preguntó.

—Yo se lo conté —dijo candorosamente Demetrio—. El senador Galión insistió para que le hiciera un relato completo de lo ocurrido allá. Pensé que tenía derecho a que se le diese una explicación, señor... Y como tú no estabas en condiciones de darla.

—Es cierto —admitió tristemente Marcelo—. Espero que no te hayas sentido obligado a contarle al senador lo del sayo del galileo.

—Sí, señor. Era él la causa de tu... tu enfermedad. La explicación, sin mencionarlo, hubiera resultado muy confusa.

—¿Quieres decir, entonces, que fuiste completamente explícito? ¿Qué hablaste claramente, incluso del asunto de la túnica?

—No, señor. Quizá esa parte sea siempre un misterio.

—Bueno, sigamos con esto. —Marcelo levantó el pergamino y reanudó la lectura

en alta voz... «El Emperador estaba animado de una inmensa curiosidad, pues es profundamente versado en todas las religiones. Sabe mucho sobre las profecías mesiánicas de los judíos. Desea que prosigas tus estudios en Atenas, especialmente los concernientes a religiones, y que vuelvas a Capri como maestro». ¡Un *maestro*! —Marcelo rió forzosamente; pero Demetrio ni siquiera sonrió—. ¿No crees que es gracioso, Demetrio? —insistió—. ¿Puedes imaginarme a mí enseñando a aquella colección de animales?

—No, señor —replicó Demetrio serenamente—. No creo que sea gracioso. Pienso que sería un desastre.

—Quieres decir... ¿qué sería fastidioso para mí?

—¡Peor que fastidioso! —exclamó temerariamente Demetrio—. Ya que preguntas, te diré que es una situación despreciable. Se dice que el Emperador tiene un contingente de astrólogos, adivinadores de oráculos, descubridores de fantasmas y toda clase de patrañas por el estilo, agrupados a su alrededor. Sería un trabajo muy triste para mí amo tener algo que ver con ellos.

Marcelo había empezado a comprender la seriedad del corintio.

—¿Crees tú que desea que yo también enseñe un montón de supersticiones tontas?

—Sí —asintió Demetrio—. Quiere oír algo más sobre la túnica del galileo.

—¡Pero ésa no es una tonta superstición! —observó Marcelo.

—No, para nosotros no; pero no será más que eso en cuanto el Emperador y sus adivinadores lo tomen como tema de discusión.

—Sientes profunda pena por esto, Demetrio —dijo cariñosamente Marcelo.

—¡Pues bien, señor! ¡No deseo ver la vestidura envilecida por aquel anciano repugnante y por su corte de lunáticos!

Marcelo simuló indignarse.

—¿Te das cuenta, Demetrio, de que tus referencias al Emperador de Roma podrían ser consideradas como rayanas en la falta de respeto?

Ambos sonrieron. Marcelo elevó nuevamente la carta de su padre, leyéndola en voz alta, con lentitud.

«Dudo que tengas apuro por este empleo, hijo mío. El Emperador tiene una mentalidad extraña y errática. De cualquier modo, ésta es su orden y no tienes que elegir, sino obedecer. Afortunadamente, te permite permanecer en Atenas una temporada razonable, prosiguiendo tus estudios. Todos estaremos ansiosos por tenerte de nuevo en Roma, pero no puedo aconsejarte que apresures tu regreso».

No había ninguna referencia a Diana. Marcelo pensó que eso era extraño, pues seguramente Diana había estado en la Villa Jove al mismo tiempo que su padre. Estaba ansioso por leer su carta. Le inquietaba saberla huésped de aquella isla siniestra... Alguien sin duda había abierto la carta... Alguien la estaba espiando. ¡No era lugar seguro para Diana!

Al parecer la casa de Eupolis se hallaba en un estado de gran excitación. No

llegaba todos los días un tribuno de Roma, con vistoso uniforme y un mensaje del Emperador; y el establecimiento entero, habitualmente reservado, estaba bajo la evidente impresión del acontecimiento.

Dion, con el rostro grave y sudoroso, iba y venía de aquí para allá por el camino de los coches, al tiempo que el traqueado carruaje entraba por la puerta.

—¡Apúrate, Marcelo! —rogó con temerosa voz, una vez situado detrás de éste—, ¡Hay un mensaje del Emperador! ¡El tribuno estuvo esperando y se enfureció, gritando que si no llegabas pronto, acusaría nuestra casa ante el tetrarca!

—¡Quédate tranquilo, Dion! —le consoló Marcelo con calma—. Tú no has cometido ninguna falta.

Despidiendo el carruaje, se encaminó hacia la casa, pasando ante un grupo de esclavos encargados de cuidar el jardín, quienes lo miraron con afecto y simpatía. Teodosia y su tía Ino rondaban cerca de la madre, sentada en el columpio. La pomposa figura del tribuno se paseaba majestuosamente ante la entrada de la casa.

Marcelo inmediatamente lo reconoció: ¡Quinto Luciano! Por algo el individuo alardeaba. ¡Era el favorito de Cayo!

¡Quinto! Sin duda no se había resignado a llevar a cabo el encargo. Eso explicaba su conducta ofensiva en el barco. Probablemente, Cayo estaba furioso porque el anciano de Capri había pasado sobre él al dar orden de que Marcelo regresara de Minoa; y ahora el Emperador había mandado un mensaje... y ni Quinto ni Cayo podían evitarlo.

—¿Cuánto tiempo debe estar esperando un enviado del Emperador? —gruñó, mientras Marcelo se acercaba seguido a pocos pasos por Demetrio.

—No había sido advertido de que estuviese listo para recibir un mensaje del Emperador —replicó Marcelo, tratando de conservar la calma—. Pero ahora que estoy aquí, tribuno Quinto, te sugiero que llesves a cabo tu encargo con la cortesía que un romano espera de un oficial de su propio rango.

Quinto gruñó malhumorado y le tendió el pergamino imperial ostentosamente dorado.

—¿Esperas contestación? —inquirió Marcelo.

—Sí. ¡Pero te advierto que no me tengas aquí esperando mucho tiempo! ¡Los enviados de Su Majestad no están acostumbrados a perder el tiempo en las posadas griegas!

El tono era tan desdeñoso que sólo podía tener un significado. Demetrio se adelantó un paso y permaneció atento. Marcelo, pálido de rabia, no contestó.

—Leeré esto en privado, ¡Quinto! —dijo con ira contenida—. Y prepararé la respuesta. Puedes esperar o volver por ella, según lo prefieras. —Al alejarse a grandes pasos, murmuró dirigiéndose a Demetrio—: ¡Tú quédate aquí!

Cuando Marcelo hubo desaparecido camino a su departamento, Quinto avanzó hacia el corintio, y lo enfrentó con una sonrisa insolente.

—¿Eres acaso su esclavo?

Señaló en la dirección que había tomado Marcelo.

—Sí, señor.

—¿Quién es ese pimpollo que anda cerca del trapecio? —preguntó Quinto torciendo la boca.

—Es la hija de Eupolis, señor —contestó Demetrio secamente.

—¡No me digas! Trabare conocimiento con ella mientras espero.

Adelantándose a Demetrio, marchó altaneramente por el parque, acentuando cada paso arrogante con un movimiento del yelmo. Dion, pálido y confuso, se dirigió hacia el columpio. Demetrio los seguía lentamente. Los pies, elegantemente calzados con sandalias, bien separados y los brazos en jarra, Quinto se detuvo frente a Teodosia, sin hacer caso de los demás, y mirándola de arriba abajo. Sonrió con descaro.

—¿Cómo te llamas? —La pregunta sonó groseramente.

—Es mi hija, señor —exclamó más cercano Dión, uniendo sus manos en un ruego.

—¡Eres un individuo afortunado por tener una hija tan hermosa! Debemos conocerla mejor. —Quinto trató de alcanzar la mano de Teodosia y ella retrocedió un paso con los ojos llenos de lágrimas—. Tímida, ¿eh? Rió desdeñosamente.

—¿Desde cuándo la hija de un posadero griego es tan mezquina en sus sonrisas?

—¡Te imploro, tribuno! —La voz de Dion temblaba—. La casa de Eupolis ha sido siempre respetable. ¡No debes ofender a mi hija!

—No debo, ¿eh? —gritó Quinto—. ¿Y quién eres tú para advertir al enviado del Emperador lo que no debe hacer? ¡Vete! —Con un brazo señaló hacia Febe e Ino—. ¡Vosotras también! —chilló—. ¡Dejadnos!

Mentalmente pálida, Febe se levantó con dificultad y dio unos pasos. Ino la ayudaba. Dion se mantuvo firme por un momento, jadeando su cólera impotente, pero comenzó a retroceder con lentitud cuando su enemigo echó mano a la daga.

—¿Qué haces aquí, esclavo? —exclamó Quinto volviéndose hacia Demetrio.

—Mi amo me ordenó permanecer aquí, señor —replicó Demetrio, y luego, dirigiéndose a Teodosia—: Sería mejor que fueses con tu padre a casa.

Lívido de ira, Quinto desenvainó su daga y se encaminó hacia él. Demetrio saltó al encuentro del brazo que empuñaba el arma y lo asió por la muñeca con las garras de tigre de su mano derecha, mientras la izquierda se estrellaba en la cara del tribuno. Este golpe que lo dejó tambaleante, tomó a Quinto completamente por sorpresa. Antes que pudiera recuperar el equilibrio, con toda la fuerza de su puño izquierdo, Demetrio había enviado otro directo a la boca del insolente. Las uñas habían penetrado profundamente en la muñeca y la daga cayó al suelo.

Aquel encuentro se estaba desarrollando con demasiada rapidez para Quinto. Aturdido y desarmado, golpeaba sin atinar, ciegamente, mientras Demetrio, llevándolo por delante, paso a paso, le seguía asestando en el rostro ensangrentado sus golpes sorprendentes.

El romano estaba ahora por completo a su merced, y Demetrio sabía que hubiera

sido bastante fácil administrarle en la mandíbula el golpe decisivo, que excusaría al enviado del Emperador de una ulterior participación en la lucha. Pero un fuerte deseo lo había obsesionado en su furia: ver cuánto daño podía infligir a la cara del tribuno antes de ponerlo fuera de combate. Era un encuentro sangriento, y ambos puños de Demetrio estaban rojos, mientras golpeaban en los ojos hinchados y se estrellaban contra la vapuleada nariz.

Quinto ya no se defendía. Sorprendido y cegado por la sangre retrocedió vacilante hasta un enorme pino, y estirando el brazo se apoyó en él. Respiraba con estertores agónicos y sibilantes.

—¡Morirás por eso! —balbuceó moviendo sus hinchados labios.

—¡Muy bien! —jadeó Demetrio—. ¡Puesto que muero por castigarte...!

Cogiendo a Quinto por la garganta, el corintio contempló un instante la ruina de aquella cara golpeada y destrozada. Satisfecho de su obra llevó hacia atrás el brazo y puso toda su fuerza en un último directo al extremo de la mandíbula, Las rodillas le flaquearon y Quinto se desplomó. ¡Había sido un golpe acertado!

La familia Eupolis se mantuvo a cierta distancia. Ahora Dion se acercó corriendo, horriblemente pálido.

—¿Lo has matado? —preguntó roncamente.

Demetrio, respirando con dificultad, estaba examinando sus manos magulladas y sangrientas. Negó con un movimiento de cabeza.

—¡Nos pondrán a todos en prisión! —balbuceó el posadero.

—¡No se os ocurra escapar —advirtió Demetrio—. ¡Quedaos donde estáis! ¡Nada tenéis que ver en este asunto! Eso puede probarse.

Comenzó a caminar hacia el departamento de su amo.

—¿Puedo hacer algo por este individuo? —gritó Dion.

—Sí. Trae una vasija con agua y toallas. Volverá en sí dentro de un momento. Y sí desea pelear, manda a buscarme y dile que si intenta volver a las andadas, ¡lo mataré!

Lo ocurrido era sin duda grave. Demetrio se encaminó lentamente a sus habitaciones, dirigiéndose al peristilo donde Marcelo estaba sentado ante la mesa de escribir. Tenía el rostro alegremente animado. No levantó la vista de la carta.

—¡Demetrio! ¡El Emperador me ordena ir a Palestina y averiguar directamente todo lo que pueda saberse respecto al galileo —La voz de Marcelo vibraba—, ¿Podría haber algo que mi agrada tanto? Tiberio desea saber cuánto hay de verdad en el rumor de los que creían que Jesús era el Mesías. En cuanto a mí, ¡eso no tiene ningún valor! ¡Deseo saber qué clase de hombre era!... ¡Qué oportunidad para nosotros, Demetrio! ¡Proseguiremos diligentemente nuestros estudios de arameo con Benjamín!... ¡En cuanto llegue la primavera saldremos para Galilea!

Marcelo dejó su estilo, echó hacia atrás la silla y se fijó sorprendido en el pálido rostro de Demetrio.

—Pero... ¿qué estuviste haciendo?

—¿Qué? ¿Has estado peleando con... Quinto?

—No exactamente. Insultó a la familia, a Teodosia en particular, y lo castigué.

—Bien... por el aspecto de tus manos diría que has hecho una buena tarea. ¡Pero... Demetrio! ¡Esto es muy grave! ¡Los esclavos no pueden hacer eso! ¡Y mucho menos a los tribunos romanos, aunque ello fuera imprescindible!

—Sí, lo sé, señor. Tengo que huir... Si permanezco aquí, tratarías de defenderme, y eso te acarrearía disgustos... Por favor, ¿puedo irme en seguida?

—¡Y por cualquier medio! —apoyó Marcelo—. Pero... ¿adónde irás? ¿Dónde puedes ir?

—No lo sé, señor. Trataré de irme al campo, a las montañas, antes que se divulgue la noticia.

—¿En qué estado se halla Quinto? —preguntó ansiosamente Marcelo.

—Se repondrá. No usé armas... Sus ojos están entumecidos y cerrados, y su boca está hinchada, pero abierta... Y las últimas veces que le pegué en la nariz, estaba esponjosa.

—¿Se ha ido?

—No. Todavía debe estar ahí.

Marcelo retrocedió y se pasó los dedos por el cabello.

—Vete... Lava tus manos y empaca unas cuantas cosas para tu viaje.

Cuando Demetrio hubo salido, Marcelo se encaminó a su dormitorio y, abriendo su caja fuerte, llenó una bolsita de seda con monedas de oro y plata y otras de menos valor. Retornando, se sentó al lado de la mesa, tomó el estilo, escribió una página, estampó en ella el pesado sello de su anillo y la metió en un rollo.

—Aquí tienes —elijo cuando Demetrio reapareció—. Este dinero te ayudará por ahora, y este rollo contiene tu manumisión. Permaneceré aquí hasta la primavera, hasta los idus de marzo, aproximadamente. Luego iré a Jerusalén... No puedo decirte cuánto tiempo estaré recorriendo las provincias de Palestina: seguramente todo el verano, tal vez más. Luego volveré a Capri e informaré al Emperador. Para esto no tengo prisa, pero hay que evitar inconvenientes.

—¿Cómo quisiera ir contigo, señor! —exclamó el corintio.

—Te extrañaré, Demetrio; pero ahora lo primero que tienes que hacer es ponerte rápidamente fuera de peligro. Trata de hacerme llegar noticias tuyas. Tan pronto como tu seguridad lo permita, dime dónde te ocultas. ¡Recuerda que estaré ardiendo de deseos por saber que no has sido apresado!... Comunícame tus necesidades. Si eres arrestado, no dejaré piedra sin remover con el fin de conseguir tu libertad.

—Lo sé, señor. —La voz de Demetrio era insegura—. Eres muy bueno... Me llevaré el dinero... En cuanto a mi libertad, ahora no. —Dejó el rollo sobre la mesa—. Si fuese arrestado con esto en mi poder, podrían pensar que tú me has libertado por haber castigado a Quinto.

Irguiéndose, saludó con su lanza.

—Adiós, señor. Me apena tener que irme... ¡Puede que nunca volvamos a

encontrarnos!

Marcelo le estrecho la mano.

—Adiós, Demetrio —dijo con voz ronca—. ¡Te extrañaré muchísimo! Has sido un amigo leal. ¡Te recordaré siempre!

—Por favor, dile a Teodosia el motivo que me obliga a partir sin despedirme de ella —suplicó Demetrio.

—¿Hay algo entre vosotros dos? —inquirió Marcelo con repentino interés.

—Hay algo de eso...

Silenciosamente se estrecharon las manos... y el esclavo desapareció corriendo por el jardín de rosas.

Marcelo entró lentamente en la casa y salió por la puerta principal. Dion se aproximaba, pálido y agitado.

—¿Te has enterado, señor? —preguntó, ansiosamente.

—¿Cómo está?

—Sentado... Pero tiene un aspecto terrible... Dice que todos seremos castigados por esto. —Dion temblaba de miedo.

—Cuéntame. ¿Qué pasó, realmente?

—El tribuno faltó el respeto a Teodosia. Tu esclavo protestó, y el tribuno se abalanzó sobre él con su daga. Después de esto... bien... tu Demetrio lo desarmó y comenzó a pegarle en la cara con sus puños. ¡Fue una lucha brutal, señor! No hubiera pensado que tu bien hablado esclavo pudiera ser tan violento, ¡El tribuno está irreconocible! ¿Tu esclavo se ha escondido?

—Se ha ido —precisó Marcelo, para completo alivio de Dion. Caminando por la alameda llegaron hasta el maltrecho Quinto, aún al pie del alto pino, pasando por su entumecida cara una toalla ya empapada en sangre. Los miró de soslayo a través de la hendidura roja que se veía en su ojo púrpura.

—Cuando informe al tetrarca —dijo débilmente—, ¡a ti te pondrá en prisión y a los demás los hará decapitar!

—¿Qué? ¿Has pensado dar cuenta al tetrarca, Quinto? —inquirió Marcelo con una sonrisa burlona—. ¿Y qué piensas que dirán en la residencia, cuando informes que después de haber insultado a una joven digna de respeto y haber querido maltratar a un esclavo que intervino, te dejaste desarmar por el muchacho, y que te castigó a puñetazo limpio hasta que no pudiste tenerte en pie? ¡Vete, Quinto al Pretorio! —prosiguió con tono cada vez más burlón. ¡Que todos vean cómo has quedado después de haber tenido un duelo con un esclavo griego!... ¡El tetrarca te dirá, probablemente, que es un papel bastante desairado para un tribuno romano trabarse en lucha con un esclavo, aun en el caso de que resultaras victorioso! ¡Vamos, pues, vamos a la residencia. Quinto! Yo te acompañaré... ¡No me perdería eso por nada en el mundo!

Quinto se acarició el rostro.

—¡No necesitaré tu asistencia!

—Déjame prepararte algo, señor —lo halagó Dion—, hasta que te sientas mejor.

—Es una buena sugerencia —advirtió Marcelo—. Ciertamente, Dion no te debe nada por haber hecho de bribón en sus dominios. Pero si él desea darte albergue hasta que estés en condiciones de ser visto, sería sensato que aceptaras. Sé que debes partir en el «Vestris» pasado mañana. Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí e ir directamente al barco cuando esté listo para zarpar. Así ninguna de tus relaciones del Pretorio tendrá una divertida historia que contar de ti la próxima vez que visite Roma.

—¡Haré azotar a ese esclavo tuyo hasta dejarlo hecho trizas! —rugió Quinto.

—¡Tal vez desearías hacerlo tú mismo! —replicó Marcelo—, ¿Le ordeno que venga?

* * * * *

Los días grises eran cortos, fríos y aburridos. Marcelo había descubierto ahora cuánto dependía del corintio, no sólo para los servicios personales, sino para la amistad y el esparcimiento.

Demetrio había llegado a ser su otro yo. Marcelo se sentía inquieto y perdido sin él.

Nada interesante había ocurrido. Los días eran todos iguales. Por la mañana, iba temprano a la tienda de Benjamín para recibir su ración normal de arameo, ofrecida principalmente en forma de conversación. Al mediodía regresaba a la posada y aprovechaba el resto de la luz diurna en su estudio, esculpiendo sin mucho entusiasmo o inspiración una cabeza de mármol que se parecía cada vez menos a Diana Gala. Era visible que se trataba de una muchacha, una niña romana, muy hermosa; pero nadie hubiera supuesto que era Diana.

Tal vez esto se debía, suponía Marcelo, a la creciente inseguridad sobre los sentimientos de Diana en su imaginación. Estaba ella muy lejos y retraída. Había recibido, sí, dos cartas: la primera de Capri, escrita muy de prisa. La joven ya estaba enterada de las órdenes del Emperador, de que continuase sus estudios en Atenas y que luego se dirigiera a Jerusalén y a las provincias del norte de Palestina en busca de información auténtica sobre el misterioso judío! En cuanto a ella, Diana le contaba que el emperador insistía para que permaneciera en Capri por algunas semanas más, y en vista de sus valiosos favores había decidido complacerlo. El anciano había sido muy amable y se encontraba muy solo; ella no tenía más remedio que quedarse.

La segunda carta había sido escrita desde Roma. En ésta también parecía como si el carruaje hubiera estado esperando y alguien hubiese estado leyendo lo que escribía por encima de su hombro. El tono era bastante cordial, pero carecía de frasea suaves, de verdadera ternura. Era como si su amor se hubiera postergado hasta que nuevos acontecimientos se desarrollaran en un futuro incierto... Marcelo releía las cartas muchas veces, pesaba y sopesaba las frases, procurando adivinar si Diana había estado tomando precauciones para el caso de que el pergamino fuera leído por un

tercero, o si en cambio iba perdiendo interés en su cariño... Podía ser una cosa u otra; ambas, ciertamente. Aquellas palabras no se asemejaban a suave susurro. Eran amables... pero evidentemente reticentes, y le entristecían mucho.

Fue un acontecimiento importante, por consiguiente, cuando llegó una larga carta de Demetrio. Una ligera nieve había caído por la noche y el cielo estaba todavía nublado. Marcelo había permanecido largo rato en la ventana del estudio, dudando entre ir o no a casa de Benjamín. La luz era muy pobre para esculpir, y el anciano lo estaría esperando. Malhumorado a causa del cielo obscurecido, se llegó hasta la tienda, donde el tejedor lo saludó con ojos brillantes de excitación.

—¡Hay una carta para ti!

—¿Sí? ¿Cómo fue enviada aquí?

—A nombre mío. Dirigida a mí, pero es para ti. Fue traída por un esclavo que pertenece a una caravana; me la entregó Zenos, el muchacho turbulento que le hace los mandados a mi amigo Popigos... Demetrio, como verás está en Jerusalén. No he leído más que eso. Tu esclavo es prudente. Poniendo tu dirección, seguramente hubiera sido examinada y su paradero descubierto; por eso la mandó aquí. Y Benjamín rió mientras le alcanzaba el rollo.

—Ahora tendrás oportunidad de poner en práctica tu arameo. ¡Por cierto que es un buen arameo! —añadió no sin orgullo.

Marcelo arrimó un escabel a la mesa de trabajo, desenrolló hasta el fin la larga hoja de papiro y comenzó a leer en voz alta, con titubeos ocasionales y pedidos de ayuda a Benjamín, que acudía encantado en su auxilio.

«Apreciado amo, estoy escribiéndote en el día de descanso de los judíos, en la más alta pieza de una casa antigua que da sobre el Cedrón, a una distancia no muy grande del templo. Comparto este cuarto con «Stéfanos», un griego de mi misma edad, a quien los judíos llaman Stefan. Es inteligente, bastante culto y amistoso. Por el momento está ausente; en alguna misión misteriosa probablemente, por el mismo asunto que lo tuvo afuera anoche, hasta poco antes del alba.

»Llegué a Jerusalén hace tres días. Tendrás curiosidad por saber cómo salí de Atenas. Confiando en la amistad de Fulvio, corrí al Pireo, subí al «Vestris» y confié al capitán mi problema. Fulvio me escondió en la bodega. Cuando el barco estuvo en alta mar, al segundo día, fui llevado a cubierta, donde gocé de entera libertad. Teníamos un pasajero importante que se estaba reponiendo de un accidente que le había desfigurado el rostro. Permaneció en su camarote hasta que partimos de Alejandría.

»Reconociéndome, ordenó a Fulvio que me encadenase, a lo cual éste se negó aduciendo que yo había pagado mi pasaje. Esto no era verdad, aunque ofrecí pagarlo. A Fulvio le dijo el distinguido pasajero que si lo deseaba podría hacerme prender en el próximo puerto.

»Anclamos al anochecer en el Golfo de Jope, y Fulvio secretamente me hizo desembarcar en un bote. Proveyéndome de unas cuantas cosas necesarias, viajé a pie

por la misma ruta que había tomado la legión de Minoa hacia Jerusalén. En un valle desolado, unas doce leguas al noreste de Ascalón, fui capturado y robado por los beduinos, quienes no me hicieron daño, y me dejaron escapar. El tiempo estaba extremadamente frío y yo iba ligeramente vestido. Esa comarca está muy poco poblada, como debes recordar. Los escasos habitantes son pobres y hostiles para con los extraños. Aprendí a saborear la leche caliente de cabra y el maíz tostado; fui apedreado por arrancar puerros marchitos en un jardín mal cuidado. Descubrí que los huevos, sorbidos por un agujerito hecho en la cáscara, son deliciosos, y que a una vaca somnolienta no le importa compartir su calor con un viajero que busca abrigo en el establo. El ganado de Judea es hospitalario. La última noche de mi viaje fui agradablemente sorprendido: se me permitió dormir en el establo de una taberna, en la aldea de Belén. Por la mañana el tabernero me envió un siervo con una escudilla de caldo caliente y un pedazo de pan de trigo. El siervo dijo, que era costumbre en la posada ayudar a los caminantes pobres. Observe que en el ángulo de la servilleta en que venía envuelto el pan, estaba bordada la figura de un pez. Eso excitó un poco mi curiosidad, porque un dibujo similar había sido grabado con un hierro en la mesa, del comedor. Después de dejar Belén, noté, en el cruce de dos caminos, el trazado de un pez hecho en la arena, y supuse que el esquema indicaría la dirección tomada por alguien que deseaba dejar ese aviso secreto a otra persona que lo siguiera. No sabiendo su significado, ni importan dome mucho, él asunto se borró de mi mente. Al llegar a Jerusalén, hambriento y con los pies doloridos, decidí buscar la casa de algún tejedor, con la esperanza de que podría efectuar algunas tareas que me proveyeran de comida y albergue. Tuve mucha suerte. En la tienda de Benyosef fui recibido amablemente por Stéfanos, que trabajaba allí. Al saber que soy griego, y habiéndole informado que había cardado lana para Benjamín de Atenas, cuyo nombre Stéfanos conocía, me recomendó a Benyosef, y obtuve el empleo. La paga es pequeña, pero está de acuerdo con los servicios que rindo, y es bastante para mí por el momento. Stéfanos quiso que me alojara con él.

»Desde luego, su interés en mi es debido, primeramente, al hecho de que soy griego. Su gente fue por mucho tiempo de Filipo, sus abuelos habían huido a Jerusalén cuando la Macedonia fue subyugada. Parece que aquí hay cientos de griegos, cuyos antecesores emigraron a Jerusalén por la misma razón. No muchos de ellos son cultos, y Stéfanos, que estudia los clásicos, deseaba una compañía que congeniara con él. Pareció contento cuando, en respuesta a sus preguntas, le dije que al menos conocía algo de literatura griega.

»La primera velada que pasamos juntos, después que hubimos cenado y hablado sobre muchas cosas relativas a los desgraciados griegos, Stéfanos trazó perezosamente la figura de un pez en el reverso de una hoja de papiro y cruzándola sobre la mesa, levantó las cejas interrogativamente.

»Le dije que aquello no significaba nada para mí, aunque ya conocía el símbolo. Entonces me preguntó si no había oído algo de Jesús, el galileo. Admití que sí, pero

no mucho, y que me interesaría saber más. Él dijo que quienes creían en las enseñanzas de Jesús eran perseguidos tan salvajemente que sólo se encontraban en secreto. Aquel emblema del pez había sido adoptado como método para identificarse por los que tenían la misma creencia. No me dijo cómo habían llegado a usar esa divisa. Pues Jesús no era pescador, sino carpintero.

»Stéfanos prosiguió diciendo que Jesús abogaba por la libertad para todos los hombres. Seguramente un esclavo simpatizaría con esta causa, dijo. Le conté que estaba completamente de acuerdo, y prometió contarme más sobre Jesús, cuando tuviera oportunidad. Estoy descubriendo que la casa de Benyosef no es solamente su tienda de tejedor, sino el lugar secreto donde se reúnen los hombres que fueron amigos íntimos de Jesús. Mi posición aquí es tan humilde e insignificante que mi presencia no es notada por los hombres serenos y amables que vienen, no a comprar ni a vender, sino a ocultarse en la tranquilidad, sentándose al lado del anciano a hablar en voz baja mientras él maneja su viejo telar. (Benjamín se reiría de ese telar).

»Ayer un hombre grueso y barbudo, de gran fuerza y estatura, pasó una hora en un rincón de la tienda, conversando en voz baja con Benyosef y dos muchachos; Stéfanos dijo que eran galileos, y que el hombre enorme se llama «el Gran Pescador»; a los hombres más jóvenes, que son hermanos, se los conoce por “Los hijos del trueno”. “El Gran Pescador» parece ser un hombre muy enérgico. Quizá sea el jefe del partido, aunque no comprendo por qué tiene que haber un partido y observarse tanto secreto, ahora que Jesús está muerto y su causa perdida. No pretendo comprender. Todos actúan como bajo la acción de un excitante. Pero no parece esta la excitación del temor ni la de la espera. Se comportan además como si hubieran encontrado algo valioso y lo tuvieran oculto.

»Esta tarde llegó a la tienda un hombre del campo, alto, bien parecido, y fue saludado por todos con mucho calor. Me di cuenta de que no lo veían desde hacía algún tiempo. Concluido el trabajo del día, cuando Stéfanos y yo íbamos camino a nuestro alojamiento, opiné que esta persona parecía ser muy amable y querida por todos; y sencillamente él, me confió que aquel hombre era Barsabás el Justo, de Séforis, Galilea. Prosiguió diciéndome que Jesús había nombrado a doce de sus amigos para que actuaran como sus discípulos. Uno de ellos, Judas Iscariote, había revelado por dinero el paradero de Jesús a los sacerdotes, pero, después del arresto de su maestro, se sintió lleno de remordimientos y se ahorcó. Los once discípulos se encontraron más tarde para elegir, un sucesor de Judas, aunque Stéfanos no me explicó por qué sintieron la necesidad de hacer eso después de la muerte de Jesús.

»Lo eligieron entre dos hombres que habían seguido a Jesús a través de las provincias, oyéndole hablar al pueblo y siendo testigos de muchos hechos extraños, los que Stéfanos me contará cuando esté en ánimo de hablar más libremente, según me dijo. Creo que primero quiere asegurarse de que respetaré su confianza. Uno de esos dos hombres, llamado Matías, fue elegido para suceder al traidor Judas. El otro es ese Barsabas el Justo.

»Me aventuro a sugerirte, señor, que cuando vengas a Jerusalén para hacer averiguaciones sobre el carácter de Jesús, no podrás hacer nada mejor que trabar conocimiento con un hombre como Barsabás el Justo. No será fácil conseguir datos. Estos amigos de Jesús son estrechamente vigilados para poderlos detener ante cualquier indicio de que intenten extender o afianzar su influencia. Evidentemente, las autoridades del Templo sienten que las enseñanzas del galileo contienen el germen de la revolución contra la religión establecida, y al Pretorio probablemente lo han persuadido de que pronto todo lo de Jesús se olvidará; lo más posible es que la próxima época de Pascua pueda ser celebrada sin ningún levantamiento político.

»Durante los últimos tres días he estado pensando mucho en un plan que te ayudará a conocer a Galilea sin suscitar sospecha. Podrías aparecer en Jerusalén como un perito en tejidos de fabricación casera particularmente interesado en los de Galilea. Dirás a todos que estos tejidos son ahora muy estimados en Roma. Pregunta en los bazares y paga generosamente por unos cuantos artículos. Aquí no son considerados de mucho valor, pero podrían llegar a serlo rápidamente si tú te dejas estafar en dos o tres tiendas. Los rumores se divulgan prontamente en esta ciudad. En el curso de tu búsqueda de tales tejidos llegarás naturalmente a la tienda de Benyosef, donde podrías dejar entrever que contemplas la idea de una excursión a los alrededores de Cafarnaúm para buscar esos tejidos. Podrías preguntar si sería posible emplear como guía a algún hombre que conozca bien la comarca.

»De los distintos galileos que visitan la tienda, Barsabás el Justo sería el más apto, creo, para aceptar el empleo. El hombre a quien llaman «el Gran Pescador» está absorbido con demasiada pasión en lo que hace en la ciudad, y «los hijos del Trueno» parecen sobrecargados de tareas, Pero Barsabás el Justo tiene aparentemente, menos responsabilidades. Sin duda éste es tu hombre si puedes conseguirlo.

»Mi creencia es que cuando se aproxime la semana de Pascua se dispersarán, pues el Pretorio estará alerta y estos galileos querrán evitar los acostumbrados inconvenientes. Te sugiero que hagas tu plan para encontrarte aquí un mes antes de la Pascua. La primavera llegará pronto y la ciudad será muy hermosa. La prudencia quiere que simules no reconocerme aunque nos encontremos cara a cara, pues, a menos que me equivoque, para ese tiempo Stéfanos me habrá otorgado plena confianza y sería de lo más infortunado que sospechara un entendimiento entre nosotros. Él no debe saber que he estado antes en Jerusalén. Si puedo arreglar un encuentro secreto cuando llegues, sería para mí motivo de gran alegría conversar contigo; pero creo que deberías desentenderte de mí por completo. Si será pasible una conversación privada, dispondré todo para ella y te lo haré saber de alguna manera».

Marcelo echó una mirada a Benjamín y sonrió.

—¡Ese muchacho debería ser judío! —declaró el anciano—. Tiene una mente despierta y es astuto.

—Sí —asintió Marcelo irónicamente—. Puedo ver que el estudio del arameo ha hecho maravillas en él. ¡Es astuto! De cualquier modo, esta advertencia parece

bastante razonable, ¿no te parece?

—Lo dudo, amigo mío. Es una partida que deberá ser jugada con el mayor cuidado —advirtió—. Los judíos no tienen motivos para confiar en los romanos. Su confianza no será ganada fácilmente.

—¿Crees que lograré hacerme pasar por un mercader? —preguntó Marcelo, lleno de dudas.

—Una buena manera de averiguarlo —sugirió Benjamín con un guiño—, es ir hasta el bazar de David Sholem y comprar algo; luego cruzar la calle y tratar de vendérselo al viejo Aarón Barjona.

Ambos rieron.

—Hablando seriamente —observó Marcelo— creo que seré capaz de llegar a Galilea de acuerdo con el plan que sugiere Demetrio.

—¡De ninguna manera! —se burló Benjamín.

—¿Ni siquiera si ofrezco al individuo una espléndida gratificación?

Benjamín negó con un movimiento de cabeza, decididamente.

—No; con una gratificación espléndida tampoco. Este Barsabás el Justo puede tener para dar mucho de lo que tú desearías saber, pero puede no tener nada para vender.

—¿Me sugieres que no lo intente?

El anciano enhebró una aguja laboriosamente, con muchas muecas y gestos grotescos. Habiéndolo conseguido, sonrió triunfante y con gran habilidad hizo un apretado nudo en el extremo de la hebra.

—Podría valer la pena probarlo —masculló—. Esos galileos pueden ser más tontos de lo que creemos.

DOCE

CASI sin cambiar palabra habían merendado bajo una vieja higuera, a corta distancia del camino, y estaban reposando a la sombra, justo había extendido su largo cuerpo en el suelo, y con los dedos enlazados detrás de su cabeza hirsuta, estaba mirando par entre las anchas hojas un suave cielo de abril. Su ceno fruncido denotaba perplejidad.

Marcelo, reclinado contra el tronco del árbol reflexionó, mal humorado, que le hubiera gustado estar en otra parte. Se sentía inquieto y fastidiado. La predicción pesimista del anciano Benjamín, de que aquella expedición a Samaria y Galilea sería desalentadora, se había confirmado...

Al llegar a Jerusalén dos semanas antes, Marcelo había actuado enteramente de acuerdo con Las advertencias escritas por Demetrio. Había tomado habitaciones en la mejor posada, una cómoda casa antigua con un jardín, a media ladera del cerro, cerca del suburbio de Betania, y después de inscribirse con el nombre de «M. Lucano», se había dirigido a los bazares de la ciudad para practicar averiguaciones sobre el tejido de fabricación casera y otros artículos, particularmente de origen galileo.

Iba de una tienda a otra, admirando ingenuamente las cosas que le mostraban, comprando temerariamente mantos y chales al primer precio que le fijaban, aparentando estar enormemente encantado con conseguirlos a cualquier costo. Y cuando los mercaderes le confesaban, con sinceras lamentaciones, que su surtido de tejidos galileos se había vendido a bajo precio, les echaba en cara su falta de previsión.

Luego había descansado unos días, reposando en el jardín de la hostería, relejendo el Libro de Isaías, regalo de despedida del anciano Benjamín, y esperando que el rumor de sus transacciones comerciales fuese divulgado entre los vendedores.

Era muy duro estar tan cerca de Demetrio e impedido de comunicarse con él. Un día casi se convenció de que aquel plan elaborado para penetrar en Galilea era fantástico e innecesario, y casi resolvió ir a la tienda de Benyosef y explicar, de la mejor manera posible, que deseaba conversar con hombres que hubieran conocido a Jesús en su propia comunidad. Pero después de reflexionar, vio que tal cosa podía resultar comprometedor para Demetrio; de modo que abandonó este impulsivo proceder y esperó con impaciencia el momento oportuno.

A la media tarde del quinto día de la segunda semana fue a la casa de Benyosef, paseando lentamente con indiferencia para dar la impresión de que realmente deseaba hacer negocio, pues había observado que, en Jerusalén, el cliente de verdad, con su mente fija en algo que intentaba comprar, trataba invariablemente de disimular su interés. Se practicaban los subterfugios más ridículos. El cliente entraba, pretendiendo que iba a buscar a un amigo o que se había extraviado y deseaba saber cómo encontrar la calle Recta. Al salir, se detenía para coger alguna mercadería. Al parecer estas triquiñuelas infantiles no engañaban a nadie. Cuanto más indiferente era el cliente, con mayor atención el comerciante lo rondaba. Era evidente que todos los

negocios de la Ciudad Sagrada estaban tan llenos de mentira, que si un hombre daba muestras de una honesta determinación, se le sospechaba inmediatamente de impostura.

Deteniéndose indeciso en la puerta abierta de la tienda de Benyosef, Marcelo echó una mirada en busca de Demetrio. No iba a ser fácil, después de aquella separación, enfrentar a su leal amigo con la fría mirada de un extraño. La desordenada tienda no reveló la presencia de Demetrio, pero Marcelo no estaba seguro de si sentía desilusión o alivio, puesto que había temido aquel momento.

El ruido de dos viejos telares se hizo más lento y cesó mientras recorría el camino hacia un venerable tejedor, al que creyó identificar con el mismo Benyosef. Si el anciano judío estaba alarmado por la presencia de un joven ciudadano romano en su casa, no dio muestras de ello. Se mantuvo sentado en el banco del telar, con medida cortesía, callado pero no obsequioso. Marcelo manifestó brevemente su propósito. Benyosef movió su larga barba blanca. Su tejido, dijo, era trabajo común. No tenía nada hecho para vender. Si el cliente deseaba encargarse de una túnica, la haría encantado, y sería buena. Pero, en cuanto al tejido de fabricación casera que buscaba, podría encontrarlo en los bazares o, mejor, en el campo. Y con esta lacónica información, hizo pasar hábilmente una lanzadera de madera a través de la trama abierta, ajustando la hebra con un golpe del enjullo que hizo temblar al viejo telar. Era evidente que, en lo que concernía a Benyosef, la entrevista había terminado.

Otras cuatro personas habían mostrado algún interés en la conversación: un muchachito de doce años, moreno y hermoso, que había dejado de jugar con un perro para prestar atención; un griego de rasgos distinguidos, sentado junto al desvencijado telar adyacente al de Benyosef. Marcelo supuso que sería Stéfanos, el amigo de Demetrio.

Cerca de la pared, detrás de los telares, estaban sentados dos hombres que mostraban marcado parecido; uno frisaría en los treinta años y el otro era mucho más joven. Extraordinariamente tostados, vestidos con sencillez, con ropas de campo, sus sandalias rústicas y gastadas indicaban la costumbre de hacer largos viajes a pie. La pareja, evidentemente de hermanos, podía ser reconocida fácilmente como la de los «hijos del Trueno», aunque el apelativo parecía bastante incongruente, pues se mostraban muy tranquilos; en especial el más joven, cuyos expresivos ojos reflejaban una marcada espiritualidad, hubiera pasado más bien por un místico que por un agitador.

El quinto hombre, sentado en un rincón sobre un tonel invertido, tendría unos sesenta años. También era forastero, a juzgar por su traje rústico y su cabello y barba grises e hirsutos, Bronceado y peludo, parecía como fuera de lugar. Durante el breve coloquio había permanecido sentado, acariciando su barba con el reverso de la mano, y llevando con indiferencia sus ojos pardos del anciano Benyosef al excéntrico romano que, por alguna oscura razón, deseaba comprar artículos de ese tejido de fabricación casera.

Marcelo pensó que éste podría ser el hombre a quien Demetrio se refería como el «Gran Pescador». Era bastante alto. Pero otra mirada a la postura de reposo, y la amable sonrisa, aseguraron a Marcelo que si el «Gran Pescador» era un hombre enérgico y algo así como el jefe del partido, el velludo que estaba descansando sobre el tonel debía ser algún otro. Tal vez el mismo Barsabás el Justo.

Ahora que los telares habían entrado nuevamente en acción, Marcelo empezó a dudar si aquel era el momento o la ocasión para plantear su problema sobre las posibilidades de encontrar un guía. Pero Benyosef había manifestado que se podía abrigar la esperanza de comprar en el campo el tejido de modo que la pregunta sería natural. Como si fuera una inspiración del momento. Marcelo inquirió en su mejor arameo, y dirigiéndose a todos imparcialmente, si sabían de algún hombre que conociera bien las provincias del norte y pudiera acompañarle en una excursión por tiempo indeterminado.

Benyosef, cesando de hacer ruido, frunció el ceño pensativamente, pero no hizo comentarios. El mayor de los hermanos movió la cabeza. El menor miró con calma al que había hablado, como si no lo hubiera oído. El griego, que podía ser Stéfanos, se volvió lentamente y enfrentó al hombre del rincón.

—Tú podrías ir, Justo —aconsejó—. Tenías la intención de regresar de algún modo, ¿no es así?

—¿Cuánto tiempo deseas viajar? —preguntó Justo con voz sonora, después de pensar un poco.

—Dos semanas, quizá... o tres. O también un mes —Marcelo trató de no parecer demasiado ansioso—. Una vez que esté allá y me haya orientado puedes dejarme, si tienes otras cosas que hacer.

—¿Cuándo deseas partir? —inquirió Justo con un poco más de interés.

—Lo más pronto posible... ¿Qué te parece pasado mañana?

—Pasado mañana —interrumpió Benyosef en leve tono de reproche— es el Sábado del Señor, nuestro Dios.

—Lo siento —murmuró Marcelo—. Lo había olvidado.

—¿Vosotros los romanos nunca observáis un día de descanso? —preguntó Benyosef, gozando de su derecho a ser descontento.

—¡Los romanos descansan más a menudo que nosotros! —Terció Justo arrastrando las palabras, animado por la ancha sonrisa con que Marcelo había acogido la impertinencia del anciano.

—¡Pero no más a menudo que tú! —rugió Benyosef elevando sus pequeños ojos brillantes hasta Justo.

Aquello tenía gracia, Hasta el menor de los hermanos se volvió y sonrió un poco. Como para demostrar que era un hombre de acción, Justo se levantó y fue hasta el banco de madera que había a la entrada de la casa. Marcelo, haciendo un gesto a los demás, lo siguió. Lo mismo hizo el muchacho, quien se sentó al lado de ellos, abrazando sus propias rodillas.

Justo abordó el tema de los arreglos para el viaje con más ingenio de lo que Marcelo había esperado. Necesitarían unos burros de carga para acarrear el equipo del campamento, pues algunos de los pueblecitos más pequeños ofrecían muy pobres comodidades. Cuatro asnos serían suficientes, pensaba, para cargar todo, incluyendo lo que pudieran adquirir.

—¿Quieres comprar por mí los asnos y el equipo para el campamento? —preguntó Marcelo—. Indudablemente podrás hacer mejor trato que yo... ¿Cuánto dinero necesitarás? —agregó desatando la bolsa.

—¿Confías en mí para comprar esas cosas? —inquirió sorprendido Justo.

—¿Por qué no? Pareces honesto —y notando que su comentario había provocado un ligero ceño, añadió—: No hubieras sido un visitante aceptado en la tienda de Benyosef si fueras inescrupuloso.

Justo le echó una larga mirada de soslayo, sin volver la cabeza.

—¿Qué sabes tú de Benyosef y su tienda? —preguntó, con cierto asombro.

Marcelo se encogió de hombros.

—El lugar goza de buena reputación —contestó negligentemente—. Benyosef está establecido desde hace muchos años.

—Eso no significa nada —replicó Justo—. Hay muchos bribones que están establecidos desde hace muchos años.

Y cuando Marcelo asintió con un movimiento de cabeza e indiferente «es cierto», concluyó:

—No habrá necesidad de comprar burros de carga. Puedes alquilarlos. Basta un muchacho para guiarlos. Alquila la tienda también y todo lo demás.

—¿Quieres tú ocuparte de ello, por favor? Nos pondremos en camino el primer día de la semana —Marcelo se incorporó—. ¿Cuánto esperas por tus servicios?

—Tengo más deseos de irme que tú, señor —dijo Justo—. Como oíste decir a Stéfanos, proyectaba regresar dentro de pocos días a Séforis, en Galilea... Este viaje no modificará mis propósitos. Por el momento, no tengo nada que hacer. Mi tiempo es de poco valor. Puedes darme comida y albergue... Y podría usar un nuevo par de sandalias.

—Bien... Quisiera hacer algo más.

—Un manto nuevo, entonces —sugirió Justo, levantando una manga rota.

—¡Convenido! —Marcelo bajó el tono y dijo—: Perdona la pregunta, pero... pero... —titubeó— eres judío, ¿verdad? Justo rió entre dientes y asintió, acariciándose las barbas. Cuando partieron un momento después, con el arreglo definitivo de encontrarse en la Puerta de Damasco al amanecer del día siguiente al Sábado. Marcelo confiaba en que el viaje sería fructífero. Justo era un viejo simpático que le contaría todo lo que deseara saber. Era la clase de personas a las que gustan las evocaciones.

Con su cometido satisfactoriamente cumplido, sin nada que hacer en particular, Marcelo fue paseando hacia la plaza del mercado, populosa y sucia, donde recorrió

perezosamente los puestos y tienduchas, deteniéndose para observar con regocijo o disgusto las violentas disputas entre los vendedores ambulantes y los de las tiendas por un pescado en escabeche o una pata de ternero. Los insultos surgían por doquier. Los clientes hacían comentarios desagradables refiriéndose a los antepasados de los mercaderes. Pero aquel lenguaje no era tenido en cuenta y los insultos pronto olvidados; de haberse cambiado en uno de los cuarteles romanos hubieran requerido ser pagados con sangre. En un puesto donde se detuvo a observar una disputa casi increíble sobre el precio de un carnero, Marcelo se sorprendió al encontrar muy cerca suyo al muchachito que había visto en la tienda de Benyosef.

Cansado de ambular por la plaza del mercado, decidió regresar a la hostería. Era un largo trayecto. Volviéndose en los últimos escalones que conducían a la entrada, Marcelo miró hacia la ciudad. El chico de la tienda de Benyosef caminaba lentamente por la calle. Ser seguido era más divertido que molesto. Un pensamiento posterior le sugirió que aquellas gentes estaban en su perfecto derecho de investigar sobre él tanto como pudieran. Tal vez deseaban saber en qué clase de lugar vivía. De haber sido huésped del Pretorio, sin duda no hubieran querido saber nada con él.

Al atardecer, después de la cena, cuando estaba sentado en el jardín de altos muros, estudiando el antiguo pergamino que le había dado Benjamín, Marcelo levantó la vista y se encontró con Stéfanos, de pie ante él.

—¿Puedo hablar contigo privadamente, señor? —preguntó en griego.

Se dirigieron hasta el extremo más alejado del jardín, y Marcelo le indicó que se sentara.

—Te habrás sorprendido de no encontrar a Demetrio —comenzó sin ambages—. Unos días después de haberte escrito tuvo la desgracia de ser reconocido en la calle por el tribuno con quien se peleó en Atenas. No hizo ningún esfuerzo para arrestarlo, pero Demetrio supuso que el tribuno querría vengarse. En ese caso se verían envueltos en el asunto los amigos de la tienda de Benyosef... Y nosotros no estamos en situación de defendernos.

—¿Adónde fue Demetrio, Stéfanos? —preguntó Marcelo con ansia visible.

—No lo sé, señor. Retornó a nuestro alojamiento y me esperó... Estuvimos sentados charlando casi toda la noche. Varios de nuestros hombres tenían una reunión secreta en la tienda de Benyosef. Nos unimos a ellos una hora antes de la madrugada. Demetrio se despidió de nosotros y se escapó antes que saliera el sol. Regresará cuando no haya peligro; cuando se haya ido el tribuno. Puedes dejarme una carta para él, si así lo deseas, o mandarla a mi nombre si encuentras un mensajero a quien confiarla. Me contó que ibas a venir y me pidió que te explicara su ausencia. No se lo comunicó a ninguno de los demás. —Bajó la voz— y Demetrio me confió también las razones de tu deseo por visitar Galilea.

—¿Qué te contó? —Marcelo estudiaba atentamente la cara del griego.

—Todo —contestó Stéfanos sereno—. Mira, señor, él quiso asegurarse de que Justo iría contigo... Pensó que yo podría ser de alguna utilidad para arreglar eso. Y

cuando comenzó a explicar la naturaleza de tu interés por Jesús, con muchos titubeos y misteriosas interrupciones y claros en la historia, le exigí que me hiciera un relato limpio de todo el asunto; y lo hizo... Puedes confiar en que guardaré tu secreto.

Marcelo no estaba preparado para contestar a tan inesperada revelación. Durante un rato estuvo sentado en silencio, deliberando consigo mismo.

—¿Sospechan de mí en la tienda de Benyosef? —preguntó por fin—. Esta tarde fui seguido.

—El pequeño Felipe es mi sobrino, señor —explicó Stéfanos—. Necesitaba saber dónde te hospedabas... No tienes que preocupar te por Felipe. No hablará. Nadie en la tienda sabrá de nuestro encuentro. Temí por un momento, esta mañana, que Juan pudiera reconocerte, pero al parecer no lo hizo. Es un individuo soñador.

—¿Cómo podría haberme reconocido?

—Juan estuvo en la crucifixión, señor. Tal vez recuerdes al joven que trataba de confortar a la madre de Jesús.

—¡Su madre! ¿Estaba allí? ¡Qué horrible! —Marcelo inclino la cabeza y se la apretó entre las manos.

—Ciertamente que fue horrible, señor —murmuró Stéfanos—. Yo también estuve allí. Te reconocí en cuanto entraste en la tienda, aunque te esperaba. Puedes confiar que Juan no te recuerda.

—Has sido muy amable conmigo, Stéfanos... ¿Hay algo en que pueda servirte?

—Sí, señor —la voz del griego se animó y descendió hasta un suspiro—. ¿Tienes la túnica?

Marcelo asintió.

—¿Puedo verla?

—Sí. ¡Ven conmigo!

* * * * *

Hacía ya tres días que estaba en camino y el nombre de Jesús no había sido mencionado aún, Por sobre su apariencia de ingenuo, Justo era sorprendentemente profundo. Su fácil sonrisa prometía una pronta capitulación a los deseos de los demás. Su deferencia al rango del acomodado romano fue sincera y profunda. Pero la precipitada suposición de que Justo estaría ansioso por hablar de Jesús resultó defraudada. Marcelo comenzaba a aprender que existen algunas cosas que ni siquiera un romano rico y bien vestido puede adquirir, por adulación, orden o compra; y una de esas cosas era la historia de Jesús.

Nunca se le había ocurrido a Marcelo que pudiera llegar una ocasión en la que su ciudadanía romana constituyera un inconveniente. El que fuese romano y tuviera bastante dinero podía conseguirle lo que quisiera en el mundo. Puertas y entradas se abrían rápidamente, vallas y puentes cedían el paso, las mesas eran puestas, los extranjeros bajaban de los carruajes públicos para cederle su asiento, los

comerciantes hacían esperar a todos a un lado mientras atendían sus caprichos. Si llegaba tarde al muelle, el barco esperaba. Si había un solo camarote cómodo, el judío rico cedía sin titubear. Cuando decía: ¡Venid! la gente venía; cuando decía: ¡Iros! se iba.

Mas al viajar a pie por las empobrecidas provincias del norte de Jerusalén, ostensiblemente, para adquirir determinado tejido de fabricación casera pero en realidad para formular preguntas concernientes a cierto misérrimo carpintero que había pasado por aquella región, he ahí que su ciudadanía romana resultaba una molestia y su dinero no constituía una ayuda.

El proyecto, como lo concibió en un principio Marcelo, no había presentado problemas. Barsabás el Justo, lleno de fervor por su nueva causa, se mostraría desbordante de información sobre su héroe; tal vez lo sindicaría a él como un posible tecúmeno y se hallaría seguramente ansioso por presentarlo a aquella gente del campo que había encontrado a menudo al extraño galileo cara a cara. Sería introducido en sus hogares para ver los telares caseros y antes que tuviera oportunidad de sentarse, se pondrían a recitar historias de frases encantadas y hechos sorprendentes...

Pues bien, no había ocurrido nada de eso. En verdad la gente del campo lo había recibido bien, en las cabañas que encontró en su camino, y lo había saludado respetuosamente en la carretera; le había mostrado sus trabajos y contestado cortésmente a las preguntas que hacía al azar sobre los tejidos, pero no tenía nada que decir de Jesús. Eran hospitalarios, amistosos; pero por el hecho de que hubiese sido frecuentemente un extraño en lugares extraños, jamás se habría sentido tan solo como entonces. Todos compartían un secreto, pero no con él. Justo lo presentaba al personal de una casa diciendo a qué había venido; ellos se apresuraban a presentarle las mejores muestras de sus tejidos. Al cabo de un momento el padre de familia y Justo cambiaban una mirada encubierta de mutua comprensión y salían silenciosamente del cuarto. Después de un rato la dueña de casa se excusaba dejándolo con una tía y un chiquillo; y él comprendía que ella había salido para unirse a su marido y a Justo.

Todo el ambiente de esta comarca aparecía lleno de misterio, Por ejemplo: ahí estaba ese emblema del pez, o la figura de un pez recientemente grabado en el tronco de un sicómoro, trazado con un palo en la arena del camino, dibujado con tiza sobre una piedra, grabado sobre la mesa desnuda de alguna taberna de un villorrio. Y Demetrio había asegurado que era el emblema del nuevo movimiento que practicaba las enseñanzas de Jesús.

Al segundo día, Marcelo, esperando hacer hablar a Justo, había preguntado con indiferencia:

—¿Qué es todo eso de los peces?

Y Justo había respondido con indiferencia:

—Es de los que viven aquí... Pescado.

Marcelo, un poco amoscado por la evasiva, resolvió no hacer más preguntas.

* * * * *

Reposando contra la higuera, Marcelo estudiaba ahora el tostado rostro del anciano y se preguntaba qué estaría pensando; también deseaba saber cuánto tiempo se quedarían allí, mirando al cielo con los ojos abiertos. Justo no daba señales de notar la inquietud de su compañero de viaje.

Al cabo de un rato, el joven se incorporó lentamente y se dirigió hacia los asnos de carga, a los que el atolondrado muchacho que los conducía (ahora parecía dormir bajo un árbol) había soltado para que pacieran. Notando con indignación que la brida del primer asno estaba ajustada por el bocado del freno y sangraba, sacó el torturante arnés por las largas orejas; y sentándose en el césped procedió a aflojar las correas haciendo nuevos ojales con la punta de su daga. No era una tarea fácil, porque el cuero era viejo y duro. Antes que hubiera terminado de poner las riendas juntas otra vez, el muchacho de los asnos se había levantado y lo estaba observando con curiosidad, sin hacer nada.

—¡Ven acá, estúpido! —rugió Marcelo—. ¡No toleraré ninguna crueldad para con estas bestias! —Buscó en su bolsillo y le entregó una moneda de cobre—. Vete a esa casa o a la de más allá o a la otra, y consigue algún unguento... ¡y no vuelvas sin él!

Después que el bobalicón se hubo ido con paso vacilante, Marcelo se puso de pie, acarició tiernamente el hocico del viejo asno y volvió al lado de Justo, al que encontró sentado, sonriendo con interés.

—Te gustan los animales —observó cordialmente.

—Sí, algunos animales... No puedo decir que me gustan particularmente los asnos, ¡pero me irrita ver que los maltraten! ¡Tendremos que vigilar a ese tonto!

Justo asintió. Marcelo se sentó a su lado, consciente de que su guía lo estaba estudiando con el aire de haber hecho un nuevo conocimiento.

—¿Te gustan las flores? —preguntó Justo cambiando de tema, después de una larga, ingenua y algo embarazosa inspección.

—Por supuesto —contestó Marcelo lentamente—. ¿Por qué no?

—Esta comarca está llena de flores salvajes. Es la estación apropiada para ellas. Más adelante el tiempo seco las marchita. Este año son abundantes. —Justo hizo un lento y ondulado movimiento para mostrar toda la ladera del cerro—. ¡Mira, señor, cuánta variedad!

Marcelo siguió la dirección del dedo, mientras la voz amable identificaba los capullos demostrando poseer un profundo conocimiento: mostaza rosa, mostaza amarilla, borraja azul, salvia blanca, umbelas rayadas, campanillas, caléndulas y tres clases de amapolas.

—Debes ser un ardiente amante de la naturaleza, Justo —comentó Marcelo.

—Solamente en los últimos dos años, señor. Yo acostumbraba pasar delante de las

flores, pero sin verlas, como hacen casi todos los hombres. Desde luego, podía reconocer las plantas más comunes: el trigo, la avena, la cebada, el trébol... Pero nunca pensé mucho en las flores, hasta que conocí de cerca a un hombre que lo sabía todo sobre ellas.

Justo volvió a recostarse, y su tono se volvió tan soñadoramente reminiscente que Marcelo, atendiendo casi sin respirar, se preguntaba si, por fin, el galileo de la voz suave estaría a punto de hablar sobre su amigo perdido.

—Lo conocía todo sobre las flores —repitió Justo con un pequeño movimiento de cabeza, como si el recuerdo fuera de un sabor inefable. Marcelo pensó si aquel amigo había muerto o abandonado el país, viendo que las referencias de Justo sonaban como si pertenecieran al pasado; pero decidió no ser demasiado entrometido con sus preguntas.

—Hubieras pensado —decía Justo casi para sí mismo— que las flores eran amigas tuyas, por la forma en que hablaba de ellas. Un día le pidió a uno de nosotros, que estábamos caminando con él, que se detuviera a observar un terreno con lirios salvajes. «Mirad cuán ricamente vestidos están» —dijo—. «Ellos no trabajan. No tejen; sin embargo ni siquiera el rey Salomón con toda su pompa tuvo tales ropas».

—Un verdadero amante de la belleza —comentó Marcelo—, Pero probablemente no sería un individuo muy práctico. ¿Creía en el trabajo?

—¡Oh, sí! Creía que el pueblo debía ser industrial —se apresuró a declarar Justo—. Pero sostenía que la mayoría gasta demasiado tiempo y pensamientos en sus cuerpos, en ropas y comidas, en atesorar, en graneros más y más grandes, y en acumular cosas.

—¡Eso suena como si no fuera muy económico! —Marcelo sonrió mientras lo decía, para que no pareciera una crítica desdeñosa. Pero listo, mirando al cielo, no vio la sonrisa y aquel comentario provocó un mal gesto.

—No era indolente —dijo con firmeza—. Pudo haber tenido muchas cosas si las hubiera deseado... Era carpintero de oficio, y muy diestro. Era un placer verle manejar las filosas herramientas. Cuando tallaba las maderas parecía como si hubieran crecido así. Siempre había una numerosa multitud en el taller, viéndolo trabajar; y estaban todas las criaturas del lugar. ¡Sabía cautivar a las criaturas, a los animales, a los pájaros...! —Justo rió suavemente y exhaló un suspiro nostálgico—. Sí... sabía cautivarlos. Cuando estaba a punto de dejar el taller, siempre había un grupo de chicos siguiéndole... y perros. Todo le pertenecía, pero nunca poseyó nada. Frecuentemente decía compadecer a la gente: se afana, planea, se preocupa y engaña para poseer unas cuantas cosas, y luego tiene que mantenerse en guardia para que no se las roben o las destruya la polilla y el moho.

—¡Debe haber sido una persona algo excéntrica! —supuso Marcelo—. ¡No desear nada para sí!

—¡Pero «él» nunca pensó que era pobre! —Justo se incorporó sobre un hombro, repentinamente animado—. Tenía el espíritu de la verdad. No todos pueden

adquirirlo, como sabes.

—¡Vaya que es raro lo que dices! —Marcelo había mirado a los ojos de Justo, y el anciano sonrió un poco.

—No tan raro, si te detienes a pensar en ello. El talento para la verdad es una propiedad real. Si un hombre ama a la verdad más que a las cosas, a la gente le gustará andar por donde él esté. Casi todos desearían poder ser sinceros, pero no puedes tener el espíritu de la verdad cuando andas codiciando cosas. Por eso la gente andaba alrededor de ese carpintero y escuchaba todo lo que decía: «él» tenía el espíritu de la verdad... Nadie debía mantenerse en guardia contra él, ni que aparentar que lo estaba; tampoco debía mentir. Él hacía a todos felices y libres como criaturas.

—¿Todos le respondían... de esa manera? —preguntó Marcelo seriamente.

—Casi todos —asintió Justo—. ¡Oh! A veces gente que no lo conocía trataba de engañarlo, pero —rió abiertamente como si recordara un caso— ¡mira, señor, estaba «él» tan identificado con la verdad que no podías mentirle, o pretender ser lo que no eras! ¡Simplemente no hubieras podido, señor, ya fuera por las palabras; el tono o la manera! ¡Y tan pronto como la gente descubría esto, deponía sus armas, abandonaba la posición defensiva y comenzaba a decir la verdad!... Para muchos era una experiencia nueva y les daba una sensación de liberación. Por eso les gustaba, señor. No le podían mentir, y entonces contaban la verdad. ¡Y la verdad los liberaba!

—Este es un nuevo y profundo concepto... Tu amigo debe haber sido filósofo, Justo. ¿Era acaso un estudioso de los clásicos?

El anciano parecía asombrarse y al momento negó con un movimiento de cabeza.

—No lo creo —replicó—. ¡Él solamente... sabía!

—Supongo que no debe haber tenido muchos admiradores entre la gente acomodada —aventuró Marcelo— si quitaba valor a la acumulación de propiedad.

—¡Te sorprenderás, señor! En realidad, muchos hombres ricos lo escuchaban. Recuerdo una vez en que un joven noble y poderoso lo siguió durante una tarde entera; antes de partir se le acercó a preguntarle: «¿Cómo puedo conseguir eso... lo que tú tienes?».

Justo hizo una pausa tan larga y sus ojos parecían tan remotos que Marcelo se preguntó si había terminado y estaba pensando en otra cosa.

—¿Y entonces? ¿Qué dijo el carpintero?

—Le dijo que sentía demasiado el peso de las cosas —replicó Justo—. «Deja tus haberes, dalos a los pobres, vente conmigo», le había contestado.

—¿Lo hizo?

—No. Pero dijo que deseaba poder hacerlo. Se alejó completamente deprimido, y todos quedamos tristes, porque era un joven muy bueno, por cierto. —Sacudió la cabeza y sonrió pensativamente—. Supongo que ésa era la primera vez que él había deseado de veras algo, y no había podido pagar nada por adquirirlo.

—Por lo visto, este carpintero debe haber sido un hombre extraordinario —observó Marcelo—. Parece que hubiera tenido la mente de un soñador, de un poeta,

de un artista... ¿Dibujaba o esculpía quizá?

—Los judíos no dibujan ni esculpen.

—¿No?

—¿Y cómo pueden expresarse?

—Cantan y cuentan historias.

—¿Qué clase de cuentos?

—¡Ah! Generalmente relatos y leyendas de nuestro pueblo; los hechos de nuestros antepasados. ¡Hasta los niños pueden recitar de memoria las tradiciones y profecías! —Justo sonrió complacido y pareció que estaba a punto de confiar algo íntimo—. Tengo un nieto, señor... Se llama Jonatán, porque nació con un pie torcido como Jonatán, el hijo del rey Saúl... Nuestro Jonatán cuenta ahora siete años. ¡Tendrías que oírlo relatar la historia de la Creación, y el Gran Diluvio, y el Éxodo!

—¿El Éxodo? —Marcelo sondeaba su memoria.

—¿No lo sabes, señor? —preguntó Justo, tolerante pero sorprendido.

—Sé lo que significa la palabra —precisó Marcelo, a la defensiva—. Éxodo, en griego, es una salida o una huida; pero no recuerdo nada sobre él.

—Creí que todos sabían la historia de la fuga de nuestro pueblo del cautiverio en Egipto.

—¡Oh, eso!... No me daba cuenta de que había sido una huida. Nuestros maestros de historia insisten en que los judíos fueron echados de Egipto.

—¡Ésa es una mentira infame! —declaró Justo indignado—. Los faraones trataron de conservar allí a nuestros padres en la esclavitud, para labrar sus tierras y edificar sus monumentos...

—Bueno, eso no importa —dijo Marcelo arrastrando las palabras—. Nada podemos hacer ahora nosotros. Aceptaré tu versión de la historia, si quieres contármela.

—El pequeño Jonatán te la relatará cuando visitemos Séforis. Es un muchachito inteligente. —La repentina ira de Justo se había calmado.

—Es fácil ver que lo quieres mucho, Justo.

—Sí. El pequeño Jonatán es todo lo que tenemos... Mi mujer se entregó al eterno descanso hace muchos años. Mi hija Rebeca es viuda. Jonatán es un gran consuelo para nosotros... Tal vez sepas, señor, cómo es un hogar donde hay una criatura enferma o inválida. Exige un poco más de cuidado, algo más de amor, quizá para consolarlo.

Jonatán todavía lo consigue a pesar de que ya está bien.

—¿Bien? ¿Quieres decir... del pie?

Justo asintió lentamente, dándose vuelta.

—¿No es raro eso? —insistió Marcelo.

Las arrugas de las sienes de Justo se profundizaron y su rostro estaba sereno cuando asintió nuevamente, sin mirarlo. Era evidente que no deseaba que se le hiciesen más preguntas. Al momento se esforzó por abandonar su abstracción, retornó

con una sonrisa, estiró sus largos y bronceados brazos y se puso de pie.

—Es tiempo de partir, señor —declaró—, si esperamos llegar a Sicar al atardecer. La ciudad no tiene buena posada. Acamparemos de este lado, cerca del Pozo de Jacob... ¿Has oído de Jacob, señor? Y rió de buena gana.

—Creo que no, Justo —confesó Marcelo—, ¿Es un lindo aljibe?

—No mejor que muchos otros, pero sí notable; tiene quince siglos.

Estaban otra vez en la carretera. El muchacho de los asnos tiraba de su porfiada caravana tratando de sacarla de la maleza. Justo se dio vuelta y, protegiendo sus ojos con las manos enlazadas, miró intencionalmente hacia el camino por el cual había andado. La curiosidad de Marcelo fue reavivada. No era la primera vez que Justo se detenía para mirar hacia atrás. Y cada vez que llegaban a un cruce de caminos observaba cuidadosamente en todas direcciones. No parecía temer algún peligro. Era más bien como si hubiera dado una cita para encontrarse con alguien por allí. Marcelo estaba a punto de preguntar si aquello era cierto, pero decidió discretamente que no era asunto suyo.

Durante más de tres horas caminaron trabajosamente a lo largo de la polvorienta carretera, sin encontrar muchos viajeros, sin conversar mucho. Eran las últimas horas de la tarde. Un kilómetro hacia adelante se veía un grupo de sicómoros y unas cuantas casas derruidas.

—Son las inmediaciones de Sicar —dijo Justo acortando el paso.

Al rato llegaron al pequeño suburbio, una población amodorrada y ruin, de casas chatas y enjalbegadas. En su centro, por el camino, estaba el histórico aljibe. Dos mujeres caminaban con vasijas sobre sus hombros. Una tercera estaba llegando. Justo retardó sus pasos para darle tiempo a subir tirando el enorme cubo y llenar el ánfora. Ella miró con tristeza en su dirección, bajó el recipiente, lo observó, y entonces prosiguió vigorosamente su tarea. Haciendo muy de prisa y derramando bastante agua sobre sus pies, se puso la carga al hombro y se dirigió hacia una de las casitas.

—¿La hemos asustado? —preguntó Marcelo haciendo una mueca burlona—, ¡No había pensado que pareceríamos tan fieros!

—No. No está asustada —le contestó Justo serenamente.

Era un aljibe muy grande. El viejo brocal de piedra que lo rodeaba tenía el alto de una oveja y suficiente ancho como para sentarse sobre él cómodamente. Justo, que de pronto se mostró preocupado, se sentó cansadamente sobre el borde, dando la espalda al pequeño grupo de vivienda. Después de permanecer un rato en pie, preguntándose cuánto iban a holgar allí, Marcelo se sentó en el lado opuesto, esperando que el anciano estuviera listo para proseguir la marcha. Sus ojos siguieron como al acaso a la figura de mujer, que tan rápidamente se retiraba, hasta que entró en una de las casas.

Casi de inmediato volvió a salir sin su recipiente y corrió por la carretera hasta la casa de un vecino; entró y salió en un momento, acompañada por otra mujer más joven y atractiva. Permanecieron un rato mirando hacia el pozo, luego avanzaron con

lentitud, deteniéndose frecuentemente para comentar algo con rostros llenos de perplejidad.

—Aquella mujer vuelve, Justo, y trae a otra consigo... Y no vienen por agua — dijo Marcelo lentamente.

Justo se incorporó con un pequeño sobresalto y volvió la cabeza. Entonces se levantó y caminó hacia las mujeres, que venían con rapidez a su encuentro. Sostuvieron una breve conversación en voz baja; Justo negaba, solemnemente, con movimientos de cabeza. La mujer más joven, de ojos preciosos, ensanchados por la curiosidad, continuó haciendo sus preguntas y Justo seguía negando con la cabeza, como si dijera: «No, no, no». Por último, inclinó ligeramente la cabeza en dirección a Marcelo, y los ojos de las mujeres siguieron su gesto. Sin duda, Justo les estaba diciendo que no prosiguieran, sea cual fuere el asunto.

Luego la mayor los dejó y volvió sus pasos hacia la casa: Justo, frunciendo el ceño y moviendo la cabeza en lo que parecía ser un desganado consentimiento, volvió al aljibe. Sí, él trataría de conversar otra vez con ella; su actitud lo decía claramente. Hablarían otra vez, tan pronto como pudieran hacerlo sin la curiosidad de aquel romano.

Después que Justo hubo desempacado los avíos de campamento y levantado la tienda para dormir bajo un par de grandes sicómoros, murmuró algo de volver al pueblecito por pan y como Marcelo sabía que había bastante para la cena, sospechó que su encargo más urgente era conversar otra vez con aquella mujer; por sus maneras se veía que deseaba ir solo.

Cansado por el largo viaje del día y molesto por los secretos y reservas de su guía, el tribuno se dejó caer en la alfombrilla que Justo había extendido delante de la tienda y observó deprimido la caída del sol sobre las copas de los árboles y los techos de las casas del pueblecito. ¿Por qué Justo deseaba tener una entrevista privada con aquella mujer? ¿De qué tenía que hablar? Al parecer, de algo muy importante. Tal vez discutieran el misterio. Pero, ¿por qué aquello debía ser un misterio? El galileo estaba muerto. ¿Quiénes iban a perseguir a estas gentes por lo que el carpintero dijo o hizo o por los tiernos recuerdos que guardaban de él?

Marcelo se sentía ofendido. Justo no tenía motivos para pensar que había llegado, á estas tierras pobres para hostigar a los sencillos habitantes cíe la comarca. ¡No había motivos que justificasen el que este individuo, lo tratara como si fuera un vulgar fisgón!

Pues bien, si Justo no confiaba en él, era probable que buscara secretamente entre sus pertenencias alguna prueba. ¡De hacerlo, recibiría una sorpresa anonadante! ¡En el fondo de su equipaje había cierta prenda de tejido galileo de fabricación casera que justo no debía ver!

TRECE

ERA bien entrado el crepúsculo cuando divisaron Caná, después de un fatigoso viaje desde el pueblo de Naum, donde la insistencia de Justo por observar el Sábado los había detenido en el camino, uno de los más tediosos y ociosos que Marcelo hubiera pasado.

El anciano había ido a la sinagoga por la mañana. Si lo hubiese invitado, Marcelo también hubiera ido; tan difícil era encontrar esparcimiento en una ciudad descuidada donde no había nada interesante por ver o hacer. Pero Justo había partido solo, después de asegurar a Marcelo que había bastantes provisiones para su comida de mediodía.

Alrededor de la mitad de aquella tarde, que prometía volverse interminable, Marcelo, que holgaba delante de la tienda tumbado en el suelo, divisó a Justo. Volvía en compañía de una mujer joven y un muchachito alto y de rostro sereno. Caminaban lentamente, sumidos en una seria conversación. A un estadio del campamento, se detuvieron y continuaron por un rato su charla formal. Luego la mujer y el jovencito, que a Marcelo se le antojó su hijo, volvieron al pueblo con desgano, tomados del brazo, mientras Justo proseguía su marcha con preocupado ceño. El tribuno comprendía que era infantil alentar resentimientos por aquella visible inclinación de Justo a no relacionarlo con sus amigos locales. En asuntos de comercio, Justo se comportaba con cortesía en sus presentaciones, pero era evidente que sus relaciones se sustentaban estrictamente sobre bases comerciales.

Marcelo no experimentaba excesivo interés por conocer a la mujer canosa o al jovenzuelo pensativo en que ella se apoyaba afectuosamente; pero no podía evitar el sentirse un poco apenado por aquellos inocentes desaires. Desde luego, haciendo justicia a justo, reflexionaba: «Este hombre ha sido contratado sólo para llevarme a casas donde se pueda comprar el tejido que busco». No había él prometido presentar al joven comerciante romano como amigo suyo. No podía esperarse que Justo supiera, ni se debía permitir que sospechara, que su patrón no tenía interés en las mercancías sino que deseaba solamente encontrar y conversar con personas que hubieran conocido a Jesús.

De regreso a la tienda, el anciano hizo un saludo distraído a su perezoso cliente y se sentó en silencio, mirando hacia las colinas. De vez en cuando, Marcelo aventuraba una mirada en su dirección. Pero era completamente inútil. No se podría adivinar si esta retracción al silencio hacía parte de las observancias del Sábado o si algún otro motivo ocasionaba aquel estado taciturno.

A la mañana siguiente, bien temprano, Justo se mostró ansioso por proseguir la marcha. Los asnos de carga listos, su cuidador, socialmente inferior, fueron advertidos que no habría holganza en la jornada de aquel día. El sol calentaba, pero el empecinado guía condujo la pequeña caravana con pasos largos y bamboleantes, tanto que Marcelo se sintió realmente aliviado cuando, al mediodía, Justo detuvo la

marcha y señaló un grupo de olivos próximo al lugar.

—¿Descansaremos y comeremos ahora? —preguntó con interés especial.

—¡Claro que sí! —jadeó Marcelo, restregándose las sienes—. ¿Es Caná una ciudad tan interesante como para que, a toda costa, tengamos que llegar hoy mismo?

—Perdóname por haberte apurado —dijo Justo—. No te di ninguna explicación al salir porque deseaba ofrecerte una agradable sorpresa al final del día. Allá en Caná hay una joven que canta todas las tardes en el parque.

—¡No me digas! —exclamó Marcelo con voz cansada—. ¡Bien, es de esperar que sea buena!

—¡Es buena! —Justo comenzaba a disponer la merienda—. La gente de Caná cena temprano, y luego casi todos, jóvenes y viejos, se reúnen en torno a la fuente donde esta muchacha, una inválida, canta las canciones que ama nuestro pueblo. Sus familiares y vecinos la llevan en su camilla, y la gente se sienta y escucha hasta que oscurece.

—¡Extraordinario! —contestó Marcelo frotándose los músculos cansados—. ¿Dijiste que es inválida?... Deseo encontrarla. ¡A la velocidad a que hemos viajado, al final del día ella y yo podemos tener algo en común!

Justo acogió la broma con una mueca burlona, partió una rebanada de pan de trigo, dio una mitad a Marcelo y se sentó sobre la hierba.

—Miriam es una hermosa muchacha —prosiguió, comiendo su pan ávidamente—. Tiene más o menos veintidós años. Hace siete fue atacada repentinamente por la parálisis. Esto hubiera sido una gran desgracia en cualquier caso, pero para Miriam resultó una calamidad. Había sido muy atractiva en los juegos y una campeona en los deportes infantiles: Ahora está incapacitada aun para andar. Además, ella misma aumentó su desdicha al no tratar de sobrellevar su desgracia con resignación, pasando el día en continuas quejas; llenando a sus padres de angustias y su casa de duelo.

—Veo que conoces bien el asunto —comentó Marcelo, ligeramente interesado.

—No lo conocía en aquella época —precisó Justo—. Pero llegó un día en que la historia de Miriam fue ampliamente comentada en esta tierra. Durante tres años permaneció ella en el lecho, inconsolable, amargada, tan sumida en su pesar que rechazaba todos los cariñosos esfuerzos hechos para distraer su mente. Con el correr del tiempo, rehusó hasta admitir a los con conocidos en su cuarto, y permanecía allí sola, desesperada y ardiendo en su rebelión.

—¿Y dices que ahora canta? ¿Qué le pasó?

—Ahora canta —asintió Justo, añadiendo, después de un momento de meditación—: No conozco los detalles, señor. No estoy seguro de que alguien los conozca. Miriam rehúsa discutirlo. Sus padres confiesan que no lo saben. Cuando la gente les pregunta, contestan: «Pregunten a Miriam».

—Tal vez dicen la verdad cuando afirman que no lo saben —Marcelo estaba mostrando interés—. Seguramente no tendrán motivos para rehusarse a explicar el mejoramiento del ánimo de su hija.

Justo asintió varias veces en silencio.

—Tal vez ni Miriam misma lo sabe —reflexionó Marcelo, haciendo votos porque la historia no hubiesen terminado ahí—. Quizá descubrió que ya había agotado su desesperación y comprendió que lo mejor era resignarse. —Hizo una pausa para dar a Justo una oportunidad de contradecir su opinión inexperta, y, al no obtener respuesta, aventuró otra suposición—: Quizá despertó una mañana y se dijo: «He estado haciendo desgraciados a todos. Voy a aparentar que soy feliz. ¡Estaré contenta y cantare!»... Tal vez llegó a esta decisión después de haber comprobado que el otro comportamiento era del todo estéril.

—Quizá —murmuró Justo distraídamente.

—¡Pero tú no crees eso! —declaró Marcelo después de un largo rato de silencio.

—No sé —Justo negó con un decidido movimiento de cabeza—. Te diré que una de sus amigas, a quien ella no había visto durante un par de años, iba a casarse. Había rogado con insistencia a Miriam que asistiera al casamiento, pero ella no quiso ir; y todo ese día estuvo llorando amargamente... Pero, aquella noche, cuando sus padres regresaron de la boda, los saludó con alegría, y nada menos que cantando.

—¡Sorprendente! ¿Y tiene de verdad buena voz?

—Podrías apreciarlo tú mismo cuando lo oigas, señor. Mañana podrás también conocerla en su casa. Noemí, su madre, hace unos tejidos hermosos. Te llevaré allá. Quizá pueda tener algo que te interese... Si ya estás descansado, señor, ¿nos ponemos en marcha.

Levantaron su tienda en el límite de la pequeña Caná, cenaron rápidamente, y caminaron hacia el centro del villorrio. Mucha gente iba en la misma dirección. Unos cincuenta o más estaban sentados ya en el suelo o en carros, frente a un manantial que brotaba generosamente en el enorme estanque de ladrillos.

—Supongo que de aquí se surten de agua en Caná —dijo Marcelo mientras marchaban hacia un sitio libre.

—Es agua caliente —respondió Justo—. Las fuentes termales abundan en esta región.

—¿Creen que son aguas medicinales? —preguntó Marcelo.

—Sí, pero no para la gente de Galilea. Desde muy lejos vienen a bañarse en las aguas de este manantial.

—¡Oh! Entonces en Caná habrá muchos forasteros.

—En Caná no muchos. La mayoría va a Tiberíade, a orillas del lago de Genezaret. Es una ciudad importante y próspera. Solamente los ricos vienen a bañarse en las aguas medicinales.

—¿Y por qué? —preguntó Marcelo—. ¿Los pobres no creen en la virtud de estas fuentes termales?

Justo rió. Fue una risa profunda, espontánea, la que lo alegró; una risa contagiosa que provocó otras, ahogadas, en la vecindad, donde muchos, hombres y mujeres, habían reconocido al grande y bien hablado vecino de Séforis. Marcelo estaba

descubriendo algo nuevo e interesante en Justo. Rebosaba ahora de una alegría del todo natural. No lo hubiese sospechado de él. ¡Era tan serio, tan abstraído!

—Los pobres no tienen las enfermedades que estas aguas se supone que curan, señor —replicó—. Sólo los hombres acostumbrados a las ricas comidas y a la abundancia de vinos finos bus can estas aguas curativas. Los galileos no sufren enfermedades provenientes de tales causas.

Era una deliciosa ironía, aunque por completo carente de mordacidad. Marcelo admiró el sonido de la risa de aprobación que llegó de los ingenuos vecinos que escuchaban sin parecerlo. Su corazón se confortaba con ellos. Iba a sentirse como en su hogar en medio de aquella gente.

—Ésa es una idea nueva, Justo —replicó—. Y una idea cabal. Nunca lo había considerado antes, pero es un hecho que las fuentes termales están dedicadas especialmente a los glotones y bebedores. Ahora que has hablado de ella, recuerdo haber oído algo sobre la ciudad Tiberíade, y del lago de Genezaret.

—Llamado frecuentemente el Mar de Galilea —asintió Justo— pero no por los galileos.

Los grupos sentados cerca de ellos prestaron más atención, acomodando su cabeza en un ángulo favorable, francamente interesados.

—¿Es muy grande el lago?

—Bastante como para ser tormentoso. Tiene, a veces, fuertes vientos tempestuosos.

—¿Hay pesca?

Justo asintió con indiferencia, y un hombre de mediana edad sentado frente a ellos volvió la cabeza, evidenciando claramente que deseaba decir algo. Marcelo miró sus ojos inquietos y levanto las cejas animándolo.

—Ésta es una de las enfermedades que el pueblo puede costearse, señor —aseguró el hombre—. ¡Pesca! —todos celebraron alegremente la ocurrencia.

—¿Pescan algo? —inquirió Marcelo.

—Sí —dijo Justo lentamente— ya los han pescado... a todos... hace mucho tiempo.

Esta broma era buena también, y la amistosa hilaridad aumentó el círculo de oyentes, Marcelo sintió que estaban mostrando una actitud del todo amable hacia él, tal vez porque iba acompañado por Justo a quien al parecer todos conocían; además, él se desenvolvía perfectamente con su arameo.

—Pero, ¿todavía pescan? —inquirió cándidamente.

Una voz aguda, infantil, partió inesperadamente de un grupo un poco alejado.

—¡Una vez sacaron una enorme cantidad! —gritó el mozalbete.

—¡S-shh! —llegó una advertencia suave de sus vecinos.

Todos los ojos se habían vuelto hacia la fuente, donde en aquel momento iban colocando una camilla sobre el suelo. La muchacha se encontraba sentada, sostenida por almohadas. En sus brazos desnudos y bien formados descansaba una pequeña

arpa.

El escultor que se escondía en Marcelo surgió instantáneamente, Era aquél un rostro ovalado, de finos rasgos, con una palidez que denotaba las muchas penas sufridas. Pero los ojos, sombrados por largas pestañas, no habían sido heridos por la enfermedad. Su cabello abundante, partido al medio, descubría una frente inteligente, y sus labios llenos estaban casi alegres cuando ella abarcó a la muchedumbre.

Dos hombres la seguían, portando caballetes de madera, y la camilla fue colocada encima para que todos pudieran verla. Un profundo silencio se cernió sobre la multitud. Marcelo, muy impresionado por la rara escena, pensó que sería bueno que la jovencita no tratara de cantar. El cuadro era perfecto. Era imprudente arriesgarse a echarlo a perder.

Miriam deslizó suavemente sus dedos blancos y delicados por las cuerdas del arpa. Entonces el rostro pareció transfigurarse. Su momentánea alegría desapareció, substituida por una expresión de profunda nostalgia. Era evidente que su mente se había apartado de los que la rodeaban para remontarse a otras regiones encantadas. Los ojos luminosos miraban hacia lo alto, ensanchados por una visión lejana. De nuevo tocó con agilidad las cuerdas del arpa.

Su voz resonó profunda, hermosa, de contralto. Ese primer tono, difícilmente perceptible en sus comienzos, se elevó firme hasta que comenzó a tener las vibraciones tensas de una campana. Marcelo sintió que la garganta le ardía como oprimida, mientras un repentino baño de emoción encendía y apagaba sus ojos. De pronto, la canción tomó alas.

«Esperé pacientemente al Señor... y Él se inclinó sobre mí..., y escuchó mi llanto».

Alrededor de Marcelo todos tenían las cabezas apoyadas en las manos, pugnando por ahogar los sollozos con infantiles obstrucciones de la respiración. En cuanto a él, se sentó mirando fijamente a la extática muchacha a través de lágrimas incontenibles. Las dejaba fluir de sus ojos... ¡y miraba fijamente!

«Y puso una nueva canción en mi boca». Miriam se iba animando. Justo volvió la cabeza lentamente hacia Marcelo, su arrugado rostro transfigurado y los ojos llenos de lágrimas. Marcelo le tocó en la manga y asintió serenamente, volviendo la mirada a la extática jovencita.

—«Entonces dije: Señor, ¡ya voy! En el encabezamiento del libro está escrito de mí. Me place hacer lo que Tú deseas, oh Dios... y Tu ley está en mi corazón».

La canción había terminado y la abigarrada multitud exhaló un profundo suspiro. Los vecinos lentamente volvieron sus rostros hacia la joven, sonrieron embelesados y movieron la cabeza al faltarles palabras para expresar cuán profundamente habían sido conmovidos. Después de un intervalo. Miriam halló de nuevo sus alas. Marcelo se repitió mentalmente algunas frases de aquella canción llena de fe, mientras se sumía en lo profundo de su corazón para identificarse con sus ansias instintivas.

La canción tocaba a su fin cuando los últimos rayos del crepúsculo bañaban el

firmamento.

«Para dar luz a los que permanecen en la obscuridad y en las sombras de la muerte», cantaba Miriam. «Y guiar nuestros pasos por el camino de la paz».

La luz fue palideciendo. Los hombres se llevaron a Miriam y la multitud se dispersó silenciosamente por la carretera. A Marcelo le agradó que Justo, mientras marchaba a su lado en la obscuridad, no le preguntara si le había gustado la voz de Miriam o si le había impresionado aquella extraordinaria reunión.

* * * * *

El hogar de Rubén y Noemí, en el extremo norte del villorrio, era mucho más cómodo y ocupaba mayor extensión de terreno que la mayoría de las residencias de Caná. La casa, de paredes blancas y apartada del camino, se hallaba sombreada por altos sicómoros. En el espacioso patio del frente había muchos árboles frutales, ahora alegres y fragantes con sus capullos; en el otro lado florecía un próspero viñedo.

Marcelo había disimulado, no sin cierta dificultad, su impaciencia por visitar aquella casa, donde esperaba encontrar a la joven inválida de rostro radiante y voz de oro. Justo se mostró sumamente remiso en los dos lugares que habían visitado en su camino, y, si la cosa no hubiera sido imprudente, Marcelo habría liquidado estas pequeñas transacciones adquiriendo lo primero que le ofrecían.

—Primero hablaremos con Miriam —dijo Justo levantando la aldaba de la puerta—. La veo sentada en la glorieta.

Cruzaron el césped prolijamente recortado y caminaron lentamente hacia la sombreada glorieta donde la joven estaba sentada, sola. Usaba una túnica blanca, de amplias mangas, adornada con coral en el cuello. No llevaba joyas, excepto alrededor del cuello una delicada cadenita de plata con un dije, El dije representaba un pez. Sobre la mesa, al lado de su camilla, estaban el arpa y una cajita con rollos. Su cabeza llena de rizos se hallaba inclinada atentamente sobre el medallón de encaje que estaba bordando.

Cuando se aproximaron, miró hacia arriba y, reconociendo a Justo, sonrió a guisa de bienvenida.

—¡No necesitas explicar nada, Barsabás Justo! —dijo cuando, después de presentar a Marcelo, él hubo añadido que el joven estaba interesado en tejidos galileos—. Todos estamos aquí intrigados, señor, con tu visita, pues a Caná no llega a menudo alguien para comerciar.

Había un tono particular en el fondo de su voz, que Marcelo no podía definir, excepto que aquella cordialidad era enteramente desinteresada y sincera.

Con frecuencia había observado, cuando le presentaban a mujeres jóvenes, que tenían tendencia a dejarse llevar por una impetuosa animación, lanzando alegres comentarios en un tono agudo, como si estuvieran a considerable distancia.

—¿Está Noemí? —preguntó Justo.

—En casa... ¿Quieres ir a buscarla? Creo que ella y papá te están esperando.

Justo se volvió para irse y Marcelo dudó entre seguirlo o no. Miriam lo ayudó a llegar a una grata decisión, señalándole una silla.

—Te oí cantar —dijo él—. Fue de lo más... —estuvo durante varios momentos buscando la palabra apropiada.

—¿Cómo es que hablas arameo? —interrumpió ella amablemente.

—No lo sé muy bien. De cualquier modo, —prosiguió con más confianza— hasta tus compatriotas podrían encontrar difícil describir tu canto. Me conmovió profundamente.

—Me alegro que hayas deseado decirme eso. —Miriam puso a un lado el almohadón sobre el que estaba el bordado y miró a Marcelo con sus ojos ingenuos—. Me preguntaba cuál sería tu opinión... Vi que estabas allí con Justo... Nunca había cantado ante un romano. No me hubiera sorprendido que te hubieras mofado; pero me hubiera herido.

—¡Temo que tengamos muy mala reputación en estas provincias! —suspiró Marcelo.

—Por supuesto. Los únicos romanos que vemos en Caná son legionarios, marchando por las calles, tan altaneros, tan desafiantes... —Se irguió y movió sus preciosos hombros acentuando la pantomima militar con bruscos movimientos de cabeza— como fueran diciendo... —se detuvo y añadió disculpándose— pero quizá no debiera decírtelo.

—Oh, ya sé lo que parecemos decir cuando desfilamos por las calles —la ayudó Marcelo. Frunció los labios demostrando arrogancia y dijo con el tono de Miriam—: ¡Aquí... venimos... nosotros, vuestros, señores, y amos!

Ambos rieron, y Miriam volvió a su postura. Luego le preguntó:

—¿Hay muchos romanos como tú, Marcelo Galión?

—¡Multitudes! No soy de una clase especial.

—Nunca había conversado con un romano, pero suponía que todos eran iguales. Parecen iguales.

—En sus uniformes, sí. Pero bajo sus yelmos y escudos son criaturas comunes que no siempre sienten placer al marchar por las calles de ciudades extranjeras. Preferirían mucho más estar en sus hogares, con sus familias, podando sus plantas y atendiendo sus cabras.

—Me alegra saberlo. ¡Es tan desagradable no gustar de la gente. y tan difícil no pensar mal de los romanos! Ahora diré que muchos de ellos desearían estar en sus hogares, en sus jardines y con sus cabras; y esperaré —continuó con una lenta sonrisa— que sus deseos sean cumplidos...

—¿Tú tienes jardín?

—Sí. Tenemos jardín. —Pero cabras no, me parece.

—No hay lugar para ellas. Vivimos en la ciudad.

—¿Tenéis caballos?

—Sí.

—En Galilea —dijo Miriam lentamente— los caballos requieren más lugar que las cabras... ¿Quieres contarme algo de tu hogar?

—Con mucho gusto. Nuestra familia se compone de nuestros padres, mi hermana Lucía y yo.

—¿Tu padre cuida el jardín mientras estás en el extranjero?

—Pues... personalmente, no —replicó Marcelo, después de un momentáneo titubeo; y cuando ella lo miró bajo sus largas pestañas una sonrisa burlona de hermana menor, él preguntó: —¿Te estás burlando?

Ella asintió amistosamente.

—Debí haber sabido que teníais jardinero, y una sirvienta también, sin duda.

—Sí —asintió Marcelo con indiferencia.

—¿Son... esclavos? —preguntó Miriam en un tono que trataba de no ser ofensivo.

—Sí —admitió Marcelo, incómodo—, pero puedo asegurarte que no son maltratados.

—Lo creo —dijo ella suavemente—. Tú no podrías ser cruel con nadie... ¿Cuántos esclavos tenéis?

—Nunca los conté. Tal vez una docena. No... ha de haber más. Veinte quizá.

—Debe ser desagradable poseer seres humanos —reflexionó Miriam—. ¿Los tenéis encerrados cuando no están trabajando?

—¡De ningún modo! —Marcelo rechazó la pregunta con un gesto de su mano—. Son libres de ir adónde les plazca.

—¿Ah, sí? ¿No se escapan?

—No con frecuencia. No hay lugar a dónde puedan ir.

—Eso es muy malo —suspiró Miriam—. Mejor hubiera sido para ellos estar encadenados... ¿No es así? Entonces tal vez podrían romper sus cadenas. En esta forma el mundo entero es una prisión para ellos.

—Nunca había pensado eso antes. Pero supongo que el mundo entero es una prisión para cualquiera. ¿Acaso alguien es enteramente libre? ¿Qué es lo que constituye la libertad?

—¡La verdad! —contestó Miriam rápidamente—. La verdad lo hace libre a uno. Si no fuera así yo me sentiría muy encadenada, Marcelo Galión. Mi país está dominado por el extranjero; a causa de mi invalidez, personalmente podría parecer que tengo muy poca libertad. ¡Pero mi espíritu es libre!

—Eres muy afortunada. Debe ser algo grande experimentar la libertad independientemente de las condiciones físicas... ¿Te creaste esta filosofía para ti misma? ¿Es un producto de tu enfermedad, tal vez?

—¡No, no! —ella negó con un decidido movimiento de cabeza—. Mi enfermedad hizo de mí una esclava desgraciada. No gané la libertad. Fue en cambio un regalo.

Marcelo guardó silencio cuando ella se detuvo. Tal vez querría explicarle.

Repentinamente su rostro se alegró, volviéndose hacia él con un modo diferente.

—¡Por favor, perdóname por hacerte tantas preguntas sobre ti! —dijo—. Estoy aquí sentada todo el día y nunca ocurre algo nuevo. Es renovador conversar con alguien de otro ambiente... Cuéntame algo de tu hermana Lucía. ¿Es menor que tú?

—Mucho.

—¿Menor que yo?

—Seis años menos —dijo Marcelo, sonriendo al ver los ojos de ella ensancharse repentinamente.

—¿Quién te dijo mi edad?

—Justo.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Me estaba hablando de tu canto, antes de llegar a Caná Me dijo que no supiste nunca que podías cantar hasta... un día... que encontraste que tenías voz... y cantaste. Justo me dijo que eso ocurrió inesperadamente. ¿Cómo lo explicas, si no es un secreto?

—Es un secreto —contestó ella suavemente.

Llegaban ahora por una esquina de la casa, Noemí, con los brazos cargados de mantos y chales, seguida por Justo y Rubén. Marcelo se puso de pie y fue presentado. Rubén tímidamente tomó la mano que Marcelo le ofrecía. Noemí, al parecer complacida por la actitud de su huésped, sonrió cordialmente. Era fácil ver el gran parecido entre madre e hija. La mujer tenía los mismos hoyuelos en las mejillas.

—Siempre vamos en esta época a Jerusalén, para la semana de Pascua —dijo extendiendo sus trabajos sobre el respaldo del sillón—. Este año no iremos... Por eso tengo tantas cosas hechas a mano...

Marcelo asumió sus mejores maneras de negociante. Levantando un sayo color castaño lo examinó con interés profesional.

—Éste —dijo como conocedor—, es típicamente galileo. Una túnica sin costuras. Y excelentemente tejida. Es evidente que tienes mucha práctica en esto.

La expresión agradecida de Noemí le animó a hablar libremente. Sintió que estaba haciendo un buen papel como conocedor del tejido que allí fabricaban y que podría arriesgar una exhibición de sus conocimientos, en especial para la información de Justo.

—Un tejedor que conozco en Atenas —prosiguió—, me dijo algo sobre estas vestiduras. Era natural de Samaria, creo, y estaba muy familiarizado con los productos galileos. —Se volvió hacia Justo y encontró una mirada interrogadora como si estuviera buscando en su memoria algún hecho relacionado con esto, De repente sus ojos se iluminaron un poco.

—Un joven griego trabajaba para Benyosef hace poco —intervino Justo—. Le oí decir que había estado con un tejedor de Atenas llamado Benjamín, de quien había aprendido a hablar el arameo. ¿Sería este mismo tejedor?

—Pero... ¡si! —Marcelo trató de alegrarse de la coincidencia—, Benjamín es

muy estimado en Atenas. Es un buen maestro también —sonrió entre dientes—. Benjamín insiste en hablar en arameo con cualquiera que sospecha que conoce el lenguaje.

—Debe haber encontrado en ti una compañía muy agradable, señor —observó Justo—. He notado que usas muchos términos que son familiares a los samaritanos.

—¡Ciertamente! —dijo Marcelo, levantando un chal y volviendo su atención hacia Noemí—. Esta lana es excelente —aseguró—. ¿Es natural de Galilea?

—De nuestro propio *madbra* —replicó Rubén orgullosamente.

—¿*Madbra*? —repitió Marcelo—. ¿Es el desierto?

Justo rió.

—¿Ves, Rubén? —exclamó—. Cuando los samaritanos dicen *madbra* quieren significar tierra desierta —se volvió hacia Marcelo—. Cuando nosotros decimos *madbra* queremos decir ganado, *Bara* es nuestra palabra que expresa desierto.

—Gracias, Justo —dijo Marcelo—. Estoy aprendiendo algo. Terminó el corto episodio concentrándose en el chal.

—Está bellamente teñido —dijo.

—Con nuestras propias moras —se jactó Noemí.

—De haber sabido que estabas relacionado con Benjamín —persistió Justo—, te hubiera contado algo de ese joven griego, Demetrio. Por cierto era un individuo muy taciturno. Un día se fue, repentinamente. Había tenido algunos inconvenientes, y se hallaba fugitivo.

Marcelo cortésmente levantó las cejas, pero indicó claramente con sus maneras que tenía otras cosas de que conversar.

—Deseo el chal —dijo—, y la túnica. Ahora, veamos, qué más hay.

Comenzó a observar otras vestiduras, esperando no haber parecido rudo al no interesarse en los comentarios sobre Demetrio.

Al momento, Justo se fue caminando lentamente hacia el viñedo, y Rubén lo siguió.

—Madre, ¿por qué no enseñas a Marcelo Galión esos preciosos turbantes? —sugirió Miriam.

—¡Oh, no valen nada! —dijo Noemí. No se molestaría en verlos.

—¿Puedo? —preguntó con interés Marcelo.

La mujer se fue, condescendiente y el joven continuó inspeccionando los tejidos con exagerado interés.

—Marcelo —el tono de Miriam se había vuelto confidencial.

Levantó él la vista y encontró los ojos de la joven al nivel de los suyos.

—¿Por qué le mentiste a Justo? —insistió casi en un susurro.

—¿Mentirle? —exclamó Marcelo enrojando.

—Sobre ese griego... No deseabas hablar de él. Tal vez lo conoces... Dime, Marcelo, ¿qué eres? Tú no eres comerciante. Lo sé... No tienes interés verdadero en los tejidos de mi madre. —Miriam esperó una respuesta, pero Marcelo aún no había

recobrado su aplomo—. Dime —lo instó suavemente—, ¿qué estás haciendo aquí en Galilea, si no es un secreto...?

Él hizo frente a la imitadora sonrisa con forzada indiferencia.

—Es un secreto.

CATORCE

JUSTO se mostró fríamente cortes aquel día; tenía sin duda algo entraño. Comenzaba a, mostrarse escéptico respecto a Marcelo. El día anterior, en casa de Rubén, había reparado en unos cuantos detalles que, tomados aisladamente carecían de importancia, pero que se magnificaban y aclaraban uno al otro al hilvanarlos.

Marcelo, cuyo arameo era claramente de origen samaritano. había dicho que conocía al anciano Benjamín, el tejedor de Atenas, natural de Samaria.

Demetrio, el hermoso joven griego que había estado recientemente empleado en casa de Benyosef, también conocía al anciano Benjamín; había trabajado para él, y el arameo que hablaba estaba lleno de giros samaritanos. Evidentemente, había un cierto lazo entre Marcelo y aquel esclavo fugitivo, aunque el romano hubiera pretendido no conocerlo y demostrado ningún interés en la historia de la rápida fuga de la tienda de Benyosef. Sin duda, pues, Marcelo ya lo sabía y tenía razones para desear evadir cualquier discusión sobre ello. Todo probaba así a Justo que no se podía fiar de un romano.

Al caer la tarde del día anterior, se había ido a pasear solo, demostrando claramente a su patrón que no deseaba su compañía. Durante un rato, Marcelo estuvo dudando entre ir o no solo hasta la fuente. Su ansiedad por oír cantar a Miriam otra vez decidió la cuestión.

El pueblo entero estaba sentado allí cuando se unió silenciosamente a la multitud en sus sombreados lindes. Nadie notó su presencia, pues Miriam había llegado en ese momento y todos los ojos estaban ocupados en observarla. Marcelo se sentó en el suelo, un poco apartado, y experimentó el mismo fluir de emoción que había descendido sobre él la tarde anterior. Ahora, después de conversar con ella, las condiciones de Miriam influían más aún. Había estado singularmente turbado ante aquella muchacha, y no ignoraba que ella se había interesado sinceramente por él. No era, en modo alguno, un mero interés material. No había habido nada tímidamente provocativo en la actitud de Miriam. Sólo deseaba ser su amiga, y le había otorgado el alto honor de considerarle suficientemente inteligente como para comprender la naturaleza de su cordialidad sin reservas. Sentado allí, en la semioscuridad, alternativamente exaltado y deprimido con aquellos cantos hondos, vibrantes, íntimos, reconoció la realidad de la sincera fe de ella. Su natural escepticismo, se trocaba en un curioso anhelo mientras ella cantaba: —«*A la sombra de sus alas encontraré mi refugio... Mi corazón está decidido... ¡Despierta, mi Gloria! ¡Despierta arpa mía!*». Miriam no podía caminar... pero sí podía volar.

Justo había anunciado brevemente que partirían por la mañana temprano para su ciudad natal, Séforis, donde debía atender algunos encargos.

—¿Volveremos a Caná? —preguntó Marcelo.

—Si tal es tu deseo, sí. Pero hemos visto a todos los que tenían algún tejido para vender.

No había mucho que decir ante esto. Marcelo no podía encontrar ninguna excusa razonable para volver a Caná. No podría decir: «Deseo tener otra conversación privada con Miriam». No; tendría que irse dejándola con los deseos de saber que clase de papel estaba representando. Si tuviera un día más, y otra charla confidencial con Miriam, podría explicar a ésta del porque de su estada en Galilea.

Cuando la última canción hubo terminado, esperó en las sombras que se dispersara la multitud. Observó, mientras salía a la calle, que Justo marchaba para unirse al grupo que se encaminaba a la casa de Rubén. Hubiera sido imposible acompañar a este grupo, que caminaba lentamente, y decir adiós a Miriam... Tal vez ella se pondría contenta si lo hacía. Pero reflexionando le pareció que no era prudente. Podría ser embarazoso para ambos. Tal vez Rubén y Noemí compartían las visibles sospechas de Justo, de que había algo irregular en esta excursión del romano a Galilea. Después de permanecer indeciso hasta que la plaza estuvo despejada, Marcelo, profundamente deprimido y solo, volvió despacio al pequeño campamento, reprochándose por haberles dado, sin necesidad, motivos para que desconfiaran de él. Vio ahora que habría sido mucho más razonable si hubiese contado a Justo, al partir, por qué deseaba visitar Galilea. Desde luego, ante esa confesión, podría él haberse rehusado a guiarlo; pero la situación actual se estaba volviendo intolerable. Marcelo se sentía muy desdichado. Hubiera dado cualquier cosa por mantener aquella noche una charla con Demetrio. ¡Demetrio estaba lleno de recursos! Si él se hubiera hallado en su situación ya habría encontrado medios para penetrar la reticencia de aquellos galileos.

* * * * *

Era cerca del mediodía. No habían cambiado una palabra desde hacía más de una hora. Justo, quien caminaba delante, se detuvo a esperar que Marcelo lo alcanzara. Le señaló una casa sobre la sombreada loma cercana.

—Nos detendremos aquí —dijo—, aunque es probable que Amasias y Débora hayan ido a Jerusalén. Tejen excelentes alforjas y las venden a los bazares cuando se acerca la Pascua.

Una mujer corpulenta, de mediana edad, salió a su encuentro, avanzando lentamente por el patio, y, al llegar a la puerta, su rostro se iluminó de pronto al reconocer a Justo. No, Amasias no estaba en casa. Había ido a Jerusalén.

—¿Y tú por qué no fuiste, Débora? —preguntó Justo.

—Sin duda sabes —suspiró ella—, que no tengo ningún deseo de volver a ver la Ciudad Sagrada. Ni siquiera Amasias hubiese ido, si no fuera por vender las alforjas.

Volvió sus ojos inquisitivamente a Marcelo, y Justo lo presentó con fría formalidad, explicando su misión. Débora sonrió y murmuró que lo sentía pero no tenía nada que vender, pues todo se lo había llevado su esposo.

—Todo menos una pequeña montura que hice para Jasper —añadió—. Puedo

mostrártela.

Se dirigieron a la casa y Débora les trajo la montura, gruesa, bien tejida y bordada con alegres colores.

—Jasper puede pasarse sin ella si tú la quieres. —Señaló un diminuto burrito gris plata que pacía a la sombra.

—Supongo que Jasper es un pequeño mimoso —opinó Marcelo sonriendo.

—¡Jasper es un pequeño odioso! —gruñó la mujer—. Estoy muy pesada para montarlo, y Amasias dice que no tiene valor para llevarlo en una reata.

—¿Te gustaría venderlo? —preguntó Marcelo.

—No te sería de ninguna utilidad —observó Débora con toda franqueza.

—¿Cuánto querías por él?

—Justo, ¿cuál es su valor?

Justo paseó lentamente alrededor del asno, le levantó la peluda cabeza y le miró la boca.

—Pues... si es que sirve para algo, lo cual dudo, excepto que un chico juegue con él, valdría de doce a quince denarios.

—¿Tiene alguna maña? —preguntó Marcelo.

—¡Comer! —contestó irónicamente Débora.

—¿Pero no huirá?

—¡Oh, claro que no! ¡Eso sería esforzarse demasiado! —Todos rieron.

—Te doy quince denarios por el asno y las alforjas —regateo Marcelo.

Débora observó que era muy poco; añadió que la montura era muy buena y la cabezada había sido hecha especialmente para Jasper. Las trajo. Era una montura bien hecha, y la cabezada estaba adornada alegremente con un colgante de cuero rojo, del cual pendía una campanilla.

—¿Qué te parecen veinticinco por todo? —sugirió Marcelo.

Débora extendió la montura sobre el lomo del burrito y comenzó a ajustarle la cincha. Marcelo abrió su bolso. Justo sonreía entre dientes observando la pantomima. Fue un alivio para Marcelo verlo divertido por algo.

Jasper sentía desgano al dejar el pasto, pero no demostró pena cuando llegó el momento de dejar a Débora, que lo condujo hasta la puerta.

Marcelo tomó las riendas y se encaminó por la carretera. Justo quedó rezagado para cambiar unas palabras con la mujer.

Entrada la tarde llegaron a la fea y pobre Séforis, típico pueblecito galileo. Todos los que encontraban agitaban la mano o dirigían un saludo a Justo, mientras él avanzaba con lentos y largos pasos. Pronto llegaron a la infaltable plaza pública. Un muchachito se apartó del grupo de chicos que jugaban sobre la pared de ladrillos de la fuente y vino corriendo hacia Justo, lanzando gritos de alegría. Era un lindo chico, de cuerpo ágil, cara expresiva y negros rizos despeinados.

Justo aceleró el paso y alzó en sus brazos al niño, besándole con efusión. Se detuvo y se volvió con ojos brillantes de orgullo.

—Este es mi Jonatán! —anunció, como si fuera necesario decirlo.

El chico dio a su abuelo otro beso ruidoso y bajó de sus brazos.

Habrás visto a Jasper.

—¿Es tu burrito? —preguntó.

—Tal vez te gustaría montarlo —dijo amablemente Marcelo. Jonatán montó y Marcelo ajustó la cincha. Un grupo de chicos les había rodeado, lanzando agudas exclamaciones. Justo permanecía inmóvil, acariciando su barba, sonriendo y frunciendo el ceño alternativamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jonatán, mientras Marcelo ponía las riendas en sus manos. Su vocecita resonaba aguda por la excitación.

—Se llama Jasper. Puedes quedarte con él, Jonatán... El burrito es tuyo.

—¿Mío? —gritó. Echó una mirada incrédula a su abuelo.

—Este caballero —precisó Justo—, es mi amigo Marcelo Galión. Si él dice que el asno es tuyo, así debe ser.

Jonatán se volvió hacia Marcelo y dijo, entre los gritos de sorpresa de los pilluelos:

—¡Esto es muy generoso de tu parte, señor! ¿Es uno de los nuestros, abuelo? —Jonatán señaló con un dedo a su benefactor. Los dos hombres cambiaron rápidas miradas; una francamente desconcertada, la otra algo turbada.

—¡Tú eres sin duda uno de los nuestros! —declaró triunfante Jonatán—, si no, ¡no darías tus cosas!

Nuevamente Marcelo comentó los ojos de Justo, pero, no recibió respuesta.

—¿Eres rico? —preguntó Jonatán, inmensamente alegre.

—Nadie jamás ha dicho «sí» a esa pregunta ¡Jonatán! —Marcelo rió mientras Justo murmuraba una ininteligible disculpa por la impertinencia de su nieto.

—Pero... tienes que ser rico —insistió éste para dar tus cosas.

—¿Te dijo Jesús que lo hicieras? —Levantó su carita, y miró fijamente a Marcelo con ojos llenos de candor, infantil—. ¿Conociste a Jesús, verdad?... ¿Te dijo mi abuelo que Jesús enderezó mí pie, y ahora puedo andar y correr?

La criatura se quedó silenciosa y Marcelo se encontró ante la necesidad de dar una respuesta, aunque estaba incapacitado para hablar. Al cabo de un molesto intervalo, exclamó:

—Sí... Tu abuelo me contó de tu pie, Jonatán. Me alegra que estés bien. ¡Eso es espléndido!

—Vamos —murmuró Justo confuso—. Mi casa está cerca, ¡Ven! Quiero que conozcas a mi hija.

Marcelo no necesitaba que lo instaran. Continuaron por la calle; otros se les iban uniendo a medida que avanzaban. Las noticias habían circulado rápidamente. La gente salía de sus casas, con los ojos dilatados por la curiosidad; niños de todas las edades corrían para incorporarse a la rara procesión. Un muchachito con muletas, con una pierna inútil colgando, esperaba el desfile, con su flaca carita iluminada por la

ansiedad amistosa en la cabeza.

Llegaron a una modesta casa, de entrada escrupulosamente limpia y la angosta pared rodeada de tulipanes. Rebeca, una matrona de unos treinta y cinco años, de rasgos comunes, les salió al encuentro, muy asombrada por aquella excitación. Justo en el umbral explicó brevemente, y con amable cordialidad presentó a Marcelo.

—¡No debías haber hecho eso, señor! —murmuró Rebeca, aunque sus ojos brillantes delataban su plena aprobación—, ¡Es un regalo demasiado caro para una criatura!

—Estoy de ello completamente recompensado —dijo Marcelo sonriendo—, ¡Es evidente que el asno es todo un éxito!

—¡Mira, mamá! —exclamó Jonatán, agitando el brazo—. ¡Es mío!

Rebeca asintió y sonrió, y el turbulento grupo de chicos se fue tras el pequeño héroe de la aldea.

—Éste es un gran día para Jonatán —observó Rebeca, dirigiéndose al saloncito prolijamente arreglado.

—Sí, sí —murmuró Justo, dejándose caer en una silla. Pensativo, fruncía el ceño—. Es un gran día para nuestro niño, pero Jonatán: es demasiado pequeño para semejante responsabilidad.

—¡Oh! Es bastante grande —terció Marcelo—. Ese burrito perezoso es muy a propósito para una criatura, Jonatán lo manejará espléndidamente.

—En cuanto a eso, ¡sí! —asintió Justo. Acarició su barba con pesar, sacudió la cabeza varias veces y murmuró para sí mismo—: Sí, sí; no, se puede esperar más de un chiquillo. —Luego, alegrándose repentinamente, se dirigió a su hija—: Rebeca, levantaremos la tienda de Marcelo Galión detrás de la casa; él comerá con nosotros.

—Por supuesto, padre —se apresuró a contestar la mujer ofreciendo a su huésped una sonrisa hospitalaria—. ¿Hay algo que tú no puedas comer, señor? —Y cuando Marcelo la miró asombrado, ella explicó con palabras vacilantes—: No tengo conocimiento de las costumbres romanas... Pensé que quizá tu religión... como la nuestra..., te prohibiera comer ciertas cosas.

—¡Oh, no! —declaró Marcelo cordialmente—. Mi religión nunca ha incomodado a nadie... Ni siquiera a mí. —En seguida se arrepintió de esta ironía al observar que su opinión había hecho bajar las comisuras de los labios de su anfitrión.

—¿Quieres decir que tu pueblo no tiene ninguna religión? —inquirió Justo gravemente.

—¡Ninguna religión! —protestó Marcelo—. Pero... ¡si tenemos dioses en todos los rincones!

—Ídolos, querrás decir —corrigió Justo.

—Estatuas —enmendó Marcelo—, Algunas muy bien hechas, La mayor parte importadas de Grecia. Los griegos tienen talento para eso.

—¿Y tu pueblo adora esas... estatuas? —preguntó Justo.

—Lo aparenta, señor. Supongo que algunos son realmente sinceros. —Marcelo se

estaba cansando de aquel interrogatorio.

—Pero tú, personalmente, ¿no adoras esas cosas! —insistió Justo.

—¡Oh! ¡De ninguna manera! Marcelo rió.

—¿Entonces no crees en ningún Poder Supremo? —Justo estaba asombrado y confuso.

—Justo, admito que todas las teorías que he oído sobre este asunto no son convincentes. Estoy abierto a la verdad, y sin lugar a duda, me alegraría saber de alguna religión digna de confianza.

Rebeca, presintiendo una discusión molesta se movió, inquieta, hacia el borde de la silla, sonriendo nerviosamente.

—Voy a preparar la cena —dijo, poniéndose de pie—. Debéis estar muertos de hambre.

—No quise ofender, Justo —observó en tono de arrepentimiento Marcelo, cuando quedaron a solas—. Eres un hombre sinceramente religioso y si hablé con negligencia de esa materia, fue sin quererlo.

—No me has hecho daño alguno —dijo Justo amablemente—. Deseas poder creer... Eso es algo. Eres un hombre de buenas intenciones.

Eres bueno. Mereces tener una religión.

Marcelo no pudo encontrar una respuesta apropiada, de modo que permaneció silencioso, esperando otras directivas. Al cabo de un rato, Justo se palmeó impulsivamente las rodillas con sus grandes manos tostadas, en un ademán que indicaba que la sesión había terminado. Levantándose, se dirigió hacia la puerta.

—Levantaremos tu tienda. Marcelo —sugirió cordialmente. Era la primera vez que pronunciaba el nombre de Marcelo sin la formal adición de Galión.

* * * * *

Un rato después de la cena familiar, Jonatán, que había estado demasiado ocupado para asistir a ella, apareció en la abertura de la tienda parda.

Se mantenía con las piernas abiertas, los brazos en jarra y una expresión grave en sus labios llenos de vida. Era visible que las experiencias del día lo habían madurado considerablemente.

Marcelo, que estaba escribiendo ante la mesita desarmable, dejó el estilo, observó al visitante con interés y sonrió. Pensó adivinar lo que estaba pasando en la mente de Jonatán. Al atardecer, aquel sorprendente regalo lo había sumido en un estado de inestabilidad emocional que había vuelto su voz chillona y sus movimientos bruscos; pero ahora que la gente se había retirado a sus hogares, y Jasper había sido conducido al establo, al lado de la vaca, y alimentado cuidadosamente con hojas de trébol, la excitación de Jonatán se había calmado. Iba adquiriendo conciencia de su nuevo estado como hombre de responsabilidad, único dueño de un asno; la única persona de su edad que poseía un asno en toda Séforis. Ni siquiera el abuelo lo tenía; Marcelo

dedujo que el comportamiento de Jonatán era aproximadamente el que cabía esperar en un chico de siete años en esas circunstancias.

—Bien... ¿lo acomodaste para pasar la noche? inquirió, de hombre a hombre.

Jonatán frunció los labios y asintió seriamente.

—¿Quieres entrar y sentarte?

El niño entró y se sentó cruzando las piernas con soltura.

—¿Se porta bien Jasper?

Jonatán asintió varias veces mirando al suelo.

—Marcelo necesitaba alguna cooperación, pero prosiguió sus preguntas esperanzado.

—¿No mordió a nadie?... ¿No tiró coces?... ¿O se zafó del arnés y se fue a dormir al borde del camino?

Jonatán negó, moviendo la cabeza lentamente, sin levantar la vista, combando con la lengua su mejilla.

No habiendo conversado con un niño desde hacía muchos años, Marcelo comenzó a darse cuenta de que no era un asunto tan sencillo como había supuesto.

—¡Qué bien! —exclamó alegremente—. ¡Eso es maravilloso! ¿Hay algo más que quieras contarme de él?

Jonatán levantó la cabeza tristemente y enfrentó a Marcelo con ojos preocupados. Respiró con fuerza.

—Tomás me pidió que lo dejara montar... —murmuró.

—Algo me dice que no lo dejaste —aventuró Marcelo.

Jonatán asintió. Lleno de remordimientos.

—Yo no me disgustaría por ello —prosiguió Marcelo para consolarlo—. Puedes dejar a Tomás que monte mañana. Tal vez él no esperaría que le prestaras tu borrico el primer día que lo tienes. ¿Es ese Tomás un buen amigo tuyo?

—¿Viste, al chico con muletas, ese de la pierna inválida?

—¿El niño a quien tu abuelo se detuvo a saludar?

Jonatán asintió.

—Pues puedes reparar el daño —le consoló Marcelo paternamente—. Tendrá él muchas oportunidades de montar... Mira, si te sientes tan entristecido por eso, ¿por qué no corres a casa de Tomás y le dices que puede montar a Jasper mañana en cuanto se levante?

—Mañana Tomás y su madre se van —refunfuñó Jonatán con acento triste—. No viven aquí. Viven en Cafarnaúm... Vinieron porque su abuela estaba enferma. Y ella murió... Ahora se vuelven a Cafarnaúm.

—¡Qué pena! —dijo Marcelo—. Pero no es culpa tuya. Si estás preocupado por eso, habla con tu abuelo... ¿Has dormido alguna vez en una tienda, Jonatán?

El pequeño negó con la cabeza, y su melancolía se esfumó un poco.

—Hay otro catre que podemos instalar —dijo Marcelo—. Vete, habla con tu abuelo del asunto de Tomás, y pregunta a tu madre si puedes dormir en la tienda.

Jonatán sonrió agradecido y desapareció.

Era imposible no escuchar la conversación, pues Justo estaba sentado junto a la ventana abierta, a muy corta distancia de la tienda. Al cabo de un rato, Marcelo oyó claramente la voz profunda y amable de Justo y la atiplada y suplicante de su preocupado nieto.

Con inmensa curiosidad por saber cómo iba a solucionar aquello, dejó su estilo y escuchó.

—Cuando Jesús dijo a la gente que diese sus cosas, ¿se lo dijo sólo a los ricos, abuelo?

—Sí, sólo a la gente que tenía cosas para compartir con los demás.

—¿Marcelo es rico?

—Sí, y es muy bueno.

—¿Le dijo Jesús que regalara sus cosas?

Hubo una larga pausa, que hizo contener la respiración a Marcelo.

—No lo sé, Jonatán... Es posible.

Hubo otro largo silencio, que rompió al fin el niño.

—Abuelo, ¿por qué Jesús no curó la pierna de Tomás?

—No lo sé, hijo. Tal vez no se lo dijeron a Jesús.

—Esto estuvo muy mal —se lamentó Jonatán—. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Sí —suspiró Justo—. Eso te hubiese facilitado las cosas, ¿eh?

—Me alegra que haya enderezado mi pie —murmuró el niño.

—¡Si, eso es maravilloso! —exclamó Justo—. Jesús fue muy bueno contigo... Sé que si pudieras hacer algo por Jesús lo harías gustoso, ¿no es así?

—Yo no podría hacer nada por Jesús —protestó Jonatán.

¿Cómo podría?

—Pues... si encontraras algo que Jesús no hubiera hecho, porque no le hubiesen dicho nada; algo que él hubiera deseado hacer, si lo hubiese sabido; algo que quisiera hacer si todavía estuviese aquí...

—¿Quieres decir... algo por Tomás? —interrumpió Jonatán con voz un tanto velada.

—¿Has pensado si hay algo que puedes hacer por Tomás?

El pequeño de pronto rompió a llorar y, por los sollozos ahogados, Marcelo dedujo que Justo había tomado al chicuelo en sus brazos. Siguieron murmullos y sollozos ahogados. Al cabo de media hora o más, Jonatán apareció con los ojos enrojecidos en la entrada de la tienda.

—Voy a dormir con el abuelo —dijo tragando saliva—. Él me lo pidió.

—Está muy bien, Jonatán —aprobó Marcelo—, Hace mucho tiempo que tu abuelo no está contigo... Puedes jugar en la tienda mañana, si quieres.

El niño permanecía quieto, mirando con gesto pensativo y restregándose los ojos.

—¿Estarías de acuerdo si yo regalo a Jasper? —preguntó con un visible esfuerzo de voluntad.

—¿A Tomás, quizás? ¿Estás seguro de que lo quieres hacer?

—No. No deseo hacerlo.

—Pues... ¡eres un chico muy valiente, Jonatán! ¡Diré esto de ti!

Aquella alabanza resultó excesiva para Jonatán, que desapareció de pronto. Marcelo desató las correas de sus sandalias y permaneció recostado perezosamente en su litera, mientras la última luz del crepúsculo se apagaba. Aquel Jesús debía haber sido un hombre de una fuerza moral gigantesca. Había muerto y estaba sepultado desde hacía un año, ¡pero había estampado su personalidad de un modo tan indeleble en casa de Justo, que hasta una criatura había quedado marcada! El símil lo sedujo por un momento. Era como si Jesús hubiera tomado un molde y un martillo, y hubiese grabado su imagen en aquellos galileos, convirtiéndolos en monedas de su reinado. ¡Tal hombre debía haber vivido! ¡Debía haber tenido ocasión de grabar más gente! Un espíritu como aquél, si se ingeniaba para ello, ¡podía convertir al mundo en un lugar agradable para ser habitado por hombres de buena voluntad!... ¡Pero Jesús estaba muerto! Un puñado de gente sin instrucción, de la campiña galilea, lo recordaría durante unos cuantos años, y luego la gran luz se extinguiría. ¡Sería una lástima! El pequeño Jonatán daría su asno, pero sólo Séforis lo sabría, Miriam cantaría sus inspiradas canciones, pero sólo para la aislada y pequeña Cana. ¡El reinado de Jesús pertenecía al mundo! Pero sus ideas sólo eran buenas en los pobres pueblecitos de Galilea. Escribiría esto a Demetrio por la mañana.

Marcelo tomó su desayuno solo. Rebeca era atenta, pero poco comunicativa. Él había aventurado algunas preguntas propias del momento, a las que ella había replicado muy amablemente, pero con simples monosílabos.

Sí, Jonatán y su abuelo se habían desayunado temprano... No, ella no creía que hubieran salido por mucho tiempo.

Marcelo volvió a la tienda y continuó escribiendo la carta para Demetrio que había empezado; lo hacía en griego, sin saber cuándo podría ser entregada. Ya habían partido todos los que solían ir a Jerusalén en esos días.

Al rato, apareció Justo. Marcelo le hizo seña para que entrara, y él se acomodó en una silla.

—Y bien... —comenzó Marcelo, rompiendo un largo silencio—. Supongo que el pequeño Jonatán ya habrá llevado a cabo su generoso propósito, y que eso le habrá destrozado el corazón, ¡Me apena haber causado tanto disgusto!

—No te lo reproches, Marcelo. Puede haber sido para bien. A la verdad, el muchacho es un poco chico para prueba tan severa... Sólo podemos esperar y ver cómo se porta. Este es un gran día para Jonatán, si llega a comprenderlo. —Justo estaba orgulloso, pero apenado.

—¡Comprenderlo! —repitió Marcelo—. ¡Pero si lo ha comprendido! ¿Acaso no ha dado su burrito a esa criatura inválida? No piensas que se arrepentirá de su generosidad y le pedirá a Tomás que le devuelva el asno, ¿verdad?

—¡No, no; eso no! Pero todos están allá, en la esquina, diciéndole a Jonatán que

es un muchacho maravilloso. ¡Deberías haberlos oído cuando Tomás y su madre partieron! Tomás montado en el burro y su madre caminando a un costado, tan feliz que lloraba. Y todas las mujeres acariciaban a Jonatán y decían: «¡Qué dulce! ¡Qué bueno! ¡Qué valiente!». —Justo suspiró profundamente—. ¡Eso es muy malo! Pero, por supuesto, no pude reprocharlas. Me fui.

—¡Pero, Justo! —exclamó Marcelo—. ¡Es completamente natural que los vecinos alaben a Jonatán por lo que hizo! ¡No fue pequeño sacrificio para un chico! ¿No está bien acaso que se lo elogie?

—Elogios, sí —asintió Justo—, pero no halagos en demasía, Como has dicho, este asunto ha costado a Jonatán un alto precio. Tiene derecho a ser recompensado... en su corazón. ¡Sería una lástima si todo lo que saca de esto es volverse presumido! No existe una vanidad tan dañina para el carácter del hombre como el orgullo por las buenas acciones. Que este orgulloso de sus músculos, su rapidez, su fuerza, su rostro, su habilidad, su resistencia, éstas son flaquezas comunes que tenemos todos. Pero cuando un hombre se vuelve vanidoso por su bondad, ¡es un enorme error! Mi nieto es muy chico y carece de experiencia. Podría echarse a perder fácilmente por su propia virtud, casi sin darse cuenta de lo que le perturba.

—Veo lo que quieres decir —declaró Marcelo—. Estoy de acuerdo contigo. Este hecho puede hacer a Jonatán un hombre, a pesar de sus pocos años, o hacer de él un pequeño engreído... Justo, vámonos de aquí antes que los vecinos tengan oportunidad de dañarlo. Lo llevaremos con nosotros... ¿Qué te parece?

Los ojos de Justo se iluminaron. Asintió entusiastamente.

—Hablaré con su madre. Empacaremos y partiremos sin demora.

—Eso es razonable. Temía que insistieras en que Jonatán permaneciese aquí, sólo por ver cuánto podría aguantar este castigo.

—¡No! No sería justo sobrecargar al niño. Ha estado obrando bien. Es tiempo de que le demos una mano para ayudarlo. Nosotros también tenemos obligaciones en este caso, amigo mío.

—¡Tienes razón! —Marcelo empezó a enrollar la carta que había concluido de escribir—. Yo metí a Jonatán en este lío, y haré cuanto pueda para sacarlo de él sin que sufra daño alguno.

Justo no había tenido tiempo más que para entrar en la casa, cuando apareció el niño en la entrada de la tienda, con la sonrisa trémula y descolorida de quien está cargado de pesares.

—¡Hola, Jonatán! —saludó ruidosamente Marcelo—. He oído que pusiste a Tomás en camino. Está muy bien. De todos modos, ¿qué ibas a hacer con tu burro? ¡Tienes las dos mejores piernas de la aldea! —Atareado, preocupado con las almohadas que estaba envolviendo para rellenar la montura, charló al descuido, casi para sí mismo—. El chico que fue lisiado y luego lo curaron, debería estar contento de poder caminar, tal como no lo estaría jamás de cabalgar.

—¡Pero Jasper era un burrito tan lindo! —replicó Jonatán mordiéndose los labios

—. Todos dicen que no se explican cómo he podido regalarlo.

—Pues bien... no importa lo que digan —exclamó Marcelo—. No consientas que ahora te hagan sufrir. Eres un muchacho fuerte... y no hay más que hablar. ¡Ven aquí! Suénate... y ayúdame a atar estas correas.

Justo llegó a tiempo para oír las últimas palabras. Retrocedió y sonrió.

—Jonatán —decía Marcelo—, te llevaremos con nosotros en un viaje de pocos días. Tu madre está empacando algunas cosas para ti.

—¡Para mí! ¿Yo iré con vosotros? —chilló el niño—. ¡Oh! y salió corriendo y gritando lleno de gozo. Justo y Marcelo cambiaron unas miradas significativas.

—¡Acabo de hacer algo estúpido! —exclamó Marcelo.

—«Justos son los golpes de un amigo». Jonatán mejorará. Ya tiene algo nuevo en que pensar, ahora que irá con nosotros.

—A propósito, Justo. ¿Adónde iremos?

—He pensado en Cafarnaúm, primero.

—Eso puede esperar. Podríamos encontrar a Tomás y Jasper... No conviene verlos por ahora... Volvamos a Caná. Le hará bien al pequeño Jonatán conocer a Miriam.

Justo trató de ocultar una sonrisa burlona acariciándose la barba.

—Tal vez te haga bien a ti también, Marcelo —aventuró—. ¿Pero no estarás malgastando tu tiempo?... Ya hemos visto todo lo que está a la venta en Caná...

De pronto Marcelo, que había estado acomodando el equipo del campamento en una caja, se irguió y miró a Justo directamente en los ojos.

—Creo haber comprado todo el tejido que deseo —anunció llanamente—, Lo que he escuchado sobre Jesús me ha hecho entrar en curiosidad por saber más. Me pregunto si tú me ayudarás a encontrarme con gente que lo haya conocido, gente que esté deseosa de hablar de él.

—Eso no será fácil —contestó Justo francamente—. Nuestra gente no tiene motivos para pensar que pueden hablar libremente con los romanos. Les será difícil comprender que un hombre de tu nacionalidad haga preguntas sobre Jesús... Tal vez ignores que fueron ellos quienes lo condenaron a muerte. Quizá no sabes que los legionarios, especialmente en Jerusalén, vigilan cualquier signo indicador de que los amigos de Jesús se hallan organizados.

—¿Sospechas tal vez que soy un espía? —preguntó Marcelo con serena firmeza.

—No... No creo que seas un espía. No sé en realidad qué eres; pero confío en tus intenciones... Yo mismo te contare gustoso algo referente a Jesús.

—Gracias, Justo —Marcelo extrajo de su túnica la carta que había escrito—. Dime, ¿cómo puedo enviar esto a Jerusalén?

Justo frunció el ceño, con una mirada desconfiada hacia el rollo.

—Hay un fuerte romano en Cafarnaúm —murmuró—. Sin duda tienen mensajeros que van y vienen regularmente, Marcelo le alcanzó el pergamino y le señaló la dirección.

—No deseo que esta carta sea entregada por intermedio del fuerte de Cafarnaúm o el Pretorio de Jerusalén. Debe ser entregada por un mensajero de confianza al cuidado del griego Stéfanos, en la tienda de Benyosef.

—Así que conoces al esclavo Demetrio —comentó no sin asombro Justo—, Ya me lo había figurado.

—Sí. Es mi esclavo.

—Había supuesto eso también.

—¡También! Pues... ¿en qué más estuviste pensando?... Pongamos todo en claro ya que estamos en ello.

—Me he estado preguntando sobre la finalidad de esta excursión por Galilea —dijo Justo con una ligera sonrisa.

—Bien... Ahora ya lo sabes, ¿verdad?

—Aún no estoy seguro de saberlo. —Justo apoyó una mano sobre el brazo de Marcelo—. Dime: ¿viste alguna vez a Jesús? ¿Lo oíste hablar alguna vez?

—Sí —admitió tranquilamente Marcelo—. Pero no pude entender lo que decía. En aquella época no conocía el lenguaje del pueblo hebreo.

—¿Estudiaste acaso el arameo para poder saber algo respecto a Jesús?

—Sí. No tenía otro interés en ello.

—Déjame preguntarte una cosa más —justo bajó la voz—. ¿Eres uno de los nuestros?

—Eso es lo que vine a saber aquí —dijo Marcelo—. ¿Quieres ayudarme?

—¡Todo lo que pueda! —asintió acabadamente el anciano—. Tanto como estés en condiciones de comprender.

—¿Quieres decir que en todo esto hay misterios que no soy bastante inteligente para comprender? —preguntó serenamente.

—Eres lo bastante inteligente... Pero la comprensión de Jesús no es sólo asunto de inteligencia. Algo de su historia debe ser aceptado por la fe.

—La fe tendrá trabajo conmigo —Marcelo frunció el ceño—. No soy supersticioso.

—Tanto mejor —declaró Justo—. Cuanto más alto sea el precio que pagues, más te encantará lo que consigas. —Impulsivamente puso a un lado su manto y comenzó a sacar las estacas de la tienda—. Luego seguiremos hablando de esto —dijo—. Es hora de que nos pongamos en camino, si queremos llegar a Caná al oscurecer. —Repentinamente se irguió con una nueva idea—, ¡Ya está —exclamó—. ¡Iremos a Nazaret! Es mucho más cerca que Caná... Nazaret es la aldea natal de Jesús. Su Madre todavía vive allí. No tendrá reparos en conversar libremente contigo. Cuando sepa que eres uno de los romanos que vieron a su hijo y que quedaste tan impresionado que deseas saber más sobre él; ¡ella te lo contará todo!

—¡No, no! —exclamó Marcelo sobresaltado—. ¡No quiero verla! —Notando la repentina perplejidad que mostró la cara de Justo, añadió pensativo—: Estoy seguro de que no querrá hablar de su hijo con un romano...

Durante las primeras tres millas, Jonatán retozaba en la pequeña caravana con todas las imprudentes extravagancias de un cachorro vivaracho, corriendo adelante, tirando inexpertamente piedras a las aves, y haciendo algunas breves incursiones por los terrenos vecinos. Pero cuando el sol estuvo alto su entusiasmo salvaje disminuyó considerablemente. Luego se contentó con caminar tranquilamente al lado de su abuelo, con pasos largos y sintiéndose muy hombrecito. Al cabo de un rato, lo tomó de la mano y acortó los pasos a requerimiento de sus piernas doloridas.

Preocupado con la conversación, que era muy seria, Justo sólo se había enterado vagamente del cansancio del niño; pero cuando éste tropezó y estuvo a punto de caer, se detuvieron a la sombra, descargaron las recuas y acomodaron los bultos de manera que el asno más pequeño, quedara libre para un jinete. Jonatán no hizo la menor protesta cuando lo montaron.

—¡Desearía haber guardado aquella linda montura! —se lamentó.

—¡No deberías pensar eso! —observó Marcelo lentamente—. Cuando regales algo, hazlo del todo. ¡No escatimes!

—Nuestro amigo está en lo cierto, hijo mío —agregó Justo—. El burro te llevará cómodamente sin la montura. Pongámonos en marcha, y cuando el sol esté verticalmente sobre nosotros, comeremos algo.

—¡Yo tengo hambre ya! —se quejó Jonatán.

—El pan te sabrá mejor al mediodía —advirtió Justo.

—Yo también tengo hambre —intervino Marcelo compasivo. Mientras desataba la canasta, añadió entre dientes—: Es un niño, Justo; no seas tan duro con él.

Justo refunfuñó algo sobre el retardo y la ruptura de la disciplina, pero era fácil ver que se sentía contento por la cariñosa defensa de Marcelo. Tomaron, un bocado, y un rato después estaban de nuevo en la carretera.

—Mucho te hubiese agradado la mentalidad de Jesús —reinició Justo amistosamente—. Tienes un corazón generoso, Marcelo... ¡Cuán a menudo hablaba «él» de la generosidad! En su opinión, no hay nada que signifique menos que un regalo mezquino. ¡Lo peor que un hombre puede hacerse a sí mismo o a otro es dar algo de mala gana! Es muy malo para el carácter de un hombre dar a regañadientes algo que debería darse espontáneamente. Esta parte de las enseñanzas de Jesús podrás aceptarla sin ninguna dificultad, amigo mío.

—Ése es un comentario muy amistoso; pero me otorgas demasiado crédito —protestó Marcelo—. El hecho es que nunca en mi vida he dado algo que me empobreciera. Nunca he regalado nada que yo necesitara o deseara conservar... Supongo que en cambio Jesús compartía todo cuando tenía.

—¡Todo! Nada tenía más que las ropas que, llevaba. Afirmaba que si un hombre posee dos mantos, debe dar uno. Durante el último año llevaba él una túnica, muy buena. Tal vez la hubiese regalado si no se la hubieran dado en circunstancias

especiales.

—¿Quieres contármelas?

—Había una mujer muy repulsiva en Nazaret, de quien se sospechaba que practicaba la hechicería. Era una persona diminuta, de aspecto desagradable, que andaba sola, sin amigos y amargada. Los chicos huían o lloraban despavoridos cuando pasaba por el camino. Y así se extendió la leyenda de que Tamar tenía mal de ojo. Cierta día del Sábado los vecinos oyeron que su telar estaba funcionando y la reprendieron por quebrantar la ley, pues nuestra gente tiene más respeto por la observancia exterior del Sábado que por sí misma. Tamar no tuvo en cuenta la advertencia, y entonces informaron a las autoridades, que fueron en su busca y destruyeron el telar, que era su único medio de vida... Tal vez puedas imaginarte el resto de la historia.

—Resultó una suerte para Tamar que Jesús fuera un buen carpintero —observó Marcelo—. Pero, ¿qué pensaron las autoridades cuando él ayudó a Tamar? ¿Lo acusaron de simpatizar con quien no respetaba el Sábado?

—¡Eso hicieron! —declaró Justo—. Era la época en que los sacerdotes estaban a la expectativa para encontrarlo en falta. La gente lo instaba continuamente a hablar en las sinagogas de los pueblos, lo cual disgustaba a los rabinos, éstos no hacían sino arengar al pueblo sobre sus diezmos y ofrendas de sacrificios, Jesús en cambio hablaba de hospitalidad y amistad para con los extranjeros y ayuda para con los pobres.

—Pero, ¿acaso los rabinos no creían en la amistad y en la caridad?

—¡Oh, sí! Desde luego. Sin embargo daban por sentado que todos coincidían en eso.

—En teoría, al menos —opinó Marcelo.

—Exactamente. En teoría. Pero reunir fondos para sostener la sinagoga, ¡eso era práctica! Hablaban constantemente de dinero, lo cual no les dejaba tiempo para las cosas del espíritu...

—Bueno... Prosigamos con Tamar —interrumpió Marcelo—. Supongo que Jesús reconstruyó su telar, y ella le tejió la túnica.

—¡Correcto! Y «él» la llevó hasta su muerte.

—¿Tú estabas allí... cuando murió? —preguntó Marcelo, inquieto.

—No. Me hallaba en la cárcel.

Justo no parecía muy dispuesto a hablar de este asunto, pero contó la historia brevemente.

Unos días antes del juicio por traición y perturbación de la paz, Jesús en un justo arrebato había expulsado a los mercaderes del templo.

Algunos de sus adherentes habían sido arrestados y llevados a la cárcel, bajo la acusación de haber recogido las monedas esparcidas por el suelo, Justo había insistido en que ello era falso; pero el hecho es que quedaron encarcelados durante dos semanas.

—Todo había terminado cuando salimos en libertad —concluyó el anciano amargamente—. En cuanto al sayo de Jesús, los soldados romanos lo jugaron y se lo llevaron. Muchas veces nos hemos preguntado qué habrá sido de él... No podía tener valor... para ellos.

Era mediodía, e hicieron alto en un bosquecillo en el que había un manantial y un terreno con césped para pastar. Descargados y atados los burros desarrollaron la comida: una botella de vino, pan un trozo de pescado ahumado, un cacharro con cebada cocida, y una caja de higos curados al sol. Extendieron una almohada en el suelo para el pequeño Jonatán, quien, después de haber comido hasta hartarse, cansado por el viaje, se echó rápidamente a dormir. Justo y Marcelo, reposando en el césped, prosiguieron su conversación en voz baja.

—Algunas veces, personas de poca cabeza entendían mal su actitud respecto de los negocios. Sus detractores se burlaban de él diciendo que despreciaba el comercio y las ferias, y no tenía respecto por la industria honesta y el trabajo.

—He pensado en ello —observó Marcelo—. Se habló mucho sobre eso de incitar a la gente a dar cuanto poseen. Se me ha ocurrido que esto podría resultar exagerado. Si los hombres distribuyesen temerariamente sus bienes entre todos los demás, ¿cómo podrían proveer a los que dependen de ellos?

—Déjame darte un ejemplo. Este dilema se presentó un día y Jesús lo resolvió en una parábola. Siempre contaba pequeñas fábulas, como ésta: «Un hombre que tenía un viñedo deseaba que las uvas fueran cosechadas, pues ya estaban maduras. Fue al mercado y preguntó a un grupo de holgazanes si querían trabajar. Y convino con ellos que trabajarían todo el día por un denario».

—Bastante caro, comentó Marcelo.

—Bastante. Pero todas las uvas debían ser cosechadas el mismo día. El dueño no estaba en situación de discutir, de modo que los tomó. Al mediodía se hizo evidente que necesitaría más ayuda. Nuevamente en la plaza del mercado, preguntó a unos desocupados cuanto querían por su trabajo. Y ellos dijeron: «Eso lo dejamos por tu cuenta, señor». Pues bien, cuando llegó la noche, a los hombres que le habían exigido un denario por su trabajo se les pagó de acuerdo con lo convenido. Entonces vinieron los hombres que habían trabajarlos menos horas, dejando sus pagas libradas al criterio del propietario.

—¿Y qué hizo? —preguntó Marcelo, realmente interesado.

—¡Dio a cada hombre un denario! A todos sin excepción... ¡un denario! Hasta dio la misma cantidad a unos cuantos que no habían trabajado más de una hora.

—Lo cual debe haber provocado grandes protestas —opinó Marcelo.

—Por cierto que sí. Los que habían trabajado todo el día se quejaron amargamente. Pero el propietario les dijo: «Os he pagado de acuerdo con lo tratado. Estos otros no exigieron nada, pero confiaron en mí buena intención».

¡Excelente! —exclamó Marcelo—. Si un hombre te solicita una gran paga y te ves forzado a concederla, no tienes la obligación de ser generoso. ¡Pero si te deja

decidir cuánto debo cobrar, ello probablemente te costará algo!

¡Ahí está! —asintió justo—. Tienes derecho a discutir hasta el último centavo si el otro individuo regatea; pero si lo deja librado a tu discreción, la medida que le das debe ser ajustada, sacudida y desbordante.

—Justo —declaró Marcelo—, si los hombres se acostumbraran a tratarse unos a otros de esa manera, la plaza del mercado no sería tan turbulenta. ¿Verdad?

—Y todos los hombres vivirían mejor, La gente no tendría que pagar impuestos para emplearlos en patrullas que mantengan el orden. Y, cuando la idea se extienda —añadió soñadoramente—, todos los ejércitos podrán ser licenciados. Eso sacaría un gran peso de los hombros del pueblo. Y una vez que hubieran experimentado esta vida más próspera, que proponía Jesús, no sería probable que desearan retornar al antiguo sistema.

Durante algún tiempo permanecieron silenciosos, cada cual ocupado en sus propias reflexiones.

—Desde luego, es prácticamente imposible —declaró Marcelo—. Tan sólo un puñado de gente ensayaría el experimento y a ruinoso costo. La gran mayoría haría un gesto despectivo y trataría de sacar ventaja de aquéllos, considerándolos de mentalidad cobarde y débil, por no defender sus derechos. Pronto serían despojados de todo.

—Es cierto —admitió Justo—, ¡Despojados de todo, menos de la gran ideal Marcelo, esta idea es como una semilla. No te producirá nada si esperas sus beneficios en seguida. Pero si deseas plantarla y nutrirla...

—Me parece —observó Marcelo— que esto es como si un gran benefactor apareciera en el mundo con un puñado de granos nuevos, que alimentarían a los hombres, dándoles paz y prosperidad.

—¡Muy bien! Pero el puñado de granos podrá ir muy lejos sí se lo siembra, se lo cosecha y se lo siembra nuevamente... Jesús habló de eso. Muchas de estas semillas no crecerán nunca. Algunas quedarán hundidas en la maleza y en las zarzas. Otras caerán en terreno pedregoso. Pero algunas crecerán.

—Justo, ¿crees sinceramente que existe algún porvenir para esta teoría en nuestro mundo egoísta? —Marcelo estaba profundamente interesado.

—¡Sí, lo creo! ¡Lo creo porque «él» lo creía! Decía que crecería como la levadura en la harina, lenta y silenciosamente, pero una vez que hubiera empezado, nada podría detenerla. ¡Nadie sería capaz de arrancarla, extraerla o destruirla!

—Pero, ¿por qué comenzó por aquí, en la pobre y pequeña Galilea, tan alejada de los principales centros de civilización?

—Pues —reflexionó Justo— ¡debía empezar en alguna parte! —Al cabo de un rato de meditación, enfrentó a Marcelo con una sonrisa astuta—: ¿Crees que estas semillas hubieran tenido mejor oportunidad para desarrollarse si hubieran caldo en las calles de Roma?

—Opino que la pregunta se contesta sola —convino Marcelo.

Justo se incorporó y palmeó la tostada mejilla del chiquillo.

—¡Ahora a Caná! —dijo poniéndose en pie.

En pocos minutos estuvieron en la carretera. Justo los conducía con pasos largos, balanceándose o deleitándose en la evocación, y monologando.

—¡Cuán a menudo caminamos juntos por esta carretera! —recordó—. Jesús amaba a Caná más que a ninguna otra ciudad de Galilea.

—¿Más que a Nazaret? —inquirió Marcelo.

—Nunca apreciaron totalmente su espíritu en Nazaret —explicó—. Ya sabes lo que pasa siempre. Nadie es profeta en su tierra. Los nazarenos solían decir: «¿Cómo puede este hombre tener alguna sabiduría? ¿Acaso no lo conocemos?».

—Aparentemente, no tenían un concepto elevado de ellos mismos —dijo Marcelo riendo.

—Era natural —contestó Justo seriamente—. Él había crecido con ellos. Nunca les guardó rencor por no haber seguido sus enseñanzas tal como lo habían hecho en Cana y Cafarnaúm... Fue en Cana donde ejerció por primera vez los extraños poderes que ya habrás oído comentar... Creo que nadie te habrá contado lo que ocurrió allí cierto día, en una boda.

—No —replicó Marcelo intrigado—. ¿Qué pasó?

A pesar de que la historia era muy extensa y de que Justo era tan minucioso, Marcelo se dio cuenta inmediatamente de su importancia. Ana, la hija de Arif y de Raquel, iba a casarse. Arif era un alfarero —un hombre muy trabajador, pero pobre— y el costo de la boda no estaba a la altura de sus recursos. De cualquier manera, Arif haría que su hija se casara con los honores correspondientes. Ana era muy popular, y su familia tenía una multitud de parientes. Todos fueron invitados y todos asistieron. —¿Estuviste tú, Justo?

—No. Esto ocurrió antes que yo conociera a Jesús. La historia de lo que pasó aquel día se propagó hasta las más apartadas regiones. No tengo reparo en decirte que cuando la oí, dudé.

—¡Sigue, por favor! —insistió Marcelo.

—Jesús llegó tarde. Los ritos de la boda habían sido cumplidos, y los convidados hacía rato que estaban a la mesa cuando «él» apareció. El pobre de Arif estaba contrariado: ¡no había provisto el vino suficiente para una concurrencia tan numerosa! Su gran disgusto fue comunicado al oído de Jesús.

Justo calló y recorrió como medio estadio en un pensativo silencio.

—Tal vez todavía no es tiempo de contártelo —exclamó al fin—. ¡Yo no lo creí cuando me lo refirieron! Su madre le avisó de a mí no tenían más vino, y Jesús se escurrió de la mesa y fue al cuartito donde servían. Pidió las tinajas de la purificación a los sirvientes: había seis, muy grandes, y a su orden las llenaron de agua. Luego, habiéndoles indicado que la ofrecieran a los invitados, volvió a ocupar su sitio en la mesa. Cuando el agua fue servida... ¡era vino! ¡Y qué vino!

—¡No, Justo, no! —exclamó Marcelo—. ¡Eso echa a perder el relato de Jesús!

—Temía que no estuvieses preparado para ello, amigo mío —se lamentó justo.

—¡Oh, no! ¡Pero debe haber alguna explicación mejor para ese vino! —insistió Marcelo—, ¡Jesús llega con su personalidad radiante, amado por todos, y basta el agua bebida en su presencia sabe a vino! Ello dio lugar a que se propagara esa versión completamente absurda.

—Explícalo como quieras, Marcelo —convino Justo amablemente—. No me ofende que dudes del hecho. Puedes creer en la bondad y la sabiduría de Jesús sin eso.

Prosiguieron sin más conversaciones, subiendo el alto cerro, en cuya cima Justo se detuvo, protegiendo los ojos con sus grandes manos morenas. Miró fijamente hacia el angosto camino, tan lejos como pudo: era éste un hecho corriente aunque inexplicado. Lo más que podía deducir Marcelo de estas frecuentes observaciones a larga distancia, era que Justo esperaba encontrar a alguien con quien se había citado. Ese día pensó preguntarle, pero decidió aguardar hasta que Justo deseara contárselo.

Aún en la cumbre, mientras esperaban que las bestias de carga llegaran, Marcelo rompió el silencio con una pregunta.

—Justo, ¿me contaste que Miriam descubrió su incomparable voz mientras su familia estaba ausente, asistiendo a la boda a la que ella se había rehusado a ir?

—Sí —asintió Justo—. Era precisamente la boda de Ana.

—Jesús, dijiste, llegó tarde a esa fiesta —recordó Marcelo.

—Sí —asintió Justo. Cambiaron una mirada de mutuo entendimiento.

—Me pregunto cuál puede haber sido la causa de su tardanza —reflexionó Marcelo.

—Yo también he pensado muchas veces en eso —dijo Justo tranquilamente.

—¿Crees que «él» podría haber pedido a Miriam que no dijera nada?

—Es posible.

—Dime, entonces, tú que tanto sabes —insistió Marcelo—. ¿Alguna vez hizo «él» un beneficio grande a alguien y requirió del beneficiado que guardara el secreto?

—Sí, Hay muchos casos que lo prueban.

—¿Cómo lo explicas?

—Jesús juzgaba que todo acto público de caridad era ofensivo. De haber sido posible, creo que habría preferido que todos sus actos de generosidad permanecieran en secreto. En una ocasión, a una multitud que se había reunido para escucharlo en la falda de una colina, le dijo: «Cuando hagáis presentes, no dejéis que os vean. No hagáis sonar las trompetas para avisar que estáis recibiendo alabanzas. Cuando hagáis ofrendas, no dejéis que vuestra mano derecha sepa lo que hace la izquierda. Nadie, sino vuestro Padre Celestial, lo verá. Y sólo vuestro Padre os recompensará».

—¿Qué quería significar, Justo, con eso del Padre recompensándolo, si nadie más lo sabía? Tomemos el caso del pequeño Jonatán, por ejemplo: si nadie hubiera sabido que dio el asno a un chico inválido, ¿habría sido acaso secretamente recompensado?

—¡Pero es claro! —exclamó Justo—, Si nadie hubiera sabido del regalo, el

corazón de Jonatán hubiera estado transportado de felicidad. ¡No le hubieses ni oído decir que deseaba haber guardado la montura!

—¡Pero no había forma de que el niño mantuviera el hecho en silencio! —opinó Marcelo.

—Es verdad —reconoció Justo—. Eso no fue culpa de Jonatán, sino de su desgracia.

—¿Crees que esa irradiación de Miriam puede deberse a que ha conservado su secreto? En ese caso, ella no fue la dadora. ¡Ella recibió!

—Lo sé —concedió Justo—. Si el que recibe no lo cuenta, entonces el dador es recompensado en su corazón. Es así como el beneficiado lo ayuda a obtener su premio.

—Pero ahora que Jesús está muerto —arguyó Marcelo con una mirada de perplejidad— Miriam está en libertad de revelar su secreto. ¿No es verdad?

Justo, pensativo, se acarició la barba.

—Probablemente no —murmuró—. Si «él» lo estuviese... lo revelaría.

QUINCE

LLEGARON a Caná demasiado tarde para oír cantar a Miriam, pero Marcelo pensó que esto venía bien, pues Jonatan estaba tan cansado y tenía tanto sueño que apenas podía mantener la cabeza levantada.

Una vez dispuesto el campamento cenaron ligeramente y acostaron al niño. Se oyeron unas voces: eran de los pobladores de la aldea que regresaban a la luz de la luna de la acostumbrada cita junto a la fuente.

Justo paseaba lentamente por la carretera. Marcelo, cansado, se extendió en el catre cuán largo era y oyó hablar a Justo con un amigo. Al cabo de un rato, retornó aquél diciendo que Arif le había informado que Jessé, el hijo de Beoní, partiría por la mañana temprano para Jerusalén. Seguramente podría llevarle la carta a Demetrio.

—¡Muy bien! —exclamó Marcelo, y le entregó el rollo y desató la bolsa—. ¿Cuánto cobrará?

—Diez denarios será suficiente. —Había un aire de satisfacción en la cara de Justo y en su voz, tal vez porque la carta era despachada tan fortuitamente. Su mirada decía que había perdido la desconfianza en aquella comunicación—. Jessé estará por acá probablemente dentro de un rato —añadió—, Arif, quien vive cerca de la casa de Beoní, le avisará.

—Puedes hablar con él —dijo Marcelo—. Me voy a dormir.

Y se fue; pero al rato un rumor de voces apagadas lo despertó. Se incorporó sobre un codo y por la puerta abierta de la tienda vio a Justo junto con un hombre rudo, de cabello hirsuto, sentado en el suelo. Jessé, el hijo de Beoní, le indicaba con voz gutural los asuntos que lo llevaban a Jerusalén. Iba a presenciar la subasta anual de camellos. Siempre se realizaba al fin de la Pascua. Muchas caravanas, que subían a la Ciudad Sagrada desde muy lejos, habiéndose desprendido de sus mercancías preferían ofrecer sus animales de carga en venta antes que llevarlos de vuelta. Se podía conseguir una camella sana, de tres años, por tan poco como ocho denarios, decía Jessé. Esperaba comprar seis. Podría venderlos fácilmente en Tiberiade por cien o más denarios. Sí, hacía ese viaje todos los años. Y llevaría gustoso la carta de Justo al griego que trabajaba en casa de Benyosef. Cuando Justo le preguntó cuánto cobraría, observó:

—Nada. No es ninguna molestia.

—Pero esta carta no es mía —explicó Justo—. Es enviada por el romano Marcelo Galión, quien ha venido aquí para comprar tejidos. Está durmiendo en la tienda.

—¡Oh, ese! Mi madre me habló de él. Es raro que desee nuestros burdos tejidos. Nadie pensó nunca que tenían valor... Bueno, si la carta es de él, y no tuya, podría pagarme ocho denarios.

—Te dará diez —las monedas tintinearón al caer en la mano de Jessé.

—Ocho es suficiente. Guarda los otros dos.

—Pero no he hecho nada para ganarlos —protestó Justo—. Son tuyos. Creo que

el romano preferiría darle diez.

Jessé rió entre dientes, no muy agradablemente.

—¿Desde cuándo los romanos se han vuelto tan tiernos de corazón? —gruñó—. Espero que no haya nada raro en este rollo. Me han dicho que la cárcel de Jerusalén está llena de bichos asquerosos... ¿Qué tal es, Justo? Tú debes saberlo. —Jessé rió de su propio chiste—. Te alojaste allí durante un par de semanas, la primavera pasada.

Marcelo no pudo oír la contestación de Justo. Tal vez solamente rió o puso mala cara ante la broma de Jessé.

—Puedes confiar en Marcelo —dijo confidencialmente Justo—. Es un hombre de buenas intenciones. No todos los romanos son deshonestos, Jessé. Tú lo sabes.

—Sí, sí. Como el decir que corre: «Cada judío tiene su romano». El mío debe ser Hortensio.

—¿Te refieres al centurión de Cafarnaúm, cuyo asistente Jesús curó de parálisis? ¿Tienes trato con él, Jessé?

—Le vendí cuatro camellos, poco antes de aquel asunto con su ordenanza. Tres por cien denarios cada uno. Y le dije que podía comprar el otro por sesenta, pues estaba cojo. Él observó: «No cojea. ¿Cuánto pagaste por él?». Contesté: «Ochenta. Pero no sabía que ese tumor era malo hasta que estuvimos en el segundo día de camino». «No necesitabas habérmelo dicho», luego añadió: «¿Conociste a Jesús?». «Sí», le dije. Y él añadió: «Me lo figuraba». Y luego: «Dividamos el costo de la cojera. Te daré setenta». Y yo: «Es bastante justo». Y agregué: «¿Conoces a Jesús, señor?». «No. Pero lo oí hablar una vez», contestó. Entonces yo le pregunté, tal como si fuésemos iguales: «¿Eres de los nuestros?». Él estaba ocupado contando el dinero y no dijo nada. Pero cuando me lo alcanzó, esto rué hace cuatro años, dijo: «¡Sigue escuchando a Jesús, muchacho! Nunca serás rico, ¡pero nunca serás pobre!».

—Me alegra que me hayas contado eso, Jessé. Comprendes muy bien lo que pasó allí. Hortensio oyó hablar a Jesús sobre la manera de tratarse unos con otros. Y tal vez se preguntó si alguien trataría de poner eso en la práctica. Entonces, cuando tú le contaste la verdad acerca del camello cojo, comenzó a creer que Jesús tenía gran poder.

—¿Así que tú crees que el asunto del camello tiene algo que ver con su creencia de que Jesús curaría a su asistente enfermo?

—¿Por qué no? —Ahora fue Justo quien rió entre dientes—. Supongo que el centurión decidió que si un hombre pudo influenciar para que un pobre vendedor de camellos dijese la verdad sobre un tumor podía ser capaz de curar enfermedades. Pero —el tono de Justo, se había vuelto serio— cualquiera sea el modo en que Hortensio adquirió la fe, tiene mucha... Yo estaba allí aquel día, Jessé. El centurión fue hacia «él»; hacía una linda figura con, su uniforme, y con mucha deferencia expuso que su sirviente estaba en la agonía. «¿Quieres, Jesús, curarlo? No necesitas molestarte en venir hasta mi casa. Bastará con que digas que mi asistente está curado; eso será suficiente». Jesús se hallaba muy satisfecho. Nada igual había ocurrido antes.

Nadie había estado nunca tan seguro. Díjole a Hortensio: «Tienes una gran fe. Tu deseo se verá cumplido».

—Y entonces —recordó Jessé— dicen que casi todos se fueron corriendo a la casa de Hortensio.

—Sí, y nunca coincidieron en el relato. Un informe decía que el asistente curado esperó a Hortensio en la puerta. Algunos informaron que el individuo estaba sano, sentado en la cama. Otros cuentan que, cuando el centurión volvió, el ordenanza estaba poniendo la montura a un caballo para cabalgar hasta Cafarnaúm. Tú sabes cómo se difunden estos rumores... Yo creo que el hecho es que ninguno de estos curiosos fue admitido en la casa del centurión.

—Pero el hombre se curó de su enfermedad aquel día. ¿No es así? —insistió Jessé.

—¡Claro que sí! Yo se lo oí decir a él mismo. A propósito, ¿crees que Hortensio será nombrado Comandante del fuerte de Cafarnaúm, ahora que el viejo Julián ha sido ascendido para reemplazar a Pilatos?

—No habrá tal suerte para Galilea —gruñó Jessé—. Todos quieren a Hortensio. Es el hombre indicado, y sería amigo de nuestra causa... Ese zorro viejo de Herodes se las arreglará para que alguien más duro que Hortensio obtenga el puesto. Lo que me sorprende es el nombramiento del haragán de Julián para el Pretorio de Jerusalén.

—Tal vez porque Julián es inactivo, la gente del Templo desea que el procurador sea él —sugirió Justo—. Cuanto más indolente e indiferente sea, tanto más poder podrá ejercer el Sumo Sacerdote. Julián dejará a Caifás hacer lo que le plazca... Hay veces, Jessé —prosiguió pensativo—, en que un hombre vacilante, indolente, débil, de buena intención, es más de temer que otro duro y cruel. Aquel cierra los ojos, y deja que las injusticias y persecuciones continúen. En verdad, nuestra causa hubiera tenido mejor suerte si se hubiera quedado Pilatos.

—¿Alguien sabe lo que ha ocurrido con Pilatos? —pregunta el joven.

—Lo enviaron a Creta, según he sabido. Mejor clima. El rumor es que Pondo Pilatos está enfermo. No ha aparecido en público desde hace un año.

—¡Pero eso se remonta a la crucifixión! —exclamó Jessé—. ¿Quiere decir que Pilatos no ha sido visto en público desde aquel día?

—Eso es lo que se dice... Benyosef cree que la enfermedad de Pilatos es de carácter mental.

—Pues en ese caso un cambio de clima no le servirá de nada. Arif dice que ha oído comentarios sobre el traslado del Comandante del fuerte de Minoa a Cafarnaúm.

—¡Imposible! —exclamó insto—. ¡No se atreverían! ¡Es la legión de Minoa la que ejecutó a Jesús!

—Sí, lo sé... Yo también creo que son hablillas. Arif no dijo dónde había recogido esos rumores. Alguien le comunicó que Paulo de Minoa será probablemente nuestro futuro Comandante. Si así fuera, deberemos cuidarnos más que nunca.

Justo suspiró profundamente y se levantó.

—No debo detenerte más, Jessé... Tienes una larga jornada por delante. Saluda a Benyosef de mi parte y a todos los otros que puedan haber regresado, ahora que ha terminado la Pascua. Y —apoyó una mano sobre el hombro del joven—, mantén los ojos atentos por los caminos, pues nadie sabe el día... o la hora...

Aquí su voz profunda fue bajando de tono hasta convertirse en un susurro. Se estrecharon las manos y Jessé partió.

Con el rostro dado vuelta hacia la lona de la tienda, Marcelo fingió dormir cuando Justo entró sin hacer ruido. Durante mucho tiempo permaneció despierto, pensando en las cosas que acababa de escuchar... De modo que no había sido tan fácil el asunto para Pilatos. Se había lavado las manos en una vasija de plata; pero, al parecer, ¡la sangre del galileo estaba todavía allí! De modo que Julián estaba al mando en Jerusalén: Caifás podría seguir ahora su propio camino. Julián no lo sabría; no le importaría si llegaba a enterarse de que se hacían persecuciones entre el puñado de seres que deseaba mantener viva la memoria de Jesús... No pasaría mucho sin que Benyosef y sus secretos visitantes tuvieran que abandonarlo todo. Y tal vez Paulo estaba a punto de ser enviado para mantener el orden en Galilea... Bien, tal vez Paulo no sería tan duro con ellos como temían. Paulo no era mal hombre. Se había visto obligado a tomar parte en la crucifixión de Jesús, pero eso no significaba que la hubiese aprobado. Hasta era concebible que Paulo tomara interés en los amigos galileos de Jesús. Pero no aceptarían nunca su amistad. Su sola vista sería aborrecible... Los comentarios de Justo lo demostraban claramente. Un hombre que, hubiera tenido algo que ver en la conducción de su adorado Jesús a la cruz no podría esperar nunca ganar su buena voluntad, por muy generosamente que los tratara.

Marcelo se daba cuenta ahora de que había sido muy sentimental al creer que su sincero interés por la historia de Jesús podría ponerlo a salvo si confiara la verdad a Miriam. Se había estado diciendo a sí mismo que la joven, misteriosamente dotada de una simpática comprensión, sopesaría su presente interés en Jesús con los tristes hechos de su participación en la tragedia. Miriam, pensó, lo perdonaría. Esa era su naturaleza, y, además, ella gustaba de él y volcaría siempre en su favor el beneficio de las dudas existentes... Quizá no necesitaba hacer una confesión total... Sería suficiente decir que había asistido al juicio de Jesús y lo había visto morir. Podría tal vez llegar a ser más explícito sobre su participación en el vergonzoso hecho; eso dependería de las reacciones de la joven, cuando le hablara. ¡Pero ahora sabía que tal conversación con Miriam era imposible! Justo también era una persona recta a quien uno podía confiarle casi todo; pero Justo se había revelado contra la anonadante sugerencia de que un oficial de Minoa fuera enviado a mantener el orden en Galilea. «¡Ellos no se atreverían!», había exclamado rechinando los dientes.

No, él no podía confiarse a Miriam. Tal vez sería más prudente no hacer ningún esfuerzo por verla a solas.

* * * * *

Arif el alfarero, a quien acudía todo Caná para proveerse de información sobre los asuntos corrientes, se había levantado al amanecer con el recuerdo de que Rubén le había mencionado su necesidad de algunos nuevos jarros para vino. Aunque faltaban todavía unos tres meses para la época de prensar la uva, este tiempo era tan bueno como cualquier otro para satisfacer los deseos de Rubén. También éste se alegraría al saber que Barsabás el Justo había llegado a Caná la noche anterior, con su nietecito —aquel que, lisiado de nacimiento, había recuperado la salud como jamás con niño alguno sucediera—, y el apuesto joven romano, que, por alguna oscura razón, estaba comprando tejido de la región a precios más altos que los del mercado. A esto habría que añadir la noticia de que Jessé, el hijo de Beoní, había sido encargado por Marcelo para llevar una importante carta a Jerusalén. Después que estos detalles hubieran sido comunicados a Rubén, podría decirle que Justo traería a su nieto para ver a Miriam.

Así fue como al atardecer, cuando los tres visitantes cruzaron lentamente el bien cuidado prado de Rubén, en lugar de tomar de sorpresa a la familia, se encontraron con que su visita era esperada.

Pensando que el pequeño Jonatán podría desear un compañero, Miriam había mandado en busca de su primo Andrés, de nueve años de edad, que vivía en el campo, a una milla de distancia. Y la madre de Andrés, la tía Marta, también fue invitada, lo que alegró mucho a la mujer, pues no había visto a Justo en los últimos meses y deseaba hacerle una infinidad de preguntas.

Todos se hallaban en la glorieta, agrupados alrededor de Miriam, quien parecía atareada con su hermoso bordado. Estaba muy bella aquella tarde, con una felicidad que se translucía y la hacía más bonita aún de lo que de su semblante Marcelo recordaba. Después que los saludos y presentaciones fueron llevados a cabo y la tímida sinceridad de la bienvenida de Miriam hubo acelerado el pulso de Marcelo, todos se sentaron. Miriam extendió su delicada mano hacia Jonatán y le ofrendó una sonrisa acariciadora que lo atrajo a su lado.

—¡Debes ser un chico muy fuerte, Jonatán —le dijo amablemente—, para hacer un viaje con estos hombres grandes desde Séforis!

—Cabalgué sobre un asno la mayor parte del tiempo —murmuró el niño muy dueño de sí mismo. Luego añadió, más confidencialmente—: ¡Tenía un burrito de lo más lindo!... de mi propiedad. Se llamaba Jasper —señaló con un dedo vagamente en dirección a Marcelo, sin mirarlo—. Él me regaló Jasper... ¡Y yo se lo di a Tomás, porque Tomás está inválido!

—¡Pero, qué cosa más hermosa has hecho! —exclamó la joven. Sus ojos brillantes se desviaron por detrás de Jonatán y lanzaron a Marcelo una mirada afectuosa; luego se posaron en Justo, cuyos labios se habían apretado en un gesto de advertencia—. Creo que Tomás necesita realmente el burro —prosiguió comprendiendo la seña de Justo—. ¡Debes haberte sentido muy feliz al hacer eso por él!

Jonatán sonrió sin ganas, puso un pie delante del otro, y pareció estar meditando

una dolorosa respuesta. Adivinando su humor, Miriam la interceptó con la promesa de una diversión.

—Andrés —llamó—, ¿por qué no llevas a Jonatán a ver los conejos? Hay algunos muy chiquititos que todavía no han abierto los ojos, Jonatán.

La sugestión fue aceptada con regocijo. Mientras los chicos se alejaron precipitadamente, Noemí se volvió hacia Marcelo.

—¿Qué fue eso del asno? —preguntó sonriendo.

Marcelo cruzó sus largas piernas y deseó haber formado parte de la expedición que había ido a ver los conejos.

—Creí que Jonatán ya te lo había contado —replicó negligentemente—. Encontré un asno haragán a quien nadie quería y se lo di. Había un chiquillo inválido en la vecindad y Jonatán, generosamente, le regaló el asno. Pensarnos que era una buena acción para un chico de siete años.

—Pero no queremos que la bondad de su corazón se le suba a la cabeza —dijo firmemente Justo—, ¡Ya está demasiado impresionado!

—¡Pero si Jonatán es tan sólo un niño, Barsabás! —protestó Miriam.

—¡Claro! —se quejó Marta.

—Lo sé —masculló Justo acariciándose la barba—. Con todo, no queremos que se eche a perder, Miriam. Si tienes oportunidad, háblale del asunto... Pues bien, Rubén, ¿qué perspectivas hay para los viñedos?

—Mejor que de costumbre, Justo —Rubén se levantó lentamente de su asiento—. ¿Quieres que vayamos a echar un vistazo a las viñas?

Se fueron balanceándose. Al momento, Noemí recordó que tenía algo que hacer en la cocina. La tía Marta, con una ligera sonrisa, pensó que podía ayudarla. Miriam se inclinó sobre su labor mientras las mujeres desaparecían por una esquina de la casa.

—Has estado mucho en mis pensamientos, Marcelo —dijo ella suavemente, después de un silencio que ambos se mostraban reacios en romper, por miedo de hacerlo malamente.

—Ya puedes ver que deseaba volver. —Marcelo acercó la silla.

—Y ahora que estás aquí —Miriam le sonrió a los ojos—, ¿de qué conversaremos primero?

—Estoy interesadísimo en la historia del carpintero que hizo tantas cosas por su pueblo.

Los ojos de Miriam se dilataron de felicidad.

—¡Lo sabía! —exclamó.

—¿Cómo pudiste haberlo sabido? —preguntó Marcelo.

—¡Oh! Por un conjunto de detalles. Tú no entendías nada de tejidos; tampoco el viejo Justo. No tenías experiencia para regatear. Era evidente que estabas en Galilea por algún otro motivo.

—Es cierto. Pero, ¿qué te hizo pensar que estaba interesado en Jesús?

—Tu elección de Justo para guiarte. Él vio tantas cosas de Jesús como nadie, excepto Simón y los muchachos cebedeos que estaban constantemente con «él». Pero eso me había dejado sorprendida. —Movi6 la cabeza y sonri6 suavemente—. Los romanos son sospechosos. No pod6a comprender por qu6 Justo hab6a consentido en traerte por aqu6... Entonces apareci6 aquello de que conoc6as al griego que trabajaba para Benyosef. 6l deb6a haber planeado tu encuentro con Justo, pues a buen seguro no era cosa accidental. Los hombres que frecuentan la tienda de Benyosef son amigos de Jes6s; as6... fui haciendo conjeturas... y...

—Y dedujiste que yo hab6a empleado a Justo para que me informase sobre Jes6s —interrumpi6 Marcelo—. Bien, tus conclusiones son correctas, aunque debo decir que Justo parece saber una cantidad de cosas importantes que no me ha confiado a6n...

—¿Le has contado por qu6 est6s interesado en Jes6s? —Miriam estudi6 sus ojos mientras esperaba una respuesta.

—No del todo —admiti6 Marcelo despu6s de un titubeo—. Pero 6l no sospecha de m6.

—Tal vez si le cuentas a Justo exactamente c6mo llegaste a interesarte por Jes6s, 6l podr6a sentirse m6s libre para hablar —sugiri6 Miriam. Y como Marcelo no atin6 a dar una respuesta, a6adi6—: Yo misma estoy llena de curiosidad por saberlo.

—Es una historia muy larga, Miriam —murmur6 Marcelo gravemente.

—Dispongo de mucho tiempo... Cu6ntame, Marcelo.

—Hace un a6o, yo estaba en Jerusal6n, por asuntos... —comenz6 con vacilaci6n.

—Pero no asuntos referentes al tejido que aqu6 hacemos —interrumpi6 Miriam cuando 6l s6 detuvo.

—Eran asuntos de gobierno. Estuve all6 solamente unos cuantos d6as. Durante ese tiempo hubo una considerable agitaci6n por el arresto de un galileo a quien se acusaba de traidor. Presenci6 el juicio cuando fue sentenciado a muerte. Parec6a claro que el hombre era inocente. El Procurador mismo lo dijo... Tuve mucha, dificultad en apartar el asunto de mi mente. Todo indicaba que Jes6s ten6a un car6cter extraordinario... As6, cu6ndo pude volver a Jerusal6n, esta primavera, decid6 pasar unos cuantos d6as en Galilea y saber algo m6s de 6l.

—¿Qu6 fue lo de Jes6s que te impresion6 tan profundamente? —El tono de Miriam imploraba completa confianza.

—Su coraje en apariencia tan natural, creo. Todos estaban enfurecidos contra 6l; el gobernador, el Templo, los comerciantes, los banqueros, los dirigentes, el dinero. ¡Ni un hombre habl6 en su favor! Sus amigos desertaron. Y, aun as6, frente a tan cruel ultraje, con una causa perdida, y ante una muerte segura, estaba completamente sereno, sin temor. —Hubo una pausa—. Era imposible no sentir profundo respeto por una persona de tal fibra. Tuve pues una inmensa curiosidad por saber qu6 clase de hombre era. —Marcelo hizo un gesto como dando a entender que su explicaci6n hab6a terminado.

—Pues no era una historia muy larga, después de todo, Marcelo —observó la joven, siempre atenta a su trabajo—. Me pregunto por qué tenías tan pocas ganas de contarla. Quizá omitiste decir a Justo algunas de las cosas que acabas de contarme?

—No —dijo Marcelo—, Le conté sustancialmente lo mismo.

—Pero, ¡yo creí que habías dicho que no la relataste completa!

—Pues... lo que te he contado a ti y a Justo es suficiente, creo, para asegurarnos que mi interés es sincero. Además, Justo parece estar satisfecho. Hay muchos relatos sobre Jesús que suele insinuar... pero rehúsa contar... porque dice que no estoy preparado para escucharlos. Ayer se lamentaba por haber hablado de la boda en que los invitados creyeron que el agua tenía sabor a vino.

—Tú no lo creíste. —Miriam sonrió brevemente—. No me extraña. Tal vez justo tenga razón. No estabas preparado para tal hecho. —Un suave rubor subió por sus mejillas cuando añadió—: ¿Y cómo fue que estabais hablando de la boda de Ana?

—Teníamos la esperanza de llegar a Caná a tiempo para oírte cantar —dijo Marcelo con alegría, contento de que; la conversación se hubiera desviado—. Naturalmente eso nos llevó a comentar el repentino descubrimiento de tu voz inspirada. Justo me había dicho con anterioridad que eso ocurrió el día de una boda. Yo traje el asunto a colación y él admitió que tu extraña experiencia había tenido lugar el mismo día.

—El cambio de agua en vino... eso fue demasiado para ti —Miriam rió con simpatía—. No me sorprende. Sin embargo... —prosiguió seriamente—, parece que no has tenido inconveniente en creer en el descubrimiento de que podía cantar. Mi canto ha transformado por completo mi vida. Instantáneamente me cambió en otra persona... Yo estaba enferma, desvelada, amargada, tenía compasión de mí misma; era irritable irrazonable.

Y ahora, ya ves, soy feliz y estoy contenta. —Lo animó con una radiante sonrisa y preguntó—: ¿Es eso mucho más fácil de comprender que la transformación del agua en vino?

—¿Debo inferir entonces que se obró un milagro en tu caso?

—Como gustes —murmuró ella al cabo de un rato.

—Sé que prefieres no discutirlo, y no te importunaré con mis preguntas. Pero, suponiendo que Jesús dijo una palabra que te determinó a cantar, ¿por qué no añadió otra que te diera la facultad de poder andar? Dicen que enderezó el pie del pequeño Jonatán.

Miriam puso a un lado su bordado, se cruzó los brazos y enfrentó a Marcelo con el ceño algo fruncido.

—No te puedo contar cómo me fue hecho ese don. Pero no lamento mí invalidez. Tal vez la gente de Caná se vea más ayudada por las canciones que canto, desde mi camilla, de lo que podrían serlo si estuviera bien físicamente. Todos tienen sus penas, sus miserias y sus derrotas. Si todo el bien me hubiera sido concedido, quizá ellos dirían: «Oh, es bastante fácil para Miriam cantar y alegrarse. Miriam no tiene

preocupaciones. ¿Por qué entonces no habría de cantar?». ».

—¡Eres una muchacha valiente!

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No creo merecer alabanzas, Marcelo... Hubo un tiempo en que mi invalidez era una gran aflicción, porque yo la transformaba en aflicción. No sólo me apenaba a mí, sino también a mis padres y amigos. Ahora que ya no es una aflicción, se me ha convertido en bendición... Me traen regalillos. Y como Jesús decía frecuentemente, es más bendito dar que recibir... Soy dichosa, ¡amigo mío! Vivo en una atmósfera de amor. La gente de Caná pelea con frecuencia, pero no conmigo. Todos se portan de la mejor manera conmigo. —Sonrió repentinamente—. ¿No soy rica por ventura?

Marcelo no contestó, pero impulsivamente puso la mano abierta sobre el borde de la camilla, y ella le dio la suya con la natural sinceridad de una criatura.

—¿Quieres que te cuente otra extraña historia. Marcelo? —preguntó tranquilamente—. Desde luego, Justo debe haberte contado que después que Jesús hubo hecho algunas cosas sorprendentes en nuestros pueblos galileos, las noticias se extendieron por toda la región, y grandes multitudes lo seguían adónde fuese; cientos, miles, lo seguían por leguas y leguas, y ¡durante días y días! Los hombres del campo dejaban sus azadas y corrían al camino cuando la gran procesión pasaba. Entonces ellos también se le unían, tal vez para estar ausentes del hogar durante una semana o más, durmiendo a la intemperie, ateridos y hambrientos, ¡completamente transportados! ¡Nada importaba más que encontrarse cerca de Jesús!... Pues bien, un día, estaba el llegando a Jericó... ¿Has estado en Jericó? No, has venido desde Samaria. Jericó es una de las mayores ciudades de Judea... Como de costumbre, una gran multitud lo seguía, y la ciudad entera se volcó en las afueras cuando se divulgó la noticia de que había llegado. Por aquella época, el recaudador principal de rentas en Jericó era un hombre llamado Zaqueo.

—¿Un griego? —interrumpió Marcelo.

—No, era un israelita. Se llamaba Zaccai realmente; pero, siendo empleado del gobierno romano. —Miriam titubeó, se ruborizó un poco, y Marcelo alivió su turbación con una sonrisa comprensiva.

—No necesitas explicarlo, Miriam —observó—. Lo sé. Estos, funcionarios provinciales alteran sus nombres tan pronto como gozan del favor de sus amos extranjeros. Está de moda ahora tener un nombre griego; mucho más brillante y seguro que uno romano. Creo que se algo de ese Zaccai, o sea Zaqueo, sin haberlo conocido. Es el tipo común del bribón cobrador de impuestos, desleal con todos, al gobierno y sus compatriotas. Tenemos muchos en todas nuestras provincias del imperio... No puede haber un imperio, Miriam, sin canallas que ocupen cargos en los gobiernos provinciales. ¿Crees acaso que Tiberio podría gobernar las lejanas provincias de Hispania y Aquitania, a menos que ciertos hombres traicionen a su pueblo? ¡De ningún modo! ¡Cuando los oficiales se enderecen, el Imperio se hará pedazos!... Pero, perdona la interrupción, Miriam, y el largo discurso. Cuéntame de

Zaqueo.

—Era muy poderoso. El pueblo de Jericó le temía y lo odiaba. Tenía espías en todas las puertas, atentos a cualquier asomo de rebelión. Todo aquel de quien se sospechaba haber murmurado contra el gobierno era multado con fuertes impuestos; si protestaba se le acusaba de traición. Zaqueo habíase edificado una hermosa mansión en la falda de una loma, en el barrio sud de Jericó, y vivía alto como un príncipe, rodeado de jardines con hermosos paisajes y lagunas... y decenas de siervos.

—Pero no amigos —razonó Marcelo.

—Ni entre los ricos ni entre los pobres los tenía; pero a Zaqueo eso no le importaba. Sentía desdén por el odio de todos. Pues bien, ese día, habiendo oído que Jesús estaba recorriendo Jericó, bajó a la ciudad para echar un vistazo. La multitud resultó tan densa, que abandonó el carruaje y se introdujo entre ella para alcanzar un lugar desde donde pudiera ver. Un legionario, reconociéndolo, lo ayudó a treparse a la copa de un árbol, aunque eso fuera prohibido para cualquier otro. Al momento llegó Jesús, caminando por la calle seguido de muchísima gente, y se detuvo al llegar al árbol. Llamó a Zaqueo por su nombre, aunque nunca se habían encontrado antes, diciéndole: «¿Puedo comer contigo hoy?».

—¿Y qué pensó de eso la gente de Jericó?

—Estaban indignados, desde luego. Y los amigos más íntimos de Jesús se sintieron muy desgraciados. ¡Zaqueo era tan vil! ¡Y Jesús le había elegido para atenciones especiales! Muchos decían: «Este galileo no es mejor que los sacerdotes, que siempre están traficando con los ricos».

—Supongo que Zaqueo estaría de lo más desconcertado —comentó Marcelo.

—En realidad se hallaba muy sorprendido. Se bajó con prisa del árbol y se pavoneó orgullosamente al lado de Jesús, mientras la procesión marchaba; y cuando llegaron a su hermosa residencia, dio órdenes para que la muchedumbre pudiera entrar en el parque y esperar...

—... Mientras él y su huésped almorzaban —completó Marcelo—. ¡No debe haberles gustado mucho!

—No. Estaban profundamente ofendidos, pero se quedaron a la expectativa de algo poco común. Y vieron a Jesús entrar en la gran casa de mármol del publicano. Después de casi una hora. Zaqueo salió e hizo señas a la gente. Se pusieron todos de pie y corrieron a oír lo que podía decir... Estaba él muy turbado. Se dieron cuenta en seguida de que algo importante le había ocurrido. Jesús permanecía un poco apartado de él, sereno y silencioso. La gran multitud estaba muy atenta; cada hombre retenía el aliento y miraba fijamente aquella cara de Zaqueo, tan distinta a la acostumbrada. Y entonces él habló, humildemente, de un modo muy conmovedor. Había decidido, dijo, dar la mitad de todo lo que poseía para alimentar a los pobres. Y a los que había defraudado les haría una abundante restitución.

—Pero... ¿qué ocurrió entonces? ¿Qué le dijo Jesús?

Miriam negó con un movimiento de cabeza.

—Nadie lo sabe —murmuró. Y con ojos lejanos y reminiscentes añadió, casi para sí misma—: Tal vez no le dijo nada. Quizá miró a Zaqueo directamente, hasta que el hombre vio, reflejada en sus ojos, la imagen de lo que él era en la realidad.

—Es una cosa muy extraña lo que has dicho. Temo no comprender.

—Mucha gente tuvo esa experiencia —dijo Miriam suavemente—. Cuando Jesús miraba directamente a los ojos. —Se interrumpió de pronto, inclinándose más para ponerse frente a él a corta distancia—: Marcel—prosiguió en tono que descendía hasta el susurro— si hubieras encontrado alguna vez a Jesús, y mirado cara a cara, y él hubiese mirado en tus ojos hasta... hasta que no pudieras escaparte... ¿no habrías tenido dificultad en creer que él podía hacer cualquier cosa, cualquier cosa que quisiera! Si él decía: «¡Deja esas muletas!», las dejabas; si decía: «Devuelve el dinero que has robado», lo devolvías.

Cerró los ojos y descansó sobre las almohadas. Su mano, todavía en la de él, temblaba un poco.

—Y si él decía: «¡Canta para alegrar!» —aventuró Marcelo—, ¿cantarías?

Miriam no abrió los ojos, pero el esbozo de una sonrisa pasó por sus labios. Al rato, se sentó, completamente cambiada, retiró la mano, se alisó los rizos, e indicó que estaba preparada para hablar de cualquiera otra cosa.

—Cuéntame algo más de ese griego que trabajaba para Benyosef —sugirió—. Evidentemente, él también tiene interés en Jesús; si no, no hubiera gozado de la confianza de los hombres que se encuentran allá.

—Será fácil hablar de Demetrio, porque es mi más íntimo amigo. Físicamente es alto, atlético y apuesto. Mentalmente es muy culto, con un profundo conocimiento de los clásicos. Su corazón es leal y valiente... En cuanto a su conducta, nunca he sabido que hiciera nada incorrecto. —Marcelo hizo una pausa y luego prosiguió, resuelto—: Cuando yo tenía diecisiete años mi padre me regaló a Demetrio, el día de mi cumpleaños.

—Pero... ¿dijiste que es tu mejor amigo! ¿Cómo puede ser eso?... ¿No le apena ser un esclavo?

—No es de esperarse que a ningún hombre le guste su esclavitud, Miriam. Pero cuando ha sido esclavo, no es mucho lo que puede hacer con la libertad, sí es que la consigue... Le he ofrecido a Demetrio su manumisión. Es libre de ir donde le plazca.

—Debes haber sido un buen amo, Marcelo —dijo la joven con su acostumbrada dulzura.

—No siempre. A veces, en especial durante el año pasado, hice a Demetrio muy infeliz. Estuve inquieto, malhumorado, enfermo...

—¿Debido a qué? ¿Quieres contármelo?

—No. No en este día alegre —contestó él gravemente. Además, ahora estoy bien, No necesito molestarte con eso.

—Como quieras —consintió ella—. ¿Pero, cómo es que Demetrio estuvo

trabajando en la tienda de Benyosef?

—Es una historia larga, Miriam.

—Siempre con tus historias largas... —observó ella con cierta sequedad en la voz.

Marcelo fingió un respingo; luego sonrió.

—Brevemente, entonces... Estábamos en Atenas. Sin culpa de su parte y en socorro de gente que no podía defenderse, Demetrio se trabó en combate con un hombre que goza de autoridad, pero que no sabía que un golpe de este esclavo griego podía dejar tendido a un oso. Fue una lucha bien justificada, aunque casi unilateral y de corta duración. Pensamos a raíz de eso que sería prudente no perder tiempo en poner la máxima distancia entre Demetrio y la cárcel de Atenas. Así fue como se dirigió a Jerusalén, y como sabía cardar y tejer...

—¿Y cómo lo había aprendido? —preguntó Miriam, nuevamente ocupada con sus preciosos bordados.

—En la tienda de un tejedor de Atenas. Estaba estudiando el arameo bajo la dirección del tejedor, y así se hizo práctico.

—¿Fue allí donde aprendiste el arameo, Marcelo?

—Sí.

—¿Aprendiste a cardar y a tejer también?

—¡No! —Marcelo rió—. Sólo el arameo, tal como ves.

—Esto fue un preparativo para tu excursión por Galilea, me parece —aventuró Miriam—. Y cuando hayas sabido tono lo que deseas de Jesús, ¿qué harás?

—Mis planes son inciertos... —Marcelo ocultó su perplejidad frunciendo el ceño—. Debo volver a Roma, aunque mi regreso no es urgente. Naturalmente, deseo volver junto a mis padres y amigos, pero...

Miriam dio varias puntadas antes de mirarlo y preguntar, casi imperceptiblemente:

—¿Pero, qué?

—Algo me dice que voy a sentirme del todo fuera de lugar en Roma —confesó—. he quedado muy impresionado por lo que he oído acerca de las enseñanzas del bravo carpintero galileo sobre las relaciones humanas. ¡Parecen tan razonables, tan sinceras! Si llegaran a ser populares, ¡podríamos tener un mundo nuevo! ¡Las cosas no pueden seguir de este modo durante mucho tiempo!

Miriam dejó su labor y le dedicó toda su atención. Nunca lo había visto tan serio.

—Durante estos últimos días —prosiguió él— he tenido ocasión de mirar el mundo desde un ángulo diferente. No es que no haya tratado antes de pensar sobre sus injusticias, su vasta y trágica desgracia. Pero aquí, en esta tierra tranquila, me tiendo por las noches mirando las estrellas, y repentinamente recuerdo a Roma: su avaricia y su gula, su poderío y su degradación moral y social creciendo más y más, descendiendo desesperadamente hasta lo más bajo de húmedas y lóbregas mazmorras y galeras. ¡Y Roma rige el mundo! ¡El Emperador es un lunático! ¡El príncipe regente

es un canalla! ¡Y gobiernan el mundo! ¡Sus ejércitos disponen de las infelices vidas de millones de seres! —Se detuvo, se secó la frente sudorosa y exclamó—: Perdóname, amiga mía, por este discurso.

—¿No sería maravilloso que Jesús estuviera en el trono?

—¡Imposible!

—Tal vez no —dijo Miriam tranquilamente. Él estudió sus ojos, preguntándose si lo diría realmente en serio, y se sorprendió ante su serena sinceridad.

—¡No puedes decirlo seriamente! Además, Jesús ha muerto.

—¿Estás, seguro de ello? —preguntó la joven sin mirarlo.

—Coincido en que sus enseñanzas no están muertas, y que algo debe hacerse para llevarlas a tanta gente como se pueda.

—¿Piensas hablarles de él a tus amigos, cuando regreses a Roma?

Marcelo suspiró.

—Me tomarían por loco.

—¿Tu padre creería que estás loco?

—¡Por supuesto! Mi padre es un hombre de corazón generoso, pero siente desprecio por la gente que se interesa en religión. Él se encontraría turbado y molesto, si yo discutiera estas cosas con nuestros amigos.

—¿Pensaría que eres valiente?

—¿Valiente? ¡De ningún modo! Pensaría que es de muy mal gusto.

Justo y Rubén se acercaron paseando por el viñedo, muy ocupados con su conversación en voz baja.

—¿Cuánto tiempo estarás por aquí, Marcelo? —preguntó Miriam con no oculto interés—. ¿Te veré otra vez, tal vez mañana?

—Mañana no... Vamos a Cafarnaúm, según me dijo Justo. Quiere que conozca a un hombre llamado Nataniel. ¿Oíste hablar de él alguna vez?

—¡Por supuesto!... Te gustará. Pero volverás a Caná antes de tu regreso a Jerusalén. ¿No es así?

—Me gustaría...

—¡Por favor!, déjame hablar ahora unas palabras a solas con Justo. ¿Quieres?

—¡Justo! —llamó Marcelo al verlo acercarse—. Yo vuelvo al pueblo. Podrás verme allá cuando te sea cómodo.

Ofreció su mano a Rubén quien la estrechó con cordialidad. Evidentemente, Justo le había hablado de él.

—Adiós, ¡Miriam! —dijo tornando su mano—. Te veré la semana próxima.

—Adiós, Marcelo. Te esperaré.

Los barbudos galileos que estaban cerca observaron cómo cambiaban una mirada de tristeza... Rubén frunció el ceño, como si la situación lo hubiera dejado perplejo. El ceño decía que el hombre no quería que su hija fuese herida. Aquel romano se iría y olvidaría todo lo referente a ella; pero Miriam recordaría.

—¿Entonces te quedas? —le dijo Rubén a Justo, una vez que Marcelo se hubo

marchado.

—¡Así parece! —Y sonrió.

—Déjame decirle a Noemí que te quedas y partirás el pan con nosotros.

Cuando estuvieron solos, Miriam indicó a Justo que se sentara a su lado.

—¿Por qué no se lo contaste todo a Marcelo? —preguntó—. Está profundamente interesado... ¡Parece saber tan poco! Estuvo en Jerusalén y asistió al juicio del Pretorio; oyó que Jesús fue condenado a muerte y sabe que lo crucificaron... Y eso es todo. Para él la historia de Jesús termina aquel día... ¿Por qué no le hablaste?

—Lo intentaré, Miriam, cuando esté preparado para oírlo. Él no lo creería si se lo contara ahora —Justo se acercó y bajó, la voz—. Pensé que tal vez tú le contarías...

—Casi lo hice. Pero recapacité si tendrías alguna razón, desconocida por mí, para guardar silencio. Marcelo tiene derecho a saberlo todo ahora... Piensa que es una lástima que no se hayan hecho planes para interesar a las gentes en las enseñanzas de Jesús. ¿No puedes hablarle de los trabajos que estás haciendo en Jerusalén, Jope o Cesárea? No tiene la menor idea de lo que está pasando.

—Muy bien —asintió Justo—. Se lo contaré todo.

—¡Hoy mismo! —urgió Miriam.

—Dime sinceramente, hija mía —observó gravemente Justo—. ¿Estás perdiendo tu corazón por ese extranjero?

Miriam dio varias cortas puntadas antes de levantar la vista y posarla en los afligidos ojos de Justo.

—Marcelo no parece un extranjero para mí —contestó ella con dulzura.

* * * * *

Después de haber paseado un rato sin rumbo fijo Marcelo volvió a la tienda. Allí ordenó todos los artículos de tejido doméstico que había acumulado, preguntándose qué haría con ellos. Ahora que ya no existía razón alguna para pretender estar interesado en tal mercancía, los artículos comprados no tenían valor para él. Tuvo la idea, que le agradó, de que podría llevárselos a Miriam, Ella se alegraría de poder distribuirlos entre los pobres.

Levantó un manto negro y lo sostuvo contra la luz. Era de buena lana y estaba bien tejido. Había pagado veinte denarios por él. Quince hubiesen sido suficientes, pero la mujer era pobre. Además, había tratado de producir en Justo una impresión favorable comerciando generosamente con sus compatriotas.

Sin nada mejor para entretenerse, Marcelo se sentó en el borde de su catre, con el manto en las manos, y dejó que su mente divagara sobre el indeterminado valor de aquella vestidura. Si la cantidad de trabajo invertido por la mujer que lo había tejido se computaba en base a una paga adecuada para una tejedora hábil, el manto valdría fácilmente treinta denarios. Pero no en Séforis, donde ella vivía, pues el mercado local no era activo. En Séforis se vendía por unos doce denarios. A un extraño le

hubiesen pedido quince. Marcelo había elevado su precio a veinte. ¡Ahora su valor era nulo!

Miriam no lo utilizaría, y hasta que ella lo regalara a alguien no tendría valor. En ese momento comenzaría a valer algo otra vez, aunque sería difícil estimar cuánto. Si el hombre que recibía aquel excelente manto se sentía impulsado por él a lavarse las manos y la cara y remendar sus sandalias desgarradas, aumentando con su nuevo aspecto la confianza de la gente y poniéndose así en condiciones de encontrar un empleo con mejor paga, el manto volvería a valer, y más que originariamente. Si en cambio el hombre que lo recibía era un bribón perezoso, lo vendería por cualquier cosa que le ofrecieran, lo que no sería mucho, pues ninguna persona que se estima quiere, a ningún precio, la vestidura que ha pertenecido a un pillo probablemente sucio. Así, podría entretenerse todo el día en especulaciones sobre los valores oscilantes de las cosas materiales.

Marcelo había ido acumulando una desacostumbrada cantidad de ideas nuevas sobre el tema de la propiedad. Según Justo, Jesús, había tenido mucho que decir sobre la responsabilidad del hombre como poseedor de bienes materiales. Las cosas acumuladas pueden volverse fácilmente una amenaza, un mero bocado para el fuego y el robo, un terreno propicio para criar insectos destructores, una fuente de preocupaciones. Los hombres están llenos de ansiedades, ¡pero no tiene sentido acumular preocupaciones por las cosas! Esta clase de pesar destruye el carácter. Hasta un manto sin usar, colgando en un ropero, no es sólo una cosa sin utilidad que no hace bien a nadie: es un activo agente de destrucción de la vida. Y la vida debía ser salvada a cualquier precio. ¿Qué ventaja sacaría el hombre, decía Jesús, si está a punto de ganar el mundo y pierde la vida?

Marcelo recordó una conversación con Justo durante la cual, un poco sorprendido por este asunto, había preguntado que quiso significar sobre la importancia de que uno salvara la vida, ¡Si no pareció mínimamente preocupado por salvar la suya! Hubiese podido salvarla, de haber prometido a Pilatos y a los sacerdotes que volvería tranquilamente a su casa y no diría nada al pueblo de sus creencias.

—Bien, señor —había tratado de explicar Justo—, Jesús no quiere significar en absoluto la misma cosa que la que tú tienes en la mente cuando hablas de la vida de un hombre. Mira, Jesús no estaba perdiendo su vida cuando fue crucificado, en cambio la hubiera perdido si se hubiese retractado y regresado. ¿Comprendes lo que quiero significar?

—No, no puedo decir que comprendo —había contestado Marcelo—. Hablar de esa manera sobre la vida es sólo jugar con la definición aceptada por el mundo... Creo que, cuando «él» murió, perdió la vida: perdida tal vez por una buena causa, y tal vez todavía él viva, por un tiempo, en la memoria de los que creyeron en él y estimaron su amistad. Pero si nuestro lenguaje humano es de alguna utilidad, un hombre que está muerto ha perdido la vida.

—No necesariamente —protestó Justo—. No es así, toda vez que el alma está

viva aún... Jesús decía que no debemos temer las cosas que matan el cuerpo: sólo debemos temer las que matan el alma.

Marcelo se había encogido de hombros escépticamente, pero justo había continuado:

—El cuerpo no es lo más importante; sólo es un vehículo, sólo es como una caja de herramientas, para servir al alma. —Había reído entre dientes ante la expresión de disgusto de Marcelo—. Piensas que esto parece tonto, ¿no? —añadió dulcemente.

—¡Por supuesto! —Marcelo se había nuevamente encogido de hombros—. ¡Y tú también lo piensas!

—Admito que no es fácil de creer —concedió Justo.

Marcelo se detuvo en el camino (iban de Séforis a Caná) y pronunció lo que para él era un largo discurso.

—Justo, debo decirte sinceramente que por lo mismo que estoy muy interesado en la filosofía razonable de tu amigo muerto Jesús, espero que no te refieras a declaraciones de ésta clase. ¡Tengo un sincero respeto por la mentalidad de ese hombre, y no quiero perderlo!

Casi había esperado que Justo se enojara por su respuesta, pero él sólo rió y asintió indulgentemente.

—No quise ser ofensivo —protestó Marcelo.

—¡Ni yo estoy enfadado! —contestó cordialmente Justo—. Fue culpa mía... Iba demasiado de prisa contigo, ofreciéndote carne, para comer, cuando sólo resistes leche.

* * * * *

Puso a un lado el manto y examinó un chal blanco con flecos. No podía imaginar a su madre llevándolo, pero la mujer que lo había hecho podía estar orgullosa de su habilidad. Recordaba con qué desgano ella había visto partir de su casita el chal, que se iría sin duda por algún lado de la frontera samaritana. Hubiera debido él permitirle conservar el chal, pues significaba para ella mucho más que lo que podría significar alguna vez para otro. ¡Tales cosas nunca debieran ser vendidas o compradas! Marcelo recordó el sentimiento de autorreproche que había experimentado en los espléndidos banquetes, en Roma, donde se enfriaban los vinos con hielo traído de las montañas del norte por tandas de corredores que a veces morían de cansancio. ¡Ningún hombre honesto! podría pagar aquellos vinos! ¡Habían costado sangre: demasiado!

Pues bien: daría de buena gana todas aquellas vestiduras a Miriam, y ella de fijo les buscaría un buen destino. Pero, ¿no sería tal vez ofensivo dejarse saber a Miriam que aquellas cosas, fabricadas con todo cuidado por sus propios coterráneos, carecían de valor para ser exportadas?

«Pero son regalos, le diría a Miriam. La gente que los reciba será beneficiada».

Y entonces la joven tendría derecho a decir, aunque probablemente no lo haría:

«¿Cómo pueden ser regalos, Marcelo, cuando son solamente cosas sin uso que tú no quieres conservar porque te molestan?».

Y entonces, suponiendo que ella dijese esto, él contestaría:

”Pero para las personas que las reciban serán sin duda regalos verdaderos. ¿No te parece?”

Puso nuevamente el pesado chal blanco en la pila de artículos de tejido domestico y levantó la vista: frente a él se hallaba un individuo alto, de cara arrugada, apoyado en la entrada de la tienda. El visitante sonrió amablemente y Marcelo lo invitó a pasar. Se acomodó en un banquillo, cruzó sus largas piernas y dijo que se llamaba Arif.

—Sin duda vienes a ver a Justo —dijo cordialmente Marcelo—. Está en casa de Rubén. Si vuelves más tarde, tal vez estará aquí.

Arif asintió pero sin dar señales de marcharse: Permaneció balanceando lentamente los pies y apoyando los codos en las rodillas mientras ingenuamente inspeccionaba los adornos de la tienda, el cargamento de tejidos domésticos y aquel extraño ciudadano de Roma.

—Creo que he oído a Justo hablar de ti —dijo Marcelo, sintiendo que si el galileo se quedaba convenía conversar. Eres alfarero. Haces vasijas para agua, para vino, aceite y cosas por el estilo. ¿No es cierto?

Arif asintió y su sonrisa se dilató un poco.

—Dime —prosiguió Marcelo esperanzado—. ¿Es costumbre usar la misma clase de tinajas para agua que para vino?

—¡Oh, sí, señor! —replicó el obrero con dignidad profesional—. Muchos lo hacen... Agua y vino, es lo mismo. Aceite también. El mismo recipiente.

—Pero supongo que después de haber tenido aceite en una vasija no pondrías vino en él —observó Marcelo, bastante razonablemente, pensó.

—No, eso no sería muy adecuado —asintió Arif—. El vino tendría gusto a aceite.

—La misma cosa sucedería, me atrevería a decir, con un jarro de agua que hubiera contenido vino —prosiguió Marcelo—. El agua tendría gusto a vino.

El galileo cesó de balancear los pies y miró fijamente hacia la calle, mientras las hermosas líneas de su semblante se ahondaban, Marcelo supuso que el murmurador de la ciudad estaría tratando de decidir si sería prudente discutir el asunto. Después de una pausa, se volvió hacia su joven huésped.

—¿Te lo contó Justo?

—Sí.

—¿Lo creíste?

—¡No! —negó rotundamente Marcelo—. Me interesaría mocho sin embargo oír lo que tú opinas.

—Pues bien, señor. Estábamos escasos de vino en la boda de mi hija Ana, y, cuando llegó Jesús, hizo vino... ¡de agua! No sé cómo, Tan sólo sé que lo hizo.

—¿Lo probaste?

—Sí, señor. Nunca he gustado un vino así antes ni desde entonces.

—¿Cómo era...?, ¿un vino áspero y fuerte?

—No, señor —dijo Arif levantando la cara indeciso—. Era de un sabor muy delicado.

—¿Tinto?

—Blanco.

—¿Blanco como el agua?

—Sí, señor —Los ojos del alfarero chocaron con la sonrisa irónica de Marcelo y se apartaron.

Nada más dijeron durante un rato.

—Me han contado que todo el mundo amaba mucho a Jesús —observó Marcelo.

—¡Por cierto que sí, señor! Aquel día él llegó tarde... ¡Debías haber visto cuando apareció! ¡Las exclamaciones de saludo! ¡La gente que abandonaba sus asientos para agruparse alrededor de él! Así era en cualquier lado donde fuese, señor. Nadie tenía ojos más que para él.

—Arif, ¿habías guardado vino en esas tinajas?

—Sí, señor.

Marcelo movió la cabeza en señal, de asentimiento, y sonrió con sorna.

—Bien. Gracias por lo que me has dicho. Estaba casi seguro de que debía haber alguna explicación. —Se levantó significativamente—. Me alegro de que hayas venido, Arif. ¿Le diré a Justo que volverás más tarde?

El hombre no se incorporó. Su rostro estaba perplejo.

—Si fuera solamente eso, señor —dijo del todo indiferente ante la despedida—, si hubiera sido sólo aquella vez...

Marcelo se sentó de nuevo y le prestó respetuosa atención.

—Pero desde aquel día, señor, hubo muchos acontecimientos extraños.

—Eso lo he oído —admitió Marcelo—. Déjame preguntarte: ¿has presenciado alguna de esas cosas misteriosas o las has conocido por otros? Las historias raras crecen al ser contadas, ¿sabes?

—Te ha contado alguien cómo Jesús alimentó a una muchedumbre de cinco mil personas cuando no tenía nada más que una canasta de pan y un par de pescados ahumados?

—No —Marcelo se mostró interesado—. ¡Cuéntame! —Tal vez Justo te lo dirá si se lo pides. Él estaba allí, más cerca, cuando ocurrió.

—¿Tú estuviste, Arif? Bueno. Cuéntame lo que viste. Me interesará mucho tu relato. ¿Dónde ocurrió todo eso?

—No fue mucho después de la boda. Jesús había empezado a recorrer los pueblecitos, conversando con la gente, y grandes multitudes lo seguían.

—¿Por lo que él decía?

—En parte, pero principalmente por haber oído que curaba toda clase de enfermedades, devolvía la vista a los ciegos, y...

—¿Tú crees eso de los ciegos?

—_Sí, señor! Vi a un hombre que podía ver tan bien como tú, señor.

—¿Lo habías conocido antes?

—No, señor —confesó el alfarero. Pero los vecinos decían que había estado ciego muchos años.

—¿Entonces conocías a los vecinos?

—No, señor. Eran de los alrededores de Sicar.

—Esa clase de testimonio —observó Marcelo con tono de juez— no hubiera ido muy lejos en una corte de justicia... Pero debes tener alguna razón para creer en él... Bien, prosigue, por favor, sobre esa extraña fiesta.

—Siempre había grandes muchedumbres que lo seguían —continuó Arif sin desanimarse por la incredulidad del romano—, y algunas veces eran difíciles de manejar. Todos deseaban estar bien cerca de «él» para ver las cosas maravillosas que ocurrían; y nunca se podía decir cuándo iban a pasar... No es un asunto cualquiera — se interrumpió para comentar— cuando uno de los vecinos, como tú dirías, que ha crecido con los demás (jóvenes de la aldea, y ha trabajado en un banco de carpintero, habla como nadie ha hablado y se detiene de pronto en la mitad de un discurso para apuntar con el dedo hacia un anciano que, en la primera fila está con la boca abierta y ambas manos ahuecadas detrás de las orejas, tratando de oír, y de repente grita: «¡Aaah!» y comienza a bailar de un lado a otro exclamando: «¡Puedo oír! ¡Puedo oír! ¡Puedo oír!». Y Jesús ni siquiera había dejado de hablar; sólo había señalado al hombre... ¡y él podía oír!

—¿Viste alguna vez hacer eso a Jesús, Arif?

—No, señor; pero hay muchísimos que lo vieron; gente cuya palabra es digna de confianza también.

—Muy bien —concedió Marcelo—. Ahora cuéntame cómo alimentó a los cinco mil. ¿Dijiste que viste eso?

—Fue así, señor. Todo comenzó cerca de Cafarnaúm. Una cantidad de cosas raras habían ocurrido, y la noticia se extendió por todos lados hasta que se reunió una gran muchedumbre; era una multitud turbulenta, pues nadie trataba de contenerse. Era un empujar, dar codazos y molestar a los demás.

—¡Es un milagro que no hayan llamado la atención de los legionarios! Hay un fuerte en Cafarnaúm.

—Sí... Muchos de los soldados estaban allí; pero no creo que los sacerdotes y principales de la ciudad desearan que la multitud fuera mantenida en orden. Probablemente esperaban que algo pasara, un accidente, quizá; así Jesús podía ser arrestado por perturbar el orden.

—¿Pero no tenía él, acaso, un grupo de amigos íntimos que podían decir a la multitud que cesara la contusión?

—Sí, señor; Jesús tenía muchos amigos de confianza. Había nombrado a doce como sus discípulos. Pero no tenían autoridad para dar órdenes a la muchedumbre.

¡No estaba realmente al alcance de ellos saber lo que tenían que hacer! Rubén y yo habíamos ido a Cafarnaúm, como todos, para ver qué pasaba. Cuando llegamos, la muchedumbre estaba pujando por llegar a la plaza central ¡Nunca me hallé en un desorden tan grande, señor! ¡Hombres y mujeres con chicos enfermos en los brazos eran empujados brutalmente por aquella masa oscilante! ¡Ciegos, gente medio muerta en sus camillas, conducidas por amigos! Había hasta leprosos en la multitud —rió con amargura entre dientes—. ¡Oh! ¡Nadie los empujaba a ellos!:

—Es extraño que no los hayan arrestado —interrumpió Marcelo.

—Pues bien, señor. Cuando un leproso ha salido solo, ni siquiera un legionario está ansioso por poner las manos sobre él. Y no se puede culpar a los pobres leprosos, señor. Ellos también tenían la esperanza de ser curados.

—¿Se suponía que Jesús curaba a los leprosos, Arif? —El tono de Marcelo se había vuelto dubitativo.

—Sí, señor... Bien, la multitud aquélla había llegado a ponerse indomable. Jesús entonces empezó a retroceder hasta el muelle. Varios de los discípulos habían corrido adelante y alquilado un bote. Antes que la gente se diera cuenta de lo que estaba pasando, Jesús y sus doce amigos más íntimos zarpaban de la bahía.

—¿No era ésa una cosa bastante pusilánime? —inquirió Marcelo.

—Él trató de hablarles, señor. Pero había demasiada confusión. Mira, la gente que se había reunido no había ido para escucharle sino para ser testigo de algún acontecimiento extraño. Ni siquiera daban paso a los inválidos, a los ciegos o a los muy enfermos que eran transportados en camillas. Además, Jesús acababa de recibir malas noticias. Uno de sus mejores amigos, a quien el viejo Herodes había arrojado en prisión, acababa de ser decapitado. La noticia llegó cuando Jesús estaba tratando de poner orden en la turba indisciplinada. No puedes culparlo, señor, por desear evadirse.

—¡Al contrario, Arif! —declaró Marcelo—. Es grato oír que él podía asustarse de alguna cosa. Fue una suerte que hubiese un bote disponible... ¿Estaba furiosa la muchedumbre?

—¡Oh! Cada cual se comporta de acuerdo con su temperamento. Algunos levantaban los puños y lanzaban imprecaciones. Otros movían la cabeza y se daban vuelta. Otros sollozaban. Otros permanecían todavía serenos, mientras observaban el bote que cada vez se hacía más pequeño.

—¿Y tú y Rubén qué hicisteis?

—Pues, señor decidimos volver a casa. Fue entonces cuando alguien notó que el bote viraba hacia el norte. Un clamor se levantó y la gente comenzó a correr hacia la bahía. Parecía que el bote se iba a dirigir a las vecindades de Betsaida.

—¿Muy lejos?

—Para el bote... seis millas. Para la muchedumbre casi nueve. Era un día caluroso y hacía mucho viento. Por allá el campo está casi totalmente desierto. Pero todos fueron, o por lo menos así parecía. Era un espectáculo extraordinario, señor,

aquella larga procesión apretándose y tropezando con las piedras al apresurarse por las huellas secas... Era pasado el mediodía cuando los encontramos.

—¿Y Jesús pareció molesto cuando llegó la muchedumbre?

—No, solamente triste —murmuró Arif—. Su semblante demostraba que estaba apenado. ¡La gente se hallaba tan cansada! ¡No iban ya a empujarse unos a otros, después de semejante viaje! —Rió un poco ante este recuerdo.

—¿Los reprendió por su comportamiento en Cafarnaúm?

—No, señor; no dijo nada durante un rato largo. Casi toda la gente se había tumbado en el suelo para descansar. Justo me contó después que Simón instó a Jesús para que les hablase; pero él deseaba esperar que llegaran todos, pues algunos cargaban con enfermos y habían quedado muy rezagados... No dijo una palabra hasta que todos estuvieron allí. Entonces se puso de pie y empezó a hablar. No les reprochó por haberle hecho ir hasta aquel lugar, ni siquiera dijo nada sobre la rudeza de la gente. Habló diciendo que todos éramos vecinos que formábamos una sola ramilla. Ahora todos estaban muy silenciosos. No se oía más que la voz de Jesús. ¡Y recuerda, señor, que había cinco mil personas en aquella reunión! —El mentón de Arif se contrajo involuntariamente. Aclaró su garganta. Marcelo estudiaba su rostro.

—Yo no lloro fácilmente, señor —prosiguió con voz ronca—. Pero había algo en aquella palabra que movía al llanto. Allí estábamos. Tan sólo una gran multitud de chiquillos, cansados, extenuados... y había un hombre... un único hombre... Todo el resto no éramos más que chicuelos pendencieros, mezquinos y voraces. Su voz era muy calmosa, señor. ¡Puedes creerme! ¡Su voz era como un bálsamo sobre nuestras heridas! Mientras hablaba, yo me decía: «¡Nunca he vivido! ¡Nunca he sabido lo que es vivir! ¡Este hombre posee las palabras de la vida!». ¡Era como si Dios mismo estuviera hablando! Todos aparecían muy conmovidos. Las caras estaban serenas pero las lágrimas libremente corrían por las mejillas. —Se secó los ojos con el reverso de la mano.

—Al cabo de un rato —continuó emocionado—, Jesús no habló más. Hizo señas a unos que habían cargado con un hombre enfermo, durante todo aquel largo camino, y ellos lo depositaron a los pies de Jesús. Dijo él alguna cosa al enfermo. No pude oír qué. ¡Y el enfermo se levantó! Y todos hicimos lo mismo, como si Jesús nos hubiera de repente puesto a todos de pie. ¡Y cada uno lanzó una exclamación de admiración! —Pensativo, hizo una mueca y miró cara a cara a Marcelo con los ojos iluminados por una alegría infantil—, ¿Crees lo que te estoy contando, señor?

—Es difícil, Arif —dijo amablemente Marcelo—, pero pienso que tú crees lo que estás diciendo. Tal vez haya alguna explicación.

—Eso puede ser, señor... Y entonces hubo muchos otros que se acercaron a Jesús para que los curara de sus males, pero sin darse codazos para ser los primeros, sino esperando su turno —titubeó un momento, turbado—. Pero no te voy a cansar con esto, en vista de que no crees.

—Ibas a contarme cómo los alimentó —instó Marcelo.

—Sí, señor. Se estaba haciendo tarde. Me había sentido tan conmovido por las cosas oídas y vistas que no había pensado que estaba hambriento. Rubén y yo, sabiendo que allí no íbamos a encontrar nada de comer, nos habíamos detenido en un puesto del mercado de Cafarnaúm y habíamos comprado algo de pan y pescado ahumado. En una muchedumbre de otra clase hubiéramos comido nuestra merienda, pero aunque había empezado a sentir apetito, me dio vergüenza comer delante de otros hombres, pues, como te dije, Jesús había estado hablando de que éramos una sola familia y debíamos compartir lo que teníamos con los demás. Yo lo hubiera hecho gustoso con el hombre más cercano, pero no tenía nada más que, lo que necesitaba para alimentarme yo. Así que no comí, y Rubén tampoco.

—Supongo que en, esa reunión había una cantidad de hombres que se veían frente al mismo problema.

—Pues bien: los discípulos rodearon a Jesús y le dijeron que debía despedir a la gente para que pudieran ir a los pueblecitos vecinos a comprar comida. Justo me contó después que Jesús negó con un movimiento de cabeza y dijo que todos serían alimentados... Estaban muy asombrados y preocupados... Había un muchachito sentado muy cerca que escuchó la conversación. Tenía una canastita con su merienda. No mucho; lo justo como para alimentar a un chico. Se acercó a Jesús con su canasto y le dijo que deseaba compartir lo que tenía.

Los ojos de Marcelo se iluminaron y se inclinó atentamente.

—Prosigue. ¡Eso es maravilloso!

—¡Sí, era realmente espléndido, señor! Jesús cogió el cesto y lo levantó para que todos lo vieran. Luego dijo que el muchachito deseaba compartir su comida con la gente. Levantó la vista y dio gracias a Dios por el presente del niño. Reinaba un profundo silencio... Entonces comenzó a partir las pequeñas rebanadas en pedacitos, y el pescado en pequeños trozos; y dio estos fragmentos a sus discípulos y les dijo que alimentaran a la gente.

—Y... ¿no se rieron todos?

—Pues no, ¡señor! No reímos, aunque casi todos sonrieron al pensar que tan grande muchedumbre iba a ser alimentada casi con nada, como dirías tú. Según te dije, a mí me había dado vergüenza sacar mi merienda y ahora estaba arrepentido por no haberlo hecho; de modo que desaté mi pan y mi pescado y partí un pedazo, que ofrecí al hombre que estaba al lado mío.

—¡Maravilloso! ¿Estaba contento de haber conseguido algo?

—Él tenía algo también —observó Arif y añadió en seguida—: Pero había muchísimos que no habían traído nada, señor. Y todos comieron aquel día. Cuando la comida terminó, juntaron una docena de canastas con las sobras que quedaron.

—Parece como si algunos, además de tú y Rubén, hubieran previsto la necesidad de llevar algunas provisiones consigo —aventuró Marcelo—. No habrían ido al desierto con canastas vacías, probablemente. ¡Ésta es una historia verdaderamente maravillosa, Arif!

—¿La crees, señor? —El alfarero estaba alegremente sorprendido.

—¡Por supuesto que sí! ¡Y creo que fue un milagro! Jesús logró que los componentes de aquella turba sucia y egoísta fuesen decentes los unos con los otros... ¡Verdaderamente, se necesitaba un gran hombre para hacer una familia armoniosa de una muchedumbre como aquella!... No puedo comprender las curas, Arif. ¡Pero creo en lo del alimento! Me alegra que hayas accedido a contármelo.

DIECISÉIS

ESTABAN en el camino de Caná a Cafarnaúm. Todo el día la angosta carretera había ido ganando altura, no sin ocasionales incursiones por valles poco profundos, pero siempre tendiendo a subir hacia una elevada meseta donde la tierra verde oliva se encontraba con un cielo azul lleno de inmóviles nubes algodonosas.

Había sido una jornada algo dura, con muchas pausas para descansar, y, mientras las sombras se extendían por el oeste, los dos hombres se afanaban por subir en silencio, dejando atrás la pequeña caravana con la carga. Ya se estaban acercando a la cima, Justo había prometido que levantarían el campamento al abrigo de la gran roca que habían divisado dos horas antes.

—Hay un fresco manantial —dijo— y mucho follaje; ¡ojalá encontremos el sido desocupado!

Sí, Justo conocía muy bien el lugar por haber acampado allí muchas veces. La vista que se dominaba desde aquella altura era espléndida. Y Jesús la había querido mucho.

Durante su excursión por Galilea, Marcelo había prestado muy poca atención a las características físicas de la provincia. Hasta ahora, el paisaje no había sido digno de atención, y él estaba únicamente preocupado con el extraño asunto que lo había llevado hasta allí. No tenía ningún interés en aquella tierra vulgar, de terreno rocoso, pequeños viñedos y tristes pueblecitos agrupados entre el polvo, alrededor de algún antiguo aljibe.

Solamente estaba interesado en un hombre misterioso que había andado aquellos tortuosos caminos, poco tiempo antes, con grupos de miles de personas que surgían a su paso.

No era fácil, en aquella soñolienta y vieja carretera, imaginarse ni el número ni el ánimo de la multitud. Entonces la mayoría de la gente tenía que haber acudido de largas distancias, pues la comarca no estaba densamente poblada. No era fácil imaginar la confusión, los codazos, los gritos. Los galileos que Marcelo había visto no eran capaces de emocionarse ni reaccionar: eran más bien un poco apáticos. Esa mujer cansada, curtida por el aire y el sol, que se apoyaba en su azada, los miraba desde el jardincito descuidado frente al cual pasaban. ¿También habría salido de su cocina, dejando sobre el fuego el guiso del almuerzo, para unirse a aquella extraña procesión? Ese hombre barbudo —seguramente su marido—, que segaba lentamente en el prado un puñado de hierba con la guadaña de su bisabuelo, ¿habría corrido, anhelante, por entre la multitud, procurando abrirse paso a través del compacto grupo para posar sus ojos sobre el rostro de Jesús? Resultaba casi increíble que aquella provincia silenciosa, solemne, cachazuda, hubiera sido sacada de su letargo senil y animada hasta tal grado de excitación. Aún Justo, considerando todo lo ocurrido, sólo sabía mover su hirsuta cabeza y murmurar que todo ese asunto estaba muy lejos de la humana comprensión... Se podía pensar lo que quisiera respecto de los milagros,

reflexionaba el anciano serenamente. Muchos eran los histéricos y contaban toda clase de hechos extraños. El ambiente hervía de falsos rumores. Unos nazarenos habían asegurado recordar que, cuando Jesús era un muchachito, había construido pájaros de madera, y los pájaros habían cobrado vida y volado... Existía infinidad de tales historias, y ellas habían confundido la apreciación de Jesús por el público, haciéndolo aparecer como un hechicero ante la opinión de mucha gente inteligente. Pero que multitudes apasionadas, de miles de personas, lo siguieran día tras día, indiferentes al hambre y a las incomodidades, eso, toda Galilea sabía que era verdad, porque toda Galilea había participado en ello. Se podían tener buenas razones para dudar de la veracidad de las historias de milagros, ¡pero no se podía dudar de ésta! la obscura y pequeña Galilea, tan lenta y estúpida en sus hábitos bucólicos y su dialecto tosco, motivo de mofa en Judea, había renacido a la vida de repente... Las labores abandonadas, ¡todos hablaban a un mismo tiempo, todos hacían preguntas que nadie sabía contestar! Los camellos habían sido dejados en sus arneses, enganchados a las norias. También las lanzaderas quedaron a medio camino. Desparramadas yacían las herramientas por el suelo, ante la puerta de la carpintería. Los arados tumbados en el surco: ardían los fuegos fuera de los hornos de ladrillos. Toda la gente se iba por el camino, a pie, en burro, en carro, en mulas; los inválidos, en parihuelas y cargados. Nada importaba más que seguir al joven que miraba a los ojos y confortaba o avergonzaba o hacía oprimir ansiosamente la garganta con su tranquila fortaleza y su pureza floral.

Ahora aquella tan brillante luz había desaparecido. Las grandes multitudes se habían dispersado. Muerto el inspirador joven, Galilea había retornado a su sueño de tierra triste. Tal vez los mismos galileos no habían tenido conciencia de su soledad hasta que experimentaron brevemente aquella actividad inusitada.

¿Hasta qué punto la influencia de Jesús permanecía viva? Marcelo ansiaba conocerlo. Desde luego, sólo se podía considerar a algunas personas, aquellos que lo habían conocido mejor y lo habían querido mucho, aquellos que lo recordarían hasta su muerte, como Miriam... ¿Podría haber alguien más como Miriam? Justo había dicho que algunos, habían quedado completamente transformados, como si hubieran nacido de nuevo. Ciertos hombres de humilde condición habían aprendido nuevas ocupaciones. Hasta mendigos habían llegado a ser hombres de trabajo. Y despreciables cobradores de impuestos se habían vuelto ciudadanos respetables. Ciertas mujeres que habían sido vulgares regañonas vivían realizando actos de bondad... Pero quizá la mayoría era incapaz de mantenerse en sus resoluciones... Marcelo tenía que presionar a Justo para que lo informara mejor sobre este tema.

Habían llegado a la cumbre del cerro. Cada paso añadía intensidad a la vista: en lontananza, hacia el norte, se extendía una sierra de montañas con las cumbres coronadas de nieve. Unos pocos pasos más, y las distintas torres y cúpulas de una ciudad moderna brillaron bajo los rayos del sol poniente. No hacía falta preguntar su nombre; tenía que ser Tiberíades. Marcelo alargó el paso para ajustado al de Justo,

quien se encaminaba apresuradamente hacia el borde de la meseta norte, volviendo la cabeza de un lado a otro como si esperara encontrar un amigo allá arriba.

Repentinamente se extendió ante ellos un panorama que quitaba el aliento, y Marcelo vio por primera vez el intenso azul del lago que tanto había figurado en las conversaciones de su guía. Fue en los alrededores de ese pequeño mar donde Jesús pasara la mayor parte de sus días. Justo, cansado, se dejó caer al suelo, cruzó los brazos y permaneció en silenciosa contemplación ante aquel espectáculo. Marcelo, un poco alejado, permaneció apoyado sobre los codos. Muy lejos se veía una vela oblicua. A todo lo largo de la costa se esparcían pueblecitos de techos bajos junto a la orilla del agua.

Al cabo de un largo intervalo, Marcelo se animó.

—Así que éste es el mar de Galilea... —dijo casi para sí mismo.

Justo asintió lentamente y señaló el caserío más lejano que podía verse hacia el este.

—Cafarnaúm —dijo.

—... Ocho millas.

—Diría que este lago guarda tiernos recuerdos para ti, Justo. Dime —prosiguió, señalando con lento ademán el paisaje—, ¿acaso el comportamiento general de esta gente ha sido profundamente alterado por las enseñanzas de Jesús?

—Es difícil saberlo. No hablan mucho de ello... Tienen temor. El fuerte romano está cerca. Uno podría verse fácilmente en dificultades para hacer preguntas. Solamente se conoce lo que pasó en las vidas de los amigos. Espero visitar a algunos mientras estemos aquí.

—¿Los veré? —preguntó Marcelo como dudando.

—No a muchos —observó francamente Justo—. Verás al anciano Bartolomé, como te dije. Tiene una historia que deseo que oigas: Bartolomé no temerá conversar contigo cuando yo le asegure que no habrá peligro en ello. —Volvió su cara hacia Marcelo con una sonrisa llena de reminiscencia—. Te interesará saber cómo se encontraron Jesús y Bartolomé por primera vez. El anciano estaba sentado en su huerto bajo una higuera, una mañana, cuando Jesús y Felipe pasaron. Y Jesús agitó una mano alegremente y saludó: «¡La paz sea contigo, Natanael!».

—Creí que se llamaba Bartolomé —interrumpió Marcelo.

—¡Ésa es la parte divertida! No es costumbre nuestra llamar a los hombres venerables por sus nombres de nacimiento. No creo que Bartolomé se hubiese oído llamar Natanael desde hacía lo menos cuarenta años. Y he aquí que aquel joven extraño se tomaba con él tal libertad.

—¿Se ofendió? —Marcelo hizo una mueca.

—Bueno, tal vez no se haya ofendido seriamente, pero ciertamente quedo atónito. Hizo entrar a Jesús, tal vez con la idea de hacerle disculparse por lo que parecía una imprudencia... Felipe me contó la historia. Dijo que el anciano Bartolomé tenía la mirada dura cuando Jesús se aproximaba. Luego sus ojos se ensancharon y se

suavizaron, y sonrió al decir: «Conocías mi nombre». «Sí», contestó Jesús, «significado a Dios, y por eso te es adecuado, pues eres un israelita de segura integridad».

—Eso debe haber agradado al anciano.

—Así fue. Y se hizo discípulo suyo.

—¿Quieres decir... que salió... y se fue tras Jesús?

—Sí. Hay algo extraño en eso... Hacía largo tiempo que el anciano tenía su silla en el jardín; suponía que sus días de actividad habían terminado. Pero aquella vez se puso resueltamente de pie y se fue con Jesús, y raramente se alejó de su lado en un lapso de tres años.

—¿Recuperó acaso su vigor juvenil? —El rostro de Marcelo reflejaba incredulidad.

—No, era y quedó un anciano. Le costaba mucho trabajo mantenerse al nivel de los demás... Se cansaba mucho, por cierto y jadeaba como cualquier otro viejo carente de recursos físicos.

—¡Pero continuó!

—Sí. Bartolomé continuó. Nadie se hubiese atrevido a llamarlo Natanael, pero Jesús lo hacía invariablemente, y a Bartolomé le agradaba.

—Quizá Jesús hacía eso para alentar al anciano —sugirió Marcelo—. Tal vez lo hacía sentirse más joven.

—Bueno... Pero no sólo Bartolomé se sentía joven y sin experiencia en compañía de Jesús. —Justo frunció el ceño, se acarició la barba, como era su costumbre cuando andaba a la pesca de un recuerdo evadido—. Con excepción de Juan, todos los amigos íntimos y discípulos de Jesús eran de más edad que él. Pero resultaba él mayor que nosotros en años y años. A veces, cuando alguien se había escurrido para tomarse una hora de descanso, decía: «Venid criaturas, tenemos que ponernos en marcha». Pero nadie sonreía o pensaba que eso era raro.

—¿Parecía altivo?

Justo deliberadamente sopesó una respuesta, luego negó con la cabeza.

—No, altivo no. Era muy compañero... Se deseaba estar más cerca de él, como si se necesitara su protección... Creo que era por eso que la gente se apretujaba alrededor suyo hasta que apenas tenía sitio para moverse.

—Eso debe haberlo sometido a un gran esfuerzo. ¿Parecía cansado algunas veces?

—¡Muy, muy cansado! —recordó Justo—. Pero nunca protestó... A veces, los hombres empujaban con los hombros a la multitud, y se abrían paso, atropellando a los demás en su camino, pero no recuerdo que los haya reprendido por eso... Marcelo, ¿has visto quizá un grupo de pollitos pasar uno encima del otro para cobijarse bajo las alas de la gallina? Pues... la gallina no parece notarlo; sólo levanta las plumas y los deja refugiarse allí, ésa era su actitud. Y esa era nuestra relación con él.

¡Muy raro! —murmuró Marcelo, como abstraído—. Pero creo que comprendo...

lo que... quieres decir.

¡No podrías! —declaró Justo—. Crees comprender, pero... necesitarías conocer a Jesús para entender lo que estoy diciendo. Algunos éramos lo bastante viejos como para ser su padre, pero éramos... ¡sólo como unos pollitos! Ahí está Simón por ejemplo. Simón fue siempre el adalid entre los discípulos. Espero que lo conozcas al volver a Jerusalén. Simón es un hombre muy capaz y enérgico. Cuando Jesús tenía que separarse de nosotros, durante una hora, Simón era, con mucho, el principal de la compañía; todos le obedecíamos. Pero cuando Jesús volvía a reunirse con nosotros — Justo sonrió, frunció los labios y movió la cabeza lentamente—, Simón era exactamente un chiquillo, ¡un chiquillo humilde y desvalido!... ¡Un pollito!

—¿Y Bartolomé también era un pollito?

—Pues, no de la misma manera, quizá. Bartolomé nunca expresó su opinión tan libremente como Simón cuando Jesús estaba lejos de nosotros. Nunca se aventuraba como Simón. Era sorprendente cuánta fatiga podía soportar el pobre anciano. Él asistió a la última cena, la noche en que Jesús fue traicionado. Pero cuando llegaron las noticias de que el Maestro había sido arrestado, aquello fue demasiado para el viejo Bartolomé. Se enfermó, lo metieron en cama. Cuando se curó, todo había terminado, —Justo cerró los ojos, suspiró profundamente, y una expresión de pena se reflejó en su cara.

—¡Todo había terminado! —repitieron sus labios con pesar.

—Ahora debe estar muy achacoso —observó Marcelo, ansioso por despejar la melancolía.

—Más o menos igual, no mucho más viejo. No mucho más débil. —Sonrió un poco—. Bartolomé tiene una idea curiosa ahora. Piensa que nunca va a morir. Se pasa el día sentado en el huerto, bajo las higueras, cuando hace buen tiempo.

—Mirando hacía el camino tal vez —advirtió con toda intención Marcelo—... y deseando ver a Jesús llegar a visitarlo de nuevo.

Justo había estado mirando fijamente hacia el lago. Luego volvió rápidamente los ojos hacia Marcelo y los clavó en su cara.

Al cabo de un momento de tensión, que dejó a Marcelo algo sorprendido, el anciano volvió la mirada hacia el lago.

—Eso es exactamente lo que hace Bartolomé —murmuró—. Todo el día. Está sentado... observando el camino.

—Los viejos tienen ideas extrañas —comentó Marcelo.

—No se necesita ser viejo para tener ideas extrañas.

La pequeña caravana, que se había retardado en el último tramo, ahora se aproximaba a lo alto de la colina, Jonatán llegó corriendo y se arrojó al lado de Justo.

—¿Cuándo comemos, abuelo? —dijo jadeante.

—Muy pronto, hijo —contestó cariñosamente Justo—. Ve y ayuda al muchacho a descargar. Os acompañaremos dentro de un momento.

El pequeño obedeció.

—El chiquillo parece muy bien dispuesto hoy —observó Marcelo.

—Eso se debe a Miriam. Tuvo una larga charla con Jonatán el otro día. Creo que ahora ya no necesitamos preocuparnos por él.

—Esa conversación debe haber sido digna de escucharse.

—Jonatán no parece inclinado a hablar de ella, pero estaba profundamente impresionado. Habrás notado que calladito estuvo anoche.

—¡Dudo que haya otra mujer joven de la calidad de Miriam en todo el mundo! —anunció Marcelo gravemente.

—Hay una viuda en Cafarnaúm —dijo Justo—. Tal vez tengas oportunidad de conocerla. Pasa todo su tiempo con los más pobres y los que tienen enfermos en casa. Se llama Lidia. Su historia te interesaría...

—Oriéntamela, ¡por favor! —Marcelo se incorporó y prestó atención.

—Lidia perdió a su marido, llamado Ahira, cuando todavía era mujer joven. No sé cómo será en tu tierra, pero en la nuestra la situación de una viuda joven es seria. Debe retirarse del mundo... Lidia era una de las muchachas más hermosas de Cafarnaúm, según decían todos. Ahira había sido un hombre de considerable riqueza, y su hogar estaba a la par con su fortuna. Poco después de la muerte de su marido, Lidia se vio penosamente afectada por un mal particular de las mujeres, y declinó gradualmente hasta que su belleza se marchitó. Su familia se mostró muy compasiva. Sin reparar en gastos, llamaron a los más famosos médicos. La llevaron a muchos manantiales curativos. Pero nada parecía apropiado para detener los estragos de su enfermedad. Llegó una época en que sólo con gran dificultad podía caminar para salir de su habitación. Fue entonces cuando toda la ciudad comenzó a excitarse con las noticias de las cosas extrañas que Jesús había hecho por la gente enferma, —Justo se detuvo, pareciendo dudar cómo proseguir la historia. La curiosidad de Marcelo iba en aumento.

—Creo que ya te he contado —continuó Justo— que no siempre le era fácil a la gente importante conseguir una entrevista con Jesús... En cuanto a los pobres, no temían el desprestigio. La mayoría estaban acostumbrados a pedir favores, y no les importaba agruparse en cualquier parte donde pensaban que podían obtener algo. Pero las personas que estaban en mejores condiciones, por muchos deseos que tuvieran de ver a Jesús, se resistían a deponer su orgullo natural y mezclarse con las clamorosas multitudes. A Jesús le apenaba este asunto. Muy a menudo sacrificando su descanso, consentía en conversar con los hombres importantes a altas horas de la noche.

—¿Hombres que deseaban ser curados privadamente?

—A bien seguro; pero conozco varios casos en que personajes influyentes, que no tenían ninguna enfermedad, invitaban a Jesús a sus casas para conferenciar largamente con él. Una vez esperamos a la puerta de la casa de Nicodemo ben Gorión, el abogado más conocido de esta región, hasta que los gallos cantaron al amanecer. Y nada importante le sucedía a Nicodemo, por lo menos nada físico.

—Crees que él le advertiría a Jesús que cesara en sus actividades? —inquirió Marcelo.

—No. Nicodemo salió con él aquella noche hasta el umbral. Jesús le hablaba gravemente. Cuando se despidieron cada uno puso su mano sobre el hombro del otro. Nosotros sólo hacemos esto con nuestros iguales... Bueno, como te decía una mujer bien nacida y en buena posición necesitaba una buena dosis de coraje para meterse entre la multitud que se agrupaba alrededor de Jesús.

—Es muy comprensible.

—Cierta día, mientras Jesús estaba hablando en la plaza de Cafarnaúm un hombre acomodado llamado Jairo se abrió camino entre la muchedumbre; la gente le cedió el paso cuando alguien dijo su nombre. Era fácil ver que estaba excitadísimo Fue directamente hasta Jesús y le comunicó que su hijita estaba enferma de muerte: ¿Querría Jesús ir inmediatamente a verla? Sin hacer ninguna pregunta el Maestro consintió y se encaminaron por la calle principal; la multitud crecía más y más por donde ellos iban, Cuando pasaron por la casa de Lidia, ésta los observaba desde una ventana, y vio a Jairo, a quien conocía, caminando al lado de Jesús.

—¿Estabas tú también allí, Justo? Pareces muy enterado de los detalles.

—Mientras esto ocurría, yo me hallaba cerca de la casa de Lidia. Allí me uní a la muchedumbre. Había llegado con un mensaje de Simón, quien tenía en casa un enfermo grave. La madre de su esposa estaba indispuesta y repentinamente había empeorado. Cuando esto ocurrió, me hallaba tan cerca de Jesús como lo estoy ahora de ti. No creo que Lidia se hubiera atrevido a hacer lo que hizo, si no hubiese visto a Jairo en el grupo. Eso debe haberle dado confianza. Con todas sus pobres fuerzas bajó corriendo, se abrió camino entre la multitud, desesperadamente, y se introdujo en ella hasta que estuvo casi al lado de Jesús. Entonces su coraje debe haberse agotado, pues en lugar de tratar de hablarle, se agarró a su manto. Creo que estaba asustada de su propia audacia. Se dio vuelta en seguida y comenzó a abrirse camino para volverse.

—¿Por qué alguno de vosotros no llamó la atención de Jesús?

—Pues —se defendió Justo—, había una gran confusión, ¡y todo pasó tan rápidamente!... Luego ella se fue. Pero al instante Jesús se detuvo y preguntó: «¿Quién me tocó?».

—¿Quieres decir que él sintió el contacto... a través de su manto?

Justo asintió.

—Simón y Felipe le recordaron que había mucha gente alrededor. Casi todos ellos podían haberle rozado. Pero no se satisfizo con eso. Y mientras permanecía allí haciendo esas preguntas, se oyó un agudo llanto de mujer. Le abrieron paso para que se acercara a él. Debe haber sido un momento de gran prueba para Lidia. ¡Hacía una vida tan recatada! La multitud quedó de pronto silenciosa.

La voz de Justo habíase vuelto ronca mientras reconstruía la escena.

—Vi muchos espectáculos patéticos en aquellos días —continuó—, ¡pero

ninguno tan emocionante! Lidia se adelantaba lentamente, con la cabeza inclinada y cubriéndose los ojos con las manos. Se arrodilló ante Jesús y le confesó que era ella la que lo había tocado. Luego levantó la cara, de sus ojos corrían abundantes lágrimas. Llena de júbilo y de gratitud gritó: «¡Señor, he sido curado de mi mal!».

Como rendido por aquella emocionante evocación Justo se detuvo para secarse los ojos con la manga. Afirmando su voz, prosiguió con un esfuerzo.

—Todos se sentían hondamente conmovidos. La gente lloraba. Jairo también sollozaba como un chiquillo. Hasta Jesús, que siempre supo dominarse, se había emocionado tanto que sus ojos estaban anegados cuando miró la cara de Lidia... Marcelo, aquella mujer levantó la vista hacia él y lo miró como a un sol enceguedor, ¡Su cuerpo se agitaba por los sollozos, pero su rostro estaba en éxtasis! ... ¡Aquello era tan hermoso!

—Sigue, ¡por favor! —insistió Marcelo cuando Justo se calló.

—Fue un momento realmente conmovedor —dijo el anciano pensativo—, Jesús le dio ambas manos y la ayudó ponerse de pie. Entonces, como si le estuviera hablando a una criatura llorosa, dijo: «Consuélate, hija mía, y vete en paz. Tu fe lo ha hecho todo...».

—Ésta es la historia más hermosa que he escuchado, Justo —dijo gravemente Marcelo.

—No me explico cómo te la he contado —murmuró el galileo—. No tenía motivos para pensar que creerías que Lidia fue curada de su enfermedad simplemente por tocar el manto de Jesús...

Permaneció esperando con un interés casi anhelante que Marcelo hiciera otro comentario. Una cosa era decir de una narración que era hermosa y otra concederle veracidad... Marcelo había tratado siempre de buscar explicaciones corrientes, naturales, a aquellos misterios galileos. Era evidente que el relato de la curación de Lidia lo había conmovido, pero sin duda dentro de un momento iba a intentar resolver el problema en términos naturales. El argumento previsto tardaba tanto en llegar que Justo sondeaba su semblante, asombrado de su gravedad. Quedó más asombrado aún cuando Marcelo exclamó en tono de profunda sinceridad:

—Justo, ¡creo hasta la última palabra de todo ello!

A pesar de su cansancio, Marcelo encontraba mucha dificultad aquella noche para dormirse. La narración de Justo sobre Lidia, había revivido sus propias y extrañas experiencias con la túnica de Jesús. Y había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que considerara tales acontecimientos.

Mil razones inventó para explicar los sorprendentes efectos que la vestidura había producido en su propio caso. Su interpretación no era de ningún modo concluyente o satisfactoria; pero la había aceptado con menor dificultad que la admisión de que el sayo estaba encantado.

El asunto, visto racionalmente, comenzaba con el hecho de que había tenido un choque emocional muy severo. La vista de una crucifixión era suficiente como para

dejar cicatrices en el alma de cualquier hombre que se respete. Y haber dirigido la crucifixión era inmensamente peor. Pero el haber crucificado a un hombre inocente convertía todo el asunto en un crimen vergonzoso. La consecuencia de ello sería una tortura interminable, penosa, como una herida física. No era de extrañar que él hubiese estado tan deprimido y que todos sus procesos mentales hubieran entrado en el desorden. Luego venía aquella noche en el Pretorio, cuando él, borracho, había consentido en ponerse la túnica manchada de sangre. Al parecer, el peso del remordimiento por la tragedia de aquel día le había reducido a un estado tal que ya no podía soportar una perfidia más. Una ola de convulsión enfermiza había pasado por él, como si algún poder punitivo, residente en el sayo, hubiese vengado el ultraje.

Durante mucho tiempo Marcelo había sufrido aquella obsesión, ¡La túnica estaba embrujada! Se estremecía cuando pensaba en ella, pues había llegado a ser el símbolo de su crimen y vergüenza.

Finalmente, había llegado aquella notable curación, una tarde en Atenas. Su aflicción mental había alcanzado un momento de crisis. No podía soportar más. El único camino lógico era el suicidio. Y en este punto crítico la vestidura aquélla había contenido su mano.

Durante unas cuantas horas, después, había estado completamente asombrado, tratando de analizar la cosa extraña que le ocurría, pero su mente se rehusaba a trabajar. Ciertamente, se había quedado tan extático ante su liberación de la esclavitud de aquella melancolía, que no estaba en su ánimo el examinar la naturaleza de su redención. Ese razonamiento breve y superficial que había hecho era tan fútil como si intentara explicar algún sueño fantástico y medio olvidado.

Llegó el día en que pudo explicar su restablecimiento como había explicado su colapso. En ambas ocasiones, la túnica había sido un punto focal de interés. Pero, ¿acaso tenía algo que ver con él realmente? ¿No sería todo el asunto algo meramente subjetivo?

La explicación parecía sensata y práctica. Su mente había sido herida hondamente, pero ahora estaba curada. Sin duda, había llegado la hora aquella tarde, en la hostería, cuando su acosada mente determinó el fin de su torturante obsesión. Sentía que era una razonable deducción. La naturaleza siempre se rebela contra las cosas que se oponen a sus procesos, ciegos, pero ordenados. Durante muchos años un árbol podría hacer un trabajo lento contra una pared que lo estorba, sin ningún progreso, visible. Un día la pared se vendrá abajo, no porque el árbol hubiera desarrollado repentinamente una fuerza sobrenatural, sino porque habíase consumado su paciente trabajo de autodefensa y autoliberación. El árbol aprisionado durante tanto tiempo se había liberado. La naturaleza había seguido su camino.

A Marcelo le satisfizo explicación. Le gustaba lo análoga de su caso con el del árbol y la pared; tanto le gustaba que se dedicó a contemplar otras fases del problema. La rara experiencia porque había pasado le llevó a creer en lo sobrenatural. Pero su mente, a medida que volvía al orden normal de sus funciones, había empezado a

resistir ese pensamiento insostenible. ¡No era natural, para su mentalidad sana, estar aturdida por pretendidas fuerzas sobrenaturales! No importaba cuán convincentes fueran las evidencias del poder sobrenatural: la inteligencia procedía automáticamente, involuntariamente, a rechazar este concepto, como las raíces del árbol rechazan la pared que las molesta.

Hasta mucho después de medianoche, Marcelo se quedó en su catre completamente despierto, reconsiderando sus propios razonamientos sobre la túnica de Jesús a la luz de la experiencia de Lidia, pero sin llegar a ninguna solución. Le había dicho impulsivamente a Justo que creía lo que él le había contado. No existía ninguna razón para dudar de la integridad de aquel hombre; pero de fijo por algún lado debía encontrarse una explicación. Tal vez la enfermedad de Lidia había llenado su curso y aquel fin necesitaba sólo una fuerte crisis emocional para alcanzar su definitivo relajamiento. Silenciosamente, repitió esto una y otra vez procurando pensar que era razonable, tratando de que adquiriera consistencia. Entonces, coincidió consigo mismo en que la teoría era una tontera y la rechazó para dormir.

Despertándose sobresaltado, Marcelo se incorporó cautelosamente, se apoyó sobre un codo y espió afuera, a través de la abertura de la tienda. En la luz gris azulada que anunciaba el alba distinguió la figura de un hombre barbudo, alto, muy fornido. Todavía era demasiado oscuro para distinguir las ropas del intruso. Su actitud no denotaba nada furtivo. Permanecía erguido, tratando al parecer de identificar a los ocupantes de la tienda; considerando, probablemente, que ello no era posible, al momento se alejó.

Tan pronto como hubo desaparecido. Marcelo se levantó, silenciosamente ató sus sandalias, se ajustó el cinturón y se deslizó afuera. No había nada siniestro en el inesperado visitante. Evidentemente, el hombre no era ni un ladrón ni un vulgar vagabundo. No había actuado como si tuviera el propósito de molestar al campamento. Era posible que hubiera arreglado un encuentro con Justo y que se hubiese retrasado. Encontrando a los viajeros todavía dormidos, había decidido esperar antes que darse a conocer.

Parecía una suposición razonable, pues desde su llegada a la cumbre del cerro, la víspera por la tarde, Justo había estado escrutando el horizonte como si esperara a alguien a quien conocía, aunque aquello era un hábito en él. Siempre estaba escudriñando el paisaje, siempre observando en los cruces de caminos; siempre volviéndose con sobresalto cuando se abría alguna puerta tras él. Faltaba luz aún como para poder explorar el terreno en busca del misterioso visitante. Marcelo se dirigió lentamente hacia el borde norte de la angosta meseta donde él y Justo habían estado sentados. Hacia abajo, por el este, a través de la impenetrable oscuridad que cubría el lago, el azul comenzaba a borrarse del gris. Ahora el gris estaba disolviéndose en el horizonte. Una delicada cinta de luz blanca apareció; como dedos radiantes fue extendiéndose hacia lo alto, más alto, cada vez más alto, por la cúspide, sobre una deslumbrante montaña coronada de nieve. Ahora en la nieve aparecían

trazos de oro. Marcelo se sentó a contemplar la llegada del alba.

A no más de un estadio de distancia, también enfrentando la salida del sol, estaba sentado el viajero incógnito, que; todavía no se había dado cuenta de que era observado. Absorto al parecer por el espectáculo que se ofrecía, permanecía inmóvil, con sus largos brazos abrazando las rodillas. Marcelo notó que el hombre vestía andrajos y no tenía lío; sin duda era del lugar, un pescador, tal vez, pues el tosco gorro de punto, hundido hasta las orejas, era una prenda que solían usar los marineros.

Sin deseo de espiar al individuo, Marcelo se aclaró ruidosamente la garganta. El forastero volvió con lentitud la cabeza; luego se levantó ágilmente y se aproximó. Deteniéndose, esperó que el romano hablara primero.

—Quién eres? —preguntó Marcelo— ¿Y qué deseas?

El recién llegado se pasó los dedos por la barba y sonrió. Del un tirón se quitó el pobrísimo gorro y descubrió un remolino de cabellos despeinados.

—Este disfraz —observó entre dientes— es mejor de lo que había pensado...

—¡Demetrio! —Marcelo dio un salto. Ambos se estrecharon las manos—. ¡Demetrio!... ¿Cómo me encontraste? ¿Has estado en dificultades? ¿Has sido perseguido? ¿Dónde has conseguido esas ropas miserables? ¿Tienes hambre?

—Ayer por la tarde, en Caná, me enteré de que estabas en camino a Cafarnaúm... No he tenido muchas dificultades y ahora ya no soy perseguido. Las ropas —Demetrio levantó sus mangas remendadas e hizo una mueca—, ¿no son acaso las que corresponden a un vagabundo? He estado muy bien anoche. El muchacho que cuida los asnos me dio de comer y me prestó unas alfombrillas.

—¿Por qué no te diste a conocer en seguida? —preguntó Marcelo en tono de reproche.

—Quería verte a solas, señor, antes de encontrar a Justo.

—Prosigue entonces. Y cuéntame todo cuanto puedas. El anciano se despertará dentro de unos momentos.

—Stéfanos te contó mi fuga de Jerusalén...

—¿Has vuelto allá? —interrumpió Marcelo.

—No, señor, pero me arreglé para enviar un mensaje a Stéfanos, y él me escribió todo respecto al encuentro. —Demetrio observó a su amo de pies a cabeza—. Tú estás muy bien, aunque debes haber perdido unas libras de peso.

—Caminando... —explicó Marcelo—. Bueno para el torso; malo para los pies. Ahora prosigue con tu relato, no tenemos mucho tiempo.

Demetrio trató de hacerla breve. Había huido a Jope esperando ver a su amo cuando llegara el barco. Había estado hambriento y sin albergue unos cuantos días, buscando vanamente trabajo, en los muelles.

—Una mañana vi a un anciano tirando penosamente un enorme atado de cueros verdes —prosiguió—. Estaba yo tan desesperado por encontrar trabajo cargué al hombro sin más los cueros... y los llevé hasta las calles. El viejo judío trotaba a un

costado protestando. Cuando puse la carga en el suelo, me ofreció dos ardites. Rehusé diciendo que él no me había alquilado. Entonces me preguntó cuánto cobraría para llevar los cueros hasta la curtiduría, a una media milla, por la calle que bordeaba la bahía. Le dije que lo haría por la cena.

—Sin muchos detalles, ¡Demetrio! —insistió con impaciencia Marcelo—. ¡Termina de una vez!

—Pero estos detalles son importantes, señor. El anciano deseó saber de qué parte de Samaria había venido yo... Tal vez hayas advertido que nuestro arameo está cargado de giros samaritanos. Su gente había vivido en Samaria. Y su nombre era Simón. Hablaba sin recelo, con cordialidad, haciendo muchas preguntas. Le conté que había trabajado para Benjamín, en Atenas, lo que le agradó, pues le conocía. Luego le confié que había trabajado para Benyosef, en Jerusalén. Estaba encantando. En su casa, muy cerca de la curtiduría, me ofreció un baño y me proveyó de ropas limpias —Demetrio hizo una mueca burlona mirando los remiendos—. Son éstas —concluyó.

—Tendrás algo mejor —dijo Marcelo—. Soy comerciante en ropas. Tengo de todo. Mucho, demasiado... Bien, ¿qué pasé con ese Simón?

—Tomó interés por mí porque yo había trabajado para Benyosef y me preguntó si era uno de ellos; le dije que lo era —Demetrio estudió el rostro de Marcelo—. ¿Comprendes qué quiero decir, señor? —preguntó con intención.

Marcelo asintió, aunque indeciso.

—¿Eres realmente... uno de ellos? —inquirió.

—Estoy tratando de serlo, señor —respondió Demetrio—. No es fácil... A uno no se le permite pelear, ¿sabes? Tiene que aceptarlo todo; tal como «él» lo hizo.

—Pero te permitirán defenderte, ¿no? —protestó Marcelo.

—Él no lo hizo —replicó Demetrio tranquilamente. Marcelo retrocedió y movió la cabeza. Durante unos momentos permanecieron silenciosos.

—Esta parte —prosiguió Demetrio— va a ser siempre difícil; demasiado difícil, me temo. Prometí a Stéfanos aquella mañana, cuando dejé Jerusalén, que haría todo lo posible por obedecer los mandamientos, y antes de una hora había quebrado mi palabra. Simón Pedro —es el principal discípulo, al que llaman «el Gran Pescador»—, me bautizó, antes del amanecer, en presencia de todos los de la tienda de Benyosef y, señor...

—¿Bautizarte? —la perplejidad de Marcelo era tan cómica que Demetrio se vio forzado a sonreír, a despecho de su seriedad.

—Vierten agua sobre ti —explicó—, te introducen en ella del modo que sea más conveniente, y anuncian en nombre de Jesús que ya estás limpio. Eso significa que eres uno de ellos y que se espera que sigas las enseñanzas de Jesús—. Los ojos de Demetrio se ensombrecieron y movió la cabeza en un gesto de reproche mientras añadía:— Antes que mi cabello se hubiese secado, ¡ya estaba yo peleando!

Marcelo trató de ponerse a tono con el humor de su esclavo, lleno de

remordimientos. Pero su risa estaba fuera de tono.

—¿Qué ocurrió pues? —preguntó aguantando una sonrisa. Demetrio tristemente confesó su delito. Los legionarios tienen la costumbre de detener a los ciudadanos inermes, a lo largo del camino, para que les lleven el equipo. Un soldado gordinflón había exigido este servicio de Demetrio y él se había rehusado a obedecer. Entonces le envió un salvaje lanzazo. Demetrio logró apartarse, pero el legionario emprendió otra arremetida.

—Al quitarle la lanza... la rompí.

—¡Sobre su cabeza, ¡supongo! —aventuró Marcelo.

—No era una lanza muy buena, señor —comentó Demetrio—. Me sorprende que el ejército no arme a sus hombres con mejor equipo.

Marcelo rió ruidosamente.

—¿Y entonces qué pasó?

—Eso fue todo... No perdí tiempo. Ahora qué he roto mi promesa —el tono de Demetrio era de sincero arrepentimiento—, ¿crees que podré considerarme todavía cristiano?... ¿Te parece que seré bautizado de nuevo?

—No sabría decirte —murmuró Marcelo, ocupado en sus propios pensamientos—. ¿Qué quiere decir cristiano?

—Es el nuevo nombre que reciben los que creen en Jesús. Llaman a Jesús «el Cristo», que significa «el Ungido».

—¡Pero es eso griego! Toda esa gente es judía. ¿No es así?

—¡De ninguna manera, señor! Este movimiento se está difundiendo rápidamente y muy lejos. Simón, el curtidor, dice que hay por lo menos trescientos organizados en Antioquia.

—¡Sorprendente! ¿Supones que Justo lo sabe?

—Desde luego.

—¡Son noticias asombrosas, Demetrio! ¡Yo había considerado que la causa estaba perdida!... ¿Cómo pudo mantenerse viva después de haber muerto Jesús?

Demetrio miró fijamente los ojos sorprendidos de su amo.

—¿No has oído... no has oído nada de eso, señor? —inquirió gravemente—. ¿No te lo ha contado Justo? Ambos hombres se volvieron al resonar una aguda exclamación.

—¿Quién es ese chiquillo? —preguntó Demetrio mientras Jonatán venía corriendo hacia ellos. Marcelo le explicó brevemente. Los pasos del niño se hicieron más lentos y, cuando estuvo cerca de ellos, sus ojos miraron interrogativamente al forastero.

—Dice el abuelo que vengas a comer ahora —dijo aproximándose a Marcelo, pero prestando toda su atención al hombre desconocido y a su túnica raída.

—¿Pescas acaso? —preguntó—. ¿Tienes un bote? ¿Puedo ir en él?

—Este hombre se llama Demetrio —contestó Marcelo—, No es un pescador y no posee ningún bote. Le prestaron el gorro que lleva.

Demetrio sonrió y marchó tras ellos, mientras Marcelo, con la mano del pequeño en la suya, caminaba hacia la tienda. Jonatán se daba vuelta furtivamente para estudiar al recién llegado, quien los seguía con mesurados pasos.

Justo, muy ocupado con el fuego, a unos pocos pasos de la tienda, levantó la vista con una cordial sonrisa de reconocimiento y una frase de saludo, al parecer no muy sorprendido por la llegada del huésped.

—¿Puedo ayudarte, señor? —preguntó Demetrio.

—Ya está todo listo, ¡gracias!... Siéntate con Marcelo y yo os serviré.

Demetrio se inclinó y dio unos pasos hacia el costado. En seguida Justo llegó hasta la mesa baja que había improvisado juntando unos cuantos cajones, y sirvió a Marcelo y Jonatán pescado asado y tortas dulces. El niño señaló con su cabecita hacia Demetrio y miró la cara de Marcelo.

—¿Por qué no viene y come con nosotros? —inquirió.

Marcelo buscó una respuesta pronta y satisfactoria.

—No necesitas preocuparte por Demetrio, hijo —observó con indiferencia—; le gusta estar en pie mientras come.

Se dio cuenta en seguida que no había tomado un buen camino. Justo, sentado frente a él, frunció el ceño sombríamente. Tenía él profundas convicciones respecto a la esclavitud. Ya era bastante malo, decía su expresión malhumorada, que Demetrio fuera el esclavo de Marcelo, pero resultaba intolerable que aquella relación se considerase con tanta indiferencia.

Jonatán señaló por sobre su hombro, con una torta a medio comer, en dirección a Demetrio, de pie ante el fuego con su plato en la mano, gozando al parecer de su desayuno.

—¡Ese hombre se queda de pie cuando come, abuelito! —observó en alta voz—, ¡Qué gracioso! ¿verdad?

—¡No! —exclamó Justo—. ¡No es gracioso!

Con esto dejó la mesa y se fue al lado del esclavo.

Marcelo decidió no hacer de aquello un tema de discusión y prosiguió una charla animada con Jonatán esperando distraer la atención del niño.

Demetrio al ver la cara amargada de Justo sonrió.

—Señor, no debes permitir que este asunto de mi esclavitud te preocupe —dijo tranquilamente—. Mi amo es muy bueno y considerado. Daría él gustoso su vida por mí, como yo la daría por él. Pero... los esclavos no se sientan a la mesa con sus amos.

Es una regla.

—¡Una regla muy mala! —rugió Justo desde lo profundo de su garganta—. ¡Una regla que merece ser quebrada! ¡Me había formado mejor opinión de Marcelo Galión!

—No tiene importancia —observó Demetrio con calma—. Si deseas hacer más fácil mi esclavitud, te ruego, no pienses más en ella, señor.

El semblante de Justo se aclaró un poco. No había motivo para hacer una escena

por una situación que no era de su incumbencia. Si Demetrio estaba conforme, no había mucho más que decir.

Como hubieron almorzado, Justo llevó un plato de comida al muchacho de los asnos. Jonatán iba corriendo a su lado, todavía perplejo por el reciente episodio.

—¡Abuelo! —chilló—. ¡Marcelo no trata mejor a Demetrio que nosotros a nuestro muchacho de los burritos!

Justo frunció el ceño, pero no intentó explicar nada. Su nieto le había dado algo nuevo en que pensar. Entretanto Demetrio se había unido a Marcelo. Sus labios se habían fruncido y trataban a través de la barba de esbozar una sonrisa.

—Tal vez despejará el ambiente para todos, señor —dijo—, si voy por mi propia cuenta a Cafarnaúm... Te encontraré allí esta tarde.

—Muy bien —aprobó Marcelo—. Pregúntale a Justo dónde se propone, hacer alto. Pero, ¿estás seguro de que es prudente para ti ir a Cafarnaúm? Ya sabes que tenemos un fuerte por allá.

—Estaré atento, señor, —prometió Demetrio.

—¡Toma esto! —Marcelo vertió un puñado de monedas en la palma de su mano—. Y mantente alejado del fuerte.

Demetrio, libre de trabas, se fue a buena marcha por el camino que bajaba al valle. El aire estaba caliente. Llevaba su raída túnica y su despreciable gorro bajo el brazo. La orilla del lago en esta margen era árida y despoblada. Arrojando a un lado sus ropas penetró en el agua, hundiéndose gozosamente y brincando como un delfín, nadando de espaldas, revolviendo el agua con largas y poderosas brazadas, complaciéndose en sus juegos acuáticos y en su completa purificación. Salió exprimiendo sus cabellos entre los dedos; un sol de fuego lo seco antes de que llegara al montón de sus descoloridas vestiduras.

Tiberíades reflejaba su blancura al sol de la mañana. Resplandecía el palacio de mármol de Herodes Antipas, en la mitad de la falda de la colina, dignamente apartado de las residencias menos nobles pero sorprendentemente lujosas. Demetrio imaginó que podía ver una sinuosa nube de calor envolviendo la orgullosa estructura, y se alegró de no tener que vivir allí. No envidiaba el privilegio de Herodes de pasar el verano en dicha mansión. Como siempre, reflexionó, la familia había buscado probablemente una agradable altura para la calurosa estación, dejando un pequeño ejército de sirvientes que sudarían y robarían y pelearían hasta que el tiempo suave llegara con el otoño.

Había alcanzado ahora la pequeña ciudad, y continuó su camino atravesándola, cerca de la costa, donde numerosos botes de pesca habían sido arrastrados a la arena y las pescaderías adyacentes ahumaban su mercancía. Ocasionalmente era mirado con momentánea curiosidad por pequeños grupos de holgazanes, sentados con las piernas cruzadas a la sombra de alguna que otra casa de comidas. El aire estaba cargado con olores de fruta podrida y el hedor de aceite rancio quemándose en vasijas. Había pasado largo tiempo desde el desayuno, y Demetrio había hecho un ejercicio al que

no estaba habituado. Se detuvo delante de un desagradable puesto de comidas.

El cocinero, de tez oscura, lo miró ceñuda y desconfiadamente y agitó su cuchara de madera ante aquel andrajoso viajero, de gorro rústico y sin equipaje.

—¡Sigue tu camino! —ordenó—, ¡No tenemos nada para darte!

Demetrio hizo sonar las monedas acompañando el hecho con un gesto.

—¿Ni siquiera tienes algo en venta como para que lo coma un perro? —replicó.

El grasiento individuo brilló instantáneamente con una sonrisa lisonjera acomodando sus hombros y codos en una postura servil. Era el tipo que Demetrio había despreciado siempre: arrogante, grosero, abusador, hasta que oye el tintinear de un par de monedas. Inmediatamente después serás su hermano, su amigo, su amo. Entonces podrás verter un torrente de invectivas sobre Él, sí lo deseas. Estará impermeabilizado y su sonrisa no será altanera. Ha oído las monedas.

—¡Oh! ¡Algo tan malo como eso no, señor! —exclamó el cocinero—. El mal olor —indico con un movimiento confidencial del pulgar hacia la tienda vecina— es de ése, que apesta con sus percas viejas y su aceite rancio—. Inclinandose sobre un sucio recipiente, removi6 su humeante contenido, frunciendo los labios apreciativamente—. ¡Delicioso! —exclamó.

Un legionario desaliñado, con los ojos enrojecidos, se acercó lentamente caminando desde la costa. Apoyó un codo sobre el extremo del mostrador y groseramente aspiró el pesado olor de grasa quemada. Su uniforme estaba sucio. Al parecer, había dormido en el mismo lugar donde había caído. Sin duda ahora estaba presto para comer. Miró a Demetrio fijamente con insolencia.

—Sírrete una porción de este potaje riquísimo, centurión —lo instó el cocinero—. Cordero seleccionado con variadas y costosas especias Es un buen plato por sólo dos cobres.

Demetrio reprimió una sonrisa burlona; centurión, ¿eh? ¿Por qué no había hecho todo el camino y llamado legado al corrompido legionario? Quizá él sabía dónde detenerse cuando comenzaba a halagar.

El grosero romano mascullo una imprecación y se limpió la frente con el sucio turbante castaño. El cocinero cogió un tazón y sonrió animando a Demetrio, quien frunció el ceño y negó con un movimiento de cabeza.

—Para mí, no —refunfuñó volviéndose.

—Yo quiero un poco —espetó el legionario, manoteando con grandes aspavientos una cartera vacía. La cara ansiosa del cocinero se descompuso, pero no estaba en condiciones de rechazar al soldado sin dinero. Con un encogimiento de hombros, casi compasivo, llenó la mitad del tazón y lo puso sobre la mesa.

—¡Los negocios están tan malos! —se quejó.

—Tu potaje también —gruñó el legionario mientras ingería una cucharada—. Ni siquiera aquel esclavo ha querido tomarlo.

—¿Esclavo, señor? —el cocinero se inclinó sobre la mesa para echar una mirada al alto griego que subía lentamente hacia la calle. ¡Tiene un bolso lleno de dinero,

señor! Dinero bueno, también por el sonido... ¡Sin duda es un ladrón!

El legionario dejó la cuchara. Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa. Si un soldado que había faltado a su deber se presentaba en el fuerte con un prisionero a remolque podía mejorar su situación precaria por la ausencia de toda una noche.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¡Vuelve acá!

Demetrio titubeó, se dio vuelta, deliberó brevemente consigo mismo y volvió sobre sus pasos. No era razonable intentar huir en las proximidades de un fuerte.

—¿Me llamaste, señor? —preguntó tranquilamente.

—¿Cómo es que estás en Tiberíades solo? —el legionario limpió su grasienta barbilla—, ¿Dónde está tu amo? No pretenderás hacerme creer que no eres un esclavo, con esa oreja.

—Mi amo está viajando hacia Cafarnaúm, señor. Me envió para que buscara un buen lugar donde levantar el campamento.

Aquello parecía razonable. El legionario, groseramente, se ayudó con otra enorme cucharada de potaje.

—¿Quién es tu amo? ¿Qué está haciendo en Cafarnaúm?

—Un ciudadano romano, señor; es comerciante.

—¡Un cuento! —gruñó el legionario—. ¿Qué clase de mercancía puede encontrar un romano en Cafarnaúm?

—Cierta tejido domestico —dijo Demetrio—. Alfombrillas y vestiduras galileas.

El legionario rió entre dientes, desagradablemente, y raspó el fondo del tazón con una cuchara tembleque.

—Los esclavos griegos son buenos mentirosos, por lo general —masculló—. ¡Debes creer que estoy loco! Un esclavo con harapos y remiendos buscando un lugar para levantar el campamento de un romano que hace todo un viaje hasta la pequeña Cafarnaúm: ¡sólo para comprar ropas!

—Y con mucho dinero encima —chilló el cocinero—. ¡Es un ladrón!

—Cállate, cerdo —gritó el legionario—. ¡Tendría que llevarte, sí no fueras tan asqueroso! —Acomodando el sucio turbante a un costado—, se puso de pie, ajustó su cinturón, eructó ruidosamente e indicó a Demetrio que lo siguiera.

—Pero, ¿por qué estoy arrestado, señor? —preguntó Demetrio.

—¡No te importa! Puedes contar tu historia en el fuerte. Dándose tono exageradamente, marchaba tieso por la calle sin volverse para ver si su cautivo lo seguía. Demetrio titubeó un momento, pero decidió que sería una locura intentar escapar en una zona tan bien custodiada. Iría hasta el fuerte y trataría de enviar un mensaje a Marcelo. Más allá del límite de Tiberíades las feas barracas color arena se amontonaban en la árida falda del cerro. En el centro del cuadrángulo se alineaban los parapetos del inevitable pretorio; el legionario se dirigió hacia la maciza puerta de madera. Entraron en el campo de ejercicios, sin árboles, quemado por el sol, y entre las ordenadas hileras de tiendas pardas, desocupadas ahora, pues era mediodía y la legión debía estar en el comedor. Al momento llegaron a la entrada, relativamente

imponente, del pretorio. Un guardia de cabellos canosos les salió al encuentro.

—¡Lleva a este esclavo abajo y enciérralo! —rugió el legionario.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el guardia.

Demetrio se lo dijo.

—¿Y el nombre de tu amo?

—Lucano, súbdito romano.

—¿Dónde vive?

—En Roma.

El guardia echó una mirada aprensiva sobre el desgreñado legionario. Demetrio creyó haber visto cierta duda en el hombre más viejo.

—¿Cuál es el cargo? —preguntó el guardia.

—¡Sospecha de robo! —contestó el legionario—. Enciérralo, y que explique más tarde cómo es que andaba vagando, sin su amo, vestido como un pescador y con un bolso lleno de dinero.

—Escribe tu nombre en la pizarra, entonces —dijo el guardia—. El centurión está almorzando.

El legionario manoteó la tiza y se la alcanzó a Demetrio.

—¿Puedes escribir tu nombre, esclavo? —inquirió burlón.

A despecho de su situación, Demetrio estaba divertido. Era obvio que ninguno de aquellos legionarios sabía escribir. Si no sabían escribir no sabían leer. Tomó la tiza y anotó:

«Demetrio, esclavo griego de Lucano, romano que acampa en Cafarnaúm».

—¡Qué nombre largo para un esclavo! —observó el legionario—. Si es que no has escrito algo más...

—El nombre de mi amo, señor.

—¡Entonces llévatelo! —increpó el legionario dándose vuelta para irse.

El viejo guardia golpeó en el suelo con su lanza y apareció uno más joven. Indicó con un movimiento de cabeza que Demetrio le siguiese, y marcharon por el corredor hasta una angosta escalera. Descendieron a la prisión. Caras barbudas aparecieron en las pequeñas aberturas cuadradas de las puertas de las celdas. Caras judías, las más, y unos cuantos beduinos de aspecto rudo. Demetrio fue empujado dentro de una celda abierta en el extremo del angosto corredor. Una rajadura perpendicular en lo alto de la maciza pared dejaba entrar un poco de luz. El único mueble era un ancho banco de madera. Anclada a la pared yacía una pesada cadena con un rústico grillo. El guardia no hizo caso de la cadena, volvió por el corredor, cerró la pesada puerta y empujó el cerrojo.

Echándose sobre el banco, Demetrio inspeccionó su estrecho alojamiento, y se preguntó cuánto tendría que esperar hasta que las autoridades tomaran cartas en el asunto. De repente se le ocurrió que si el estúpido legionario sospechaba de su anotación en la pizarra, pensaría que era más seguro borrarla. En tal caso el nuevo prisionero tendría muchas probabilidades de ser olvidado. Quizá tendría una

oportunidad de hacer algo a este respecto. Suponiendo que le hicieran un rápido juicio, ¿cuánto podría relatar? Sería difícil explicar los negocios de Marcelo en Galilea. Sin duda, Julián, el legado, tenía orden de realizar un corto trabajo con aquel movimiento cristiano. No suponía qué actitud podría aquél tomar si se enteraba de que Marcelo había estado en tratos con los discípulos de Jesús.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la obscuridad, Demetrio notó un estante en un rincón. En él había un recipiente de barro para la comida y un vaso. Hacía una hora había sentido hambre. Ahora estaba sediento. Encaminándose hacia la puerta se agachó, pues la entrada del recinto no había sido hecha para un individuo, de su talla, y miró al punto opuesto del angosto corredor, donde un par de inquisitivos ojos romanos se enmarcaban en la puerta de la celda opuesta. Los ojos andaban por la misma edad de los suyos y parecían divertidos.

—¿Cuándo tenemos comida y agua? —preguntó Demetrio en latín.

—Dos veces —respondió el romano amablemente—. A la mitad de la mañana, ¡debiste haber llegado más temprano!, otra vez el crepúsculo. Gracias a los dioses, ya no estaré aquí para la próxima comida. Salgo esta tarde. Mi semana ha terminado.

—¡No puedo esperar el agua hasta el atardecer! —exclamó Demetrio.

—¡Te apuesto diez sestercios a que esperarás hasta que te la traigan! —contestó el otro arrastrando las palabras. Se enderezo para aliviar su incómoda posición, dejando ver una chapa de identificación sobre la cadena que le rodeaba el cuello.

—¿Cuál es tu legión? —inquirió Demetrio viendo que su vecino estaba dispuesto a ser comunicativo.

—Diecisiete, esta vez.

—¿Por qué no estás en la prisión de la legión —aventuró Demetrio—, en vez de estar aquí abajo, en este agujero, con los civiles?

—¡La prisión está llena! —El legionario rió entre dientes.

—¿Hubo mi motín? —inquirió Demetrio.

—Un motín, no —explicó el legionario—. Fue una celebración. Julián, el legado, había sido transferido a Jerusalén. El nuevo legado trajo un destacamento de cincuenta soldados de su anterior comando para que le custodiaran en el viaje. Durante los festejos corrió mucho el buen vino... y la sangre buena también. El destacamento de Minoa estaba formado por legionarios pependencieros.

—¡De Minoa! —exclamó Demetrio—. ¿Es el tribuno Paulo el nuevo legado?

—Ciertamente —respondió el legionario—, ¡Y muy duro! El viejo Julián era fácil de llevar. Pero este individuo no tiene misericordia. En cuanto a la lucha, no fue nada; unos pocos cortes de daga, un par de narices sangrantes. Un hombre de Minoa perdió un pedazo de oreja —rió con cierta reminiscencia—. No lo lastimé mucho. Y él sabía que era accidental. —Al cabo de una corta pausa prosiguió—: veo que alguien te lastimó en la oreja.

—Eso no fue accidental. —Demetrio hizo una mueca burlona tratando de mantener el buen humor del legionario, quien rió apreciativamente, como si hubiera

sido un buen chiste el que hubieran esclavizado al griego.

—¿Huiste? —preguntó el romano.

—No. Debía reunirme con mi amo en Cafarnaúm.

—Él te sacará en libertad. No te preocupes. Es un romano, por supuesto.

—Sí —dijo Demetrio—, Pero no sabe que estoy aquí —bajo la voz—. Quisiera saber si tú podrías hacerle llegar un mensaje... Gustoso te daría algo por la molestia.

El legionario rió burlonamente.

—¡Palabras mayores para un esclavo! —se mofó—. ¿Cuánto? ¿Dos denarios, quizá?

—Te daré dos denarios.

—¡Eso quisieras! —exclamó el legionario—. ¡No quiero nada con esa clase de dinero!

—No lo robé —declaró Demetrio—. Mi amo me lo dio.

—Pues bien, ¡puedes guardarlo! —El legionario frunció el ceño y se alejó de la puerta.

Demetrio se sentó sobre el banco, desanimado. Estaba realmente muy sediento.

DIECISIETE

ERA una tontería decir que no se tenía plena confianza en la integridad de Natanael Bartolomé; pero no se creía en la historia de la tormenta que había presenciado con sus propios ojos.

Tampoco se podía aclarar la confusión suponiendo que el anciano había sido víctima de una alucinación. Bartolomé no era de esa clase de personas. No era ni loco ni mentiroso.

De acuerdo con la historia contada con detalles mientras estaban juntos, sentados en el pequeño huerto de higueras, Jesús había detenido una tormenta en el mar de Galilea; había ordenado, que se calmara ¡y ésta había obedecido instantáneamente su voz! ¡Jesús había hablado y la tempestad había amainado!

El episodio no era mera hablilla. Bartolomé no la había oído de un vecino quien había sabido por un primo. ¡No! El anciano había estado en el barco, aquella noche. ¡Había visto y oído todo! Si uno no lo podía creer, Bartolomé no se ofendería. ¡Pero era verdad!

El relato había terminado. El anciano discípulo permanecía tranquilo, refrescando su cuello arrugado, poniendo a un lado su larga barba blanca y aflojando su manto. Marcelo, sin más comentarios que hacer y ninguna pregunta que formular, frunció el ceño pensativo, mirando sus dedos entrelazados, consciente de los ojos inquisitorios de justo. Sabía que esperaban su opinión. Después de un silencio que se estaba haciendo molesto, los conformó exclamando: —¡Muy raro! ¡Verdaderamente muy raro!

El dramático episodio había sido relatado con fervor, y contado con verbosidad por el anciano, pero sin excitación. Bartolomé no trataba de persuadirlo ni convertirlo. No tenía nada «que vender», Justo le había pedido que contara aquel episodio y él lo había hecho. Tal vez era la primera oportunidad que se le ofrecía de hacer un relato completo de lo acaecido. En efecto, era la primera vez que se lo había contado a alguien que aún no sabía absolutamente nada de ello.

Poco después que Demetrio hubo partido solo, aquella mañana, la pequeña caravana había proseguido lentamente por el tortuoso camino hacia el valle; había bordeado la ribera de trecho en trecho con pequeñas poblaciones, camino a Tiberíades donde los ostentosos palacios romanos que se alzaban sobre las colinas acentuaban la escualidez de la tierra ribereña, y luego de seguir la calle de la bahía en dirección a la ciudad pasado el temible y viejo fuerte, había penetrado en los esparcidos suburbios de Cafarnaúm.

Le Habían prometido a Jonatán una breve visita a Tomás... y al burrito, para lo cual tuvieron que dar vuelta en la primera calle transversal, donde, después de mil preguntas, encontraron la casita y una entusiasta bienvenida.

Accediendo a la insistencia de Tomás y su madre, Jonatán fue dejado con ellos; lo pasarían a buscar al día siguiente. Todos coincidieron en que el asno había

reconocido a Jonatán, aunque los mayores pensaban para sí que el azúcar que había estado como derritiéndose en la mano del pequeño en las últimas dos horas tenía algo que ver con la proeza de Jasper.

Ganando la principal vía pública, marcharon hacia el centro comercial de la ciudad, que había figurado en lugar prominente en los recuerdos que Justo guardaba de Jesús. Hicieron alto por un momento frente a la casa de Lidia y Justo estuvo a punto de hacer una breve parada, pero Marcelo lo disuadió, pues era cerca del mediodía y la visita podía resultar inoportuna.

La plaza central parecía, conocida. La sinagoga —casi por ironía más romana que judía en la arquitectura (lo que era comprensible, pues el centurión Hortensio había provisto el dinero y los artífices) extendía su escalinata de mármol hacia el extremo norte de la espaciosa explanada, exactamente como Justo la había descrito. Era desde esos escalones que Jesús se había dirigido a multitudes de miles de personas. Ahora no había allí nadie, salvo unos cuantos mendigos que de vez en cuando golpeaban el pavimento con sus cacharros vacíos, pues la gente se había ido a almorzar.

Marcelo tuvo la impresión de que anteriormente había estado allí muchas veces. En realidad, se hallaba tan preocupado en identificar los lugares queridos, que casi olvidó que allí había citado a Demetrio. Cuando Justo se lo recordó, miró a su alrededor con aprensión. Sería una situación muy difícil si Demetrio había sido arrestado. No le agradaba una entrevista con Julián, al menos mientras estuviera en su actual misión, Justo alivió algo su ansiedad diciéndole que había advertido a Demetrio dónde acamparían: sobre los terrenos de la vieja posada de Shalum. Pero ¿qué podía haberlo detenido.

—Tal vez no me haya entendido —sugirió.

—Es posible —asintió Marcelo—, pero poco probable. Demetrio tiene buen oído para las instrucciones.

Habían caminado lentamente hacia la bahía de botes de pescadores, dejando al muchacho de los asnos para que esperara la llegada del corintio. Justo había propuesto que merendasen en la ribera. Después de esperar más de media hora, habían envuelto de nuevo sus servilletas y marchado hacia el norte. Marcelo estaba dudoso, pero todavía esperanzado de encontrar a su leal esclavo en la posada. Era un lugar tranquilo la hostería de Ben Shalum, con espaciosos terrenos para los viajeros que acarreaban su propio equipo de acampar. Nadie les supo dar noticia de un esclavo alto, griego. Rápidamente desempacaron, levantaron, la tienda a la sombra de dos sicómoros y se dirigieron hacia la casa de Bartolomé, a poca distancia de la posada.

Y ahora el anciano había concluido la historia que ellos habían venido a escuchar. En sus fases preliminares se habían introducido episodios sin mayor relación con el acontecimiento de la tormenta que la de haber ocurrido el mismo día. Jesús hallábase muy cansado aquella noche; tan cansado que se había dormido cuando la tormenta era más violenta, y hubo que despertarlo cuando se hizo evidente que la barca iba a zozobrar. Tan profunda fatiga tenía que deberse a algo, y así fue como Bartolomé

relató las actividades de aquel día.

A veces, por un largo rato, la vieja voz ronca parecía salir profundamente de entre la rala barba blanca y sonaba monótona y casi imperceptible; era que la atención de Bartolomé se había sustraído a sus oyentes para concentrarse en el recuerdo de una gran muchedumbre que permanecía transfigurada sobre la costa árida: una multitud cansada, anhelante, hambrienta, de seres encerrados en sí mismos, que, ante la presencia cálida de Jesús, se había congregado en una simpática familia para compartir su comida.

—Un muchachito limpio y despierto —murmuraba Bartolomé como si hablara consigo mismo—, un sobrino de Lidia, que no poseía nada, pasaba casi todo el tiempo en casa de su tía. Ella le había arreglado un canastito.

Y entonces, como recordando súbitamente a sus oyentes. Bartolomé había vuelto de su ensueño para contarle a Marcelo la extraña curación de Lidia. Justo no trató siquiera de indicarle con una señal que su joven amigo había oído ya referir aquello. Habiendo terminado con Lidia, y también con Jairo, cuya hijita había sido maravillosamente curada aquel día, el anciano volvió sus recuerdos a la notable comida del desierto.

—El chiquillo debió haber estado sentado a los pies del Maestro —dijo para sí mismo, mirando a lo lejos. Debió haber estado allí todo el tiempo, pues cuando Jesús dijo que comeríamos nuestra merienda, allí estuvo él, saltando de sopetón con su canastito en alto.

Le Llevó largo tiempo relatar toda la extraña comida: el pan compartido, las nuevas relaciones contraídas, la ruptura de la reserva entre los extraños, la ternura hacia los ancianos y los niños... Luego el ritmo de la historia se aceleró. Ráfagas de viento desapacible barrieron los secos juncos. Nubes oscuras llegaron corriendo desde el noroeste. El anciano las señaló con un movimiento de su brazo: nubes negras que de repente obscurecieron el cielo. Se escuchó el grave murmullo del trueno. La multitud se irguió aprensiva. La gente se ponía de pie, reuniendo sus familias y emprendiendo el regreso a sus hogares.

—La obscuridad se extendía rápidamente. Las bajas nubes negras, atravesadas por líneas candentes, dentadas, fueron derramando torrentes de agua que enfangaban la arena quemada por el sol. Felipe era de opinión que debíamos refugiarnos, sin perder tiempo, en el pequeño villorrio de Betsaida, a dos millas hacia el este. Pedro proponía anclar la barca y usar la vela mayor para cubrirse. Y cuando estaban en esto, Jesús manifestó que embarcaríamos en seguida para volver a Cafarnaúm... Dijo que no teníamos nada que temer. Pero, a pesar de ello, teníamos miedo. Algunos trataron de hacerle objeciones. Yo no dije nada. Los ancianos somos tímidos —observó directamente para Marcelo—, Cuando hay peligros que enfrentar, deben quedarse tranquilos, pues de cualquier modo poco es lo que pueden hacer.

—Yo hubiera pensado —comentó Marcelo cortésmente— que la experiencia de un hombre de edad sería una sabia consejera en cualquier ocasión.

—¡En una tormenta no, joven! —declaró Bartolomé—. ¡Un anciano puede darte buenos consejos a la sombra de una higuera, en una tarde de sol, pero en una tormenta no!

El bote había estado anclado al socaire en una ensenada, pero fue con gran dificultad que avanzaron penosamente sobre y entre las olas. Completamente cansado, Jesús se había dejado caer sobre el banco desnudo, cerca del timón, y lo cubrieron con un pedazo de vela rota.

Moviendo los remos, habían maniobrado alejándose de la costa; izaron un pequeño foque, que fue prontamente arrancado y la tempestad aumentó su furia de repente. Ninguno de ellos había estado nunca en una tormenta así. Ora el bote era agitado en la cresta de una ola, ora se lo tragaban olas gigantescas que se rompían sobre sus cabezas; aquel diluvio los arrojaba de sus asientos y arrebatava los remos de sus manos. El barquito así maltrecho se estaba inundando rápidamente. Todos los remos menos cuatro habían sido ya abandonados; el resto de la tripulación desaguaba frenéticamente. Pero el agua los ganaba... ¡Y Jesús dormía!

Justo deslizó una pregunta, ahora que Bartolomé, cuya evocación fiel del duro trabajo realizado aquella noche le había producido grandes gotas de sudor sobre su frente arrugada, se había detenido para agitar su abanico de hojas de palmera.

—Vosotros pensasteis que Jesús se levantaría para ayudaros, ¿verdad?

Los labios del anciano se dilataron en una sonrisa de autorreproche.

—Pues bien —admitió—, tal vez... Pensamos que después de habernos puesto en dificultades, ¡podría darnos una mano con los baldes! Desde luego —se apresuró a explicar—, no éramos dueños de nosotros mismos. Estábamos muy agitados. El asunto era de vida o muerte; y nos hallábamos todos completamente exhaustos, con ese cansancio que hace que a cada respiración el pecho a uno le silbe y queme.

—¡Y entonces le gritasteis! —reprochó Justo.

—¡Sí, le gritamos! «¡Maestro!»». —Bartolomé se volvió a Marcelo—. Y le dije: «¡Vamos a naufragar! ¡El barco se está hundiendo! ¿No te preocupas de ellos?». —Sacudió la cabeza y se agitó ante el recuerdo—. ¡Sí! —murmuró contrito—. ¡Yo le dije eso a mi Maestro!

Al cabo de un momento de silencio. Bartolomé exhaló un profundo suspiro y continuó: —Jesús se había despertado y sentado; estirando sus largos y fuertes brazos pasaba sus dedos por los cabellos revueltos.

—¿No estaba alarmado? —inquirió Marcelo.

—¡Jesús nunca estuvo alarmado! —replicó Bartolomé con cierta indignación—. Se puso de pie y se adelantó, esquivando el agua, con las manos levantadas para mantener el equilibrio, mientras se acercaba al palo mayor. Trepando por la pesada entabladura, permaneció durante un momento con un brazo alrededor del mástil, observando las crestas de las olas. Entonces levantó ambos brazos. Gritamos, esperando verlo arrojado por la borda. Levantó ambas manos, bien estiradas... ¡y habló! No fue un agudo grito. Fue algo así como si uno tratara de calmar a un animal

asustado. «Paz», dijo, «¡Paz! ¡Que todo se calme!».

La culminación del relato había llegado a tal grado de intensidad que el corazón de Marcelo latía aceleradamente. Se inclinó y con ojos dilatados miró al anciano.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó.

—La tormenta cesó —declaró Bartolomé.

—¡No inmediatamente! —protestó Marcelo.

Bartolomé levantó su brazo con lentitud e hizo chasquear sus viejos dedos.

—¡Así es! ¡Inmediatamente! —exclamó.

—Y salieron las estrellas —añadió Justo.

—No recuerdo —murmuró Bartolomé.

—Felipe afirma que salieron las estrellas —insistió tranquilamente Justo.

—Puede ser —asintió Bartolomé—. No recuerdo.

—Algunos añaden que el bote se secó en seguida —murmuró Justo, haciendo un ligero guiño al anticipar la réplica del anciano.

—¡Ése es un error! —bufó Bartolomé—. ¡Si algunos de nosotros desagotamos el bote durante todo el camino de regreso hasta Cafarnaúm! Quienquiera que haya dicho eso no debió haber ayudado.

—¿Cómo os sentisteis después de ese extraño asunto? —preguntó Marcelo.

—No teníamos mucho que decir —recordó Bartolomé—. Creo que nos quedamos atónitos; ¡había habido tanta confusión, y luego se hizo todo tan sereno! El agua, todavía cubierta de espuma, estaba calma como la de un estanque... En cuanto a mí, yo experimenté una peculiar sensación de paz. Tal vez las palabras que Jesús había dicho a la tormenta nos habían calmado a nosotros también, a nuestros corazones.

—¿Y él qué hizo? —preguntó Marcelo.

—Volvió al banco cercano al timón y se sentó —respondió Bartolomé—. Apretaba el manto contra sí, pues estaba húmedo y frío. Al cabo de un rato se volvió hacia nosotros, sonriendo con reproche, y nos dijo como si hablara a niños pequeños: «¿Por qué os asustasteis tanto?». Nadie se aventuró a contestar. Quizá él no esperaba que le dijéramos nada. Al momento se recostó, con el brazo por almohada, y se durmió otra vez.

—¿Estás seguro de que se hallaba dormido? —preguntó Justo.

—No. Pero permanecía quieto y sus ojos los tenía cerrados. Tal vez estaba pensando. Todos creíamos que dormía... Hubo un pequeño comentario. Fuimos hasta el centro del barco y nos miramos unos a otros a la cara. Recuerdo lo que susurró Felipe: «¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y las olas le obedecen?».

El relato había terminado. Marcelo, para quien había sido hecho, sabía qué estaban esperando de él. Permaneció inclinado en su silla, mirando fijamente el canastito que había hecho con sus dedos entrelazados. Bartolomé no era un mentiroso... Bartolomé era un anciano perfectamente cuerdo. Pero, ¡por todos los dioses! ¡Uno no podía creer una historia como ésa! ¡Un hombre hablándole a una tormenta! ¡Hablándole a una tormenta como a un caballo encabritado! ¡Y la tormenta

obedeciendo su orden! ¡No! ¡No se podía admitir esto!... Sintió que los amistosos ojos de Justo le auscultaban. Al momento se enderezó un poco y negó con un movimiento de cabeza.

—¡Muy raro! —murmuró sin levantar la vista—. ¡Verdaderamente muy raro!

* * * * *

La tarde estaba bien avanzada cuando el canoso capitán de la guardia llegó para libertar al legionario que había arrancado la Oreja a un visitante, compañero de armas de Minoa.

Demetrio observaba atentamente por la pequeña abertura de su puerta cuando el cerrojo de la del vecino fue levantado, esperando oír furtivamente alguna conversación sobre la liberación del prisionero; pero quedó desilusionado. Ninguno de los hombres habló. La pesada puerta fue empujada y salió el legionario. El capitán de la guardia lo precedió en el oscuro corredor. El sonido de sus sandalias al rozar el suelo de piedras, se fue disipando.

Un poco después, una excitación general corrió por la prisión: voces guturales, abrir de puertas y ruido de cacharros y vasijas; el sonido bienvenido del agua chapoteando. La hora de la comida había llegado, saludada con el consiguiente batir de palmas, con chirridos de cadenas y largas aspiraciones nasales. La boca y la garganta de Demetrio estaban secas; movía la lengua con dificultad. Su cabeza vacilaba. No podía recordar haber estado alguna vez tan sediento, ni siquiera en la inmunda galera en que hizo el viaje de: Corinto a Roma, muchos años atrás.

Parecía que nunca iban a llegar al final del corredor. Esperaba que el agua le fuera alcanzada antes de llegar a su celda. Era todo lo que deseaba: ¡agua! En cuanto a la comida, eso no importaba, pero debía tener agua, ¡ahora mismo!

Por fin llegaron a su puerta, corrieron el cerrojo y la abrieron. Dos esclavos sirios, con las orejas marcadas, rudos y sucios, aparecieron en la puerta. El más bajo y rechoncho —la barba rala, pómulos hundidos y manos grasientas— sumergió el cucharón en un balde casi vacío de potaje mal oliente y señaló malhumorado la vasija del estante. Demetrio, no pensando en otra cosa que no fuera aquella sed devoradora, había estado esperando con el jarro del agua en la mano. Alcanzó el cacharro para la comida y el sirio echó en él con gesto insolente un cucharón de guiso de garbanzos calientes. Luego buscó en el fondo de una sucia canasta y sacó una rebanada de pan negro que arrojó sobre el banco, donde rebotó y sonó como una piedra.

Retrocediendo para dejar lugar a su compañero, el rechoncho individuo bordeó la pared del corredor, y el alto penetró con una ánfora llena de agua sobre el hombro. Medio enloquecido por la sed, Demetrio elevó su cacharro bien alto. El sirio, con una sonrisa de burla, como si lo divirtiera ver al griego en tal situación, inclinó el jarro y desde una considerable altura vertió un chorro que rebasó el jarro, mojando las ropas del prisionero.

Apenas quedó más de una cucharada en el jarro. El sirio volvió hacia la puerta.

—¡Dame agua! —exclamó Demetrio roncamente. El individuo le echó una mirada despectiva, inclinó la vasija nuevamente y vertió el agua restante sobre los pies de Demetrio. En tono burlón, pero vigilante, se volvió hacia la salida.

Aunque el cacharro no era grande, resultaba pesado y grueso, y en las manos de un hombre tan sediento y furioso como Demetrio podía ocasionar no poco daño. Si no hubiera sido por el grueso copete que cubría su frente, el jarro podría haber roto la sien del sirio, pues había sido lanzado con toda la puntería de que Demetrio era capaz.

Al tiempo que la vasija caía rompiéndose en fragmentos, el sirio, farfullando con rabia, sacó una daga de su sucio cinturón y se abalanzó contra Demetrio.

El guiso caliente no habría sido preferido por Demetrio en una elección de armas, pero no le quedaba otro remedio ahora, de modo que lo largó contra la cara de su contrincante. Momentáneamente detenido por el inesperado ataque, el sirio recibió otro golpe más serio. Levantando el recipiente para la comida con ambas manos, Demetrio lo partió salvajemente sobre el hombro del individuo, haciendo caer la daga de sus manos.

Desarmado, el otro se escurrió al corredor, donde el rechoncho, impedido de abrirse camino para entrar en la celda, estaba esperando el resultado de la lucha. Demetrio aprovechó este momento y recogió el arma. Con el camino despejado, el rechoncho, daga en mano, iba a precipitarse sobre él, pero al ver que el prisionero se había armado, retrocedió y comenzó a balancear la puerta para cerrarla.

No deseando ser atrapado y probablemente asesinado con una lanza a través de la mirilla, Demetrio echó todo su peso contra la puerta que se estaba cerrando y forzó su salida al corredor. Excitados por la confusión, los prisioneros levantaron un clamor de exclamaciones alentadoras que atrajeron al viejo capitán de la guardia y a otros tres que bajaron corriendo por la escalera de piedra. Se detuvieron a pocos pasos del lugar de la pelea. Uno de los jóvenes guardias quiso lanzarse a separarlos, pero el capitán, extendiendo un brazo, lo impidió: no todos los días podía verse una lucha con dagas. Cuando dos hombres furiosos se encontraban a corta distancia con dagas, había ocasión de presenciar un deporte brutal.

Cautos, en sus estrechos lugares, los contendientes estaban estudiándose y midiéndose mutuamente. El sirio, diez centímetros más bajo, pero considerablemente más pesado que el griego, rebelaba la tensión de un resorte. Uno de los guardias vació su abultado bolso en la mano.

—¡Dos dineros y nueve denarios por el cerdo sirio! —apostó.

Los otros negaron con movimientos de cabeza. El griego estaba en desventaja. La daga era el arma favorita de los sirios, con su hoja larga y curva. Se consideraba buena estrategia deslizarse detrás de su enemigo en la obscuridad y enterrársela entre las costillas, un poco más abajo del hombro izquierdo. En tales ocasiones se necesitaba un cuchillo largo. Demetrio no desconocía la daga, pero nunca había

practicado con una que había sido hecha especialmente para apuñalar a un hombre por la espalda.

Le iba resultando molesta el arma de que se había apropiado, en ese angosto corredor. Era aquélla una lucha cerrada y decididamente peligrosa. El sirio alto acechaba en la oscuridad un poco distanciado de su compañero. El rechoncho, frente a un apreciable grupo de guardias, parecía ansioso de llevar el asunto a una pronta conclusión. Ahora peleaban activamente. Las hojas, al encontrarse, desprendían destellos en la penumbra. Demetrio estaba retrocediendo gradualmente, siempre a la defensiva. Los guardias se corrían hacia atrás para hacerle lugar. El ritmo de la lucha se aceleraba, pues el sirio forzaba la acción.

—¡Ah! —exclamó, y un tajo oscuro y húmedo se apareció en la manga derecha del griego, sobre el codo. Un instante más tarde, un largo corte pudo verse en la palma de la mano del sirio, Éste agitó rápidamente el brazo para despedir la sangre, pero no con la suficiente rapidez. Otro corte fulmíneo se había abierto en su cuello. Demetrio prosiguió su avance y añadió otro tajo en la mano de su adversario.

—¡En guardia, griego! —exclamó el capitán. El sirio alto, en la retaguardia, había alargado su brazo para arrojar un pedazo del jarro roto. Demetrio se esquivó ante la advertencia y el proyectil rozó el costado de su cabeza.

—¡Basta! —gritó el capitán. Tomando a Demetrio por el hombro, lo hizo a un lado. Los jóvenes guardias lo siguieron con las lanzas listas.

—¡Déjalo, cochino! —ordenó el capitán.

El alto obedeció mientras el rechoncho agitaba su daga ensangrentada, acosado por los guardias. El grupo se encaminó por el corredor y subió las escaleras. Al llegar al piso principal inició el camino por el espacioso vestíbulo y salieron al patio. Trajeron agua, lavaron las heridas y las vendaron. Demetrio asió un jarro de agua y la bebió ávidamente. El corte de su brazo era hondo y doloroso, y la ancha herida de su frente le abrasaba: pero ahora que había tomado un trago largo lo demás no importaba mucho.

El capitán dio orden de marchar y volvieron a entrar al pretorio, doblaron a la izquierda por una ancha escalinata de mármol, y subieron al segundo piso. Ante una puerta imponente un centinela, informó al guardia que el capitán Namio deseaba ver al legado. El soldado desapareció, regresando al momento y asintiendo brevemente con la cabeza. Pasaron por la puerta abierta y penetraron en el suntuoso cuarto, brillantemente iluminado con grandes lámparas suspendidas de hermosas cadenas forjadas. Las heridas de Demetrio latían, pero no sentíase él tan malamente herido como para perder el ánimo. Paulo, agitando un cubilete, enfrentaba a Sexto a través de la adornada mesa que dominaba el salón desde un estrado, en un extremo del cuarto. En efecto, Paulo, transferido al comando del fuerte de Cafarnaúm, había traído consigo a su viejo compañero de andanzas. Los guardias y su prisionero, precedidos por dos centinelas de brillantes uniformes, marcharon hacía ellos. El legado echó una mirada sin interés en aquella dirección y volvió a prestar atención al

asunto más importante que tenía entre manos. Agitando el cubilete, echó los dados sobre la pulida mesa y se encogió de hombros. Sexto sonrió, tomó el cubilete, lo sacudió con indiferencia, volcó los dados... e hizo un mal gesto. Paulo rió y se sentó en la enorme silla detrás de la mesa. El centurión Sexto prestó atención.

—¿Qué pasa, Namio? —exclamó Paulo.

—Los sirios estuvieron peleando con este prisionero griego, señor.

—¿Qué pasó? —preguntó Paulo con impaciencia.

El capitán no lo sabía exactamente: los esclavos sirios estaban llevando la comida a los prisioneros y algo había ocurrido con el griego.

—¡Acércate, griego! —Los ojos de Paulo se entrecerraron. Estaba buscando en su memoria. Demetrio avanzó hacia él, haciendo gestos para disimular una sonrisa. Sexto se inclinó y murmuró algo. Los ojos de Paulo se iluminaron. Asintió y sonrió secamente.

—¡Llévate a los sirios por el momento, capitán! —dijo el legado—. Quiero hablar con este griego.

Esperó hasta que los guardias y los sirios dejaron la habitación.

—¿Estás malherido, Demetrio? —preguntó Paulo amablemente.

—No, señor. —Demetrio se estaba dando cuenta de que el cuarto parecía girar y ponerse oscuro. La ruda faz del legado se hacía borrosa. Oyó a Paulo gritar una orden y sintió el borde de una silla puesta tras de él. Se dejó caer débilmente. Un centinela le alcanzó un vaso de vino. Lo bebió. Al momento, el vértigo desapareció.

—Lo siento, señor...

—¿Cómo estás aquí, Demetrio? —inquirió Paulo con impaciencia—. Pero no, eso puede esperar... ¿Dónde está tu amo?

Demetrio se lo dijo con voz débil aún.

—¿Aquí? ¿En Cafarnaúm? —exclamó Paulo—. ¿Y qué es lo que puede haber traído al excelente tribuno Marcelo a esta ciudad triste y mísera?

—Mi amo había tomado un encargo de cierto tejido galileo, señor. Ha estado viajando por eso, buscando tales cosas.

Paulo frunció el ceño y miró sombríamente la cara de Demetrio.

—¿Está bien?... de la cabeza, quiero significar.

—Sí, señor. Completamente.

—Corrió un rumor... —Paulo no terminó la frase, pero era evidente que esperaba una pronta respuesta. Demetrio, no acostumbrado a estar sentado delante de sus superiores, se puso de pie sin firmeza.

—El tribuno estuvo enfermo, señor, durante algunos meses, Se hallaba profundamente deprimido. Fue a Atenas y se curó.

—¿Por que estuvo tan deprimido, Demetrio? —preguntó Paulo: y como la respuesta no llegaba en seguida, añadió—: ¿Lo sé acaso yo?

—Sí, señor.

—Algo falló en él cuando se puso aquella túnica en el banquete del procurador.

—Sí, señor... Le hizo algo...

—Recuerdo. Lo afectó extrañamente —Paulo se movió tratando de alejar aquel recuerdo desagradable—. Ahora, en cuanto a lo tuyo: ¿Por qué estás aquí?

Demetrio le explicó en pocas palabras, y cuando Paulo inquirió sobre la lucha, contestó que deseaba agua y el sirio no se la dio.

—¡Conduce aquí al capitán Namio! —ordenó Paulo.

Un centinela salió y volvió casi inmediatamente con los guardias y los sirios. El interrogado fue muy somero. Namio hizo el relato del duelo en el corredor.

—Los detuvimos —concluyó— cuando este sirio recogió un trozo del cacharro roto y se lo arrojó al griego.

—¡Llévatelo y dale treinta y nueve latigazos con una cuerda anudada! —ordenó Paulo—. ¡Encadena al otro cerdo y procura no engordarlo! Es todo, capitán.

—¿Y el griego, señor?

—Ponlo en la cama y llama a un médico para que atienda sus heridas.

Namio dio una orden. Los guardias se llevaron a los sirios.

—¿Puedo irme ahora, señor? —preguntó Demetrio.

—Sí... con el capitán. No..., espera. Puedes retirarte, Namio. Yo te llamaré.

Paulo observó la figura del viejo guardia que retrocedía hasta que llegó a la puerta; entonces, echando una mirada alrededor de la habitación, dijo tranquilamente:

—Todos os podéis ir —miró por encima de su hombro—. Tú también, Sexto. Quiero hablar unas palabras a solas con Demetrio.

* * * * *

Casi no tenían nada que decirse al retornar a la posada. Justo, absorto e inspirado, como si aquella tarde pasada con Bartolomé hubiera vigorizado su espíritu, caminaba con pasos firmes y serenos.

En cuanto a Marcelo, la historia del anciano discípulo lo había impresionado y perturbado. Si no hubiera conocido nada de Jesús hasta ese día, y Bartolomé hubiese dicho: «He oído a ese hombre hablar a la tormenta, y la tormenta cesó», él hubiera rechazado el asunto como completamente falso. Pero los testimonios sobre los poderes peculiares de Jesús se habían acumulado. Habían llegado a él de todas direcciones.

Los pasos de Marcelo se hacían más lentos a medida que sus pensamientos le iban envolviendo. Justo, intuyendo su dilema, dirigió una sonrisa de comprensión, apuró el paso y marchó solo, dejando a su confundido cliente seguir a su placer.

El inconveniente era grave. Una vez que se empezaba a conceder que podía haber un elemento de verdad en algunos de esos relatos, resultaba irrazonable trazar una línea arbitraria más allá de la cual la credulidad no podía pasar. Sí. Era algo infantil decir: «¡Sí! creo que Jesús hizo esta cosa extraordinaria, pero no creo que haya podido hacer aquella!».

Algunos episodios admitían una explicación por el sentido común. Tomad, por ejemplo, —pensaba Marcelo—, el ingenuo relato de Arif sobre la boda. Eso no era difícil de ver. Los poros de las tinajas para el agua habían estado previamente llenos de vino. Desde luego, uno tenía que reconocer el efecto sorprendente de la personalidad de Jesús sobre los convidados a la boda, que lo admiraban, amaban y confiaban en él... ¡No, cualquiera no podía haber hecho que el agua supiera a vino! Uno no tendría inconveniente en comprenderlo. Una comida frugal y pobre podía ser un manjar delicioso al compartirla con un amigo querido. Si el episodio del cambio del agua en vino hubiera sido el único ejemplo del poder inexplicable de Jesús, no se hubiera presentado ningún problema. Pero ahí estaba la súbita revelación de Miriam de que poseía una voz inspirada; había hecho este descubrimiento sorprendente el mismo día que aquello había ocurrido en casa de Arif. Si uno admitía la historia de Miriam —y su veracidad era evidente— podía aceptar muy bien la del alfarero. Además había el extraño alimento que había saciado a los cinco mil. Aquello podía también explicarse sin dificultad; ante las palabras persuasivas de Jesús sobre la confraternidad humana, ellos habían compartido el alimento. No se tenía más que admitir el tremendo vigor de la personalidad de Jesús, lo que se hacía gustoso, pues uno no podía no creer en ello. Demóstenes había producido maravillas con sus apasionados llamamientos a los griegos. Tales infusiones de coraje y honestidad no requerían ningún milagro.

Pero ahí estaba el caso del pequeño Jonatán. Todo el pueblo de Séforis sabía que el niño había nacido cojo. Claro está que uno podía sostener que Jesús pudo haber manipulado el pequeño pie inválido y reducido así la dislocación congénita. Si ése hubiera sido el único episodio de los sorprendentes hechos de Jesús, la explicación podía bastar. Sin duda, se llegaba a la conclusión de que todos los de Séforis creían en algo que no era cierto; lo que era posible. No había límite para la credulidad de la gente sencilla. En verdad, les gusta creer en lo misterioso.

Allí estaba Lidia, curada de una larga enfermedad por sólo tocar el manto de Jesús. Pues bien, ante la propia experiencia, uno no podía decir que esto era imposible. Impulsivamente le había dicho a Justo que lo creía, y Justo pensó que estaba preparado para escuchar lo de la tormenta. Si se admitía que el poder sobrenatural de Jesús podía curar las enfermedades físicas y mentales de aquellos que solamente habían tocado su manto, ¿por qué razón debía uno rechazar la idea de que hubiera podido calmar una tormenta? Una vez atribuidos poderes sobrenaturales, ¿qué clase de hipótesis podía hacerse para redactar una lista de excepciones en las cosas peculiares que podía y no podía hacer?... Pero eso de la tormenta era mucho. ¡Demasiado! Aquí no había una multitud sometiéndose ante la voz persuasiva del galileo. ¡Ésta era una inanimada e insensible tempestad! ¡Si Marcelo concedía a Jesús ese poder, admitía implícitamente que era divino!

—Me he tomado la libertad de pedir a Shalum que nos prepare un pescado —anunció Justo, mientras Marcelo se acercaba lentamente a la tienda—. Cenaremos en

la hostería. Será mejor que mi humilde cocina.

—Muy bien —asintió distraído Marcelo—. ¿Saben algo de Demetrio?

—No. Y eso que he preguntado en la posada.

—¡Casi había olvidado a mi pobre compañero! —confesó Marcelo—. He tenido mucho en qué pensar esta tarde.

—Si Demetrio hubiera sido arrestado, te lo hubiera hecho saber —dijo Justo, con acento no muy seguro—. Pronto conocerás su paradero, creo. Con algún dinero lo dejarán en libertad, cualquiera sea la acusación. Los esclavos valiosos no permanecen mucho tiempo en la prisión... ¿Vamos a cenar, señor?

El comedor tenía capacidad sólo para una veintena de huéspedes y estaba arreglado con buen gusto. Como las facilidades para alumbrarse no eran muy grandes en las hosterías de los pueblecitos, los viajeros cenaban temprano. Los tres graves fariseos, cuyas cómodas tiendas habían sido levantadas esa tarde en el huerto de sicómoros, ocupaban una mesa en el centro de la habitación. Dos centuriones del fuerte estaban saboreando su vino en una mesa cercana a la ventana que daba al oeste, mientras esperaban ser servidos.

Shalum, cetrino, de piernas arqueadas, obsequioso, los condujo hasta la mesa de una esquina, inclinándose profundamente cuando Justo le presentó a su amigo.

—¿Es cristiano? —preguntó Marcelo cuando Shalum se hubo ido.

Justo parpadeó con sorpresa, y Marcelo sonrió burlonamente.

—Sí —respondió en un tono apenas perceptible, que incitaba empero a guardar la mayor reserva.

—Tú no creías que yo conocía esa palabra, ¿verdad? —murmuró Marcelo.

Justo no contestó; se sentó con los brazos cruzados, mirando al jardín.

—Demetrio la recogió en Jope —explicó tranquilamente Marcelo.

—Debemos tener cuidado —advirtió Justo—. Los fariseos tienen el corazón pequeño, pero las orejas grandes.

—¿Es eso un dicho? —Marcelo rió entre dientes.

—Sí, pero no para ser repetido en alta voz —afirmó Justo, partiendo una de las pequeñas tajadas oscuras. Levantó un poco la voz y dijo, indiferente—: Shalum prepara buen pan; come un poco.

—¿Vienes aquí frecuentemente?

—Ésta es la primera vez en un año y medio —confesó Justo—. La última vez que estuve en este cuarto se hallaba repleto. Shalum le daba una cena a Jesús. Todos los discípulos y otras pocas personas estaban aquí; y afuera debía haber unos cien más. Shalum les dio de comer también a ellos.

—¿No había entonces secretos sobre el particular?

—No, entonces no. Los principales sacerdotes ya estaban conspirando sobre la forma de destruir su influencia sobre el pueblo, pero todavía no se habían mostrado abiertamente hostiles.

—Es extraño —dijo Marcelo—. Cuando Jesús estaba vivo constituía una

amenaza activa para los negocios de los sacerdotes, no se hizo ningún esfuerzo por mantener sus hechos en secretos. Ahora que está muerto, vosotros debéis hablar a escondidas de él.

Justo miró a Marcelo directamente a los ojos y sonrió. Parecía hallarse a punto de dar una respuesta, pero se contuvo. Un viejo servidor llegó con la cena: pescado, en una gran fuente, lentejas con crema, higos en compota y un botellón de vino. Era una comida apetecible, y ellos tenían hambre.

—¿Estabas sentado cerca de Jesús en aquella cena? —preguntó Marcelo después de algunos minutos dedicados a la comida.

—No. Yo estaba con Matías, cerca de la puerta.

—¿Y Jesús? —inquirió Marcelo.

—Ahí mismo —señaló Justo—; donde estás tú.

Marcelo se levantó de súbito.

—¡Nadie debería sentarse aquí! —declaró.

Los ojos de Justo se dulcificaron y aprobó el sentimiento de Marcelo con una sonrisa de camaradería.

—Hablas como si tú mismo fueras un cristiano, amigo mío —murmuró. Y añadió al cabo de un rato—: ¿Te gustó el relato de Bartolomé?

—¡No era sólo para ser gustado! —replicó Marcelo—. Te confieso que estoy completamente confundido. Bartolomé es un anciano excelente. Estoy convencido de que él cree que su historia es cierta.

—Pero tú no la crees...

—Bartolomé hizo un comentario que podría arrojar un poco de luz sobre el asunto. ¿Recuerdas que dijo que se sintió en paz, calmado, cuando Jesús le habló de la tormenta? Quizá fue ésa la tormenta de esos hombres. Jesús habló a sus temores, y ellos se sintieron seguros.

—¿Te satisface esa explicación? —preguntó Justo con serenidad.

—¡Por supuesto que no! —admitió Marcelo—, ¡Pero, Justo! ¡Tú no puedes creer que Jesús contuvo una tempestad!

—¿Por qué no? —preguntó con dulzura Justo.

—¡Porque no! ¿No comprendes que eso sería algo sobrenatural? ¿Te das cuenta de que tal acto lo convierte en un dios?

—Pues bien... y si así fuera...

—Entonces te queda una cantidad de cosas por explicar. Suponte que dices que Jesús es un ser divino: ¡un dios! ¿Hubiera él permitido ser arrestado, llevado durante una noche de una corte a otra, azotado y humillado? ¿Hubiera él... este dios... consentido en ser condenado a morir en una cruz? ¡Todo un Dios! ¡Crucificado... muerto... y enterrado!

Justo permaneció durante un momento sin decir nada, la mirada fija, sin vacilar, en los ojos turbados de Marcelo. Entonces se inclinó hacia él, lo tomó por la manga y acercándosele murmuró algo a su oído.

—No, Justo —declaró Marcelo enfadado—. ¡No estoy loco! ¡No creo eso... ni tú tampoco!

—¡Pero yo lo he visto!, —insistió Justo imperturbable.

Marcelo tragó convulsivamente y negó moviendo la cabeza.

—¿Por qué decirme a mí tal cosa? —preguntó con un dejo de ansiosa impertinencia—. ¡Yo sé que no es cierto! ¡Puedes hacerles creer eso a otras personas, pero no a mí! No tenía intención de contarte esta cosa tan penosa, Justo. Pero... ¡yo lo he visto morir! ¡Vi una lanza hundida en su pecho! ¡Vi bajar su cuerpo exangüe, como el de todos los muertos!

—Todos saben eso —admitió con calma Justo—. Sí. Fue muerto y bajado a una tumba. Y en la mañana del tercer día resucitó y fue visto caminando por el jardín.

—¡Estás loco, Justo! ¡Esas cosas no ocurren!

—¡Cuidado! —advirtió el anciano—. No debemos ser oídos.

Apartando su plato, Marcelo cruzó los brazos sobre la mesa. Sus manos estaban temblando.

—Si tú crees que Jesús vive —murmuró—, ¿dónde se encuentra?

Justo negó moviendo la cabeza. Hizo un gesto de desesperanza con ambas manos y exhaló un hondo suspiro.

—No lo sé —contestó como en sueños—. Pero sé que está vivo. —Al cabo de un breve silencio, se animó un poco—. Siempre lo estoy buscando —prosiguió—. Cada vez que se abre una puerta... En cada cruce de caminos. En cada cima de colina...

Los ojos de Marcelo se agrandaron y, comprendiendo al fin, asintió.

—Ya sabía que estabas esperando a alguien —dijo—. Pero si persistes en tal hábito, perderás la razón. —Por un momento, ninguno de los dos habló. Marcelo miró hacia la puerta—. ¿Quieres decir —preguntó, cautelosamente— que no te sorprendería si Jesús llegara ahora, y le pidiese a Shalum que le sirva la cena?

Justo esbozó una amplia sonrisa ante la expresión de asombro casi infantil, de Marcelo.

—No —contestó confiadamente—. No me sorprendería del todo. Confieso que estuve completamente agitado la primera vez que lo vi... Como tú dices, tales cosas no ocurren. Son completamente imposible. Si hubiera estado yo sólo, hubiese dudado de mis sentidos; y de mi cordura también.

—¿Dónde fue? —inquirió Marcelo, tan seriamente como si esperara creer el relato.

—En la casa de Benyosef... Éramos unos pocos; unos días después que Jesús fuera muerto. Celebrábamos juntos una cena sencilla. El sol ya se había puesto, pero las lámparas aún no habían sido encendidas. Conversábamos mucho sobre la que se decía ser efectiva reaparición de Jesús. Algunos de los discípulos sostenían haberlo realmente visto. Yo no lo creía, aunque guardaba silencio... Había habido muchos rumores contradictorios. En la mañana del tercer día, algunas mujeres que fueron al sepulcro lo hallaron vacío. Una de ellas aseguraba había visto a Jesús caminando por

una huerta; más aún, afirmó que él le había hablado.

—¡Me atrevería a decir que era una simple histórica! —interrumpió Marcelo.

—Eso mismo creí yo —admitió justo—. Pero luego oímos el relato de dos discípulos que lo habían visto en el camino de Emaño y lo invitaron a cenar con ellos en una posada.

—¿Gente de confianza?

—No los conocía. Uno se llamaba Cleofás, un primo de Alfeo. Nunca supe el nombre del otro.

—Parece muy pobre testimonio.

—Lo mismo me pareció a mí. Algunos de los discípulos declararon que él había estado en el mismo aposento donde se hallaban reunidos aquella noche. Pero como se sentían sumamente excitados yo pensé que podrían haberse imaginado que lo veían. Circularon tantos rumores extraños que...

—Naturalmente —convino Marcelo—. Una vez que, las historias comienzan, las alucinaciones se multiplican... Bueno, prosigue. Estabais en casa de Benyosef...

—Juan iba a contarnos cómo él lo había visto y lo que había oído...

—¿Es ese jovenzuelo tan pensativo?

—Sí ese mismo —prosiguió Justo, sin perturbarse por las enredadoras preguntas de Marcelo—. Y cuando Juan terminó su relato, Tomás se levantó y expuso su pensamiento, que era también el mío. «¡No creo una palabra de todo ello!», gritó. ¡«Y no tengo intención de creerlo si no lo veo con mis propios ojos y toco sus heridas con mis manos!».

—¡Muchacho valiente! —observó Marcelo—. ¿Se ofendió Juan?

—No sé —contestó evasivamente Justo—. No tuvo tiempo de ofenderse... Jesús estaba de pie, ahí, junto al codo del mismo Tomás.

—¡No, Justo, no! ¡No puede ser!

—Sí... Con la misma sonrisa suavísima, compasiva que todos conocíamos tan bien.

—¿Un espectro acaso?

—¡De ninguna manera! ¡Era «él»!... Estaba un poco más delgado. Podías notar las huellas de los malos tratos que había sufrido. Tenía grandes cicatrices en la frente. Y levantó las manos hacia Tomás...

—¿Se reunieron todos alrededor de él? —preguntó Marcelo, con la garganta seca.

—No. Creo que todos estábamos inmóviles, como petrificados por la sorpresa. De fijo que yo estaba atónito. No hubiera podido moverme si me lo hubiese propuesto. Reinaba un completo silencio. Jesús permanecía allí, con las palmas levantadas y sonriendo a los ojos de Tomás. Se podían ver las profundas heridas en las palmas de sus manos. «Tócalas», dijo amablemente. Eso fue demasiado para Tomás. Se cubrió la cara con las manos, cayó de hinojos y lloró como una criatura...

El comedor se había despejado de huéspedes. El crepúsculo se estaba alejando y Shalum vino a preguntarles si había algo más que pudiera servirles.

Marcelo presentó una mirada confusa ante este neto llamado a la realidad.

—He estado contando a mi amigo algunas cosas de Jesús —dijo Justo con una sonrisa expresiva.

—Sí, sí —asintió Shalum—. Una vez, cuando él honró mi pobre morada estaba sentado ahí, señor, donde estás tú ahora.

—¿Se puso de pie y habló durante la cena? —preguntó intrigado Marcelo.

—No se levantó para hablar —recordó Justo.

—Contó una parábola —dijo Shalum—. Parece que alguien le pidió que explicase qué significa «mi vecino», tal como está escrito en nuestra Ley.

—Y Jesús contó que un hombre había estado viajando de Jerusalén a Jericó, camino por cierto peligroso; y fue asaltado por beduinos que lo desvalijaron, robaron e hirieron, dejándolo medio muerto. Un sacerdote llegó y lo vio, pero pasó de largo. Un levita también se detuvo a mirar, pero luego siguió su camino. Pero llegó un samaritano (nosotros no estimamos mucho a los samaritanos por aquí, señor), se bajó de su cabalgadura, vendó las heridas del desdichado, y lo llevó hasta una hostería. «¿Cuál de estos hombres», preguntó, «es vecino del que cayó entre ladrones?».

—Eso era fácil de contestar, creo —observó Marcelo—. Si yo hubiera estado aquí, hubiese hecho otra pregunta. Me han contado que Jesús no era amigo de luchar... a despecho de las circunstancias. Ahora bien, si el excelente samaritano hubiera llegado mientras los beduinos estaban zurrando al infortunado viajero, ¿qué cabía esperar que él hiciese: ponerse a defenderlo o esperar hasta que los ladrones hubieran terminado su tarea y huido?

Shalum y Justo cambiaron miradas interrogadoras, cada uno invitando al otro a contestar.

—Jesús tenía interés solamente en vendar las heridas —dijo Justo—, no en infligirlas.

—¿Contesta eso a tu pregunta, señor! —preguntó Shalum.

—No —dijo Marcelo—... Vámonos, Justo... Se está haciendo tarde.

—El pescado estaba muy rico. ¡Shalum! ¡Prepáranos otro para el desayuno!

Levantando la pequeña lámpara de que Shalum los había provisto, Justo marchó delante, a través del terreno bien cuidado, hasta la tienda, donde encendieron la lámpara grande, de ellos, colgándola en el palo central. Marcelo desató las correas de sus sandalias, se sacó el cinturón, y se recostó en su catre, siguiendo con la mirada a Justo mientras éste preparaba su cama.

—¿Y entonces qué pasó —preguntó Marcelo— después que Tomás miró las heridas?

—Benyosef llenó un plato y se lo ofreció a Jesús —dijo Justo, sentándose en el borde de su litera—. Había un pedazo de pescado ahumado, una tajadita de pan, y un poco de miel. Y Jesús lo comió.

—¡No era un espíritu, entonces! —observó Marcelo.

—No lo sé —balbuceó Justo, indeciso—. Lo comió, en parte al menos. El día

moría rápidamente... Felipe sugirió que se encendieran las lámparas. Andrés fue y volvió con una antorcha. Cuando Benyosef levantó una lámpara y Andrés la encendió Jesús ya no estaba allí.

—¿Se había desvanecido? —Marcelo se sentó.

—No sé. Se estaba poniendo bastante oscuro allí. Podía haberse ido por la puerta. Pero nadie oyó que fuera abierta o cerrada.

—¿Había llegado él por la puerta?

—No sé. Yo no la oí. Sólo lo vi cuando él estaba de pie al lado de Tomás. Y luego, cuando se encendió la luz, no estaba más allí.

—¿Qué supones que pasó?

—No sé.

—Justo movió la cabeza. Hubo un largo silencio.

—¿Volviste a verlo otra vez? —preguntó Marcelo.

Justo asintió.

—Una vez más —dijo—, aproximadamente un mes después. Pero entretanto fue visto por aquí, en Galilea... Te diré. Una cosa muy desgraciada ocurrió la noche en que Jesús fue juzgado. Cuando él estaba frente al viejo Anás, Simón se hallaba esperando en el patio donde los legionarios habían hecho fuego. Una sierva le preguntó: «¿Eres amigo de ese galileo?». Y Simón dijo; «No, no lo conozco».

—Pero yo creía que Simón era el jefe de los discípulos —observó Marcelo.

—Eso es lo que empeoró las cosas —suspiró Justo—. Ordinariamente, Simón es un hombre valiente, con mucho coraje. Pero por cierto que aquella noche tuvo una actitud que no le honró mucho. Siguió solo, a cierta distancia, cuando llevaron a Jesús al Pretorio, y esperó en la calle de enfrente a que terminara el juicio. No sé donde fue, después que el cortejo se encaminó al lugar de la ejecución, o dónde pasó esa noche y el día siguiente. Le oí confesar todo. Estaba lleno de remordimiento y se apresuró a regresar.

—Así que Simón no estuvo presente en esa primera ocasión cuando los discípulos pensaron que habían visto a Jesús.

—No, pero Jesús les dijo que no dejaran de contárselo a Simón.

—¿Sabía Jesús que Simón había negado su amistad?

—¡Oh, sí, lo sabía! Por eso mismo estaba tan ansioso de que le hicieran saber a Simón que todo marchaba ya bien... Pues bien, a la mañana siguiente, los hermanos Cebedeos y Tomás decidieron llevar a su casa al viejo Bartolomé. Había estado enfermo. Lo montaron en un asno y partieron para Galilea, donde encontraron a Pedro inquieto y acongojado y le contaron lo que había pasado. Él se aprestó a volver rápidamente a Jerusalén, pero le aconsejaron que esperara, pues las noticias del retorno de Jesús eran comentadas y los sacerdotes hacían preguntas y vigilaban la tienda de Benyosef. Aquella noche se fueron a pescar. Por la mañana temprano, al alba, partieron y navegaron hacia la ribera del este. Bartolomé cuenta que cuando estaban a unos doscientos codos de la costa, mojados y cansados por la larga noche

pasada sobre el agua, fueron despertados súbitamente por un fuerte grito y una zambullida. Simón había saltado por la borda y estaba nadando. Todos se empinaron para ver qué le había pasado. Y vieron a Jesús de pie, al borde del agua, esperando. Fue un tierno encuentro, pues Simón había estado con el corazón destrozado.

—Y entonces —la voz de Marcelo era impaciente—, ¿se desvaneció como antes?

—No en seguida. Prepararon pescado para desayunarse en la playa. Él se sentó y conversó con ellos durante una hora, demostrando especial atención por Simón. — ¿De qué hablaron?

—De sus deberes futuros —respondió Justo—: recordar y contar las cosas que habían aprendido. Él volvería, dijo, aunque no podía determinar el día ni la hora. Deberían estar alerta por su regreso.... Después que comieron, alguien sugirió que volvieran a Cafarnaúm. Había encallado el bote, y todas las manos, excepto las de Jesús, se dedicaron a trabajar, poniéndolo nuevamente a flote. Bartolomé estaba a bordo, aparejando una vela. Los otros treparon por el costado y agarraron los remos. Cuando buscaron a Jesús, ya no estaba a la vista.

—¿Pero volvió a aparecer en otro momento?

—Sí. La última vez yo estaba presente. Fue en la cima de un cerro de Judea, unas cuantas millas al norte de Jerusalén. Quizá te haya contado que los discípulos de Jesús y otros amigos estaban estrechamente vigilados durante aquellos días. Tales encuentros debían producirse de noche, tarde, y en lugares oscuros. En Jerusalén, la gente del templo tenía legionarios del Pretorio patrullando las calles en nuestra búsqueda. Por aquí, en Galilea, Herodes Antipas y Julián, el legado, habían sentenciado a muerte a cualquiera que mencionase el nombre de Jesús.

—¿Ellos también creían que él había resucitado? —inquirió Marcelo.

—Tal vez no... No sé. Pero sabían que habían fallado al intentar deshacerse de él. Ellos pensaron que la gente olvidaría pronto para volver a sus asuntos habituales; pero pronto se vio que Jesús había puesto en movimiento algunas fuerzas...

—No entiendo —interrumpió Marcelo—. ¿Qué fuerza?

—Pues bien, es el caso que los ingresos del templo estaban disminuyendo. Cientos de personas acostumbradas a pagar diezmos se mantuvieron alejadas de las sinagogas cuyos sacerdotes habían perseguido a Jesús. No había violencia, pero en los mercados de toda Judea, Samaria y Galilea, los mercaderes que pensaron ganar el favor de las autoridades denunciando a Jesús, encontraban que sus negocios iban de mal en peor. Los cristianos se protegían unos a otros. Era evidente que había cohesión y que tenían un entendimiento secreto. Se publicó un edicto prohibiendo toda asamblea de los partidarios de Jesús. Nosotros mismos acordamos no mantener más encuentros por aquella época, hasta que fuera menos expuesto.

—¿Cuántos cristianos había en Jerusalén por aquel tiempo? —preguntó Marcelo—. ¿Una veintena, tal vez?

—Cerca de quinientos que se declararon tales. Una tarde, unas cinco semanas después de la crucifixión. Alfeo vino a mi casa para decirme que Simón había

convocado a una reunión. Una semana más tarde nos encontramos a la salida del sol sobre una colina muy apartada de la carretera, donde a menudo habíamos pasado un día de descanso cuando Jesús estaba con nosotros. Sabiendo que era peligroso ser vistos por los caminos en compañía de otros de nuestra creencia, viajábamos solos. Era una mañana hermosa. Cuando llegué al sendero muy familiar que conducía a través de los campos hacía el cerro, vi, a la luz del alba temprana, a algunos hombres precediéndome, aunque no pude identificar a ninguno, salvo a Simón, que es un hombre muy alto. Cuando la subida se hacía más empinada, encontré a Bartolomé apoyándose en su bastón, ya cansado y respirando trabajosamente.

—¿Había hecho el viaje desde Cafarnaúm? —preguntó Marcelo.

—Sí. Y había empleado una semana en ello. Pero parecía que el cerro era excesivo para él. Le aconsejé que no intentara subirlo, pues su corazón podía fallarle, pero no me escuchó. Le di, pues, el brazo y seguimos ascendiendo, trabajosamente, lentamente, por el tortuoso sendero que se hacía cada vez más dificultoso. De vez en cuando divisábamos a los demás, muy separados, mientras trepaban la abrupta cuesta. Estábamos por la mitad del camino cuando Bartolomé se detuvo, señaló con su bastón, y exclamó con voz ronca: «¡Mira! ¡Sobre la roca!». Miré y... ¡allí estaba él! Llevaba un manto blanco. La luz del sol lo hacía aparecer resplandeciente. Estaba en pie sobre la gran roca blanca, en la cima, esperando.

—¿Os sentisteis sorprendidos?

—No, sorprendidos no, ¡pero ansiosos por apurarnos! Bartolomé me insto a que lo dejara, haría el resto del camino solo. Pero el buen anciano estaba, medio muerto de cansancio, de modo que seguí sosteniéndolo por todo el trayecto. Cuando por fin llegamos a la pequeña planicie, en un sombreado huerto, lo vimos. Jesús estaba de pie, con ambos brazos extendidos en un gesto de bendición. Los discípulos se iban arrodillando a medida que llegaban. Simón se cubrió el rostro con sus grandes manos y se inclinó hasta que su cabeza tocó el suelo. El pobre viejo Bartolomé, muy conmovido y completamente extenuado, no pudo dar un paso más. Cayó sobre sus rodillas. Lo mismo hice yo, aunque estaba por lo menos a unos cien codos de los demás. Inclinamos todos la cabeza.

La voz de Justo se quebró y por un momento permaneció embargada por la emoción. Marcelo esperaba en silencio que se recobrase.

—Al cabo de un rato —continuó débilmente Justo—, oímos un murmullo de voces. Levantamos la vista. Él se había ido.

—¿Adónde, Justo? ¿Adónde crees que se fue? —preguntó Marcelo con voz ronca.

—No lo sé, amigo mío. Sólo sé que está vivo, y siempre estoy esperando verlo. Algunas veces tengo conciencia de él, como si se hallara cerca. —Justo sonrió dulcemente, con los ojos llenos de lágrimas—. Esto lo mantiene a uno bueno —continuó—. Le quita, la tentación de defraudar, mentir o herir a alguien, cuando sabe que para siempre Jesús está al lado suyo.

—Temo que me sentiría muy incómodo —observó Marcelo— sí fuera perpetuamente vigilado por alguna presencia invisible.

—No. Sí esa presencia te ayuda a defenderte contra ti mismo, no, Marcelo. Es en cambio una gran satisfacción tener a alguien cerca para que seamos siempre mejores.

Justo de repente se puso de pie y fue hasta la puerta de la tienda. Una antorcha temblaba entre los árboles.

—¿Alguien viene? —inquirió Marcelo incorporándose.

—Un legionario —murmuró Justo.

—Noticias de Demetrio, tal vez.

Marcelo se unió a Justo en la puerta de la tienda. Un legionario se detuvo ante ellos.

—Traigo un mensaje —anunció— del legado Paulo al tribuno Marcelo Lucano Galión.

—¡Tribuno! —murmuró Justo con voz, agitada.

—El legado presenta sus saludos —continuó el legionario en tono grave— y desea que su excelente amigo, el tribuno Marcelo, sea su huésped esta noche en el fuerte. Si tú lo deseas, puedes acompañarme, señor, y yo te alumbraré el camino.

—Muy bien —dijo Marcelo—. Estaré listo en un momento. Espérame a la entrada.

El legionario levantó su lanza en un saludo y se apartó.

—¡Al parecer Demetrio está a salvo! —exclamó alegremente Marcelo.

—¡Y yo he traicionado a mi gente! —balbuceó Justo dejándose caer sobre el catre—. ¡He entregado a mis compañeros en manos de mis enemigos!

—¡No, Justo, no! —Marcelo le puso una mano sobre el hombro—. Todo esto puede parecerle extraño; ¡pero te aseguro que no soy un espía! Es posible más bien que yo ayude a tu gente. Espérame aquí. Volveré al mediodía.

Justo no emitió respuesta; se sentó desanimado y permaneció con la cara entre las manos hasta que los pasos de Marcelo se apagaron en la lejanía.

Fue para el anciano una larga noche de agonía y remordimiento. Cuando la primera luz pálida azulada apareció, el galileo, con el corazón oprimido, reunió sus pocas pertenencias, hizo su camino por la tranquila calle, trabajosamente, pasando el viejo fuerte en dirección a la plaza. Durante largo tiempo estuvo sentado sobre los escalones de mármol de la sinagoga, y cuando el sol se elevó se dirigió hacia la casita donde había dejado a Jonatán.

La madre de Tomás estaba en la cocina preparando el desayuno.

—Vienes temprano —dijo—. No te esperaba tan pronto. Me imagino que todo está bien —añadió observando su cara turbada.

—Quiero ponerme en camino lo antes posible —replicó él.

—Pero... ¿dónde están el joven romano y su pequeña caravana?

—Ellos permanecerán aquí —dijo Justo gravemente—. Jonatan y yo nos vamos a casa.

DIECIOCHO

PAULO se hallaba al mando del fuerte de Cafarnaúm desde hacía sólo una semana, pero, ya sabía que no le iba a gustar aquello.

Durante doce años había estado esperando salir de Minoa. Era un estigma hallarse confinado allí, y el Imperio quería que se entendiera que el nombramiento en ese fuerte equivalía a una degradación.

Los edificios eran feos y pobres, el equipo malo, el clima abominable. Ninguna disposición se había tomado jamás para un adecuado suministro de agua a los campos resecaos por el sol. No había árbol, ni flor o una brizna de hierba; ¡ni siquiera una mala hierba! El ambiente estaba siempre lleno de polvo amarillo y abrasador. Uno no se podía mantener limpio aunque quisiera; además, después de unos cuantos meses en Minoa, ya no importaba eso.

La guarnición era haragana, insolente, sucia y ruda. Con poco que hacer, excepto en las esporádicas incursiones breves y salvajes contra los beduinos, la disciplina se mantenía elástica e irregular. No había diversiones decorosas; ningún entretenimiento. Cuando no se podía soportar el aburrimiento y la incomodidad ni un minuto más se bajaba a Gaza a emborracharse, y se corría el riesgo de verse envuelto en una pendencia sangrienta.

En cuanto a esa vieja ciudad viciosa, ¿no era acaso Gaza conocida en todo el mundo por sus repugnantes escondrijos malolientes, donde los viejos, escoria de media docena de razas belicosas, se lanzaban imprecaciones, y la resaca de su juventud se contaminaba de repugnantes enfermedades, mientras el incauto extranjero era asaltado y robado a plena luz? Gaza tenía sus pequeñas imperfecciones; no cabía duda de ello. Pero tenía muelles, radas y un gran puerto. Barquitos costeros estaban amarrados en sus riberas, grandes barcos anclaban en su golfo. Al pasear, y verlos llegar y partir, uno sentía que aún estaba en contacto con el mundo exterior. A veces los oficiales del barco iban al fuerte para pasar la noche en ruidosas reuniones; a veces, militares conocidos de Roma visitaban a algún oficial mientras sus veleros tomaban el cargamento.

Paulo recibió con bulliciosa alegría el inesperado nombramiento para Cafarnaúm. Nunca había estado allí, pero ya había oído algo sobre su apacible encanto. Al viejo Julián se le había envidiado siempre su puesto, y era particularmente por el hecho de que el fuerte estaba a sólo media hora de caballo de Tiberíades, fastuoso asiento del muy poderoso impostor, Herodes Antipas.

Paulo no tenía la menor noción de si le iba a gustar ese sapo. No sentía sino desprecio por esos provincianos adulones que hubieran vendido a sus propias hermanas por una sonrisa de algún romano influyente; pero Herodes ofrecía frecuentemente recepciones a huéspedes importantes, los cuales, aunque lo despreciaran, debían fingir que honraban su posición como tetrarca de Galilea y Perea.

Y Cafarnaúm, según decían todos, era hermosa. Rodeada a lo lejos por verdes colinas, con montañas de cumbres nevadas. Poseía un especial encanto su mar interior. La gente allí era dócil. Se decía que estaba triste por la ejecución de su Jesús, pero no se sentían por ello hartos agraviados. Sin duda, este problema se resolvería sólo si le daban tiempo. Las tácticas del viejo Julián (escuchar por las cerraduras de las viviendas las charlas revolucionarias, imposición de edictos rigurosos, azotamientos y arrestos) no podían producir otro resultado que unir a aquella sencilla e inofensiva gente ante su común desventura. Desde luego que si los audaces pescadores persistían en causar molestias con su culto, había que castigarlos, para evitar dificultades con Herodes. Para eso estaba el legado allí... para mantener el orden.

Ahora empero disfrutaba de mucha más paz de la que hubiera deseado. ¿Había los dioses dispuesto alguna vez noches tan tranquilas? Paulo no había captado totalmente ese silencio opresivo durante la primera o segunda noche. Había la novedad de instalarse en aquellas habitaciones mucho mejores. Orgullosamente examinó el equipo de pesca que Herodes había puesto a disposición del legado. Contempló extático los baños bien instalados y pensó amablemente en Julián, quien nunca había hecho uso de ellos.

El fuerte bullía de actividad. Un gran contingente de Minoa había acompañado a Paulo. Se habían realizado los festejos usuales en el Pretorio de Jerusalén, durante la semana de Pascua, aunque Paulo se mantuviera triste y taciturno, ansioso de terminar con aquello y ponerse en marcha. Su guarnición lo había acompañado a Cafarnaúm, tanto para defenderlo en el viaje como para dignificar su toma del mando. Después de las ceremonias se había servido una generosa cena, a la cual Herodes, representado por un diputado, había contribuido con espléndidas reservas de vino añejo. Fue una noche bulliciosa. Hubo cabezas con chichones y narices aplastadas; muchos entredichos se resolvieron mediante las armas clásicas. Paulo llenó con invitados apaleados la sala de reunión y la casa de los guardias; lanzó gritos y blasfemias a los legionarios locales; y satisfecho por sus deberes del primer día se fue a dormir tenso como un tambor.

Al día siguiente todo el contingente de Minoa, menos Sexto, partió. En el último minuto, Paulo, advirtiendo que iba a estar muy solo, le dijo a Sexto que se quedara, al menos por un tiempo. Y cuando el último de los legionarios hubo desaparecido, una extraña quietud envolvió al fuerte. Aquella noche, cuando Sexto ya dormía, temprano aún, Paulo permaneció en la ventana, observando la luna reflejada en el lago. Excepto los ronquidos de Sexto, el silencio era profundo. Tal vez había sido un error re tener al centurión. Después de todo, no era una gran compañía. ¿Qué se podía hacer en Cafarnaúm para divertirse? La pequeña ciudad parecía dormida. La familia de Herodes se hallaba ausente Tiberíades completamente muerta. Si aquello era un ejemplo de la vida en Cafarnaúm, ¡hubiera estado mejor en Minoa!

Los días se deslizaban penosamente, como arrastrando las suelas de sus sandalias;

sentándose aquí y allá un par de horas, mientras el Tiempo permanecía de pie.

Paseando por el patio, Paulo se detuvo ante el reloj de Sol y leyó esta lacónica advertencia: «Tempus fugit». Dirigiéndose a Sexto, le dijo irónicamente:

—¡Es evidente que Virgilio nunca visitó a Cafarnaúm! Al cabo de una semana, Paulo estaba tan inquieto, que hasta había pensado en inventar algún encargo para Jerusalén, a pesar de que su reciente visita a la capital había carecido de interés. Tal vez era a causa de que el insoportable joven Quinto, que había sido enviado por la Corte para inspeccionar los comandos palestinos, se hacía ver con harta frecuencia. Paulo, que sabía aborrecer a sus enemigos, no había despreciado nunca a nadie tan rápida y profundamente, mientras Quinto se contoneaba como un pavo vanidoso, altivo, estirado. Era insolente y de malas maneras. ¡Un asno infatuado! En una palabra, a Paulo no le gustaba nada... Pero Quinto ya se había embarcado de regreso. Tal vez se debía a su presencia si había aquejado esta vez a Jerusalén.

* * * * *

El sol se estaba poniendo, Paulo y Sexto habían agitado con desgano el viejo cubilete de cuero sobre la mesa de mármol del comando. Sexto bostezó al vernos y se frotó los ojos.

—Si es hora de dormir —dijo Paulo arrastrando las palabras—, mejor será que encendamos las lámparas.

Tocó las palmas. Un guardia apareció. Paulo le señaló las lámparas. El guardia saludó y se apresuro a obedecer.

—Nueve —balbuceó el legado, alcanzando el cubilete a su soñoliento amigo.

En ese momento, llegó el viejo Namio con tres esclavos indisciplinados.

En alguna parte le pareció a Paulo que había visto a aquel griego alto. Sexto le refrescó la memoria. ¡Ah, Demetrio! Siempre le había gustado Demetrio, a despecho de su fría superioridad. Demetrio era un tipo altanero, pero se sentía estima por él. Paulo recordó de repente haber visto un anuncio, en el Pretorio de Jerusalén, ofreciendo una recompensa por la captura del esclavo griego perteneciente al tribuno Marcelo Galión. El boletín decía que había huido a Jerusalén. Así que estaba ahí. Alguien lo había acusado. Pero no, un breve examen le reveló que Demetrio había sido arrestado por sospechoso, por habersele encontrado vagando, andrajoso, con dinero. En la prisión había luchado con los dos sirios que le negaran el agua. Luego Paulo quiso saber de Marcelo, a quien habían tenido por loco o algo parecido, y se sintió encantado al saber que su amigo andaba por allí.

Pero antes de libertar a Demetrio era su deber enterarse del cargo formulado contra él. Si era cierto que había golpeado a un romano y huido, no podía soltarlo fácilmente. Así Paulo ordenó que se fueran todos, incluso Sexto, a quien no le gustó el hecho.

—Demetrio —Paulo frunció el ceño con expresión de juez—, ¿qué tienes que

decir acerca de que eres un fugitivo; de que has asaltado a un ciudadano romano en Atenas? Eso es muy serio; tú lo sabes.

—Es verdad, señor —respondió Demetrio sin titubear—. No tuve más remedio que castigar severamente al tribuno Quinto.

—¡Quinto! —exclamó el legado—. ¿Quieres decir que has pegado a Quinto? —se inclinó sobre el escritorio, con los ojos brillantes—. ¡Cuéntamelo todo!

—Pues bien, señor: el tribuno llegó a la posada de Eupolis con un mensaje para mi amo. Mientras esperaba la respuesta se mostró groseramente ofensivo con la hija del posadero. Se trata de una familia muy respetable, señor, y la jovencita no está acostumbrada a ser tratada como una vulgar mujerzuela. Su padre se hallaba presente, pero temía intervenir, pues todos podían ser encarcelados.

—Y entonces acudiste en ayuda de la damisela, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿No sabías que podías ser condenado a muerte, tan sólo por tocar a un tribuno romano? —preguntó Paulo duramente; y cuando Demetrio asintió con un lento movimiento de cabeza, sin remordimiento, el ceño del legado se relajó y preguntó en tono confidencial—: ¿Qué le hiciste?

—Le pegué en la cara con el puño, señor —confesó Demetrio—. Y... una vez que lo hice me di cuenta de que había cometido un delito penado con la muerte y no podía empeorar mi situación, así que...

—Le pegaste nuevamente —adelantó Paulo, con creciente interés—. ¿Pegaba él también?

—No, señor. El tribuno no esperaba el primer golpe y estaba desprevenido para el segundo.

—¿En la cara? —Los ojos de Paulo se agrandaban, brillantes.

—Muchas veces, señor —admitió Demetrio.

—¿Lo tiraste al suelo?

—Sí, señor; y lo levanté por el cuello de su yelmo, y le golpeé los ojos cerrados... Estaba furioso, señor.

—Sí, ya me doy cuenta. —Paulo puso ambas manos sobre sus mejillas repentinamente, y sofocó algo así como un hipo—. ¿Y entonces qué hiciste?

—Sin un momento de espera, señor. Había un barco que estaba a punto de partir. El capitán me ayudó. El tribuno ¡Quinto estaba a bordo, y me hubiera hecho aprehender, pero el capitán me dejó escapar en un bote hasta Gaza. Desde allí fui andando hasta Jerusalén.

—¿No sabía el capitán que podía haber sido castigado por eso? —gruñó Paulo—. ¿Cómo se llama?

—No puedo recordar, señor —respondió Demetrio, tras breve vacilación.

—Seguramente es mentira —dijo Paulo—. Pero debías ser elogiado por tu lealtad. Así que entonces fuiste a Jerusalén.

¿Por qué?

—Mi amo esperaba ir pronto.

—¿Qué hiciste allí?

Demetrio le contó lo de la tienda. El interés de Paulo creció.

—Entiendo que hay una tienda de tejidos donde se reúnen los adalides de la gente de Jesús. ¿Cómo es el nombre de tu tejedor?

—Benyosef, señor.

—¡Ése es el nombre! ¿Y cómo fue que encontraste tal compañía, Demetrio? ¿Eres quizá uno de esos a quienes llaman cristianos?

—Sí, señor —confesó Demetrio lentamente—. No uno muy bueno, por cierto; pero creo en lo que ellos creen.

—¡No puede ser! —exclamó Paulo—. ¡Tienes un sano juicio y buena cultura! ¡No querrás decirme que crees toda esa tontería de la resurrección de Jesús y que fue visto en varias ocasiones!

—¡Sí, señor! —contestó sereno Demetrio—. Estoy seguro de que eso es verdad.

—¡Pero fíjate! —Paulo se levantó—. ¡Estabas también tú allí aquella tarde y lo viste morir!

—Sí, señor... Sé que murió; pero aun sé que ahora está vivo.

—¿Lo has visto? —La voz de Paulo no era muy firme. Demetrio negó moviendo la cabeza y el legado hizo una mueca burlona.

—¡No hubiera pensado —observó secamente— que podrías ser engallado con esa historia! Los hombres que mueren no retornan a la vida. ¡Sólo los tontos creen eso! —Paulo se dejó caer aliviado en su sillón—. Pero tú no eres un tonto. Qué te hizo creer esto?

—Conocí la historia por un hombre que lo vio después de resucitado. Un hombre de inteligencia clara y profunda; un hombre que no miente —Demetrio se interrumpió, aunque era evidente que podría haber dicho más.

—Muy bien. Prosigue —ordenó el legado—. En realidad lo que me dijo me sorprendió mucho —continuó Demetrio—. Nunca hubo una persona como él... Seguramente tú debiste haberlo notado, señor... ¡Tenía algo que nadie había poseído jamás! ¡No creo que haya sido un hombre vulgar, señor!

—¿Qué quieres significar... con eso: «un hombre vulgar»?

—¿Estás tratando de decir que él era algo más que un hombre? ¡No creerás acaso que fue un dios!

—¡Sí, señor! —la voz de Demetrio era firme—. ¡Creo que era y es un Dios!

—¡Tonterías! ¿No sabes que estamos apresando a personas de este pueblo por decir cosas como éstas del galileo muerto? —Paulo se puso de pie impetuosamente y caminó de un lado para otro, detrás de la larga mesa—. Te dejo ir en honor a tu amo; pero —se detuvo de repente y movió un dedo en señal de advertencia— ¡tienes que abandonar a Galilea y no habrá más charla sobre ese Jesús!... Y si alguna vez cuentas a alguien que me has dicho lo de la pelea con Quinto y yo lo he escuchado... ¡te haré azotar! ¿Comprendes?... ¡Te haré pegar y despellejar con un látigo con nudos!

—Gracias, señor —el tono de Demetrio era realmente agradecido. Siento haberle golpeado.

—¡Entonces no mereces la libertad! —masculló Paulo—. ¡Por eso es que te dejo libre! ¡Y ahora lamentas haberlo hecho! Y crees que los muertos vuelven a la vida. ¡Estás loco! —Golpeó las palmas y apareció un guardia— Haz que este griego esté cómodo —ordenó—. Llama al médico para que atienda sus lastimaduras. Dale una buena cena y una cama. Va a ser liberado de la prisión.

Demetrio, contento, levantó su brazo en un saludo y se volvió para seguir al guardia.

—¡Una cosa más! —gritó Paulo al soldado—. Cuando hayas terminado con este griego, vuelve aquí. Quiero que lleves un mensaje a la hostería de Shalum. ¡Date prisa!

* * * * *

Marcelo se regocijaba al observar que la promoción de Paulo no había alterado sus costumbres. Le trató sin afectación, con la espontánea naturalidad y sencillez de antes.

Habían colocado una pequeña mesa en el lujoso departamento del legado, y en ella una bandeja de plata con postres, una escudilla con fruta fresca y un alto botellón de vino. Paulo, cuidadosamente afeitado, vistiendo una costosa toga blanca y un turbante de seda, que acentuaba la blancura de su cabello bien recortado, presentaba un porte distinguido. Salió al encuentro de su invitado y lo abrazó calurosamente en la entrada.

—¡Bienvenido, Marcelo! —exclamó—. Y bienvenido a Galilea; aunque si has estado viajando por aquí debes conocer la provincia mucho mejor que yo.

—¡Es un placer volver a verte, Paulo! —contestó Marcelo—. Todos mis mejores votos por el éxito y la felicidad en tu nuevo comando! Fue muy generoso de tu parte el mandarme a buscar.

Con un brazo rodeando los hombros del amigo, el legado lo llevó a un sillón situado junto a la mesa, y caminó lentamente hasta su lugar, en el lado opuesto.

—¡Siéntate! —Llenó las copas—. Bebamos por este feliz encuentro... Ahora tienes que contarme que te trajo hasta mi pequeña y tranquila Galilea.

Marcelo sonrió, levantó la copa hasta el nivel de sus ojos y se inclinó ante el anfitrión.

—Llevaría una hora explicarte mi cometido, Paulo —respondió, sorbiendo su vino—. Una historia larga y algo fantástica. En resumen, el Emperador me ordenó enterarme algo más sobre el galileo a quien nosotros hicimos morir.

—Un asunto penoso para ti, creo —Paulo frunció el ceño—. Todavía me reprocho por haberte colocado en una posición tan desgraciada aquella noche del banquete en el Pretorio. No te volví a ver. Hubiera tratado de pedirte disculpas... Si

no es demasiado tarde para decirlo, siento lo que ocurrió. Estaba borracho.

—Todos lo estábamos —recordó Marcelo—, Sé que no lo hiciste con mala intención.

—Pero no fue la ebriedad lo que te perturbó, señor, cuando tomaste el camino para salir de la sala del banquete. Cuando te pusiste la túnica del hombre muerto, algo te ocurrió. Hasta yo, borracho como estaba, pude notarlo. ¡Por los dioses...! ¡Pensé que habías visto algún fantasma! —Levantando su copa, Paulo la apuró; luego, desechando aquel pensamiento, se alegró.

—Pero, ¿a qué evocar recuerdos desagradables?... Estuviste enfermo largo tiempo. Lo supe y me apenó, pero ahora estás completamente curado. Eso me place. ¡Eres la estampa de la salud. Marcelo!... ¡Bebe, amigo mío! Apenas si has probado el vino. ¡Y es bueno!

—¿Del país? —Marcelo bebió otro sorbo.

Paulo sonrió burlescamente; luego adoptó un aire de grotesca y graciosa arrogancia.

—Mi eminente patrón —declamó con estudiada intención—, mi muy elevado señor, el inefable Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea y Perea, ladrón de pobres, lavador de los pies de cualquier romano de título que se haya enriquecido, envió el vino. Y aunque Herodes lleva una vida vil, su vino es noble. —Abandonando aquel tono grotesco, Paulo añadió con indiferencia—: Todavía no tengo vino del país... A propósito, la gente de campo cuenta que nuestro Jesús presentó una vez, en una boda, un vino muy raro que obtuvo al hacer varios encantamientos en tinajas para agua. Hay innumerables cuentos de este estilo... Quizá los hayas oído.

Marcelo asintió, pero sin compartir la cínica diversión del legado.

—Sí —dijo serenamente—. Los he oído. Son muy difíciles de comprender.

—¡Comprender! —repitió Paulo como un eco—. ¡No me digas que has tratado de comprenderlos! ¿Acaso no tenemos gran cantidad de esas historias, en Roma, cuentos a los que una persona normal no dedicaría el más insignificante de sus pensamientos?

—Sí, lo sé, Paulo —convino Marcelo tranquilamente—, y quisiera estar entre los últimos en creerlas; pero...

Ante esa significativa pausa el legado se puso en pie y se ocupó en llenar las copas. Extendió hacia Marcelo la bandeja de plata, pero éste declinó el ofrecimiento. Paulo se sentó nuevamente, haciendo un gesto de fastidio.

—Supongo que no dirás que los cuentos de estos galileos merecen ser creídos, Marcelo —observó, fríamente.

—Este Jesús era un hombre extraño, Paulo.

—¡Sí, por cierto! ¡No era en modo alguno un hombre vulgar! Tenía un coraje muy peculiar y una especie de majestad, que le era propia. ¡Pero supongo que no creerás eso del cambio de agua en vino!

—No sé, Paulo —respondió Marcelo lentamente—. He visto un niño que había nacido con un pie cojo; ahora es tan diestro como cualquier otro chico de su edad.

—¿Cómo sabes que nació con un pie cojo? —preguntó Paulo.

—Todo el pueblo lo sabe. No había razón para que ellos hubiesen inventado esa historia en mi beneficio... Tenían hasta sospechas de mi. En realidad, el abuelo del niño, mi guía, no era afecto a conversar de ello.

—Bueno... Puedes estar seguro de que existe alguna explicación razonable —gruñó Paulo—. ¡Estas gentes son tan supersticiosas como los esclavos tracios! Con decirte que hasta creen que ese hombre ha vuelto a la vida... ¡y que ha sido visto por muchos!

Marcelo asintió pensativamente.

—Oí la historia por primera vez hace más o menos una hora, Paulo. ¡Es sorprendente!

—¡Es mentira! —exclamó el legado—. ¡Estos estúpidos debieron haberse contentado con cuentos sobre agua, transformada en vino y las mágicas curas de los enfermos! —Bebió otra vez ruidosamente. Su faz ruda demostraba asombro al ver a Marcelo abstraído, jugando con el asa de su copa y los ojos perdidos en el vacío—. ¡Tú sabes bien que ese galileo estaba muerto! —gritó furioso—. ¡Nadie por tanto puede contarnos a ti o a mí que él resucitó! —Levantando la manga de su toga, palmeó su musculoso antebrazo con dedos que parecieron medirlo, y gritó—: ¡Hundí mi lanza en su pecho, y profundamente!

Marcelo levantó la vista, asintió, y volvió a bajar los ojos, sin comentarios. Paulo se inclinó de repente y dio un puñetazo sobre la mesa.

—Por los dioses, ¿Marcelo! —exclamó—. ¡Tú no lo crees!

Por un rato largo hubo un pesado silencio. Marcelo reaccionó y levantó los ojos lentamente, con serenidad, sin enojarse por la brusquedad del legado.

—No sé qué creer, Paulo —dijo tranquilo—. Desde luego, mi reacción natural es igual a la tuya; pero aquí hay un gran misterio, amigo mío. Si la historia es una mentira vulgar, los hombres que han estado contándola a riesgo de sus vidas están completamente locos; aunque no hablan como insanos... No tienen nada que ganar y todo que perder por declarar que lo han visto.

—¡Oh, admito eso! No es cosa rara que un fanático arriesgue su vida; pero admite conmigo, Marcelo, cuán difícil es de comprender esto. ¡No puede haber muertos que vuelvan a la vida desde sus tumbas! Porque... un hombre que pudiera vencer a la muerte, podría...

—¡Exactamente! —interrumpió Marcelo—. ¡Podría hacer cualquier cosa! ¡Podría vencer a cualquier poder en el mundo! ¡Si quisiera, podría tener por reino todo el mundo!

Paulo bebió ávidamente, derramando parte del líquido sobre la mesa.

—¡Qué cosa más desagradable sería! —murmuró débilmente—. Algo se habló, en el juicio, de su reino. ¿Recuerdas? Pilatos le preguntó, y por cierto que fue absurda su pregunta, si él era un rey —Paulo rió entre dientes— Y contestó que lo era. También lo asombró a Pilatos. En verdad, asombró a todos durante un minuto; fue

una gran audacia la suya. Estuve hablando aquella noche con Vitinio, en el banquete, y me dijo que el galileo explicó que su reino no estaba en el mundo; pero... eso no significa nada. ¿Qué te parece?

—En verdad, no significaría nada si lo dijera yo —explicó Marcelo—. Pero si un hombre que hubiera estado fuera de esta vida fuese capaz de retornar de... de donde hubiese estado... sería concebible que tuviera un reinado en alguna parte.

—Estás razonando... dificultosamente, Marcelo —se mofó Paulo—. Yo... te ayudaré —prosiguió en tono de ebrio—, Eres invitado mío y debo... ser cortes. Si fuera así... que un hombre muerto... con una especie de reinado en alguna parte... hubiera resucitado; ten en cuenta que yo no creo que es así... pero si lo fuera, yo preferiría que se tratara de Jesús más bien que de Quinto, o Julián o Pilatos... o el poco ingenioso Cayo, al que parió la vieja Julia —rió groseramente ante sus propias palabras absurdas—. ¡O el anciano Tiberio!... ¡Por los dioses! Cuando el viejo Tiberio muera, ¡haré votos por que permanezca muerto!... A propósito, ¿piensas regresar y contarle la historia al viejo loco? Él la creerá, tú bien lo sabes. Y eso le quitará lo poco que le resta de vida.

Marcelo sonrió, tolerante, reflexionando que el Legado, aunque completamente borracho, había dicho algo digno en que pensar.

—Buena idea, ¡Paulo! —observó—. Si tuviéramos un rey que pudiese sobrevivir, por sobre los otros reyes, sería una gran cosa para el mundo que fuera una persona de buenas acciones y no de malas.

El rostro del legado se serenó, y Marcelo, notando su serio interés, continuó con la idea que se le había ocurrido de repente.

—Considera esos cuentos sobre Jesús, Paulo. Se le atribuye haber devuelto la vista a los ciegos; no existe ninguna historia que diga que ha dejado ciego a algún hombre... Se dice de él que transformó el agua en vino; no vino en agua. Hizo caminar a chicos inválidos; nunca hizo inválidos.

—¡Excelente! —aplaudió Paulo—. Los reyes han sido destructores, explotadores. Ellos han hecho ciegos, inválidos, insanos —hizo una pausa, y prosiguió murmurando, casi para sí mismo—: ¿No se sorprendería el mundo si alguna vez tuviera un gobernante que fuera en ayuda del ciego, del enfermo o del inválido? ¡Por los dioses! ¡Desearía que ese cuento absurdo acerca del galileo fuera cierto!

—¿Lo dices de verdad o estás bromeando? —inquirió Marcelo ardientemente.

—Te diré —le advirtió el legado—. Encaro el asunto con la seriedad que merece, teniendo en cuenta que no tiene bases muy sólidas. —Su frente se contrajo en un gesto inquisitorio—. Pero, fíjate Marcelo. ¿No estás yendo un poco lejos, para tu propio bien, en este asunto de Jesús?

El tribuno no dio más respuesta que un enigmático fruncimiento de labios. Paulo sonrió, se encogió de hombros y volvió a llenar su copa. Su expresión decía que era mejor que pasaran por alto esta fase del tema.

—¿Qué más cuentan de él por la comarca? —preguntó como al descuido—.

Parece que has hecho muchas averiguaciones.

—Hay una historia, en Caná —respondió Marcelo con desdén—, sobre una jovencita que descubrió que podía cantar. La gente se lo atribuye a Jesús.

—¿Le enseñó a cantar?

—No. Un día ella se dio cuenta de que podía cantar. Ellos creen que él tuvo algo que ver en eso. Yo la oí, Paulo, y te aseguro que no existe nada igual... al menos que yo sepa.

—¿De veras? —exclamó Paulo entusiasmado—. ¡Debo contárselo al tetrarca! Es parte de mi misión, sabes, agradar al bribón. Él puede invitarla para que alegre alguno de sus banquetes.

—¡No, Paulo, por favor! —protestó vivamente Marcelo—. ¡La joven ha sido bien criada! Además está inválida; no puede ponerse de pie; nunca sale de su pueblo.

—Él le dio la voz, pero la dejó lisiada. ¿Eh? —Paulo hizo una mueca burlona—. ¿Cómo lo explicas?

—Yo no lo explico; sólo te cuento. Bueno... espero sincera mente que no le dirás nada a Herodes de ella. Se sentiría muy fuera de lugar en su palacio, si lo que he oído de él es cierto.

—Si lo que has oído es asqueroso —comentó Paulo amargamente—, ¡es cierto! Pero si estás tan interesado en esos cristianos, sería probablemente un bien para ellos si una de sus hijas cantara de un modo agradable para el lujurioso zorro viejo.

—¡No! —exclamó Marcelo con calor—. Ella y su familia son amigos míos. ¡Te ruego no degradarla con una invitación para conocer a Herodes Antipas o cualquier miembro de su familia!

Paulo convino en que era una banda de sinvergüenzas, incluyendo a la incorregible hija de Herodes, Salomé; una pequeña víbora, peligrosa como ella sola, responsable de varios asesinatos y notoriamente impúdica. Rió entre dientes con desagrado. Añadió que no era de extrañar que hubiese adquirido esos talentos y esos malos hábitos viendo que a su padre, si es que lo era, no le tenía siquiera respeto el Sanedrín, y que Herodías, la madre, era en su vida íntima tan promiscua como una gata.

Hizo con la boca un gesto de desdén y bebió como para borrar de ella todo rastro de lo que había hablado. Marcelo frunció el ceño, pero no hizo comentarios. De pronto se dio cuenta de que Paulo lo estaba observando con una mirada amistosa, aunque de reproche.

—Me pregunto si te das cuenta, Marcelo —expresó el legado—, que tu cariñoso interés por los cristianos puede acarrearle molestias... ¿Puedo hablarte de eso sin que te ofendas?

—¿Por qué no, Paulo? —contestó amablemente Marcelo.

—¿Por qué no? Bueno... Porque podría parecerte impertinente... Tenemos ahora la misma jerarquía. Por eso no me corresponde hacerte advertencias, y mucho menos amonestaciones.

—¿Amonestaciones? —las cejas de Marcelo se elevaron un poco—. Temo no comprender.

—Entonces déjame explicarte. Supongo que tú sabes lo que ha estado ocurriendo en Palestina durante el año pasado. Unas cuantas semanas después de la ejecución del galileo, el movimiento por él encabezado pareció ser un incidente acabado. Los adalides del partido se separaron; la mayoría de ellos retornó a sus pueblos. Los hebreos influyentes de Jerusalén se sentían satisfechos... Hubo rumores esporádicos de que Jesús había sido visto en varios lugares después de su muerte; pero nadie que estuviera en sus cabales lo tomó en serio. Se esperaba que todo el asunto quedara prontamente olvidado.

—Y entonces renació —observó Marcelo mientras Paulo hacía una pausa para beber otro trago.

—Renació no es la palabra... No había muerto. Grupos encubiertos habían estado reuniéndose en varias ciudades. Por algunos meses hubo muy pocas señales de su actividad y las autoridades no les prestaban atención, pensando que era una cosa sin ninguna importancia, tanto en cantidad como en calidad. Pero un día los príncipes de los sacerdotes comenzaron a advertir que sus sinagogas no estaban tan concurridas, y que no se les pagaban los tributos como antes. Luego los comerciantes observaron que sus negocios iban de mal en peor. En Jericó, ahora, más de la mitad de los habitantes no hace secreto de su filiación. En Antioquia, los cristianos son completamente libres; el número de sus miembros crece día a día. Este partido no limita tan sólo su interés a los pobres y desvalidos, como se supuso al principio. Nadie sabe cuántos hay en Jerusalén, pero el Templo está fuera de sí de ansiedad y de ira, e incita al Pretorio a que tome medidas drásticas. El viejo Julián es acosado por los sanedritas y comerciantes, que están llevando a cabo su plan: debe él actuar o renunciar.

—¿Qué piensa hacer? —inquirió Marcelo.

—Pues... —Paulo movió las manos en un gesto de desconcierto—. Es obvio que el movimiento no puede ser tolerado. Puede parecerle inofensivo a un visitante de paso como tú; pero para los personajes muy respetables de Jerusalén significa una traición, una sublevación, una blasfemia y una desintegración general de sus normas establecidas. Julián no desea tenérselas que haber con un motín sangriento, y los ha estado entreteniendo un tiempo; Pero los patricios han agotado su paciencia.

—Con todo, no pueden encontrar falta en las cosas enseñadas por Jesús —interpuso Marcelo—. Él instaba a la bondad, al trato justo y a la buena voluntad... ¿No creen los hombres influyentes de Palestina que deben dejar a las personas tratarse unas a otras decentemente?

—No es eso, Marcelo, ¡tú lo sabes! —arguyó Paulo con impaciencia—. Estos cristianos se están rehusando a hacer sus negocios sobre las bases establecidas. Cada vez se apoyan más los unos a los otros. Porque aquí, en la pequeña Cafarnaúm, si no tienes la silueta de un pez garabateada en la puerta de tu tienda, no te producirá

ganancia el abrirla. —Estudió el rostro lleno de interés de su amigo y sonrió burlonamente—. Supongo que ya sabes que significa ese pez.

Marcelo asintió y rió abiertamente.

—¡No, no es absolutamente nada gracioso! —le advirtió Paulo muy serio—. Y debo aconsejarte vivamente que cuanto menos veas a esos cristianos mejor será para... —se refrenó y concluyo en tono casi imperceptible— para todos nosotros...

—Para mí en particular, es lo que quieres decir —rectificó Marcelo.

—Obra como quieras —Paulo agitó su brazo—. No bromeo, al decirte estas cosas. Pero... no desearía verte en apuros, Y podrías verte fácilmente en ellos, ¡lo sabes! ¡Cuando la represión comience, va a ser dura, brutal! ¡El hecho de que seas un tribuno romano no importará mucho, una vez que se produzca el estallido!... Vamos a librar una guerra contra estos cristianos, Marcelo, ¡sean quienes sean!... ¿Por qué no te vas antes que te detengan? Toma tu esclavo... ¡y vete!

—No sé dónde está —admitió Marcelo.

—Pues ¡yo sí! —Paulo hizo una macea burlona—. Se halla en cama, en algún lugar de este fuerte.

—¿Prisionero?

—No, pero debería estarlo —El legado contó alegremente los incidentes de la tarde—, A propósito —concluye—: ¿viste cómo destrozaba a Quinto?

Marcelo, a quien había divertido mucho el relato, negó con un movimiento de cabeza.

—Vi al tribuno poco después —dijo—. El trabajo fue muy bien hecho, te lo aseguro.

—¡Me encanta oír eso! —exclamó Paulo—, porque no tengo afecto por Quinto, y sus desgracias no me preocupan. Pero —se irguió, repentinamente serio— no fue ligera la ofensa y puede aún tener que ser saldada. Tu Demetrio es libre de irse, pero confío que no permanezca en este país, por lo menos, no en mi jurisdicción. ¡Tú tampoco, Marcelo!... Considera tu situación: tu esclavo es buscado por pegar a un tribuno; además, es conocido por haber estado en íntima asociación con los cristianos de Jerusalén. Puede ser aprehendido por cualquiera de estas causas. Ahora, debe presumirse que tú sabes todo esto. En resumidas cuentas: has cobijado a un criminal, a un cristiano, y tu propia posición como amigo de los cristianos no es una ventaja para ti... ¿Qué determinación piensas tomar?

—Había pensado permanecer una semana en Palestina, antes de dirigirme a Roma. No, tengo ningún plan definido.

—¡Mejor es que tengas alguno! —aconsejó Paulo con énfasis—. Tu situación es más peligrosa de lo que crees... No será de ningún provecho para tus piadosos amigos galileos que tú defiendas su causa. Te diré sinceramente que todos ellos están en peligro inminente de ser arrestados... Te aconsejo, pues, empacar tu equipo mañana bien temprano, ir tranquilo por el campo hasta Jope y tomar el primer barco que salga para Roma.

—Gracias por el consejo, Paulo —replicó Marcelo sin comprometerse—. ¿Puedo ahora cambiar unas palabras con Demetrio?

Paulo frunció el ceño sombríamente y rechazó la petición con un gesto de exasperación.

—El hecho de que tu esclavo griego sea un individuo superior y amigo tuyo —contestó irónicamente— no altera su situación, a mi entender. Te sugiero que esperes hasta mañana para verlo.

—Como gustes —dijo Marcelo sin inmutarse.

El legado se puso de pie con desgano.

—Retirémonos ahora —dijo más cordialmente— y nos encontraremos al amanecer para tomar el desayuno... Entonces —sonrió con intención—, si insistes en partir en seguida, aceleraré tu marcha. Haré algo mejor que eso: dispondré un pequeño destacamento de legionarios conocedores de los caminos menos transitados para que llegues a salvo a Jope.

—Pero no me voy a Jope, ¡Paulo! —declaró Marcelo con acento firme—. No dejaré Palestina hasta que haya satisfecho plenamente mi interés en la historia de la resurrección del galileo.

—¿Y cómo vas a conseguir eso? ¿Hablando con unos cuantos pescadores, quizá?

—Ése sería un medio —respondió Marcelo procurando no darse por entendido—. Deseo conversar con algunos dirigentes.

—Ahora no están aquí. La mayoría se halla en Jerusalén.

—Entonces iré a Jerusalén.

Durante un rato Paulo mantuvo apretados los labios, calculando una respuesta. Una sonrisa sarcástica entreabrió su boca.

—Si partes mañana para Jerusalén —advirtió con sorna—, ¡llegarás justo a tiempo para encontrarlos a todos en la cárcel! Entonces, a menos que te muestres más prudente que hasta ahora, te verás rodeado en un conjunto de dificultades. —Golpeó las manos para llamar al guardia—. Conduce al tribuno a su habitación —ordenó. Ofreciéndole la mano a Marcelo con su acostumbrada cordialidad, sonrió a manera de despedida.

—Espero que descanses bien... Nos veremos por la mañana.

DIECINUEVE

PENETRARON en la ciudad sin inconvenientes, dos horas antes de la puesta del sol. Los centinelas de la Puerta de Damasco no se molestaron ni para preguntar el nombre de Marcelo o qué clase de cargamento llevaban los cansados burritos. Era evidente que Jerusalén no estaba sobre aviso.

El viaje desde Cafarnaúm había sido hecho con rapidez, sí se consideraba que los viajeros iban a pie. Se levantaban antes del alba, manteniéndose tenazmente en el camino, aun en los valles sofocantes, donde todos descansaban a la sombra mientras el sol estaba alto. Habían así empleado tres días solamente.

Advertido por la amarga previsión de Paulo acerca de una acción drástica contra los cristianos, Marcelo esperaba encontrarse con tropas arrogantes y gente atemorizada; en cambio los caminos estaban tranquilos y los habitantes iban a sus quehaceres sin el menor sentimiento de inseguridad. Si de verdad se había planeado un ataque, aún constituía un secreto bien guardado.

La salida de Cafarnaúm se había hecho casi sin incidentes. Al llegar temprano a la tienda, encontraron que Justo había desaparecido, Shalum no tenía ninguna explicación que ofrecer. La madre del pequeño Tomás, cuando se detuvieron en su casa para averiguar, sólo supo decir que Justo y Jonatán habían partido para Séforis hacía una hora. Marcelo tuvo el momentáneo impulso de seguirlos y volver a dar seguridades a Justo; pero, recordando los consejos de Paulo de que los galileos ahora se verían mejor servidos si él no les dedicaba más atención, prosiguió lleno de preocupaciones su camino.

No era una cosa sin importancia haber perdido la amistad de Justo. Quiso detenerse en Caná, y decirle unas palabras de despedida a Miriam, pero luego abandonó la idea.

Después de cenar, aquella primera noche del viaje (habían acampado en una pradera, cinco millas al sudoeste de Caná), Marcelo insistió en conocer todos los pormenores sobre las relaciones que Demetrio había mantenido en Jerusalén con los cristianos, en especial lo referente a su creencia en la reaparición de Jesús. El griego deseaba asimismo contar todo lo que sabía. No cabían dudas en su mente sobre la verdad de la historia de la resurrección.

—¡Pero. Demetrio, tú sabes que eso es imposible! —había declarado Marcelo con firmeza, cuando el esclavo hubo terminado.

—Sí, señor, lo sé.

—¿Pero tú lo crees?

—Sí, señor.

—Bueno, entonces ¡carece de sentido lo que dices! —masculló Marcelo con impaciencia—. ¡Admitir primero que una cosa es posible y en el próximo resuello confesar que crees en ella, deja tus argumentos muy mal parados!

—Con tu perdón, señor —aventuró Demetrio—, yo no estaba argumentando. Tú

me lo preguntaste; yo te lo contesté. No estoy tratando de persuadirte para que creas en ello. Y estoy de acuerdo contigo en que lo que he estado diciendo carece de sentido, humanamente hablando.

—¡Entonces el relato es una tontería! —manifestó Marcelo, después de haberle dado tiempo de sobra para responder, añadió nervioso—: ¿No es verdad?

—No, señor —reiteró con ardor Demetrio—: La narración es verdadera... La cosa no podía ocurrir, pero ocurrió.

Comprendiendo que esta clase de conversación no era muy recomendable, Marcelo dio en voz baja las buenas noches y se dispuso a dormir.

Al otro día y al subsiguiente, durante el camino, el tema volvió a ser muy discutido, Jesús había sido visto después de su muerte. Tales cosas no ocurren naturalmente, ¡no pueden ocurrir! No obstante, había sido visto; no una vez, sino muchas; no por un hombre solamente, sino por centenares.

Marcelo le advirtió a Demetrio que estaba perdiendo la razón. Convino, el otro en ello sin réplica, y propuso cambiar de tema. Le insistió afirmando que le habían engañado y alucinado, pero a tal acusación respondía él con un indulgente asentimiento y una sonrisa. Marcelo estaba completamente exasperado. Deseaba conversar sobre el asunto; deseaba que Demetrio defendiera su causa, si es que tenía una, con argumentos de su profunda convicción. ¡No se podía llegar a ninguna parte con un hombre que si lo llamaban loco lo admitía tranquilamente!

—¡Demetrio! Nunca hubiera creído —exclamó Marcelo tratando de dar a sus palabras un cariz ofensivo— que un hombre con una mentalidad profunda como la tuya ¡se hubiese vuelto tan puerilmente supersticioso!

—A decir verdad, señor —replicó Demetrio—, estoy sorprendido de mí mismo.

Habían avanzado trabajosamente. Marcelo iba un tanto adelantado, exteriorizando manifiestamente su indignación por la porfiada imbecilidad de su esclavo, cuando de pronto advirtió que esa indignación recaía en última instancia sobre sí mismo. Cayó en la cuenta en la mitad de una frase acibarada y leyó en la sonrisa amistosa de su camarada una confirmación de su descubrimiento.

Acortando su paso, caminó un rato en silencio.

—¡Perdóname, Demetrio! —dijo, reprochándose—. He sido muy desconsiderado. El esclavo sonrió con amplitud.

—Te comprendo plenamente, señor —observó—. Pasé por lo mismo que tú, hora tras hora, día tras día. No es fácil aceptar como verdadero algo que nuestro instinto rechaza.

—Bueno, en ese caso... —reflexionó Marcelo— dejemos, sólo por gusto de argumentar, a nuestros instintos protestar en silencio y aceptemos eso, momentáneamente, como la verdad. Considera las posibilidades de un hombre con personalidad divina. Si así lo desea, puede ir hasta el emperador Tiberio, y sin temor, ¡a pedirle su trono!

—Él no lo querrá —respondió Demetrio—. Si hubiera pertenecido a esa clase de

personas, habría pedido el sitio de Pilatos. No. Él espera llegar al poder por otro camino; no derrocando al emperador, sino inspirando al pueblo. Su dominio no comenzará en las alturas. Comenzará en el llano, con la gente vulgar.

—¡Bah! —se mofó Marcelo—. ¡Gente por cierto vulgar! ¿Qué te hace pensar que ellos tengan el propósito de establecer un gobierno justo?... Toma por ejemplo este puñado de débiles devotos pescadores. ¿Cuánto coraje puede esperarse de ellos? Cuando Jesús estuvo sometido a un juicio en el que se jugaba nada menos que su vida, tuvieron miedo de hablar en su defensa. Excepto dos o tres, ¡los demás le dejaron ir solo hacia la muerte!

—Es verdad, señor... Pero eso fue antes que supieran que él podía vencer a la muerte.

—Sí... Pero la capacidad de Jesús para sobrevivir no podría hacer sus vidas más seguras de lo que eran antes.

—¡Oh, sí, señor! Él les prometió que ellos también vivirían eternamente. Dijo que no sólo había resucitado por él, sino por todos los que tuvieran fe en él.

Marcelo aminó el paso hasta detenerse, apoyó las manos en cinturón examinó a su esclavo con un ceño que denotaba completa perplejidad.

—¿Quieres decir que estos pescadores locos creen que van a vivir siempre?

—Sí, señor, eternamente... con él —contestó Demetrio gravemente.

—¡Ridículo! —espetó Marcelo.

—Así parece, señor —asintió Demetrio—. Pero si ellos lo creen sinceramente, el que sea cierto o no, no alterará su conducta. Si un hombre se considera más fuerte que la muerte, no tiene nada que temer.

—Entonces, ¿por qué se esconden? —preguntó Marcelo, con bastante cordura, según él.

—Tienen una tarea que cumplir, señor. No pueden ser demasiado temerarios con sus vidas... Su obligación es contar la historia de Jesús a tantos como puedan encontrar. Cada uno de estos hombres espera que, tarde o temprano, lo matarán; pero eso no importará. Ellos seguirán viviendo en alguna parte.

—¡Demetrio!... ¿Tú crees todas esas tonterías? —preguntó Marcelo con asombro unido a conmiseración.

—A veces —murmuro Demetrio—. Cuando estoy con ellos lo creo. —Marchaba pensativo por entre el polvo, con los ojos fijos en el camino—. No es fácil —añadió casi para sí mismo.

—¡Ya lo creo que no lo es!

—Pero, señor, el hecho de que una idea no sea fácil de comprender no implica que haya que rechazarla. ¿No estamos acaso rodeados de hechos que están mucho más allá de nuestra comprensión? —Extendió su largo brazo hacia la falda del cerro, engalanado de flores—. No podemos explicar esa diversidad de colores y formas, y no tenemos por qué hacerlo. Pero son realidades.

—Bueno, eso está fuera del asunto —protestó Marcelo—. Atente a tus propios

asuntos, ahora, y no dejes vagar la mente. Estamos de acuerdo en que toda la vida es un misterio. Prosigue con tus argumentos.

—¡Gracias, señor! —Demetrio sonrió burlonamente—. Ahora bien, estos discípulos de Jesús creen honestamente que el mundo será regido al fin por la fe de sus enseñanzas. Habrá un gobierno universal, fundado en la buena voluntad entre los hombres. Quienquiera que crea y practique esto tiene la seguridad de que vivirá eternamente... No es fácil de comprender el que uno vivirá siempre ¡Te lo garantizo, señor!

—¡Tampoco es muy fácil creer que el mundo será regido por la buena voluntad! —adelantó Marcelo.

—El emperador —prosiguió Demetrio— rige el mundo por la fuerza. Eso no es fácil... Miles de hombres tienen que perder sus vidas para sostener esa forma de gobierno. Germánico realizó una expedición al interior de Aquitania, prometiendo a sus legados gran botín de bienes y esclavos si lo seguían y obedecían a todo riesgo. Muchos fueron muertos y no obtuvieron nada a cambio de su coraje. Jesús en cambio promete la vida eterna a todos aquellos que lo sigan y obedezcan en su esfuerzo por traer la paz del mundo. Sus discípulos le creen y...

—¡Y corren el riesgo todos! —interpuso Marcelo.

—¡Y bien, señor! No es un riesgo más azaroso que el corrido por los legionarios de Germánico —insistió Demetrio—. Esta fe en Jesús no es fácilmente asequible, pero ello no la convierte en una tontería, si me perdonas que hable tan libremente.

—¡Prosigue, Demetrio! —aprobó con entusiasmo—. Lo estás haciendo bien, considerando la clase de material que tienes para trabajar... Dime: tú, personalmente, ¿esperas continuar viviendo para siempre aquí, bajo alguna forma espectral?

—No —Demetrio negó con la cabeza—. En algún otro lado... Él tiene un dominio, en algún otro lado.

—¡Y tú realmente lo crees! —Marcelo estudió el sereno rostro de su esclavo, como si nunca lo hubiese visto.

—A veces —respondió Demetrio.

Ninguno de los dos tuvo nada que añadir por un rato. Entonces, haciendo alto bruscamente, el griego enfrentó a su amo con una expresión de plena confianza en sí mismo.

—Esta fe —declaró lentamente— no es como la escritura de una casa en la cual uno puede vivir con todos los derechos que da la posesión. Es más bien como una pila de ladrillos con los cuales un hombre puede edificar una casa. Los ladrillos valdrán de acuerdo con lo que él haga con ellos... Cuando los deje caer no valdrán nada, hasta que vuelva a levantarlos.

* * * * *

Era casi a la caída del sol cuando Demetrio llegó a la tienda de Benyosef, pues

empleó mucho tiempo en las calles congestionadas, al dirigirse a la posada donde Marcelo se había hospedado en su anterior visita a Jerusalén. Los equipos de viaje y artículos galileos fueron descargados y ordenados. Hubo luego que pagar al dueño de los asnos. Marcelo deseaba afanosamente un baño y ropas limpias. Dejando a su amo cómodo y una vez atendido su propio aseo, Demetrio partió en busca de Stéfanos.

Dado que su camino pasaba por la casa de Benyosef, decidió Echar un vistazo allí, pues era posible que su amigo estuviera trabajando todavía. La puerta del frente se hallaba cerrada y con pestillo. Yendo por la del costado, que daba a los cuartos de la familia golpeó; no obtuvo respuesta. Esto era sumamente raro, Pues la vieja Sara no iba a ningún lado y a buen seguro debía estar allí para la hora de cenar.

Demetrio, perplejo, se apresuró a ir a la vieja y pobre casa donde había vivido con Stéfanos. Aquí también las puertas ostentaban cadenas y al parecer todos se habían ido. A poca distancia, en la misma calle, vivía Juan Marcos, un judío joven y de buena presencia, con su madre viuda y una atractiva primita llamada Roda. Decidió llamar allí y preguntar, pues Stéfanos y Juan eran íntimos amigos, aunque él se había preguntado a menudo si no era a la jovencita a quien Stéfanos iba a ver.

Encontró a Roda cerrando la alta puerta del jardín, preparándose para partir con una canasta bien llena en el brazo. Lo saludó con efusión; Demetrio notó que ella estaba más bonita que de costumbre. Parecía haber madurado considerablemente durante su ausencia.

—¿Dónde están todos? —preguntó, después de un breve relato acerca de las casas que había visitado.

—¡Oh! ¿No sabes? —Roda le alcanzó el cesto y marcharon hacia la entrada—. ¡Todos cenamos juntos ahora!... Debes venir conmigo.

—¿Quiénes cenan juntos? —preguntó intrigado Demetrio.

—¡Los cristianos! Simón inició esto hace unas semanas. Arrendaron el viejo edificio donde Tatán tiene su bazar... Cada uno lleva comida todas las tardes, y la compartimos. Es decir —agregó con un resignado encogimiento de hombros—, algunos llevamos comida y todos la comparten.

—No parece que el resultado sea muy divertido, ¿eh? —observó burlonamente Demetrio.

—A decir verdad —Roda agitó sus rizosos cabellos—, no ha pasado todo como Simón lo esperaba.

Caminaban rápidamente; Demetrio con pasos largos, para ajustar la marcha a los rápidos pasitos que parecían estar marcando el compás. Decidió no ser demasiado inquisitivo.

—¿Qué hay de Stéfanos? —preguntó con una sonrisa socarrona, que Roda trató sin éxito de esquivar.

—Lo verás dentro de un momento —contestó ella con picardía—. Podrás juzgar por ti mismo.

—Roda —Demetrio habló como si tuviera sesenta años por lo menos—, esas

mejillas sonrojadas me dicen que algo ha estado ocurriendo durante mi ausencia... Si eso es lo que pienso, me alegro por ambos.

—Sabes demasiado, tío Demetrio —replicó ella con una sonrisa maliciosa—. ¿No podemos Stéfanos y yo ser amigos sin...?

—No, no lo creo —interrumpió Demetrio—. ¿Cuándo se va a realizar, Roda? ¿Tendré tiempo de tejer un mantel para vosotros?

—¡Uno pequeño! —la joven le envió una sonrisa radiante. Prometiéndole que conseguiría un telar y trabajaría desde la mañana temprano, si su amo podía concederle ese tiempo, Demetrio encontró que su curiosidad iba en aumento con respecto a estas cenas cotidianas.

—¿Cuánta gente va? —preguntó.

—Te sorprenderás. ¡Trescientos o más! Muchos se han deshecho de sus propiedades rurales y ahora están viviendo aquí; es una colonia completa. Por lo menos cien toman sus comidas en la *ekklesia*.

—¿La *ekklesia*? —repitió Demetrio—, ¿Es así como la llaman? Eso es griego, ¿sabes? La mayoría de vosotros sois judíos; ¿no es así? ¿Cómo fue que llamasteis a vuestro lugar de reunión *ekklesia*?

—Stéfanos —contestó orgullosamente Roda— dijo que era un nombre adecuado para asambleas así. Además, la tercera parte de los cristianos son griegos.

—Bien, es confortante ver a judíos y griegos luchando juntos por algo —observó Demetrio—. Toda una familia grande y feliz, ¿eh? —añadió con cierto recelo.

—Por lo menos grande. ¡No hay cuestión sobre eso! —murmuró Roda. Y en seguida, haciendo una rápida enmienda a su comentario, continuó—: La mayoría es profundamente sincera. Pero hay bastantes de la otra clase como para echarlo a perder.

—Pelean, ¿no? Temo que no llegarán muy lejos con esta nueva concepción de que lo que el mundo necesita es buena voluntad.

—¡Eso mismo dice Stéfanos! —aprobó Roda—. Está bastante desilusionado. Piensa que todo este asunto, de mantener juntos a los cristianos es un error. Cree que debieron haber quedado en sus casas, continuando la labor diaria.

—¿Y qué es lo que origina las bataholas? —Demetrio no pudo evitar la pregunta.

—¡Oh... siempre es la misma historia! —suspiró Roda—. Nosotros los griegos sois avaros, suspicaces y súper sensibles en lo atañe a vuestros derechos y...

—Y vosotros los judíos sois voraces y engañadores —interrumpió Demetrio con una sonrisa burlería.

—¡No somos ni voraces ni engañadores! —exclamó Roda con altivez.

—¡Y nosotros, los griegos, no somos avaros! —replicó Demetrio. Ambos rieron.

—Ésta es una buena pintura, en pequeño, de las peleas —dijo Roda—. ¡Pobre Simón! ¡Tenía tan grandes esperanzas en la *ekklesia*!... La otra noche sentí tanta pena por él, que estuve a punto de echarme a llorar. Después de la cena nos habló seriamente, repitiendo algunas de las palabras de Jesús sobre eso de amarnos los unos a

los otros, aun a los que nos maltratan, y de cómo somos todos hijos de Dios, iguales ante su vista, prescindiendo de nuestra raza. Y puedes creerme: precisamente mientras Simón estaba hablando, un anciano llamado Ananís, ¡se levantó y se fue!

Demetrio no pudo encontrar un comentario apropiado. Le daba un sentimiento de pesar el ver cómo tan elevada concepción había caído en tal descrédito, en manos de gente débil. Roda advirtió su desilusión.

—Pero, por favor, no creas que a Simón se le trata sin consideración —prosiguió—. ¡Tiene mucha influencia! ¡La gente cree en él! Cuando va por las calles, ancianos y ancianas sentadas detrás de sus ventanas le piden que se detenga y converse con ellos, Stéfanos dice que hasta sacan a sus enfermos en camillas para que él pueda tocar sus frentes cuando pasa. Y... Demetrio... ¡es maravilloso ver lo que piensan también de Stéfanos! A veces reflexiono que si alguna vez le pasara algo a Simón... —Roda titubeó.

—... ¿Stéfanos podría ser el jefe? —prosiguió Demetrio.

—¡Es grande como para eso! —declaró ella cándidamente—. Pero no le cuentes que te lo haya dicho —añadió—. Sería una gran desgracia si algo le ocurriera a Simón.

Se acercaban al viejo bazar. Algunas mujeres entraban con sus cestos y unos hombres vigilaban la puerta. No se veía ningún legionario. Al parecer, los cristianos tenían libertad de ir y venir a su placer.

Roda lo condujo a través de la habitación desnuda, grande y pobremente iluminada, colmada de hombres, mujeres y niños, esperando detrás de las largas mesas donde la comida había sido distribuida. Stéfanos avanzó con una sonrisa de bienvenida.

—¡Hermano Demetrio! —exclamó extendiendo ambas manos—. ¿Dónde lo encontraste, Roda?

—Te andaba buscando —contestó ella con ternura y familiaridad.

—Ven, entonces —dijo—. Simón querrá verte... Estás delgado, amigo mío. ¿Qué te han hecho?

Demetrio saltó involuntariamente cuando Stéfanos le tomó del brazo.

—Un pequeño accidente —explicó—. No está completamente curado.

—¿Cómo te lo hiciste? —preguntó Roda—. Tienes un tajo en la muñeca también. ¡Y bastante malo!

Demetrio procuraba evitar de contestar. Stéfanos vino en su ayuda con una pequeña pantomima de labios fruncidos y movimientos de cabeza dedicados a Roda.

—¡Creo que has estado peleando! —susurró ella con una sonrisa de reproche—. Ya sabes que los cristianos no pelean. —Plegando los labios en una traviesa sonrisa significativa para Stéfanos, agregó—: Ni siquiera se irritan ante las cosas.

Stéfanos, preocupado, no prestó atención a aquella salida e hizo señas a Demetrio para que lo siguiera.

La conversación en el camino de vuelta fue forzada y fragmentaria.

Juan Marcos y su madre caminaban adelante. Los altos griegos los seguían, uno a cada lado de Roda, quien se sentía empujada y sin importancia, pues era evidente, dada su taciturnidad, que ellos deseaban estar a solas. No se resentía por eso. Estaba tan profundamente enamorada de Stéfanos que todo lo que él hacía era para ella completamente correcto, aun cuando resultaba violento que la excluyera de su camaradería con Demetrio.

Después de un rápido «¡buenas noches!», a la entrada de la casa de Marcos, los griegos prosiguieron lentamente por las calles hacia sus alojamientos, silenciosos al principio, esperando cada uno que hablara el otro. Los pasos de Stéfanos se fueron haciendo más lentos.

—Bueno... ¿Qué piensas de esto? —preguntó lisa y llanamente— Dímelo con toda sinceridad.

—No estoy aún seguro —contemporizó Demetrio.

—¡Debes estarlo! —espetó Stéfanos—. Has visto a nuestra *ekklesia* cristiana en acción. ¡Si no estás muy seguro, significa que piensas que hemos tomado el camino errado!

—Muy bien —asintió Demetrio, con sonrisa indulgente—. Si eso es lo que yo pienso, ¿por qué no sigues y me cuentas qué opinas tú? Has tenido mejores oportunidades para formarte una opinión. Todavía no he visto hacer a vuestra *ekklesia* nada más que comer... ¿Para qué más es buena? Me animaría a decir, Stéfanos, que sí yo estuviera seleccionando un grupo de gente para comprometerlas en una tarea peligrosa, que requiera coraje y fe ilimitada, hubiera descartado a unos cuantos de los presentes esta noche.

—¡Ahí está! —se lamentó Stéfanos—. ¡Eso es lo que la perturba! Jesús nos ordenó continuar con su trabajo, sin reparar en privaciones, penas y azares; y todo lo que según parece llegamos a hacer es una casa de holganza para cualquiera que diga: «yo creo».

—Sin duda las intenciones de Simón eran buenas —observó Demetrio, advirtiendo que esperaba su comentario.

—¡Excelentes! —asintió Stéfanos—. Si todos los, que están en conexión con la *ekklesia* tuvieran la firmeza y la bondad de Simón Pedro, la institución adquiriría un gran poder... Mira, al comienzo, lo que él deseaba era un grupo selecto de hombres que dedicaran todo su tiempo a este trabajo. Pensó que viviendo juntos se inspirarían unos a otros. ¿Recuerdas cómo era en la tienda, Demetrio?: los discípulos gastaban horas en sus amistosas conferencias. Pues Simón deseaba aumentar ese círculo, buscando otros hombres devotos, y reuniéndolos en espíritu y propósitos...

—... Y el círculo resultó demasiado grande —sugirió Demetrio.

Stéfanos hizo un alto y negó tristemente con la cabeza.

—Todo el plan careció de solidez —dijo desconsoladamente—. Simón anunció que cualquier cristiano podría vender su pro piedad y traer su producto a la *ekklesia*, bajo la promesa de que su subsistencia sería asegurada.

—¿Sin importar que tuviera mucho o poco?

—¡Exacto! Si tenías un viñedo o una granja la vendías, probablemente con sacrificio, y le traías el dinero a Simón. Si no tenías más que unos cuantos pollos, una cabra y un asno, venias con el dinero que habías conseguido por eso. Y todos vivirían juntos en amor fraternal.

Con tristeza Stéfanos relató las desventuras del infeliz experimento. Circuló rápidamente la versión de que toda la familia cristiana podía asegurar su manutención uniéndose a la *ekklesia*. No escasearon los aspirantes. Simón estaba entusiasmado al ver el gran número de gente que se confesaba cristiana. En unas de las conferencias de todas las noches, en la tienda de Benyosef, estuvo fuera de sí de felicidad. ¡El reino crecía! Aquella noche —continuó Stéfanos— se decidió que Simón quedara en Jerusalén para supervisar nuestra *ekklesia*, Los otros apóstoles irían a ver si se podían poner en práctica proyectos similares con los cristianos de Jope, Cesárea. Antioquía... —Stéfanos hizo un gesto que incluía a todos los demás—. Tú sabes que Simón es impetuoso. Cuando captura una idea, la ensilla, le pone bridas... ¡y cabalga a todo galope!

—¡Y la *ekklesia* creció!

—¡En número, sí! Grandes familias sin nada que hacer, se lanzaron a vivir en la holganza, cantando himnos y fervientes oraciones, pero casi sin conocer qué significaba todo aquello, excepto que tenían tres comidas al día y muy buena compañía.

—¿Y qué le pareció a la otra gente, la que había poseído considerables bienes?

—Bueno... Ése fue otro problema. Comenzó a experimentar cierta superioridad sobre los indigentes. Cuanto mayor era el dinero con que habían contribuido a la *ekklesia*, tantos más derechos creyeron tener para dictar las normas de la institución. —Stéfanos sonrió tristemente—. Sin ir más lejos, esta mañana, un arrogante anciano se puso en contra de algo que Simón había dicho y se mostró defraudado de la *ekklesia*. Cuando Simón le increpó, se enfureció tanto que le dio un ataque y murió. Y Simón probablemente será culpado por eso.

—¡Esto es como para descorazonar a cualquiera!

—¡Eso no es todo! —suspiró Stéfanos—. ¡Con esa cena diaria! Muchos mercaderes van ahora a las reuniones llevando, su comida; ello sería muy loable, pero claramente patrocinan la *ekklesia* por razones comerciales. En resumen: la *ekklesia* se está volviendo muy popular, ¡demasiado popular!

—¿Qué se puede hacer para remediarlo?

Stéfanos marchaba lentamente, moviendo la cabeza.

—Demetrio, antes de que la *ekklesia* empezara a extender sus fronteras, la comunidad cristiana era una fuerza apreciable. Los hombres se dedicaban a sus ocupaciones habituales, cuidadosos de tratar a todos con honestidad, ansiosos de vivir de acuerdo con los mandamientos de Jesús y hablando de su manera de vivir a cuantos pudieran encontrar... Por las noches se reunían, para el *ágape* y para

infundirse valor unos a otros. Simón se ponía de pie y los instaba a realizar mayores esfuerzos. Repetía las palabras de Jesús y renovaba sus energías. ¡Era magnífico! —Stéfanos se detuvo nuevamente y miró a su amigo con amargura—. Lo has oído esta noche derrochando sus espléndidas exhortaciones a seres egoístas y pendencieros para que olviden sus rencillas y terminen de hostigarse unos a otros. ¿Notaste acaso la sonrisa con que los instaba a ser más generosos en sus regalos a la *ekklesia*? ¡Bueno, aquél para mí no era Simón! ¡Aquél no era el Simón que encendía los corazones de los hombres que solían encontrarse por las noches para mantenerse unidos todos en la causa de Cristo!... ¡Es una desgracia! —Stéfanos cruzó ambas manos sobre su cabello recortado y sacudió la cabeza con desaliento.

—¿Y para esto —gimió— sufrió Jesús en la cruz, murió y resurgió del sepulcro?

—¿Has conversado con Simón de todo esto? —preguntó Demetrio después de un discreto intervalo.

—Últimamente no. Hace un par de semanas, cuando ya era evidente que iba a haber una ruptura entre judíos y griegos, varios de nosotros le preguntamos si podíamos ayudarle en algo; entonces él nombró a siete para que supervisáramos la justa distribución de alimentos y ropas; pero, Demetrio, el sentimiento por Jesús y su legado al mundo es una especie de pasión exaltada ¡y no puede rebajarse a reparar en las desagradables pendencias sobre por qué le dieron a Rubén Isacar una túnica mejor que al pequeño Nicolás Timenodes!

Demetrio tuvo una expresión de disgusto y aconsejó a su amigo que desechara tales preocupaciones.

—¡Eso es lo que haré! —declaró Stéfanos—. Esta noche tomé una resolución. ¡No volveré allí nunca más!

—Es posible —dijo Demetrio— que Julián resuelva pronto de otro modo las dificultades de la *ekklesia*. ¿Has sabido algo de un ataque? Mi amo cree que dentro de poco los cristianos van a ser perseguidos por el Pretorio.

—Si el procurador espera un poco, ¡la *ekklesia* es capaz de destruirse sola y le evitará la molestia!... Pero, cuéntame: ¿qué opina tu amo sobre Jesús, ahora que ha estado en Galilea?

—Está muy impresionado, Stéfanos. Le cuesta creer que Jesús resucitó; con todo lo considera el hombre más grande que haya vivido...

Desea hablar contigo. Quedó profundamente conmovido cuando le pediste ver la túnica de Jesús y te emocionaste tanto ante su vista.

—Supongo que todavía la tiene —murmuró Stéfanos—. ¿Crees que me permitirá verla de nuevo, Demetrio? Lo ocurrido últimamente en cierto modo me ha deprimido. Tú sabes, amigo mío, que cuando yo toqué la vestidura sagrada aquella noche, «él»... «él» hizo algo por mí! No puedo explicarlo... pero...

—¡Vayamos a la posada! —le instó Demetrio impetuosamente—. ¡Ahora mismo! Todavía estará levantado y se alegrará de verte... Creo que ambos necesitáis tener una conversación a solas.

—¿Estás seguro de que no pensará que la mía es una intromisión? —preguntó ansiosamente Stéfanos.

—No. Serás bien recibido. Y resultará un bien para ambos. Tomada la decisión, Stéfanosapuró la marcha con largos y confiados pasos.

—¿Vas a contarle al tribuno algo sobre la *ekklesia*?

—¡De ningún modo! —declaró Demetrio—. Creo que Marcelo está en camino de hacerse cristiano. Le apasiona la historia de Jesús, y no habla de otra cosa. Si decide hacerse cristiano, será un cristiano bueno y valiente. ¡Puedes estar seguro de eso!... Pero por de pronto no debemos exponerlo a cosas que podrían disgustarle. Si sabe que varios de sus compañeros en esta causa son fieros holgazanes y pendencieros, podría temer envilecerse.

—Esas son palabras fuertes, amigo mío —precisó Stéfanos.

—Por supuesto que no me place decirlo —replicó Demetrio—, Pero conozco al tribuno muy bien. Es verdad que él se ha criado como un pagano; sin embargo es cuidadoso en la elección de sus compañías.

* * * * *

Encontraron a Marcelo solo y leyendo. Los saludó calurosamente, mostrando gran interés por Stéfanos, quien ya iba a disculparse por la visita intempestiva.

—¡Ninguna visita me causaría tanto gusto, Stéfanos! —afirmó cordialmente, ofreciéndole una silla—. Siéntate tú también, Demetrio... Supongo que habéis celebrado hoy una agradable reunión.

—¿Has tenido un viaje interesante por Galilea, señor? —preguntó Stéfanos con bastante timidez.

—Interesante y sorprendente. Justo fue un buen guía. He oído de él muchas historias extrañas. Es difícil creerlas... y difícil también no creerlas. —Hizo una pausa. Su expresión invitaba a una respuesta; pero Stéfanos, en desventaja ante este romano de la ciudad, asintió simplemente, con los ojos mirando a otro lado.

—Me impresionó grandemente el anciano Natanael Bartolomé —prosiguió Marcelo.

—Sí —observó Stéfanos, al cabo de un intervalo de silencio.

Demetrio, cuya impaciencia iba en aumento, pensó que podría acudir en ayuda de su tímido compatriota.

—Creo que a Stéfanos le agradecería mucho ver nuevamente la túnica, señor —sugirió.

—¡Encantado! —asintió Marcelo—. ¿Quieres ir a buscarla, Demetrio?

Después de pasar un rato en el cuarto contiguo, y durante el cual Stéfanos y Marcelo permanecieron en silencio, Demetrio retornó y extendió la vestidura sobre las rodillas de su amigo. Stéfanos la acarició respetuosamente con las puntas de sus dedos. Sus labios estaban temblando.

—¿Deseas quedarte un rato solo? —preguntó Marcelo con dulzura—. Demetrio y yo podemos dar un paseo por el jardín.

El otro no dio señales de haber oído. Estrechando el precioso sayo entre sus brazos miró a Marcelo y luego a Demetrio con una suave luz de regocijo en los ojos.

—¡Esta fue la túnica de mi Maestro! —anunció con tono de confianza, como si pronunciara una alocución en público—. Lo llevó cuando curaba al enfermo y consolaba al triste. Lo llevó cuando hablaba a las multitudes como ningún hombre había hablado... Lo llevó cuando fue a la cruz a morir... por mí... ¡Un humilde tejedor! —Stéfanos, bruscamente, buscó el rostro atónito de Marcelo—. Y por ti... ¡un tribuno poderoso! —Se volvió hacia Demetrio—. Y por ti... ¡un esclavo!

Marcelo se apoyó en los brazos de su sillón, sorprendido por las maneras repentinamente alteradas del griego, que había hecho a un lado sus reticencias para declarar su fe en tan resonantes tonos.

—¡Tú mataste a mi señor, tribuno Marcelo! —prosiguió Stéfanos algo fríamente.

—¡Stéfanos! ¡Por favor! —rogó Demetrio.

Marcelo levantó una mano en advertencia a su esclavo.

¡Prosigue, Stéfanos! —ordenó.

—Era perdonable —prosiguió el griego, poniéndose de pie—, pues tú no sabías lo que estabas haciendo. Y lo lamentas. ¡El templo y el Pretorio lo mataron! Ellos tampoco sabían con exactitud lo que estaban haciendo. ¡Pero no lo lamentan, y lo volverían a hacer mañana! —Avanzó un paso hacia Marcelo, el cual se levantó como quien va a recibir una orden—. ¡Tú, tribuno Marcelo Galión, puedes reparar lo que has hecho!... ¡Él te perdonó! ¡Yo estaba allí! ¡Lo oí perdonarte! ¡Hazte amigo de él! ... ¡Él vive! ¡Yo lo he visto!

Demetrio se hallaba a su lado ahora, murmurando ruegos semiarticulados.

Quitándole cariñosamente el sayo de las manos, lo empujó hacia su silla. Todos se sentaron, y durante un rato nadie habló.

—¡Perdóname, señor! —suplicó Stéfanos contristado. Pasó nerviosamente la palma de una mano por sus sienes—. He hablado demasiado libremente.

—No tienes nada que reprocharte, Stéfanos —contestó Marcelo con voz ronca—. No me has ofendido.

Hubo un largo y penoso silencio, que nadie parecía dispuesto a romper; Stéfanos al fin se levantó.

—Es tarde —dijo—. Debemos irnos.

Marcelo le alargó la mano.

—Me alegra que hayas venido, Stéfanos —dijo serenamente— Serás bienvenido nuevamente... Demetrio, te veré aquí por la mañana.

* * * * *

Agitado y perplejo, Marcelo permaneció durante una hora mirando fijamente la

pared. Al fin fue vencido por las fatigas del día. Estirándose en la cama quedó dormido. Poco antes del amanecer fue despertado por gritos roncOS y agudos alaridos, acompañados por órdenes salvajes y golpes muy fuertes. No era raro en una posada ser molestado casi a todas horas del día por gritos y lamentos, indicadores de que se estaba castigando a algún esclavo de la cocina; pero este alboroto, que parecía partir del patio inferior, sonaba como si el establecimiento entero participara del tumulto.

Marcelo pasó sus dos largas piernas sobre el borde de la cama, caminó hasta la ventana y miró hacia abajo. Instantánea mente advirtió lo que estaba ocurriendo. El temido día de furia de Julián había llegado. Una docena de legionarios, con el equipo de batalla completo, estaban agrupando a los esclavos del personal en una esquina del patio. Evidentemente, otras tropas se hallaban afuera persiguiendo su presa. En todo el piso bajo reinaba una enorme confusión. Había golpes y protestas, peleas y paneles hechos trizas. Al momento sonó un ruido de sandalias por la escalera. La puerta de Marcelo fue empujada y abierta.

—¿Quién eres? —rugió una voz.

—Soy un ciudadano romano —replicó Marcelo fríamente—. Y harías bien en mostrar mejores maneras cuando penetras en el aposento de un tribuno.

—Hoy no guardamos las formas, señor —contestó el legionario con una breve sonrisa—. Estamos a la busca de cristianos.

—¡Ciertamente! —gruñó Marcelo—. ¿Y cree el legado Julián que esta pobre gente inerme es suficientemente importante como para levantar tal batahola al amanecer?

—El legado no me cuenta lo que piensa, señor —apuntó el legionario—, y no es costumbre de la tropa el preguntárselo... Estoy obedeciendo órdenes, señor. Estamos buscando a todos los cristianos de la ciudad... Tú no eres cristiano y lamento haberte molestado. —Retrocedió hacia el vestíbulo.

—¡Oye! —exclamó Marcelo—. ¿Cómo sabes que no soy cristiano? ¿No puede ser cristiano un tribuno romano?

El legionario sonrió entre dientes, se encogió de hombros, dejó el pesado escudo de metal y se limpió la frente traspirada con la sucia manga.

—No tengo tiempo para bromear, señor. Si el tribuno me excusa... —Volvió a tomar el escudo, saludó con la lanza y salió ruidosamente al vestíbulo.

Los gritos de afuera iban disminuyendo. Al parecer, la evacuación había sido completa. Un grupo de esclavos aterrorizados, que se había aglomerado cerca de la pared, cuidaba de sus magulladuras. Aparte, a un costado, había unos pocos huéspedes llenos de terror, pobremente vestidos. La anciana mujer de Leví, el dueño de la posada, rondaba alrededor de ellos; estaba pálida y su cabeza se movía bruscamente hacia arriba, como en un tic nervioso. Marcelo se preguntó si ella sería siempre así o sólo cuando estaba muy asustada.

El centurión, alto y bien parecido, se adelantó, enfrentó las víctimas, gritó pidiendo silencio, desenrolló en toda su longitud un largo pergamino y con voz seca

leyó un edicto, pomposamente redactado. No debía mencionarse más el nombre de Jesús el galileo, quien había sido declarado culpable de traición, blasfemias y ofensas contra la paz de Jerusalén. Este edicto debía ser considerado como la primera y última advertencia del gobierno. La desobediencia sería penada con la muerte.

Enrollando el pergamino, el centurión lanzó una orden. El destacamento se puso firme. Él oficial avanzó majestuosamente hacia la calle y los legionarios le siguieron. Al cabo de un rato, un viejo criado, cuya sangre brotaba a través de los escasos cabellos blancos cayéndole sobre el hombro desnudo, se desplomó en silencio y quedó hecho un ovillo. Una esclava de veinte años cayó sobre él llorando fuertemente, mientras un griego barbudo se arrodillaba y apoyaba el oído junto al pecho del anciano.

Cuando se levantó hizo con la cabeza un gesto de negación. Entre cuatro levantaron el cuerpo exánime y caminaron lentamente hacia los cuartos de la servidumbre; la mayor parte les siguió, caminando trabajosamente y sin ánimo. La mujer del posadero se volvió lentamente hacia ellos. Su cabeza se sacudía violentamente. Señaló una escoba caída. Un esclavo, cojo, con la espalda encorvada, la levantó y comenzó de mala gana a barrer el pavimento de mosaicos. A excepción de él, no había allí nadie: el patio estaba vacío.

Marcelo se apartó de la ventana con una sensación de repugnancia. «¡Qué valiente, viejo Julián!», musitó, «¡qué valiente, viejo Imperio Romano!».

Terminó de vestirse y bajó. Leví lo recibió al pie de la escalera con muchas reverencias y movimientos de manos. Esperaba que el tribuno no hubiese sido molestado por la confusión. ¿Deseaba que el desayuno le fuese servido en seguida? Marcelo asintió con un gesto.

—Ahora tendremos menos complicaciones con los cristiano: —declaró Leví, para demostrar al huésped romano que sus simpatías estaban con el Pretorio.

—¿Te han causado molestias? —preguntó Marcelo como al descuido.

Leví levantó los hombros, extendió sus curvos dedos y sonrió afectadamente.

—Basta que la secta haya sido desaprobada por el gobierno —contestó evasivo.

—Eso no es lo que te pregunté —gruñó Marcelo—. Esos cristianos, que han sido castigados aquí mismo esta mañana, ¿te han dado por ventura algún motivo de queja? ¿Te han robado, mentido o peleado? ¿Se han embriagado? ¿Son pendencieros?... Dime; ¿qué clase de gente son?

—A la verdad, señor —admitió Leví—, no puedo quejarme de ellos. Son tranquilos, honestos y de confianza. Pero, señor, como el Pretorio ha decretado, ¿no podemos tolerar la blasfemia!

—¿Blasfemia?... ¡Tontería! —espetó Marcelo—. ¿Qué sabe el Pretorio o más bien que le importa la blasfemia? ¿Qué es lo que esta gente blasfema, Leví?

—No tienen respeto por el Templo, señor.

—¿Cómo iban a tenerlo ellos cuando el Templo no lo tiene por sí mismo?

Leví se encogió nuevamente de hombros y demostró su desaprobación, aunque

todavía arriesgó una débil sonrisa.

—La religión de nuestro pueblo debe ser protegida, señor —murmuró piadosamente.

Marcelo hizo un ligero gesto de desagrado y se adelantó hacia la arcada, donde encontró, tendiendo su mesa para el desayuno, a la esclava que había estado tan profundamente apenada por el anciano muerto en el patio. Tenía los ojos rojos por el llanto, pero continuaba cumpliendo sus tareas con esmero. No levantó la vista cuando Marcelo se sentó.

—¡El anciano era pariente tuyo! —preguntó éste con toda amabilidad.

Ella no respondió. De súbito gruesas lágrimas rebasaron sus ojos y rodaron por sus mejillas. Al cabo de un rato se marchó, evidentemente a buscar el desayuno a la cocina. Leví se encaminó hacia la mesa.

—¿Qué relación tenía esta joven con el anciano a quien mataron? —preguntó Marcelo.

—Era su padre —dijo Leví con evidente desgano.

—¿Y tú ahora la estás haciendo servir la mesa?

Los hombros, codos, cejas y palmas de Leví se levantaron en un gesto de defensa.

—Bueno, es su tarea habitual, ¡señor! ¡No es culpa mía si mataron a su padre!

Marcelo se levantó y observó a su anfitrión con frío desprecio.

—¿Y por qué andas charlando de religión? ¡Qué individuo tan bajo eres! —Se encaminó hacia la puerta con largos pasos.

—¡Pero, por favor, señor! —rogó Leví—. ¡Yo mismo te serviré! ¡Siento mucho haberte ofendido! —Y en seguida se marchó a la cocina. Marcelo volvió a la mesa, furioso, preguntándose si aquella repugnante criatura no le pegaría a la muchacha por haber ella originado involuntariamente este incidente desagradable.

* * * * *

Demetrio se había levantado al amanecer, para tener así tiempo de cumplir un encargo en la *ekklesia* antes de ir a la posada para atender a su amo. Había tratado de vestirse sin despertar a su amigo, pues sabía que éste había pasado mala noche. Pero Stéfanos pronto se incorporó frotándose los ojos.

—Te veré esta noche —susurró Demetrio, como si su compañero estuviera todavía dormido y no debiera ser despertado—. ¿Estarás aquí?

—En la *ekklesia* —murmuró Stéfanos.

—Aunque no ibas a volver nunca más...

—No puedo dejar al buen Simón. Demetrio. Está solo, ahora que los otros apóstoles están afuera, en sus respectivas misiones.

Saliendo de la casa sin hacer ruido, Demetrio caminó raudamente hacia la *ekklesia*, donde esperaba cambiar unas palabras en privado con Simón. Le parecía casi desleal no confiárselo a Stéfanos, pero Marcelo había insistido sobre el secreto.

Deseaba una entrevista con Simón Pedro. Demetrio iba a arreglarla, si podía, No había tenido ninguna oportunidad de preguntárselo al mismo Simón la noche anterior. Tal vez tendría mejor ocasión de verlo a solas aquella mañana, antes que comenzaran las actividades del día.

La *ekklesia* estaba ya en pie. Los catres habían sido plegados y apartados para hacer lugar a las mesas. Chicos despeinados, a medio vestir, de todas las edades, corrían de un lado para otro; había pequeños que lloraban y ancianos abatidos en rincones alejados del paso, frunciendo el ceño meditativamente mientras acariciaban sus barbas patriarcales. Las mujeres trajinaban de un lado a otro, entre la cocina, que estaba en el fondo, y las mesas para el desayuno, ante las cuales sus hombres se iban sentando. Demetrio se aproximó al grupo más cercano y pregunto por Simón Pedro. Uno de ellos echó un vistazo en derredor y lo señaló; El apóstol estaba de pie al lado de una ventana, completamente apartado de los demás, cavilando sobre un desgastado pergamino. Aun en esa postura descansada, había algo majestuoso en el enorme galileo. Con no tener más que un escenario adecuado y una feligresía valiente, pensó Demetrio. Simón haría pesar su influencia. El hombre tenía la inmensa vitalidad y la personalidad arrolladora de los conductores privilegiados de multitudes. No era de extrañarse que la gente, aun sin conocerle, deseara que pusiera sus manos sobre los enfermos. Aproximándose. Demetrio esperó ser reconocido; Simón, en efecto, cuando levantó la vista le hizo señas de que se acercara.

—Señor, mi amo, Marcelo Galión, desea ansiosamente conversar contigo, en la forma que tú dispongas —dijo Demetrio.

—¿Es el que fue a Galilea con Justo —inquirió Simón— a buscar esos tejidos... o por lo menos eso que dijo?

—Mi amo adquirió efectivamente gran cantidad de tejidos, señor —precisó Demetrio.

—¿Y qué más? —preguntó Simón con su profunda voz.

—Volvió muy interesado en la historia de Jesús, señor.

—Creo que ya estaba antes de ir —supuso el apóstol, estudiando los ojos de Demetrio—. Creo que precisamente por eso fue.

—Si, señor —admitió Demetrio—. Ése fue su objeto real al ir a Galilea. Está profundamente interesado, pero lleno de dudas. Al presente se hospeda en la hostería de Leví. ¿Puedo decirle que tú conversarás con él en privado?

—Hablaré con él, mañana a media tarde. Si desea que sea en privado dile que me encuentre en el campo de los desperdicios, al norte de la ciudad, el lugar que ellos llaman el Gólgota. Hay un sendero que cruza el campo y que conduce a una loma situada en el centro de él.

—Se dónde está, señor.

—Entonces muéstrale el camino. Pídele que vaya solo.

Simón enrolló el pergamino, y sin prestar atención a las gracias que murmuraba Demetrio, caminó hasta las mesas. Hubo un susurro pidiendo silencio, y el vocerío

cesó, a excepción del llanto de un niño. Los que estaban sentados se levantaron. Con una voz poderosa y resonante el galileo comenzó a leer.

«La gente que caminaba en la obscuridad ha visto una luz brillante. Ellos yacían en las sombras de la muerte; sobre ellos la luz brilla. Pues entre nosotros un niño nos ha nacido. A nosotros nos ha sido dado un hijo. El comando descansará sobre sus hombros».

Hubo a este punto un clamor a la entrada y todos los ojos se volvieron con aprensión. Le oyeron gritar secas órdenes y aquella gente atemorizada no tuvo que esperar mucho en la ansiedad. Las puertas se abrieron bruscamente, y una compañía entera de legionarios entró, desplegando en abanico mientras avanzaba. Con sus lanzas sostenidas horizontalmente y los pechos levantados, marcharon con rapidez, empujando a los aterrorizados cristianos. En la excitación alguno de los mayores cayeron ante ellos. Fueron brutalmente puestos de pie y empujados hacia el grupo que se estaba amontonando contra la pared del fondo.

Demetrio, que había permanecido cerca de la ventana, muy apartado de los residentes, se encontró en posición de espectador. Las tropas entraban rápidamente. Simón, que se destacaba por su figura, permanecía inmutado en su lugar. Estaba solo ahora; todos los demás se habían apiñado contra la pared. El centurión dio una orden y la compañía hizo alto. Caminó arrogantemente hacia el galileo y lo enfrentó con una mueca de sarcasmo. Eran de la misma estatura: ambos magníficos ejemplares de virilidad.

—Entonces, ¿eres tú el que llaman «el Pescador»? —preguntó el centurión.

—¡Lo soy! —contestó Simón con entereza—, ¿Y por qué vienen aquí, a interrumpir una pacífica asamblea?... ¿Ha cometido un crimen alguno de nosotros? Si es así, llevadlo y que lo juzguen.

—Como quieras —se mofó el centurión—. Si deseas ser juzgado por blasfemia y por incitar a la traición, el procurador te complacerá... ¡Llevadlo! —Simón, volviéndose resueltamente a los suyos.

—¡Sed valientes! —exclamó—. ¡No opongáis ninguna resistencia! ¡Yo volveré a vosotros!

—¡Eso no! —interrumpió el centurión. En obediencia a una seca orden y un movimiento de su espada, dos legionarias corpulentos se adelantaron de un salto hacia el apóstol; agarrándolo por los brazos le dieron vuelta y se encaminaron a la puerta.

La compañía presionó sobre la multitud indefensa. El centurión ordenó silencio: las mujeres, pálidas, pusieron las manos sobre las bocas de los chiquillos llorones. Se leyó un edicto. Por orden del procurador los blasfemos que se daban el nombre de cristianos no podrían realizar más asambleas.

Demetrio lentamente comenzó a deslizarse pegado a la pared, en dirección a la puerta del frente. Oyó fragmentos de los anuncios del centurión... El edificio debía ser desocupado en seguida... Cualquiera que desobedeciera la orden sería apresado...

El nombre de Jesús, blasfemo y traidor, no debería ser pronunciado nunca más.

—¡Idos ahora! —gritó—. ¡Volved a vuestros hogares! ¡Y no preguntéis por vuestro Pescador! ¡No volveréis a verlo más!

Así que estuvo cerca de la puerta, dándose cuenta de que el discurso había terminado y las tropas saldrían en seguida, Demetrio apuró el paso, corrió a la calle y la cruzó. Se introdujo en una callejuela angosta y continuó hasta la calle siguiente. Allí dejó de correr y, a rápidos pasos, se dirigió a la posada de Leví. Todo allí estaba tranquilo. Entró y subió la escalera en dirección a las habitaciones de Marcelo. Leví, que lo observaba, lo llamó.

—Tu amo salió —dijo.

—¿Sabes adónde fue, señor? —inquirió Demetrio ansiosamente—. ¿Cómo podría saberlo si no me dijo nada?

Pensando que Marcelo seguramente habría dejado instrucciones en su aposento pidió y le fue dado permiso para subir. Una esclava griega lo estaba arreglando. Ella lo reconoció y le sonrió tímidamente. Informada de su propósito, le ayudó a buscar el mensaje.

—¿Viste a mi amo esta mañana? —preguntó Demetrio.

La joven negó con un movimiento de cabeza.

—Ha habido un gran disturbio hace un rato —observó.

Demetrio la instó a que le diese detalles, y ella le contó lo que había ocurrido. Al oírlo, fue hasta la ventana y permaneció durante un rato mirando afuera y tratando de imaginar cuál habría sido la reacción de Marcelo ante aquel hecho cruel. Estaría muy enojado, sin duda. Desearía hacer algo, tal vez. No era inconcebible que Marcelo hubiera ido a casa de Julián a reprocharle su conducta. Cuanto más pensaba Demetrio en esta posibilidad, más razonable le parecía. Sería sin duda un gesto audaz; pero Marcelo era bastante impetuoso como para intentarlo. Después de todo, la palabra de un tribuno tendría algún efecto.

Se volvió y encontró los ojos de la joven griega. Eran amistosos, pero serios.

Echando un vistazo cautelosamente hacia la puerta abierta, ella se aproximó y susurró:

—¿Eres de los nuestros?

Demetrio asintió serenamente, y la joven le dirigió una cálida sonrisa de aprobación. Luego, con repentino incremento de interés en sus tareas, empezó a plegar y acomodar las ropas sobre la cama, como si temiera ser sorprendida haraganeando.

—Es mejor que hoy permanezcas ausente de las calles —dijo suavemente, entreabriendo apenas su preciosa boca—. Vete abajo, a la cocina. Allí estarás a salvo.

—¡Gracias! —contestó Demetrio—, No es una mala idea. Además, tengo hambre.

Iba a cruzar el cuarto y la esclava puso una mano sobre su manga cuando pasó al lado de ella.

—¿Sabe tu amo que eres uno de los nuestros? —susurró.

Demetrio no estaba seguro de cómo contestar esta pregunta, de modo que le dirigió una sonrisa enigmática, que ella era libre de interpretar como quisiera, y abandonó la habitación. El inexplicable Leví lo encontró al pie de la escalera e inesperadamente le informó que la mañana era espléndida.

—Hermosa —asintió Demetrio, consciente de que el posadero estaba ardiendo por noticias.

—¿Tu amo ha dejado instrucciones? —preguntó amablemente.

—Voy a tomar mi desayuno, señor. Prefiero esperar su regreso.

—Muy bien —dijo Leví—. Vete a la cocina... Allí te servirán. —Se marchó hasta la puerta y agregó—: Supongo que todo está tranquilo por las calles esta mañana.

—Lo estaba cuando dejé, muy temprano, mi alojamiento, señor —replicó Demetrio cautelosamente.

Después de su desayuno, anduvo inquieto de un lado a otro a través del pequeño espacio circundado por los cuartos de la servidumbre. Nadie parecía inclinado a conversar. La joven que le había servido estaba llorando. Resolvió dar un paseo hasta el Pretorio y esperar afuera. Algo le decía que Marcelo estaba allí. ¿En qué otro lugar podía hallarse?

* * * * *

Concluido su desayuno, que Leví mismo había servido en una desagradable muestra de servilismo, Marcelo comenzó a preocuparse por la seguridad de Demetrio, quien debía haber llegado ya, a menos que hubiera encontrado alguna dificultad por el camino.

No sabía dónde vivía Stéfanos pero podrían decírselo en la tienda de Benyosef. Entonces se le ocurrió que Benyosef podía haber sido visitado por los legionarios. Sin duda ellos sabían que su tienda era el lugar de reunión de los discípulos de Jesús, y debía esperarse que trataran severamente a cualquiera que encontraran allí. La prudencia le sugirió que se mantuviera alejado de aquel centro de tormenta. Si Demetrio había sido arrestado, razonable sería esperar hasta que se restableciera el orden. Entonces podría saber dónde estaba su esclavo y hacer un esfuerzo para que fuera liberado.

El obsequioso Leví lo ayudó a llegar a una decisión. Marcelo estaba paseándose por el patio de un lado a otro, debatiendo febrilmente consigo mismo sobre qué hacer, cuando el posadero apareció en la entrada, evidentemente muy interesado por la excitación de su huésped. No pronunció palabra, sólo permaneció allí, guiñando sus brillantes ojos inquisitivos. Luego retrocedió a la antesala, y volvió un rato después trayendo una silla, como diciendo que, si el tribuno sabía lo que convenía, se quedaría donde estaba y evitaría meterse en enredos.

Marcelo lo miró ceñudamente, se dio vuelta y a largos pasos se marchó.

Para llegar a la tienda de Benyosef era menester atravesar unas cuantas manzanas adyacentes al congestionado distrito del mercado, donde las míseras chozas de los menesterosos se apiñaban oprimiendo las callejuelas humeantes. Por todas partes había mucha excitación, charlas frenéticas, gesticulaciones. Marcelo aminoró el paso al llegar cerca de uno de los grupos de gente desaliñada que Vociferaba y se enteró que el lugar de reunión de los cristianos había sido allanado, desocupado y cerrado. Los jefes habían sido puestos en prisión. Simón el Pescador iba a ser decapitado.

Marcelo apretó el paso. Un poco más lejos, por la misma calle, en la vecindad de la tienda de Benyosef, se había reunido una pequeña multitud. Al borde de ella, esperando al parecer órdenes, estaba alineada una compañía de legionarios apoyados negligentemente sobre sus lanzas. Alguien, en medio de la muchedumbre, estaba pronunciando un apasionado discurso. En un momento, Marcelo había llegado suficientemente cerca como para reconocer la voz. Era Stéfanos, con la cabeza descubierta y la túnica castaña que usaba en su telar. Evidentemente, había sido arrastrado afuera para ser interrogado; por el profundo silencio de aquella gente se infería que estaba dispuesta a esperar pacientemente hasta que el temerario griego terminara de recriminarlos.

Más alto que la mayoría, Marcelo observó a los espectadores con curiosidad, para descubrir qué clase de personas eran. No tardó en advertirlo. En su mayoría iban bien vestidas, representando al elemento más importante del distrito comercial. Había también un grupo de sacerdotes jóvenes. El rostro de la multitud era de tipo canallesco, pero todos escuchaban en tenso silencio.

Stéfanos no escatimaba las palabras. Estaba allí, intrépido, en el círculo que habían hecho alrededor de él, con sus largos brazos extendidos en un llamado a la razón, pero de ningún modo en un llamado a la compasión. Su actitud con todo era de desafío; pero en modo alguno expresaba temor.

No resultaba aquél un discurso grandilocuente, dirigido a despertar la fácil emoción de los hombres ignorantes, sino un mordaz vacío sobre los jefes de Jerusalén, quienes, declaraba Stéfanos, no habían querido proporcionar un remedio para las angustias y miserias de la ciudad.

—¡Os habéis considerado vosotros mismos el Pueblo Elegido! —prosiguió audazmente—. ¡Vuestros antecesores pasaban de una esclavitud a otra, siglo tras siglo, siempre buscando al Libertador y siempre sin confiar en sus grandes maestros, cuando aparecían con palabras de sabiduría! ¡Una y otra vez, adalides inspirados se han levantado en el seno de vuestro pueblo, sólo para ser escarnecidos y burlados, no por los pobres y necesitados, sino por gente como vosotros!

Un murmullo de ira partió de la enojada multitud.

—¿A cuál de los profetas —preguntó Stéfanos— no persiguieron vuestros padres? ¡Y ahora vosotros llegasteis a ser los traidores... y asesinos del Único!

—¡Blasfemo! —gritó una voz imperiosa.

—¡Vosotros! —exclamó Stéfanos, señalando a la multitud con mano acusadora

—. Vosotros, que clamáis haber recibido vuestra ley de las manos de los ángeles: ¿cómo la habéis respetado?

Hubo un furioso rugido, pero nadie se movió para atacarlo. Marcelo se preguntaba cuánto tiempo más la furia contenida de aquellos hombres excitados iba a tolerar esta profunda humillación. Desde muy atrás, en medio de la multitud, alguien tiró una piedra. Fue arrojada con puntería y dio a Stéfanos en la mejilla, haciéndolo vacilar.

Instintivamente levantó una mano para limpiarse la sangre. Otra piedra, arrojada salvajemente por mano práctica, le dio en el codo. Se levantó entonces un fuerte clamor. Por un instante Marcelo esperó que surgiera una protesta contra aquellos actos de violencia, pero pronto fue evidente que los roncós gritos iban contra el discurso y no contra la pedrea. Un alarido de venganza aprobó la buena puntería de otra piedra, cuando golpeó al griego en plena cara. Dos más, no tan bien dirigidas, pasaron sobre la cabeza de Stéfanos, y cayeron entre la multitud. Pisándose los unos a los otros, los dignatarios, en el otro lado del círculo abierto, echaron a correr para protegerse tras las paredes y tapias. Stéfanos, escudando su cabeza sangrante con los brazos, retrocedió lentamente ante la multitud hostil, pero las piedras continuaban cayendo.

El centurión lanzó en ese momento una orden y los legionarios entraron en acción, acometiendo brutalmente al gentío y sacudiendo a los hombres a derecha e izquierda, prescindiendo absolutamente de su categoría. Marcelo, que había permanecido al lado de un alto soldado, lo siguió y quedó sorprendido al verle descargar un codazo en la cara de un tieso sacerdote cuya ostentosa dignidad no le había permitido moverse con suficiente rapidez. Los legionarios quedaron alineados dentro del semicírculo de espectadores. Habían organizado una defensa con sus lanzas, pero las piedras llegaban más rápidamente y con efecto certero. Marcelo comenzó a darse cuenta de que aquel no era un incidente impulsivo, improvisado. Los ciudadanos principales no arrojaban piedras, pero sin duda habían planeado que fueran arrojadas. Y los hombres que lo estaban haciendo eran expertos en la tarea.

Stéfanos ya había caído, sobre sus codos y rodillas, tratando de protegerse la cabeza con una mano ensangrentada; el otro brazo pendía inerte. La multitud seguía rugiendo. Marcelo reconoció el grito bestial. En un tiempo lo había oído a menudo, en el Circo Máximo. Se abrió camino hacia el legionario alto, quien, después de una mirada inquisitiva, le hizo lugar.

Algunos de los más jóvenes de la multitud que gritaban habían decidido tomar parte en el castigo. El centurión pretendió no darse cuenta cuando burlaron la barricada de lanzas. Sus rostros estaban profundamente exaltados y contraídos por la furia fanática. Nada más podían hacerle a Stéfanos, que se había desplomado; tal vez las piedras que le arrojaban iban a ser meras pruebas de su ansia por compartir la responsabilidad del crimen.

A Marcelo le dolía el corazón. Nada podía hacer. Si Julián hubiera estado allí,

podría haber protestado, pero hacer una denuncia ante el centurión carecía de sentido. El individuo evidentemente estaba obedeciendo órdenes. El pobre Stéfanos yacía muerto, o al menos inconsciente, pero los dignatarios de la sinagoga continuaban apedreándole.

Frente a Marcelo, al otro lado de la barricada de lanzas, estaba un hombre joven, fariseo, que llevaba el característico gorro con borla; sin duda, era un estudiante del Templo. Tenía poca estatura, pero estaba sólidamente constituido. Sus manos se hallaban enlazadas y su tosca cara aparecía retorcida por la ira. Cada piedra que golpeaba sobre aquel cuerpo exánime tenía su aprobación. Marcelo estudiaba su rostro lívido, sorprendido profundamente de que un joven, al parecer inteligente, pudiera quedar tan encantado ante tal exhibición de inhumana brutalidad.

En ese momento un hombre gordo, envuelto en un costoso manto negro, consiguió llegar hasta el lugar. Se quitó el manto lo arrojó en dirección al más bajo, pidiéndole que se lo custodiara. Otro hombre aparentando dignidad le seguía; y alcanzando también su manto al estudiante de piernas combadas comenzó a levantar una piedra del suelo.

Marcelo, elevándose sobre el individuo de piernas cortas, se inclinó y preguntó duramente:

—¿Qué daño te ha hecho?

El hombrecito se volvió y echó una mirada atrevida a los ojos de Marcelo. Era una criatura excitada, pero no tonta. Tenía una de esas caras que es muy difícil olvidar.

—¡Es un blasfemo! —exclamó.

—¿Cómo puede compararse el crimen de blasfemar con el asesinato? —rugió Marcelo—. Tú aparentas ser un hombre instruido. Tal vez lo sepas.

—Si vienes a la escuela rabínica, mañana, amigo mío —replicó el hombrecito, repentinamente calmado ante la perspectiva de sacar a relucir su teología—, te aclararé las cosas. Pregunta por Saúl... de Tarso —añadió orgullosamente—. Soy un ciudadano romano. como tú, señor.

Ahora ya no había piedras cruzando el aire. La multitud estaba cada vez más inquieta. El joven teólogo había devuelto los mantos y se abrió paso a través de la extendida multitud. Los legionarios aún formaban una barrera, pero cambiaban de apoyo una y otra vez, como si estuvieran impacientes por marcharse. El centurión le hablaba grave y confidencialmente a un hombre de barba larga, con un imponente manto negro. La multitud se dispersaba rápidamente.

Marcelo, con los ojos tristes fijos en el cuerpo caído del gallardo griego, creyó entrever en él un movimiento débil. Stéfanos efectivamente se estaba incorporando, apoyado sobre un codo. Lentamente la gente hizo silencio al verlo levantarse sobre las rodillas.

El rostro manchado de sangre se dirigió hacia arriba, y los labios magullados se abrieron en una sonrisa de gozo indecible. De pronto levantó el brazo a lo alto, como

para coger una mano amiga.

—¿Lo veo! —exclamó triunfante—. ¡Lo veo! Mi Señor Jesús: ¡llévame! —Los ojos se cenaron, la cabeza cayó, y Stéfanos se desplomó sobre las piedras. Los espectadores, momentáneamente atónitos, se volvieron para irse. Los hombres influyentes no se detuvieron a hacer preguntas. Se escurrieron, como temiendo algo. El corazón de Marcelo latía fuertemente y su boca estaba seca. Se encontró poseído de una curiosa exaltación: tenía los ojos anegados, pero su rostro temblaba con una involuntaria sonrisa.

Se dio vuelta y miró la cara asombrada del alto legionario.

—¡Fue una cosa extraña, señor! —murmuró el soldado.

—¡Más extraña de lo que tú crees! —exclamó Marcelo.

—¡Hubiese jurado que el griego estaba muerto! ¡Creyó ver a alguien que venía a rescatarlo!

—¡El vio a alguien que venía a rescatarlo! —precisó Marcelo con énfasis.

—¿El galileo muerto quizá? —inquirió el legionario nerviosamente.

—Ese galileo no está muerto, amigo mío —declaró con fuerza Marcelo—. ¡Está más vivo que cualquiera de nosotros!

Agitado, con los labios temblorosos por la emoción, se marchó con la turba dispersa. Su mente era un tumulto. En la primera esquina, se volvió bruscamente y retrocedió sobre sus pasos. Nadie estaba interesado en Stéfanos ahora. Las tropas del Pretorio se perdían en las calles. Ninguno de los amigos del intrépido griego se había aventurado aún a ponerse en evidencia. Era demasiado pronto para correr el riesgo. Dejándose caer sobre una rodilla, al lado del cuerpo ensangrentado, Marcelo hizo a un lado el cabello revuelto, suavemente, y miró la cara compuesta en una serenidad misteriosa. Los labios estaban todavía conformados en una sonrisa.

Fue sólo después de un largo rato que el anciano Benyosef salió de la tienda. Tenía los ojos hinchados y rojos por el llanto. Se aproximó desconfiadamente y se detuvo unos pasos antes de llegar. Marcelo levantó la vista y le hizo señas; el otro se acercó, pálido de terror, inclinándose, y con las rugosas manos agarrando sus débiles rodillas se fijó en el rostro tranquilo. Luego sondeó los ojos de Marcelo inquisitivamente, pero sin reconocerlo.

—Fue una muerte cruel, señor —murmuró.

—¡Stéfanos no está muerto! —declaró Marcelo—. ¡Se fue con Jesús!

—No te burles de nuestra fe. ¡Te lo ruego! —imploró Benyosef—. ¡Éste ha sido un día muy amargo para los que creemos en Jesús!

—¿Pero acaso no os prometió que, si creíais en él, no moriríais nunca?

Benyosef asintió moviendo la cabeza lentamente, mirando con fijeza o incredulidad los ojos de Marcelo.

—Sí... ¡pero tú no crees en eso, señor! —exclamó.

Marcelo se levantó y apoyó su mano sobre el delgado brazo del anciano.

—Puede que Jesús nunca venga por mí, Benyosef —dijo tranquilamente—, y

puede que nunca venga por ti... ¡pero vino por Stéfanos!... Vete y busca un joven para que me ayude. Llevaremos el cadáver a tu tienda.

Todavía pálidos de miedo, los vecinos se reunieron alrededor del cuerpo lacerado de Stéfanos, que yacía sobre la larga mesa, en el cuarto de trabajo de Benyosef. Todos lloraban. La pena de Roda era inconsolable. Algunos de los hombres observaban a Marcelo sospechando que podría estar allí para espiarlos. No era por cierto el momento para explicarles que se sentía como uno de ellos. Al rato el tribuno se dio cuenta de que Demetrio estaba a su lado y lo instó a quedarse y prestar ayuda.

Tomando luego a Benyosef por el brazo, condujo al anciano lloroso detrás de su telar.

—No hay nada que pueda hacer aquí —dijo lentamente dejando algunas monedas en la mano del tejedor—. Pero tengo que darte un encargo. Cuando Justo regrese a Jerusalén dile que he visto a Stéfanos penetrar en el reino de Jesús y que estoy persuadido de que todo lo que me dijo en Galilea es la verdad.

* * * * *

Había sido muy largo aquel día para Simón, sentado allí, pesadamente encadenado, en la obscuridad. Al mediodía le habían traído un mendrugo de pan mohoso y un cántaro con agua, pero no había comido; demasiado le embargaba la emoción.

Durante la primera hora de su encarcelación, voces burlonas de las celdas vecinas le iban preguntando su nombre, su crimen y cuándo iba a morir. Con ruidosas bravatas los presos bromeaban sobre sus ejecuciones pendientes y lo insultaban por tener miedo de hablar. Él no les contestó y al fin se cansaron de injurarlo.

El banco de madera en que se sentaba servía también de lecho. Era poco más ancho que el asiento de una silla, y Simón no podía descansar la espalda contra la pared. Esta postura sin apoyo le resultaba fatigosa. A veces estiraba su enorme cuerpo fuera del banco, pero con poca comodidad. La pared estaba húmeda y el suelo también. Enormes ratas corrían por entre sus sandalias y las pesadas esposas le torturaban las muñecas.

Pensaba que podía haber soportado todas estas incomodidades y la amenaza de una sentencia de muerte con mayor fortaleza, si hubiera sido capaz de dejar tras sí una determinada organización que continuara con el trabajo que le había sido confiado. Era obvio que, según las apariencias, había fracasado. Tal vez había sido un error establecer aquella *ekklesia*. Quizá no había llegado el momento para tal suerte de movimientos... Había sido demasiado impaciente... Debió haberlo dejado crecer, tranquilamente, sin obstrucciones, como la levadura en la harina, tal como Jesús había dicho. «¿Qué sería de la causa cristiana ahora», se preguntaba, «con todos ellos dispersos y escondidos? ¿Quién se destacaría como conductor de los fieles?... ¿Felipe? No, Felipe era un compañero valiente y leal, pero... carecía de audacia. El

jefe debía ser arrojado. Quedaba Stéfanos... Stéfanos podía serlo, pero no en Jerusalén. Los judíos insistirían en que fuera un israelita, y quizá debiera ser así, pues la herencia cristiana era del pueblo hebreo».

«¿Por qué habría permitido el Maestro tan horrible catástrofe? ¿Habría acaso cambiado sus planes para la prosecución del trabajo? ¿Habría perdido la confianza en el jefe que Él nombrara?». La memoria de Simón reconstruyó aquel significativo día en que Jesús le había dicho: «Simón, te llamaré Pedro; ¡Pedro: la Piedra! ¡Edificaré mi Iglesia sobre esa Piedra!». Simón cerró los ojos y movió la cabeza al comparar la exaltación de aquel momento con la completa desesperanza del presente.

Cuando cayó la noche, un guardia iluminándose con una antorcha abrió ruidosamente por turno cada puerta y repuso el agua del cacharro. Notando que en la de Pedro el pan no había sido comido, no le dio más, ni intentó comentario alguno. Tal vez no fuera raro, en hombres que esperaban la muerte, no prestar atención al alimento.

A la hora de la comida había habido mucho ruido de cadenas y pisadas, pero ahora todo estaba silencioso. Simón se sintió soñoliento; se echó hacia atrás, apoyando dificultosamente la cabeza y los hombros contra la vieja pared, y se durmió. Al cabo de un rato tuvo un sueño raro, raro por el hecho de que no parecía un sueño, aunque él sabía que lo era, pues no podía ser real. En este sueño, él se levantaba sorprendido al notar que las esposas se habían deslizado de sus manos y yacían sobre el banco. Levantó los pies. El peso había desaparecido. Se irguió y escuchó. Todo hubiera estado en silencio, a no ser la rítmica respiración de los prisioneros. Nunca había tenido un sueño tan vivido.

Simón se levantó y extendía sus largos brazos. Dio tres o cuatro pasos hacia la puerta de la celda, desligando levemente sus sandalias sobre el suelo de piedra, después de tantear el camino en la oscuridad. Sus pasos no producían ruido alguno. Excepto esto, el sueño era increíblemente real. Extendió sus manos y tocó la pesada puerta claveteada. Silenciosamente, ésta... se hizo a un lado. Estiró la mano para tocar la puerta nuevamente. La abrió. Dio otro paso... y otro. ¡Nunca había tenido un sueño así! Pero Simón estaba despierto; podía sentir su corazón latiendo y el rápido pulsar en su cuello; sin embargo sabía que estaba todavía dormido sobre el banco.

Puso la mano contra la pared húmeda y se movió con cautelosos pasos, que no hirieron el menor ruido. Al final del largo corredor, una débil luz se mostraba entre los barrotes de hierro de una puerta. A medida que se acercaba, la puerta se abría tan lenta y silenciosamente que Simón comprendió que aquello era del todo irreal. La cruzó con paso firme. A la pálida luz de un farol vio a dos guardias sentados en el sucio, con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza echada hacia atrás, durmiendo. No se despertaron. Se dirigió hacia las macizas puertas de entrada, percibiendo la poderosa cerradura que las unía. Esperaba que en el sueño se abrieran, pero no se movieron. Puso la mano sobre el frío metal, pero las pesadas puertas permanecieron firmes.

Por eso supo que el sueño había terminado, y que se despertaría para encontrarse esposado, en la celda, Tenía frío. Se arropó con el manto, alistándose más al cuerpo, sorprendido porque aun poseía el uso libre de sus manos. Echo una mirada alrededor, atónico por su extraña condición mental. De repente sus ojos se fijaron en una angosta puerta, situada dentro de una de las grandes. Estaba abierta. Simón la cruzó. La puerta se cerró tras él sin un sonido. Estaba en la calle. Comenzó a caminar rápidamente. En un cruce, tropezó en la oscuridad contra el cordón de la acera. Seguramente este brusco choque lo despertaría... Simón en cambio permaneció tranquilo, levantó la vista hacia las estrellas y rió suavemente, con honda alegría. ¡Estaba despierto! ¡Había sido liberado de la prisión!

¿Qué hacer ahora? ¿Dónde ir? Con pasos rápidos se dirigió hacia la casa de Benyosef, donde todo estaba oscuro. Marchó entonces hacia la casa de Juan Marcos. Una débil luz salía por una ventana del primer piso. Golpeó en el alto portillo.

Al cabo de una corta espera, la puertecita del portón fue abierta y apareció el azorado rostro de Roda.

Ella dio un grito y corrió hasta la puerta abierta de la casa.

—¡Es Simón! —la oyó exclamar—. ¡Simón ha retornado de la muerte!

Corriendo de vuelta hasta la entrada, la joven la abrió. Sus ojos estaban hinchados por el llanto, pero su cara parecía en éxtasis. Pasó sus brazos alrededor del apóstol, y abrazándolo inertemente le preguntó:

—¿Simón? Jesús te ha devuelto de la muerte!... ¿Has visto a Stéfanos? ¿Él también viene?

—¿Ha muerto Stéfanos, Roda? —preguntó Simón tristemente.

Aquel abrazo se relajó y ella se transformó súbitamente en una figurita afligida por una pena sin esperanza. Simón la levantó con ternura y la dejó con la madre de Juan Marcos.

Oímos decir que te habían matado —dijo ésta.

—No —contestó Simón—. Fui liberado de la prisión.

Lentamente entraron en la casa. Roda lloraba ahora inconsolable. El lugar estaba lleno de cristianos. Sus ojos afligidos se ensancharon y sus rostros palidieron cuando Simón entró, pues todos lo creían muerto. Le abrieron camino en silencio.

Se detuvo en medio de ellos: había pasado por algo trascendental, había adquirido una nueva dignidad, un nuevo poder. Lentamente elevó sus manos y ellos inclinaron la cabeza.

—¡Oremos! —instó Pedro—. ¡Bendito sea Dios que ha revivido nuestra esperanza! Aunque hayamos estado grandemente abatidos durante un tiempo, ¡regocijémonos por esta prueba de nuestra fe, más preciosa que el oro, que nos hará merecedores de honor cuando nuestro Señor retorne!

* * * * *

Después de caminar arriba y abajo, al otro lado de la calle situada frente al Pretorio, durante una hora o más, la ansiedad de Demetrio sobrepasó a su paciencia. Debía haberse equivocado en su posición de que Marcelo visitaría a Julián en ayuda de los cristianos perseguidos.

Abandonando la vigilancia, marchó rápidamente hacia la tienda de Benyosef. Cuando todavía estaba a un buen trecho de allí, comenzó a encontrar hombres bien vestidos, pero de caras malévolas, que al parecer retornaban de algún acontecimiento desagradable. Vio pronto los rayos del sol centelleando en los escudos de un destacamento que se aproximaba, y se introdujo en una callejuela, continuando su camino con un rodeo.

A despecho del edicto que prohibía; toda asamblea de cristianos, encontró a unos veinte de ellos reunidos en la tienda de Benyosef, silenciosamente agrupados alrededor de un cuerpo muerto. Para mayor sorpresa, Demetrio entrevió a Marcelo en medio de la gente, casi como si estuviera encargado de algo. Se abrió paso empujando con los hombros por entre el apenado grupo. Roda estaba de rodillas ante el cadáver, sollozando lastimeramente, Al corintio le parecía del todo volver a ver a Stéfanos, con quien había conversado sólo unas horas antes, tendido allí, lacerado y muerto.

Marcelo lo llevó hacia un lado.

—Quédate con ellos, Demetrio. Ayúdalos en el entierro. Mi presencia aquí les resulta embarazosa. No pueden comprender mi interés y tienen sus buenas sospechas. Me vuelvo a la posada.

—¿Viste cómo ocurrió el hecho, señor?

—Sí. —Marcelo se acercó para añadir confidencialmente—: Y ocurrió mucho más de lo que aquí parece... Te lo contare más tarde.

Después de haber sepultado al pobre Stéfanos, sin que nadie los molestase mientras cumplían su tarea; Demetrio volvió junto a Juan Marcos, pensando que un poco más tarde estaría libre para reunirse con Marcelo en la hostería. Pero la madre del joven, María, y aún Roda, habían insistido tanto en que permaneciera con ellos, que no se había animado a rehusar. Luego que cenaron de mala gana y se hizo la obscuridad, algunos amigos de la familia comenzaron a llegar, solos y de a dos y tres hasta que las habitaciones bajas estuvieron llenas. Nadie había actuado de vocero. Se hablaba mucho, en voz baja, sobre una visión que se le había aparecido a Stéfanos antes de morir; pero ninguno había estarlo suficientemente cerca como para saber exactamente lo que había ocurrido. Demetrio no daba mucho crédito a tales rumores. La única que creía en ellos era Roda.

Fue entonces que, con gran sorpresa de todos, apareció Simón: figura más imponente, más importante de la que había sido antes. Parecía remiso en contar los detalles de su liberación de la carecí; pero, cualquiera fuese el proceso por el que acababa de pasar, el hecho había elevado a Simón. Nunca había parecido tan grande.

Notándolo, sentían timidez en iniciar una conversación con él; dudaban si hacer o no preguntas y de un modo bastante misterioso anunció él con gravedad que en adelante debían llamarlo Pedro.

Haciéndole una seña con la cabeza a Juan Marcos para que se apartara, Demetrio le sugirió pedirle a Simón que se alojase allí. En cuanto a él, gustoso le cedería su habitación y volvería a la posada. Lo arreglaron así, y Demetrio se deslizó afuera silenciosamente. Era casi medianoche cuando golpeó a la puerta de Marcelo, Lo encontró despierto y leyendo. Conversaron en voz muy baja hasta la aparición del día, haciendo caso omiso de sus condiciones de amo y esclavo, en su grave discusión sobre los asombrosos acontecimientos del día.

—¡Yo también soy cristiano! —declaró Marcelo cuando hubo terminado su relato del apedreamiento de Stéfanos. A Demetrio le pareció que tal afirmación fue hecha con más orgullo del que había puesto siempre al decir: «Soy un romano». Ciertamente, era muy extraña esta completa capitulación de Marcelo Galión ante una manera de creer y vivir tan opuesta a sus costumbres y temperamento.

Por la tarde, temprano, Demetrio lo acompañó hasta el extremo del desacreditado lugar llamado Gólgota. Iban en silencio mientras se aproximaban a él. Un humo acre se retorció perezosamente por encima de los desperdicios, desprendiéndose en volutas espesas.

A la distancia aparecía una loma cubierta de césped, como un oasis verde en el desierto.

—¿Recuerdas el lugar, señor? —preguntó Demetrio deteniéndose.

—Vagamente —murmuró Marcelo—, Estoy seguro de que no hubiera podido encontrarlo... ¿Está claro en tu memoria, Demetrio?

—Completamente. Yo llegue tarde. Pude ver las cruces desde aquí, y la muchedumbre.

—¿Qué estaba haciendo yo cuando llegaste?

—Tú y los otros oficiales estabais jugando a los dados.

—¿Por la túnica?

—Sí, señor.

Ninguno de los dos habló durante un rato.

—Yo no vi cuando lo clavaban, Demetrio —prosiguió débilmente Marcelo—, Paulo me apartó... Me alegré mucho de escapar a su vista... Me fui hacia el otro lado de la loma. ¡Hubiera sido un recuerdo amargo, te lo aseguro!

—Bien, señor. Aquí está el sendero. Te esperaré en la hostería. Confío en que no te desilusiones, pero me parece improbable que Simón Pedro trate de cumplir con la cita.

—Yo creo que vendrá. Está él más a salvo de un arresto hoy que ayer. El Pretorio y el Templo han tratado de convencer al pueblo de que los cristianos no tienen ninguna autorización legal o moral para sus creencias. Habiendo capturado al jefe con la idea de hacer con él un trágico escarmiento, están ahora atónitos por el

descubrimiento de que su víctima ha huido de la prisión. Ni Julián ni Herodes desearán dar una explicación del hecho... Creo que han de pensar que, cuanto menos se diga o haga ahora, en el caso del Gran Pescador, será mejor para todos los interesados... Espero ciertamente que Simón Pedro se llegue hasta aquí, a menos que, en la confusión, lo haya olvidado.

No. Pedro no lo había olvidado. Marcelo lo vio venir a lo lejos, caminando virilmente, la cabeza erguida y a largos pasos acompasados, que denotaban un espíritu confiado y seguro. «El hombre tiene el aspecto de un adalid», reflexionó el admirado observador.

Cuando el Gran Pescador se acercó a la loma cubierta de césped, sus pasos se hicieron más lentos y sus hombros se hundieron. Hizo alto, pasándose una mano vacilante por la maciza frente. Marcelo se levantó y avanzó a su encuentro, mientras aquel ascendía con pie firme por la suave elevación. Pedro le tendió su mano enorme, pero no habló. Se sentaron sobre la hierba, cerca de los profundos hoyos donde habían estado las cruces, y durante largo rato permanecieron en silencio.

Por fin, Pedro volvió de su penosa meditación y echó una mirada sobre Marcelo con sus ojos apesadumbrados que volvieron en seguida al terreno.

—No estuve aquí aquel día —murmuró su profunda voz gutural—. ¡No estuve a su lado en la hora de su angustia! —Pedro exhaló un hondo suspiro.

Marcelo no sabía que decir ni si se esperaba que dijera algo. El gran galileo permanecía examinando tristemente las palmas de sus manos con una pena tan profunda que cualquier intento de consolarle hubiera resultado una impertinencia.

—Tu esclavo griego me dijo que estabas interesado en la historia de Jesús —prosiguió serenamente—. Y ha llegado a mi oído que tu prestaste ayer un amistoso servicio, cuando nuestro valiente Stéfano se fue. Benyosef creyó oír que tú profesas la fe cristiana. ¿Es cierto, Marcelo Galión?

—Estoy convencido, señor, de que Jesús es un ser divino... Creo que está vivo y que posee un infinito poder. Pero necesito conocer mucho más acerca de él.

—Ya has ido bastante lejos con tu fe, ¡amigo mío! —contestó Pedro calurosamente—. Como romano, tu manera de vivir ha estado muy lejos de lo que Jesús ha enseñado. Sin duda tú has hecho mucho daño, del que debes arrepentirte si deseas conocer la plenitud de su gracia... Pero no puedo pedirte que te arrepientas hasta que no te haya contado los errores que yo mismo he cometido. Cualquier pecado en que tú hayas caído no puede compararse con mi deslealtad, de la que fui perdonado. Era «él» mi más querido amigo; pero el día que necesitó de mí, ¡juré que nunca lo había conocido!

Pedro puso sus manos enormes sobre los ojos e inclinó la cabeza. Al cabo de un rato levantó la vista.

—Ahora —dijo—, dime cuanto sabes sobre Jesús.

Marcelo no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, sus palabras fueron casi imperceptibles. Se oyó decir a sí mismo, como si fuera otro el que hablaba desde las

lejanías del tiempo:

—Yo lo crucifiqué.

* * * * *

El sol estaba bajo cuando se levantaron para volver a la ciudad. En esas dos horas, Marcelo oyó palpitantes detalles de una historia que había llegado previamente a él en fragmentos, y en ocasiones en que su mente no estaba muy preparada para apreciarlos.

Habían hallado los dos un extraño parentesco en su remordimiento; sin embargo Pedro, encendido por la inspirada memoria del Maestro, había declarado que era el futuro lo que debía interesarles ahora. Había trazado planes para sus propias actividades. Pensaba ir a Cesárea, a Jope; ¡tal vez a Roma!

—¿Y qué harás, Marcelo? —preguntó finalmente en un tono de camaradería.

—Voy a regresar, señor.

—¿Para dar el informe al emperador?

—Sí, señor.

Pedro apoyó su enorme mano sobre la rodilla de Marcelo y gravemente estudió sus ojos.

—¿Qué vas a contarle... sobre Jesús?

—Voy a contar al emperador que Jesús, a quien hemos creído muerto, está vivo, y que vino a la tierra para restablecer un nuevo reinado.

—¡Necesitarás coraje para hacer eso, mi joven hermano! Al emperador no le gustará saber que llegará un nuevo reinado. Puedes ser castigado por tu audacia.

—Sea como sea, le contaré la verdad.

—Él te preguntará cómo sabes que Jesús vive... ¿Qué le dirás?

—Le contaré de la muerte de Stéfanos y de la visión que tuvo. ¡Estoy convencido de que vio a Jesús!

—El emperador Tiberio querrá mejor prueba que ésa.

Marcelo quedó pensativo. Era cierto. Como Pedro había dicho, tal testimonio sería muy poco peso para cualquiera inclinado a no creer. Tiberio se burlaría de tal prueba, ¿y quién no? El senador Galión decía: —Viste a un hombre en la agonía mirando a Jesús... ¿Cómo sabes qué es eso lo que vio? ¿Es éste tu mejor motivo para creer que el galileo está vivo? Dices que ha hecho milagros; pero tú, personalmente, no has visto ninguno.

—Ven —dijo Pedro, poniéndose de pie—. Volvamos a la ciudad.

Muy poco tenían que decidirse por el camino, cada cual concentrado en sus pensamientos. Al rato estuvieron en la parte menos transitada de la ciudad. Pedro había dicho que iba a volver a la casa de Juan Marcos. Marcelo retornaría a la posada.

Pasaron frente al templo. El sol se estaba poniendo y los escalones de mármol, durante el día cubiertos por un enjambre de mendigos, se hallaban casi desiertos

ahora.

Un lastimoso inválido, con los miembros encogidos y torcidos, agitaba su cacharro y roncamente gemía por una limosna. Pedro aminoró la marcha hasta detenerse. Marcelo había seguido un trecho más, pero se volvió al ver que Pedro y el mendigo estaban conversando.

—¿Desde cuándo estás así, amigo mío? —preguntó Pedro.

—Desde que nací, señor —exclamó el mendigo—. ¡Por amor de Dios, una limosna!

—No tengo dinero —confesó Pedro; luego, impulsivamente, prosiguió—, ¡Pero lo que tengo te doy! —Extendiendo ambas manos hacia el sorprendido lisiado, le ordenó—: En nombre de Jesús, ¡levántate y anda! —Tomándole por los flacos brazos, ayudó al mendigo a ponerse de pie. ¡Y aquél se puso! Asombrado y emitiendo sonidos inarticulados por la emoción, medio riendo, medio llorando, el inválido deslizó sus sandalias sobre los escalones; primero fueron pasos cortos, indecisos, como si ensayara. Al fin anduvo como los demás. ¡Ahora gritaba!

La gente comenzó a apiñarse. Hombres de la vecindad, que reconocieron al limosnero, se apresuraban a hacerle ansiosas presuntas. Pedro tomó a Marcelo por el brazo y se marcharon, caminando un trecho en silencio. Por fin, Marcelo encontró su voz, pero agitada.

—¡Pedro!... ¿Cómo lo hiciste?

—¡Por el poder del espíritu de Jesús!

—¡Pero el hecho es imposible! ¡El individuo era inválido de nacimiento! ¡Nunca en su vida había dado un paso!

—Bueno, ahora andará —afirmó Pedro solemnemente.

—¡Dime, Pedro! —rogó Marcelo—. ¿Sabías que tenías este poder? ¿Has hecho antes alguna cosa así, alguna vez?

—No. Como ésta no. Estoy más y más consciente de «su» presencia... «Él» reside en mí. Este poder no es nada mío, Marcelo. Es su espíritu.

—Tal vez no vuelva más a aparecer, excepto en el corazón de los hombres.

—¡Si! —declaró Pedro—. Habitará en el corazón de los hombres y les dará el poder de su espíritu. Pero: ¡eso no es todo! ¡"Él" volverá!

VEINTE

ERA por todos sabido que Roma tenía las noches más bulliciosas que cualquier otra ciudad del mundo; pero se necesitaba haber pasado un año tranquilo en el extranjero para apreciarlo realmente.

Excepto las dos celebres avenidas que se detenían en el Foro, la *Vía Sacra* y la *Vía Nova*, que exhibían pomposamente sus pulidos bloques de mármol nómida, todas las calles principales estaban pavimentadas con cantos rodados que variaban desde el tamaño de una cereza hasta el de una granada.

Para aliviar la congestión en estas calles estrechas y tortuosas y en las todavía más angostas callejuelas adyacentes, una ordenanza, de cien años de antigüedad, prohibía el movimiento de los carromatos del mercado, de los coches de alquiler y de cualquier otro vehículo desde el alba al crepúsculo, excepto equipajes imperiales y desfiles oficialmente decretados para las grandes ocasiones.

Durante las horas del día las calles de los negocios estaban colmadas de multitudes; los más privilegiados montaban caballos o eran llevados en literas y sillas portátiles. Pero, cuando caía el sol el áspero sonido y el martilleo de las posadas ruedas de hierro moliendo los guijarros torturaban los nervios; la cacofonía era acompañada por el agonizante chirrido de los ejes secos, el restallar de los latigazos y los gritos de las riñas que se entablaban por el derecho al paso. La baraúnda enloquecedora no cesaba hasta el amanecer. Y esto ocurría cada noche, durante el año entero.

La época en que se oía y se veía a Roma en su apogeo era durante las lunas llenas de verano, cuando gran cantidad de edificios estaban en construcción y todo aquel que tenía algo para transportar aprovechaba la luz. Incapaces de dormir, cientos de personas salían a la calle en la cálida noche, añadiendo sus empujones y algarabía a otras aperturas y contusiones.

Los comercios abrían sus puertas para servir dulces y bebidas a los andariegos insomnes. Los buhoneros pregonaban sus mercaderías de pacotilla; los músicos ambulantes sacaban sonidos agudos de sus flautas y golpeaban sus tambores; camellos de carga se introducían pesadamente entre las protestas de la multitud, pisando pies y desgarrando túnicas; grandes carros cargados con maderas y piedras picadas araban la muchedumbre, echando los surcos contra las paredes y en las entradas abiertas. Todas las noches de Roma eran horribles, y las más hermosas eran peligrosas.

Mucho antes que la galera de Ostia hubiera rodeado la bahía que presentaría a la vista el espectáculo de toda la ciudad en aquella brillante noche de junio, Marcelo advirtió el estruendo infernal de la ciudad como si nunca lo hubiera oído antes; lo oyó como nadie puede oírlo si no ha tenido un mes previo de navegación por el plácido mar de verano.

Aquel ruido poseía un nuevo significado. Simbolizaba el maldito clamor de un

mundo brutal que siempre lo había hecho todo del modo más duro, por el camino más vil, y tenía muy poco que mostrar de ternura y compasión. No conocía ninguna paz; nunca había conocido la paz, y al parecer no deseaba la paz.

La galera se deslizó hasta sus muelles para atracar y ser recibida por un enjambre de chillones cargadores. Demetrio, uno de los primeros pasajeros que saltó a tierra, retornó en un momento con media docena de morenos tracios, que bajaron el abundante equipaje. Alquilando otro carruaje para ellos mismos los viajeros; fueron prontamente absorbidos en un remolino de tránsito enredado, entre el cual avanzaron pulgada a pulgada hasta que Marcelo, cansado por la demora, sugirió que podían pagar al conductor y continuar a pie.

Había olvidado cuán insoportable, rudo y hasta cruel podía ser el público. Apiñado en un grupo compacto no tenía ninguna inteligencia. No poseía capacidad para comprender cómo, si cada uno esperara su turno tranquilamente, todos podían adelantar. Hasta los animales salvajes, al hallarse alrededor de un charco, en la jungla, tenían más sentido que esta turba insolente, egoísta, avasalladora.

Las palabras de Marcelo, dichas con tan suave seguridad a Paulo, cruzaron su mente y se burlaron de él. «El reino de *la buena voluntad*, había declarado, no llegará a imperar en lo alto de la sociedad. No descendería del trono. Comenzaría con la gente común». Bueno: ¡he aquí a tu gente común! Trépatelo en un carro, Marcelo, háblale a la gente común de la *buena voluntad*. Instalos a amarse los unos a los otros, a ayudarse entre sí, a defenderse unos a otros, y así cumplir la ley de Cristo. Pero... anda con cuidado... o te arrojarán inmundicias de las zanjas, pues la gente común no está en disposición de ánimo como para soportar burlas de esa especie.

* * * * *

La reunión de la familia Galión, una hora después, constituyó uno de los momentos más felices para el tribuno. Cuando Marcelo había dejado el hogar, un año antes, agitado, enflaquecido, y trastornado mentalmente, los tres que quedaban se afligían por él casi como si estuviera muerto. Ciertamente es que habían recibido, de vez en cuando, breves cartas asegurándoles que estaba bien, Pero había una notable ausencia de detalles concernientes a sus experiencias y sólo vagas insinuaciones de su deseo de volver al hogar. Ellos creyeron advertir entre líneas que se hallaba Marcelo todavía en un estado mental anormal. Parecía muy distanciado, no sólo en kilómetros, sino también en el pensamiento. La última carta recibida un mes antes decía al terminar: «Estoy siguiendo para el emperador la pista de un evasivo misterio. Los misterios son su recreación. Éste puede llegar a ser algo más serio que un pasatiempo». El senador había suspirado, y sacudido la cabeza mientras enrollaba el pergamino.

Pero ahora, Marcelo había vuelto físicamente tan fuerte como un gladiador, mentalmente despierto, libre de su obsesión, en posesión de sus gustos y entusiasmos naturales.

Y algo más traía consigo, algo que no era fácil de definir: una curiosa radiación de personalidad. Había una nueva fuerza en Marcelo, una energía contagiosa que llenaba la casa de vitalidad. Estaba en su voz, en sus ojos, en sus manos. Los familiares no le preguntaron al principio qué era esa cosa nueva, ni le dejaron entrever su ansiedad por saberlo; tampoco la discutieron inmediatamente entre ellos mismos. Era empero indudable que Marcelo había adquirido algo que lo distinguía.

El senador había estado trabajando hasta tarde, en su biblioteca. Había terminado su tarea y hecho a un lado los útiles de escribir; iba a levantarse de la silla, cuando oyó pasos confiados y seguros.

Dejando a Demetrio en la calzada para coches con el encargo de esperar la llegada de su equipaje, Marcelo, reconocido con alegría por los dos viejos esclavos de guardia, caminó rápidamente por el espacioso atrio. La puerta del cuarto de su padre estaba abierta a medias. Arrojándose sobre él sin ceremonias, lo estrecho entre sus brazos y lo abrazó cortándole la respiración. Aunque el senador era alto y notablemente robusto para sus años, la vitalidad abrumadora del tribuno lo agobió por completo.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó animadamente Galión— ¡Estás otra vez bien! ¡Otra vez fuerte! ¡Otra vez vivo!... ¡Gracias sean dadas a los dioses!

Marcelo estrechó la mejilla contra la de su padre y le palmeo en la espalda.

—¡Si, señor! —exclamó—, ¡Más vivo que nunca! Y tú, señor ¡te pones más guapo cada día! ¡Qué orgulloso estoy de ser tu hijo!

Lucía, en su habitación, repentinamente perturbada en su sueño, se sentó despierta a medias y escuchó; echó a un lado las sábanas de seda, escuchó nuevamente con la boca abierta y el corazón latiéndole fuertemente.

—¡Oh! —llamó— ¡Tercia! ¡Mi túnica! ¡Tercia! ¡Despierta!... ¡Pronto! ¡Mis sandalias!... ¡Marcelo está aquí! —Corriendo hasta la biblioteca, se echó en brazos de su hermano, y cuando él la hubo levantado y besado, exclamó llorando—: Querido Marcelo... ¡qué bien estás!

—Y tú, dulzura, ¡estás preciosa! Has crecido, ¿verdad? —Ligeramente acarició su vaporosa coronita de rizos negros—. ¡Encantadora!

El senador con sus brazos abarcó a ambos, ante la sorpresa de ellos, pues no era costumbre suya exteriorizar sus afectos.

—¡Ven! —dijo cariñosamente—. Vayamos con tu madre.

—Es muy tarde —observó Marcelo—. ¿La despertaremos?

—¡Por supuesto! —exclamó Lucía.

Cruzaron el vano de la puerta, tomados del brazo. En la penumbra del atrio se había reunido un pequeño grupo de sirvientes, despeinados y soñolientos. Sus ansiosos ojos preguntaban qué podía esperarse del hijo y heredero que en su última visita al hogar había llegado en un estado de espíritu tan penoso.

—¡Oh! ¡Marcipor! —exclamó Marcelo, estrechando la mano extendida—. ¡Oh! ¡Décimo! —No ocurría muy a menudo que el tieso y taciturno mayordomo se

alegrara, pero brillaba su sonrisa mientras extendía la mano—. ¿Cómo estás, Tercia? —saludó Marcelo a la graciosa muchacha que bajaba por las escaleras. Todos se acercaron. El viejo Servio fue palmeado en el hombro, y la boca arrugada y sin dientes tembló trémula, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! —gritaba el anciano—, ¡Los dioses te bendigan, señor!

—¡Ah! ¡Lencio! —saludó Marcelo—. ¿Cómo están mis caballos? —Y cuando Lencio hubo cobrado suficiente ánimo como para decirle que Ishtar había tenido una potranca tres meses antes, todos rieron alegremente, como si se tratara del mejor chiste. Pero Marcelo los sumergió en otra tormenta de risa al ordenar. —¡Tráeme la potranca, Lencio! ¡Debo verla en seguida!

Había ahora más de una veintena de esclavos agrupados en el atrio, todos ellos llenos de excitación y regocijo. Nunca había habido tan completo colapso de la disciplina en el personal de los Galiones. Esclavos antiguos, acostumbrados a marchar obsequiosamente en puntas de pie, se oían a sí mismos riendo. ¡Riendo allí, en el atrio! ¡Riendo en presencia del senador! ¡Y el senador estaba sonriendo también!

Marcelo iluminaba sus ojos a cada reconocimiento, llamando a la mayoría por su nombre. Llegaron las dos preciosas mellizas macedonias, tomadas de la mano, vestidas exactamente del mismo modo; prácticamente indistinguibles. Él recordó haberlas visto fugazmente, hacía dos años, pero había olvidado sus nombres. Miró en su dirección, y así lo hicieron todos ante el considerable embarazo de ellas.

—¿Sois hermanas? —inquirió con amabilidad.

Esto resultaba lo más gracioso que se hubiese dicho al respecto de las macedonias, y el atrio resonó con una carcajada de completa apreciación.

—¡Décimo! —llamó el senador. La risa cesó como por ensalmo—. ¡Servirás una opípara cena!... ¡Dentro de una hora! ¡En la sala de banquetes! ¡Con la vajilla de oro! ... ¡Marcipor! ¡Enciende las lámparas! ¡Todas las de la mansión!... ¡Y el jardín!

Marcelo se desprendió del grupo que se dispersaba y subió por las escaleras. Cornelia lo encontró en el corredor, delante de su puerta, y él la abrazó con gran efusión. No tenían palabras adecuadas, ni uno ni otro; sólo permanecían allí, abrazados. Cornelia acariciaba el cabello rizado con sus palmas suaves y sollozando como una criatura, mientras el senador, con ojos brumosos, esperaba un poco apartado, manoseando el borde de su ancha faja.

Como la intuición le sugería que Marcelo y su emotiva madre necesitarían un momento a solas, Lucía se detuvo al pie de la escalera para cambiar unas palabras con Décimo sobre la comida. Todos los demás sirvientes habían ido a cumplir sus tareas. Las correas de sus sandalias confiaban en excitados susurros que aquella noche era una noche feliz, y aquel un buen lugar para seguir viviendo en paz.

—No demasiada comida, ¡Décimo! —recomendaba Lucia— Algunas frutas frescas y carne fría, y vino... y una torta de nuez si hay alguna. ¡Pero no cocinen

nada! Es tarde, y el senador estará cansado y con sueño antes que tengáis tiempo de preparar una cena complicada... Sírvela en el comedor grande, como él dijo, y pon la vajilla de oro. Y dile a Reso que corte un ramo de rosas; que sean rosas rojas. Y que las mellizas sirvan a mi hermano. Y.

Con ojos repentinamente agrandados, vio a Demetrio, alto, tostado, serio y buen mozo, que entraba en el atrio. Despidiendo al mayordomo con un grave gesto, Lucía levantó el brazo en alto y lo agitó en señal de bienvenida; su manga suelta descubrió su codo bien formado. Décimo, agudo observador, hizo un gesto de desagrado, y se fue caminando tiesamente.

Avanzando a largos pasos. Demetrio hizo alto, militarmente, delante de ella, se inclinó con deferencia, y estaba llevando lentamente su lanza hasta la frente, en el saludo convencional, cuando Lucía se adelantó impulsivamente, posando ambas manos sobre los brazos bronceados.

—Muchas gracias, ¡buen Demetrio! —dijo con suavidad—. Has traído a Marcelo sano y fuerte como nunca. ¡Mejor que nunca!

—No debes darme las gracias por eso. El tribuno no necesitó a nadie que lo trajera a su casa... Ahora es completamente dueño de sí mismo —Demetrio levantó los ojos y la miró con franca admiración—, ¿Puedo decir a la hermana del tribuno cuán bien... cuán bien está?

—¿Por qué no... si lo piensas? —Lucía, jugando con las cuentas de su collar esbozó una sonrisa que quería no ser una promesa—. No hay necesidad de preguntar cómo estás, Demetrio. El tribuno y tú habéis tenido algunas aventuras excitantes. —Sus ojos fueron explorando anhelosamente una cicatriz, larga y reciente sobre el brazo del corintio y él miró hacia abajo con una sonrisa divertida—. ¿Cómo te hiciste ese horrible tajo? —preguntó ella con espanto.

—Encontré a un esclavo sirio —contestó evasivo Demetrio—. ¡No son gente muy educada!

—Espero que le habrás enseñado algo de las gentiles maneras de los griegos —dijo Lucía arrastrando las palabras—. Dime la verdad: ¿lo mataste?

—¡No se puede matar a un sirio! —observó Demetrio alegremente—, ¡Ellos sólo mueren de viejos!

El ligero encogimiento de hombros de Lucía indicaba que ya tenía bastante con esta broma, y su rostro se fue poniendo grave con un ceño meditativo.

—¿Qué le ocurrió a mi hermano? —preguntó—. ¡Parece tener un espíritu tan extraordinario!

—A lo mejor te lo cuenta; si le das tiempo.

—Tú también estás cambiando, Demetrio...

—Para mejor, espero.

—Algo os ha pasado a los dos. ¿Qué es?... ¿Marcelo ha sido ascendido a algún cargo de más responsabilidad?

Demetrio asintió entusiastamente.

—¿Lo pondrá en peligro su nueva designación? —preguntó ella, súbitamente aprensiva.

—¡Oh, si; ciertamente! —respondió Demetrio con orgullo.

—Sin embargo no parece preocuparse mucho... Nunca lo vi tan feliz... Ha revolucionado a la villa entera con su alegría.

—Lo sé. Los escuché —Demetrio sonrió burlonamente.

—Espero que no los eche a perder —dijo ella con dignidad—, Los esclavos no tienen la costumbre de tomarse tantas libertades, aunque tal vez no les haga daño haberlas tenido esta vez.

—Quizás no —observó Demetrio secamente—. Puede que no les haga mal haber sido felices... esta vez.

Lucía levantó las cejas.

—Temo que no comprendes —observó fríamente.

—Tenso que comprendo muy bien —suspiró él—. ¿Acaso has olvidado que yo también soy un esclavo?

—No, no lo eres —ella agitó la cabeza—. Pero creo que tú sí lo crees.

—No quise ser insolente —dijo él contristado—. Mas estamos hablando de algo muy serio, tú sabes: disciplina, esclavitud, relaciones humanas... y quién tiene derecho para decir a los otros cuándo deben ser felices.

Lucía escrutó su rostro con inquietud.

—Bueno... ¡Yo espero, en definitiva, que la actitud cordial de mi hermano hacia nuestros esclavos no vaya a hacernos perder la autoridad en nuestra casa! —espetó indignada.

—No la necesita —replicó Demetrio con tranquilidad—. El cree en una clase diferente de domino, eso es todo... Es mucho más efectivo, creo, que el ser dirigidos con órdenes bruscas. Más agradable para todos, en particular; y además se obtiene indudablemente un mejor servicio.

Marcelo llamó a Lucía desde arriba.

—Siento haber hablado impacientemente, Demetrio —dijo ella mientras se marchaba—. Estamos contentísimos de que estéis nuevamente en casa. ¡Eso es todo!

Él encontró sus francos ojos y ambos sonrieron. Elevó su lanza listo para saludar. La joven frunció los labios, movió la cabeza e hizo un gesto negligente.

—¡No importa el saludo... esta vez!

Marcípor, que había permanecido impaciente en la alcoba esperando que terminara la extraña conversación, se adelantó cuando Lucía desapareció por la escalera. Ajustó su paso al de Demetrio y ambos se dirigieron al peristilo.

—¡Es sorprendente cómo se ha curado! —dijo Marcípor—. ¿Qué le ocurrió?

—Te contaré todo cuando tenga oportunidad; más tarde, esta noche, si es posible. Marcelo se ha vuelto un creyente fervoroso! ¡Viajó a través de Galilea...!

—¿Y tú? —preguntó Marcípor—. ¿No estabas con él?

—Sólo una parte del tiempo. Pasé varias semanas en Jerusalén... Tengo mucho

que contarte, Marcipor... ¡El galileo está vivo!

—Sí, nosotros lo hemos oído.

—¿«Nosotros»? ¿Y quiénes son «nosotros»? —Demetrio tomó a Marcipor por el hombro e hicieron alto de repente.

—Los cristianos de Roma —replicó Marcipor, sonriendo ante la sorpresa de su amigo.

—¿Entonces ya ha llegado la noticia a Roma... tan pronto?

—Hace muchos meses, traída por mercaderes de Antioquía.

—Y tú, ¿cómo la averiguaste?

—Se difundió en susurros en todos los mercados. Décimo, que siempre se mofa de los griegos, se apresuró a informarme que ciertos mercaderes supersticiosos de Antioquía habían traído la noticia que un carpintero galileo había vuelto de la muerte. Recordando lo que me habías contado de ese hombre, me sentí devorado por la curiosidad de saber más.

—¿Y encontraste a los hombres de Antioquía? —lo alentó Demetrio.

—Al día siguiente... Hablaron con entera libertad y su historia fue bastante convincente. Ellos lo supieron por un testigo presencial de varios milagros sorprendentes, un tal Felipe. Tratando de confirmarlo, varios hombres fueron a Jerusalén, donde conversaron con otros que habían visto a Jesús después de su muerte, hombres en cuya palabra se podía confiar... Todo esto, añadido a lo que tú me habías informado, me dio motivos suficientes para creer.

—¡Así que tú eres cristiano! —los ojos de Demetrio brillaron de íntima alegría—. ¡Debes contárselo en seguida al tribuno! ¡Estará encantado!

La cara de Marcipor se puso repentinamente grave.

—Todavía no, Demetrio. Mi situación no es clara. Décimo se encargó de informar al senador sobre este nuevo movimiento, L describiéndolo como una revolución en contra de las autoridades legales.

—¿Hizo entonces algo el senador?

—Que yo sepa, no. Pero ¿no es natural que no mire con complacencia a los cristianos? Él asocia todo esto con el infortunio de su hijo... Ahora bien: si se le cuenta a Marcelo que tenemos un gran número de creyentes aquí, en Roma, él sin reflexionar podría unirse con ellos; y eso sería sin duda peligroso... Los cristianos se mantienen ocultos. Ya las patrullas policiales están comenzando a hacer averiguaciones sobre sus reuniones secretas... No debemos causar una separación entre Marcelo y su padre.

—Muy bien, ¡Marcipor! —convino Demetrio—. No le contaremos nada al tribuno; pero él lo sabrá por sí mismo. Puedes estar seguro de ello. Y en cuanto al alejamiento, es inevitable. Marcelo no renunciará a su fe, y es bastante improbable que el senador pueda ser convencido de la verdad. Los ancianos no están dispuestos a cambiar de opinión. De cualquier manera, esta nueva causa no puede esperar, Marcipor, hasta que todos los ancianos la hayan aprobado. La historia de Jesús es

nuestra única esperanza de que la libertad y la justicia lleguen a imperar en el mundo. Y si eso fatalmente debe llegar, es preciso que comience ahora.

—Creo exactamente lo mismo, pero, aún así, no me gustaría ver que Marcelo ofenda a su padre. El senador no va a vivir mucho tiempo...

—Un caso igual le refirieron a Jesús. Lo conozco por un galileo que oyó la conversación. Un joven, muy impresionado al saber que su deber era demostrar abiertamente esta nueva manera de vida, le dijo a Jesús: "Mi padre es un anciano, señor, con puntos de vista anticuados. Esta nueva religión resultaría una ofensa para él. Deja que primero entierre a mi padre; luego vendré y te seguiré..."

—Eso parecía razonable —interrumpió Marcipor, que tenía sesenta y siete años.

—Jesús, en cambio, no pensó así —prosiguió Demetrio—. Se había esperado mucho ya para un cambio drástico en las creencias y conducta de los hombres. El nuevo mensaje no puede aguardar la partida de los ancianos con puntos de vista anticuados. En verdad, estos ancianos ya están muertos. Dejemos que sean enterrados por otros muertos.

—¿Eso dijo él? —inquirió Marcipor.

—Bueno, algo muy semejante.

—Me parece hartamente rudo, viniendo de persona tan suave y comprensiva.

Demetrio deslizó su mano afectuosamente por el brazo del viejo corintio.

—¡Marcipor! No cometamos el error de pensar que, porque el mensaje de Jesús es de paz y buena voluntad, se trata de una cosa suave y tímida que puede esperar la conveniencia de todos los hombres y apartarse del camino para esconderse entre los arbustos, ¡hasta que todo lo demás haya pasado! La gente que lleva esta antorcha va a verse en muchas dificultades. ¡Ya han sido azotados y encarcelados! ¡Muchos han sido muertos!

—Lo sé, lo sé —murmuró Marcipor—. Uno de los comerciantes de Antioquía me contó que en Jerusalén vio apedrear a un joven griego por una turba enfurecida hasta que fue muerto. Se llamaba Stéfano. ¿Lo conociste, por casualidad?

—¡Stéfano! —murmuró Demetrio amargamente—. Era mi más íntimo amigo.

* * * * *

Marcelo no había aún terminado su desayuno cuando llegó Marcipor a decirle que el senador estaba en su despacho y le encantaría conversar con el tribuno tan pronto, como éste pudiera.

—Puedes decir al senador que estaré abajo dentro de unos instantes.

Hubiera preferido postergar por unos días esta seria entrevista con su padre. Resultaría muy difícil para el Galión escuchar la extraña historia con paciencia o respeto. Durante algunos momentos Marcelo permaneció mirando fijamente por la ventana, mientras pelaba distraídamente una naranja y trataba de decidir la mejor manera de presentar el caso de Jesús el galileo, pues, en este asunto él sería más que

un abogado: Marcelo también sería juzgado.

Marcos Lucano Galión era un litigioso. Su renombre como polemista en el Senado había sido ganado por su diplomacia, su conocimiento de cuándo y cuánto conceder, dónde y a quién aplacar, y el fino arte de la reconciliación. Nunca había desarrollado un argumento por satisfacer su vanidad. Pero sentíase orgulloso de su moral espiritual.

Si, por ejemplo, llegaba a estar firmemente convencido de que siempre y en todo lugar el agua busca un nivel más bajo, no tendría ninguna utilidad ir a él con el cuento de que cierto día en un cierto país, a requerimiento de un cierto hombre, el agua había corrido en un cerro hacia arriba. No tenía tiempo para buscar informes de acontecimientos que se oponían a las leyes naturales, en cuanto a milagros, la sola palabra era para él ofensiva. No tenía ninguna tolerancia para tales historias y no demostraba mucha más tolerancia para las personas que creían en ellas. En su opinión, todas las religiones estaban edificadas sobre la fe en seres sobrenaturales y hechos sobrenaturales; por eso el senador no sólo desdeñaba a la religión, sino que le desagradaba la gente religiosa. Cualquiera que se consagrara a tales creencias era a su juicio ignorante o inescrupuloso. De modo que si un hombre, que no careciera en absoluto de sentido, se volvía propagandista religioso, necesitaba vigilancia; pues no cabía duda de que quisiera aprovecharse de las mentes débiles que confiarían en él a causa de su piedad.

Algunas personas, según el senador Galión, parecían pensar que un hombre piadoso era inevitablemente honesto, aunque los hechos demostraran que esa piedad e integridad eran categóricamente falsas. Era muy propio del anciano Servio apelar a sus dioses. Se podría perdonarle hasta al viejo Tiberio su absorbente interés por las religiones, viendo que le faltaba por completo el sentido común. Pero no había ninguna excusa para tal tontería en un hombre sano y educado.

Marcelo había sido tratado con profunda simpatía cuando había llegado un año atrás. Por haber sufrido un rudo golpe su mente estaba temporalmente desequilibrada y no podía haber dicho nada demasiado molesto para la paciencia de su padre. Pero ahora estaba sano de cuerpo y espíritu. Le contaría esta mañana al senador la sorprendente historia de un hombre que curaba toda clase de enfermedades: un hombre que, habiendo sido condenado a muerte en una cruz, se levantó de la tumba y fue visto por varios testigos.

Esto sin duda pondría al senador muy enojado y disgustado.

—¡Bah! —exclamaría—, ¡Tonterías!

Tal pronóstico sobre la posible actitud de su padre resultó en un todo acertado. Aquella fue una entrevista muy desdichada. Casi desde el primer momento, Marcelo advirtió una fuerte oposición. Había decidido comenzar su narración con el injusto juicio de Jesús y la crucifixión, esperando con esto conquistar la simpatía del senador para el galileo perseguido; pero no le fue permitido iniciar su caso de este punto.

—He oído todo eso, hijo mío —interrumpió Galión nerviosamente—. No

necesitas referírmelo. Cuéntame de tu viaje por las tierras donde ese hombre ha vivido.

Y así fue cómo Marcelo relató su excursión con Justo: la historia del pequeño Jonatán, cuyo pie inválido había sido curado; la de Miriam, a quien le había sido dada la voz; la de Lidia, que se había curado al contacto con el manto del galileo; la del anciano Natanael Bartolomé y la tormenta en el mar.

Su padre lo observaba imperturbable por debajo de sus cejas frondosas y ceñudas sin hacer comentarios, sin formular preguntas.

Por fin llegó la parte de la historia en que debía hablar del retorno de Jesús a la vida. Con dramática sinceridad repitió todo lo que le habían contado acerca de estas apariciones, mientras las arrugas de la boca del senador se profundizaban en un gesto de desagrado.

—Esto parece increíble, señor —concedió—. Pero estoy convencido de que es verdad. —Durante un momento dudó de la posibilidad de contarle a su padre el milagro que había visto con sus propios ojos; la curación del inválido por parte de Pedro. Pero no, eso hubiera resultado demasiado. Galión podría decirle que había sido impresionado por las historias de milagros contadas por otros hombres; pero no le quedaría más que un «¡mientes!» si le contaba que él mismo había visto realizarse una de tales maravillas.

—¡Por el testimonio de unos cuantos pescadores supersticiosos...! —gruñó burlonamente Galión.

—No fue fácil para mí aceptarlo, señor —asintió Marcelo—, No estoy tratando de persuadirte. Me pediste que te contara lo que aprendí de Jesús, y yo lo he contado sinceramente... Creo que el galileo está vivo todavía. Creo que es un ser infinitamente superior, una persona divina, con poderes que ningún rey o emperador ha poseído jamás... Más aún: ¡creo que al final regirá el mundo!

Galión rió entre dientes, con amargura.

—¿Has pensado en contarle a Tiberio que ese Jesús intenta gobernar al mundo?

—Puede que, no necesite decírselo. Sólo le contaré que Jesús, a quien creíamos muerto, está vivo nuevamente. El emperador podrá sacar de ahí sus propias conclusiones.

—¡Mejor es que tengas cuidado con lo que dices a ese anciano trastornado! —advirtió Galión—. Es bastante insano como para creerte, y ésa no sería una noticia agradable... ¿No sabes que es muy capaz de castigarte por haberte traído un cuento como ese?

—Nada podría hacer más que matarme —contestó Marcelo tranquilamente.

—Tal vez no —repuso Galión con pena—. Pero aun tan ligero castigo como la muerte, para un joven ambicioso, podría ser un inconveniente.

Marcelo recibió el fúnebre chiste de su padre con una sonrisa.

—La serena verdad, señor, es que no temo la muerte. Hay otra vida en el más allá.

—Bueno, esa es una antigua esperanza, hijo mío —convino Galión con un gesto

vago—. Los hombres han venido garabateando eso sobre sus tumbas hace cientos de años. El único inconveniente de este sueño es que se carece de pruebas. Nadie nos ha hecho nunca señales desde el más allá. Nadie, ha vuelto jamás para informarnos.

—¡Jesús lo hizo! —exclamó firmemente Marcelo.

Galión suspiró profundamente y movió la cabeza. Después de un caviloso silencio, echó atrás su silla y caminó con gran lentitud alrededor del escritorio, mientras Marcelo se levantaba para salirle al encuentro.

—Hijo mío —dijo en tono conciliador, apoyando las manos sobre los anchos hombros de Marcelo—. Ve al emperador y cuéntale lo que has aprendido de ese profeta galileo. Repítele las palabras de sabiduría de Jesús. Son muy razonables y harían a Tiberio mucho bien si las atendiera. Cuéntale, si te parece, los hechos de magia. El anciano los creerá y, cuanto más inverosímiles sean, tanto más le gustarán ellos y tú... Eso, en mi opinión, sería suficiente.

—¿Nada sobre la resurrección de Jesús? —preguntó respetuosamente Marcelo.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —observó Galión—. Echa una mirada objetiva sobre la situación. Sin que la buscaras, has tenido una rara aventura y te ves obligado a contarla al emperador. Se ha vuelto maniático desde hace unos doce años, y todos lo saben en Roma. Se ha rodeado de un conjunto de filósofos atolondrados, astrólogos, saltimbanquis y adivinadores de oráculos. Algunos son impostores conocidos y el resto mentalmente desequilibrados... Si le cuentas a Tiberio lo que me has relatado, serás sólo un mono más añadido a su corte.

Era un trago amargo, pero Marcelo sonrió, y su padre, sintiendo que el argumento estaba ganando terreno, continuó en forma convincente.

—Tienes ante ti un futuro brillante, hijo mío, si lo deseas; pero no de esta manera... Me pregunto si te das cuenta qué tragedia sería ese hecho para ti, ¡y para todos nosotros! Sería algo sumamente amargo para tu madre, tu hermana y tu padre saber que nuestros amigos se dicen unos a otros que has perdido la razón, que eres uno de los eruditos idiotas del emperador... ¿Y qué diría Diana? —continuó sinceramente—. ¡Esa bellísima criatura está más que nunca enamorada de ti! ¿No te importa nada esto?

—¡Sí, me importa, señor! —exclamó con ardor Marcelo—. Y me doy cuenta de que estará muy desilusionada de mí. Pero no tengo otra alternativa... He puesto mis manos en este arado. ¡Y no me voy a volver atrás!

Galión retrocedió un paso y se apoyó en el escritorio con una triste sonrisa.

—Espera a verla antes de decidir y dejarla.

—¡Ciertamente estoy ansioso por verla, señor!

—¿Tratarás de encontrarla allá antes de hablar con Tiberio?

—Si es posible, sí, señor.

—¿Has hecho los arreglos para el viaje?

—Sí, señor. Demetrio se ha ocupado de ello. Partimos esta noche. En galera hasta Ostia, y a Capri en El Cleo.

—Muy bien —aprobó Galión, más animado. Palmeó a Marcelo en la espalda—. Demos un paseo por los jardines. Todavía no has visto el establo.

—Un momento por favor, señor, antes de ir —el rostro de Marcelo estaba serio—. Sé que tienes la sensación de que ahora todo está arreglado de acuerdo con tu deseo y me sentiría feliz de seguir tu consejo si estuviera libre de hacerlo.

—¿Libre? —Galión miró fijamente en los ojos de su hijo—. ¿Qué quieres significar?

—Me siento obligado, señor, a contarle al emperador el retorno de Jesús a la vida.

—Bueno, bueno, ¡entonces! —consintió Galión bruscamente—. Si debes hablar de esto, hazlo como si fuera un rumor entre la gen de la comarca... ¡No necesitas decirle a Tiberio que tú crees en eso! Si quieres comunicarle que unos cuantos pescadores creyeron haberlo visto, eso te relevará de la obligación. No tienes ningún conocimiento personal de ello, ¡Tú no lo has visto!

—¡Pero vi a un hombre que lo vio, señor! —declaró Marcelo—. Vi que este hombre le miraba.

—¿Y eso en tu opinión constituye una prueba? —se mofó Galión.

—¡En este caso, sí, señor! Vi como un griego era apedreado por ser cristiano. Era un hombre valiente, presto a arriesgar la vida por su fe. Lo conocí. Confiaba en él. Cuando todo el mundo creyó que había muerto, se irguió, sonrió y exclamó: «¡Lo veo!». ¡Y sé que lo vio!

—; Pero no tienes que contarle eso a Tiberio! —objetó Galión bruscamente.

—¡Sí, señor! ¡Habiendo oído y visto aquello, sería un cobarde si no lo atestiguara! ¡Porque yo también soy cristiano, señor!... ¡No puede ser de otra manera!

Galión no respondió. Con la cabeza gacha, dio lentamente media vuelta y abandonó la habitación sin volver la mirada.

Lamentando la desilusión de su padre, Marcelo salió pausadamente a la pérgola, seguro de que Lucía estaría esperándolo. Ella lo vio llegar y corrió a su encuentro. Tomándole del brazo, lo arrastró alegremente hasta el lugar preferido para sus charlas.

—¿Qué pasa? —insistió, tironeándole del brazo—. ¿Tuviste un disgusto con el senador?

—Lastimé sus sentimientos —murmuró Marcelo.

—¡Espero que no le hayas estado hablando de ese asunto horroroso que te puso enfermo!

—No, querida hermanita, pero estuve contándole de aquel hombre. y me encantaría hablarte a ti también.

—¡Gracias, mi querido hermanito! —se chancó Lucía—. ¡No quiero oír ni una palabra de ello! ¡Es tiempo que lo olvides ya! Aquí, Bambo... No te ha reconocido, Marcelo —sus labios se fruncieron en un mohín—. Ni yo tampoco —murmuró—. ¿No vas a volver ser feliz nunca más? ¡Estaba tan contenta que permanecí horas

enteras despierta deleitándome en mi gozo! Ahora estás triste y malhumorado. — Grandes lágrimas aparecieron en sus ojos—. ¡Por favor, Marcelo!

—Lo siento, hermanita. —Él la rodeó con un brazo—. Volvamos a las rosas... ¡Aquí, Bambo!

Bambo saltó y consintió en que le acariciaran.

* * * * *

Hacía muchas semanas que el emperador no se hallaba bien, los comienzos de abril, al querer imprudentemente demostrar cuán fuerte estaba, el anciano había ido hasta la inconclusa mansión del extremo este de la alameda bajo una lluvia torrencial. Se había pescado un fuerte resfrío, cuyos efectos afectaron su no muy desbordante vitalidad.

En circunstancias normales, Tiberio, extraordinariamente celoso de su salud, no hubiera corrido tal riesgo, o, una vez hecho, se hubiese acostado en seguida, resoplando con ira, para ser envuelto en fomentos calientes y cuidado con todo lo que pudiera imaginar su corte de médicos.

Pero en esta ocasión el emperador, habiendo renovado su juventud, o al menos llegado a su segunda infancia, había permanecido con Diana en la humedad de la villa, calado hasta los huesos, después de lo cual habían regresado a la Villa de Jove caminando lentamente, pretendiendo gozar de la lluvia y rehusando permitir que le ayudaran, aunque era bien claro que estaba padeciendo un grave enfriamiento: había estornudado en la cara del chambelán mientras protestaba roncamente de que estaba fuerte como un roble.

Que la joven hija de Galo había sido la inconsciente, pero sin duda responsable de esta peligrosa imprudencia, y muchas otras arriesgadas locuras del anciano emperador, era ahora la opinión unánime de la plana mayor del personal.

La hermosa Diana comenzaba a constituir un problema. Durante las primeras semanas siguientes a su llegada, hacía más de un año, la población entera de Capri, a excepción de la emperatriz Julia, cuya envidia era profunda y desesperada, se había regocijado con la influencia vigorizadora de la joven sobre Tiberio. Su enorme cariño por Diana había obrado milagros en él. Puerilmente ansioso de agradarle, comenzó a vivir más moderadamente, no sólo en lo que comía y bebía, sino en lo que decía y hacía. Ahora el emperador no se indisponía tan a menudo. Sus notorias furias se desataban menos frecuentemente y con menor violencia. Cuando estaba disgustado, aún arrojaba cosas a sus ministros, pero había pasado una larga temporada sin que insultara o pegara a nadie. Había cambiado también en su forma de vestir, pues mientras ahora se preocupaba por sus hábitos, antes había humillado permanentemente a sus ministros presentándose con todas partes como un galopín.

Esto había provocado la entusiasta aprobación de todos aquellos cuyo oficio tejía alguna relación con él, es decir, de casi toda la población de Capri: ministros,

cortesianos, médicos, astrólogos, historiadores, poetas, cocineros, guardias, carpinteros, alhamíes, bailarinas, jardineros, viñateros, sastres, escultores, sacerdotes, y por lo menos trescientos sirvientes, esclavos y libres. Cuanto más tiempo se pudiera mantener vivo el emperador, tanto mejor resultaría para sus propios intereses; y cuanto más contento estaba él, tanto menos ardua era la tarea de cuidarlo.

Muy natural, entonces, que Diana fuera popular. Los poetas residentes en Capri componían extravagantes odas exaltando su belleza y, con algo menos de verdad, su carácter dulce y gentil, pues ella era de temperamento variable y no muy reticente cuando tenía que expresar sus sentimientos sobre algo que no le gustaba.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, comenzó a murmurarse que el emperador, débil, tratando de alardear ante Diana, se estaba desgastando. Se paseaba prendido a los talones de ella desde el alba al crepúsculo, sin importarle la temperatura, golpeando fieramente en los senderos de piedra con su bastón y subiendo trabajosamente las escaleras de la nueva y suntuosa villa, que parecía casi tan lejos de su terminación como lo estaba seis meses atrás, aunque cien hábiles operarios habían trabajada de firme todos los días. Nada resultaba suficientemente hermoso. La chimenea había sido echada abajo y reconstruida una y otra vez. Las paredes y los pisos de mosaicos demolidos y reedificados. Un día, el anciano había observado secamente que no creía que la villa estuviera terminada algún día, pronóstico precipitado que, aunque dicho ligeramente, resultó ser un sabio vaticinio.

Durante algún tiempo, Diana había gozado de considerable simpatía. Aunque nadie lo sabía con certeza —pues ella era demasiado lista para confiar plenamente en cualquiera que estuviese ligado a esta universidad de chismes, intrigas y traiciones— era creencia general que a la brillante y hermosa muchacha se la retenía en Capri contra su deseo personal. Esto parecía confirmarse por el hecho de que, en ocasión de las visitas de su madre, con intervalos de pocas semanas, Diana había llorado amargamente al llegar la hora de la partida de Paula. Podía tener ciertas ventajas de ser el único objeto de cariño de parte del emperador, pero, considerado eso como una ocupación permanente, dejaba mucho que desear.

Una leyenda concerniente a los proyectos de Diana, había tomado forma y tamaño. Cierta día el chambelán, ebrio, había confiado al capitán de la guardia que la donosa hija del legado Galo estaba enamorada del hijo del senador Galión, amor sin probables esperanzas, en vista de que el joven tribuno estaba mal de la cabeza y había sido enviado fuera del país. Esta información fue pronto sabida por todos.

Nadie estaba más interesado en las aspiraciones de Diana que la vieja Julia, quien se daba maña para inspeccionar cada carta que ella enviaba o recibía. Y se creía que Julia remitía copias de tal correspondencia a Cayo, pues cada vez que espiaba las cartas de Diana, despachaba un pergamino para el príncipe con un mensajero especial.

Durante el invierno, Cayo no había visitado a Capri; pero, advertido de la indisposición del emperador, había llegado a fines de abril acompañado por una

vanidosa comitiva y pasado una semana pretendiendo interesarse mucho por la salud del anciano, pero gozando plenamente de los banquetes que noche a noche ordenaba Tiberio.

En estas ocasiones, el emperador, incapaz de sostener su cabeza en alto, se adormecía, despertaba, sonreía como una calavera y volvía a adormecerse; era una dolorosa caricatura del poder real. A su derecha, pero sin prestarle atención, estaba reclinada la anciana Julia, con peluca, pintada, cargada de joyas y chocantemente cadavérica, sonriendo estúpidamente y adulando a Cayo, que reposaba a su lado. Ninguno de los cincuenta disolutos sicofantes, que yacían recostados alrededor de las mesas sobrecargadas, osaba arriesgarse a cambiar un guiño o una sonrisa; pero aquella resultaba una divertida pantomima, con el emperador medio dormido y la emperatriz manoseando la manga bordada en oro del príncipe, mientras éste, desdeñosamente indiferente a sus caricias, se inclinaba hacia adelante para hacerle amorosos remilgos a Diana, sentada al otro lado de Tiberio, devorándola con sus ojos de sapo, mientras ella lo observaba con el frío interés de quien lee un epitafio sobre un antiguo monumento.

La imperial pantomima había divertido íntimamente a casi todos, menos a Celia, la hermosa pero superficial esposa de Quinto y nieta de Secano, viejo amigo y consejero de Tiberio. Celia estaba fuera de sí, con una ansiedad que no podía disimular. Hubiera sido capaz de matar a Diana si la jovencita hubiese ofrecido a Cayo el menor aliento, pero estaba también muy disgustada por el frío desinterés de Diana en las atenciones del príncipe. Ciertamente, ¿quién se creía ser esa Diana Gala para ponerse tan altiva? ¡Mejor le aprovecharía mejorar sus maneras! El anciano loco, al cual ella estaba guiando como a un perro con una cuerda, moriría el día menos pensado. ¿Dónde iba a quedar entonces ella?

Había sido una semana deprimente para Celia. Cada vez que Quinto era enviado al extranjero en alguna misión de alta importancia ella constituía el centro de interés en las reuniones sociales del príncipe, haciendo de anfitrión y alegrándose con la ingenua y torpe preferencia de aquél. Al principio se había creído que Cayo le demostraba un favor especial para congraciarse con el anciano Seyano, quien apretaba con mano fuerte los cordones de la bolsa real. Pero, a medida que pasaba el tiempo y las visitas del príncipe a la villa de Celia se hicieron diarias, este halago se le había subido a la cabeza y ella cometió el error de tratar con desprecio a varios amigos, que, aunque habían soportado su arrogancia por diplomacia, estaban preparando cuidadosamente la venganza para cuando llegara el momento oportuno. Había confiado Celia en que el príncipe encontraría otros asuntos para su esposo fuera del país, pero ahora habíase anunciado que Quinto retornaría dentro de poco. Como si esto no fuera bastante desalentador Cayo dedicaba ostensiblemente toda su atención a Diana.

El último día, Celia había arreglado lo que supuso iba a ser una entrevista privada con el príncipe, aunque había ya tenido unas cuantas conversaciones al anochecer,

que nadie conocía en Capri; y llorosamente comenzó a quejarse por su reciente indiferencia.

—¡Pensé que te gustaba! —sollozó.

—No cuando tienes la nariz colorada —gruñó él—. Mejor es que dejes de hacerte ridícula.

—¿No puedes enviar a Quinto lejos otra vez? —rogó ella.

—¿Ese asno rebuznador? ¡Le confiamos una misión de embajador y resulta abofeteado terriblemente en el patio de una posada griega por un esclavo desarmado!

—¡No lo creo! —chilló Celia—. ¡Es una historia que alguien inventó para desacreditarlo!... ¡Pensé que eras amigo de Quinto!

—¡Bah! El único amigo de Quinto es su espejo. Si me hubiera importado tu marido, ¿hubiese hecho mi amante de su esposa?

Celia lloró histéricamente.

—¡Yo te gustaba bastante —gritó— antes que llegaras aquí y repararas en las curvas de Diana Gala! ¡Y es evidente que ella te desprecia! ¡Qué criatura tan atrevida!

—¡No se te ocurra planear alguna injuria contra ella! —rugió Cayo sacudiéndole el brazo brutalmente—. Mejor es que la olvides ahora, y ¡te alegres cuando llegue tu marido! —Rió entre dientes como un insulto—. Tú y Quinto estáis admirablemente hechos el uno para el otro.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó ella llevada por la ira—, ¿Dónde quedarás tú con Seyano, cuando le cuente que me has tratado como a una vulgar mujerzuela?

Cayo se encogió de hombros.

—¿Dónde quedarás tú, cuando le cuentes eso? —contestó él, haciendo un gesto de desprecio.

Celia había buscado consuelo en una visita a la emperatriz, recordando súbitamente un deber social que la mayoría había olvidado en la confusión de la partida.

Julia había estado sorprendentemente efusiva, y Celia, con los ojos rojos e hinchados, resultó una víctima lista para las amables preguntas de la emperatriz.

—¡Pobre Cayo! ¡Y tan abstraído con sus preocupaciones!... Debes ser indulgente con él, querida mía. Realmente está enamorado, creo, de la hija de Galo. No sería una mala alianza... Galo es el gran favorito del ejército, aquí y en el extranjero. ¡Ciertamente, él es el ejército Y si mi hijo asciende al trono, necesita la buena voluntad de nuestras legiones. Además, como habrás visto por ti misma, el emperador está tan infantilmente encantado con Diana, que su matrimonio con Cayo aseguraría prácticamente el futuro de mi hijo...

—¡Pero Diana lo odia! —lloró Celia—. ¡Cualquiera puede verlo!

—Bueno. Eso es porque ella cree estar enamorada del medio loco de Galión. — Los labios delgados de Julia se plegaron en una sonrisa de comprensión—. Ya se le pasará. Tal vez, si decidieras estrechar lazos con la deliciosa Diana, no tendrías que

molestarte en ocultar que Marcelo está trastornado. —Y con esto la emperatriz había besado y despedido a Celia.

Limpiando sus labios enérgicamente, la mujer retornó a la Villa de Jove, donde la comitiva estaba reunida para ir cerro abajo hasta la barca imperial. Todavía tenía la esperanza de que Cayo, en el viaje de retorno, se arrepintiera de sus descortesías y le devolviera su favor.

—¿Dónde está el príncipe? —le inquirió con forzada alegría a su prima Lavila Seyana, mientras ocupaban las sillas portátiles llevadas por esclavos.

—No vuelve a la ciudad con nosotros. —Lavila experimentó un placer malicioso—. Me animaría a decir que desea tener una entrevista tranquila con Diana.

—Bueno. ¡A ella no la puede conquistar! —replicó Celia calurosamente.

—¡No estés tan segura de eso! —chilló Minia, la hermana menor de Lavila, a quien creían completamente ocupada conversando con Olivia Vara.

—Diana está esperando que vuelva Marcelo Galión —adelantó Olivia.

—¡Mucho le reportará eso! —se burló Celia—. Marcelo ha perdido la razón. Por eso lo enviaron afuera.

—¡Tonterías? —se mofó Lavila—. El emperador lo envió a hacer no sé qué clase de investigaciones, en Atenas u otra parte, ¿Crees que hubiera mandado a un loco?

—¿Por qué no? —terció Minia con una risita falsa.

—¿Quién te contó eso, Celia? —preguntó Olivia.

—¡La emperatriz! —declaró imponentemente Celia—. No creo que sea un secreto.

—Yo tampoco —dijo lentamente Lavila—. Pudo haberlo estado... Pero ahora no lo está.

—¿Por qué te interesa? —inquirió lánguidamente Minia.

—Bueno... Más bien siento simpatía por Marcelo —dijo Lavila— y por Diana también. Es lástima que suceda eso entre ellos. ¡Además, no lo creo!

—¡Pero la emperatriz me lo contó! —estalló Celia, indignada, Lavila arqueó las cejas, frunció los labios y se encogió de hombros.

—Me gustaría saber porqué —objetó.

* * * * *

Era media tarde cuando el «Cleo» divisó la isla y una hora más pasó hasta que ancló en el muelle. Había sido un día perfecto. Marcelo nunca había visto la bahía de Nápoles tan azul. Demetrio quedó en los muelles para atender al acarreo del equipaje a la Villa de Jove.

En una silla alquilada, Marcelo fue subido por la larga, escalinata de mármol, luego por un sinuoso sendero, y más escalones, y otro sendero, de una belleza exuberante y acorde con el lujo costosísimo de que se había rodeado el emperador. El anciano estaría loco, pero era sin duda un artista.

Ahora que habían llegado a la meseta, la maravillosa ciudad de Tiberio, dominada por la maciza Villa de Jove, resplandecía en su altura al sol de junio. Viejos filósofos encorvados y obesos sacerdotes reposaban en las glorietas; por los senderos de piedra que rodeaban las piscinas otros hombres sabios paseaban con la cabeza inclinada y las manos a la espalda. ¿Serían todos ello? consejeros del anciano? Por lo menos, así parecían.

A Marcelo le deprimió considerar la perspectiva de unir sus fuerzas a las de aquellos inútiles decrepitos.

Lo sorprendió con agrado tener que dar muy pocas explicaciones relacionadas con su presencia. Dio su nombre a la guardia y pasó sin ser examinado. Dijo al portero quién era y éste mandó a otro con un mensaje al capitán de la guardia, que llegó sin demora y lo condujo a través del vasto peristilo hacia el alto y frío atrio, donde, al momento, penetró el chambelán para saludarlo con gran deferencia.

El emperador, que estaba descansando, tendría pronto conocimiento del arribo del tribuno Marcelo. Entretanto, ¿desearía el tribuno ir al departamento preparado para él?

—¡Oh, si, señor! —contestó Nevio—. Su Majestad supo de la llegada del tribuno Marcelo a Roma.

Era un departamento suntuoso el que le mostraron, con un pequeño peristilo exquisitamente arreglado, que daba a un florido jardín. Media docena de nubios estaban preparando un baño. Un alto esclavo macedonio llegó con un botellón de vino, seguido por otro que llevaba una bandeja de plata con variadas frutas.

Marcelo salió al peristilo, frunciendo el ceño pensativo. Era una recepción inesperadamente suntuosa la que estaba recibiendo por parte del emperador. Su rango le daba derecho a ciertas prerrogativas, pero las atenciones, que recibía requerían mejor explicación... Era aquello bastante halagador, pero por cierto sorprendente. Demetrio había llegado ya y los porteros traían el equipaje. El chambelán llegó para anunciar que el baño del tribuno estaba listo.

—Cuando quieras, señor —añadió Nevio—, la hija del legado Galo te recibirá, en el jardín... de su villa.

* * * * *

Se habían, ofrecido a guiarlo, pero prefirió ir solo, después de haber recibido las indicaciones generales. ¡La villa de Diana! ¿Y para qué quería Diana una villa en Capri? ¿O no la quería? ¿Acaso era aquél otro capricho del anciano?

Al aproximarse aminoró la marcha involuntariamente mientras admiraba su gracia y simetría. Era una mansión grande, pero no daba impresión de imponencia. Las columnas dóricas del pórtico no eran grandiosas; el grabado del dintel era ligero y delicado, parecía una inmensa casa de muñecas, sugiriendo que algún ingenioso constructor la hubiera hecho de azúcar.

Un guardia lo encontró en el pavimento teselado y lo condujo a través del atrio sin amueblar en cuyo techo azul había estrellas de oro, y por el peristilo, donde los obreros tuvieron una mirada de momentáneo interés por el huésped. Más allá yacían los proyectos de jardines cubiertos. Señalando la pérgola que estaba en el límite sur de la meseta, el guardia volvió sobre sus pasos y Marcelo prosiguió solo, acelerando la marcha al ritmo de los latidos de su corazón.

Diana le esperaba apoyándose en la balaustrada de mármol, mirando el mar. Sensible a su llegada, quizá oyendo sus pasos, se volvió con lentitud, y apoyando sus codos sobre la ancha piedra de la baranda, esperó que él se aproximara, con una mirada fija y serena que Marcelo interpretó fácilmente: se estaba preguntando con profunda inquietud si él se habría curado totalmente de su enfermedad mental. Sus ojos estaban un poco atemorizados, e involuntariamente apretó la palma de una mano contra sus labios.

Marcelo no tuvo tiempo de fijarse en la atractiva indumentaria que llevaba: la estola de seda blanca, graciosamente plegada, con un ribete de subido carmesí en la garganta, las mangas recortadas, sujetas con botones de oro, el cinturón ancho y apretado sobre las caderas, la coronita de perlas rosadas que dejaban un mechón de rizos negros sobre su frente blanca. Diana era un cuadro encantador. Durante la ausencia de Marcelo se había transformado en una perfecta mujer. En los recuerdos de éste, Diana aparecía como una hermosa jovencita. A veces se preguntaba él, cuando estaba afuera, si no la habría idealizado en exceso; pero ahora la encontraba mucho más adorable de lo que la había imaginado. La felicidad brilló en su rostro.

Diana avanzó lentamente a su encuentro, alta y esbelta en las acariciantes líneas de su estola blanca, los labios partidos en una sonrisa alentadora que ganaba confianza a cada paso. Extendió sus manos mientras él se acercaba, todavía estudiándola con ansiosa expectación.

—¡Diana! —exclamó esperanzado—. ¡Queridísima Diana! tomando sus manos sonrió embelesado ante sus ojos levantados.

—¿Realmente has vuelto a mí, Marcelo? —murmuró.

Él la aproximó, y ella se entregó a sus brazos confiadamente, levantó una mano y puso su palma con intenso cariño sobre la mejilla de Marcelo. Sus largas pestañas descendieron lentamente y Marcelo la besó en los ojos con ternura. Moviéndola la mano y rodeando su cuello, lo estrechó repentinamente, casi fieramente, mientras los labios de él tocaban los suyos. Luego exhaló un rápido e involuntario gemido y aceleró su corazón, como incontenible respuesta a su beso. Durante un largo rato quedaron abrazados, profundamente conmovidos.

—¡Eres adorable! —susurró con ardor Marcelo. Con un suspiro de alegría, Diana apretó como un niño el rostro contra su pecho, mientras él la estrechaba contra sí. La joven temblaba. Luego, desprendiéndose lentamente de sus brazos, lo miró con ojos brumosos y sonrientes.

—Ven, ¡sentémonos! —dijo—. Tenemos mucho que conversar.

El timbre de su voz también había cambiado. Era más profundo y maduro. Marcelo siguió su graciosa figura hasta el banco de mármol, desde donde se disfrutaba de una fascinante vista del mar, y se sentaron. Diana lo enfrentó con emocionado interés.

—¿Has visto al emperador? —preguntó; y cuando Marcelo negó abstraído con un movimiento de cabeza, como si el ver el emperador fuera un asunto de poca importancia, ella agregó gravemente—: En cierto modo querría que no tuvieras que conversar con él. Ya sabes que es muy excéntrico; conoces su curiosidad por la magia, por las estrellas, milagros, espíritus y cosas semejantes. Actualmente está obsesionado por completo. Y su salud decae. No desea hablar sino de asuntos estrafalarios.

—Eso no es extraño —comentó Marcelo buscando su mano—. A veces todo el día, y gran parte de la noche —prosiguió ella en ese nuevo y profundo registro que daba a cada palabra un tono confidencial—, tortura su pobre y vieja cabeza con esos asuntos. mientras los estrambóticos sabios se sientan en círculo alrededor de su cama, pronunciando largas arengas que él trata de escuchar como si fuera una obligación.

—Tal vez está preparando su mente para la muerte —sugirió Marcelo.

Diana asintió con ojos nublados.

—Ha esperado impaciente tu retorno, Marcelo; parece convencido que tú puedas decirle algo nuevo. ¡Esos viejos astrólogos! —Ella hizo un gesto de desdeñoso rechazo—. ¡Lo agotan! ¡Lo exasperan y se le imponen cruelmente! Uno, el viejo horrible del Dodinio, quien lee los oráculos, es el peor de todos. Siempre para las fiestas de luna nueva decapita una oveja y lleva a cabo tontas ceremonias, pretendiendo que tiene una revelación. No sé cómo...

—Cuentan las verrugas del vientre, creo —recordó Marcelo—, y examinan las entrañas. Si cierto retorcimiento del intestino apunta hacia el este, la respuesta es sí, y el precio quinientos sestercios.

—Bueno —Diana hizo a un lado los detalles con su delicada mano—. De cualquier modo que sea, el sucio Dodinio lo dice, y cuentan que a veces acierta predicciones verdaderas. ¡Si el tiempo va a ser tormentoso, lo sabe antes que nadie!

—Tal vez apercibe el cambio en sus chirriantes articulaciones —sugirió Marcelo.

—Eres un escéptico inveterado, ¡Marcelo! —y le echó una ojeada de costado, en amistosa reprimenda—. ¡No deberían hacerse comentarios jocosos sobre estos hombres sagrados! El mejor pronóstico de Dodinio, fue cuando descubrió que Anneo Séneca estaba con vida, al día siguiente de haberse informado que el viejo poeta había muerto. Cómo lo adivinó, sólo los dioses lo saben; pero era cierto. Séneca había caído en un estado de coma parecido a la muerte, del que se recobró, como sabes.

—¿No puedes suponer que contrató a Séneca para que se hiciera el muerto? —aventuró Marcelo, riendo entre dientes.

—¡Querido! ¡Si el filósofo Séneca deseara ponerse en connivencia con alguien, no sería con ese viejo tonto de Dodinio! —dijo Diana con seguridad. Abandonando la

chance se puso repentinamente seria—. Hace unos diez días le fue revelado, así insiste, que el emperador va a vivir siempre. No le resultó fácil convencer al emperador, pues hay una cantidad de precedentes que vencer; pero encontrarás a su majestad inmensamente interesado en el tema... Desea creer a Dodinio; lo primero que hace por la mañana es mandarlo a buscar para que le repita lo referente a la revelación. Y Dodinio, el inescrupuloso reptil, le vuelve a asegurar que no puede haber duda en ello. ¿No es acaso un modo horrible de atormentar al emperador en sus últimos días, cuando en cambio debería ser ayudado a morir en paz?

Marcelo, con la vista perdida, asintió sin interés.

—A veces, querido —Diana se inclinó hacia él impulsivamente, moviendo la cabeza con desesperación—, me hace enrojecer de vergüenza y asco el tener que vivir aquí, ¡rodeada por estos hombres cansados que engordan con sus fraudes! ¡Todo lo que se puede oír en esta isla enloquecedora es una mezcla de atroces tonterías, a las que ninguna persona sana y cuerda dedicaría un segundo, un solo pensamiento! ¡Y como si el pobre emperador no hubiese oído bastantes charlas estúpidas, Dodinio está tratando ahora de persuadirlo de que va a vivir eternamente!

Marcelo no hizo comentarios; permaneció mirando fijamente el mar, con el ceño fruncido, Pronto se animó, retornó y pasó su brazo por los hombros de la joven.

—Ignoro lo que has venido a contarle al emperador, Marcelo —continuó Diana, rendida ante su caricia—, pero sé que es honesto. Él deseará saber qué piensas de esa loca idea que Dodinio le ha metido en la cabeza. Ello requerirá cierta dosis de tacto.

—¿Tienes algo que sugerirme al respecto?

—Tú sabrás qué decir, creo. Tiberio es un anciano trastornado, y ciertamente no parece tener mucho valor. Pero hubo un tiempo en que era fuerte y valiente. Tal vez, si se lo recuerdas, sea capaz de recordar. No tenía miedo de morir cuando era vigoroso y tenía un motivo por qué vivir —Diana trazó ligeramente una línea en el antebrazo de Marcelo con las puntas de sus dedos—. ¿Por qué anhelará este agotado anciano vivir eternamente? Uno piensa que debería alegrarse de terminar de una vez con todas sus aflicciones, dejar a todos esos cortesanos intrigantes y profetas chiflados, y encontrar paz en el olvido.

Marcelo se inclinó sobre ella, la besó en los labios, y se sintió emocionado por la calurosa respuesta.

—¡Te amo, querida! —declaró apasionadamente.

—¡Entonces llévame de aquí! —insistió Diana— ¡Llévame a algún lado donde la gente sea normal, y nadie hable de tonterías metafísicas, nadie se preocupe por el futuro... el pasado... o cualquier otra cosa que no sea presente! —Lo abrazó más contra sí—. ¿Quieres hacerlo, Marcelo?... El emperador desea que vivamos aquí. Por eso construyó esta horrible villa. —La voz de Diana temblaba—. ¡Pero no puedo quedarme aquí! ¡No puedo! ¡Voy a volverme loca! —Pegó la boca al oído de él—. ¡Tratemos de escaparnos! ¿No podemos alquilar un barco?

—No, querida —protestó Marcelo—, Te llevaré de aquí, pero no como un

fugitivo... Debemos esperar nuestra hora... No deseemos vernos desterrados.

—¿Por qué no? Vayamos a algún lugar, lejos, muy lejos... y tengamos nuestra casita, una modesta casita. Y un jardincito, cerca de un arroyuelo. ¡Pero vivamos en paz!

—Es un hermoso cuadro, querida —asintió él—, mas pronto te sentirías melancólica e inquieta. Además, tengo una importante tarea, que no puede ser cumplida en un pacífico jardín. Y también debemos tener en cuenta a nuestras familias.

Diana se abandonó en sus brazos, profundamente pensativa.

—Seré paciente —prometió—, ¡pero que no tardes demasiado! No estoy segura aquí.

—¡Insegura! —exclamó inquisitivo Marcelo—, ¿De qué tienes miedo?

Antes que ella pudiera contestar, ambos se irguieron y separaron al oír el ruido de pisadas. Mirando hacia la villa, Marcelo vio un guardia que se aproximaba, el mismo que lo había conducido a la pérgola.

—Tiberio está demasiado débil y preocupado para servirme de alguna protección —contestó Diana en voz baja—. La emperatriz demuestra más y más interés por nuestra vida aquí, en esta horrible isla. Cayo viene con frecuencia a conferenciar con ella...

—¿Ha estado molestándote ese reptil? —interrumpió con dureza Marcelo.

—Me las arreglé para evitar quedarme a solas con él —dijo Diana—. Pero Julia está haciendo todo lo posible para que...

El guardia había hecho alto a corta distancia.

—¿Sí, Acteón? —inquirió Diana volviéndose hacia él.

—El emperador está listo para recibir al tribuno Marcelo Galión —dijo con deferencia.

—Muy bien —asintió Marcelo—. Iré en seguida.

Acteón saludó y se alejó muy tieso.

—¿Cuándo y dónde nos volveremos a encontrar, querida? —Peguntó Marcelo, incorporándose con desgan—. ¿En la cena, tal vez?

—No es probable. El emperador desearía tenerte toda la tarde consigo. Envíame un mensaje a mi departamento de la Villa de Jove, cuando quedes en libertad. Si no es demasiado tarde, me encontraré contigo en el atrio... De no ser así, encontrémonos aquí, en la pérgola, por la mañana temprano. —Diana levantó la mano y Marcelo la besó tiernamente.

—¿Este Acteón te pertenece? —preguntó.

Diana negó con la cabeza.

—Yo traje sólo dos sirvientas de casa —dijo—. Todos los otros que me atienden son de aquí. Acteón es miembro de la guardia de la Villa de Jove. Me sigue adonde vaya.

—¿Es de confianza? —preguntó con ansiedad Marcelo.

Diana se encogió de hombros y sonrió dubitativamente.

—¿Cómo puede uno decir quién es de confianza en este nido de conspiración? Acteón es respetuoso y cumplidor... Pero ignoro si se atrevería a correr algún riesgo en beneficio mío. Ignoro también si está ahora en camino a casa de Julia para contarle que te vio besándome... No deberían importarme esas cosas de todas maneras. — Diana se levantó y libró su brazo del de Marcelo—. Vete ahora —suspiró—. El anciano estará esperando y no es paciente. ¡Vuelve cuando puedas!

Marcelo la tomó en sus brazos y la besó.

—¡No pensaré en otra cosa —murmuró— más que en ti.

* * * * *

La última vez que Marcelo viera al emperador, y de esto hacía mucho tiempo, había sido en el día de apertura de los Juegos Florales, once años atrás. Realmente, nadie lo había visto después en una celebración pública. Recordaba a un hombre austero, que empezaba a encanecer, de rudas facciones y maciza contextura, que no prestaba casi ninguna atención a los notables que lo rodeaban y aún menos a los espectáculos de la arena.

Marcelo no se había sorprendido ante el aspecto sombrío de aquel rostro rudo, pues todos sabían que Tiberio, quien siempre había detestado las multitudes y la extravagancia de los festivales, se estaba volviendo malhumorado de un modo alarmante. Los hombres mayores como el senador Galión, que podían recordar la desenfrenada prodigalidad de Augusto y se habían regocijado ante las economías de Tiberio, los que brindaron a Roma una prosperidad sin precedentes, veían la creciente melancolía del emperador con pena cargada de simpatía. La generación joven, que no apreciaba del todo las sólidas virtudes del monarca, había empezado a pensar en él como en un viejo huraño, avaro y contrario a los deportes, y deseaban sinceramente que muriera.

Tiberio no los había satisfecho plenamente a este respecto, pero había hecho algo que casi equivalía a ello, pues, no mucho después, se había retirado a Capri, donde su continuo alejamiento de los asuntos activos de gobierno equivalía a una abdicación.

Eso había sido mucho tiempo atrás. Ahora Marcelo, en uniforme de gala, esperando en el espacioso y triste atrio ser llamado al dormitorio imperial, preparaba su espíritu para la visita de un hombre muy viejo. Nadie podría haberlo preparado para una entrevista con este anciano que, a primera vista, parecía tener tan poca vida que al animarse era capaz de movilizar algunas reservas sorprendentemente poderosas de vigor físico y mental.

El emperador se hallaba sostenido por almohadas; era una figura imprecisa, pues el sol se estaba poniendo y el enorme cuarto se llenaba de sombras. Nada parecía vivir en la maciza cama más que los ojos cavernosos que habían recibido a Marcelo en la puerta y lo habían acompañado a través del cuarto hasta la silla de respaldo

recto. El rostro que había entre las almohadas era un conjunto de huesos recubiertos por un pellejo fino y arrugado. El cuello era amarillo y flaco. Bajo el pelo blanco, esparcido en las sienes, una arteria latía, lenta pero fuertemente, como el golpe de un remo exhausto al final de una larga carrera.

—¡Majestad! —murmuró Marcelo haciendo una profunda reverencia.

—¡Siéntate! —gruñó secamente Tiberio—. ¡Esperamos que hayas aprendido algo de esa túnica encantada! —se detuvo para Aspirar asmáticamente—. Has estado lejos lo bastante como para haber encontrado el propio río Estigia... ¡y el Edén de los judíos!... ¡Tal vez has vuelto cabalgando en el caballo de Troya, con el vellocino de oro por montura!

El anciano volvió la cabeza para notar el efecto de su ácida broma, y Marcelo, pensando que el emperador deseaba que fuera apreciado su seco humor, arriesgó una sonrisa.

—Gracioso, ¿no? —gruñó Tiberio.

—No, si Vuestra Majestad está seria —replicó Marcelo serenamente.

—¡Siempre estamos serios, joven! —Hundiendo un codo puntiagudo, en la almohada, el emperador se aproximó al borde de lecho—. Tu padre me hizo un largo cuento sobre la crucifixión de un galileo loco, en Jerusalén. Ese Pilatos, que siempre se pone en conflicto con los judíos, te ordenó crucificar al fanático, y con ello te afectó la cabeza. —El anciano humedeció sus labios secos—. A propósito, ¿cómo está tu cabeza ahora?

—¡Completamente bien. Majestad! —respondió Marcelo alegremente.

—¡Hum! Eso es lo que dicen todos los locos. ¡Cuanto más locos están, tanto mejor se sienten! —Tiberio sonrió desagradablemente, como un loco ante otro, y añadió—: ¡Quizás piensas que tu emperador está loco!

—Los locos no bromean, señor —contestó Marcelo.

Tiberio abrió una boca que semejaba una vieja bolsa vacía de monedas y frunciendo el ceño aprobó el confortante pensamiento.

—¿Cómo sabes que no lo hacen? —preguntó—. No has visto a todos. Pero —repentinamente irritado—, ¿Por qué malgastas el tiempo del emperador con esa charla? ¡Limítate a tu historia!... ¡No, espera! Ha llegado a nuestros oídos que tu esclavo griego atacó al hijo del viejo Tusco a puñetazos... ¿Es verdad?

—Sí, Majestad —admitió Marcelo—, es verdad. Hubo mucha provocación; pero eso no disculpa a mi esclavo, y yo deploro profundamente el incidente.

—¡Eres un mentiroso! —exclamó Tiberio—, ¡Ahora no creeremos nada de lo que digas!... Pero, cuéntanos esa historia primero.

Los maliciosos ojos se ponían cada vez más brillantes mientras, obedientemente, Marcelo le informaba del extraordinario episodio acaecido bajo los árboles de la Casa de Eupolis. Cuando llegó el momento en que Quinto había sido desfigurado por los puños del enfurecido griego al punto de ser irreconocible, el emperador estaba incorporado sobre un codo y su rostro resplandecía.

—¿Y todavía tienes ese esclavo —vociferó Tiberio—. ¡Debería ser condenado a muerte! ¿Cuánto pides por él?

—No desearía venderlo, señor, pero gustosamente se lo cedería a Vuestra Majestad por todo el tiempo...

—Por todo el tiempo que viva —gruñó el anciano—. Unas pocas semanas. ¿Eh? ¡Tal vez, podamos vivir más! ¡Tal, vez el emperador no muera nunca! —La barbilla inclinada sobresalió desafiante—. ¿Es tonto eso?

—Es posible que un hombre viva eternamente —declaró Marcelo.

—¡Basura! —refunfuñó Tiberio—. ¿Qué sabes de ello?

—Ese galileo, Majestad —dijo Marcelo tranquilamente—, vivirá eternamente.

—¿El hombre que mataste? ¿Vivirá siempre? ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Ese galileo resucitó Majestad.

—¡Tonterías! Probablemente tú estropeaste la crucifixión. Tu padre dijo que estabas borracho. Te quedaste hasta que todo hubo concluido... ¿o no puedes acordarte?

Sí, Márcelo se había quedado. Un centurión había clavado profundamente su lanza dentro del corazón del hombre, para estar doblemente seguro. No cabía duda sobre su muerte. Tres días después resucitó. Fue visto en varias ocasiones por diferentes grupos de gente.

—¡Imposible! —chilló Tiberio—. ¿Ahora dónde está?

Marcelo no lo sabía. Pero sabía que aquel Jesús estaba vivo; había tomado el desayuno con sus amigos a la orilla de un lago, en Galilea; había aparecido en las casas de varias personas... Tiberio se apoyó sobre ambos codos y miró fijamente, en tanto su barbilla se movía de un modo convulso.

—Dejaba huellas cuando caminaba —continuó Marcelo—. Desaparecía inesperadamente. Conversaba, caminaba, mostraba sus heridas, que, por alguna curiosa razón, no se curaban. No se molestaba en abrir las puertas cuando entraba. La gente sentía la extraña sensación de que alguien estaba presente a su lado; entonces miraban, y allí se encontraba él.

Tiberio miró hacia la puerta y golpeó sus viejas manos secas. El chambelán penetró sin ruido e instantáneamente, como si, al ser llamado, no hubiera estado lejos.

—¡Luces, estúpido! —gritó el anciano. Se recostó, tembló y levantó la ropa de la cama sobre sus descarnados hombros—. Prosigue —exclamó—. No abre las puertas, ¿eh?

—Dos hombres están caminando por la carretera, avanzada la tarde, discutiendo sobre él —prosiguió implacablemente Marcelo—. Al momento, camina junto a ellos. Lo invitan a cenar en una posada, a unos doce kilómetros de Jerusalén.

—¡No era un fantasma, entonces! —interrumpió Tiberio.

—No era un fantasma; pero esa vez no come. Parte el pan, murmura las gracias a su dios y desaparece. Entra en una casa de Jerusalén, unos minutos después, encuentra amigos cenando... ¡y come con ellos!

—Puede aparecer casi en todos lados —especuló Tiberio, añadiendo casi para sí mismo—: Probablemente no aparecería si el lugar estuviera bien vigilado. —Y cuando Marcelo dejó pasar sin comentarios esta observación, el anciano rugió—: ¿Qué estás pensando?

—Creo que eso no haría ninguna diferencia —aventuró Marcelo—. Irá donde le plazca. Abre los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; cura leprosos, parálíticos, lunáticos. Yo no creí ni una de estas cosas, Majestad, hasta que ya fue imposible no creer en ellas... ¡Puede hacer cualquier cosa!

—¿Por qué, entonces, dejó que lo mataran?

—Majestad, usted, bien versado sobre tantas religiones, recordará que entre los judíos es costumbre hacer ofertas de sangre por los crímenes. Se cree que el galileo se ofreció a sí mismo como ofrenda por el sacrificio.

—¿Qué crímenes había cometido él? —Preguntó Tiberio.

—¡Ninguno, señor! Se estaba sacrificando por los pecados del mundo.

—¡Hum! Es una idea ingeniosa —opinó gravemente Tiberio, mientras sus ojos miraban el techo—. Todos los pecados. ¡Los pecados de todos!... Y, una vez cumplido esto, vuelve a la vida, y continúa. Pues, si él puede sacrificarse por los pecados del mundo entero, es presumible que sepa cuáles son y quiénes los han cometido... Personalidad cósmica. ¿Eh? Sabe todo lo del mundo entero ... ¿Eh? ¿Eres tan tonto como para creer eso?

—Yo creo... Majestad. —prosiguió cuidadosamente Marcelo, espaciando las palabras—... que este Jesús... puede hacer cualquier cosa que quiera... dónde sea... cuándo sea... y a quienquiera que le plazca.

—¿Incluyendo al emperador de Roma?

El tono de Tiberio recomendaba prudencia.

—Es concebible, Majestad, que Jesús pueda visitar al emperador, en cualquier momento; pero si lo hace, será seguramente para su bien. Vuestra Majestad quedaría por cierto grandemente confortado.

Hubo un largo y pensativo silencio antes que Tiberio pidiera más información sobre las extrañas apariciones y desapariciones.

—Completamente absurdo. Hacerse visible o invisible, a su placer. ¿Qué era de él mientras se volvía invisible? ¿Acaso se... se borraba?

—Las estrellas no se borran, señor —dijo Marcelo.

—A tu juicio, entonces, esa persona puede estar en este cuarto ahora, y ser nosotros incapaces de verla...

Pero Vuestra Majestad no tendría nada que temer, insistió firmemente Marcelo—. Jesús no tendría ningún interés en el trono del emperador.

—¡Vaya una manera de decir las cosas! —masculló Tiberio—, Ningún interés en el trono. ¿Eh? ¿Quién se cree que es ese individuo?

—¡Se cree que es el Hijo de Dios! —precisó Marcelo tranquilamente.

—¡Y tú! —Tiberio lo miró fijamente en los ojos—. ¿Qué crees?

—Creo, Majestad, que es un ser divino; que él reclamará finalmente el mundo entero para su reinado, y que ese reinado no tendrá fin.

—¡Loco! ¿Crees que él demolerá al Imperio Romano? —grito el anciano.

—No habrá ningún Imperio Romano cuando Jesús tome el mando. Los imperios se habrán destruido unos a otros... y ellos mismos. Él lo ha vaticinado... Cuando el mundo haya llegado a su completa extinción por guerras y esclavitudes, odios y traiciones, él establecerá su reinado, el de la buena voluntad.

—¡Tonterías! —chilló Tiberio—. ¡El mundo no puede ser gobernado con buena voluntad!

—¿Ha probado alguna vez Vuestra Majestad? —preguntó imprudentemente Marcelo.

—¡Por supuesto que no! ¡Estás loco! ¡Y eres muy joven para estar tan loco! —el emperador forzó una carcajada—. Nunca se han farfullado tantas ñoñerías en nuestra presencia. ¡Estamos rodeados por sabios ancianos tontos, que pasan sus días inventando cuentos raros; pero tú los has superado a todos!... ¡No queremos oír nada más de ese asunto!

—¿Puedo irme entonces, Majestad? —preguntó Marcelo, acercándose al borde de su silla.

El emperador extendió una mano para detenerlo.

—¿Has visto a la hija de Galo? —preguntó.

—Sí, Majestad.

—¿Sabes que ella te ama, y ha estado esperando estos dos años tu regreso?

—Sí, Majestad.

—Estuvo profundamente apenada cuando volviste a Roma el año pasado, y tuviste vergüenza de verla a causa de lo mal que estaba tu cabeza. Pero, esperanzada en tu curación, no ha tenido ojos para nadie más... ¡Y ahora, vuelves a ella corrompido por absurdas tonterías! Dime, tú, que estás tan cegado por la bondad y la buena voluntad. ¿qué piensa ahora Diana de ti? ¿Es que la has informado de lo mentecato que estás?

—No hemos hablado del galileo, Majestad —dijo tristemente Marcelo.

—La felicidad de esta jovencita puede que no signifique nada para ti... ¡pero lo es todo para nosotros! —El tono del emperador era casi tierno—. Ya es tiempo, pensamos, de que des algunos pasos para tratar con ella honestamente... ¡No se hablará más de esa locura!

Marcelo permaneció con los ojos sombríos, no dando ninguna respuesta cuando Tiberio se detuvo para escrutar su rostro.

—¡Ahora te ofrecemos una elección! —La voz del anciano era aguda por la ira—. Abandonarás toda esa charla sobre Jesús, y tomarás tu correspondiente lugar como tribuno romano e hijo de un honorable senador...; ¡o abandonarás a la hija de Galo! No con sentiremos su casamiento con un loco... ¿Qué dices?

—¿Vuestra Majestad me permite considerar? —preguntó Marcelo, con voz

temblorosa.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Tiberio.

—Hasta mañana a mediodía.

—¡Sea así, entonces! ¡Mañana al mediodía! Entretanto, no podrías fácilmente persuadirla de que se case contigo. Se arrepentiría de ello más tarde. Esta decisión no es para que la tome la hija de Galo. ¡Es completamente tuya, joven!... ¡Y así se hará! ... ¡Puedes irte!

Sorprendido por el repentino giro del asunto y la perentoria despedida, Marcelo se levantó lentamente, hizo una reverencia, y marchó hacia la puerta. El anciano lo detuvo con sequedad.

—¡Quédate! has hablado de todo menos del sayo embrujado. Oiremos eso antes que te vayas, Puede que no volvamos a verte.

Retornando a su sillón, Marcelo narró con gran lentitud su curación, debida a la vestidura, y contó también la maravillosa cura de Lidia. Habiéndose asegurado la atención del emperador, le relató otros hechos misteriosos acaecidos en Cafarnaúm y sus cercanías; habló también del anciano Natanael Bartolomé. Tiberio, con el interés de un anciano por la historia de otro anciano, demostró curiosidad sobre la tormenta del lago e hizo que contara todos los detalles. Cuando llegó a donde despertaron a Jesús en el apogeo de la tormenta, Tiberio se sentó. Cuando Jesús subió a la pequeña cubierta y apaciguó la tormenta como un hombre que acaricia un caballo asustado...

—¡Eso es mentira! —gritó el emperador, hundiéndose en sus almohadas. Y como Marcelo no le respondiera, el anciano rezongó—: ¡Bueno, prosigue! ¡Prosigue! Es una mentira... ¡pero una mentira nueva! ¡Diremos esto de ella! Muchos dioses saben cómo provocar una tormenta... ¡pero sólo éste sabe cómo detenerla!... A propósito, ¿qué se hizo de la túnica encantada?

—Todavía la tengo, señor.

—¿La tienes aquí, contigo? Desearíamos verla.

—Enviaré por ella, Majestad.

Se ordenó al chambelán que enviara por Demetrio, En unos cuantos minutos, apareció: alto, buen mozo, grave. Marcelo estaba orgulloso de él, aunque un poco temeroso también, porque era fácil ver que el emperador se había sentido instantáneamente interesado.

—¿Éste es el griego que ataca a los tribunos romanos con los puños? —rugió Tiberio—. No... ¡déjalo responder por sí mismo! —le advirtió a Marcelo, que había comenzado a balbucear una respuesta.

—Prefiero pelear con armas, Majestad —dijo serenamente Demetrio.

—¿Y cuál es tu arma favorita? —vociferó Tiberio—. ¿El espadón? ¿La daga?

—La verdad, Majestad —respondió Demetrio.

El emperador frunció el ceño, sonrió burlonamente y se volvió hacia Marcelo.

—¡Pero este individuo está tan loco como tú! —dijo arrastrando las palabras. Y luego a Demetrio—: Habíamos pensado retenerte aquí como uno de nuestros

guardaespaldas, pero... —Rió entre dientes—. ¡No es una mala idea! ¡La verdad! Nadie en esta isla sabe cómo usar tal arma. ¡Te quedarás!

La expresión de Demetrio no cambió. Tiberio hizo un gesto de asentimiento a Marcelo, el cual dijo:

—Vete y trae el sayo del galileo. —Demetrio saludó profundamente y salió.

—¿Qué clase de milagro crees que caerá sobre el emperador? —inquirió Tiberio, con una intimación de incisiva bravata.

—No sé. Majestad —contestó Marcelo gravemente.

—Tal vez crees que es mejor que no experimentemos con él.

Tiberio hacía gala de indiferencia, pero se aclaró la garganta roncamente antes de hablar.

—No presumiré de advertir a Vuestra Majestad —dijo Marcelo.

—Si estuvieras en nuestro lugar... —La voz de Tiberio temblaba.

—Titubearía.

—¡Eres un loco supersticioso! —rugió el emperador.

Demetrio entró nuevamente, con la túnica castaña doblada sobre su brazo. Los ojos deslumbrados de Tiberio se achicaron. Marcelo se levantó y, tomándola él la ofreció al anciano.

El emperador estiró una mano, haciendo el intento. Luego retrocediendo, la hundió bajo las ropas. Tragó ruidosamente.

—¡Llévala! —murmuró.

VEINTIUNO

MUCHOS de los romanos más distinguidos se hubieran exaltado de gozo y orgullo ante una invitación para desayunarse con el emperador, pero a Diana tal invitación la contrariaba.

Desde la tarde del día anterior había estado contando soñadoramente las horas que faltaban para la cita que había concertado con Marcelo. Estaba tan profundamente enamorada de él que nada más le importaba. Ahora, el feliz encuentro tenía que ser postergado, tal vez abandonado, si la prolongada entrevista realizada la noche anterior en la cámara real había resultado mal.

Hasta después de medianoche, Diana se había quedado moviendo sin interés la aguja sobre un molde bordado y escuchando cada paso que resonaba en los corredores, a la espera de un mensaje. Al fin se persuadió que Marcelo había pensado que era muy tarde para molestarla. Después de una noche inquieta, dio la bienvenida a la aurora. Permaneció en la ventana, impaciente, extática, esperando el momento en que, sin ningún cuidado de prudencia, pudiera deslizarse de la Villa de Jove y correr hacia su pérgola encantadora.

Luego llegó el mensaje del emperador. Ocultando a los sirvientes su desilusión, Diana se aprestó a obedecer la llamada. Mientras las esclavas revoloteaban a su alrededor, vistiéndola con alegres colores (lo cual generalmente alegraba el agrio humor del anciano), trataba de imaginarse qué podía haber ocurrido. Tal vez Tiberio había propuesto a Marcelo algún proyecto que prolongaría su prisión en aquella odiada isla...

Sabiendo cuán ansiosa estaba ella por abandonar a Capri, Marcelo tal vez habría tratado de declinar tal oferta. En ese caso se le pediría a Diana, que debía mucho al emperador, que pusiese en juego su influencia. Su intuición femenina le advertía que aquel desayuno con Tiberio habría de resultar muy desagradable.

Despachando a Acteón para informar a Marcelo que no podría cumplir su compromiso, Diana ensayó unas cuantas sonrisas alegres ante el espejo, y eligiendo resueltamente una de ellas, se marchó a la residencia imperial.

—¡Cuánta bondad tienes, Majestad! —exclamó—. Espero no haberte hecho esperar, ¿Tienes apetito?

—Hemos tomado nuestro desayuno —contestó malhumorado Tiberio —hace una hora—. Hundió la afilada y oscura uña del pulgar entre las costillas del chambelán, que estaba arreglando las almohadas—. ¡Sirve un vaso de jugo de naranja para la hija de Galo y luego vete! ¡Todos vosotros también!

—¿No te sientes muy bien acaso? —murmuró Diana.

—¡No trates de bromear conmigo, jovencita! —gruñó el anciano—. ¡Ya basta por ahora! —le gritó al chambelán—, ¡Deja dé haraganear y vete! ¡Y cierra la puerta!

—Desearía poder ayudar en algo —se compadeció Diana cuando quedaron solos.

—¡Bueno, tal vez puedas! ¡Por eso envié a buscarte!

—Haré cuanto pueda, Majestad —Diana tomó la enorme copa con ambas manos para disimular su temblor.

—Hemos tenido una larga conversación con tu simpático chiflado —Tiberio apoyó sus cansados huesos sobre el borde del gran lecho, y frunció el ceño ante los ojos ansiosos de Diana—. ¡Dices que el viejo Dodinio está loco! ¡Comparado con ese Marcelo, Dodinio es un rayo de luz!

—Lo siento —murmuró Diana—. Estuve con él una hora, ayer por la tarde, y habló razonablemente.

—Tal vez no discutisteis sobre la única cosa que lo saca de sus cabales... ¿Sabes que ha llegado a convencerse de que ese Jesús es un ser divino... y tiene intenciones de gobernar el mundo entero?

—¡Oh, no... por favor! —suplicó Diana, repentinamente alterada.

—¡Pregúntale! ¡No necesitas preguntarle nada! ¡Di solamente: «Jesús», y observa lo que le ocurre!

—Pero... naturalmente... —balbuceó Diana con sincera sorpresa—. Marcelo desearía contarte, Majestad, todo lo referente a ese pobre judío muerto, en vista de que para ello fue enviado al extranjero.

—Pobre judío muerto. ¡Ciertamente! —chilló Tiberio. ¡Ese galileo resucitó! ¡Anduvo por la comarca! ¡Caminó, conversó y comió con la gente! ¡Ellos creen que todavía está por ahí, listo para mostrarse en cualquier parte!

—Tal vez no lo mataron —sugirió Diana.

—¡Claro está que lo mataron! —gruñó Tiberio entre dientes.

—¿Y Marcelo cree que resucitó? ¿Lo vio acaso?

—No, pero lo cree. Y piensa que ese Jesús es un dios que tomará el mando del mundo y lo regirá sin ejércitos.

Diana se echó hacia atrás e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Creí que estaba completamente curado —dijo con desaliento—. Esto suena como si estuviera peor que nunca... ¿Qué podemos hacer?

—Bueno, si hay algo que hacer debes cumplirlo tú misma. ¿Podemos recordarte que nuestro interés en este joven y loco tribuno se debe solamente a ti? Por ti lo trajimos de aquel fuerte de Minoa. Por ti, nuevamente, le encomendamos una misión fuera del país para darle tiempo a que curara su mente. Vemos ahora que lo hemos enviado a un lugar equivocado; pero es demasiado tarde para enmendar el error... Él sabe que está muy obligado hacia ti. Además, te ama. Tal vez puedas convencerlo de que abandone su interés por ese galileo —el anciano hizo una pausa, movió la cabeza lentamente y añadió—: Dudamos de que puedas hacer algo... Mira, chiquilla: ¡él realmente cree en eso!

—Entonces, ¿por qué no dejarlo que crea? —insistió Diana—. Yo lo amo y no me importa que crea eso. ¡O cualquier otra cosa! No me molestará con su loca idea si le digo que no tengo interés en ella.

—¡Ah! ¡Pero hay algo más que eso, joven! —declaró Tiberio duramente—. No es

como si Marcelo, como si un viajero indiferente, se hubiera enterado en Galilea de esa historia y hubiera llegado o convencerse de que es real. En ese caso él podría considerarlo como una de las siete maravillas, y dejarlo como tal. Pero como están las cosas, probablemente se considere obligado a hacer algo por eso. ¡Él crucificó a ese Jesús! ¡Tiene, pues, una deuda que pagar! ¡Es una deuda mayor, Y con mucho, que la que tiene contigo!

—¿Dijo él eso, Majestad? —preguntó Diana profundamente herida.

—No, él no dijo eso. Pero tu Marcelo, por desdicha, es un joven de fuerte voluntad y recia integridad. Esto va a causarle muchos inconvenientes, y a ti también, suponemos. Se sentirá obligado a tomar parte en el movimiento de Jesús.

—¿Movimiento? —repitió Diana asombrada.

—Nada menos. Y que trae en sí las semillas de la revolución. Ya, por todas nuestras provincias palestinas, cientos de hombres pregonan que ese Jesús es Cristo, «el ungido», y se llaman a sí mismos cristianos. La cosa avanzó rápidamente desde la Macedonia; arriba, hasta la Mesopotamia; abajo, avanza silenciosamente, pero ganando fuerza.

Diana escuchaba con los ojos ensanchados por la incredulidad.

—¿Quieres decir, que ellos podrían tratar de derrocar el imperio?

—No por la fuerza. Si algún individuo audaz subiera a un carro y gritara a ese pueblo cautivo que se alce en armas contra sus amos, sabría que no podría abrigar esperanzas. Pero, he aquí que llega un hombre sin ejército, que no desea un ejército, que no tiene aspiraciones políticas, que no desea un trono, que no tiene cargos para distribuir, que nunca peleó en una batalla, que nunca poseyó una espada, que no tiene una sola cosa que lo señale como dirigente, excepto... —Tiberio bajó la voz hasta tornarla un murmullo gutural—... . excepto que sabe cómo hacer ver a los ciegos y caminar a los inválidos; y que habiendo sido muerto por originar tanta excitación, retorna de la muerte diciendo: «¡Seguidme y os libentaré!». Bueno. ¿Por qué no habrían de seguirlo, si creen en todo eso? —El anciano rió entre dientes, con cierta melancolía—. Existe más de una clase de coraje, chiquilla —dijo como para sí mismo—, y la más potente de todas es la temeraria bravura de la gente que no tiene nada que ¡perder.

—¿Y crees que Marcelo es uno de esos cristianos? —inquirió Diana.

—¡Desde luego que lo es! ¡No cabe duda al respecto! ¡Tuvo la audacia de decirnos, en nuestra cara, que el imperio Romano está acabado!

—¡Pero, qué cosa horrible dijo! —exclamó Diana.

—Bueno, por lo menos es una cosa peligrosa —murmuró Tiberio— si él está tan loco como para hablar sin consideración en presencia del emperador, no es probable que sea prudente en sus opiniones con otras personas.

—¡Podría ser juzgado por traición!

—Sí, pero a él no le importaría... Éste es el inconveniente de la nueva idea del galileo: ¡la gente que cree en ella está completamente poseída! Ese Jesús fue juzgado

por traición, convicto y crucificado. Pero se despertó de la muerte, y cuidará de todos los que den sus vidas por seguirle. No tienen ningún temor. Ahora bien, si hechas a andar una cosa así, ¡ya no habrá fin para ella!

—Pero, ¿qué puede ganar Marcelo pronosticando la caída del Imperio? —preguntó Diana—. Eso es completamente absurdo, creo yo.

—¿Has pensado que el imperio Romano podría durar eternamente? —gruñó Tiberio.

—Nunca he pensado mucho en ello —admitió la joven.

—No, probablemente no —murmuró evasivamente el anciano. Permaneció un rato mirando fijamente el techo abovedado—. Sería interesante —prosiguió para sí mismo—, sería interesante observar el desarrollo de esta cosa extraña. Si continúa de la manera que parece estar yendo ahora, nada podrá detenerla. Pero no seguirá de ese modo. Se acabará después de un tiempo. Tan pronto como se halle en una posición fuerte. Tan pronto como tengan la fuerza necesaria para dictar condiciones. Entonces empezará la contienda por los cargos y se echará a perder, y se volverá ebria de poder y territorio. El cristianismo a pie es un individuo formidable... pero... cuando se vuelva suficientemente próspero como para guiar un caballo —Tiberio rompió repentinamente en una sorprendente carcajada—. ¡Je! ¡Je! ¡Je!... ¡Cuando consiga mi caballo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!... ¡Un cristiano sobre el lomo de un caballo será exactamente igual que cualquier otro hombre sobre el lomo de un caballo! ¡Este ejército de Jesús tendrá que viajar a pie... si espera llevar a cabo alguna cosa!

Los ojos de Diana se agrandaban mientras escuchaba, con una mezcla de piedad y asco, la charla del viejo emperador loco. Había conversado razonablemente durante un rato, Ahora desvariaba otra vez. Ella sabía por experiencia que su formidable alegría se trocaría de pronto en una explosión de ira irrazonable. Se movió hasta el borde de su sillón, como para inquirir si podía retirarse ya. El anciano le indicó que se quedara.

—Tu Marcelo tiene otra audiencia con nosotros al mediodía —dijo gravemente—. Le hemos dicho que no tenemos ninguna intención de permitirle enloquecerte casándote con un hombre que tenga algo que ver con ese peligroso asunto de Jesús. Si él persiste seriamente en eso, y no dudamos, que lo intentará, perderá sus amigos... y también su vida. Dejémosle hacer eso si le place... ¡pero no te arrastrará con él! Le hemos dicho que debe elegir. Le hemos dicho que si no abandona el partido cristiano inmediatamente, te daremos en matrimonio a Cayo.

—¡Oh... por favor... no! —imploró Diana.

—Admitimos —Tiberio rió entre dientes— que Cayo tiene sus pequeñas faltas. ¡Pero puede hacer de ti una princesa! Te puede parecer que no es una alianza ideal, ¡pero serás más feliz como princesa que como esposa de un hombre loco que ama a un fantasma!

—¿Qué dijo él —murmuró Diana— cuando le dijiste que me darías a Cayo?

—Deseaba esperar hasta mediodía de hoy, para considerar el asunto. —El anciano

se levantó sobre sus codos para observar el efecto de su chocante anuncio. Su sonrisa burlona se apagó al ver cuán penosamente la joven había sido herida.

—Necesitaba tiempo para considerar —reflexionó abatida—, para considerar... ¡si había de dejarme entregar... a Cayo!

—Sí. ¡Y nuestra opinión es que dejará que ello ocurra! ¡A pesar de su amor por ti, chiquilla, él no renunciara a su Jesús! —Tiberio estiró un largo dedo huesudo directamente hacía la cara de la joven—, ¡Esto es lo que queremos hacerte ver cuando te decimos que este movimiento cristiano no es ninguna cosa sin importancia! ¡Los hombres que creen en él le sacrificarán todo! En cuanto a Marcelo, nada más le importa. ¡Ni siquiera tú!

—Entonces, tal vez no exista ninguna razón para que converse con él —dijo Diana ya sin aliento—. Sólo serviría para herirnos a ambos...

—¡Oh, no! Vale la pena probarlo. Le pedimos no hablarte hasta que hubiese llegado a una decisión; pero le enviaremos un mensaje diciéndole que está desligado de su promesa... Tal vez puedas ayudarle a decidir.

Diana se levantó y marchó hacia la puerta.

—Es mejor que trates con él de nuestra amenaza de darte a Cayo —gritó el anciano—. Huelga decir que tú nada sabes de eso.

* * * * *

Se sentaron muy juntos sobre el banco de mármol, en la oculta pérgola, mirando fija y silenciosamente el sereno mar de verano. Ya faltaba menos de media hora para el mediodía y Marcelo tendría que irse; la cita urgente era con un anciano, y los ancianos, cualesquiera sean sus defectos, tienen en cuenta la puntualidad.

Parecía que todo se había dicho ya. Diana, exhausta por la emoción, tenía abandonada su cabeza sobre el hombro de Marcelo. A veces, un sollozo involuntario interrumpía su respiración, pero el brazo de él la estrechaba protector.

Cuando se habían encontrado allí, hacía tres horas, Diana pensaba que tenía razones para esperar que su mutuo amor resolviera el problema. Marcelo, fuerte, pero tierno, había demostrado tal profundidad en su cariño que nada podía apartarlos ya. ¡Nada! Diana estaba embelesada. ¡No habría ahora ninguna dificultad para ellos! Mientras se tuviesen el uno al otro, ¡que el mundo hiciera lo que quisiese! ¡Que el Imperio subsista o caiga, no importa! ¡Que Jesús vaya eternamente haciendo bien y rigiendo a los hombres de buena voluntad, o que perezca por ello, y el mundo siga luchando y extenuándose, no importa!; se poseían el uno al otro, ¡y nada podría separarlos! Ella levantaba su rostro ansiosamente para recibir sus besos. Él sentía palpar fuertemente su corazón. ¡Eran una cosa sola!

—¡Ven ahora! —había susurrado Diana sin aliento—. Sentémonos... y hagamos algunos planes.

Se sentaron, muy juntos, y muy conscientes cada cual del otro, hasta que Diana se

apartó un poco y movió la cabeza. Sus ojos estaban radiantes, pero sus labios trataban de mantenerse firmes.

—Por favor, ¡Marcelo! —murmuró débilmente—, ¡Háblame! Decidamos lo que vamos a decirle al emperador. Desea que yo sea feliz y sabe que te amo. ¿Por qué no pedirle que te dé algún cargo en Roma?

—Pero él espera que tú vivas aquí —le recordó Marcelo.

—Tal vez podamos hablarle sin que se mencione este asunto —dijo Diana esperanzada—. Mi villa no está terminada. Enfermo como se encuentra Tiberio sabe que no podrá supervisarla... Creo que eso le preocupa. Podría alegrarse de no tener que ocuparse de ella. Digámosle que deseamos volver a Roma, al menos por un tiempo, y visitar a nuestra gente y casarnos... ¡Tal vez consienta!

—Podría ser —admitió Marcelo como abstraído—. Nada se sabe sobre lo que el emperador pensará.

—Y entonces —prosiguió Diana con entusiasmo infantil—, ¡podrías hacer todas las cosas que te gustaban, renovar tus viejas amistades, ir al círculo de los tribunos!...

Marcelo frunció el ceño, sombríamente.

—Bueno. ¿Qué ocurre con el círculo de los tribunos? —inquirió Diana—. Acostumbrabas pasar allí la mitad de tu tiempo... entre el gimnasio y los baños.

Marcelo se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y miró fija y tristemente sus dedos entrelazados.

—Eso fue antes de que supiera lo que había costado erigir esa imponente casa de mármol —dijo serena pero sombríamente.

—¡Oh, querido! ¿Por qué no terminas de sufrir por cosas que no puedes remediar? —imploró Diana—, Te apena que ese mármol haya sido acarreado por esclavos. Bueno, también lo fue este mármol, sobre el que estamos sentados ahora, y el de tu villa. Coincidimos en que está muy malo que haya esclavos; pero ¿qué puedes hacer por ello, tú solo?

Marcelo exhaló un profundo suspiro y movió la cabeza. Luego, súbitamente erguido, la enfrentó muy alterado, con ojos iluminados.

—¡Diana, estoy ardiendo por contarte una historia sobre un hombre, sobre un hombre notable!

—Si es el hombre a quien yo pienso que quieres referirte —el rostro de Diana había perdido su animación— ¡realmente prefiero que no lo hagas! Ya te ha causado muchas desdichas y creo que es tiempo de que no pienses más en él... No me parece que haya sido bueno para ti.

—¡Muy bien! —accedió Marcelo, apagándose la sonrisa de sus ojos—. Como quieras —y quedó en silencio.

Impetuosamente, Diana se acercó a él, arrepentida.

—¡No debía haber dicho eso! —susurró—. ¡Cuéntame todo!

Marcelo estaba bien preparado para esta oportunidad. Había pensado mucho sobre lo que diría cuando llegara el momento de hablarle a Diana sobre Jesús. No

sería fácil, por supuesto, hacerle comprender. Ella, con todos sus instintos, estaría en contra. Tendría profundos prejuicios contra el relato maravilloso. Marcelo había planeado cuidadosamente las palabras que le diría, en las cuales debería presentar a Jesús como a un divino libertador de los oprimidos del mundo. Pero ahora, mientras Diana cálida y suavemente se apretaba contra él, decidió abandonar este aspecto superior y tratar más simplemente la historia. Comenzó hablándole de Jonatán y el burrito.

—¡Vaya una cosa completamente cruel para hacerle a ese chiquito! —exclamó ella al oír la parte en que obsequió apenado el asno a Tomás.

—Fue una prueba severa —admitió Marcelo—, pero convirtió a Jonatán en un hombrecito.

—¿Y por qué querían hacer del pequeño un hombrecito? —preguntó Diana, evidenciando con ello que, si estaba obligada a escuchar la historia de este galilea, se reservaba el derecho de hacer comentarios y preguntas—. Yo hubiera pensado —prosiguió cándidamente— que Jonatán habría sido siempre mucho más atrayente como un muchachito.

Comprendiendo que el término «hombrecito» no había sido atinado, Marcelo pensó que debería contarle lo que pensaban las criaturas respecto de Jesús; cómo, de acuerdo con Justo, formaban un enjambre alrededor de él, en su tienda de carpintero; cómo, cuando Jesús se iba a su casa, al atardecer, una multitud de pequeños lo acompañaban. Y de perros también.

—Bien, ¡me alegro por los perros! —dijo Diana arrastrando las palabras—. Por lo que he oído de su bondad, habría pensado que los perros se sentirían un poco molestos en su compañía.

Instantáneamente, se dio cuenta de que esta impertinencia lo había herido. Marcelo, en efecto, quedó como si lo hubieran abofeteado.

—¡Su bondad no era negativa, Diana! ¡Y no era blanda ni débil! —declaró con firmeza—. ¿Puedo modificar la idea que tienes sobre él?

—Hazlo, ¡por favor! —murmuró la joven abstraída. Cuidadosamente volvió a anudar el pesado cordón de seda al cuello de su túnica, y sonrió ante sus ojos serenos; mientras con los labios le hacía una atrayente invitación.

Marcelo le dio una palmadita en la mejilla. Ella suspiró y volvió a reclinarsse sobre su brazo. Entonces él le contó todo el caso de Miriam; la fiesta de la boda... y la voz de Miriam.

—¿Y nunca había podido cantar antes?

—No, nunca sintió antes deseos de cantar.

—¿Y conversaste con ella? ¿Oíste su canto? Creo que gustaste de ella. ¿Era bonita?

—¡Mucho!

—¿Judía?

—Sí.

—Son muy lindas a veces —admitió Diana—. ¡Lástima que fuera inválida!

—No le importaba ser lisiada... ¡El otro don era tan importante!

—¿Por qué Jesús no la hizo andar?

—Parece como si creyeras que podía hacerlo —comentó Marcelo alentado.

—Bueno —replicó Diana a la defensiva—, tú crees que él podía. ¿No es así?...

Yo me guío por tus palabras.

—Miriam piensa que puede hacer mucho más a los infortunados de su pueblo si ella, también, tiene un defecto físico.

—Y puede cantar, a pesar de su pena —interrumpió conmovida Diana—. Debe ser una persona maravillosa.

—No era una persona maravillosa —dijo Marcelo— hasta que le ocurrió este hecho extraordinario.

—¿Estaba enamorada de Jesús?

—Bueno... Sí, todos lo estaban.

—Tú sabes lo que quiero decir...

—No, no creo que lo estuviera en ese sentido.

Diana pensativa frotó su mejilla contra la manga de Marcelo.

—¿Amaba Jesús a alguien? —murmuró.

—¡A todos!

—Tal vez él pensaba que era un error amar solamente a una persona... sobre todas las demás.

—Yo creo que hubiera sido un error para él, Diana. Jesús no era una persona vulgar. Tenía poderes no comunes, y sentía que su vida pertenecía totalmente al pueblo.

—¿Qué otras cosas hizo? —La curiosidad de Diana parecía ser más seria—. Tenemos ya lo del pie del pequeño Jonatán, y la voz de Miriam...

—Debo contarte lo ocurrido con Lidia.

Pero antes de comenzar con la historia de la curación de Lidia gracias al manto, Marcelo pensó que debía pasar vista a sus propias experiencias con él. Diana se indignó cuando él evocó aquella trágica noche en el Pretorio de Jerusalén, en que Paulo lo había forzado a ponerse el manto del galileo.

—¡Este pobre Jesús ya había sufrido bastante! —exclamó—. ¡No tenían derecho a hacer burla de sus vestiduras! ¡Y había sido tan valiente... sin haber cometido ninguna mala acción!

Conmovido por su compasión, Marcelo se lanzó de lleno a narrarle cómo una tarde en Atenas, desesperado por su condición mental, había decidido suicidarse.

—¡Puedes hallar difícil de comprender, querida, que una persona llegue a la decisión de quitarse la propia vida!

—¡Oh, no! —Diana negó con un movimiento de cabeza—. ¡Puedo muy bien comprenderlo. Marcelo! Yo podría llegar fácilmente a esa decisión... en ciertas circunstancias.

—Es un asunto triste... el suicidio —murmuró él.

—Tal vez por eso puedo comprenderlo. Conozco muy bien la tristeza...

Marcelo prosiguió relatándole cómo se encontró ante la túnica y el efecto peculiar que tuvo sobre él. Diana levantó la vista y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No es posible explicarlo —continuó él—. Apreté el sayo entre mis manos... y «él» curó mi mente.

—Quizá fue porque tú sabías que había pertenecido a otro hombre melancólico —sugirió Diana.

—Muy extraña —precisó Marcelo— fue la sensación que experimenté cuando tuve la vestidura en mis brazos. Algo como una rara amistad, una nueva, vigorizante amistad, había llegado a liberarme. Mi penosa tensión se había relajado. ¡La vida merecía de nuevo la pena de ser vivida! —Estudiando gravemente los suaves ojos de ella, agregó—: Me pregunto si crees lo que estoy diciendo.

—Sí, querido...; ¡lo creo! Y, considerando tu anterior experiencia con este manto, no estoy muy sorprendida. —Guardó silencio un momento y luego exclamó—: Háblame de Lidia.

Fue una historia muy larga, con muchas digresiones imprevistas. Diana opinó que sin duda, su paso entre aquel enorme gentío de extraños que llenaban las calles había significado para Lidia una agonía. Y ello indujo a Marcelo a hacer una larga interrupción para describir esas multitudes; le contó cómo la gente pobre había dejado caer las hoces en el campo y abandonado sus telares, caminando días y días, durmiendo en el suelo, pasando hambre y con los pies llagados... tan sólo para permanecer cerca de Jesús.

Diana escuchaba con gran atención —los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos— mientras la historia del galileo continuaba y seguía hasta su fin.

—¿Y tú crees en verdad que él está vivo... ahora? —preguntó ella seriamente.

Marcelo asintió con un movimiento de cabeza, y después de un momento prosiguió con el relato de sus apariciones.

—¿Realmente crees que Stéfanos lo vio? —insistió Diana con cierto temor.

—¿Encuentras eso tan difícil de creer, querida, después de las! otras cosas que te he contado?

—Quiero creer lo que tú crees, ¡Marcelo!

Él la atrajo agradecido a sus brazos y la besó.

—¡Para mí significa mucho, amada mía, haber compartido esta historia contigo! —dijo tiernamente—. Sabiendo cómo piensas tú sobre lo sobrenatural, difícilmente hubiera esperado que fueras tan comprensiva.

—Bueno, esto ya es otra cosa —Diana súbitamente se desprendió del abrazo y se irguió enfrentándolo—. Lo que yo temía era que hubiera afectado en algún modo tu vida, y también la mía... Es una historia bella, Marcelo, un hermoso misterio. Dejémoslo permanecer así. No necesitamos entenderlo. Y nada tenemos que hacer con él. ¿No es así? Hagamos un plan para el futuro, el uno para el otro... como si esto

no hubiese ocurrido.

Esperó largo rato su respuesta. El rostro de Marcelo demostraba indecisión, y sus ojos estaban fijos en el lejano horizonte. Los delicados dedos de Diana trazaron una ligera huella sobre la palma de la mano de él.

—¡Pero ha hondamente afectado mi vida, querida! —observo Marcelo firmemente—. ¡Yo no puedo continuar como si nada hubiera ocurrido!

—¿Qué has pensado hacer? —La voz de Diana era muy débil.

—No lo sé... todavía —respondió él, casi para sí mismo—. Pero sé que tengo un deber que cumplir. No es aún claro... qué debo hacer. Pero no podría volver a vivir como antes... aunque me lo propusiera. ¡No podría!

A continuación, con una sinceridad tan profunda que entrecortó a Diana la respiración, Marcelo expresó sus convicciones sobre aquel hecho extraño que había pasado. No se trataba tan sólo de un fenómeno pasajero que había seducido a los campesinos de la pequeña Galilea. ¡Era nada menos que un acontecimiento de los que conmueven al mundo! Por cientos de años, la gente común de la tierra entera había vivido sin la esperanza de nada mejor que el trabajo penoso, la esclavitud y la miseria. Siempre los rapaces gobernantes de algún imperio estaban asesinando y robando a los más débiles.

—¡Fíjate en nuestra historia! —exclamó con creciente indignación—. ¡El imperio romano ha esclavizado a la mitad de la población del mundo! ¡Y hemos creído que era una hazaña dominar a esos pequeños estados indefensos! ¡Fíjate en las heroicas esculturas y placas de bronce dedicadas a emperadores y príncipes, patricios y prefectos, legados y tribunos, que han matado miles de seres cuyo único delito fue su incapacidad para protegerse a sí mismos y a sus tierras! ¡Eso, creemos, da gran renombre al Imperio; son hechos gloriosos! «Canto a los hombres y a las armas», dice el viejo Publio Virgilio. Parece una valentía, ¿no, Diana querida? —prosiguió gravemente—. Mientras estaba en el barco que me traía de vuelta, pensaba en los esplendores romanos, los monumentos, el Foro, los palacios de mármol; y entonces recordé que todas esas cosas bellas e imponentes habían sido robadas a otros pueblos de mayor talento que el nuestro. ¡O edificadas con dinero sacado al andrajoso y al hambriento! ¡Y aborrecí todas estas cosas! ¡Y aborrecí lo que habíamos llamado Heroísmo!

—Pero tú no puedes remediar nada, Marcelo —protestó Diana débilmente.

La tormenta de Marcelo había descendido a un murmullo. Con ironía más amarga, observó roncamente: —¡Vieja Roma invencible, que vives en la molicie y el lujo, pagado por los pueblos de Aquitania, Anglia, Hispania, Galia, Capadocia, Grecia, Ponto, Tracia... donde los pequeños lloran de hambre! ¡Ah, sí... nuestros valientes mirarán con desprecio, sin duda, al desarmado Jesús! ¡Lo tildarán de débil, porque la única sangre que alguna vez derramó fue la suya propia! ¡Pero llegará el tiempo, amada mía, en que este Jesús triunfará!

—Y... entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Diana con un suspiro penoso.

—¡Por el momento, sólo estoy seguro de lo que no voy a hacer! —declaró Marcelo apasionadamente—. ¡No volveré a descansar en el círculo de tribuneros, pretendiendo haber olvidado que conocí a un hombre que puede salvar el mundo! ¡He terminado con ésa iniquidad! ¡Estoy libre de esa vergüenza!

—Pero... ¿quieres decir que vas a apartarte de los viejos amigos... y... andar por ahí con esos pobres esclavos? —Diana preguntaba con ansia manifiesta.

—Los pobres esclavos somos nosotros, ¡querida! —lamentó Marcelo—, ¡Esos harapientos, los que siguen al divino galileo, están en camino de su libertad!

—¿Quieres decir que se unirán... y se rebelarán?

—Aún llevan cadenas en sus muñecas, Diana, ¡pero no en sus almas!

—¡No pensarás sin duda unirme a ellos! —Las mejillas de Diana estaban pálidas.

—¡Me he unido a ellos! —exclamó Marcelo.

Levantándose impetuosamente la joven se desató en un sorprendente arranque de desesperada amargura.

—¡Entonces puedes hacerme a un lado! —gritó. Ocultando el rostro entre las manos, y llorando inconsolablemente, prosiguió, en forma casi incoherente—: Si vas a arruinarte... ya ser un paria... y a ponerte en ridículo ante todos... eso te incumbe a ti... pero... yo...

Tan impulsivamente como se había apartado de él se dejó caer abatida sobre el banco, y echándole los brazos al cuello le apretó con fuerza.

—¡Estás soñando, Marcelo! —sollozó—. ¡Estás haciendo un mundo nuevo con gentes y cosas que no existen! ¡Y tú lo sabes! Si los hombres pudieran cesar de luchar... si los hombres vivieran como Jesús lo desea... si los hombres fuesen honestos y agradecidos... ¡entonces habría un nuevo mundo! ¡No matarían a nadie! ¡Las criaturas todas tendrían pan suficiente para comer! Sí... pero los hombres no están hechos de esa manera. Quizá llegue un día en que las personas no se hieran unas a otros... y las hierbas dejen de crecer... y los leones de morder... ¡pero eso no sucederá en nuestro tiempo! ¿Por qué amargar nuestra existencia? ¿Por qué no aceptar las cosas como son? ¿Por qué ofrendar inútilmente tu vida? —Diana apretó fuertemente su rostro húmedo contra el hombro de él—. ¡Marcelo! —sollozó lastimosamente—. ¿No te das cuenta de que estás destrozando mi corazón? ¿No te importa acaso?

—¡Mi amada! —contestó el tribuno con voz emocionada—. Me importan tanto, que preferiría morir antes que verte triste... No estoy eligiendo lo que voy a hacer. ¡No tengo derecho a elegir!

Parecía que no quedaba ya nada por decir. Era casi mediodía. Diana levantó su cabeza y miró el reloj de sol. Los ojos enrojecidos por el llanto, y tenía los graciosos rizados de su frente húmedos, Marcelo al verla así, se mostró muy apenado. Ella lo advirtió y sonrió.

—¡Debo estar horrible! —dijo suspirando.

Marcelo la besó en los ojos.

—No debes hacerle esperar —murmuró ella débilmente—. Vuelve a mí por la tarde... tan pronto como puedas... ¡y cuéntame! Marcelo la atrajo hacia sí. Los labios de Diana temblaron cuando la besó.

—Nuestra felicidad era muy dulce para que perdurara, ¡Marcelo! Ahora vete, ¡querido! Trataré de comprender... Sé que esto ha sido tan duro para ti como para mí. ¡Siempre te amaré! —su voz se trocó en un susurro—. Espero que tu Jesús cuide de ti.

—¿Crees, Diana, todo lo que conté? —preguntó Marcelo firme y cariñosamente.

—Sí, querido... ¡lo creo!

—Entonces... ¡estoy seguro que cuidará también de ti!

* * * * *

El chambelán estaba esperando en el atrio y lo condujo directamente al departamento imperial. Abriendo la puerta, se hizo a un lado deferentemente, y cuando Marcelo hubo penetrado, la cerró detrás de él sin hacer ruido.

Tiberio, acomodado entre sus almohadas, lo observó con mirada penetrante; hizo un mal gesto mientras Marcelo cruzaba el cuarto para acercarse a la maciza cama.

Luego de una profunda reverencia permaneció firme, esperando la palabra del emperador. Durante largo rato el anciano le miró fijamente, estudiando en silencio aquel rostro grave e impenetrable.

—Es fácil ver —dijo serenamente— que has decidido compartí! tu suerte con ese Jesús... Estábamos seguros de que seguirías tal camino.

Marcelo inclinó la cabeza, pero no formuló respuesta alguna, Hubo otro silencio prolongado y embarazoso.

—Eso es todo, entonces —masculló Tiberio—. ¡Puedes irte!

Marcelo vaciló por un momento.

—¡Vete! —exclamó el emperador—. ¡Estás loco! —la chillona voz del anciano creció hasta convertirse en un chillido—, ¡Estás loco!

Atónito y enmudecido frente a la clamorosa ira del anciano Marcelo retrocedió indeciso hasta la puerta, que había sido abierta.

—¡Eres un loco! —gritó Tiberio—. ¡Morirás por tu locura! —la voz cascada se trocó en un ronco rugido—: *¡Eres un valiente, un loco valiente!*

* * * * *

Anonadado por el encuentro, Marcelo avanzó con lentitud e indecisión a través del atrio, cuando el chambelán, inclinándose obsequiosamente, le señaló el alto peristilo abovedado.

—Si estás preparado, señor —dijo—, la silla espera para llevarte hasta la rada. Tu equipaje te ha precedido y se encuentra en la barca.

—¡No estoy presto para irme! —declaró Marcelo irritado—. Tengo otra cita aquí,

antes de partir.

El chambelán sonrió fríamente y negó con un movimiento de cabeza.

—Es una orden del César, señor. Tienes que irte inmediatamente.

—¿No puedo cambiar unas palabras con mi esclavo? —protestó Marcelo—. ¿Dónde está?

—Tu griego, señor, está confinado provisoriamente. Se opuso con tal violencia al ver que empacaban tus efectos y se los llevaban, que fue necesario contenerlo.

—¿Luchó?

—Uno de los nubios, señor, tardó en recuperar el conocimiento. Tu esclavo es rudo, muy rudo. Pero los nubios le enseñarán mejores maneras.

El chambelán se inclinó nuevamente, con exagerada deferencia, y señaló la lujosa silla. Cuatro robustos tracios permanecían atentos detrás de ella, esperando al pasajero. Marcelo vaciló. Un grupo de guardias de palacio formó fila a su lado, silenciosamente.

—Adiós, ¡señor! —dijo ceremonioso el chambelán—. ¡Que tengas un viaje agradable!

VEINTIDÓS

AL parecer, había circulado por la espaciosa cubierta la noticia de que tan pronto llegara el pasajero retrasado partiría la barca, pues demostraron mucho interés cuando la silla se detuvo al lado de la planchada. Había mucho disgusto también, especialmente en los rostros patricios de un grupo de senadores, que no estaban acostumbrados a esperar por la conveniencia de un tribuno retrasado.

La hermosa barca salió tranquilamente de la rada, y los pasajeros, una veintena o más, se acomodaron en lujosos asientos agrupados bajo su colorido toldo. Una brisa ligera y desganada soplaba en el golfo azul. Las dos filas de largos remos se sumergían rítmica, graciosamente, al golpe metálico de los martillos de los contramaestres. ¡Click, clack! Una vela carmesí subió lentamente al mástil de proa y, después de unas indecisas ondulaciones, resolvió ayudar a los esclavos remeros.

Marcelo encontró un lugar bastante apartado de los demás, y tristemente observó las distantes radas de Puzzoli, en tierra firme. Después de un rato, una docena de esclavos nubios, bruñidos y casi desnudos, llegaron trayendo bandejas de plata en lo alto de sus oscuras cabezas afeitadas y distribuyeron manjares entre los pasajeros. Ese mediodía la hospitalidad del emperador era generosa, Marcelo no tenía apetito.

La «Augusta», a la velocidad que llevaba, podría llegar a Roma al atardecer del tercer día de viaje. Por primera vez en su vida, Marcelo no sentía deseos de volver al hogar. Habría un sinfín de explicaciones que dar. Su padre quedaría desilusionado, herido, exasperado; su madre rompería a llorar; Lucia trataría de comprender pero sólo sentiría lástima. Intentó imaginarse una conversación con Tulio. Habían sido muy íntimos confidentes. ¿De qué podrían hablar y en qué estarían de acuerdo ahora? Tulio podría preguntar algo cautelosamente, sobre qué había estado haciendo durante esos dos años. ¿Había alguna respuesta a tal pregunta?

A medida que transcurría la tarde, el desgano de Marcelo por retornar a Roma se estaba cristalizando en una definitiva decisión, y comenzó a considerar las alternativas. Al ponerse el sol, fue paseando lentamente hasta las habitaciones del capitán y le preguntó indiferentemente si la «Augusta» tocaba algunos de los puertos de la costa antes de llegar a Ostia; le advirtieron que no habría ninguna escala, ni siquiera en Ostia.

Tuvo hambre a la hora de la cena. Una ligera brisa se había levantado al llegar la noche, y la cubierta estaba solitaria. Marcelo fue a su camarote, abrió su gran valija y sacó la túnica del galileo, doblándola tan compactamente como le fue posible. Envolviéndola alrededor de su bolso de cuero, la aseguró con una correa. El bolso era pesado.

La tarde que había dejado el hogar, su padre había enviado a Marcipor a la galera con un regalo de despedida. Distráido. Marcelo no lo había abierto hasta que él y Demetrio se hallaron a bordo del «Cleo». Quedó pasmado. Como si quisiera disculparse por su actitud, el senador lo había provisto con una respetable suma de

dinero. Todas eran piezas de oro de gran valor. Marcelo se había sentido conmovido por la generosidad de su padre, y también apenado, pues era casi como si el senador hubiese dicho que su hijo era libre de elegir su propio camino.

Quitándose la toga, Marcelo la enrolló y acomodó en la valija para reemplazar a la túnica. Luego, atada nuevamente la valija, se tendió en su lecho a esperar que pasara el tiempo. La mayor parte de sus pensamientos los dedicó a Diana y a su pérdida. Ocasionalmente miraba el reloj de arena de la mesita de luz. Cuatro veces lo dio vuelta. Si su cálculo era correcto, la «Augusta» bordearía el promontorio de Capua hacia medianoche.

Había un solo centinela patrullando la cubierta, mientras Marcelo caminaba, al parecer su objeto, hacia la popa, con su lío prendido por dentro al pesado cinturón de la túnica. El centinela le prestó muy poca atención mientras permanecía en la borda. Sin duda el inquieto pasajero había salido para contemplar las estrellas. Quizá recibiera una propina si le ofrecía algún servicio.

Una luz guiñó en la oscuridad a una milla de distancia.

—Es el faro de Capua, señor —advirtió el centinela.

—Sí —dijo Marcelo indiferentemente.

—¿Le traigo una silla, señor?

—Sí.

El agua no estaba desagradablemente fría. Marcelo se había dejado caer de pie, sin zambullirse. Pasó un tiempo conveniente antes que el centinela diera la voz de alarma. Evidentemente había estado muy ocupado buscando una silla confortable para el tribuno. Ahora se oían otros gritos. El contramaestre dejó de golpear sobre su yunque. La «Augusta» no podía estar a más de dos estadios de distancia, pero sólo era una fila de pálidas luces, con su negro casco oculto en la oscuridad.

Marcelo volvió su rostro hacia la ribera y continuó nadando con largas brazadas, acercándose a Capua. Después de un rato, dándose vuelta, miró hacia la trirreme.

La luz ahora era sólo visible en el palo mayor. Evidentemente, la barca continuaba su viaje.

Aquél resultaba el trayecto más largo que había nadado Marcelo. Sus ropas le molestaban y el bolso con el oro era pesado. Una vez pensó seriamente en desembarazarse de la pesada túnica de seda que trababa sus brazos, pero el hecho de llegar a Capua cubierto sólo con calzones cortos lo indujo a seguir luchando tal cual estaba. Trató de desatar las correas de sus sandalias, pero le fue imposible. La luz del faro parecía hacerse más brillante. Deseaba que eso no fuera producto de su imaginación, porque estaba sintiendo el cansancio. Por fin, las agitadas olas comenzaron a calmarse, transformándose en largas ondas. Luces bajas brillaban débilmente a lo largo de la ribera, al paso que la marejada se hacía cada vez más fuerte. Marcelo podía oírla romperse contra los arrecifes. Desvió su dirección hacia la izquierda, para evitar la escarpa del faro y el conjunto de diques. El avance era difícil por la correntada. Los músculos comenzaban a dolerle. Una gran ola lo hizo

adelantar; al retroceder, Pudo hacer pie por un momento. Braceando contra el peso de la resaca se mantuvo firme hasta que ésta hubo desaparecido. Completamente agotado, avanzó tambaleante hacia la playa y se desplomó al socaire de un bote de pesca; castañeteaba de frío. Se le ocurrió que debía sentirse inmensamente contento por el éxito de su peligrosa aventura, pero en cambio se encontró indiferente.

Sacudiendo el agua de sus ropas, agitó los brazos vigorosamente para calentarse, y deambuló rendido, afirmando bien los pies en la arena, hasta encontrar un hoyo seco que aún retenía algo del calor del día. Allí pasó el resto de la noche, durmiendo ligeramente, y esperando el alba con ansiedad. Cuando salió el sol, extendió el manto sobre la arena. Se secó rápidamente. Se lo puso sobre su húmeda túnica, sintiéndose confortado por su calor. Entonces se sintió más animado, contento de estar con vida.

En la cabaña de un pescador pidió algo de comer, pero fue mirado con sospechas por el viejo matrimonio; le dijeron que no había comida. Más tarde, en la ciudad, en la posada de un marinero le sirvieron pan negro y un guiso grasiento. Un grupo de desgredados holgazanes se fue formando a su alrededor; le formularon preguntas, que no se esforzó por contestar satisfactoriamente. Cuando abrió su bolso para pagar, se le acercaron más, con los ojos muy abiertos por el codicioso interés; pero, como su aspecto revelaba una fortaleza poco común y parecía no alarmarse por la general curiosidad, nadie intentó detenerlo.

Siguiendo por el sucio pueblito, tornó hacia el este y llegó a una carretera desierta y polvorienta. Sus sandalias ya se habían secado, y se sentía mucho mejor, aunque los demás comenzasen a mirarlo despreciativamente. Marcelo llevaba la cabeza descubierta, pues había perdido su turbante en el mar. Nadie podía haberlo tomado por un tribuno.

El costoso bolso de cuero no resultaba adecuado, y lo ocultó en el peto de su túnica. En el primer villorrio, tres millas tierra adentro, gastó unas monedas en una bolsa de piel de cabra bien cosida, de considerable capacidad, y vació su bolso dentro de ella: luego lo tiró en una cisterna abandonada.

Antes de llegar al próximo pueblecito, se quitó la túnica, envolviendo con ella el paquete de oro que casi lo había hecho ahogar la noche anterior, y por diez sestercios compró otra al cuidador de la casa de un viñatero. El cuidador y su mujer, satisfechísimos de la suma obtenida, rieron a espaldas de Marcelo mientras se marchaba. La túnica marrón era de tejido tosco y se veía que había rendido duros servicios, pero estaba limpia.

El sol ya estaba alto. Marcelo llevaba la vestidura de Jesús doblada sobre su brazo. Frecuentemente se detenía a descansar en la sombra, junto al arroyo que descendía y se hacía más y más turbulento a medida que la pendiente enderezaba hacia los valles de los distantes Apeninos, cuyas cimas se hallaban cubiertas de nieve. No tenía ningún plan, pero no estaba deprimido; tampoco se sentía solitario. En verdad, experimentaba una curiosa sensación de bienestar. La comarca era hermosa; los árboles llenos de hojas, los pájaros además activos y felices, las flores silvestres, a

lo largo de la bulliciosa corriente, exquisitas en su frágil belleza. Marcelo exhaló profundos suspiros de alegría, satisfecho, pero sorprendido al ver que podía sentirse tan libre de cuidado. Observó divertido su propia imagen en el agua.

Nunca había estado antes así. Pasó la mano por su fuerte mandíbula, preguntándose si encontraría una navaja de afeitar en alguno de los pueblos. Si no, no importaba. Aquella noche, con la túnica del galileo por cobija, durmió a la intemperie, recordando, mientras se tendía, algo que le había dicho Justo sobre la carencia de hogar de Jesús: «Los zorros tienen cuevas, los pájaros nidos; pero Jesús no tiene cama ni almohadas». Marcelo acercó la túnica más aún contra sí. No era pesada, pero sí caliente y confortante. Se durmió pensando en Diana, pero no desesperanzado. A la mañana se levantó renovado, se bañó en la corriente fría y desayunó con frutillas silvestres.

Los mojones habían estado anunciando, con creciente optimismo de números, que por ese camino ascendente los viajeros se acercaban a Arpino.

Marcelo forzó su memoria. ¿Qué sabía él de Arpino? ¡Los meloncitos deliciosos! ¡Melones de Arpino! ¡Y justamente era la época apropiada!

El camino se ensanchaba, mostrándose mejor cuidado. Las tapias estaban bien resguardadas. A ambos lados de la carretera, viñedos, llenos de uvas aún verdes, bien cultivados e irrigados. El tránsito por el camino crecía. Aquí estaban ahora los campos de melones; hectáreas de melones madurando. Había una procesión de carros de carga, abarrotados de frutas; decenas y veintenas de hombres, mujeres y niños, esparcidos por los campos, estaban entregados a la tarea de reunir melones cerca de una puerta abierta. Marcelo se sentó sobre una tapia de piedra y contempló la escena. El pueblito, en la cima de la elevación, parecía estar edificado sobre un terreno comparativamente chato, limitado al este por una muralla de rocas que servían de base a uno de los picos más elevados de la cadena. El villorrio mismo, o lo que de él podía verse, estaba compuesto por pequeñas casas cuadradas, muy próximas unas a otras. Al norte del compacto hacinamiento de casas, y sobre un terreno ligeramente más alto, los techos de tejas rojas de una mansión imponente se destacaba entre los árboles que la rodeaban; sin duda era la villa del hombre importante que manejaba todo el negocio de melones.

Después de un rato, Marcelo decidió marchar hasta el pueblo. Un capataz de tez morena que en la tranquera anotaba con aire de gran importancia en una pizarra pendiente de su brazo los carros que llegaban, lo llamó:

—¿Buscas trabajo?

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Marcelo.

El hombre apuntó con el pulgar hacía los campos de melones.

—Dos sestercios —dijo secamente— y un catre... y comida.

—¡Pero ya casi ha pasado todo el día, señor! —dijo Marcelo—. Tal vez un sestercio sería suficiente. No tengo ninguna experiencia en recoger melones.

El sorprendido capataz apoyó la pesada pizarra en su pecho y la palmeó

pensativamente; al parecer, carecía de una fórmula para resolver esta situación sin precedente. Mientras deliberaba consigo mismo Marcelo tomó un gran cesto de mimbre, de un grupo apilado junto a la puerta, y se alejó para iniciar su trabajo.

—¡Espera, compañero! —llamó el capataz—. ¿Sabes leer y escribir?

Marcelo hizo un gesto afirmativo.

—Cesón ha despedido a su escribiente.

—¿Quién es Cesón? —preguntó Marcelo, tan tranquilo, que el capataz se irguió en toda su altura antes de declamar, con un movimiento de su brazo que abarcaba los campos y el pueblo, que Apio Cesón poseía todo lo que estaba a la vista. Señaló la villa.

—Vete hasta allí —dijo— y pregunta por él. Dile que Vobisco te manda. Si no te emplea, vuelve para trabajar con los melones.

—Prefiero trabajar con los melones —dijo Marcelo.

El capataz masculló algo entre dientes, indeciso.

—A un escribiente se le paga más y tiene mejor comida —observó, más y más confundido por la extraña estupidez del viajero.

—Supongo —asintió Marcelo, añadiendo con fría obstinación—: Preferiría recoger melones.

—¿No hay ninguna diferencia para ti —exclamó asombrado si capataz— entre ganar dos sestercios o diez?

—No mucha —confesó Marcelo—. No estoy especialmente interesado en el dinero; en cambio, es hermosísimo estar aquí fuera, a la intemperie, con aquella majestuosa montaña a la vista, Vobisco, protegiendo sus ojos, miró hacia el pico que sobresalía detrás de Arpino, frunció el ceño, levantó la vista nuevamente, sonrió y se frotó la barbilla.

—No estás loco, ¿verdad? —preguntó mirándolo con fijeza; y cuando Marcelo le contestó que no lo creía, el capataz le dijo que fuera derecho a la villa.

* * * * *

Cesón tenía la tradicional arrogancia del hombre de poca cultura con riqueza y autoridad. Cincuentón de aspecto belicoso, cuidadosamente afeitado, costosamente vestido, llevaba su pelo gris bien peinado y unos dientes sorprendentemente bien conservados. Saltaba en seguida a la vista que estaba acostumbrado a lanzar preguntas impacientes y ahogar tímidas respuestas en un diluvio de deprimentes sarcasmos.

Marcelo había permanecido tranquilo, esperando, mientras el inquieto y presuntuoso individuo, que recorría de un lado a otro la longitud del frío atrio, gritaba sus desfavorables opiniones sobre los escribientes en general y sobre el más reciente en particular. Todos eran iguales: ¡deshonestos, haraganes, incompetentes! Ninguno de ellos había ganado su sal. Cada vez que Cesón pasaba al lado del nuevo

postulante, se detenía para mirarlo belicosamente.

Al principio, Marcelo había contemplado esta ruidosa exhibición con un rostro impasible, pero, mientras continuaba, no pudo reprimir por más tiempo una ancha sonrisa. El hombre se detuvo e hizo un gesto de desagrado. Marcelo rió entre dientes, de buen humor.

—¿Es esto como para reír? —gruñó el otro, agitando su barbilla.

—Sí —observó Marcelo lentamente—. Es para reír, señor. Quizá no sería gracioso si yo estuviera hambriento y necesitado de trabajo, Supongo que esta es tu manera de hablar a todos los que no pueden darse el lujo de responder.

La boca de Cesón se abrió y sus ojos se achicaron, sin poder dar crédito a su oído.

—Pero, continúa —Marcelo agitó una mano negligentemente—. No quiero molestarte. Yo estaré escuchando. ¿Te es lo mismo si me siento? He estado caminando desde la mañana y estoy cansado —se acomodó en una lujosa silla y suspiró. El dueño se detuvo frente a él con las piernas separadas.

—¿Quién eres tú? —inquirió.

—Señor —respondió Marcelo con una sonrisa—, aunque tus preguntas hechas en ese tono no merecen ninguna respuesta, te diré que soy un viajero sin empleo. Tu capataz Vobisco insistió en que te ofreciera mis servicios como escribiente. Pero comprendiendo que ésta es la temporada de mayor trabajo, pensé que podía hacerte bien ayudando afuera, en la cosecha, por unos cuantos días.

El hombre pasó sus dedos por su cabello grisáceo y se sentó al borde de un banco cercano.

—Y tú, señor —prosiguió Marcelo—, en lugar de darme una oportunidad para explicar mi venida, comienzas a verter invectivas. —Al decir esto, paseó su mirada por el atrio bien arreglado—. ¡Me atrevería a decir que casi no mereces vivir en tan hermosa mansión! Tus maneras de tratar a los extranjeros no parecen pertenecer a este lugar. En estas encantadoras vecindades, no debería haber más que suave cortesía... y buena voluntad.

Más y más sorprendido por el atrevimiento del forastero, había escuchado con creciente asombro. Se puso de pie, con el rostro perturbado por la ira.

—¡No puedes decirme tales cosas a mí! —exclamó—. ¿Quién te crees que eres? Insultándome en mí propia casa, a pesar de que vistes como un vago vulgar ¡como un mendigo!

—No soy un mendigo, señor —dijo Marcelo tranquilamente.

—¡Vete!

Marcelo se puso de pie, sonrió, hizo una reverencia, caminó lentamente hacia el abierto peristilo y bajó por los anchos peldaños de mármol; Cesón lo siguió hasta el pórtico. Atravesando lentamente el pueblecito, volvió al campo de los melones, dándose cuenta de que era seguido por un alto macedonio. Vobisco le vio volver con mucho interés.

—¿No te quiso? —inquirió.

Marcelo negó con un movimiento de cabeza, levantó un canasto y caminó por el campo hasta que encontró al primer grupo de trabajadores. Fijaron en él sus ojos con insolente curiosidad. Un anciano se enderezó, con un gesto de dolor, y lo miró con la mayor franqueza.

—Es un lindo día —observó Marcelo contento.

—¡Para un dolor de espaldas! —respondió el anciano.

Esto levantó un coro de risas entre los otros. Una mujer cariacontecida, de unos veinte años, le advirtió amargamente que era mejor que trabajara un rato y entonces les dijera si hallaba hermoso el día.

Admitiendo que esto era cierto (de tan buen grado, que la malhumorada muchacha le envolvió en una sonrisa desganada, pero patéticamente infantil). Marcelo se quitó el manto, lo dobló cuidadosamente, lo dejó en el suelo al lado de la valija de cuero de cabra, y comenzó a trabajar con entusiasmo.

—¡No tan rápido, no tan rápido! —le advirtió el anciano—. ¡Cesón no te pagará más por matarte trabajando!

—¡Y Vobisco comenzará a molestarnos, porque nos atrasamos! —añadió un individuo atolondrado, desde corta distancia.

—¡Estos son los mejores melones del mundo! —exclamó Marcelo, deteniéndose para enjugar el sudor de su frente—. Es un placer trabajar con lo mejor... ¡de cualquier cosa! No mucha gente tiene la oportunidad de hacerlo. Sol, cielo azul, bellas montañas...

—¡Oh, cállate! —grito el gazzápiro.

—¡Cállate tú! —interrumpió la aventajada mujer de veinte años—. ¡Déjale hablar! ¡Son buenos melones!

Por alguna razón desconocida todos rieron ante estas palabras, en varios tonos y tiempos, y el humor de los sudorosos recolectores de alegró un poco. Al momento, el capataz se acercó desde la puerta, y los que recogían melones se aplicaron con ostentosa diligencia. Se detuvo delante de Marcelo, quien levantó la vista interrogativamente. Vobisco movió la cabeza en dirección a la villa.

—Desea verte —dijo gruñón.

Marcelo asintió, levantó en los brazos su cesto cargado y dejó caer unos cuantos en la canasta del anciano. Luego dio algunos a la rendida muchacha, que levantó sus ojos en una sonrisa que era casi hermosa. Distribuyó sus melones entre la fila de trabajadores vaciando la última docena en el cesto del bobalicón que se había burlado de él. El tosco individuo sonrió como cohibido.

—¿Volverás? —chilló el anciano.

—Así lo espero, señor —dijo Marcelo—. Es un trabajo agradable... y una buena compañía.

—¡Oh! ¿Ahora eres señor, viejo? —se burló el idiota. Muchas risas groseras acogieron esta necedad. La muchacha del cansado gestó no se unió al aplauso.

—¿Qué te pasa, Metela? —gritó el gracioso. Ella se volvió hacia él, enojada.

—¡Es una pena que un extraño no pueda demostrarnos un poco de respeto sin que se burlen de él!

Mientras Marcelo se volvía para irse, le hizo un guiño de aprobación que suavizó el ceño de ella e hizo enrojecer su cutis tostado. Una docena de pares de ojos lo siguieron mientras marchaba al lado de Vobisco, quien había sido un espectador impaciente.

—No están allí para bromear ni jugar —murmuró el capataz—. Conseguirás sin duda que recojan más melones —advirtió Marcelo—. La gente trabaja mejor cuando es feliz. ¿No te parece?

—No lo sé. ¡Nunca vi a alguien que trabaje y sea feliz! —Apresuró sus pasos—. Es mejor que apures tus piernas. A Cesón no le gusta esperar.

—Probablemente es tan bueno para esperar como yo para apurarme —respondió Marcelo secamente.

—¡No conoces a Cesón! —exclamó Vobisco con una risa burlona—. No tiene mimos para las personas; sólo para los caballos.

—Lo creo.

Echando la vieja bolsa sobre un hombro, caminó por la carretera, se detuvo para echar un vistazo a la montaña y comenzó a ascender el cerro.

* * * * *

Cesón se encontraba en su escritorio cuando Marcelo fue introducido. Pretendía estar ocupadísimo, y no levantó la vista. Después que Marcelo hubo esperado lo que le pareció un largo rato sin recibir ninguna atención, se levantó y caminó hasta la ventana que daba a un jardín florido.

—¿Dices que eres escribiente? —preguntó secamente.

—No, señor —Marcelo volvió sobre sus pasos—. Tu hombre me preguntó si yo sabía leer, escribir y calcular. Puedo hacer eso, pero no soy escribiente de profesión.

—¡Hum! ¿Cuánto quieres?

—Tú sabrás, señor, cuánto valen mis servicios para ti, Aceptare lo que creas justo.

—Daba al último hombre diez sesteracios... y su manutención.

—Parece una paga pobre —observó Marcelo—, pero si no puedes gastar más....

—¡No es cuestión de lo que puedo gastar! —replicó Cesón, pomposamente—. ¡Se trata de cuánto recibirás!

—No hubiera pensado que un hombre orgulloso y próspero como tú, señor, deseara que un extraño le donara parte de su tiempo para servirlo. Me llamaste mendigo, hace una hora, en un tono que indicaba que no tenías respeto por los mendigos... Quizá haya entendido mal.

El dueño apoyó sus brazos cruzados en el centro del escritorio y miró a los complacientes ojos de Marcelo. Parecía estar meditando una respuesta salvaje, pero

impulsivamente cambió su táctica.

—¡Te daré veinte! —gruñó—. ¡Y déjame decirte ateo! —Su voz se estaba elevando, en un tono de fuerte enojo—. No habrá ninguna desatención y ninguna falta y ningún...

—¡Un momento! —interrumpió Marcelo fríamente—. ¡Déjame decirte algo de ti! Tienes la mala costumbre de gritar a las personas. No puedo creer que consigas algún placer aterrizando a los que no pueden defenderse... Es solamente un hábito, lo comprendo; pero es un hábito detestable. Y no me gusta. ¡Y no vas a usar de él cuando te dirijas a mí!

Cesón se frotó la barbilla con la palma de la mano.

—¡Nadie se ha atrevido jamás a hablarme de tal manera! —exclamó—. ¡Y no sé por qué te dejo hacerlo!

—Te lo explicaré gustoso —Marcelo apoyó su mano sobre el Escritorio y se inclinó hacia adelante, con una sonrisa de confianza—. Has acumulado gran cantidad de propiedades y poder... pero no estás contento. Hay algo que te falta, algo que desearías tener. No estás seguro de lo que es... pero crees que yo lo sé. Por eso es que me mandaste buscar, Cesón.

—¡Te mandé buscar —el hombre agitaba la cabeza nerviosamente— porque necesito un escribiente!

—Bueno, yo no soy un escribiente —dijo Marcelo, arrastrando las palabras y dándose vuelta—. Y tú estás otra vez gritando, Si me excusas, vuelvo a los campos de melones. He encontrado algunos buenos compañeros allí.

—¿Qué? ¿Buenos compañeros? ¿Esos recolectores? —gruñó Cesón—. ¡Son un grupo de ladrones, sucios y haraganes!

—No por naturaleza, Señor —dijo Marcelo, con tono de juez—. Si no fuera por su extrema pobreza y la explotación de que son objeto, podrían ser tan laboriosos y honestos... como tú, señor, podrías ser una persona encantadora si no tuvieras la oportunidad de ser un pendenciero.

—¡Un momento! ¿Vas a ir ahí afuera a conversar con esos holgazanes y hacerles creer que son tratados injustamente?

—No, señor. Ningún hombre que hace desde el alba al crepúsculo un trabajo duro por tres sestercios, necesita que le digan que está recibiendo un mal trato.

—Así que han estado conspirando, ¿eh?

—No conmigo, señor. Cuando los dejé, pensé que estaban de muy buen humor.

—¡Hum! ¿Por qué habrían de estar contentos?

Empujó su silla hacia atrás, se levantó y, abriendo un cajón de la rinconera, sacó un pliego de papiros y una cantidad de rollos. Echando la correspondencia sobre el escritorio, la señaló significativamente.

—¡Siéntate! —ordenó—. Toma aquel estilo, y te diré cómo debes contestar estas cartas... Son órdenes de los mercados y casas importantes de Roma por melones, uvas y peras. Me las leerás y yo te diré lo que debes escribir... ¡Y ten cuidado! ¡No

leo, pero sabré lo que dicen!

No dispuesto a discutir y ansioso por ver lo que sería este negocio poco común, Marcelo se sentó y comenzó a leer las cartas en alta voz. Cesón parecía puerilmente complacido. ¡Estaba vendiendo melones! ¡Carros y más carros cargados con melones seleccionados de Arpino! ¡Y consiguiendo un alto precio por ellos! Y pedidos adelantados para el mes de agosto. De pronto, Marcelo encontró una carta escrita en griego, y comenzó a leerla en ese lenguaje.

—¡Ah... ese griego! —exclamó Cesón—. No comprendo. Qué dice? —Y cuando Marcelo le tradujo, inquirió con algo así como respeto—: ¿Escribes el griego también? Eso es bueno. —Se frotó las manos con satisfacción. Sería agradable que se enteraran esas personas importantes de que él podía darse el lujo de tener un erudito como escribiente. Cuando se hubo terminado la carta, dijo con cierta indiferencia—: Te daremos una túnica mejor.

—Tengo una túnica mejor, ¡gracias! —respondió Marcelo sin levantar la vista.

—¿Gustas de las flores? —preguntó Cesón después que hubieron terminado la labor del día; y cuando Marcelo asintió, le dijo condescendentemente—: Al escribiente se le permite pasear por los jardines de la villa. Si te interesan los caballos, puedes visitar, mis establos.

—Muy amable, ¡señor! —dijo Marcelo.

* * * * *

Antonia Cetonia era por lo menos doce años más joven que su esposo. Pero, a pesar de su boca fruncida y apretada y sus ojos sin brillo, podía considerársela atractiva, pues sus facciones estaban bellamente moldeadas, su figura tenía lindas formas, y su tono era refinado. Marcelo, al encontrarla entre las rosas, provista de tijeras de jardín y un cesto, tuvo razones para suponer que ella también era una víctima de la opresión.

Lo saludó indiferentemente, sin sonreír, y añadió en un tono monótono que, suponía que él debía ser el nuevo escribiente de su marido. Marcelo asintió: estaba encantado de haber encontrado un empleo en tan espléndido lugar. Esto provocó en ella una amarga sonrisa de sus ojos, una sonrisa que sus labios no compartieron.

—Te refieres a las flores... y a la montaña.

—Sí, son hermosas. —Se disponía a continuar su paseo, dado que el permiso para caminar por el jardín no incluía una ociosa charla con la señora de la villa, pero la enigmática esposa de Cesón lo detuvo.

—¿Cómo te llamas, escribiente? Mi esposo no me lo dijo.

—Marcelo Galión.

—Hay un senador con ese nombre... Galión —Cortaba las rosas medio abiertas de largos tallos y las echaba en el canasto despreocupadamente.

Marcelo se agachó y comenzó a ordenarlas.

—Sí, es verdad —dijo.

—¿Eres pariente? —preguntó ella, muy entregada a su tarea.

Marcelo rió, como despreciándose.

—¿Podría un humilde escribiente ser pariente de un senador? —preguntó.

—Probablemente no —asintió ella con frialdad—, pero no eres «un humilde escribiente». Eres un patricio —se enderezó hasta que sus ojos se enfrentaron—. Se nota en tu rostro, en tu voz, en tu porte —el corto labio superior mostró una hilera de preciosos dientes mientras señalaba con la tijera—. ¡Mira tus manos! No están acostumbradas al trabajo... ¡de ninguna clase! ¡No te alarmes! —prosiguió con un ligero encogimiento de hombros—. No te delataré, aunque podría hacerlo esa túnica de seda. ¿Eres tan poco discreto como para usarla? Te vi con la otra, esta mañana, desde mi ventana. ¿Dónde la encontraste? —ella estaba muy inclinada, ocupada con las tijeras—. ¿Por qué te enmascaras como escribiente, Marcelo Galión? ¿Estás seguro de no ser pariente del senador?

—Es mi padre —contestó serenamente Marcelo.

—Lo creo —respondió ella, volviendo el rostro hacia él con franca sonrisa—. Pero, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque parece gustar de la sinceridad, y porque prefiero decirte la verdad. No he tratado de engañar a tu marido. Él no me preguntó mi nombre.

—Creo que te agradecería que no te lo preguntara.

—Sí. Preferiría que él no lo supiera.

—Es una lástima —dijo irónicamente—. Privas a Apio Cesón de un gran placer. ¡Si pudiera decir que tiene al hijo de un senador por escribiente, se sentiría exaltado hasta el paroxismo!

—Tal vez no comprendes a tu marido —opinó Marcelo.

—¡Que no comprendo a mi marido! ¡Por los dioses! ¡Esa es mi ocupación! ¡Tratar de comprenderlo!

—Eso requiere un trato especial, amiga mía —declaró Marcelo—. Cesón está inmensamente orgulloso de su poder sobre todo el pueblo de Arpino. Le obedecen porque le temen. Pues bien: podría aún más poder sobre ellos si le obedecieran por quererle.

—¿Imaginas a Cesón haciendo algo para que lo quieran? —se mofó ella.

—Puedo muy bien imaginarlo —repuso Marcelo tranquilamente—. Y si podemos inducirlo a hacer el experimento, mejorará grandemente el ambiente de este lugar... ¿Quieres cooperar conmigo?

—¡Es demasiado tarde! —objetó ella sin entusiasmo—. Cesón no conseguirá nunca ganar esa amistad, haga lo que haga por ellos. ¡Y debes recordar que los trabajadores de Arpino son un lote de sucios, e ignorantes:

—¡Están sucios! —asintió Marcelo—. Y no puedes esperar que la gente sucia sea decente. Se pelean entre ellos porque cada cual se desprecia a sí mismo... Y no es de extrañar. Estuve pensando en ello esta mañana. Esta gente debería empezar por tener

facilidades para bañarse. ¡No es muy tentador, aun de verano, meterse en el agua helada de la corriente que baja de la montaña! Pero no costaría mucho trabajo, por ejemplo, construir una gran piscina y dejar que el sol caliente el agua... Hay una cantera aquí cerca muy apropiada. La gente podría construir la piscina en el tiempo que media entre la recolección de los melones y la de las uvas, si tienen algún estímulo.

—¡Oh, tú no conoces a los arpinos! —protestó la mujer.

—Si son peores que otros pueblos, debe haber una razón —dijo tranquilamente Marcelo—. Me pregunto cuál es.

Un hermoso adolescente se adelantó hacia ellos. No cabía duda sobre su identidad: el parecido con su madre era tan notable que provocaba una sonrisa. —Tu hijo, supongo.

—Antonio —murmuró ella con un suspiro de preocupación—. ¡Es mi vida! Desea ser escultor. Su padre no lo aprueba, y no le consentirá que aprenda. Es un chico tan solitario y triste... Ven, Antonio, conoce al nuevo escribiente, Marcelo Galión.

—Tu madre me ha contado que te agrada modelar —observó Marcelo, después que Antonio hubo murmurado un saludo indiferente—. ¿Quieres dejarme ver lo que estás haciendo?

El muchacho torció la boca de un modo interesado.

—¿Sabrías algo de eso? —preguntó con el desconcertante candor de su madre.

—Lo suficiente, tal vez, como para hacerte algunas sugerencias Antonio no pudo esperar hasta la otra mañana; fue a las habitaciones del escribiente después, de cenar, llevando el modelo en que había estado trabajando: dos gladiadores prontos a entrar en acción. Lo puso sobre la mesa de Marcelo y se dio vuelta tímidamente, murmurando que sabía que eso no era una gran cosa.

—No está del todo mal, ¡Antonio! —lo alentó Marcelo—. La composición es buena... El hombre de este lado es un individuo temerario, pienso, al tomar esa postura. ¿Cómo se llaman?

Sospechando que le estaba haciendo una broma, el muchacho sonrió burlonamente y dijo que no les había puesto nombre.

—Para trabajar mejor, con ellos —observó Marcelo seriamente—, deben tener una personalidad real. Deberías considerarlos como personas verdaderas y saber todo lo que a ellos se refiere... Ocupémonos de éste primeramente. ¿Eh? Alcanzó una silla a Antonio y ambos enfrentaron el modelo.

—Ahora bien, el hombre de este lado es Ciprio. Los lesionarlos lo capturaron en Creta, quemaron su casa, le quitaron el ganado, mataron a su mujer y a su hijo, un muchacho de tu edad, y lo llevaron a Roma en una galera... Era un excelente espadachín, así que le dieron a elegir entre luchar en la arena o empujar un remo en una galera. Eligió la arena, y ahora está luchando por su vida, esperando matar a un hombre que nunca conoció.

—¡Oh, estás inventando! —acusó Antonio tristemente.

—Sí. Pero de esa manera se llevan a cabo los duelos en la arena, Antonio, entre hombres que deben matar o ser muertos. Ahora, el otro hombre es un tracio. Se llama Galenzo. Tenía una pequeña granja, un viñedo, algunas cabras y tres criaturas pequeñas. Su esposa trató de ocultarlo en una parva cuando llegaron los legionarios, pero ellos la mataron ante los ojos de los chicos y se llevaron a Galenzo encadenado. Luchó tan fieramente que lo vendieron a un pretor que necesitaba gladiadores para los juegos de la Fiesta de Isis... Ahora Ciprio y Galenzo están peleando, así la gente puede tener la oportunidad de apostar a quién matará al otro. ¿Por quién apuestas, Antonio? Yo arriesgare cien sestercios por Galenzo. No me gusta la manera de pararse de Ciprio.

—No había pensado apostar —objetó Antonio con desgano. Se volvió hacia Marcelo con un gesto de burla—... No te gusta la lucha, ¿verdad?

—Esa clase no.

—Tal vez nunca peleaste —desafió el hijo de Cesón—. ¡Quizá tendrías miedo de pelear!

—Quizá —repuso Marcelo, imperturbable ante la insolencia del muchacho.

—¡Retiro eso! —farfulló Antonio—. No creo que tendrías miedo de luchar. Apostaría a que lo hiciste. ¿Es verdad?

—En la arena, no.

—¿Mataste a alguien alguna vez, señor? Marcelo postergó su respuesta tanto tiempo que Antonio se dio cuenta de que no podía haber más que una contestación. Sus ojos brillaron anticipando una excitante historia.

—¿Presentó una buena pelea, señor?

—No es un recuerdo agradable —contestó grave Marcelo. Hubo un intervalo de silencio—. Desearía que hubieras elegido otro motivo para tu modelo, Antonio... Éste no me interesa mucho —súbitamente miró los ojos tristes de Antonio—, ¡ni a ti tampoco, muchacho! No eres de aquellos a quienes atrae la lucha... No crees en ello; no te gusta. Y si tuvieras que pelear, eso te atacaría el estómago. ¿No es así?

Antonio exploró el interior de sus mejillas con la lengua, y lentamente movió la cabeza asintiendo.

—¡Es peor que eso! —confesó—. ¡Tendría miedo de pelear! Tal vez por ello hago figuras de luchas... y modelos de gladiadores. Sólo trato de aparentar —bajó la cabeza avergonzado—. ¡No tengo ni pizca de coraje! —prosiguió—. ¡Y eso me avergüenza!

—Bueno, no estoy tan seguro de lo que dices —lo consoló Marcelo—. Hay muchas clases de coraje, ¡Antonio! Tú tienes la mejor que hay: ¡el coraje de decir la verdad! Se requiere mucho más valor para decir lo que acabas de decirme que para ponerle un ojo negro a otro hombre.

Antonio levantó su cabeza y se alegró un poco.

—Comencemos otro modelo —sugirió.

—¡Muy bien! Trataré de pensar en algo que pueda agradarnos a los dos. Vuelve mañana temprano. Si me prestas un poco de arcilla, tal vez pueda preparar un tosco boceto para mostrártelo cuando vengas.

Antonio rió alegremente. Marcelo había modelado una piscina rectangular. Sentadas sobre el borde de piedra, a cortos trechos, había figuras de bañistas, hombres, mujeres y niños. Un anciano flaco tenía una barba absurdamente larga puesta sobre el hombro. Un nene pequeñito, gateando, estaba por caerse. Su madre se acercaba corriendo a toda velocidad. Los grandes pies y huesudas piernas de uno que se había zambullido sobresalían de agua inmóvil.

—¡No habrás hecho todo esto en una mañana! —observó Antonio.

—No. Trabajé la mayor parte de la noche. Es sólo el comienzo, tú vez. Necesitamos más gente sentada alrededor de la piscina, zambulléndose y nadando. ¿Querías completarlo?

—¡Será divertido!

—Puedes incluir una cantidad de detalles. Llevándolos a un entarimado mucho más grande tendrás lugar para el paisaje. ¿Recuerdas aquella gran roca blanca, hacia el lado del puente, donde hay una piscina natural? Podrías poner el puente y la roca y las acacias, Entonces todos sabrían dónde está la pileta.

—¿Sabes, señor, que no sería una mala idea tener una piscina como ésa?

* * * * *

Después de una semana de trabajo en sus nuevos deberes, Marcelo estaba en condiciones de terminar la labor del día a media tarde. Antonio tenía la costumbre de esperarlo en el atrio, pasando una y otra vez impaciente por la puerta de la biblioteca. Cesón había observado, no sin cierta satisfacción, esta creciente amistad.

—Me dicen que estás ayudando a entretener a mi hijo —observó—. No lo tomes como una obligación, si eso te resulta una carga... Tienes mucho trabajo que hacer.

Marcelo le aseguró que le encantaba la compañía de Antonio, que el muchacho tenía talento artístico, que necesitaba estímulo; y cuando el hombre ridiculizó al arte como profesión, surgió una discusión.

—¡No puedo creer que un ciudadano hecho y derecho malgaste su tiempo en jugar con barro! —dijo Cesón desdeñosamente.

—Arcilla —corrigió Marcelo sin inmutarse—. Arcilla para modelado... Hay también diferencia entre el barro y la arcilla, como entre los melones de Arpino y los melones comunes. No es extraordinario, señor, el deseo de un hombre por crear algo bello, Antonio puede llegar a ser un escultor capaz.

—¡Escultor! —gruñó el otro—. ¿Y qué utilidad tiene un escultor?

Marcelo no respondió. Continuó ordenando sus útiles de escritorio con una sonrisa íntima, que excitó la curiosidad de Cesón. Y cuando éste le preguntó, opinó que Antonio había llegado a eso naturalmente.

—Tú, señor —explicó—, has creado un negocio de éxito. Difícilmente puede esperar mejorarlo tu hijo. Está completo... El también desea crear algo. Tú le has transmitido tu ambición. Y ahora te enojas porque tiene un deseo que ha heredado de ti.

Ronroneando de satisfacción el dueño sonrió. Marcelo lo halagaba en lo que más sentía. Muchos escultores tenían que pasar hambre largo tiempo antes de ser suficientemente conocidos como para ganarse la vida. Antonio en cambio no tendría ese problema, Su padre era rico, y estaría orgulloso de la habilidad de su hijo. Appio Cesón había hecho su nombre importante en el comercio. Antonio Cesón podría hacer valer el suyo en el campo del arte.

—Tú no quieres que Antonio sea un desgraciado y un fracasado —prosiguió Marcelo— cuando fácilmente podría hacerte sentir orgulloso de él. Demuéstrale un poco de atención, señor. Sin duda descubrirás en él a un hijo cariñoso y leal.

—Ah... el muchacho ha sido siempre frío y desdeñoso —comentó en un suspiro Cesón—... como su madre.

—Me aventuro a contradecirte. Antonio es un muchacho ardiente. Podrías tener su cariño si lo quisieras... ¿Por qué no vienes conmigo ahora, señor, y miras algo que está haciendo?

Murmurando que no tenía interés en tal tontería, Cesón lo acompañó sin embargo a la habitación de Antonio. Permanecieron en silencio delante del modelo.

Antonio, visiblemente nervioso, esperaba una frase de reproche.

El padre estudió la escena, se pasó la mano por el mentón, rió un poco entre dientes y movió la cabeza. Antonio, observando con patética ansiedad, suspiró desanimado.

—¡Está en un mal lugar! —comentó Cesón—. Cuando la nieve se derrita, las crecientes de primavera vendrán a sumergirse en este hueco. Eso echaría abajo tu obra. Debes edificarla en terreno más alto.

A esta altura, Marcelo dijo que tenía una tarea y, excusándose, dejó el cuarto. Bajó hasta el vestíbulo y salió al peristilo, ostentando una sonrisa tan visible que, cuando encontró a Antonia ella insistió en saber lo ocurrido. Sus ojos se ensancharon con incredulidad mientras él le relataba que su esposo y su hijo estaban conferenciando sobre cuál sería el mejor lugar para construir una piscina.

—¿Puedo ir a reunirme con ellos? —preguntó infantilmente.

—No... por ahora no —aconsejó.

* * * * *

Mediados de julio. Todas las tardes, al crepúsculo, Marcelo iba al campo de melones más próximo y se sentaba cerca de la puerta donde los trabajadores de todos los campos recibían sus pagas. Por un tiempo, la gente lo saludaba simplemente agitando una mano y sonriendo cuando pasaba a su lado. Luego algunos se atrevieron

a detenerse para conversar. Todos coincidían en que el escribiente era por cierto un individuo muy raro, pero poseía algo que los inclinaba hacia él. Tenían la sensación de que estaba de su lado.

Entre otras cosas, corría el rumor de que iban a tener una piscina.

Cuando el último de los melones fue cosechado, los que quisieron trabajar en la piscina de la comunidad lo hicieron. Nadie supo cuánto cobraría por su labor, pero sí que cobraría. Todos comprendían que el escribiente era el autor del proyecto. Algunos de los más audaces se lo preguntaron, y él confesó no saber mucho del plan, el cual, dijo, era idea de Appio Cesón; ellos se enteraban de todo a su debido tiempo.

Una tarde, cuando más de una veintena de trabajadores se había reunido a su alrededor, Marcelo les contó cierta historia sobre un hombre que había conocido en una tierra lejana y el cual tuvo importantes cosas para decir a los pobres que soportaban pesadas cargas; les dijo cómo este creía que la vida de un hombre no estaba en las cosas que poseía. Y ¡cuánta desdicha podía evitarse si los hombres no codiciaran los bienes ajenos! «Si deseas ser feliz, haz feliz a los demás». Se detuvo, y se encontró directamente con los ojos de Metela? sintió verdadero placer al verla tan suavemente dispuesta a escuchar.

—¿Y qué hizo ese Jesús para hacer felices a otras personas? —preguntó un anciano.

—Bueno. Es el caso que Jesús no era una persona vulgar, pues había llevado a cabo maravillosas curaciones... Podía devolver la vista a los ciegos... La gente no tenía más que tocarlo, y se curaba de sus enfermedades.

Era ya muy oscuro cuando aquel día los trabajadores ascendieron trabajosamente el cerro. Reprochándose por haberlos detenido tanto tiempo, Marcelo había dicho: —Si quieren oír más historias sobre Jesús, encontrémonos mañana en el pueblo, después de cenar.

Y así llegó a ser un acontecimiento cotidiano para Marcelo encontrar a la gente de Arpino en la verde loma, al pie de la montaña. Les habló de las grandes muchedumbres que habían seguido a Jesús; les relató con muchos detalles los milagros; les habló del pie del pequeño Jonatán, y la historia del asno que el muchachito dio a su amigo inválido. Les contó de la voz de Miriam y del telar roto que Jesús había compuesto, y cómo la mujer le había tejido una túnica.

Todos permanecían callados conteniendo la respiración, hasta que caía la obscuridad. Todo Arpino tenía presente estas historias del anochecer y las discutía al día siguiente en los campos. Hasta Vobisco se decidió a ir a escucharlas.

Una tarde, Antonia y Antonio aparecieron como al ocaso al borde de la pequeña muchedumbre. Marcelo estaba relatando cómo cinco mil personas se habían alimentado con el contenido de la canasta de un chico. Era una historia de muchos tonos, y los sencillos arpinos rieron y lloraron con ella. Luego le tocó el turno a la tormenta que Jesús había calmado con unas solas palabras de apaciguamiento.

—He oído que has estado entreteniéndolo a la gente con extrañas historias —

observó Cesón al día siguiente.

—Se refieren a un gran maestro, señor. Ya sus hechos por la salvación de su pueblo, en las provincias de Palestina.

—¿Qué clase de hechos? —preguntó el dueño; y cuando Marcelo le hubo contado unas historias de milagros, observó—: ¿Ese Jesús trataba solamente con los pobres?

—¡De ningún modo! Tenía amigos también entre los ricos, y frecuentemente lo invitaban a sus casas... A ti te interesaría tal vez conocer lo que ocurrió en casa de un hombre poderoso llamado Zaqueo.

—Dividió la mitad de sus bienes entre los pobres... —observó Cesón, cuando concluyó la historia—. ¡Mucho agradecimiento debe haber recibido por eso!

—No lo sé. Diría que la única manera de saber cómo la gente actuaría, en tal caso...

—Sería dividir tu dinero con ellos y ver, ¿eh? —masculló Cesón.

—Bueno, Tú podrías hacer un pequeño experimento que no te costaría mucho —insinuó Marcelo serenamente—. Por ejemplo, haz que Vobisco pague a todos cuatro sestercios, en lugar de tres, desde ahora hasta el fin de la época de los melones.

—¡Luego se levantaría una batahola si quisiéramos volver a la antigua paga! —protestó el hombre.

—Muy posible —convino Marcelo—. Tal vez no valga la pena hacerlo. Probablemente sólo ocasionará dificultades.

—¡Vobisco creerá que me he vuelto loco!

—Si aumentas su paga también, no. Vobisco es un hombre valioso, señor, y muy leal... No se le paga bastante.

—¿Él dijo eso? —gritó Cesón.

—No. Vobisco no me lo hubiera confiado.

—¡Nunca ha pedido más!

—Eso no significa que cobre lo suficiente...

—Tal vez estarás esperando mejor sueldo tú también —comentó entre dientes, sonriendo con desgano.

—Vobisco cobra seis sestercios. Págame diez. Yo me conformaré con dieciséis en lugar de veinte.

—Muy bien —dijo Cesón—. Eres un loco, pero si así lo quieres...

—Con una condición, señor. Vobisco no debe saber cómo es que se le ha aumentado el sueldo. Déjale creer que fuiste tú y veremos qué pasa.

* * * * *

Apio Cesón estaba muy orgulloso de la piscina, y declaró que se alegraba por habersele ocurrido la idea de construirla. La gente no sabía qué le había pasado al rico plantador, pero todos sentían que le ocurría algo parecido a lo que les ocurría a ellos. Cesón hasta le había reconocido a Marcelo que los sestercios de aumento en la

paga de los trabajadores debían tener algo que ver con el agradable hecho de que últimamente era muchísimo menor la pérdida de melones producida por el manipuleo poco cuidadoso. Marcelo no le contó que les había dirigido un discurso, en la mañana siguiente al día en que su sueldo fue aumentado, en el cual había sugerido que demostraran su reconocimiento siendo más leales a los intereses de su patrón.

Las viñas estaban madurando ahora, y a Cesón le agradaba caminar entre los viñedos. A veces los mayores se animaban a volver la cabeza en su dirección, y sonreír tímidamente. Una tarde, él los oyó cantar mientras iba por el camino. Cuando apareció en la puerta, la canción cesó. Le preguntó a Vobisco el porqué.

—Piensan que pueden molestarte, señor —murmuró el capataz.

—¡Déjalos cantar! ¡Déjalos cantar! —exclamó el plantador enfadado—. ¿Qué les hace creer que no deseo oírlos cantar?

Vobisco se presentaba cuidadosamente afeitado y andaba con un porte digno. Además, el día anterior la esposa de Cesón había ido a su casa para mostrar a su mujer un modelo de tapiz y preguntarle cómo había teñido el chal que llevaba la noche anterior.

Casi al final del día, cuando Marcelo dijo que iría a pasear por los viñedos, Antonio le preguntó si podría acompañarlo. En la entrada, Marcelo tomó un par de canastos y le alcanzó uno a Antonio.

—¿Quieres hacerme un pequeño favor? Ven, y recojamos algunas uvas.

—¿Por qué hemos de hacerlo? —inquirió Antonio—, ¿Qué pensarán de nosotros?

—No pensarán mal, En cambio pensarán mejor de sí mismos y de su trabajo.

Al cabo de un momento llegaron junto a una anciana que se esforzaba por levantar su pesado cesto sobre la plataforma de un carro. El conductor, recostado contra una rueda, la contemplaba perezosamente.

—Ayúdala, ¡Antonio! —instó Marcelo tranquilamente.

Todos los que se hallaban por allí cerca dejaron de trabajar para contemplar la extraña escena. El elegante hijo de Cesón, de quien todos habían pensado que consideraba si pueblo de Arpino tan sucio como las suelas de sus sandalias, ¡se había prestado espontáneamente a compartir la carga de un trabajador! Surgió un instintivo murmullo de aprobación cuando Marcelo y Antonio se marchaban.

—¡Gracias, Antonio! —dijo Marcelo en voz baja.

—No me importó, en verdad, darle una ayuda —contestó Antonio, ruborizándose al notar las apreciativas sonrisas de los trabajadores.

—Les diste una ayuda a todos —precisó Marcelo—. Incluso a ti, me parece.

Cuando agosto iba a concluir y los pedidos de frutas mermaron hasta hacer que los deberes del escribiente fueran de reducida importancia, Marcelo comunicó a Cesón que se marchaba.

—¿Qué te parece si te quedas por un tiempo para ayudarle a Antonio en su modelado? —sugirió el dueño.

—Le he enseñado casi todo lo que sé.

—¡Tonterías! —se mofó Cesón—. Puede todavía aprender mucho de ti... Además, le haces bien. Antonio es un muchacho diferente. Estás haciendo un hombre de él.

—Ésa es tu tarea, Cesón —observó Marcelo con tacto—. ¿No has visto, que Antonio está pendiente de tus palabras? Te admira enormemente, señor... Será privilegio tuyo hacer un hombre de él.

—¿Volverás a Arpino el próximo verano? —preguntó Cesón, casi implorante.

Marcelo expresó su gratitud por la invitación, pero no sabía dónde se hallaría el próximo verano. Al terminar su trabajo en el escritorio, fue más prolijo que de costumbre al archivar las cosas; Cesón lo observaba tristemente.

—¿Cuándo partirás? —preguntó.

—A la mañana temprano, señor... Me voy a Roma.

El dueño lo siguió hasta el jardín, donde se encontraron con Antonia. En su presencia, invitó a Marcelo a cenar con la familia Antonia sonrió aprobando.

—Nos deja —declaró—... ¿Dónde está Antonio? Iré a decírselo—. Se volvió para la casa.

—¿No estás contento aquí, Marcelo? —preguntó Antonia cariñosamente, después de un corto silencio—. ¿No te hemos dado todo lo que querías?

—Sí. Es justamente por eso que me voy.

Ella asintió comprensiva y le sonrió tristemente.

—Marcelo: ¿recuerdas la historia que nos contaste sobre la creencia del pueblo... me parece que de Caná... de que Jesús había transformado agua en vino?

—Encontraste eso muy difícil de creer.

—No —murmuró ella—. Puedo creer esa historia. No es más misteriosa que los cambios que has hecho tú... en Arpino.

* * * * *

Aquel anochecer, de acuerdo con la nueva costumbre, todos los pobladores se reunieron en la loma para esperar que Marcelo fuera a contarles una historia. Llegó con Cesón, Antonia y Antonio. Al sentarse en el círculo abierto que la gente le había dejado, Marcelo vaciló un rato largo antes de comenzar a hablar.

—Todos habéis sido muy amables conmigo —declaró—, y estaréis presentes en mis pensamientos dondequiera que vaya.

Un murmullo de contrariedad se elevó de la multitud.

—Os he contado muchos relatos sobre este extraño hombre de Galilea, que ayudaba al pobre y al desvalido. Esta noche os contaré uno más, el más raro de todos ellos. Será mí regalo de despedida.

Era una historia amarga, de un hombre incomprendido, abandonado al final hasta por sus atemorizados amigos; una triste historia de un juicio injusto y una muerte cruel. Marcelo la contó de manera tan impresionantemente vivida que la mayor parte

de sus gentes rompió pronto a llorar.

—Ahora bien, ahí no había nada de extraño —prosiguió de un modo súbitamente alterado—, pues los hombres sabios han sido siempre incomprendidos y perseguidos, y muchos de ellos condenados como lo fue Jesús... ¡Pero Jesús resucitó!

—¿Qué? ¡No! —exclamó un anciano con voz temblorosa. Lo dieron callar y esperaron que Marcelo continuara.

En medio del más tenso silencio el relato continuó. Jesús estaba aún en el mundo, vivo como antas, pero invisible, para permanecer hasta que su reino de amor prevaleciera entre los hombres de todas las naciones.

—¡No necesitáis llorar por él! —declaró Marcelo—. ¡Él no pide piedad!... Si queréis hacer algo para ayudarlo, ayudaos los unos a los otros, y esperad su llegada.

—¿Dónde está ahora, señor? —exclamó el anciano con voz chillona.

—Nadie lo sabe —dijo Marcelo—. Puede aparecer... en cualquier lugar y en cualquier momento. No debemos hacer nada que pudiera apenarlo si se presentara súbitamente ante nosotros, a una hora que no lo estamos esperando. Acordaos bien de esto.

Las sombras de la noche, junto con el rocío, se extendían rápidamente. Era ya hora de dispersarse. Marcelo sacó del pecho de su túnica una hoja de papiro doblado, muy manoseada, y la levantó a la débil luz crepuscular.

—Cierta día —dijo—, cuando un gran grupo de galileos se había reunido alrededor de él, en la cima de un cerro, Jesús les habló tranquilamente sobre lo que él llamó «la vida bienaventurada»... Mi amigo Justo recordaba estas palabras y las repitió para mí. Las escribí aquí. Dejadme leerlas para vosotros. Luego nos separaremos.

Los arpinios se inclinaron hacia adelante para escuchar mejor; todos menos Metela, quien permaneció abrazando sus rodillas, con la cara escondida entre sus brazos. Un profundo silencio se tendió sobre ellos mientras Marcelo leía:

«¡Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los humildes, porque heredarán la tierra! ¡Bienaventurados los hambrientos y sedientos de la virtud porque serán satisfechos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia! ¡Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios! ¡Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos del Señor! ¡Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos! Gozad y alegraos, ¡porque vuestra recompensa será grande!».

Levantándose antes del alba, Marcelo se deslizó fuera de la villa, sin encontrar a nadie, excepto a Metela, quien lo sorprendió al salir ella de unos arbustos próximos a la entrada para decirle adiós con una vocecita trémula. Luego salió corriendo. Él la llamó por su nombre suavemente y tomándole las toscas manos de campesina le dijo con cariño:

—Metela, eres por cierto una amiga fiel. ¡Siempre te recordaré!

—¡Por favor —sollozó ella—, cuídate mucho... Marcelo! —Y abruptamente desapareció en la obscuridad.

Fue con una sensación de extraño júbilo que descendió por el sendero a la sombra de la montaña, mientras un amanecer rosado iluminaba el cielo. La noche anterior, después de haberse despedido de la familia de Apio Cesón, quien hizo un gran esfuerzo para disuadirlo, había ido a acostarse preocupado. Era feliz en Arpino. Sabía que había sido enviado allí con una precisa misión.

Tiempo después, algo le dijo que su tarea estaba cumplida, que debía marchar hacia Roma. Toda la noche, con los ruegos del pequeño Antonio sonando todavía en sus oídos, se estuvo formulando una pregunta: «¿Por qué voy a Roma?».

A la mañana echó a un lado sus inquietudes. No sabía aún por qué se encaminaba a Roma, pero la razón aparecería a su debido tiempo. Nunca había sido capaz de explicarse por qué, cuando se bañaba en las aguas de la playa de Capua, había dirigido sus ojos hacia Arpino; o por qué, habiendo llegado a los campos de melones de Cesón, había aceptado aquel empleo... Era como si hubiera sido guiado irresistiblemente por una mano invisible...

Al atardecer, el tortuoso camino se desvió en un gran ángulo, alejándose de la cadena de montañas, y comenzaron a unírsele, ensanchándolo, varios tributarios. Se estaba convirtiendo en una activa carretera, recorrida en todos sentidos por carros cargados y coches provenientes de las vías y sendas del fértil valle. El día era caluroso y el aire estaba cargado de polvo. Los conductores irritados castigaban cruelmente a sus burros y gritaban obscenidades, mientras se disputaban el derecho al paso. Cada kilómetro acrecentaba la confusión y agudizaba la ostentosa brutalidad de los mercaderes que se dirigían a Roma.

Era como si la ciudad imperial hubiera extendido sus malévolos brazos en todas direcciones para apresar y corromper a sus víctimas mientras marchaban hacia la órbita de su fétido aliento. Como si aquellos hombres, avergonzados de sus rústicas simplicidades, hubiesen llegado a creer que parecerían ciudadanos maldiciéndose unos a otros. Marcelo, que hacía su viaje a la zaga de la malhumorada cabalgata, se preguntó si encontraría en Liorna muchas personas puestas a escuchar sobre el hombre de Galilea...

Al llegar, a la puesta del sol, a la importante ciudad de Alatri, encontró hundida en el más infernal bullicio a la única taberna. Un agitado grupo se encontraba en el patio. El salón comedor estaba vacío. Se abrió paso hasta ese patio y preguntó a un hombre alto qué ocurría. Acababan de llegar de Roma noticias dando cuenta de que el príncipe Cayo había muerto.

Luego el tabernero, de pie sobre una silla, anunció imponentemente que todos los que no desearan ser servidos saliesen para hacer lugar a sus clientes. La mayoría de los harapientos se fueron perezosamente. En el centro del cuarto, tres compradores de lana recién llegados de Roma, vestidos ostentosamente, lavaban el polvo del día con

un botellón de vino. Reunido a su alrededor estaba un atento auditorio, ansioso por saber más detalles concernientes a la tragedia. Marcelo se acercó y escuchó. La noche anterior había habido un banquete en el palacio del tribuno Quinto y su esposa Celia, sobrina de Seyano, en honor del joven Calígula, hijo de Germánico, quien había llegado precisamente de las Galias. El príncipe Cayo se había sentido mal súbitamente en la cena, para luego morir antes de una hora.

Los mercaderes de lana, conscientes de la atención de su auditorio y perdiendo la discreción a medida que volvían a llenar las copas con el segundo botellón, continuaron comentando el acontecimiento con aire de conocedores, casi como si hubiesen estado presentes en el banquete fatal. Era evidente que conocían los chismes de la corte, como podía por cierto conocerlos cualquiera que en Roma tuviera relaciones con los sirvientes imperiales.

Casi no se dudaba que el príncipe había sido envenenado, declararon los hombres. Últimamente gozaba de muy buena salud. Su enfermedad había sido violenta y fugaz. El tribuno Tulio, que esa misma tarde había desposado a la joven hija del senador Galión, hermana del tribuno Marcelo, que pereciera ahogado unas semanas antes, había dicho algunas palabras audaces al príncipe, al anochecer, pero ambos estaban tan ebrios que no había que dar importancia a ese asunto.

Seyano había estado durante la cena frente al príncipe, y todos sabían que no tenía interés por Cayo. Pero se convenía en que si bien el astuto anciano hubiera deseado asesinar al príncipe, tenía demasiado buen sentido para haberlo hecho en tales circunstancias.

—¿Cómo es que Quinto puede vivir en un palacio y ofrecer costosos banquetes? —inquirió el tabernero, ansioso por demostrar que también él sabía una o dos cosas sobre la gente importante—. El anciano Tusco no es rico. ¿Qué ha hecho Quinto para tener una fortuna? ¡Nunca ha dirigido expediciones!

Los mercaderes de lanas cambiaron miradas de entendimiento y se encogieron de hombros.

—Quinto y el príncipe eran grandes amigos —dijo el gordo, que se inclinaba sobre el botellón.

—¡Quieres decir el príncipe y la esposa de Quinto! —rió entre dientes temerariamente el que llevaba borlas de plata en el turbante.

—¡Oh! ¡Oh! —adivinó el posadero—. ¡Tal vez por eso ha pasado!

—No tan rápido, ¡hombre sabio! —amonestó el mayor de los tres pesadamente—. Quinto no estuvo en el banquete. ¡Fue enviado a Capri a último momento!

—¿Quién lo hizo entonces? —persistió el fondero.

—Bueno, pues eso es lo que todos desean saber —protestó el gordo levantando el botellón vacío—. ¡Aquí! ¡Llena esto y no hagas tantas preguntas! —Echó una mirada sobre el silencioso grupo de los oyentes, deteniendo sus ojos por un momento frente a Marcelo—. Estamos hablando con demasiada libertad —murmuró.

Marcelo salió, seguido por el posadero, y pidió un baño y habitación para pasar la

noche. Un sirviente lo guió hasta su estrecho y poco acogedor aposento, y él comenzó a reflexionar al quitarse las ropas.

Así que ahora Diana no tendría que preocuparse más por las atenciones de Cayo... Eso era un gran alivio. ¿Quién regiría a Roma ahora? Tal vez el Emperador nombraría al viejo Seyano, por el momento.

¡Así que Cayo había sido envenenado! Tal vez Celia lo había hecho... Quizás el príncipe la había maltratado... Él no podía ser fiel a nadie; al menos por mucho tiempo... Pero, no; Celia no lo habría hecho. Lo más probable era que Quinto hubiese dejado instrucciones a un sirviente, pretextando algún asunto urgente en Capri para tenderle una coartada. Quinto podía ordenar fácilmente a su servidumbre... Se preguntó si Quinto habría encontrado, a Demetrio, en Capri. Pero... si lo había encontrado, Demetrio sabía cuidarse muy bien.

¡Así que Lucía se había casado! Eso estaba bien. Ella siempre había querido a Tulio. Marcelo consideró la posibilidad de que Lucía le hubiera contado a su esposo la historia de los crudos intentos de Cayo de hacerle el amor cuando no era más que una chiquilla; si lo hubiera hecho, y si Tulio estaba suficientemente borracho como para sentirse audaz... Pero ¡no, no! Tulio no se habría embriagado hasta el punto de hacer una cosa así. Tulio habría usado una daga.

Marcelo volvió su pensamiento a Celia, tratando de recordar todo lo que podía sobre ella; los ojos inquietos y ardientes; la sonrisa taimada y preocupada que siempre la hacía aparecer mayor de lo que indicaba su cuerpo infantil y delicado... Sí, Celia podría haberlo hecho. Era astuta como su tío Seyano. Bueno, cualquiera que fuera el que había causado la indigestión del príncipe, el peligroso reptil estaba muerto. Eso era un consuelo. Quizá Roma podía esperar ahora un gobernante mejor. ¡Era increíble que el Imperio pudiese tener un gobernante peor que Cayo Druso Agripa!

VEINTITRÉS

CUANDO los veloces jinetes del correo llevaron a Capri la noticia de que Cayo había muerto, el Emperador, según la firme opinión de Julia, estaba demasiado enfermo para que se le dieran noticias sensacionales. Eso, por supuesto, era una tontería, como bien lo sabía la Emperatriz; pues su hijo había sido desde hacía mucho tiempo la aversión favorita de Tiberio, y esta noticia, lejos de causar algún daño al anciano enfermo, le habría hecho revivir temporariamente.

Pero, presumiendo que la trágica muerte del príncipe regente era un acontecimiento calamitoso para ser anunciado al Emperador seriamente enfermo en su lecho, todos reconocieron que Julia tenía razón al ordenar que no se hiciera mención de ello a su debilitado marido, aunque era algo inusitado que la Emperatriz desplegara tanta solicitud en su favor.

Con menos misericordia, Julia confió inmediatamente una carta a manos del exhausto centurión que había traído las malas noticias, ordenándole que retornase a Roma a la máxima velocidad. El centurión, rencoroso por ser echado de la isla sin concederle siquiera una hora de reposo y un botellón de vino, no tuvo escrúpulos en mostrar la dirección del urgente mensaje a su viejo amigo el chambelán, quien lo había acompañado hasta la rada. La carta estaba dirigida a Calígula.

—¡«Botitas»! —masculló el centurión desdeñosamente.

—¡Bribonzuelo! —exclamó el chambelán, que había conocido al hijo de Germánico cuando éste tenía diez años.

La vieja Julia, para quien el destino parecía estar siempre planeando fortuitos acontecimientos, estaba ansiosa por ver a su nieto en esta oportunidad crítica. No había sentido una necesidad tan urgente hacía dos días, cuando Quinto apareció súbitamente con la sugestión, expresada tan diplomáticamente como era posible, de que la Emperatriz invitara inmediatamente al jovencito a Capri. Julia había reído casi alegremente.

—Es una molestia para Cayo, ¿eh? —gritó—. Bueno, dejemos a Cayo soportar su carga lo mejor que pueda, un mes o dos.

—El príncipe ha pensado que Vuestra Majestad estaría impaciente por ver a «Botitas» —susurró Quinto—, y quiso que yo te dijera que él no lo detendrá en Roma si Vuestra Majestad...

Pero ya la situación había cambiado. Julia deseaba mucho ver a «Botitas». ¡Qué suerte para él haber estado disponible en esta hora importante!

Llevando su dolor con la fortaleza que correspondía a una romana y a una Emperatriz, Julia contaba nerviosamente las horas, observando y esperando en sus ventanales que daban al norte, poniéndose casi frenética al ver una larga delegación de senadores en camino? la Villa de Jove; forzando sus viejos ojos para tratar de ver una barca de negro casco —su propia barca— bogando por la bahía, procedente de Puzzoli.

Nadie pensó en Capri, cuando el joven Calígula llegó, que su ambiciosa abuela tenía pensado nada menos que una breve regencia interina para el anormal muchacho, probablemente bajo la dirección de Seyano, que como un niño podría tomar los bamboleantes extremos de las riendas y creer que estaba dirigiendo... Quizá ni Julia misma se había animado a soñar el extraño suceso que iba a ocurrir...

Calígula, a los dieciséis años, era mustio y endeble. Se sacudía cuando caminaba. Su pálida cara de zorro estaba perpetuamente en movimiento con gestos involuntarios y sus inquietos dedos iban siempre royendo y raspando algo como los de un mono. No era ningún tonto, pues tras los móviles y entrecerrados ojos una maliciosa imaginación inventaba ingeniosas ocupaciones que compensaran sus debilidades.

A causa de los defectos del muchacho, Germánico había insistido en tenerlo bajo su vigilancia, aun en el ardor de las campañas militares. Los oficiales lo habían mimado y halagado hasta que llegó a ser abominablemente atrevido y cruel. Sus bestiales jugarretas eran tomadas como diversiones. Alguien había hecho para él un par de botitas, como las que usaban los oficiales del Estado Mayor, y se extendió la leyenda de que el muchachito enfermo de Germánico frecuentemente andaba pasando revista a una legión y aullaba agudamente las órdenes. El caprichoso sobrenombre de «Calígula». (Botitas) le era ya tan común que nadie recordaba que le había sido puesto por su tío Cayo. Como era un chiquillo, todo lo que hacía Calígula era gracioso, incluyendo los vandalismos y brutalidades más horribles. Cuando llegó a los dieciséis años, ya no se veía como gracia que Botitas se echara sobre un centurión y lo abofeteara; hasta Germánico, notando que su hijo se estaba poniendo intolerable, pensó que era tiempo de darle un cambio de escena. Y así, fue enviado nuevamente a Roma para visitar a su tío Cayo, de quien se esperaba que hiciese algo por él. Qué clase de milagro hubiera llevado a cabo el príncipe sería eternamente motivo de conjeturas. Pero se decía que los oficiales de la plana mayor de Germánico, al conocer la muerte de Cayo, estuvieron de acuerdo en que difícilmente podría haber calculado su partida con mayor oportunidad.

Calígula llegó a Capri al atardecer, y la anciana Julia lo llevó en seguida, debidamente instruido sobre cómo comportarse, a la tétrica habitación del Emperador, donde una docena o más de senadores permanecían en la obscuridad, evidentemente esperando que Tiberio advirtiera su presencia.

El anciano despertó aturdido para encontrarse a un jovencito lloroso, arrodillado junto a su lecho. Con voz apenada, la Emperatriz explicó que el pobre Cayo había muerto y Calígula estaba inconsolable.

Tiberio aclaró con un esfuerzo su mente, y palmeó débilmente a Calígula en la cabeza.

—¿El niño de Germánico? —murmuró exhausto.

Calígula asintió, sollozó ruidosamente y estrechó con suavidad mano descarnada.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, señor? —preguntó en forma conmovedora.

—Sí, ¡hijo mío! —la vieja voz cansada de Tiberio era casi imperceptible.

—¿Quieres decir... el Imperio? —preguntó Julia, muy agitada.

Los atentos senadores se aproximaron al lecho.

—Sí... el Imperio —suspiró Tiberio débilmente.

—¿Habéis oído esto? —El tono de Julia fue agudo y desafiante cuando se dio vuelta para enfrentar al asombrado grupo detenido junto a la cama—. ¡Calígula va a ser Emperador! ¿No es así, Majestad?

—Sí —susurró Tiberio.

Era ya avanzada la noche. El Emperador agonizaba. Había estado cerca de la muerte en varias ocasiones. Esa vez era el fin no cabía duda.

Los doctos médicos, habiendo agotado todos sus recursos, se turnaban para tomar el pulso débil. Los hierofantes, que habían pasado el día enfriándose los talones en el atrio, fueron admitidos para hacer sus solemnes ejercicios. Los senadores, que habían sido invitados a salir después del increíble anuncio hecho al crepúsculo, tenían permiso para entrar, ahora que era seguro que el anciano no diría nada más. Presas aún del aturdimiento por el golpe recibido, se preguntaban cómo informarían al Senado que el incapaz hijo de Germánico iba a regir el Imperio... Desde luego, el Senado, si se rebelaba valerosamente, podía anular la acción de Tiberio, pero no era probable que esos ancianos se arriesgaran a ofender a Germánico y al ejército. No, su nuevo Emperador, para bien o para mal, sería Botitas.

Diana Gala no había visto al Emperador desde hacía dos semanas. Por orden de la vieja Julia no la debía admitir. Cada mañana y cada noche, la joven había aparecido en la puerta del cuarto imperial para preguntan informándosele que el Emperador estaba demasiado enfermo para ser molestado. Poco después de llegar a Capri, Demetrio había sido designado guardaespaldas de Diana. Lo extraño era que la idea había partido del mismo Tiberio, quien, tal vez presintiendo que no sería capaz de velar durante mucho tiempo más por su adecuada seguridad, había presentido que el intrépido esclavo de Marcelo la protegería. Como el Emperador estaba cada vez más débil, y la influencia de la Emperatriz crecía, oprimiendo a toda la isla, la ansiedad de Demetrio por el bienestar de Diana aumentó, aunque se cuidaba de no dejarle conocer toda la magnitud de su preocupación. Comenzó a hacer secretamente planes para su rescate, en caso de que la situación de Diana se tornara crítica.

A raíz de la partida forzosa de Marcelo, Diana se había vuelto inquieta, triste y solitaria. No había nadie en la isla en quien poder confiar. La mayor parte de las horas del día las pasaba en la pérgola, leyendo sin interés y trabajando indiferentemente con las agujas de bordado. A veces llevaba a alguna de sus doncellas para tener compañía. Siempre que iba sola, Demetrio la seguía a prudente distancia y sin hablar. Ella siempre había admirado al griego, profunda y sinceramente. Ahora comenzó a apoyarse en él como en un amigo íntimo y comprensivo.

Cuando se extendió por Capri el rumor de que Marcelo se había ahogado, Demetrio tuvo la certeza de que no era verdad, y consoló a Diana con sus razones. Marcelo no tenía ningún motivo para suicidarse. Había llegado a tener conciencia de

una nueva y seria obligación. La historia de que Marcelo se había ahogado mientras la «Augusta» estaba rodeando el promontorio de Capua, a sólo poco más de un kilómetro de distancia del puerto, hizo sonreír a Demetrio, tanta era la confianza que tenía en que su amo había aprovechado la ocasión para desaparecer. Diana también creía esto, pero Demetrio tenía que asegurárselo una y otra vez cuando su melancolía se volvía opresiva.

El mutuo tratamiento era cada vez menos formal a medida que pasaban los días. Demetrio se sentaba en los escalones de la pérgola y contestaba a las persistentes preguntas de Diana sobre la vida que él y Marcelo habían llevado en la casa de Eupolis, sobre Teodosia y sobre su escapada después del incidente con Quinto, por quien ella sentía el mayor de los desprecios.

—¿Volverás a Teodosia cuando seas libre? —le preguntó un día—. Tal vez esté esperándote... ¿Has tenido alguna vez noticias de ella?

Si. Demetrio le había escrito y había recibido noticias de ella, aunque no durante mucho tiempo. Uno nunca podía decir qué ocurriría... Sí, si fuera libre, y Marcelo no tuviera ninguna necesidad de él volvería a Atenas.

Las tardes pasaban rápidamente; Diana se mostraba insaciable con sus preguntas, y Demetrio seguía contándole interminables relatos de la tienda del anciano Benyosef, de Stéfanos y de los galileos que hablaban en voz baja sobre el misterioso carpintero que había resucitado para vivir eternamente.

Diana escuchaba con atención, mientras se inclinaba sobre los pequeños tapices y medallones de su encaje. Las manos de Demetrio también estaban ocupadas, retorciendo y trenzando pequeños trozos de cáñamo que había recogido en las radas, y uniéndolos expertamente en cuerdas largas y fuertes. Bajo el suelo de la parte de la pérgola que daba al mar había escondido sus utensilios, lo cual divertía a Diana.

—Eres como un ardilla, ¡Demetrio! —había observado cierta vez bromeando—. ¿Por qué escondes tus cosas si no tienen valor, como dices? —Un día se inclinó sobre el hombro de él y observó cómo trabajaba intensamente las cuerdas de cáñamo trenzadas con su punzón de madera—. Pero... ¡estás haciendo un cordaje! —exclamó—, ¿Para qué quieres esto? —Siguiéndole hasta una esquina de la pérgola, se sorprendió al ver un enorme rollo escondido—. ¡Creo que eso es algo más que un entretenimiento! —declaró gravemente.

—Esto mantiene mis manos ocupadas —contestó Demetrio lentamente—. Tú tienes un tapiz. Yo tengo mi cordaje.

Después de cumplir sus labores del día, y una vez que había visto a Diana segura en su departamento, tenía la costumbre de dar largos paseos por la noche. Los centinelas llegaron a acostumbrarse a sus extraños hábitos nocturnos, y no les atribuían importancia. Caminaba por los tortuosos senderos, deteniéndose para charlar perezosamente con los solitarios guardias, y descendía los escalones que conducían a las radas, donde a los marineros y empleados de los muelles llegó a serles familiar. A veces prestaba ayuda por una o dos horas, zurciendo velas uniendo

cuerdas, tapando vías de agua con brea y estopa. Frecuentemente, habiéndole pedido a Diana que ordenara para cenar más de lo necesario, aparecía por los muelles con dulces y otras golosinas.

Cada noche, cuando volvía del puerto, se traía tanto cáñamo como podía ocultar en su túnica. A nadie le importaba. Lo querían, y podía hacer lo que le venía en gana. A menudo tomaba alguno de los botes libres y remaba por la rocosa orilla de la isla durante unas horas, explicando que necesitaba ejercicio. Los marineros haraganes lo consideraban algo excéntrico, pero deseaban agradarle.

Temprano, todas las mañanas, una barca de carga iba hasta Puzzoli para encontrar a los granjeros, cosechadores de frutas y carniceros que llevaban hasta allí sus productos para la isla. Una noche, cuando Demetrio apareció en el puerto, encontró a los peones del muelle especialmente interesados en verle.

Un gran cargamento de melones de Arpino había llegado después del mediodía, y uno de los melones —¡era casi increíble!— había sido enviado expresamente para Demetrio. Se lo dieron, y permanecieron con los ojos agrandados por la curiosidad, mientras él abría la pequeña caja de tablillas.

—¿Conoces a alguien en Arpino? —preguntaron.

—¡Tiene una chica en Arpino! —exclamó riendo a carcajadas un marinero.

Demetrio no podía pensar en nadie que pudiese mandarle un melón desde Arpino... o cualquier otro lado. Lo dio vuelta con lentitud entre sus manos. Sobre un costado, había sido hecho ligeramente, con la punta de un cuchillo, un dibujo pequeño y tosco.

Es el nombre de alguien, ¿no? —preguntó uno, Todos se aproximaron para sazonar el misterio con el olor del ajo que despedían.

—¡Probablemente es una broma! —exclamó volviéndose un viejo marinero—. ¡Ese umbriano tonto que cuida la barca te ha hecho una jugarreta!

Demetrio rió entre dientes y dijo que se la haría pagar: pero a duras penas consiguió ocultar su excitación. No era la broma de un barquero, ¡El dibujo hecho sobre el melón era el esquema irregular y casi irreconocible de un pez! ¡Así que Marcelo estaba en el asunto de los melones!

A la mañana siguiente, al sentarse en la pérgola para charlar, Demetrio le preguntó a Diana si conocía los melones de Arpino, y ella dijo entonces que en su casa eran muy gustados.

* * * * *

Aquella tarde, todo Capri estaba excitado por la llegada del joven Calígula. Demetrio lo alcanzó a ver, pataleando al lado de la Emperatriz cuando penetraban en la Villa de Jove. Una hora después la isla entera había temblado al saber que ese jovencito repulsivo llevaría la corona dentro de poco tiempo. En consecuencia, con este desagradable rumor se había extendido la noticia de que el Emperador había

caído en un profundo coma, del cual probablemente no se recuperaría.

Ahora que Tiberio ya no contaba, y el insoportable nieto de Julia estaba casi en el trono, la Emperatriz, era capaz de cualquier atrocidad que el capricho le sugiriese. Podía ser bastante vil, pensó Demetrio, para insistir en que Diana concediera favores a Calígula. Cuando cayó la noche, hubo una confirmación de tales pronósticos. Diana había sido invitada a una cena privada con la Emperatriz y su ahora eminente nieto. A pesar del hecho de que el Emperador estaba por exhalar el último suspiro, ¡el joven Calígula debía tener alguna agradable diversión! Con evidente desgano Diana aceptó la invitación, comprendiendo que no era nada menos que una orden.

—Ayer —siguió Demetrio—, cuando la barca de carga llegó del continente con melones, había uno enviado especialmente para mí. —Se levantó y lo alcanzó a Diana. Ella lo inspeccionó con interés.

—¡Qué broma! ¿Conoces a alguien allí? ¿Qué es este dibujo? Parece un pez. ¿Qué significa?

—Cuando los cristianos de Judea y Galilea —explicó Demetrio, volviendo lentamente a sentarse en los escalones— desean informarse unos a otros de sus paraderos, o del camino que han tomado, trazan esa tosca figura, en la arena del camino, en la roca de un cruce de carreteras o sobre una puerta. Si dos extraños se encuentran en la mesa de una taberna, y uno de ellos desea saber si el otro es cristiano, traza distraídamente la imagen de un pez con el dedo.

—¿Por qué un pez? —inquirió Diana.

—La palabra griega que significa pez está hecha con las iniciales de las palabras que dicen: «Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador».

—¡Qué interesante! ¿Pero supones que hay algún cristiano en Arpino?

¡Por lo menos hay un cristiano en Arpino —dijo con lentitud— y creo que ambos sabemos quién es!

¡Marcelo! —susurró Diana sin aliento.

Demetrio la acompañó a la Villa de Dionisio, donde durante dos horas llenas de ansiedad ominó de un lado a otro por el helado piso esperando su retorno. Cuando por fin ella salió al peristilo, era evidente por su aspecto que algo le había pasado. Con voz agitada le confió que el detestable Calígula había tenido para con ella tan atrevidas atenciones que la misma Julia le había dirigido palabras duras de reproche.

—¡Esto es el colmo! —declaró Demetrio firmemente—. ¡No puedes permanecer aquí una hora más! ¡Trataré de sacarte de la isla esta misma noche!

—¡Pero eso es imposible, Demetrio! —protestó ella.

—Ya veremos... Será peligroso, sin duda... Pero más vale probar. —Brevemente la instruyó sobre lo que debía hacer. Diana asintió—. No tendrás miedo, ¿verdad? —preguntó sondeando sus ojos.

—¡Sí! —confesó ella—. ¡Por supuesto que tendré miedo! ¡No veo cómo podré hacerlo! ¡Pero... probaré! ¡Prefiero ahogarme antes que ese idiota ponga otra vez sus manos en mi!

—Sal de la Jove, entonces, y ve sola hasta tu pérgola, una hora después de medianoche.

Dejando a Diana frente a su puerta, Demetrio comenzó su acostumbrada excursión nocturna. Fue primero a la pérgola, donde sacó la larga cuerda de su escondite; después de asegurar un extremo a un pequeño pino la arrojó casi perpendicularmente al precipicio, donde quedó oscilando. Durante un momento permaneció allí, mirando por sobre la pared ligeramente inclinada de la roca la violenta marejada que se agitaba abajo, y retrocedió mientras se imaginaba las sensaciones de Diana al enfrentar esta aventura. Sin duda demandaría una buena dosis de coraje. ¡Ni él mismo hubiera deseado hacerlo!

Retornando rápidamente a sus habitaciones, recogió el compacto paquete de ropas que había reunido para Diana: una burda camisa de albañil, pesadas sobrecalzas y un gorro como el que llevaban los hombres del muelle. Al pasar, los centinelas lo atajaban para charlar sobre los sorprendentes acontecimientos del día y estaba obligado a detenerse. El tiempo era precioso, pero no debía levantar sospechas aparentando prisa o nerviosidad. En la rada, desenganchó el mejor bote disponible, armó los remos, saludó con las manos a los marineros, y partió lentamente a la luz de la luna. Tan pronto como lo permitió la discreción, comenzó a apurar las remadas. Fue largo y difícil atravesar el extremo este de la isla. Las olas se hicieron grandes súbitamente cuando salió al viento del mar abierto.

El corazón de Demetrio latía furiosamente. No era sólo el esfuerzo agotador, sino el temor de que Diana fuese capturada. En una ocasión ordinaria, hubiera sido casi imposible para ella ir a su pérgola tan tarde sin que la interrogaran... Pero era completamente normal esa noche en Capri. El Emperador estaba muriendo. Ningún comportamiento podría parecer raro. La gente iba de un lado a otro por asuntos insólitos. Quizá Diana no tuviera inconveniente en cumplir su cita; pero, aunque fuera suficientemente afortunada como para hacer eso, era un peligroso riesgo el que quedaría aún por enfrentar.

Por fin, Demetrio reconoció, a la luz de la luna, el alto farallón y los aleros que sobresalían de la pérgola. Maniobrando el pesado bote tan cerca de las rocas como le era posible, Demetrio esforzó sus ojos mirando hacia la cima. El bote resultaba casi ingobernable en medio de la persistente agitación de la alta marea. Los minutos avanzaban penosamente, mientras escudriñaba palmo a palmo los cincuenta metros de arrecifes suspendidos sobre las olas.

De pronto, su corazón dio un salto. A poca distancia de la cima, una figura vestida de gris estaba descendiendo. Diana parecía muy pequeña e insegura. Demetrio deseaba que fuera más despacio. Ya le había advertido esto. Podía despellejarse las manos; tal vez hubiera tenido que soltarse. Cuando faltaba un poco más de la mitad del camino, se deslizó varios metros antes de que pudiera asegurarse apretando fuertemente sus piernas a la soga.

Los ojos de Demetrio se agrandaron al ver el hecho sorprendente que estaba

ocurriendo. El descenso de Diana había terminado. ¡Ahora estaba subiendo! Miró hacia la cumbre del farallón. Dos figuras, en el borde, estaban levantando la cuerda. Demetrio largó los remos e hizo una bocina con sus manos.

—¡Salta, Diana! —gritó.

El bote sin control fue llevado hacia la pared por una ola que casi lo deshizo contra las rocas. De repente, Diana saltó, dejando la cuerda y cayendo violentamente sobre el lomo de una ola. Esta, en su retroceso, la alejó del lugar. Aplicándose a los remos, Demetrio arrastró el bote lejos del farallón, escrutando el agua desesperadamente. Alcanzó a ver la cabeza que aparecía sobre una gran ola. Diana estaba nadando. Remó en su dirección y la rodeó con su brazo. Estaba muy asustada y respiraba entrecortada y sollozantemente. Demetrio se inclinó hacia fuera sobre la banda del bote. Diana le rodeó el cuello con sus brazos y él la levantó sobre la borda, Cayó hecha un ovillo a sus pies, mojada y exhausta.

El corintio desagotó la pesada embarcación, y comenzó el difícil viaje alrededor de la isla, manteniéndose dentro de la sombra de las rocas. Era un camino duro. A veces parecía que no avanzaban nada. Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron en las tranquilas aguas del lado de la bahía. Completamente agotado, Demetrio introdujo el bote en la oscuridad de una gruta y se echó a descansar con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

—¡Eres una chica valiente, Diana! —dijo con voz ronca.

—No me siento muy valerosa —contestó ella con voz débil—. ¡Pero sí terriblemente fría!

—Hay algunas ropas secas para ti en el cajón de la popa —La tomó de la mano para sostenerla mientras pasaba sobre su asiento—. Levanta la red y las encontrarás.

—¿Es esto un disfraz? —inquirió ella después de un momento.

—No. Su fin es mantenerte confortable.

—¿Por qué Acteón y el otro guardia no tiraron sobre mí? —preguntó Diana.

—Porque podrían haberte herido —respondió pronto Demetrio—. No debes temerle a una flecha. A Acteón se le dijo que te cuidara en la isla; no que te hiciese daño... ¿Sabías que estaban siguiéndote?

—No, hasta que casi estuve en la pérgola... Les oí detrás de mí y reconocí la voz de Acteón llamándome... Tuve una sensación horrible cuando comenzaron a levantarme. —Diana se estremeció—. Fue difícil largarme de esa cuerda.

—¡Ya lo creo que debe haberlo sido!... ¿Estás entrando en calor ya? —Demetrio comenzó a remar—, ¿Encontraste el gorro?

—Sí. ¡Es espantoso todo esto! ¿Dónde vamos ahora, Demetrio?

—Hacia el continente... y por la costa hacia arriba, hasta alguna bahía.

—¿Y luego qué... y dónde?

—Mañana nos esconderemos durante el día y remaremos toda la noche. Dejaremos el bote en algún lugar cerca de Formia... Pero no te preocupes. Estás fuera de la isla peligrosa. ¡Nada más importa!

Diana permaneció silenciosa un largo rato. Demetrio se había dedicado a su pesada tarea. Los remos golpeaban, firme y poderosamente, mientras la embarcación avanzaba entre una rápida brisa. Una ola ocasional se rompió contra la borda y los bañó con espuma.

—¡Demetrio! —llamó Diana—. ¿Qué distancia hay de Formia a Arpino?

—Cincuenta millas hacia el noroeste —exclamó Demetrio entre dos remadas.

—¿Estuviste allí? Pareces conocer esa comarca.

—No... nunca estuve allí... miré, en el mapa.

—¿Vamos a Arpino?

—¿Quieres?

Diana no respondió. La brisa se estaba haciendo más fuerte y Demetrio trabajaba duramente. Otra ola se rompió contra el bote.

—Encontrarás... un balde de cuero para desaguar. por allí —gritó Demetrio—. No estás asustada... ¿verdad?

—No, ahora no —contestó ella mucho más animada.

—Mantenme en línea con aquella hilera de luces, de Puzzoli.

—Un poco a la derecha, entonces, Demetrio; parece casi como si alguien estuviera protegiéndonos esta noche.

—Sí, Diana.

—¿Crees verdaderamente eso?

—Sí.

—¿Crees que «él» nos cuidaría... si se desatara una tormenta?

Demetrio sacó la vieja embarcación del seno de dos olas y por un rato remó fuertemente. Luego respondió, con palabras separadas por los movimientos de los largos remos.

—Sé que «él»... cuidó... a sus amigos... durante una gravísima tormenta.

* * * * *

Tan impaciente estaba Calígula por ocupar su alto cargo, que la ceremonia del funeral de Tiberio, al que no asistió a causa de una ligera indisposición, fue prácticamente eclipsada por las suntuosas preparaciones para la coronación; y en cuanto a las exequias del tío Cayo, no muchos príncipes fueron enterrados con menos pompas o tan poco costo.

Quizá, si el Emperador hubiese sido un héroe más popular, el sentimiento público hubiera exigido una demostración de mayor afecto por la eterna partida del anciano; pero tan poco se había oído de él durante los últimos doce años que a nadie le importaba realmente si vivía o no.

Hasta en el Senado, donde los romanos más elocuentes eran prácticos en decir cosas que no sentían, las oraciones de alabanza a Tiberio fueron de una insipidez espantosa.

No hubo un intervalo razonable de duelo por aquella circunstancia. Toda la noche los obreros la pasaron descolgando los trapos funerarios situados a lo largo del Corso de la Vía Sacra, por donde el Emperador había hecho esa tarde su último viaje. Los patricios más viejos se molestaron por esta irreverencia: no era que a alguno de ellos les importara un bledo de Tiberio —quien, para bien del imperio, debía haber muerto varias años atrás— sino que era malo para Roma, pensaban, coronar a un joven tan atrevidamente desafiante de las costumbre... Pero las tradiciones significaban tan poco para Calígula como el consejo de sus desanimados ministros. Las historias sobre su anormal egoísmo, sus ataques y sus rabietas, y su completa irresponsabilidad, se extendieron por la ciudad como el fuego.

Las festividades de la coronación duraron una semana y fueron realizadas con un despilfarro que no tenía precedente en la experiencia de la capital de cualquier nación. A cientos de miles se les dio alimento y vino y entrada a los juegos, los cuales, por la desenfrenada brutalidad, y temeraria matanza que en ellos imperó, excedieron todo cuanto Roma había visto.

Los principales súbditos del Imperio permanecían horrorizados, asombrados y silenciosos. En cuanto al hambriento populacho, Botitas era su hombre. Mientras diera pan y circo no les preocuparía con qué o cómo eran pagadas las cuentas. Ciertamente, Botitas les hacía creer que era por su generosidad personal que alimentados y entretenidos, y fue rápido en denunciar a los poderosos, quienes, exclamaba, eran responsables de la pobreza del pueblo.

El anciano Seyano, asustado y desesperado, se presentó ante el Senado para exigir una acción inmediata, pero no se hizo nada. Aquella noche Seyano cayó asesinado. Y la vieja zorra de Julia, que había llegado a Roma esperando ser glorificada como la Emperatriz viuda, fue embarcada sin ceremonias en la trirreme imperial y enviada a Capri.

El Palacio se degradaba con reuniones disolutas que se prolongaban por noches y días. La decencia más elemental había sido abandonada. Los banquetes estaban atiborrados de «invitados» sin invitación. Inapreciables objetos de arte eran derribados y rotos sobre los pisos de mosaicos. Huéspedes desenfrenados se deslizaban y rodaban por las escalinatas de mármol. ¡Nunca se había visto juntos tantos borrachos!

Procesiones triunfales, improvisadas rápidamente en celebración de algún feriado del cual nadie se acordaba, marchaban sin anuncio previo por las avenidas, llevando en un carruaje dorado al Emperador, llamativamente ataviado, borracho, desgredado, haciendo muecas, saltando y echando en las manos de la histérica muchedumbre puñados de sestercios, que sacaba de una gran bolsa que sostenía Quinto en sus brazos. Mientras los harapientos luchaban como perros en las zanjas cenagosas, el pomposo Quinto, favorito de Botitas, gozaba alegremente con este deporte. Aún tenía sus labios abiertos e hinchados por un brutal golpe. Todos sabían que lo había recibido de las enjoradas manos del maníaco nieto de la vieja Julia.

Los patricios permanecían en sus mansiones, silenciosos y estremecidos por la ira y la desesperación. No podían hacer nada. No protestaron cuando Calígula ordenó que decapitaran los venerados bustos del foro, reemplazándolos en imponentes ceremonias por otros de mármol de el mismo. No protestaron cuando hizo construir un establo de oro y marfil en el palacio para su caballo Incitato, ni protestaron cuando elevó a Incitato al rango de cónsul.

El populacho rió exageradamente cuando Botitas anunció que Incitato era divino. Molesto porque su declaración había sido tomada en broma, se apresuró a lanzar un edicto ordenando que su distinguido caballo debía ser adorado en los templos de allí en adelante, ante el considerable embarazo de los sacerdotes, cuya dignidad, por razones de otras órdenes excéntricas provenientes el trono, ya tenía necesidad de una reparación.

Casi todos los días, el Emperador inquiría salvajemente a Quinto si se había hecho algún progreso en la búsqueda de la activa y hermosa hija de Galo, y su enojo crecía al saber que no se tenía el menor indicio de su paradero. Habían enviado un destacamento de guardias a la villa del ausente legado. Los movimientos de Paula, si podía decirse que la infeliz mujer se movía, eran vigilados cuidadosamente. Todos los sirvientes habían sido interrogados, azotados, torturados. En Capri, el guardia Acteón y tres peones del muelle habían sido condenados a muerte, Y Quinto había sido advertido de que mejor para él sería que trajera más favorables noticias de aquella investigación...

Pero el fracaso de Quinto en la búsqueda de Diana no se debía a la carencia de interés personal en el asunto. No cabía duda de que cuando encontraran a Diana encontrarían probablemente a Demetrio... Tenía él una deuda sangrienta con éste. Le irritaba pensar que no le habían avisado de la presencia del griego en la isla, al visitar a la Emperatriz, a pedido de Cayo, para implorarle que quitara a Calígula de sus manos...

Desde luego, era posible que Diana y Demetrio se hubieran ahogado. Su bote había sido hallado a la deriva. El tiempo había estado tormentoso. Nadie, a lo largo de la costa, había visto a los fugitivos.

Botitas se exaltaba y gritaba. Diana era la única persona que se había atrevido a mirarlo con indudable desprecio. Además, de acuerdo con la historia de su fuga, ella tenía mucho valor. «Será un placer vencerla», murmuraba enfadado. Los labios hinchados de Quinto sonreían obsequiosamente, pero la contracción de sus cejas denotaba un gesto de advertencia.

—Es el esclavo Demetrio quien, Majestad, dispuso la fuga; deberá ser capturado si queremos apoderarnos de la hija de Galo.

—¿Por qué? —aulló Calígula—. ¿El esclavo está enamorado de ella? ¿No dijiste que ella amaba a aquel tribuno loco que crucificó al judío y que perdió la cabeza pensando que había matado un dios?

Los ojos de Quinto se iluminaron por la sorpresa que le produjo ver que Botitas

recordaba lo que le había contado sobre el galileo. Calígula había estado muy ebrio y había parecido no prestar atención. Por lo visto, la historia le había impresionado.

—Es cierto, Majestad. Pero este Demetrio era esclavo de Marcelo, hijo de Galión. Sin duda ha jurado proteger a Diana.

—¡Si puede!

—Si no puede, señor, y Diana es capturada, este griego no titubearía en arriesgar su vida por vengarla.

—¡Puf! ¿Qué podría hacer?... ¡Eres miedoso, Quinto! ¿Crees que este esclavo se atrevería a llegar por la fuerza a nuestra presencia?

—El griego es un hombre peligroso. Majestad —advirtió Quinto—. ¡Una vez fue bastante audaz como para atacar a un tribuno con sus puños!

—¿Y vivió? —exclamó Calígula.

—¡Abiertamente! ¡Y llegó a ser miembro de la guardia del Emperador en la Villa de Jove!

—¿Conocía Tiberio el delito de su esclavo?

—Sin duda. La Emperatriz lo sabía, pues yo se lo dije.

—¿Quién era el tribuno atacado por el griego?

Quinto se agitó, y Calígula, observándolo mordazmente, comenzó a reírse, Quinto se ruborizó y sonrió servilmente.

—El Emperador Tiberio nunca me estimó, señor —murmuró cobardemente.

—¡Quizá el viejo nombró al esclavo miembro de su guardia para recompensarlo! —Calígula rió entre dientes—. Bueno, he aquí una oportunidad de ajustarle las cuentas a ese salvaje. ¡Encuéntrale, y termina con él! —advirtió con un gesto apropiado.

Quinto frunció los labios lentamente y elevó los hombros.

—¡No gozaría manteniendo un duelo con un esclavo, Majestad!

Botitas se ahogaba de risa.

—¡No con éste, de cualquier modo! —Repentinamente se puso serio y frunció el ceño—. ¡Date prisa para acabar con ese griego! Si tienes miedo de encontrártelo, deja que uno más valiente se entienda con él. No nos gusta la idea de que el asunto se prolongue mucho tiempo. Pero... cuéntame más sobre ese Marcelo... Se arrojó al agua, pues. Llegó a ser un adepto del judío, ¿eh? ¿A la hija de Galo le interesan esas ideas?

Quinto dijo que no lo sabía, pero que había razones para creer que el esclavo griego era cristiano, pues había convivido con a gente en Jerusalén.

—Pero él lucha, ¿no? Creíamos que el culto de ese loco Jesús no permitía las peleas.

—Bueno, puede que sea así —admitió Quinto—. Pero si este griego se enfurece, no pedirá permiso a nadie para pelear. ¡Es un animal salvaje!

Botitas nerviosamente manoseaba sus verrugas.

—¿Qué piensas de la fuerza de nuestros guardias de palacio Quinto?

—Son despiertos, señor, y leales.

—Sería completamente imposible para un asesino penetrar en nuestro dormitorio, ¿eh?

—Desde afuera sí. Majestad. Pero si el griego decide matar al Emperador, puede que no trate de entrar al palacio. Probablemente salte sobre el carruaje del Emperador con una daga...

—... Y éste será golpeado por el pueblo hasta morir —interrumpió Calígula, mientras su barbilla se movía convulsivamente.

—¡Por supuesto, Majestad! —asintió Quinto, no sin placer al observar la agitación de Botitas—. Pero los golpes podrían llegar demasiado tarde para ser útiles al Emperador. En cuanto al griego, si decide tomar venganza, no se fijará en el precio.

Calígula vació tembloroso una copa que Quito se dio prisa para volver a llenarle.

—¡De ahora en adelante deberá haber una protección mejor para nuestra persona cuando estemos ante el pueblo! Habrá una fuerte guardia doble marchando a cada lado del carruaje imperial. ¡Quinto, te ocuparás de ello!

—La orden de Vuestra Majestad será obedecida. Pero si no es osado opinar, este peligro podría ser evitado, señor. Deja a la hija de Galo, si aún vive, hacer lo que quiera sin ser molestada. El Emperador no tendrá tranquilidad con ella; y tenerla prisionera podría provocar mucha intranquilidad en el ejército, donde el legado, mi padre, es tenido en alta estima.

—Botitas bebió, silbó, y sonrió ruda y burlescamente.

—¡Cuando necesitemos tu consejo, Quinto, te lo pediremos!

¡El Emperador del Imperio Romano no pregunta si sus decisiones son aprobadas por todos los legionarios del ejército! —La voz de Botitas se hizo chillona—. ¡Ni nos interesan las murmuraciones de los viejos gordos del Senado! ¡Tenemos al pueblo con nosotros!

Quinto sonrió con mueca de adulación, pero no hizo comentarios.

—¡Habla, idiota! —chilló Botitas—. ¡El pueblo está con nosotros!

—Por tanto tiempo como tengan qué comer, Majestad —opinó Quinto.

—¡Los alimentaremos cuando nos plazca! —exclamó Botitas reciamente.

Quinto no respondió. Observando que el gran vaso de plata estaba vacío otra vez, lo llenó nuevamente.

—Y cuando no los alimentemos más... ¿entonces qué? —gritó Botitas violentamente—. Habrá desorden... ¿y tendremos que azotarlos para que vuelvan a sus perreras?

—La gente hambrienta, señor —observó Quinto tranquilamente— puede hacerse muy molesta.

—¿Por su despreciable pillaje? ¡Dejemos que roben! Los propietarios de los mercados son ricos. ¿Por qué vamos a ocuparnos de eso? ¡Pero no toleraremos ningún tumulto, ninguna reunión!

—No es difícil, Majestad, tratar a las turbas. Pueden ser dispersadas rápidamente

después que los conferenciantes han sido aprehendidos. En cambio, no es tan fácil interrumpir las reuniones secretas.

Calígula apoyó la copa e hizo un gesto sombrío.

—¿Qué clase de gente son los que se atreven a mantener reuniones secretas?

Quinto meditó una respuesta, frunciendo el ceño pensativamente.

—No sé lo había mencionado a Vuestra Majestad, porque el Emperador ya está sobrecargado de tareas; pero se cree que hay muchos adeptos a ese nuevo culto galileo.

—¡Ah! Esos a lo que se prohíbe pelear... ¡Dejemos que se encuentren! ¡Dejemos que susurren! ¿Cuántos son?

—Nadie lo sabe, señor. Pero nos han dicho que el partido está creciendo. Varias casas, a las que se había visto entrar un cierto número de hombres todas las noches, fueron vigiladas. En varias ocasiones las patrullas las han allanado, no encontrando ningún desorden, ningún arma y, al parecer, ninguna discusión acalorada. En todos los casos, ninguna reunión se volvió a llevar a cabo en ellas. Eso significa probablemente que resolvieron encontrarse en alguna otra parte... El príncipe Cayo los estuvo vigilando durante meses, pero sin mucho éxito.

—Es un asunto sin importancia —gruñó Calígula en tono soñoliento—. Dejémosles encontrarse y charlar. Si desean creer que su judío muerto es un ser divino, ¿qué hay con ello? Incitato también es divino —soltó una risita falsa, de ebrio—, ¡pero a nadie le preocupa mucho!

—Pero esos cristianos proclaman que el galileo no está muerto, señor —replicó Quinto—. De acuerdo con su creencia, ha sido visto muchas veces desde la crucifixión. Lo consideran su rey.

—¡Rey! —Botitas salió repentinamente de su sopor—. ¡Atenderemos a esto! ¡Dejaremos que crean lo que les guste sobre ese judío, pero no toleraremos tonterías sobre su reinado! ¡Arresta a esos idiotas dondequiera que los encuentres, y quebrantaremos esta cosa antes de que comience!

—Ya ha comenzado, Majestad —corrigió Quinto seriamente—, Toda Palestina está llena de ellos. Recientemente, el partido se ha hecho tan fuerte como para manifestarse abiertamente en Corinto, Atenas y otras ciudades griegas.

—¿Qué hacen las autoridades? —preguntó Calígula—. ¿Están dormidas?

—No, Majestad. Los adalides han sido encarcelados y algunos condenados a muerte; pero esta gente es fanática y por eso valiente. Piensan que si mueren por su causa, vivirán eternamente.

—¡Bah! ¡No se encontrará a muchos que crean esa estupidez!... Y los pocos que la crean deben ser personas despreciables, impotentes.

Quinto permaneció un rato silencioso, con los ojos perdidos.

—Cornelio Capitón está muy preocupado, señor... Estima que en el momento actual hay más de cuatrocientos de estos cristianos en Roma.

—¿Y qué está haciendo ante esta traición?

Quinto negó con la cabeza.

—Es un movimiento extraño, señor. Tiene una sola arma: su creencia en que no existe la muerte. Cornelio no tiene medios para aplastar algo que rehúsa morir cuando se le mata.

—¡Estás hablando como un idiota, Quinto! —refunfuñó Calígula—. ¡Ordena a ese cobarde viejo chocho que venga aquí mañana para dar explicaciones! Y tú te preocuparas de que el esclavo griego sea arrestado antes que pasen muchos días... Tráelo vivo si es posible —La voz del emperador se estaba volviendo incoherente—. Llama al chambelán... Nos retiramos...

* * * * *

Si en sus viajes, alguien le hubiera preguntado a Marcelo Galión sí conocía a Roma, él habría replicado que seguramente debería conocerla, ya que había vivido allí toda su vida.

Ahora estaba descubriendo que una cosa era conocer a Roma desde la comfortable altura de un tribuno joven y rico, lujo de un senador influyente, y otra completamente distinta si se la contemplaba desde el punto de vista de un viajero humildemente vestido, que se alojaba temporalmente en una de las posadas cercanas a los mercados públicos que se agrupaban en las márgenes del populoso Tíber, frente a una calle empedrada con guijarros llenas de gente. Una calle que rugía, peleaba y asqueaba... todo el día y toda la noche.

Todavía no se le había revelado a Marcelo por qué se había sentido impelido a regresar a Roma. Hacía diez días que estaba allí, empujado por las multitudes callejeras, sorprendido y disgustado por la desvergonzada codicia, la suciedad y la absoluta indecencia de los miles de indigentes que no vivían mejor que las ratas que recorrían el distrito del puerto. Los arpinos también habían sido pobres y sucios, peleadores y rudos; pero hablan respondido prontamente a las oportunidades de mejorar que se les había dado. Sin duda estas gentes, más miserables que perros, no eran de una especie diferente.

Marcelo trataba de analizar el problema. Tal vez esta degradación general fuese el resultado del excesivo hacinamiento, de la imposibilidad de una vida mejor, del ruido ensordecedor. No se puede ser decente si no se es inteligente; no se puede ser inteligente si no se puede pensar. ¿Y quién podría pensar entre toda esta baraúnda? Añadiendo la pestilencia que emanaba de esa confusión de estrechas viviendas; ¿quién podría sentir respeto siquiera por sí mismo? Marcelo se sentía como menoscabado. No se había afeitado desde hacía tres días. Tenía sí, una buena disculpa. Las condiciones, en la taberna de Apuleyo, no inducían a ello; Nadie se afeitaba, nadie estaba limpio; a nadie le importaba nada de eso...

El día del funeral del Emperador, se había mezclado con la muchedumbre sudorosa y maloliente que se apiñaba en la plaza, frente al Foro de Julio, mientras

llegaba la solemne procesión para las ceremonias. Le impresionó ver cómo había envejecido su padre en estas últimas semanas. Por supuesto que había tenido muchos motivos de pena. Pero se leía una expresión de espanto en las caras de todos esos hombres eminentes. ¡Y no era de extrañar, pues el Imperio estaba ciertamente en una vergonzosa situación! Marcelo se conmovió ante la vista del senador Galión, que siempre marchaba con tan majestuosa dignidad, abandonado ahora a un sentimiento rayano en la desesperación. Había sentido un profundo dolor.

Días tras días, durante otras dos semanas, vagó por las calles, deteniéndose en uno y otro lado para escuchar una acalorada disputa o hacer una amistosa pregunta a algún vecino; pero generalmente los hombres se iban cuando trataba de conversar con ellos. Por su tono y sus maneras, resultaba él de otra clase y desconfiaban. Y siempre el recuerdo del rostro melancólico y del paso débil de su padre lo obsesionaba.

Una tarde, sin poder resistir la angustia, despachó un mensaje para Marcipor, diciéndole brevemente dónde estaba, y requiriéndole una entrevista privada a la hora y en lugar que Marcipor sugiriese; preferiblemente no en la taberna de Apuleyo. Dos horas después el mensajero retornó con una carta en la que se le indicaba a Marcelo que fuera al día siguiente, por la Vía Apia, hasta llegar al viejo cementerio judío. Marcipor lo encontraría allí, cerca de la media tarde.

Marcelo recordó el lugar. Corría una interesante historia sobre él. Medio siglo atrás, cuando Antonio conquistara Palestina, la vida se había hecho tan miserable para los judíos en su tierra que miles de ellos emigraron. A Roma había ido una buena parte.

Alarmados por lo imponente de la inmigración, los romanos restringieron las libertades de estos refugiados. Fueron confinados en el peor lugar de la ribera del Tíber y limitadas las ocupaciones a que podían aspirar. Se les negó la ciudadanía romana y, al tiempo que crecía la animosidad contra ellos, eran despiadadamente perseguidos.

Tradicionalmente respetuosos de sus muertos, los judíos sufrieron horriblemente cuando Roma les asignó para cementerio un terreno situado muy lejos, al sur de la ciudad, donde solo una capa de poco espesor de tierra cubría las macizas rocas de toba que se prolongaban hasta una profundidad de cinco metros. Los patriotas más ardientes hicieron entonces el voto de ir allí por las noches a cavar las tumbas.

A un costo prodigioso de trabajo, los afligidos judíos lograron cavar un túnel oblicuo en el subsuelo. Al nivel más bajo, hicieron largos corredores laberínticos, en las paredes de los cuales cavaron criptas para sus muertos y cuartos donde los apurados fugitivos podían esconderse.

Al pasar el tiempo, las persecuciones se suavizaron, A muchos judíos poderosos, que habían contribuido generosamente a la erección de edificios del estado y monumentos, se les concedió la ciudadanía. Por su influencia, las cargas que pesaban sobre sus compatriotas menos afortunados fueron aligeradas. El viejo terreno del cementerio cayó en desuso. Ahora pocas personas visitaban las «Catacumbas», con

excepción de los estudiantes de antigüedades. Marcelo se preguntaba por qué Marcipor, que era casi un anciano, había elegido este lugar para su encuentro. Había que hacer hasta allí una larga caminata.

Llegó un poco antes de la hora de la cita, pero Marcipor ya estaba allí, esperándolo en el huerto de cipreses que se extendía por medio kilómetro, desde la concurrida carretera hasta las abandonadas tumbas subterráneas.

Marcipor, que estaba sentado en el suelo, se incorporó con rapidez y se adelantó apresuradamente con las manos extendidas; su rostro bien delineado denotaba una profunda emoción, Marcelo estrechó sus manos con gran alegría. ¡Ahora no era un tribuno! El tiempo había quedado atrás para ambos. El muchachito que tan a menudo había ido corriendo hasta el tranquilo y pensativo corintio cuando tenía un dedo cortado o roto un juguete, pasó ahora sus brazos alrededor del anciano y lo acercó a sí.

—¡Temimos que hubieses muerto! —empezó Marcipor emocionado—. ¡La familia ha sufrido mucho por ti! Dime —separó a Marcelo a la distancia de un brazo y estudió su rostro—, ¿Por qué los afliges así? No era de ti hacer esto, hijo mío... ¡Ven, sentémonos! Estoy muy cansado...

—Buen Marcipor, me vi forzado a esta desventurada elección que aflige a mi familia. Si creen que estoy muerto, se apenarán; pero me recordarán con cariño. Si hubiese vuelto a casa, para preñar mi vida a una causa que demanda la completa ruptura con el modo de vivir que se espera del hijo del senador Galión, les hubiera causado una pena más grande. Así están tristes, pero no humillados.

—¿Y por qué tienes que contarme eso mí? —preguntó Marcipor—. Éste es en verdad un pesado secreto para confiarle a uno que desea ser leal a su amo.

—Vi a mi padre el día del funeral del Emperador, Marcipor. Su hermoso rostro estaba triste, sus ojos cargados de preocupación, sus hombros caídos; el porte orgulloso y digno había desaparecido y así la luz de sus ojos.

Traté de olvidar esta afligente visión de mi padre, pero me tortura. Por eso he solicitado tu consejo... ¿Debo regresar? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Con la cabeza gacha y los ojos perdidos, Marcipor meditó una respuesta.

—Desde luego, tú dirás —continuó Marcelo— que debo renunciar al trabajo que he emprendido y reasumir el lugar que me corresponde en la casa de mi padre. No puedo esperar que comprendas la obligación que pesa sobre mí, pues tú no has tenido Oportunidad de...

—¡No hijo mío! —interrumpió Marcipor—. ¡No podrías renunciar al nuevo llamado, ni siquiera si lo trataras! No soy tan ignorante en la materia como tú crees. Una vez que un hombre ha llegado a convencerse de que Jesús, el viviente Hijo de Dios, está aquí para toda la gente, ¡no puede entregar su fe! ¡Si, por alguna razón, se aparta de ella, eso significa que nunca la tuvo!

Marcelo se adelantó con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¡Marcipor! —exclamó—. ¿Eres cristiano?

—Cuando estuviste en casa la última vez, Demetrio quiso que te hablara de mi creencia y de mi asociación con los otros cristianos de Roma...

—¿Otros cristianos? —repitió Marcelo asombrado.

—Sí, hijo mío... Y corren gran peligro. Yo sabía que si te enterabas de que hay una próspera agrupación cristiana en Roma te unirías a ella. Estos hombres, la mayoría de ellos oscuros, pueden reunirse secretamente, en pequeños grupos, sin atraer la atención. Un tribuno no podría hacer esto... Pensó que era más prudente que te mantuvieras alejado de esas reuniones. Días pasados, el Emperador publicó un edicto conminando la muerte a cualquiera que fuese encontrado en una asamblea de cristianos. Aún está por verse qué será de nuestra causa en Roma, el joven Calígula es cruel y terco, dicen.

—¡El joven Calígula es un loco! —murmuró Marcelo.

—Así parece —prosiguió Marcipor, serenamente—. Pero es suficientemente despierto como para llevar a cabo sus designios de brutalidad. Yo comprendí, cuando me escribiste que estabas aquí, que después de un tiempo ibas a localizar algunos cristianos y te asociarías con ellos. Deberías pensarlo dos veces antes de correr tal sesgo. Nosotros, los que no somos importantes, podemos ocultarnos, tú no puedes; al menos por mucho tiempo. ¡El Emperador vería bien que se le diera la oportunidad de hacer un escarmiento contigo!

—¡Pero tú no me aconsejarás que huya! —Nadie que te conozca tan bien como yo hijo mío, usaría tales palabras. Pero tu vida es valiosa. Mientras esta amenaza se halla pendiente, poco es lo que puedes hacer por las personas escondidas. Si dejas en cambio la ciudad hasta que la mente enferma del Emperador se vuelva hacia otro cruel pasatiempo, podrás volver y ser útil. ¡No hay necesidad de que ofrendes ahora tu vida!

Marcelo extendió una mano afectuosa y palmeó la rodilla del anciano.

—Marcipor —dijo suavemente—, has estado hablando como el sirviente de confianza de mi padre, interesado por el bienestar de su hijo. Por eso estoy agradecido. Pero ésa no es la clase de consejos que un cristiano da a otro. ¿Te ha contado Demetrio, o cualquier otro, el último viaje de Jesús a Jerusalén, cuando sus discípulos, sabiendo cuán peligroso sería para él aparecer durante la Pascua, trataron de disuadirlo? Le señalaron que su vida era preciosa, que no debía ser ofrendada, que debía salvarse para beneficio del pueblo...

—¿Qué objetó él?

—Él les respondió que era un mal consejo; que ningún hombre debería prevenir a su amigo contra el peligro por cumplir con el deber; les dijo que a veces un hombre tiene que perder la vida para salvarla, y que aquellos que trataran de salvarse se perderían, ¡No! Tú has hecho lo posible, Marcipor; ¡pero yo me quedare en Roma! ¿No comprendes que nuestra causa podría perderse si los que creemos en ella fuéramos avaros con nuestra sangre?

El anciano movió lentamente la cabeza en señal de asentimiento, y se puso de pie

trabajosamente.

—Ven, entonces... Vayamos, y reunámonos con ellos.

—¿Dónde?

—En las tumbas —contestó Marcipor, señalando más allá de los árboles—. Cerca de treinta hombres están reunidos para formular planes para el futuro.

—¿Hay ya treinta cristianos en Roma? —Marcelo estaba sorprendido y encantado.

—Hijo mío, ¡hay cerca de cuatrocientos cristianos en Roma! estos hombres son sus jefes.

Marcelo permaneció en silencio por un momento, pensando en este anuncio casi increíble. Al fin pudo hablar.

—¡Su reino está llegando, Marcipor! ¡Está ganando fuerza más rápidamente de lo que había pensado!

—¡Sé paciente, hijo mío! —murmuró Marcipor mientras lo conducía hacia las tumbas—. Todavía hay que recorrer un camino largo y difícil...

Los angostos y desiguales escalones que bajaban al túnel eran oscuros como la noche. Cuando llegaron al nivel inferior, una débil luz perfilaba la entrada al corredor de la izquierda. Marcipor penetró en él con la seguridad del que conoce el camino. Un nombre alto, con túnica de obrero, se adelantó y levantando una antorcha, bien alto sobre su cabeza, escrutó la cara de Marcelo.

—¿Quién es éste, Marcipor? —preguntó.

—El tribuno Marcelo Galión. Es uno de los nuestros, Laeto.

—¿Y qué tiene que hacer con nosotros un tribuno? —preguntó el otro, malhumorado.

—Marcelo ha sacrificado mucho por su fe, ¡Laeto! —observó Marcipor suavemente—. Sabe más sobre el Maestro que cualquiera de nosotros... Excepto uno.

—Muy bien —concedió Laeto con desgano—. Si das fe por él.

Marcharon por el largo corredor andando a tientas. Marcelo no cesaba de admirarse de su vasta extensión. Hubo un momento que el anciano retardó la marcha y lo tomó por el brazo.

—Laeto ve nuestra causa como un agrupamiento de los pobres —confió en voz baja—. Encontrarás muy difundido este sentimiento entre los cristianos. No pueden ser culpados del todo pues han estado oprimidos por mucho tiempo, ¡Pero sería una desventura si el reino de Jesús llegara a ser propiedad exclusiva de los pobres!

—Quizá hubiera sido mejor que mi identidad permaneciera en secreto.

—No. En cambio les hará bien a los cristianos de Roma saber que un hombre con monedas en su bolso puede ser un ferviente adepto. Hemos estado oyendo tal vez demasiado sobre las ventajas de la pobreza.

Doblaron por una aguda esquina hacia la derecha y se encontraron con otro pasaje más angosto, que continuaba largo trecho; las paredes estaban llenas de placas de piedra con nombres y fechas de judíos muertos hacía mucho. Una pequeña luz

titilaba, más allá de una pesada puerta de madera al final del corredor. Otro centinela salió de las sombras y los enfrentó. Marcipor presentó nuevamente a Marcelo. El centinela señaló con la antorcha un pequeño grabado en el dintel.

—¿Sabes lo que este signo significa? —inquirió.

—Es el símbolo secreto cristiano, señor —respondió Marcelo.

—¿Alguien te lo ha contado... o lo has visto anteriormente?

—Lo he visto en muchos Jugares en Galilea y Jerusalén.

—Entonces déjame preguntarte —siguió el centinela sin reparar en las palabras de Marcelo—. ¿Por qué el símbolo es un pez? ¿Hay algo sagrado en el pez?

Marcelo dio la explicación respetuosamente. El hombre escuchaba con intensa atención.

—Puedes entrar —concluyó haciéndose a un lado.

Se trataba de una habitación grande y rectangular, con comodidades para mucha más gente de la que estaba sentada en hileras semicirculares en la esquina más alejada, como apretándose cerca de un enorme hombre con barba que les estaba hablando con profundo tono gutural.

Ellos se encaminaron silenciosamente hacia la pálida luz, hasta que la sincera voz del que hablaba llegó a ser perfectamente audible. Marcelo la reconoció y cogió la manga del buen anciano corintio.

—¿Lo conoces? —susurro Marcipor con una sonrisa de complacencia.

—¡Ya lo creo! —contestó Marcelo lleno de excitación.

¡Era Pedro, el Gran Pescador!

VEINTICUATRO

LAS primeras horas de la mañana prometían un día caluroso. El moreno capataz de los viñedos, momentáneamente desocupado, se recostó contra la entrada y bostezó con despreocupación mientras vigilaba a los trabajadores —ochenta o más entre hombres, mujeres y niños— que arrancaban los enormes racimos purpurinos con gran cuidado, pues la fruta estaba destinada a un mercado importante.

A poca distancia, por la carretera, se levantaba una nubecilla de polvo bajo los pies perezosos de un asno, atado a un carro de altas ruedas cargado de heno. Un jovencito delgado caminaba delante, tirando de una larga rienda. A intervalos, el asno se detenía y el muchacho del gorra de punto se afirmaba sobre sus pies y tiraba de aquélla con todas sus fuerzas; sus maneras indicaban una irrefrenable exasperación.

Vobisco, el capataz, observaba y sonreía burlonamente. El jovencito no debía conocer mucho de asnos; de lo contrario, no hubiera ido a su lado con una espina en la mano. ¿Quién sería? Vobisco estaba familiarizado con todos los asnos, carros y chicos de los granjeros de las vecindades de Arpino. Pero este equipo arruinado carecía de identificación. Lo estudiaba con creciente interés a medida que se acercaba.

Nadie hubiera llevado heno al mercado en un carro como ése; y el jovenzuelo no venía a buen seguro de un campo de heno. Llevaba una túnica larga y ordinaria y sobrecalzas de la clase que usaban los albañiles para protegerse de los trozos de piedra. El viejo gorro doblado podía haber pertenecido a un marinero. Era demasiado pesado para ese tiempo. Vobisco se preguntaba por qué no se lo había quitado.

Justamente frente a la entrada, el burrito se tomó un nuevo descanso, y el jovencito, sin mirar a Vobisco, que se estaba acercando a la carretera, agitó tan violentamente la rienda que la vieja brida se rompió. Encontrándose libre, el asno enfiló hacia el costado del camino y comenzó a comer el pasto, mientras el muchachito enojado lo seguía; sólo se detuvo para recoger la brida rota, examinándola con disgusto. Luego la tiró y se pasó las manos polvorientas por la parte superior de la túnica sucia. Eran manos delicadas, con largos y afilados dedos. Echó un vistazo a su alrededor, inspeccionó breve y no muy cordialmente al capataz y caminó con pasos cortos y rápidos hacia la cabeza del asno.

Vobisco pasó su mano pensativamente por la mandíbula, e hizo un completo estudio, parte por parte, de pies a cabeza, del infeliz, y extraño joven.

Entonces una sonrisa de comprensión iluminó su rostro. Levantó el viejo arnés y unió las correas rotas.

—Creí que eras un muchacho —dijo amablemente—. Yo te fijaré la brida, hija. Ve allí, siéntate a la sombra y torna algunas uvas de aquel canasto. Pareces muy cansada.

La alta muchacha lo miró larga y fríamente. Luego sus labios, se abrieron en una sonrisa que hizo latir a saltos el corazón de Vobisco. Se pasó su mano por la frente y se quitó el viejo gorro de lana, dejando en libertad una cascada de cabellos negros

que cayó sobre sus hombros.

Vobisco rió discreta y apreciativamente. La chica también rió, con una entrecortada risa de cansancio que casi era un llanto.

—Eres muy amable —murmuro—. ¡Gracias! ¡Tengo tanto calor y sed!

El intolerable burro había arrimado una rueda a la tapia de piedra y estaba tratando de libertarse. Vobisco fue a la parte trasera del carro por un puñado de heno que lo entretuviera hasta que la brida estuviese en orden.

—¡Oh, no, por favor! —gritó la chica ansiosamente—. No debe comer nada de heno. ¡No... no es bueno para él! —Sus ojos estaban temerosos.

Vobisco volvió su rostro hacia ella y frunció el ceño.

—¿Qué tienes en este carro, jovencita? —exigió duramente, introduciendo sus brazos cuán largos eran en el heno.

—Por favor... ¡es mi hermano! ¡Está enfermo! ¡No lo molestes!

—Tu hermano está enfermo, ¿eh? —se mofó Vobisco—. ¿Así que lo cargas en un carro y lo cubres con heno? ¡Un lindo cuento! —Comenzó a arrojar el heno al camino—, ¡Ah!... ¡Así que tú eres el hermano enfermo!

La chica se puso rápidamente al lado de Vobisco y le colocó una mano sobre el brazo, mientras Demetrio fruncía el ceño sombríamente.

—Estamos en dificultades —confió ella—. Venimos aquí esperando encontrar a un hombre llamado Marcelo Galión: ¡él nos ayudará!

—Marcelo se ha ido hace una semana —el ceño de Vobisco se aclaró un poco—. ¿Sois amigos de él?

Ambos asintieron. Vobisco miraba a uno y a otro sospechosamente.

—¡Tú eres un esclavo! —dijo señalando la oreja de Demetrio. Una repentina luz agrandó sus ojos—. ¡Ya sé! ¡Os buscan! ¡A ambos! Ayer estuvieron en la villa legionarios de Capri buscando a la hija de Galo y a un esclavo griego a quienes creían en viaje a Roma.

—Tienes razón, señor —confesó Demetrio—, Esta joven es la hija del legado Galo y prometida de Marcelo Galión, mi amo. Mi nombre es Demetrio.

Vobisco se animó.

—Ese parece el nombre —murmuró, casi para sí mismo—. Dime: ¿te envió algún mensaje Marcelo hace varias semanas?

—Sí, señor, un meloncito en una caja.

—¿Con alguna inscripción?

—El dibujo de un pez.

Demetrio miraba ansiosamente hacia arriba y abajo por el camino. Finalmente descendió del carro. Desde el fondo del viñedo un pesado carro cargado de fruta se acercaba.

—Antes que te vea ese individuo —advirtió Vobisco— aparenta ocuparte del asno y permanece fuera de la visual... Mejor que te quedes aquí por el momento. —Se volvió hacia Diana—. Creo que estarás más segura si subes hasta la villa... No te

apures. Pregunta por Antonia, la esposa de Apio Cesón. Dile quién eres... Vosotros dos no debéis ser vistos juntos. Todos, en Arpino, saben de vuestra búsqueda.

—Tal vez tendrá miedo de darme albergue —observó Diana.

—Bueno... Te lo dirán, si lo tienen —respondió Vobisco—. ¡No podéis quedaros aquí! ¡Esto es seguro!

* * * * *

El alto macedonio de la puerta la miró recelosamente.

—¿Y por qué deseas ver a la esposa de Cesón? —preguntó lacónicamente—. Tal vez sería mejor que hablaras con Apio Cesón, muchacho.

—¡No! ¡Con su esposa! —insistió Diana—. No soy un mendigo —añadió.

El macedonio levantó pensativo su cabeza y sonrió socarronamente.

—Ven —dijo con baja voz de conspirador. Fue al jardín y viendo a su ama, le hizo señas al recién llegado para que lo siguiera, y se volvió hacia la puerta.

Antonia, infantilmente bella, cubierta de alegres colores y con un sombrero de paja de anchas alas, observaba a un esclavo que esgrimía unas tenazas sobre los rosales. Al oír las pisadas, Antonia miró alrededor y estudió al extraño individuo que se aproximaba.

—¡Puedes irte! —ordenó al esclavo. Se volvió para mirar fijamente al visitante—. ¡En seguida!

—Por favor, perdona la intromisión —comenzó Diana— y esta horrible apariencia. Me ha sido necesario vestirme de muchacho.

Antonia mostró una hilera de preciosos dientes.

—Bueno... Tal vez haya sido necesario. —Rió—. Pero no pareces un muchacho.

—He tratado de parecerlo —insistió Diana—. ¿Qué es lo que me delata?

—¡Todo! —murmuró Antonia. Se encaminó hacia el banco de piedra que estaba al lado del sendero—. Ven, siéntate y cuéntame qué pasa... Te están buscando, ¿no es así?

Breve, pero claramente, las palabras cayeron unas sobre otras; Diana relató su historia confiadamente, con la sensación de que no sería traicionada.

—Yo no debería envolveros en dificultades —prosiguió—, pero... ¡oh!... ¡Si pudiese darme un baño!... Si pudieran ocultarme para dormir una noche... Podría entonces continuar. —Los cansados ojos de Diana estaban llenos de lágrimas.

—¡Podemos correr algunos riesgos por cualquiera a quien ame Marcelo! —exclamó Antonia—. Ven; vamos a la casa. —En el atrio encontraron al dueño que salía de la biblioteca. Se detuvo y guiñó varias veces los ojos incrédulamente—. Apio, ésta es la hija del legado Galo por quien estaban preguntando los soldados... Diana, éste es mi esposo.

—Puedo irme en seguida, señor, si lo quieres... —dijo Diana con voz plañidera.

—¿Qué has hecho para que quieran arrestarte? —inquirió Cesón, enfrentándola

serenamente.

—Huyó de Capri —explicó Antonia— porque temía al joven Emperador. Y ahora él está decidido a encontrarla a toda costa.

—¡Uf! —gruñó el hombre—. ¡Botitas! ¡Zorrino!

—¡Sss! —advirtió Antonia—. ¡Todavía nos pondrán a todos en prisión! Ahora bien, ¿qué haremos con Diana? Apio, ella está comprometida con Marcelo.

Cesón lanzó una exclamación de alegría y se frotó las manos.

—¡Vas a quedarte con nosotros! —declaró— ¡Quienquiera que te quiera llevar tendrá antes que luchar! ¿Estás sola? Los legionarios dijeron que también andaban en busca de un esclavo griego que había escapado contigo.

—Está abajo en el viñedo, con Vobisco —respondió Antonia—. Mejor es que decidas en seguida algo sobre eso.

—¿Qué haremos con los sirvientes? ¿Cuántos saben?

—Trataremos de no mantener nada en secreto —sugirió Antonia—, Les diremos la verdad. Cuando sepan que está por casarse con Marcelo... y que el griego es su esclavo, no habrá nadie en Arpino que...

—¡No estés tan segura! —saltó Cesón—. Sabes que ofrecen una recompensa —señaló hacia el peristilo—. Aquel macedonio de ahí afuera podría tener una buena diversión con mil sestercios. ¡Le diré a él y a todos que si alguien da una información será azotado! ¡O peor aún!

—Haz como quieras, querido —murmuró Antonia suavemente—. Pero yo creo que confiando en ellos estaremos más seguro? que amenazándolos... Creo que sería el consejo de Marcelo, si estuviese aquí.

—Marcelo siempre está dando crédito a la gente por más de su solvencia —recordó Cesón. Dirigió a Diana una sonrisa interrogadora—. ¿Tú también eres cristiana?

—Temo que no —suspiró Diana—, Es muy difícil para mí comprender... —miró a Antonia—. ¿Él habló mucho sobre eso mientras estuvo aquí?

—¡Revolucionó al pueblo con eso! —El hombre rió entre dientes—. Antonia te contará. ¡Ella también se ha hecho cristiana!

—Marcelo fue bueno con todos nosotros —murmuró Antonia. Miró a su marido de soslayo, sonrió y añadió—: Incluso con el amo de Arpino.

* * * * *

El joven Antonio había estado absorto en su modelado hasta el punto de permanecer en su estudio todo el día, sin enterarse de que había una fugitiva en la casa. Al penetrar en el comedor aquella noche, farfullando disculpas por su tardanza, se detuvo repentinamente junto a la entrada y miró los ojos sonrientes de la más hermosa criatura que jamás había visto, llevando la estola de seda rosa más hermosa que jamás había visto, sin reconocer que era de su madre.

En tres ocasiones diferentes había ido Antonio a Roma con sus padres para permanecer unos pocos días durante las grandes festividades nacionales. Allí había tenido fugaces visiones de bonitas chicas patricias, en sus alegres literas, y a la distancia, en sus palcos del circo; pero nunca antes había estado tan cerca de una joven de la casta social de Diana. La enfrentó con tal espontánea y franca admiración que Cesón, mirando por sobre el hombro, rió suavemente.

—Nuestro hijo Antonio —dijo su madre tiernamente—. Nuestra huésped Diana, querido; la hija del legado Galo.

—¡Oh! —Antonio tragó dificultosamente—. ¡Te persiguen! —se acomodó en un asiento frente a ella, todavía observando abiertamente su rostro—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Diana esperaba encontrar a Marcelo —explicó Antonia.

—¿Conoces a Marcelo? —preguntó Antonio alegremente.

—Es su novia —anunció Cesón, añadiendo después del corto silencio que siguió—: ¡Es un individuo con suerte!

—¡Sí! —convino Antonio, con tanto entusiasmo que sus padres rieron.

Diana sonrió con aprecio ante los ojos extasiados de Antonio, pero no intentó burlarse de su sincera admiración. No era ninguna broma.

—Me alegra que todos quieran tanto a Marcelo —observó suavemente—. Debe haberlo pasado muy bien aquí... Tú eres escultor, ¿no? Tú mamá me lo dijo. —Antonio asintió, protestando que todavía no había hecho nada realmente importante. Pero ella agregó—: ¿Me harás ver algo?

A él le llamó la atención el tono mesurado de su voz, poco común en una joven. Las muchachas solían hablar siempre a gritos. La voz serena de Diana daba la sensación de que uno la conocía desde hacía mucho tiempo. Antonio asintió con una sonrisa defensiva y un pequeño encogimiento de hombros, indicando que ella no debía esperar algo realmente bueno.

—Marcelo le enseñó lo que sabe —observó Antonia en tono agradecido, como si también le debiera gracias a Diana por este favor.

—Él debía haber, sido escultor —dijo Diana— en lugar de soldado.

—¡Cierto! —declaró Antonia—. ¡Detesta la lucha!

—Pero no porque no sepa cómo luchar —se apresuró a decir Diana—. A Marcelo se le conoce como uno de los más expertos espadachines de Roma.

—¡De veras! —exclamó Cesón—. Jamás hubiera pensado que él tuviese algún interés en los deportes peligrosos. Nunca conversó con nosotros sobre tales cosas.

—Una vez le pregunté si había matado a alguien —intervino Antonio—, y eso pareció afligirle mucho. Dijo que no deseaba hablar del asunto.

El rostro de Diana perdió súbitamente su animación, y el muchacho se dio cuenta de que había abordado un asunto penoso. Su embarazo creció cuando su padre le dijo a ella:

—Quizá tú lo sabes.

Sin levantar los ojos, Diana asintió y exhaló un ligero suspiro.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Cesón, comprendiendo la necesidad de cambiar de tema.

—Sí —respondió Diana, evidentemente preocupada. Mirando a uno y otro, prosiguió—: Quizá no debiéramos dejar el tema de este modo. No sería justo para Marcelo. Hace un par de años le ordenaron cumplir la sentencia de muerte de un hombre, y luego se supo que era inocente de todo crimen y que el pueblo le tenía en alta estima. Eso lo apenó mucho.

—Se comprende —convino Antonia condolida—. Nunca hubo una persona más amable o generosa: siempre está tratando de hacer algo por los demás.

El dueño de la casa, ansioso por aliviar la depresión de Diana, trató de conversar sobre la popularidad de Marcelo en Arpino. Pronto se alegró al observar que ella escuchaba atentamente el relato de los numerosos beneficios que Marcelo había hecho, y hasta atribuyéndole todo el mérito por la nueva piscina.

—Era un muchacho despierto. —Rió entre dientes—, ¡Te inducía a hacer cosas como ésas, y luego pretendía que era tu propia idea! Por supuesto, ello te hacía sentir bueno y deseabas hacer algo más por la gente, por cuenta tuya.

Antonio, asombrado por lo que su padre admitía, miró furtivamente los ojos sorprendidos de su bella madre y le hizo un pequeño guiño, ante el cual ella apretó sus labios advirtiéndole que no arriesgara un comentario.

—Marcelo no era por cierto un individuo común —continuó Cesón—. Era fácil ver que había tenido todas las ventajas en la vida y que había vivido bien; pero acostumbraba ir a las plantaciones de melones y trabajar junto con esas gentes como si fueran de su propia clase. ¡Y cómo les gustaba eso a ellos! Todas las tardes allí afuera, sobre el pasto, se reunían a su alrededor para oírle relatar las historias sobre Jesús, en el país de los judíos, donde el galileo había llevado a cabo toda clase de extraños milagros... Seguramente debe haberte hablado de ese hombre, Diana.

—Sí —asintió ella seriamente—. Me contó mucho.

—Lo condenaron a muerte —intervino Antonia.

—Y Marcelo insiste en que resucitó —subrayó Cesón—, aunque estoy segura de que hay alguna equivocación en esto.

Antonio, que no participaba de la conversación, y aparentemente no estaba oyendo una palabra de ella, a juzgar por su mirada fija y vacía, había atraído la atención de su madre. Cesón y Diana siguieron instintivamente sus ojos perplejos.

—¿Qué estás pensando, muchacho? —El hombre trató de que su pregunta pareciera más natural.

Pasando por alto la pregunta de su padre, Antonio se volvió hacia Diana.

—¿Sabes quién crucificó al galileo? —preguntó—. Sin ambigüedades.

—Sí —admitió Diana.

—¿Lo sé yo?

Diana asintió, y Antonio golpeó fuertemente con su puño sobre la mesa.

—¡Ahora todo se aclara! —declaró—. Marcelo mató al hombre que había pasado su vida haciendo casas buenas para la gente necesitada, ¡y el único modo con que puede resarcirse es pasando la suya de la misma manera! —La voz de Antonio era insegura—. ¡No puede remediarlo! ¡Tiene que hacer las cosas de acuerdo con Jesús!

Apio y Antonia, sin hablar, observaban a su hijo con nuevo interés.

—Sí..., Pero eso no es todo, Antonio —añadió Diana—. Marcelo cree que este hombre está en el mundo para siempre; cree que va a haber un nuevo gobierno regido por hombres de buena voluntad, que no habrá luchas, ni más robos...

—Es un noble pensamiento, Diana —murmuró Cesón—. ¿Quién no quiere la paz? ¿A quién no le agradaría ver reinar a los hombres buenos? No hay nada nuevo en ese deseo. ¡En verdad, cualquier clase de gobierno sería mejor que el nuestro! Pero es absurdo esperar tal cosa. ¡Y un hombre tan inteligente como Marcelo debería saberlo! ¡Está malgastando su vida!

—¡Quizá no! —protestó Antonio—. ¡Quizá este Jesús no malgastó su vida! Si habremos de tener un mundo mejor..., pues bien... tenía que comenzar *alguna vez en alguna parte...* ¿no es así? ¡Quizá ha comenzado ahora! ¿Qué piensas, Diana?

—Yo... no... sé, Antonio —Diana puso ambas manos sobre sus ojos y movió la cabeza—. Lo que sé es que... desearía que todo esto no hubiera ocurrido.

* * * * *

Después de tres semanas de tranquilidad, Diana comenzó a preguntarse si no podría volver a Roma sin correr peligro. Quizá el Emperador había olvidado su ofensa y había abandonado su búsqueda. Cesón no era tan optimista.

—Botitas ha estado muy ocupado —dijo—. Con el funeral del anciano Tiberio, su propia coronación, y la semana de festejos, no le habrá quedado mucho tiempo para pensar en otra cosa. Además, los legionarios han estado cumpliendo su deber en las procesiones y en los juegos. ¡Pero no te olvidará!... Mejor es qué esperes un poco más.

Antonia deslizó cariñosamente un brazo alrededor de Diana.

—Como ves, Apio quiere retenerte aquí, querida, tanto como sea posible. Y lo mismo Antonio y yo.

Diana lo sabía. La hospitalidad había sido ilimitada. Había llegado a querer a Antonia: en cuanto a la actitud de Antonio entrañaba una especie de adoración.

—Todos habéis sido muy bondadosos conmigo —dijo—. Pero mi madre estará terriblemente afligida... No hay duda de que ha sido la primera a quien habrán ido a ver en procura de informes sobre mí. Todo lo que ella sabe es que me escapé de Capri en un botecito. Ni siquiera puedo enviarle un mensaje, pues los guardias vendrían sin duda a Arpino a buscarme.

A veces, Demetrio, que trabajaba en los viñedos y se alojaba con Vobiscu, iba a pedir noticias por las noches. Diana le decía que tuviera paciencia; pero ella sabía que

a él lo consumían la inquietud y el ansia de reunirse con Marcelo.

Cierta noche, durante la cena, Cesón se mostró tan preocupado que Diana comprendió que algo ocurría. Cuando volvieron al atrio, encontraron a Vobisco esperando con una nota para ella. Había sido escrita a toda prisa, en griego. Demetrio acababa de partir para Roma, esperando encontrar a su amo.

«Mi presencia aquí sólo aumenta tu peligro —decía la esquela—. Cesón aprueba mi viaje. Ha sido muy generoso. Sigue su consejo. No trates de comunicarte con tu familia. Veré a tu madre, si es posible».

Vobisco se había quedado cerca de la puerta abierta que daba al peristilo y Diana fue hacia él. ¿Había ido Demetrio a pie o montaba un asno?

—¡Cabalga uno de los caballos más veloces de mi amo! —exclamó Vobisco—. Viste también ropa de mi amo.

Diana se reunió con la familia alrededor de la fuente. Hablaban en voz baja. Se dio cuenta de que habían estado tratando su problema.

—Fuisteis muy amables para con Demetrio —dijo suavemente—. Espero que sepáis cuán profundamente aprecio lo que habéis hecho por él, por mí y por Marcelo.

Cesón rehusó las gracias con un gesto negligente, pero sus ojos estaban turbados.

—El griego no se hallaba seguro aquí —dijo seriamente—, En realidad, nadie puede estar a salvo por mucho tiempo, ¡en ningún lugar! Dos de nuestros carros regresaron esta tarde de Roma. Hay desorden en la ciudad. Turbas de bárbaros ebrios han ido saqueando las tiendas y asaltando a respetables ciudadanos. El Emperador pretende que los cristianos tienen algo que ver en esto; los están encarcelando y azotando.

El color abandonó las mejillas de Diana.

—Quisiera saber qué estará haciendo Marcelo —preguntó con inquietud—. ¡Poco hará para protegerse!

—Nuestros hombres dicen que se ha reanudado la búsqueda del corintio —dijo Cesón—. Y también la tuya, Diana... Parece que buscan a Demetrio, vivo o muerto, por un antiguo cargo de haber asaltado a un tribuno. Debe ser aprehendido de cualquier manera... En cuanto a ti, el Emperador pretende estar interesado en tu seguridad. El rumor dice que el esclavo griego te raptó y Calígula quiere que te encuentren.

—¡Pobre Demetrio! —murmuró Diana—. ¿Qué posibilidades puede tener para salvarse cuando son tantos los que le persiguen?

—Bueno... Él sabe que su vida no vale nada si lo atrapan —añadió Cesón sombríamente—. ¡Pero venderá caro su pellejo, puedes estar segura de eso!

—¿Iba armado?

—Nada más que con una daga.

—Apio está apostando centinelas en los puntos elevados de la carretera —terció Antonia—, Cuando vean que se aproximan legionarios vendrán corriendo a avisarnos.

—Cuando estuvieron antes aquí —observó el dueño— registraron la villa totalmente, pero no apelaron al recurso de interrogar a los trabajadores. No se imaginarían poder hallar a la hija del legado Galo trabajando en un viñedo...

—Pero... ¡entonces ese es el lugar que me conviene! —exclamó Diana.

Antonia y Apio intercambiaron miradas.

—Mi esposo dudaba sobre si sugerírtelo o no —dijo Antonia.

—¡Será divertido! —comentó Diana.

—Mañana temprano, entonces —concluyó Cesón, aliviado—, Antonia te procura ropas adecuadas. Desearía que hubiese otro medio para esconderte, Diana... Pero aquí en la villa no estás a salvo. Es posible que, si te encontraran, te trataran con toda consideración; pero son órdenes del Emperador... ¡y todo lo que él hace es vil!

* * * * *

Unas dos horas después de medianoche, el anciano Lencio, que se había dormido profundamente sobre su colchoneta de paja, en un rincón vacío del establo, se despertó súbitamente, incorporándose sobre ambos codos en actitud expectante. Bambo, que siempre dormía a su lado, también estaba escuchando ansiosamente y gruñía amenazador.

De afuera, del terreno del establo, llegaba un sonido de sandalias y herraduras. Alguien traía de las bridas a un caballo. Lencio bajó la antorcha de su soporte y abrió la puerta. Bambo partió con aire amenazador, pero un instante después ladraba gozoso. El anciano marchó detrás trabajosamente, sosteniendo la antorcha en alto.

—¡No, no... Bambo! —oyó decir a una voz cansada—. ¡Hazlo callar, Lencio!; ¡despertará a toda la casa!

—¡Demetrio! —el anciano mostró una expresión de asombro.

—Limpia este caballo, Lencio... He abusado de él. Cuidado con el agua... Está muy acalorado. —Demetrio palmeó cordialmente la cabeza del bruto.

—Tráelo aquí —Lencio lo llevó hasta su dormitorio—. ¡Están buscándote! —dijo en tono bajo y ronco, mientras cerraba la puerta—. ¡Mira!... ¡Han herido a este caballo!... ¡Hay sangre en sus ancas y en sus patas!

—Es mía —murmuró Demetrio dejando su hombro desnudo—, fui perseguido por tres jinetes, por la Vía Apia, durante unos diez kilómetros... Me distancié de dos de ellos, pero uno me alcanzó, y me hirió con su espada mientras yo lo arrastraba de su montura... Dame agua, Lencio, y una venda.

El viejo esclavo examinó el profundo corte y una exclamación partió de sus labios.

—¡Es una mala herida! —murmuró—. ¡Has perdido mucha sangre! ¡Tu túnica está empapada! ¡Mira tus sandalias! ¡Mejor es que te recuestes allí!

—Creo que lo haré —comentó Demetrio débilmente, tumbándose sobre la colchoneta. Lencio se afanaba en aliviarle con agua y una esponja. Bambo husmeaba

inquisitivamente, y se volvió para lamer la pata del caballo—. Lencio ¿ha estado por aquí el tribuno Marcelo últimamente?

Lencio cesó, de lavar la herida... y lo miró fijamente.

—¡El tribuno! ¿No has sabido? ¡Ha muerto! Hace tres meses, o más... ¡Se ahogó en el mar, pobre de mi amo!

—Lencio, tú querías al joven amo, y él te estimaba... Voy a confiarte un secreto. ¡Pero no se lo repitas a nadie!... ¿Comprendes? El tribuno está vivo, aquí en Roma.

—¡No! —exclamó el anciano presa de intensa alegría—. ¿Por qué no ha venido a casa?

—Lo hará algún día, Lencio... Quisiera saber si podrías despertar a Marcipor sin que se entere la casa.

—Sería más fácil despertar a Décimo. Está en el primer piso.

—No necesito a Décimo... Ayúdame a levantarme... Iré yo mismo —Demetrio hizo un esfuerzo para incorporarse, pero cayó nuevamente—. Estoy más débil de lo que pensaba —admitió—. Trata de encontrar a Marcipor... Tira algo a su cuarto, y cuando aparezca en la ventana dile que lo necesitas. No pronuncies mi nombre... Pídele algunas vendas. Éstas no van a servir... Dale otro trago de agua al caballo. ¡Vete... Bambo!

Marcipor llegó después de un rato, muy excitado y sin aliento.

—¡Estás malherido, hijo mío! —murmuró—. Debemos enviar en busca del médico.

—No, Marcipor —objetó Demetrio—. Prefiero correr el albur de esta herida de espada que arriesgar mi cabeza... Lencio, si tienes establo vacante, llévate este caballo y límpialo. Puedes llevarte también el perro... Marcipor me cuidará.

Desganadamente, el viejo sacó el cansado animal; Bambo los seguía como si fuera su deber. Marcipor atrancó la puerta y se arrodilló en la paja junto a Demetrio, cuya herida comenzó a vendar.

—¡Estás en peligro! —dijo con voz temblorosa.

—No, por el momento... Dime, Marcipor; ¿qué novedades hay? ¿Has sabido algo de Marcelo?

—Está en las Catacumbas.

—¡Horrible lugar para esconderse!

—No tan malo como piensas. Los cristianos han estado acumulando provisiones durante meses. Más de cien hombres se encuentran allí ahora: han sido identificados y se les busca.

—¡Serán atrapados como liebres en una trampa, cuando las patrullas descubran donde están!

—No... No será tan fácil. Hay gran cantidad de largos y complicados túneles en aquel viejo escondite... Los legionarios no están dispuestos a penetrar en fila de uno a ese oscuro laberinto. Conocen las viejas historias sobre partidas que iban a las Catacumbas a cazar judíos fugitivos, y nunca encontraban el camino para salir...

¿Cómo sientes la venda, Demetrio? ¿Está demasiado apretada?

No hubo contestación. Marcipor apoyó el oído contra el pecho desnudo, escuchó, lo movió suavemente, lo llamó con voz asustada, arrojó agua contra su cara; pero no obtuvo respuesta. Por un instante permaneció irresoluto; petrificado por la desesperación; luego se fue corriendo hacia la casa, sin saber a quién acudir en procura de ayuda. Galión, envuelto en sus ropas de dormir, descendía por las escaleras cuando Marcipor atravesó el atrio corriendo.

—¿A qué se debe esta conmoción, Marcipor? —preguntó.

—¡Es Demetrio, señor! —lloró el anciano—, ¡Está herido! ¡Muriendo, afuera, en el establo!

—¿Has enviado a buscar el médico? —preguntó Galión caminando con largos pasos.

—¡No, señor! ¡No quiere médico!... ¡Está ocultándose!

—¡Manda instantáneamente un sirviente a caballo y que traiga a Sarpedón! ¡Y busca ayuda para llevar a Demetrio a la casa! ¡No morirá en un establo... como un perro!

Lencio sostuvo en alto la antorcha, en tanto Galión entraba presuroso al establo.

—¡Demetrio! —llamó—. ¡Demetrio!

Los pesados párpados se levantaron lentamente y al corintio exhaló un suspiro de dolor.

—A... sus... órdenes, señor —Los labios reseco se movían trabajosamente.

—Atención! —gritó Galión inspeccionando al grupo asombrado que se había formado en el corredor—. ¡Levantadlo cuidadosamente y llevadlo a la casa! ¡Ponlo en la habitación de Marcelo, Marcipor!... ¡Quitadle estas vestiduras sucias y rodeadlo de almohadas calientes!

Hubo un poco de excitación en el patio del establo cuando uno de los esclavos jóvenes partió al galope para buscar a Sarpedón. Media docena de muchachos y jardineros se reunieron alrededor de la colchoneta de paja y la levantaron suavemente.

—¡Debiste haberme llamado en seguida, Marcipor! —reprochó Galión con dureza mientras se encaminaba hacia la casa—. ¿Es que me consideran ustedes tan duro de corazón que no me pueden decir cuando un sirviente leal está enfermo de muerte?

—Era difícil saber qué hacer, señor —balbuceó Marcipor—. Están buscándolo... No hubiera venido aquí, señor. Pero deseaba preguntar por su amo...

—¿Te refieres a mí? —Galión interpuso abruptamente en el paso de Marcipor.

—Me refiero al tribuno Marcelo, señor.

—Pero... ¿él no ha sabido?

—Cree que Marcelo vive todavía, señor —La voz de Marcipor era débil—. Demetrio cree que su amo está aquí, en Roma. —Pasaron a los esclavos que avanzaban con su carga, y subieron las escaleras.

—¿Le contaste la verdad? —preguntó Galión tristemente.

—Esa es la verdad, señor —confesó Marcipor. Extendió una mano para que se apoyara el senador, cuyo rostro estaba convulsionado...

—¿Por qué no se me ha dicho? —preguntó éste con voz ronca.

—Marcelo es un cristiano, señor. Y ellos todos están estrechamente vigilados. No quiso poner en peligro a su familia viniendo a la casa.

—¿Dónde está? ¿Puedes decírmelo? —Galión subía las escaleras, lentamente, como un hombre muy viejo, y se apoyaba en la balaustrada.

—En las Catacumbas, señor —susurró Marcipor.

—¿Qué?... ¿Mi hijo?... ¿Allí, en esas cuevas, con esa chusma de pendencieros y pillos?

—¡No es chusma, señor! —replicó Marcipor temerariamente—. ¡Ni pendencieros! ¡Ni pillos! Son hombres de paz... que se ocultan de ese idiota cruel que se da el nombre de Emperador.

—¡Silencio, Marcipor! —ordenó Galión en un ronco susurro, mientras pasaban por el departamento de Lucía, que se hallaba en la casa por unos días mientras Tulio cumplía un servicio especial—. Dime, más bien: ¿cómo podemos tener noticias de mi hijo?

—¡Comprometerías a toda la familia, señor, si Marcelo fuera encontrado aquí!

—¡No importa! ¡Envía por él!

Ya los esclavos habían depositado a Demetrio en la cama y estaban saliendo del cuarto.

—¡No suelten la lengua sobre esto! —advirtió Marcipor. Iba a cerrar la puerta cuando apareció Tercia atemorizada.

—¿Qué ha ocurrido, Marcipor? —Miró dentro del aposento, dio un ligero grito, cruzó corriendo, y se arrojó de rodillas junto al lecho.

—¡Oh!... ¿qué te han hecho? —sollozó—. ¡Demetrio!

Marcipor le puso una mano sobre el hombro.

—Ven —dijo dulcemente—. Puedes ayudar... Vete a buscar más almohadas y caliéntalas.

—No puedo enviar por Marcelo, señor —dijo Marcipor mientras quitaba la túnica empapada de sangre de su amigo—. Ninguno de esta casa, excepto yo, sería admitido en las Catacumbas.

—¿Y por qué habrían de admitirte a ti? —preguntó Galión ansiosamente—. No eres uno de ellos, ¿verdad?

Marcipor asintió gravemente y se ocupó de desatar las sandalias de Demetrio.

—Entonces... ¡ensilla un par de caballos y ve! —ordenó el senador—. Deja... ¡yo haré eso! —Se arremangó y desató las duras correas.

Al rato retornó Tercia con más almohadas; la seguía Lucía, con una copa de vino caliente con especias. Galión tomó la cuchara de su mano y vertió unas gotas del estimulante entre los labios entreabiertos de Demetrio, que tragó inconscientemente.

Galión lo levantó un poco y acercó la copa a sus labios, pero él no pareció responder. Tercia seguía sollozando. Lucía la acarició suavemente y le señaló la puerta.

—¡Tu hermano vive! —exclamó Galión cuando estuvieron solos.

Lucía se sorprendió, puso ambas manos en su cara y abrió su boca asombrada, pero ninguna palabra asomó a sus labios. Se tomó del brazo de su padre.

—¡Marcipor ha ido a buscarlo! —murmuró Galión mientras seguía suministrando el vino caliente con la cuchara—. Espero que llegue aquí a tiempo.

—¡Marcelo... vivo! —susurró Lucía incrédulamente—. ¿Dónde está?

Galión se puso de repente ceñudo.

—¡En... las Catacumbas!

—¡Oh!... ¡No es posible! ¡No debe estar allí! ¡Esas personas van a ser muertas!... ¡Padre! —sollozó—. ¡Allí es donde se encuentra ahora Tulio! ¡Le han ordenado hacer una incursión por las Catacumbas!

Galión se pasó la mano por la frente, como queriendo borrar el repentino golpe. Tercia abrió la puerta para dejar paso a Sarpedón, quién caminó hasta el lecho sin hablar y levantó los párpados de Demetrio con su práctico pulgar. Oprimió la palma de su mano contra la garganta que latía débilmente, movió negativamente la cabeza y puso la mano sobre el pecho del paciente.

—Agua caliente —ordenó—. Fomentos. Puede que sean inútiles. Pero... probaremos.

* * * * *

No se necesitaron explicaciones para el empleo de Diana en el viñedo. Todos conocían su historia en Arpino; la habían sabida y discutido hacía tres semanas. La villa no trató de mantener en secreto su presencia allí; y los habitantes, orgullosos por la confianza depositada en ellos, se habían sentido partícipes en su protección.

Cesón estaba realmente satisfecho de su pueblo. No era una cosa pequeña, pensaba, que todo Arpino no soltara la lengua frente a la recompensa ofrecida por las informaciones que condujeran al descubrimiento de Diana. Había, de todos modos, un par de buenas razones para esta unánime fidelidad.

En primer lugar, toda recompensa ofrecida por el Emperador era un premio dudoso, aun cuando se le hubiera ganado honradamente. ¿Cuándo habían cumplido los dirigentes las promesas hechas al pueblo? Arpino opinaba que, cuanto menos trato tuvieran con el gobierno, tanto mejor era. Se les atraía con engaños y subterfugios de toda clase, tanto por parte del Emperador y los otros dirigentes, como del borracho haragán que cabalgaba desde Alatri una vez al año para recolectar el impuesto del distrito. Los arpinos no sentían ni pizca de respeto por el gobierno, ya fuera local o nacional, sabiendo que estaba en manos de locos y bribones. Aun cuando uno fuese tan vil como para descubrir el paradero de la novia de Marcelo, podía estar seguro de que, quienquiera cobrara la recompensa, no sería él. Así razonaron los jóvenes,

mientras descansaban una tarde sobre el césped, después de haber platicado perezosamente durante una hora acerca de lo que se podía hacer con mil sestercios.

Pero, según Antonia, había una razón más importante que ésa, por la cual Arpino había guardado el secreto. Marcelo era universalmente recordado con gratitud por los beneficios que había otorgado. Iba en camino de convertirse en un personaje de leyenda, Nunca habían conocido a nadie como él. Se creía en general, pues Arpino era dado a las supersticiones, que Marcelo contaba con la protección especial de ese nuevo dios galileo, quien, aunque devoto de la paz y buena voluntad, entraba en las casas sin golpear, ¡y uno no iba a arriesgarse a que se le apareciera en una noche oscura junto al lecho, le despertara y le preguntara por qué había vendido la prometida de Marcelo a Calígula!

En la madrugada del primer día Vobisco detuvo a unos pocos de los hombres y mujeres mayores que entraban, y les informó que Diana iría a trabajar, comunicándoles también el porqué. Ellos debían decir a los otros que la hija del legado Galo debía ser tratada como se trataban ellos mismos. No debía ser favorecida, interrogada o mirada fijamente; tampoco debía ser rehuida. Si los legionarios aparecían en el viñedo, cada uno debía atender a su trabajo y no hacer esfuerzo alguno por proteger a Diana, pues eso sólo conseguiría atraer la atención sobre ella.

Cuando llegó Metela, Vobisco la detuvo en la puerta, explicándole que debía esperar a Diana, conducirla a una sección del viñedo, la más lejana de la carretera, y enseñarle lo que tenía que hacer.

—En realidad, ella no necesita trabajar —precisó el capataz sonriendo—. Pero deberá hacerlo para el caso de que...

—No veo por qué me elegiste a mí —se quejó Metela—. ¿Crees que voy a llevar su cesto para que no se arruinen sus blancas manos de lirio?

—Ella no te molestará —aseguró Vobisco—. Había pensado que te gustaría trabar relación con alguien de su clase... A ti te gusta Marcelo, ¿no?

—¿Relacionarme? —objetó irónicamente la muchacha—. ¡No puedo pensar que ella quiera trabar relación con una nadie como yo!

—¡No seas tan susceptible! —amonestó Vobisco—. Aquí llega... Llévala contigo, y no pierdas la calma. Trátala como si fuera... nadie.

—Nadie... ¡como yo! —observó Metela amargamente.

—Aquí estoy, Vobisco —anunció Diana—. Dime dónde debo ir, por favor.

—Metela se ocupará de ti. —Vobisco la señaló con el pulgar, mientras la obrera hacía un gesto de desagrado. Alcanzó a Diana un cesto e inició muy tiesa la marcha. Diana rápidamente ajustó su paso al de ella.

—Espero no serte una carga, Metela. Quizá... si me enseñas cómo hacer...

—No necesitarás ninguna enseñanza —contestó la otra secamente, mirando hacia adelante mientras pasaban entre filas de ojos curiosos—. Tú sólo aparentarás que trabajas....

—Oh... ¡deseo hacer algo más que eso! —protestó Diana, en esa su voz baja que hacía que todo lo que hablaba sonara como un secreto.

—¡Estropearías tus manos delicadas! —insinuó Metela audazmente, al cabo de un rato.

—¡Por favor! —rogó Diana—. Si me dices qué hago y digo que me haga parecer rara, trataré gustosa de evitarlo.

Metela esbozó una sonrisa forzada que iluminó un tanto su rostro. Luego reapareció el gesto adusto, mientras marchaba afirmando sus pies.

—Por lo visto, has resuelto no darte conmigo —declaró al rato Diana—. No creo que sea justo... No es la forma apropiada de trato de una joven para con otra.

—¡Pero nosotras no somos dos muchachas iguales! —objetó resentida Metela—. Tú eres alguien... ¡y yo nadie!

—Eso es cierto sólo en parte —admitió Diana seriamente—, Yo soy alguien, mas pensé que tú también lo eras... Es verdad que no tienes el aspecto de una nadie; pero tú deberías saberlo.

La muchacha le echó una mirada con el rabillo del ojo, se encogió de hombros y sonrió burlonamente.

—¡Eres graciosa! —dijo casi pira sí misma.

—No me siento en realidad muy graciosa —confió Diana—. ¡Tengo miedo, y quiero ir a casa con mi madre!

Los pasos de Metela se hicieron más lentos, y miró a Diana casi con interés y simpatía.

—No te buscarán en el viñedo, ¡puedes estar segura! —dijo—, Pero podrían encontrarte por la noche, en la villa...

—He pensado en eso. Pero no hay otro lugar donde yo pueda dormir.

—Así es —murmuró Metela, y dejó su cesto. Alcanzó a Diana un par de tijeras cortas y pesadas—. Todo lo que tienes que hacer —le mostró— es cortar el bulbo, cerca de la fruta, y tener cuidado de no romperla.

Durante un rato trabajaron en silencio una al lado de la otra.

—¿Tienes algún cuarto en tu casa para alquilar, Metela? —preguntó Diana.

—Lo siento. Es una casita pequeña; tiene sólo dos dormitorios. Uno para papá y mamá. —Hubo una larga pausa—. ¿No desearás compartir mi cuchitril?

—¿Por qué no? ¿Me dejarías?

—¡Me harías muy feliz! —Metela contestaba ahora con animación.

—Te pagaré, desde luego.

—¡Por favor! ¡No lo eches a perder!

Diana apoyó una mano cariñosamente sobre el delgado hombro de la muchacha y la miró directamente en los ojos.

—Me dijiste que eras nadie —murmuró—. ¿No te da vergüenza?

Metela sonrió con embarazo y se frotó el costado de un ojo con su índice moreno.

—Eres rara, Diana —susurró.

Marcipor cabalgaba rápidamente, pues el encargo era urgente. El aire de la noche le resultaba frío. Los caballos eran veloces, especialmente el negro castrado del senador, que galopaba a su lado. En los últimos años no había estado a menudo sobre una silla de montar, y lamentó no haber elegido la montura de Galión. Podía haberla controlado mejor.

Cruzando el río por el imponente puente de piedra que Julio César había construido para continuar la Via Appia, abandonó la famosa carretera y dobló a la derecha por un camino que formaba un ángulo hacia el sur en dirección a las extensas canteras de toba.

Era una aventura muy peligrosa, pensó, aproximarse a las Catacumbas por la entrada usual. Si el túnel de la puerta de cipreses estuviera vigilado, aun a la distancia, un hombre con dos caballos sería con toda seguridad interceptado.

Nunca había usado la entrada secreta solo, y estaba muy poco seguro de su habilidad para encontrarla, pues se hallaba cuidadosamente oculta en una de las canteras abandonadas desde hacía largo tiempo. Pero sabía que reconocería la cantera al verla, pues estaba al lado de un viejo galpón, cerca del camino. Al llegar allí, ató los caballos y bajó lentamente por los escarpados peldaños, hacia el fondo de la cavidad. Siguiendo cuidadosamente a lo largo de la pared que alumbraba la débil luz de una luna en cuarto menguante, el anciano llegó a una pileta poco profunda y recordó haberla vadeado. Después de la pileta, se encontraba una grieta en la roca saliente. Penetró por la angosta abertura, y se estaba moviendo cautelosamente en la profunda oscuridad cuando una voz gruñona lo detuvo. Marcipor le dio su nombre, y el centinela, a quien conocía, le dijo que siguiera.

—Vine por Marcelo Galión. Su esclavo griego, también uno de los nuestros, está muriendo de resultar de una grave herida... Es éste un viaje duro para un anciano, Trasón... ¿Quieres ir en seguida en busca de Marcelo y darle este mensaje?

—Si te quedas montando guardia, lo haré con gusto.

La espera se le hizo larga para el anciano en aquella oscuridad densísima, sin oír más sonido que el fuerte latido de su viejo corazón. Se enderezó al escuchar el raspado de sandalias sobre la áspera toba. Por fin vio la pálida luz de una lámpara lejos, por el túnel oblicuo. Mientras se aproximaba Marcipor vio dos hombres que estaban siguiendo a Trasón: Marcelo primero y... ¡el Gran Pescador!

Hubo un breve coloquio en voz baja. Quedaron en que Marcelo y Pedro montarían los caballos y Marcipor pasaría la noche en las Catacumbas.

—¿Dijiste a mi padre que yo estaba aquí? —preguntó Marcelo.

—Sí... Pero está tan contento de saber que vives, señor, que no le molestó el hecho de que eres cristiano. Puedes estar seguro de que guardará tu secreto. Vete ahora. ¡Demetrio no tiene muchas horas de vida!

Lencio se llevó los caballos. Lucía, que esperaba en el pórtico, corrió escaleras

abajo y se echó en los brazos de su hermano, sollozando como una chiquilla y estrujándole las mangas con los dedos temblorosos.

—¿Demetrio vive todavía? —preguntó Marcelo en seguida.

—Todavía respira. Pero Sarpedón afirma que está perdiendo sus fuerzas rápidamente y no podrá durar más de una hora.

Marcelo se volvió e hizo señas a su compañero.

—Este es Simón Pedro, Lucía. Ha llegado últimamente de Galilea. Él también conoce a Demetrio. El enorme barbudo se inclinó ante ella.

—¡Tu siervo, hermana mía! —dijo con su voz rica y profunda.

—Bienvenido —contestó Lucía entre sollozos—. Ven, no perdamos tiempo.

Galión envejecido y cansado, los recibió en el relleno de la escalera y abrazó a su hijo en silencio. Cornelia, muy agitada por los acontecimientos de la noche, cayó débilmente entre sus brazos, susurrando incoherentes cariños. Pedro permanecía esperando en la escalera, El senador se volvió hacia él, con mirada inquisitiva. Lucía, con cierta indiferencia llevó a cabo la presentación.

Un amigo de Marcelo... ¿Cómo te llamas, por favor?

—Pedro —dijo con sencillez la profunda voz gutural.

El senador saludó fríamente, significando con su actitud que el desaliñado extraño no era de su agrado. Pero Pedro, que se había impacientado por la demora, tenía una sorpresa para el senador Galión. Avanzando, el enorme galileo enfrentó al altivo patricio romano con el aire de quien está acostumbrado a dar órdenes.

—¡Llévame junto a Demetrio! —ordenó.

Ante el sonido de aquella voz extraña y persistente, Cornelia se apartó de Marcelo y miró al membrudo extranjero con la boca abierta. Galión, dominado por el tono de la voz por la elevada figura, le guió obedientemente hasta la habitación de Demetrio. Todos los siguieron y se agruparon en tomo del lecho; Marcelo apoyó su mano cariñosamente sobre la cabeza despeinada del moribundo. A una señal de Galión, que evidentemente estaba impresionado por las seguras maneras de su misterioso huésped, Sarpedón se levantó de su asiento y abrió paso al recién llegado. Con tranquila seguridad, Pedro levantó las manos inertes de Demetrio en sus grandes y oscuros puños y las agitó.

—¡Demetrio! —gritó, como si estuviera llamando a alguien que se encontrara a una gran distancia; como si el agonizante estuviera a kilómetros y leguas de allí. No hubo ninguna respuesta; el corintio ni siquiera movió los párpados. Pedro lo llamó nuevamente, con una voz resonante que hubiera podido fácilmente oírse desde la avenida—: ¡Demetrio! ¡Vuelve!

Nadie se movía. La gente que estaba alrededor del lecho permanecía como petrificada, esperando. Repentinamente, Pedro se irguió en toda su altura y los enfrentó con los brazos extendidos y haciendo gestos de despedida con las manos.

—¡Salid! —ordenó—. ¡Dejadnos solos!

Obedecieron silenciosamente, saliendo en fila al corredor; todos menos Marcelo,

que se animó a preguntar si también debía irse. Pedro asintió. Estaba sacándose el manto mientras Marcelo cerraba la puerta. Caminaron por el corredor hasta, llegar a la escalera, donde se detuvieron por un instante, esperando en silencio oír nuevos llamados del galileo imponente que había tomado posesión de la casa. Marcelo temió oír algunas murmullos de protestas, pero nadie habló. Reinaba un profundo silencio y ningún sonido llegaba ahora del cuarto de Demetrio. Después de un rato, el senador rompió la tensión volviéndose hacia la escalera. Con los cuidados de un anciano decadente, descendió con lentitud. Sarpedón lo siguió inmediatamente y se acomodó en una silla del atrio. Cornelia tomó a Marcelo por un brazo y lo condujo a su dormitorio, siguiéndolos Lucía. Nadie quedó en el corredor, salvo Tercia, que caminó de puntillas hasta la puerta del dormitorio de Demetrio.

Acurrucándose allí, esperó, tratando de oír algo; solo oyó sus mismos ahogados sollozos.

Una media hora después, Marcelo salió de la habitación de su madre e hizo una pregunta a Tercia, en un susurro. Ella negó tristemente. Él bajó y fue a la biblioteca, donde encontró a su padre sentado frente al escritorio, sin hacer nada. El canoso senador le señaló una silla. Después de un momento aclaró su garganta y sonrió sarcásticamente.

—¿Cree por ventura tu desaliñado amigo que es un hacedor de milagros?

—Pedro tiene ese don extraño, señor —dijo Marcelo, como sintiéndose en seria desventaja.

—¡Yo diría que su proceder es realmente inusitado! Se hace cargo del caso, despide a nuestro médico y nos echa a nosotros de la habitación. ¿Esperas que lleve a cabo algún hecho sobrenatural allí?

—No me sorprendería, señor. —La voz de Marcelo era firme—. Admito que Pedro no tiene educación, pero es completamente honesto. Quizá no debiéramos prejuizar hasta que veamos qué ocurre.

—¡Bueno, lo que ocurrirá es la muerte segura de Demetrio! De cualquier manera hubiese ocurrido... Yo hubiera protestado contra esta tontería si hubiese existido una sombra de esperanza de curar a Demetrio con el tratamiento adecuado. ¡Me pregunto ahora cuánto tendremos que esperar para que este judío termine sus encantamientos o lo que esté haciendo!

—No sé, señor —confesó Marcelo. Después de una considerable pausa preguntó —: ¿Te has enterado de los detalles de la aventura de Demetrio?

Galión negó con un movimiento de cabeza.

—Habrás sabido, desde luego, —declaró con indiferencia que ayudó a Diana a huir de Capri—. Se dice que lo buscan a causa de un viejo cargo por haber atacado y dejado maltrecho a un tribuno.

Marcelo se puso de pie con vehemencia y se inclinó hacia el escritorio de su padre.

—¡Escapó ella! ¡No sé ni una palabra! ¿Dónde está?

—Parece que nadie lo sabe... No está en su casa. El Emperador pretende hallarse muy interesado en su bienestar y ha enviado partidas en su búsqueda...

—¿Y por qué está él tan interesado? —preguntó Marcelo indignado. Al no obtener respuesta de su padre, añadió—: Quizá Demetrio sabe dónde está; tal vez se ha visto en dificultades por su causa.

Galión hizo un gesto de cansancio y desesperanza.

—Si Demetrio lo sabe —dijo resignadamente—, llevará su secreto consigo, hijo mío.

Intranquilo y aturdido, Marcelo retornó a la habitación de su madre y la encontró dormida. Lucía se había acurrucado sobre un canapé. Se sentó a su lado y le tomó la mano. La luz gris azulada de la aurora comenzaba a invadir los rincones oscuros.

—¿Todavía está allí ese hombre? —susurró Lucía.

Marcelo asintió tristemente. Caminó hasta la puerta, la abrió y miró a través del corredor. Tercia había abandonado su puesto. Cerró la puerta y volvió al lado de su hermana.

* * * * *

Tercia se enderezó al sonido de la cerradura de la puerta. La cara barbuda del macizo galileo apareció en el corredor.

—Ve... silenciosamente —murmuró Pedro— y prepara algún caldo caliente.

—Oh... ¿va a vivir? —suspiró la joven. Pedro cerró la puerta suavemente, sin responder. Dándose cuenta de que la familia no debía ser llamada todavía, Tercia se deslizó hasta el pie de la escalera. Al volver golpeo suavemente: Pedro abrió lo indispensable para darle paso y cerró de nuevo. Demetrio, muy blanco, estaba sentado sostenido por almohadas. Estaba despierto, pero parecía atontado.

—No le hables todavía —advirtió Pedro amablemente—. Ha venido de un largo viaje y aún está asombrado. —Levantó el manto y se lo puso—. Puedes darle el caldo; cuánto quiera... Te quedarás aquí... No llames a su amo hasta que pregunte por él. No permitas la entrada a otros mientras no esté más fuerte. Ahora me voy.

—Pero, señor —protestó Tercia—, ¿vas a partir sin ver a la familia? ¡Ellos desearán agradecerte!

—No quiero responder a preguntas —contestó Pedro con cierta sequedad. Tercia pudo ver que aquel hombre estaba fatigado—. No deseo hablar. Estoy agotado.

En la puerta se volvió y miró a Demetrio.

—¡Valor! —dijo en tono bajo e imperativo—. Recuerda la promesa que hice por ti. ¡Y que tú debes cumplir! Debes volver a tus compatriotas... y hablarles en nombre de Cristo. ¡Él te ha curado!

La blanca frente de Demetrio se frunció un tanto, pero no respondió. Después que la puerta se hubo cerrado, Tercia le llevó una cuchara llena de caldo caliente a los labios. Él la tomó apáticamente, examinando su rostro para reconocerla. Ella le dio

más caldo y sonrió ante sus ojos perplejos.

—¿Me conoces ahora? —susurró ansiosa.

—Tercia —respondió con esfuerzo. Y agregó—: Llama a Marcelo.

Ella dejó la taza y se apresuró a llamar al tribuno. Los otros se agruparon alrededor de ella, haciendo insistentes preguntas, pero estaba resuelta a que sólo su amo pudiera verle ahora, Marcelo fue muy de prisa, con el corazón latiéndole fuertemente. Tomó las manos de Demetrio.

—¡Pedro te ha vuelto a la vida! —exclamó con voz emocionada.

Demetrio humedeció sus labios con una lengua pastosa.

—Fue un largo viaje —murmuró.

—¿Recuerdas algo?

—Un poco.

—¿Viste a alguien?

—No con claridad, pero se oían muchas voces.

—¿Querías volver?

Demetrio suspiró y negó con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Marcelo.

—Se fue.

Tercia, sospechando que las lacónicas respuestas significaban que deseaba conversar con Marcelo a solas, abandonó el cuarto. Demetrio se animó perceptiblemente.

—Diana está en Arpino, en la villa de Cesón, en buenas manos... pero... mejor es que vayas por ella. El Emperador la desea. ¡Está en peligro!

—¿Te sientes bastante bien, Demetrio —preguntó Marcelo nerviosamente—, como para dejarme ir... en seguida?

—Sí, señor... Yo también partiré. Pedro hizo un voto. Voy a retornar a Grecia.

—¡A luchar por el reinado nuevo! —Marcelo lo observó con una expresión de admiración y deferencia—. ¡Se te ha confiado una gran responsabilidad, llena de peligro! Haré hoy mismo tu certificado de manumisión.

—Me dolerá dejarte, señor —suspiró Demetrio.

—¡Ni yo quiero que te vayas! —declaró Marcelo—. Pero si tu vida ha sido salvada por una promesa, debes cumplirla... ¡a cualquier costo!

Tercia entreabrió la puerta; su ceño ansioso anunciaba que ya había demasiada conversación. Marcelo le hizo una seña, permitiéndole entrar. Ella acercó el tazón de caldo al lecho. Demetrio lo tomó ahora ávidamente.

—¡Eso va bien! —dijo Marcelo—. Estás reponiéndote rápidamente.

Dándose cuenta de que los otros miembros de la familia debían ser notificados sin más dilación, fue hasta el cuarto de su madre, encontrando a todos allí, y les comunicó la noticia de que Demetrio se había recobrado y estaba tomando su desayuno.

—¡Imposible! —exclamó Galión marchando hacia la puerta. Marcelo lo

interceptó.

—Espera un momento, señor —advirtió—. Todavía no está fuerte. Le cuesta esfuerzo hablar.

—¡Pero yo deseo hablar a ese galileo! —respondió nervioso Galión—. No es una cosa sin importancia la que ha ocurrido. ¡Demetrio se estaba muriendo! ¡Eso es lo que dijo Sarpedón!

—Pedro se ha ido, señor... Tercia afirma que estaba cansado y no deseaba ver a nadie.

—¿Cómo crees que hizo todo esto? —inquirió Cornelia.

—Es un cristiano —respondió Marcelo—. Algunos de esos hombres que vivieron cerca de Jesús han adquirido de él poderes realmente peculiares... Para mí no es ninguna sorpresa, madre, que Demetrio se haya curado. Él también es un cristiano... Dice que Pedro hizo un voto para que él lo cumpla. Debe volver a Grecia y trabajar entre sus compatriotas...

—¿Qué clase de trabajo? —inquirió Lucía.

—Atraer gente para sostener el nuevo reino —contestó su hermano.

—¿No se verá en dificultades al hablar sobre un nuevo reino?

—Sin duda —convino Marcelo—. Pero Demetrio no dejará que eso lo detenga.

—Quizá se alegre de volver a Grecia. ¿No me dijiste que estaba enamorado de una muchacha de Atenas? ¿Se llamaba... Teodosia?

El senador dijo que iba a tomar su desayuno en la biblioteca y pidió a Marcelo que le acompañara. Cornelia declaró que volvía a acostarse. Lucía fue a su departamento, y unos pocos minutos después golpeaba suavemente en la puerta de Demetrio. Tercia la hizo entrar y abandonó la habitación.

—Estamos contentos de que hayas mejorado —dijo Lucía—. Marcelo nos comunicó que vuelves a Grecia. —Depositó un anillo en su mano—. Lo he guardado para ti... Ahora debes tenerlo nuevamente...

Demetrio observó el anillo con ojos suaves, y lo acarició entre sus palmas. Lucía le dirigió una tímida sonrisa.

—Quizá se lo darás a Teodosia... Él sonrió, pero instantáneamente se puso serio.

—Puede que ese regalo le cueste demasiado. No sería justo pedirle a Teodosia que comparta mis peligros.

Sarpedón entró en ese momento y permaneció de pie al lado de la cama, observando a su paciente con ojos asombrados. Era evidente que aun Demetrio estaba sorprendido de verlo.

—El médico —dijo Lucía—. ¿Recuerdas que ha estado aquí toda la noche?

—No... No recuerdo.

—¿Qué hizo, ese individuo de Galilea? —inquirió Sarpedón, caminando alrededor del lecho.

—Rezó —respondió Demetrio.

—¿A qué dios rezó?

—Existe uno sólo.

—¿Un dios judío?

—No, judío no. Dios es el padre de todos los hombres de cualquier lugar. Cualquiera puede rezarle en el nombre de Jesús, quien ha venido para establecer un reino de justicia y paz.

—¡Ah... esa nueva herejía cristiana! ¿Sabe tu amigo de Palestina que podría ser arrestado por pretender curar enfermedades con tales prácticas?

—¿Pretender? —exclamó Lucía con asombro—. Él no estaba pretendiendo cuando curó a Demetrio.

—¡Debería ser denunciado a las autoridades! —declaró Sarpedón, encaminándose hacia la puerta.

—Cabe pensar que un médico debería alegrarse de ver que su paciente se repone —observó Lucía—... Cualquiera sea el modo como se haya curado.

Sarpedón no hizo comentarios. Cerrando la puerta ruidosamente, bajó las escaleras y penetró en la biblioteca, donde el senador y Marcelo se estaban desayunando. Abandonando su acostumbrada pasividad, exclamó una indignada protesta.

—¡Ven, Sarpedón! ¡Siéntate! —le invitó el senador amablemente—. Toma el desayuno con nosotros... No te culpamos por sentirte así. Pero éste por cierto ha sido un hecho muy raro... Hiciste todo lo que pudiste. Sin duda te alegra que el griego se haya curado, aun cuando el tratamiento haya sido... ¿cómo diríamos?; ¿irregular?

Sarpedón rehusó la fruta que Décimo le ofrecía obsequiosamente, y permaneció de pie, rojo de ira.

—¡Sería un infortunio —dijo desafiante—, si se supiera que el senador Galión ha llamado a uno de esos sediciosos cristianos para curar un enfermo en su casa!

Marcelo saltó de la silla y enfrentó a Sarpedón cara a cara.

—¡Tú... y tu hipocrático juramento! —exclamó—. ¡Se supone que estás interesado en curar! ¿Ha llegado a ser tan celosa e inexorable tu profesión que provoca la ira cuando se devuelve la vida a un hombre por otros medios que no sean tus remedios fútiles?

Sarpedón le volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta.

—¡Te arrepentirás de este discurso, tribuno Marcelo! —declaró mientras salía de la habitación.

Por unos minutos ni el senador ni Marcelo hablaron, mientras volvían a ocupar sus asientos en la mesa.

—Confiaba en que habríamos podido entendernos con él —dijo Galión—. Su orgullo ha sido herido... Puede causarnos muchos disgustos. Si hace saber que estamos amparando a Demetrio...

—¡Verdad...! ¡Debemos sacar a Demetrio de aquí!

—¿Podrá viajar hoy?

—¡Debe! Yo cabalgaré hasta Arpino... Irá conmigo.

—¡Tonterías! —se burló el senador—, ¡Hoy no puede montar a caballo! ¡Ya está! Lo enviaremos a Pescara en un coche. Difícilmente lo buscarán en un puerto del Adriático. —Se levantó y caminó por el cuarto—. Yo iré con él... Mi presencia en el carruaje puede ayudarle a evadir una investigación... Además, puedo ser de utilidad para asegurar su pasaje. Sí no hay ningún barco que salga en seguida, podré alquilar uno que lo llevará hasta Brindisi... No tendrá ninguna dificultad en encontrar allí un barco que zarpe rumbo a Corinto.

—¡Esto es muy generoso de tu parte, señor! —declaró conmovido Marcelo—. Si todos los hombres trataran a sus esclavos...

—Bueno... en cuanto á eso —el senador rió entre dientes— ¡no ha sido mi costumbre prestar mi coche y mi persona para escolta de mis esclavos cuando se embarcan para el extranjero! El caso de Demetrio es diferente. Se le ha devuelto la vida de una manera extraordinaria y debe cumplir la promesa que se ha hecho por él. De otro modo, ¡no tendría ningún derecho a vivir!

—Tú serías un buen cristiano, señor —dijo Marcelo, dándose cuenta en seguida, por el repentino gesto de su padre, que la observación no había sido oportuna.

—Los hombres honorables cumplían su palabra mucho antes que esta religión cristiana fuera propuesta, hijo mío... Ven, arreglemos nuestro viaje. No es un día malo para él... Roma no buscará a fugitivos esta mañana. Los *Ludi Romani* serán el único interés de la ciudad... Dile a Lencio que prepare el coche.

VEINTICINCO

AL bordear la ciudad por una ruta circular y evitando las carreteras congestionadas hasta que hubieron avanzado veinte kilómetros hacia el este, el carruaje y el jinete que lo seguía a corta distancia habían andado sin molestias. A veces habían tenido que detenerse en los cruces de caminos por el tránsito denso de vehículos provenientes de la campaña, pero nadie los había interrogado.

La suposición del senador de que el viaje podía ser llevado a cabo con toda seguridad, demostró ser correcta. Si un hombre deseaba dejar Roma sin ser notado, éste era el día indicado. Los *Ludi Romani*, las más veneradas y populares de todas las fiestas, estaban cerca, y aunque todavía faltaban tres días para esta celebración anual en honor de Júpiter, ya proyectaba una grata sombra ante ella.

El populacho estaba de humor carnavalesco y las calles abarrotadas de bufones y bulliciosos. Los habitantes decoraban sus casas con alegres estandartes y banderas. Los huéspedes llegaban desde lejos, y el ruido y la confusión crecían de hora en hora, mientras cada avenida que desembocaba en la capital se llenaba de turistas, gente que regresaba a su casa, magos, buhoneros, bailarinas, acróbatas, carteristas y exhibidores ambulantes de monos chillones y osos amaestrados.

A todos se les había contagiado la alegría. Abandonados los trabajos serios, se había divulgado la noticia de que los *Ludi Romani* Serían notable por el bullicio y la pompa. El nuevo Emperador no era tacaño. El malhumorado anciano Tiberio, que fruncía el ceño ante las diversiones, estaba muerto y enterrado; muerto también el viejo Seyano, quien había ido entregando sus sestercios (de a muy pocos por vez) al príncipe Cayo. Y el propio Cayo... ¡Enhorabuena! ¡Los *Ludi Romani* de esta temporada serían los mejores! Botitas se ocuparía de que todos se divirtieran. Hasta los cristianos se verían unos días libres de las persecuciones, pues las autoridades estarían demasiado ebrias para molestarse por ellos.

En Avezano el carruaje del senador se detuvo a la sombra, cerca de una encrucijada. Marcelo sofrenó su caballo y desmontó para despedirse de los ocupantes, pues sus caminos se separaban allí. Introduciendo el brazo por la ventanilla abierta, estrechó la mano de su padre, asegurándole que se encontrarían pronto; y luego la de Demetrio, que, todavía débil, estaba muy conmovido por la separación. Trató con gran esfuerzo de mantener el control de su voz.

—¡Buen viaje, Demetrio! ¡Y que tengas éxito en todas tus andanzas!... Puede que pase un largo tiempo antes que nos encontremos de nuevo...

—Tal vez no, señor —murmuró el corintio sonriendo apagadamente.

—Bueno... ya sea a largo o a breve plazo, amigo mío... ¡nos encontraremos! Tú lo crees, ¿verdad? —¡Con todo mi corazón!

Volviendo a montar en la briosa Istar, Marcelo se alejó galopando, agitando una mano mientras doblaba hacia el sur por el camino de Arpino. Allí el tránsito era más liviano y podían hacerse las etapas en menor tiempo. A medida que la superficie del

terreno se elevaba, el entusiasmo de Ishtar se enfriaba algo, hasta que siguió a un medio galope.

Ahora que sabía a Demetrio seguro, Marcelo halló que su espíritu revivía. ¡Iba hacia Diana! Nada más le importaba. En Alatrí alimentó a la yegua en el establo de una posada, mientras un esclavo, a quien había arrojado unas monedas, la limpiaba. Al dejar la ciudad, el tribuno caminó al lado de la cabalgadura durante un kilómetro; luego, montando en ella, reanudó el galope.

Los picos de los Apeninos refulgían al sol del mediodía. Era noche cerrada cuando llegó a Arpino, y fue inmediatamente reconocido por el guardia a la entrada de la villa.

—No despiertes a nadie —le advirtió—. Pondré a la yegua en el establo y buscaré algún lugar donde dormir.

No confiando el cuidado de Ishtar ni siquiera a los competentes caballerizos de Cesón, Marcelo supervisó su bebida, mientras le, hablaba todo el tiempo en un tono fraternal que hizo reír a los muchachos del establo. Al enterarse de que sus habitaciones estaban desocupadas, fue a acostarse, completamente exhausto por los sucesos de las últimas veinticuatro horas.

* * * * *

Apio Cesón había creído una precaución innecesaria que Diana trabajara en el viñedo los días precedentes y durante los *Ludi Romani*, los cuales, sabía, ocuparían la total atención de los que estaban interesados en llevarla al Emperador.

Por eso la noche anterior la habían traído a la villa, y como era la primera mañana que Diana podía sentirse comparativamente a salvo y tranquila, Antonia había insistido en que se la dejase descansar a sus anchas.

Al llegar Cesón a los establos, poco después del amanecer, se enteró de la llegada de Marcelo y fue a su cuarto, donde lo encontró despierto. En la siguiente media hora de seria conversación, se informaron uno a otro de todo lo que había ocurrido desde que se separaron. Marcelo observó que el plantador había perdido gran parte de su impetuosidad, pero todavía conservaba su afición a dar consejos.

—¿Por qué no te casas con Diana en seguida? —inquirió—. Mientras se piense que tú has muerto, Calígula hará creer que tiene derecho a preocuparse por el bienestar de ella. Cuando sea tu esposa, ¡no le quedará ya ninguna justificación por su interés!

Marcelo, sentado a medio vestir al borde del lecho, meditó un rato tan largo que Cesón añadió impacientemente: —Vosotros estáis realmente enamorados, ¿no es así?

—Sí... Pero el hecho es, Cesón —contestó Marcelo desconsoladamente—, que Diana no está del todo segura de querer casarse conmigo.

—¿No está segura? ¡Por supuesto que está segura! ¿Cómo se explica si no, que haya declarado que estaba comprometida contigo?

—¿Qué?... ¿Dijo eso?

—¡Eso mismo! ¿No es acaso la verdad?

—La última vez que la vi, Cesón, ella insistió en que nuestro matrimonio sería un error, porque yo soy cristiano.

—¡Puf! ¡Diana es hoy tan buena cristiana como tú! ¡Sí ser cristiano significa demostrar simpatía y amistad a la gente que está por debajo de uno, Diana merece un premio! ¡Debías haberla visto en el viñedo! Por una semana o más ella ha estado viviendo en una pequeña casita, compartiendo una habitación con Metela, a quien ha llegado a querer mucho. ¡Y en cuanto a la muchacha, Diana la ha convertido en otra clase de persona! ¡No la reconocerías!

—¡Me alegro! —exclamó emocionado Marcelo—. ¡Me alegro de qué Diana haya tenido esta experiencia! —Sus ojos se ensombrecieron—. Pero hay una gran diferencia entre el deseo de Diana de practicarlos principios cristianos y mi propia obligación de asociarme a un movimiento que el gobierno ha declarado ilegal, y pasar mi vida junto a hombres que están en constante peligro. Á eso se opone Diana.

—¡Bueno, no puedes culparla!

—No... Pero yo no he tenido ninguna elección en este asunto.

* * * * *

Se encontraron en el frío atrio de la villa. Antonia, sentada al lado de Marcelo, se interrumpió repentinamente en medio de lo que estaba diciendo y se alejó con rapidez: había visto a Diana descendiendo con lentitud las escaleras de mármol. Marcelo se puso de pie y corrió a su encuentro. Ella vaciló por un momento al verlo; luego, con una sonrisa de honda alegría, se arrojó a sus brazos.

—¡Amada mía! —murmuró Marcelo oprimiéndola contra sí. Durante un largo rato permanecieron unidos en el abrazo, compartiendo ansiosamente el beso que ella le ofrendaba. Con los ojos cerrados, y la respiración entrecortada como los sollozos de un chiquillo, Diana se abandonó totalmente entre sus brazos.

—¡Viniste por mí! —susurró.

—Desearía haberte tenido siempre... ¡querida!

Ella asintió lentamente, sin abrir los ojos.

—¿Así debía haber sido! —suspiró.

—¡Diana! —Marcelo apoyó su mejilla contra la de ella—. ¿Quieres decir... que eres mía, a pesar de todo?

Levantando ambos brazos, ella le rodeó el cuello apretadamente y como respuesta le ofreció sus labios apasionados...

—¿Hoy? —murmuró Marcelo, profundamente conmovido.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo con los ojos abiertos, que las lágrimas hacían brillar.

—¿Por qué no? —murmuró. Lo tomó de la mano—. ¡Ven! —exclamó

alegremente—. Hemos de decírselo en seguida. —Su voz era tierna—, Marcelo, han sido muy buenos conmigo... Esto les encantará.

Antonia se había reunido con Apio en el jardín. Sus rostros resplandecieron cuando Marcelo y Diana llegaron por el sendero, tomados cariñosamente del brazo. Ambos se levantaron para recibirlos. Antonia sorprendió a Marcelo con un beso que no era mero cumplimiento de un deber social, y Diana besó a Apio, el cual quedó inmensamente reconocido. Luego abrazó a Antonia.

—Apio —dijo—, como la máxima autoridad que eres de Arpino, puedes casarnos. ¿No es así?

—¡Es la cosa que mejor hago! —exclamó el plantador golpeándose el pecho.

—¿Hoy mismo? —preguntó Marcelo.

—¡Desde luego!

—Sentémonos —sugirió Antonia— y hagamos algunos planes. Ahora bien, podemos celebrar una boda tranquila aquí en el atrio, sin nadie más que la familia... A propósito, ¿dónde está Antonio?

—No se levantó todavía —dijo Marcelo—. Ya he preguntado por él.

—O —prosiguió Antonia— podemos invitar a todos. Esta gente de Arpino os ama a ambos. Sería maravilloso para ellos si.

—¡Hagámosla, pues, afuera, en el césped! —insinuó Diana.

—Donde Marcelo acostumbraba hablarles —precisó Cesón.

—Al crepúsculo —agregó Antonia.

—Si estamos de acuerdo en eso, enviaré la noticia de que tendrán un día de fiesta. Les daré la oportunidad de limpiarse y estar presentables.

—Eso es muy agradable —comentó Marcelo.

—Aquí viene Antonio... el remolón —dijo su madre tiernamente. Antonio se acercaba con la cabeza gacha, al parecer profundamente abstraído. Después de un momento levantó la vista, se detuvo un instante, y luego llegó corriendo. Marcelo lo abrazó afectuosamente.

—¿Por qué nadie me ha llamado? —se quejó—. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte con nosotros, Marcelo?

—Vamos a retenerlo tanto como podamos, querida —dijo su padre—. Diana y Marcelo se casarán... esta noche.

Antonio, sorprendido un poco por el anuncio, ofreció solemnemente su mano a Marcelo. Luego se volvió hacia Diana, sin saber cómo felicitarla.

—Se supone que debes besarla —advirtió solemnemente su padre—. Esta es la costumbre.

Antonio se ruborizó y parecía completamente confundido, hasta que Diana fue en su ayuda con un beso dado con naturalidad tal que le devolvió la compostura.

Diciendo que debía enviar un sirviente al viñedo, Cesón se marchó. Antonia anunció que para la fiesta de la noche tendría que preparar algo sin demora. Antonio, dándose cuenta de que esperaban que él también inventara una ocupación, recordó

que aún no había tomado el desayuno.

Marcelo y Diana se sentaron en el banco, con los dedos entrelazados.

—Ahora debes contarme cómo te encontró Demetrio —preguntó la joven.

Fue una larga historia; una historia conmovedora que hizo asomar lágrimas a los ojos de ella. ¡Pobre Demetrio... tan leal y tan valiente! ¡Y su curación, tan misteriosa! ¡Qué alegría volver a su tierra!... ¡Y con Teodosia!

—No tiene mucho que ofrecerle —observó Marcelo—. La vida de un cristiano activo, querida, se puede perder fácilmente; está suspendida de un hilo... Demetrio no es un hombre que va a evitar el peligro. De cualquier manera, Teodosia no lo amará menos por eso. Si él va hacia ella, ella lo aceptará... para bien o para mal.

—Creo que dices eso en parte por mí —murmuró Diana—. Muy bien, Marcelo, te aceptaré de esta manera.

Se acercó a él y lo besó.

—Cesón cree —prosiguió Marcelo después de un largo silencio—, y yo estoy de acuerdo, que podría ser completamente seguro para mí, ahora, llevarte con tu madre. No hay ningún cargo contra ti. No habrá ningún apoyo para las pretensiones de Calígula de rescatarte, después que nos casemos.

—¿Pero qué pasará contigo, querido? —preguntó ella ansiosamente—. Se comentará mucho tu retorno, después de haberte supuesto ahogado... ¿Y no llegará a los oídos del Emperador que eres cristiano?

—Es muy posible... Pero debemos correr tal riesgo. Calígula es un excéntrico. Su atención puede ahora apartarse de los cristianos. El hecho de que mi padre sea un senador influyente, puede hacer pensar dos veces al jovencito antes de hacerme arrestar. De cualquier modo... no puedes permanecer recluida indefinidamente. Terminemos con esto y veamos qué viene luego.

—¿Cuándo partiremos?

—Se ofenderán aquí si nos vamos en seguida. Esperemos hasta pasado mañana, cuando los *Ludí Romani* habrán comenzado. Quizá podamos viajar tranquilamente.

—¿Sin intentar siquiera eludir las patrullas?

—Así es, querida. Iremos disfrazados y, si nos arrestan... entonces... ¡podemos dar nuestro caso por perdido!

Diana se arrellanó en sus brazos.

—¡No tendré miedo —murmuró— sí tú estás conmigo!

* * * * *

Toda la tarde los hombres de Arpino estuvieron cortando el césped de los jardines. Vobisco dirigió la construcción de una pequeña glorieta, que los jóvenes decoraron con flores y guirnaldas. Durante todo el día estuvieron trabajando las cocinas de la villa. De los hornos salieron tortas de miel y el aire estaba saturado del aroma apetitoso de corderos y patos que se asaban sobre grandes parrillas. ¡El

viñatero de Cesón creyó que su amo se había vuelto loco cuando supo que se iba a servir vino a todo Arpino!

El murmullo de las voces se acalló cuando apareció la pareja en la entrada de la villa. Entonces se levantó un clamor concertado: «¡Viva Diana! ¡Viva Marcelo!». También se vivó por la familia de Cesón.

Ellos ocuparon sus lugares bajo el pequeño pórtico improvisado, y cayó el silencio cuando el dueño, con gravedad inusitada, unió sus manos y les pidió que dijeran si deseaban ser marido y mujer. Luego en tono altisonante anunció que su matrimonio era una realidad.

Los recién casados volvían el rostro hacia los arpiníos, que prorrumpieron en alegres gritos. La familia de Cesón les ofreció sinceros augurios y afectuosos halagos. Durante un momento, los pobladores estuvieron indecisos sobre qué hacer. Un anciano se animó a acercarse y tomar sus manos moviendo la cabeza violentamente. Vobisco llegó dándose tono como correspondía al mayordomo, seguido por su esposa que llevaba su chal más bonito. Subieron más mujeres, seguidas por sus respectivos maridos, que se abrían paso con los hombros y sonreían torpemente rascándose la oreja. Marcelo conocía a la mayoría de ellos por nombre. Diana abrazó a Metela que tenía los ojos llenos de lágrimas. Iba a evadir a Marcelo con una pequeña y tiesa cortesía, pero él la besó, lo que constituyó, el incidente más notable de la ocasión. Hubo vivas también para Metela, la cual, estaba, tan confundida que no sabía dónde ir o qué hacer si se quedaba allí. Después de un momento, Cesón hizo señas al mayordomo indicando que deseaba anunciar algo y Vobisco lanzó un grito estentóreo que provocó un profundo silencio. El amo, declaró, tenía algo que decir.

Y Cesón los invitó a todos a tomar parte en la fiesta. Ya los esclavos de la villa estaban llegando en imponente procesión, cargados con el peso de sus agradables cargas.

—¡Bueno! —exclamó Cesón—. ¿Volvemos a la villa?

—¡Oh, por favor, no! —dijo Diana—. ¡Cenemos aquí, con ellos.

—¡Eres un encanto! —murmuró Marcelo.

—¡Pero allá tenemos helados! —protestó Cesón.

Diana deslizó su brazo bajo el suyo, afectuosamente.

—Pueden esperar... —suspiró.

El hombre sonrió y asintió indulgentemente.

—¿Quieren mirar a Antonio? —exclamó su madre. Antonio, detrás de una mesa, esgrimiendo un cuchillo, estaba cortando resueltamente los corderos para que fueran distribuidos a la gente pobre de Arpino.

* * * * *

Sarpedón no quiso quedarse callado. Su orgullo profesional había sido profundamente herido, y, no teniendo nada que perder en el concepto de la familia

Galión, decidió poner en práctica la amenaza hecha a Marcelo.

Pero lo guió algo más que un deseo impulsivo de vengar la humillación sufrida, traicionando a la familia cuyo generoso apoyo había heredado de su padre.

Si hubiese ocurrido el desdichado incidente unas semanas antes, el médico se habría tragado su indignación; pero los tiempos habían cambiado. Ahora no se obtenía nada haciendo favores a los conservadores. Ciertamente, bajo la presente dinastía lo mejor era apartarse de ese muerto y no arriesgarse a caer con él: el joven Calígula no tenía paciencia para con los viejos estadistas que creían en la economía nacional y miraban sus peligrosas extravagancias con dura desaprobación. Nadie ignoraba que Botitas tenía el propósito de aplastar a los opositores de cabellos grises en la primera oportunidad. Sarpedón conocía a Quinto, aunque no había sabido nada de éste desde su repentina elevación a un lugar prominente en la corte de Calígula. Desgraciadamente para él, el anciano Tusco había fallecido en la primavera; y Sarpedón, quien atendiera los achaques del viejo poeta y estadista, no había tenido ocasión desde entonces de ver a ninguno de los familiares. No sabía si iba a ser mantenida como médico de la familia, ahora que el anciano ya no estaba. De todos modos, sin duda sería de gran beneficio para él si pudiera demostrar a Quinto de qué lado se hallaba en la lucha entre Botitas y el Senado.

Aunque furioso e impaciente, tenía bastante sentido común como para no precipitarse a la augusta presencia de Quinto con su traición a los Galiones. Pidió cita dignamente, y esperó con gran inquietud los tres días que pasaron hasta que el elevado y poderoso tribuno pudo darle audiencia. De cualquier manera, esta tardanza le había permitido a Sarpedón aumentar las pruebas de su acusación, pues, en el intervalo, su mayordomo había sabido por Décimo que el senador y Marcelo habían partido precipitadamente con el griego convaleciente en un viaje secreto.

Después de librar verdaderas luchas para abrirse paso a través de las multitudes arremolinadas, Sarpedón llegó al palacio imperial despeinado y transpirando. Allí tuvo que permanecer de pie, pues no había sitio para sentarse en el gran vestíbulo, todo mármol, oro y marfil, junto con los potentados provincianos que esperaban su turno para los favores. Aunque la tarde recién comenzaba, los dignatarios, llamativamente ataviados, representaban todas las etapas conocidas de la embriaguez, abarcando desde la burda grosería hasta la náusea repulsivamente ruidosa.

Por fin autorizaron al médico para una corta entrevista con Quinto, quien se disponía a despacharlo prontamente. Pero al oír que tenía informes sobre Demetrio, Quinto prestó atención: había traído a la mansión de los Galiones un judío para que realizara brujerías sobre el griego, que había sido herido ligeramente. El tribuno Marcelo, lejos de estar muerto, había llevado a la villa la cháchara cristiana y había puesto claramente en evidencia que también él simpatizaba con esos revolucionarios. El senador y Marcelo habían sacado de la casa al griego y partieron con él, sin duda para ocultarlo en alguna parte.

Quinto estaba profundamente interesado, pero todas las gracias que recibió

Sarpedón fueron unos salvajes gritos por haber esperado tanto tiempo para llevarle la noticia.

—¡Has sido siempre un chapucero, Sarpedón! ¡Si no fueras el hijo de tu sabio padre, nadie recurriría a ti ni para sacarle los gusanos a un perro!

Conocido el concepto en que era tenido por parte del favorito del Emperador, Sarpedón se inclinó profundamente y dándose vuelta salió de la habitación al maloliente vestíbulo. Difícilmente podía uno saber en esos días cómo conducirse para tener alguna esperanza de conseguir el favor de Calígula. Una cosa era segura; el Imperio iba camino de la ruina. Pero mucho antes de que Calígula cayera estrepitosamente, haría que todos los que tuvieran alguna decencia fuesen combatidos hasta llevarlos a una silenciosa sumisión.

Quinto no comunicó inmediatamente a Botitas las revelaciones de Sarpedón, pensando que era mejor capturar primero a su presa, Quizá pudiera también enterarse de algo que agradaría al Emperador... Marcelo vivía. Sin dada, él conocía el paradero de Diana.

Un pequeño contingente de guardias del palacio fue destacado para poner vigilancia en la mansión de Galión y para informar de todos los movimientos de sus ocupantes.

El mismo día llevaron la noticia de que el senador había regresado solo en su carruaje, pero tan grande era la confusión en el palacio que Quinto decidió esperar una época más conveniente para actuar. Las festividades de la corte habían llegado a tal punto que no quedaba tiempo para nada más. El caso del senador tendría, pues, que esperar. Entretanto, ordenó a los guardias que continuaran vigilando la villa. Si aparecía el tribuno Marcelo, deberían detenerlo.

Era probable que este asunto pusiera en dificultades al altivo Tulio, pero Quinto se encogió de hombros; ¡que se encontrara Tulio con la horma de su zapato! No tenía más simpatía por él que por Marcelo. Ahora le agradaba pensar que había designado a Tulio para el desagradable trabajo de barrer de cristianos las Catacumbas. Rió entre dientes. ¡en verdad que sería gracioso que Tulio se viera obligado a arrestar a su viejo amigo y cuñado por añadidura! ¡Muy bien: que lo aguante!

* * * * *

Era ya avanzada la noche del tercer día de los *Ludi Romani*, cuando llevaron a Quinto la noticia de que Diana acababa de llegar a casa de su madre acompañada por Marcelo.

Botitas, que había estado bebiendo excesivamente todo el día, tenía un humor de perros, maldiciendo y abofeteando a sus ayudantes cada vez que trataban de llevarlo al lecho. Ordinariamente después de todo un día de embriaguez, su Majestad se dejaba alejar tranquilamente; pero era tal el infernal estruendo que reinaba en las calles y en todo el palacio, que el Emperador estaba completamente desvelado y con

la cabeza ardiendo.

Hasta a Quinto le tocó su parte de injurias. Lo responsabilizó por el ruido que hacían los invitados y por el aspecto horrible que presentaba el palacio. Además, había declarado el Emperador, con la lengua pastosa, que las ceremonias del día en el Foro Julio habían sido un descrédito: y, ¿de quién era la culpa sino de Quinto? ¡Nunca había habido allí nada tan cansador como esa interminable oda a Júpiter! ¡Nunca hubo nada tan pesado como esos coros solemnes!

—Sí, pero, Majestad; ¿no estábamos acaso obligados a seguir el ritual antiguo? —había preguntado Quinto en tono meloso. Inmediatamente se habla arrepentido de haber tratado de defenderse. No era el momento oportuno de contestar a Botitas con un «sí, pero», por más autorizada que fuera la justificación. Su Majestad se vio acometido por una ira estentórea y babosa. ¡Él sabía que estaba servido por idiotas! Buen momento éste para darle a algún hombre la mejor oportunidad de cumplir sus órdenes. En nada... ¡en nada había probado Quinto ser un ministro capaz!

A esta altura, necesitando mejorar su situación en el concepto del Emperador, el tribuno hizo salir a todos del dormitorio.

—¡La hija de Galo ha sido encontrada, Majestad! —anunció solemnemente.

—¡Ah! —exclamó Botitas—. Así que por fin tus lerdos y pesados servidores la han capturado, ¿eh? ¿Y dónde la encontraron?

—En su casa, señor. Llegó hace cerca de una hora.

—¿Tu favorito griego la trajo?

—No, señor; el griego ha sido ocultado por el senador Galión. Diana fue traída por el tribuno Marcelo, al que se creía ahogado.

—¡Oh...! Así que ha vuelto, ¿eh? ¡El romántico!... ¿Y qué ha estado haciendo desde que se supuso que se había ahogado?

—Ha estado recluido en alguna parte, señor. Se nos ha informado que es cristiano.

—¡Qué! —chilló Botitas—. ¡Un cristiano! ¿Y por qué habría de unirse un tribuno a esa turba maldita? ¿Cree ese idiota que puede dirigir una revolución? ¡Qué sea arrestado por sedicioso! ¡Tráelo en seguida! ¡Ahora!

—Es muy tarde, Majestad, y mañana estaremos todo el día muy ocupados.

—Estamos cansados hasta la muerte, Quinto, con esas pesadas ceremonias... ¿Qué clase de tortura nos infligirá Júpiter?

—Vuestra Majestad asistirá a los juegos por la mañana. Luego habrá en el Senado una recepción en honor de la Guardia Pretoriana seguida por el banquete a los senadores.

—Discursos... ¡a no dudar! —gruñó Botitas.

—Es la costumbre, señor; y después del banquete habrá una procesión hasta el templo de Júpiter, donde el Senado ofrece su homenaje, a la hora del crepúsculo.

—¡Qué aburrido, Quinto! ¿No se te ha ocurrido pensar que este banquete para los sombríos viejos chochos podría verse animado con algo mejor que la oratoria?

—Vuestra Majestad tendrá una compañía divertida en la mesa... la hija de Herodes Antipas, señor, el Tetrarca de Galilea y Perea.

—¿Esa criada huesuda y chillona... Salomé? —exclamó Botitas—. ¡Ya la hemos visto lo suficiente!

—¡Pero yo creí que Vuestra Majestad la encontraba muy entretenida! —dijo Quinto arriesgando una tímida sonrisa—. ¿No estaba ella ansiosa por complacer a Vuestra Majestad?

Botitas frunció el ceño. Súbitamente sus pesados ojos se iluminaron.

—¡Invita a la hija de Galo! Que se siente a nuestra derecha, y Salomé a nuestra izquierda. ¡Animaremos a Salomé a que repita algunas de sus mejores historias! —Rió penosamente, tomándose la cabeza.

—¡No lo consideraría el legado Galo como una grave ofensa hacia su hija, señor?

—Eso le vendrá bien —murmuró Botitas— por malgastar sus preciosas sonrisas con un tribuno que espera ver otro gobierno... ¡Envía por él sin demora y que sea confinado en la prisión del Palacio!

Quinto hizo un servil gesto de protesta.

—Preso como un tribuno, desde luego —se apresuró a añadir Botitas—. Que lo tengan confortablemente. Y que se ruegue a Diana su asistencia al banquete. Tú personalmente puedes formularle la invitación, Quinto, mañana temprano. Si no quiere aceptar, sugiere que el Emperador podría estar mejor dispuesto a tratar con lenidad a su amigo cristiano si ella honra la ocasión con su presencia.

—Pero yo pensé que Vuestra Majestad habría sido atraído por Diana y esperaba ganar su favor. ¿Le servirá mejor a Vuestra Majestad amenazarla?... Quizá... si se sintiera halagada por el emperador, la hija de Galo podría olvidar su inclinación por Marcelo.

—¡No! —ladró Botitas—. ¡Lo que necesita esa altiva criatura no es halago, sino que le den con un látigo! En cuanto a su galán... —agitó la cabeza y sonrió amargamente— ¡tenemos otros planes para él!

—¡Es el hijo del senador Galión, señor! —protestó con hipocresía Quinto.

—¡Peor para él! —exclamó Botitas—. ¡Daremos al viejo, una lección también... y el Senado podrá sacar sus conclusiones!

* * * * *

Nada menos que un personaje como el propio Quinto, acompañado por un contingente hermosamente ataviado de guardias ecuestres, entregó a Diana la invitación para el banquete. Obligada a abandonar su cuarto a una hora temprana, los recibió en el atrio. Estaba pálida y tenía los ojos hinchados por el llanto, pero mantenía un porte orgulloso. Paula, aturdida y asustada, permanecía, a su lado.

Quinto le entregó el rollo deferentemente, y mientras los dedos de Diana manoseaban los llamativos sellos, él decidió ahorrar tiempo, pues ese día tenía

muchas tareas que cumplir. Explicó el mensaje. Diana emitió involuntariamente un débil grito entrecortado.

—Dirás a Su Majestad —dijo Paula tratando de afirmar su voz insegura— que la hija del legado Galo está demasiado enferma del corazón para ser una compañía conveniente para el Emperador.

—Señora... —Quinto se inclinó tiesamente—, esta invitación imperial no está dirigida a la esposa del legado Galo, sino a su hija. Como ella está presente, responderá por sí misma.

—Mi madre ha dicho la verdad, señor —observó débilmente—. ¡Por favor, di al Emperador que me disculpe! ¡Estoy demasiado enferma!

—Quizá debieras saber —objetó Quinto fríamente— que tu amigo, el tribuno Marcelo, ahora descansa en una celda de palacio y será juzgado mañana, acusado de sedición!... El juicio del Emperador en este caso podría ser atemperado sí la hija del legado Galo está dispuesta a ser amable con Su Majestad...

—Está bien —respondió Diana con voz apenas perceptible—. Iré.

—¡Si mi esposo estuviese presente —anunció Paula abandonando toda prudencia— se habría derramado sangre antes que llegara a ocurrir una cosa tan cruel!

—Señora, estás equivocada —observó con fingida amabilidad Quinto—. ¿Puedo advertirte que no te aprovechará hacer tales afirmaciones?... No informaré de eso a Su Majestad, pero te aconsejo que seas más prudente. —Hizo una profunda reverencia, se volvió y salió al peristilo, seguido pomposamente por su séquito.

* * * * *

Marcelo se sorprendió ante la consideración que le demostraban los guardias del palacio que lo habían arrestado y los oficiales de la prisión. Quizá se debía a su rango. Despertado de un profundo sueño, en la mansión señorial de Galo, había bajado al atrio para verse frente a un centurión acompañado por un grupo de veinte legionarios.

Sabiendo que toda resistencia sería inútil ante tan formidable partida, pidió permiso para volver a su habitación por sus efectos personales, y la petición fue cortésmente satisfecha. La despedida fue triste. Diana, abrazada a él, sollozaba penosamente.

—¡Sé valiente, querida! —le rogó—. Quizá esto sólo sea para humillarme... El Emperador me reprenderá y me dejará libre... tras amonestarme. ¡No desesperemos!

Arrancándose de los brazos de su esposa siguió obedientemente a los legionarios. Le ofrecieron un caballo; lo colocaron entre ellos; ninguno de los bufones borrachos de las calles podía así sospechar que estaba arrestado.

Al llegar al palacio imperial, fue conducido a la prisión. Era un subterráneo, pero bien iluminado y ventilado, y la habitación que le habían destinado estaba confortablemente arreglada. El centurión le informó que era libre de notificar a sus

amigos su paradero; sus mensajes serían despachados sin demora y sería admitido cualquier visitante.

Marcelo se sentó inmediatamente ante el escritorio y escribió una carta.

«Marcipor: Estoy en la prisión del palacio, acusado de traición. Informa a mi familia. Tenéis permiso para visitarme, pero quizá sería mejor que el senador no se impusiera tan penosa obligación. Me tratan bien. Tráeme la túnica. Marcelo».

Poco después de la madrugada, apareció Marcipor. Llevaba en su porte la gravedad y cansancio de un hombre muy viejo. Los guardias se retiraron después de hacerlo pasar, indicando con su comportamiento que no harían ninguna tentativa por escuchar la conversación. Las manos de Marcipor estaban frías y temblorosas. Y a sus ojos asomaba una honda preocupación.

—¡Hubiera preferido morir, hijo mío! —dijo con voz trémula—, antes que verte sometido a esta penosa persecución!

—Marcipor... a veces ha sido necesario que un hombre diese su vida en defensa de una causa grande. Estoy triste y preocupado, pero no por mí. Me apeno por aquellos que me aman.

—¡Déjame ir a buscar a Pedro! —rogó el anciano—. ¡Tiene él gran poder! ¡Hasta sería capaz de librarte de la prisión!

Marcelo negó con un movimiento de cabeza.

—No, Marcipor; la vida de Pedro es demasiado valiosa para exponerla.

—Pero... ¿no podría Cristo venir a rescatarte a ti... y a Pedro? —preguntó el anciano, lloroso.

—¡No se puede poner a prueba a Cristo, Marcipor!

—Aquí está «su» túnica, señor —El esclavo desató su sayo y sacó la preciosa vestidura.

Marcelo cariñosamente la tomó en sus brazos.

—No dejes que la pena anide en tu corazón, Marcipor —amonestó amablemente, poniendo su mano sobre el hombro combado del viejo esclavo—. Vuelve mañana, puede que haya mejores noticias.

* * * * *

Lo que más le dolió a Diana, cuando se sentó en la mesa principal al lado del Emperador ebrio, fue la desconcertante expresión de desaliento que mostraban los ojos del senador Galión. Había ido solo al banquete y únicamente porque estaba obligado. Lo colocaron en una mesa lejana; pero él y Diana habían cambiado miradas expresivas: era evidente que creía que ella había traicionado a su hijo en la hora de peligro. Por eso la joven ansiaba llegar hasta él y explicarle sus sentimientos, pero era completamente imposible. Y la situación era ya demasiado precaria para ellos.

Calígula dedicaba la mayor parte de su atención a Salomé. Había tratado, sin éxito, de hacerle repetir algunas de sus historias obscenas; pero la corrompida hija de

Herodias, sospechando que se trataba de utilizarla para otro fin, había adoptado un aire insólito de virtud. Botitas, que no la había visto nunca en ese papel, estaba sin saber qué hacer con ella. Su plan de diversión para el aburrido banquete estaba resultando un completo fracaso. Con Diana a su derecha, fríamente grave y taciturna, y Salomé a su izquierda, rehusando conspirar con él para agraviar a Diana, el Emperador, que había llegado al grado más tempestuoso de la embriaguez, decidió mejorar su posición. Volviéndose hacia Salomé con la intención de que Diana escuchara, dijo:

—Hemos capturado a uno de esos cristianos que parecen estar conspirando contra el gobierno. El caso tiene especial interés, pues se trata de un tribuno. ¿Te divertiría, dulce Salomé, ver a un tribuno cristiano retractarse en presencia de la Guardia Pretoriana y del Senado?

Salomé le sonrió enigmáticamente por sobre su hombro.

—A menos que el Emperador quiera terminar con el caso —contestó arrastrando las palabras—, es peligroso pretenderlo... Estos cristianos no se retractan, Majestad. A mí padre se le ocurrió una vez humillar a un cristiano delante de la corte, y el individuo, en lugar de retractarse, ¡hizo un discurso que prácticamente arruinó, la reputación de la familia entera! ¡Especialmente la mía! ¡Debiste haber oído las cosas que dijo de mí! ¡Era intolerable! Tuvimos que castigarlo severamente.

Los pequeños y maliciosos ojos entrecerrados de Calígula brillaron de regocijo.

—¿Lo azotasteis? —preguntó, asegurándose de que Diana oyera.

—¡Lo decapitamos! —espetó Salomé.

—¡Bueno! Realmente lo castigasteis, ¿verdad? ¿Qué le hacéis a la gente por allí, en Galilea, cuando dice algo falso sobre vosotros? —Rió estruendosamente, golpeando a Salomé entre las costillas con el codo. Luego se volvió para ver el efecto que aquella conversación producía en Diana. La joven presentaba en el rostro una palidez mortal.

Quinto, que actuaba como el jefe de ceremonia, se levantó para anunciar a Cornelio Capitón, quien pronunció el peor discurso de su vida, pues inevitablemente éste debía ser un elogio a Calígula, y el anciano era un hombre sincero. Luego un coro se alineó y entonó una oda bastante pobre, después de la cual el príncipe egipcio recitó una arenga que hizo dormir a todos menos a Calígula. Finalmente, éste hizo señas a Quinto, y Quinto le susurró algo a un ayudante.

—Ahora —dijo Botitas a Salomé— conocerás la lealtad de vuestro tribuno cristiano... Han ido a buscarlo.

—¡Recuerda lo que te dije, señor! Esa gente no teme.

—¿Quisieras hacer una pequeña apuesta?

—Lo que desees, Majestad —murmulló ella encogiéndose de hombros.

Calígula desabrochó un brazalete de esmeraldas de su muñeca y lo dejó sobre la mesa.

Salomé desató un guardapelo de oro de la cadena que le rodeaba el cuello y lo

abrió.

—¡Oh! —gruñó Calígula—. ¿Qué es esto... un mechón de cabellos?

—Sí... ¡De la cabeza del único hombre sincero que conocí! —declaró sombría Salomé—. Era también muy valiente.

Calígula se puso de pie con dificultad y la asamblea entera de dignatarios romanos se levantó e hizo una reverencia. Con un benévolo movimiento de su brazo, les indicó que volvieran a sentarse. Dijo que estaba conmovido por tantas expresiones de fidelidad a la corona. Era evidente, prosiguió con voz más fuerte, que la Guardia Pretoriana y el Senado apreciaban el valor de la lealtad para el Imperio y el Emperador.

Últimamente habían llegado noticias al Emperador, anunció, de que los miembros de un partido secreto de sediciosos, que se daban el nombre de cristianos, hablaban tonterías sobre un rey... un tal Jesús, un judío pendenciero que había sido condenado a muerte en Jerusalén por traición y perturbación del orden. Sus discípulos, un pequeño grupo de pescadores ignorantes y supersticiosos, habían divulgado la noticia de que el caudillo había resucitado e intentaba establecer un nuevo reino.

—Esta locura —continuó Calígula— no hubiera merecido que nos ocupáramos de ella, de haberse circunscripto a esos fanáticos de mentalidad endeble y a los agitadores que mantienen viva la llama de tales supersticiones con el afán de ganar algo. Pero ha llegado a nuestro conocimiento que uno de nuestros tribunos. Marcelo Lucano Galión...

Los ojos de todos los invitados convergieron hacia el senador Galión. Él no inmutó la expresión del semblante y permaneció mirando fijamente, con el rostro sombrío, a Calígula, la boca firme, los profundos ojos calmos.

—No nos resignamos a creer —prosiguió con sorna el emperador— que estos informes referentes al tribuno Marcelo sean cierros. ¡Tiene, pues, derecho, según nuestras leyes, a presentarse ante vosotros y hacer su defensa!

* * * * *

Diana se sintió orgullosa de él; pero mucho más orgullosa resultó cuando le vio avanzar con la cabeza erguida y plantarse en medio del espacio cuadrado que formaron los guardias al penetrar, en el salón del banquete y hacer alto ante la mesa del Emperador. Eran todos hermosos, de más o menos treinta años, atléticos, de mandíbulas cuadradas, hombros anchos, bronceados; pero, aún así, desde cualquier punto de vista, Marcelo era el mejor de ellos, pensó Diana. Y si alguna vez ese Jesús iba a tener un campeón digno de él... ¡seguramente no podría pedir nadie más perfecto que Marcelo!

¡Ella había temido tanto que él no comprendiera por qué estaba allí, al lado de este miserable anormal, odioso y borracho, de cutis enfermo, ojos lagañosos y boca cruel! Pero no... ¡no! Marcelo comprendió. Sus ojos se encontraron y los de él se

iluminaron con una cariñosa mirada. ¡Sus labios hasta le enviaron un beso! El corazón de Diana latía fuertemente y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Le pidieron a Marcelo que se adelantara, y él caminó hasta enfrentar al Emperador. Todos se pusieron de pie. El silencio en el salón se había vuelto opresivo. Afuera, en la plaza del palacio, se estaba formando la procesión que acompañaría a los legisladores de Roma al templo de Júpiter. La música triunfal de las trompetas sonaba discordante en una docena de carruajes fastuosamente decorados y la muchedumbre sudorosa que se había aglomerado en la avenida emitía gritos de ebrios. Pero dentro del salón de banquetes el silencio era casi perfecto.

—Tribuno Marcelo Galión —comenzó Calígula con afectada dignidad—, has sido acusado de relacionarte con un partido de revolucionarios conocidos con el nombre de cristianos. Se dice que estos promotores de sedición, en su mayoría bárbaros y esclavos, han proclamado el reinado de un tal Jesús, un judío de Palestina, que fue condenado a muerte por traición, blasfemia y perturbación del orden... ¿Qué tienes que decir?

Diana sondeó el rostro impasible de su amado. No había en él muestra alguna de temor. En verdad, a juzgar por su conducta, parecía que el Emperador estaba confiriéndole un honor. ¡Qué hermoso se hallaba ahora en su uniforme de tribuno!... ¿Qué era esa vestidura oscura que oprimía entre sus brazos doblados? Diana sintió un nudo en la garganta cuando identificó la túnica de Jesús. Una lágrima caliente rodó por su mejilla. «¡Oh!... por amor de Dios —oró ansiosa—, Cristo Jesús! ¡Marcelo está llevando tu vestidura! ¡Por amor de Dios... Cristo, Marcela te ama tanto! ¡Está dando mucho por ti! ¡Está tratando tan duramente de compensar lo que te hizo! ¡Te suplico, Cristo! ¡Has algo por mi Marcelo!».

—Es verdad, Majestad —respondió Marcelo con voz firme que se oía en toda la vasta sala—. Soy cristiano. Pero no un sedicioso. No estoy comprometido en ninguna conspiración para derrocar al gobierno... Ese Jesús, a quien he dado muerte en una cruz, es ciertamente un rey; pero su reinado no es de este mundo. No aspira él a un trono terrenal. Su reino está sentado en las mentes y en los corazones que abogan por la paz, la justicia y la buena voluntad entre todos los hombres.

—¿Dijiste que tú diste muerte a ese Jesús? —aulló Calígula—. ¿Por qué entonces estás arriesgando tu vida por servirle como embajador?

—Es una cuestión sencilla, Majestad. Era inocente de todo crimen. En su juicio, el procurador, que era el juez, rogó a los acusadores que lo absolvieran. Jesús había pasado su vida entre los hombres del campo, aconsejándoles que fueran buenos los unos con los otros, que fueran honestos, sinceros, misericordiosos e indulgentes... Curó enfermos, abrió los ojos a los ciegos y prodigó siempre palabras de consuelo a los afligidos. Lo siguieron miles de hombres, de un lugar a otro, día por día, pendientes de sus palabras y agrupándose a su alrededor en busca de consuelo. Ellos renegaron de sus sinagogas, donde los rabinos sólo los tenían en cuenta para los diezmos y los corderos, y se agruparon para comerciar únicamente con aquellos

hombres que midieran con medidas honestas. Marcelo hizo una pausa.

—¡Prosigue! —ordenó el Emperador—. ¡Eres un buen abogado! —Rió despreciativamente—, ¡Casi nos has catequizado para hacernos cristianos!

—Majestad —continuó Marcelo con un tono de remordimiento—. Se me ordenó dirigir la ejecución. El juicio había sido efectuado en un idioma que yo no comprendía; y hasta que cometí el crimen no me di cuenta de su magnitud.

—Crimen... ¿has dicho? —exclamó Calígula ferozmente—. ¿Y fue un crimen acaso obedecer la orden del Imperio?

—El Imperio, Majestad, está compuesto de hombres imperfectos, que a veces cometen errores. ¡Y éste, señor, fue el error más grande que se ha cometido!

—¡Así... que el Imperio comete errores! —rugió Calígula—. Quizá eres suficientemente inocente como para decir que el Emperador mismo podría cometer una falta!

—¡Es a mí, Majestad, a quien están juzgando; no al Emperador —observó Marcelo inclinándose.

Calígula no estaba completamente preparado para responder a este comentario. Enrojeció vivamente. Una risita gutural llegó de la dirección de Salomé, lo cual acrecentó su ira.

—¿Qué es esa cosa oscura que tienes entre los brazos? —preguntó señalando con un dedo.

—Es «su» túnica, Majestad —Marcelo la levantó para qué la inspeccionara—. La llevó a la cruz.

—¿Y tienes el atrevimiento de traerla contigo al juicio? ¡Alcánzala al comandante de la guardia!

Marcelo obedeció. El centurión estiró una mano negligentemente y, al efectuarse el traspaso, la vestidura cayó al suelo. El centurión, altivamente, esperó que el prisionero la recogiera, pero Marcelo no hizo un movimiento en ese sentido.

—¡Alcánzasela al comandante! —ordenó Calígula. Marcelo se agachó, recogió el sayo y se lo ofreció al comandante, quien designó al guardia más cercano para recibirlo. El soldado lo tomó y... se le cayó. No se oía una respiración en toda la sala...

—¡Trae eso! —gritó Calígula. Extendió su mano con los dedos separados. Marcelo se adelantó para obedecer y frunció el ceño a modo de advertencia—. ¡Dáselo a la hija del legado Galo! —ordenó—. Ella lo guardará como un recuerdo tuyo.

Fue un momento impresionante. Marcelo levantó la túnica y se la alcanzó a Diana, la cual se inclinó ansiosamente para recibirla. Cambiaron una sonrisa íntima, prolongada, como si hubieran estado completamente solos. Marcelo volvió a su puesto, al lado del comandante, todos los ojos estaban fijos ahora en el rostro extático de Diana mientras ella acercaba el sayo venerable a su pecho, contemplándolo con una ternura casi maternal.

Botitas no se aturdiría fácilmente, pero era evidente que la situación se estaba volviendo para él algo complicada. Había intentado provocar un drama para impresionar al Senado. Esos grandes necesitaban saber que el nuevo Emperador esperaba ilimitada lealtad y obediencia, tanto por parte de un nadie sin una moneda como por parte de una persona de alto rango. El juego no había resultado bien... La cara se le perturbó por una ira creciente. Miró a Marcelo echando fuego por los ojos.

—¡Parece que le das una importancia muy grande a ese viejo sayo!

—Sí, Majestad —respondió Marcelo tranquilamente.

—¿Eres tan loco como para creer que tiene algo mágico?

—Posee un valor sumamente peculiar, Majestad, para aquellos que creen que fue llevado por el Hijo de Dios.

Se levantó un concertado murmullo en el salón; el sonido de una rápida e involuntaria inspiración, el sonido gutural de incrédulos murmullos, el sonido metálico de espadas repentinamente desenvainadas, mientras los hombres se volvían para cambiar rápidas miradas de interrogación con sus vecinos.

—¡Blasfemo! —bramó Calígula—. ¿Tienes la audacia de estar aquí, en esta sagrada fiesta en honor de Júpiter, y anunciar tranquilamente que el judío a quien crucificaste es un ser divino? —No es una falta de respeto a Júpiter, Majestad. Muchas generaciones de romanos han dirigido sus oraciones a Júpiter, y mi Rey no está celoso de ese homenaje. Tiene compasión por cada hombre que desea cobijarse a la sombra de algún ala protectora... Jesús no vino al mundo para proclamar ese anhelo, sino para invitar a todos los que aman la verdad y la piedad, a escuchar su voz... y seguir su camino.

Diana sentíase ahora más orgullosa que nunca de Marcelo. Realmente no era Marcelo el que estaba siendo juzgado. ¡Todos los que se hallaban en ese eran salón estaban en juicio, menos Marcelo! ¡Calígula se hallaba colérico... pero no tenía ninguna importancia! ¡Oh! —pensaba—, ¡Qué Emperador hubiese sido Marcelo! —Deseaba gritar: ¡Senadores! ¡Dad a Marcelo la corona! ¡Dejad que haga grande a nuestro Imperio!

La música altisonante de la plaza iba aumentando de volumen. Los gritos de la multitud eran ahora estridentes, impacientes. Había llegado el momento de comenzar la procesión.

—Tribuno Marcelo Galión —dijo Calígula duramente—, no es nuestro deseo condenarte a muerte en presencia de tu anciano padre y los honorables hombres que con él sirven al Imperio en el Senado. Piensa bien, antes de responder a esta pregunta final: ¿te retractas y renuncias para siempre a tu descarriada alianza con ese judío galileo que se da el título de rey?

Nuevamente una exclamación de asombro se elevó en la sala. Se observó a Salomé levantar la vista, enarcar los labios en una sonrisa y encogerse levemente de hombros, mientras recogía el brazalete de esmeraldas del Emperador y se lo abrochaba en su brazo.

—Majestad —respondió Marcelo—, si el Imperio desea que reinen la paz, la justicia y la buena voluntad entre los hombres, mi Rey estará al lado del Imperio y del Emperador. Mas si el Imperio y el Emperador desean, en cambio, perpetuar la esclavitud y las luchas que han acarreado agonía, terror y desesperación al mundo — la voz de Marcelo había adquirido la sonoridad de un clarín—, si nada más queda a los hombres por esperar que cadenas y hambre en las manos de nuestro Imperio... ¡mi Rey marchará adelante para corregir estos errores!... ¡No será mañana, no! ¡Puede que Vuestra Majestad no tenga la suerte de ser testigo del establecimiento de este reino, pero está aproximándose!

—¿Es ésta la última palabra? —preguntó desafiante Calígula.

—¡Sí, Majestad! —Marcelo no cejaba en su firmeza de voz.

Calígula se irguió.

—¡Tribuno Marcelo Galión —anunció—, decretamos que seas conducido inmediatamente al patio de los arqueros y muerto por alta traición!

Una sensación de frío y de espanto estremeció al auditorio. De repente Diana, abandonando su lugar en la mesa del Emperador, bajó decidida y firme, los escalones de la tarima, para detenerse al lado de Marcelo. Él pasó su brazo alrededor de ella, tiernamente.

—¡No, amada... ¡no! —rogó, como si nadie estuviese oyendo—. ¡Escúchame, querida! ¡No debes hacer esto! ¡Yo muero gustoso... pero no hay razón para que tú arriesgues la vida! ¡Dime adiós... y déjame!

Diana le sonrió a los ojos y enfrentó al Emperador.

Habló con voz de una profundidad rara en una jovencita; pero la oyeron con claridad todos los silenciosos espectadores del extraño drama.

—Majestad —dijo calmamente—. Yo también soy cristiana... Marcelo es mi esposo... ¿Puedo ir con él?

Un mormullo de protesta circuló por todo el salón. Calígula movió nerviosamente sus dedos y negó con un movimiento de cabeza.

—La hija del legado Galo es muy valiente —observó con estudiado amor—. Pero no tenemos ningún cargo contra ella. Ni tenemos deseo de castigarla... Amas a tu marido... sea. ¡Pero tu amor no le hará ningún bien... cuando esté muerto!

—Se lo hará, Majestad, si yo voy con él —persistió Diana—, pues entonces nunca jamás nos separaremos. Y viviremos juntos... para siempre... en un reino de paz y amor.

—En un reino, ¿eh? —Calígula rió entre dientes, con sarcasmo—. ¡Así que tú también crees en esa tontería del reino del galileo! Bueno —hizo un ademán negligente—, puedes hacerte a un lado... No serás juzgada... No hay ninguna acusación a tu cargo.

—Si vuestra Majestad me lo permite —objetó Diana altivamente—, ¿puedo entonces presentar las pruebas que garanticen mi convicción? ¡No tengo deseos de vivir ni una hora más en un Imperio tan adelantado en su camino hacia la ruina, pues

consiente en ser gobernado por quien no tiene ningún interés en él bienestar de su pueblo!

Hubo una exclamación de asombro en el azorado auditorio. Calígula, sorprendido hasta quedar sin habla, escuchaba con la boca abierta.

—Creo expresar el pensamiento de todos los presentes, Majestad —prosiguió Diana con firmeza—. Todos estos hombres inteligentes saben que el Imperio se encamina hacia la destrucción... ¡y conocen el porqué! En cuanto a mi... ¡yo no tengo otro rey que Jesús de Nazaret, y ansío ir con mi esposo a su reino!

La cara de Botitas estaba lívida.

—¡Por los dioses... iréis! —chilló—. ¡Id... ambos a vuestro reino!

Hizo una señal al comandante de la guardia, quien gritó una orden. Una trompeta sonó estridentemente, mientras los tambores batieron un prolongado redoble. Los altos soldados, marcando el paso, esperaban hasta que, se oyó una palabra. Marcelo y Diana tomados de la mano, se adelantaron dentro del espacioso cuadrado por la ancha nave del palacio imponente. Galión, temblando, se abrió paso hacia el grupo, pero fue detenido por manos amigas y murmullos de advertencia.

Mientras el cortejo de los guardias y los condenados desaparecía por el gran arco de mármol, el auditorio fue sobrecogido por la risa destemplada del borracho Botitas. Entre histéricas carcajadas, gritaba:

—¡Se van a un reino mejor! ¡Ja! ¡Ja! ¡Se van a encontrar con su rey!

Pero nadie, excepto Calígula, pensaba que ésta era una ocasión, para risas y burlas. En ningún rostro asomaba la menor sonrisa. Todos permanecían allí, tristes y silenciosos. Cuando al fin Botitas se dio cuenta de que su alborozo no era compartido por nadie, se puso repentinamente furioso y sin una palabra de despedida se dirigió a tropezones hasta los peldaños de la tarima, donde Quinto lo tomó por un brazo. Fuera, la música tocaba en tono estridente el himno a Júpiter.

Tomados de la mano, Diana y Marcelo se mantenían a la par de los guardias. Ambos estaban pálidos... pero sonrientes. Con paso rítmico el cortejo recorrió el corredor y bajó los escalones de mármol que conducían a la congestionada plaza. La multitud compacta, no sabiendo de qué se trataba, pero suponiendo que fuera aquél un contingente de personas notables que se unía al desfile hacia el templo de Júpiter, lanzó una potente exclamación.

El anciano Marcipor se adelantó desde el borde de la multitud, cubierto el rostro de lágrimas. Marcelo murmuró algo en el oído de Diana. Ella sonrió... y asintió.

Deslizándose entre dos guardias el tribuno arrojó la túnica del galileo a los brazos del anciano.

—¡Para el Gran Pescador! —advirtió. Y sonriente reinició la marcha.

FIN



LLOYD CASSEL DOUGLAS, 27 de agosto de 1877, Columbia City, Indiana, Estados Unidos - 13 de febrero de 1951. Los Ángeles, California, fue un escritor estadounidense. Recordado por sus novelas *Magnificent Obsession* y *The Robe*, ambas llevadas con éxito al cine. Sus novelas tienen un notable tono moral, didáctico y religioso.

En 1942 publicó su novela *The Robe* (*La túnica sagrada*), que fue un éxito con más de 2 millones de ejemplares vendidos, y que también sería llevada al cine póstumamente en 1953 por Henry Koster en la película del mismo nombre, siendo la primera película exhibida en Cinemascope.